



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

La literatura del exilio en el Brasil en la época de Rosas

Tomo 1

Autor:

Amante, Adriana

Tutor:

Iglesia, María Cristina

2005

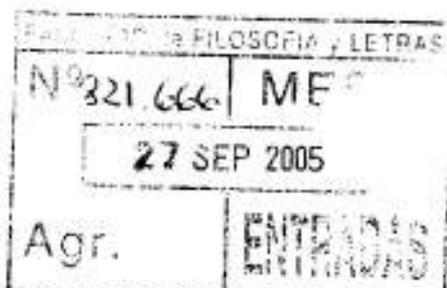
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



LA LITERATURA DEL EXILIO EN EL BRASIL EN LA EPOCA DE ROSAS

ADRIANA AMANTE

TESIS DE DOCTORADO

(Area: Letras)

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Direccion de Bibliotecas

**Facultad de Filosofia y Letras
Universidad de Buenos Aires
Septiembre de 2005**

Directora: María Cristina Iglesia

TESIS M-3-18

v 1

Datos de la doctoranda:

Adriana Esther Amante
Tucumán 3369
Teléfono-fax: 4861-5617
amante@mail.retina.ar

Datos de la directora:

Cristina Iglesia
La Rioja 520 2° B
Teléfono: 4931-8321
crisiglesia@sinectis.com.ar

TEC 11-9-18

v.1

**LA LITERATURA DEL EXILIO EN EL BRASIL
EN LA EPOCA DE ROSAS**



Índice

Introducción: Exilios y peregrinos	1
Primera parte: Sociabilidad en tránsito	22
1. Correspondencias.....	24
2. Conversaciones de los emigrados argentinos.....	59
3. Mariquita o el Plata.....	104
Segunda parte: Sociabilidad política	140
1. El proscripto de la victoria.....	142
2. Letrados y poder.....	186
3. Amistad intelectual.....	216
Tercera parte: Muerte y vida en el destierro	239
1. Exiliados ilustres.....	241
2. Familias errantes.....	296
3. El Oriente de América.....	337
Cuarta parte: Poéticas y políticas del espacio	367
1. Brasil o la nueva Eloísa.....	369
2. La educación por el exilio.....	418
3. La Odisea de la pampa.....	475
Conclusión	
El buen gobierno: pasiones y éticas de la política o las dialécticas del orden y el desorden en la formación de la nación argentina	515
1. El desorden (¿o el orden?).....	517
2. El orden (¿o el desorden?).....	549
Fuentes	588
Bibliografía	594

Introducción

Exilios y peregrinos

Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas.

Francisco de Quevedo, "A Roma sepultada en sus ruinas"

Eu não vim aqui
para ser feliz
Cadê meu sol dourado
e cadê as coisas do meu país.

Caetano Veloso, "If you hold a stone"

I El exilio

La generación de los escritores románticos, concebidos en tiempos de la Revolución de Mayo y hombres activos durante el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-1852), padeció los rigores del destierro.¹ Ni unitarios como la generación de sus padres —que tuvo que preceder a ésta en el exilio—, ni federales como su época, pensaron el país desde un lugar incómodo por su excentricidad (ideológica y geográfica).

Influenciados por las corrientes de pensamiento europeas, buscaron allí formas de pensamiento que —pasibles de traducción— incorporaran a la Argentina en el progreso de las naciones civilizadas. Expulsados del país, siguieron esgrimiendo razones desde su peregrinación; pero sumando —en muchos casos— a las punzantes críticas de sus producciones escritas el tono nostálgico que marcan la distancia y la imposibilidad.

Uruguay y Chile son los países que han atraído a los investigadores para estudiar con mayor detenimiento las producciones de los exiliados de la generación romántica. Las vías de acceso y un pasado compartido promovieron la emigración hacia ciudades de esos dos países; y las ideas allí generadas pudieron circular en la Argentina pese a la férrea política rosista al respecto. Bolivia, aunque con bibliografía menos copiosa, también mereció la atención de los críticos.

Por el contrario, en el camino literario que señala el destierro argentino, el Brasil suele ser relegado por la bibliografía crítica y parecería merecer —apenas— comentarios al paso sobre ciertos textos o una dispersa lista de nombres.²

¹Uso deliberadamente el término "concebidos" con el fin de recuperar la construcción que Domingo F. Sarmiento ha hecho en torno a su gestación al expresar que "Yo he nacido en 1811. el noveno mes después del 25 de Mayo", y que puede leerse como una connotación paradigmática aun cuando —de acuerdo con el rigor incontestable de las fechas— el resto de los escritores románticos no haya contado con tamaña ayuda del azar. Cf. *Recuerdos de Provincia*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 200. No obstante, Juan Bautista Alberdi le disputa a Sarmiento —entre otras cosas— ese privilegio: "la Patria argentina tenía mis propios años", dice en *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, en *Memorias e impresiones de viaje*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953, p. 42.

²Del estado inorgánico en que se halla el estudio de la producción de los exiliados argentinos en el Brasil y la poca atención que la crítica argentina prestó a las relaciones culturales entre ese país y la Argentina, deben ser excluidos los trabajos de Martín García Mérou y Ernesto Quesada, en el ámbito literario de finales del siglo pasado: los estudios históricos y políticos de José María Rosa y

II Con este sol

A fines de 1845, Domingo F. Sarmiento es enviado por el gobierno de Chile en misión pedagógica a Europa con el fin de acallar las controversias que comienzan a suscitarse con Rosas después de la publicación del *Facundo*, que el emigrado escribiera durante su exilio en aquel país. En ese viaje hacia Europa, pasa por la Montevideo sitiada por las fuerzas de Oribe, y por Río de Janeiro. Llama la atención la imagen que de sí mismo ofrece Sarmiento en la carta desde esta ciudad incluida en sus *Viajes*,³ sobre todo después de la que fecha en Montevideo con la enunciación certera de un análisis y de propuestas políticas resumidas en términos económicos o literarios. Asombra el cambio de ánimo cuando se traslada a Río de Janeiro, porque en carta a Miguel Piñero (con fecha del 20 febrero de 1846) Sarmiento muestra que ha sido ganado por una confusión del espíritu. Abotagado, da cuenta del entorno tropical, que lo desarticula:

"Son las seis de la mañana, apenas, mi querido amigo, y ya estoy postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces" (*Viajes*, p. 56).

Sarmiento ha entrado en el terreno de la desmesura, ha franqueado un límite que lo confunde, desorganizándolo. Aventurarse es una de las premisas del viajero, penetrar en tierras desconocidas en busca de nuevas sensaciones y saberes. Es una aventura viajar, y es una aventura desorganizarse. En ese viaje, que seguirá hacia Europa y terminará en Estados Unidos, y tal vez para paliar cualquier desorden, Sarmiento intentará conjuras: anotando minuciosamente un diario de gastos, y adquiriendo mapas y gramáticas como llaves hermenéuticas que organicen la materia escurridiza de la aventura. En el terreno de esta epístola, y en la tropical Río de Janeiro, Sarmiento intenta abordar por el detalle,

Liborio Justo y los críticos de Félix Weinberg, en este siglo. En el Brasil, fue el historiador Pedro Calmon quien más se ha dedicado al tema y, en la actualidad, lo ha abordado también el argentino Raúl Antelo. En su *Historia de la literatura argentina*, Ricardo Rojas, por su parte, ofrece una visión bastante amplia de la proscripción, aunque no llega a sistematizarla para el caso del exilio en el Brasil.

³Domingo F. Sarmiento, *Viajes por Europa, Africa y América. 1845-1847*, Buenos Aires, Colección Archivos-Fondo de Cultura Económica, 1993. Las referencias de cada cita se anotan en el cuerpo central del texto. La ortografía fue modernizada.

con menos orden pero no con menor deseo de precisión, la materia informe que se ofrece ante sus sentidos.

La carne es blanda y en ocasiones se aventura más allá de los límites. El viajero goza con la naturaleza tropical. Y cuenta ese goce que escribe marcas en el cuerpo, inmovilizándolo. Sarmiento señala, entonces, una analogía impúdica: trae a la página el sabor de otros goces —previsibles susurrados, carnales— y se desorganiza. El cuerpo se diluye en una negativa; se deshace y detiene el movimiento porque el ímpetu de la aventura se frena en una consecuencia que recuerda el límite: queda postrado.

El viajero da nombre a esos placeres tropicales, llamándolos "orgia". Orgia de la naturaleza que se derrama en maravillas botánicas, orgia social que ablanda los intentos de civilización.

Sarmiento canta una retahíla:

"Me pone miedo el sol de aquí" (*Viajes*, p. 56).

"Paséome atónito por los alrededores de Río Janeiro, y a cada detalle del espectáculo, siento que mis facultades de sentir no alcanzan a abarcar tantas maravillas" (*Viajes*, p. 60).

El goce incomoda al viajero. Preso de un cuerpo limitado, Sarmiento sabe que debe expandir los límites para percibir lo que se desborda y lo desborda. Siente placer, se deleita. Es reveladora —aunque poco transitada por la crítica— esta imagen sarmientina: se lo ve agotado, excitado, fuera de sí.

III La bahía de Guanabara

De todos modos, intenta recuperarse y quiere ordenar ese mapa ciudadano de la desmesura que está trazando con proliferación de adjetivos. Sarmiento quiere poner y ponerse orden en el relato de su viaje y, retrocediendo veinte días, describe lo que ve el que llega, por barco, a Río de Janeiro. Eludiendo la primera persona (singular o plural) con la que narra la percepción del desborde espiritual y físico, se escuda en una enunciación en tercera, impersonal, para diseñar un itinerario. Entrada por barco a la Bahía de Guanabara, vista del Pan de Azúcar, profusión de islas, y el horizonte claro marcado por la Sierra de los Organos. Morros y vegetación digna de la edad de oro: sólo basta estirar el brazo para tomar los frutos de una tierra generosa. A continuación, un paseo por la ciudad. Los antiguos barrios aristocráticos de Catete y Botafogo; y a sus espaldas, el

Corcovado. Se ordena, como un guía turístico que no puede, sin embargo, dejar de ser absorbido por ese paisaje.

¿Cómo traducir la exaltación de los sentidos con el código del lenguaje? ¿Cómo ordenar el caos si se percibe simultáneamente lo que no va a poder escribirse sino en la sucesión del sintagma? Tal vez la profusión de comas, la enumeración de objetos ayuden a codificar lo que se derrama de sus propios bordes. O, quizás, la comparación permita dar cuenta de lo que amenaza con ser inenarrable. Por eso, los barrios aristocráticos de Río de Janeiro son comparados —para que se entienda— con Saint-Germain. Y aquí aparece París como modelo del mundo; un París que Sarmiento no ha pisado aún. Pero ésta es una traducción necesaria para él; una traducción que habla de modelos culturales. Europa ordena, clasifica; y permite medir los deslices propios de la organización americana. Porque la exaltación de los sentidos empieza a detenerse ante el hallazgo de algunas certezas:

"En materia de bellas artes y de monarquía, me guardo para ir a verlas en su cuna, que aquí sus imitaciones me parecen mamarrachos y parodias necias" (*Viajes*, pp. 67-68).

El conocimiento opera por adelantado y el prejuicio burgués de Sarmiento le permite ahorros. Funciona por un saber social que no es necesario comprobar por cuenta propia; basta creer en lo que otros —confiables— nos han transmitido. Sarmiento anticipa lo que ha leído para contrarrestar lo que ve. Mamarrachos, necedad. Eso son, por ahora, la cultura y la política brasileñas para Sarmiento, pese a algunas concesiones en materia de economía política.

Con todo, los jardines del Palacio Imperial de San Cristóbal, residencia en ese momento de Don Pedro II, lo deslumbran. Pero los límites ya son posibles. El exhausto y excitado Sarmiento ha ido emergiendo del letargo tropical y se afirma con conocida contundencia. Ahora le toca el turno al emperador:

"Es el emperador un joven, idiota en el concepto de sus súbditos, devotísimo y un santo en el de su confesor que lo gobierna; muy dado a la lectura, y según el testimonio de un personaje distinguido, excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de espectáculo, y las malas ideas de una educación desordenada" (*Viajes*, p. 68).

IV Las huellas del peregrino

Faltan pocos años para que Sarmiento se aproxime a una imagen más positiva del emperador. Y la enunciará cuando, en 1852, establezca el primer encuentro personal con él. Esta primera apreciación da cuenta, ante todo, de un desconocimiento de la verdadera naturaleza del Imperio brasileño y de su pueblo. La aproximación de Sarmiento es todavía periférica. Sólo verifica, por ahora, ciertos signos que no duda en considerar síntomas de algunas dolencias políticas que aún no conoce, porque no ha indagado en profundidad. Sarmiento está de paso. Y pasa, con cierta liviandad del viajero que —aunque inteligente— no se detiene todavía a comprobar por sí mismo la validez de los testimonios que recoge. Pero hay algo importante en este gesto: el exiliado piensa la patria de los otros. Y lo hace para seguir pensando en su propia patria. Porque la política del Imperio le permite pensar su propia nación (de la que ha sido expulsado), ya que ciertos progresos económicos del Brasil, por ejemplo, le permiten confirmar a Sarmiento su concepción acerca del atraso argentino merced al poder de Rosas.

Y si bien Sarmiento no se instala en esas tierras, percibe y anota las primeras marcas de sistematicidad en la ruta brasileña del exilio argentino, que completará en su segundo pasaje por Río de Janeiro después de la batalla de Caseros.⁴

"La emigración argentina enseña aquí de vez en cuando algún resto del antiguo partido unitario; Santa Catalina y San Pedro son, sin embargo, los puntos donde mayor número de emigrados se han acogido. Una joya encontré en Río Janeiro, Mármol, el joven poeta que preludia su lira, cuando no hay oídos sino orejas en su patria para escucharlo" (*Viajes*, p. 70).

Como no pudiendo olvidar su pasado de minero, Sarmiento enuncia el hallazgo de una piedra preciosa: un poeta y un poema que se escribe contra el mismo sistema que él combate. Aquí Sarmiento pierde el control de su propio sistema de pensamiento, que se ha manifestado claro en la carta desde Montevideo acerca de la inutilidad de la lírica al argumentar que ésta lleva a que los poetas argentinos pierdan el tiempo contando silabas mientras hay quienes que, productivos, cuentan patacones.⁵

⁴Véase al respecto, Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud-América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

⁵Cf. Sarmiento, "Carta de Montevideo", en *Viajes*, p. 50. También Florencio Varela había sido claro al respecto: "Es preciso tomar al mundo como es y como necesariamente debe ser, cada día

De todos modos, en esa permanente conciencia de la propia patria de la que el exiliado fue expulsado, Sarmiento encuentra en el poeta José Mármol — casi como una epifanía— la explicación de un destino, de una condena que debe ser aprovechada en sus emergencias, donándole valor y utilidad a ese género literario que desdeña. El panegírico que hace de Mármol muestra un Sarmiento que puede leer el exilio más allá de los límites de su propia persona y que, realizando una lectura social del destierro, pone a la cabeza al poeta, como símbolo:

“¡Coraje, mi querido Mármol! ¡Si alguna vez vuelves atrás la vista en la ruda senda que has tomado, me divisarás a lo lejos siguiendo tus huellas de Peregrino! ¡Sed el Isaías y el Ezequiel de ese pueblo escogido, que ha renegado de la civilización y adorado al becerro de oro! ¡Sin piedad, aféale sus delitos! La posteridad y la historia te harán justicia” (*Viajes*, p. 73).

V Los cantos del peregrino

De la época carioca de Mármol la crítica se ha encargado de estudiar sus *Cantos del Peregrino*, y ha abundado en el relato del naufragio que motiva la escritura del poema y en el análisis de los temas que aborda cada canto.⁶ Lo que me interesa de la obra es ver qué desplazamientos hace Mármol en su práctica estética en relación con la teoría de los géneros de su época y qué valor político adquieren.

más. La tendencia universal del siglo, producto del conocimiento, de los progresos de la razón y de las lecciones de la historia se dirige a conseguir la mayor suma posible de beneficios sólidos materiales; mayor libertad civil y religiosa; mayor riqueza, más medios de producir y de conservar las producciones; de vivir contento, tranquilo y seguro. Nada de esto, mi amigo, puede obtenerse por medio de la poesía” (en carta a Juan María Gutiérrez del 1 de agosto de 1837, a propósito de la apertura del Salón Literario de Marcos Sastre, *Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, edición a cargo de Raúl Moglia y Miguel García, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, tomo I, 1979, pp. 201-202 —que desde ahora mencionaremos como *Archivo JMG*—).

⁶Mármol se instala en Río de Janeiro en agosto de 1843, procedente de Montevideo. En febrero de 1844 se embarca rumbo a Chile y, a bordo de la *Rumena*, comienza a escribir las primeras versiones de *Los cantos del peregrino*. A la altura del Cabo de Hornos el barco casi naufraga, por lo que vuelve al punto de partida. Permanecerá en la capital del Imperio brasileño desde mayo de 1844 hasta abril de 1846. (Trabajo con la edición de Elvira Burlando de Meyer para Eudeba, Buenos Aires, 1965, que toma como antecedente importante la edición de Rafael Arrieta para la Editorial Estrada, de 1943).

Mármol es desprolijo en su escritura, y deja vislumbrar la infinidad de papeles acumulados y la de los papeles dejados al paso en la peregrinación. El orden estético no parecería ser para él un *desideratum*. Escribe, publica fragmentaria y desordenadamente; reescribe, corrige, pule, altera secuencias. Y a caballo de este método de escritura, esboza teorías para su estética: en 1846 decide publicar un canto completo de su extenso poema y elige el último (canto XII) para empezar. Mármol lee así su estética de la composición, al considerar cada canto como autónomo, ya que "nuestro poema no es un poema dramático; [...] no hay unidad en sus cuadros" (*Cantos del Peregrino*, p. 348).

Esa estética de la composición no desatiende las condiciones de circulación de la obra. Profesional, Mármol sabe que la relación entre escritor y editor es complicada, por eso enuncia que "yo tenía deseos de ver impreso el fin de mi poema, y si empiezo la publicación por el principio no lo veo nunca; antes de llegar al fin me habrían muerto de fiebre las imprentas".⁷

Mármol está apurado. No puede esperar. Tal vez de esa incapacidad política para la espera haya surgido también la idea acerca del tiranicidio como una solución rápida a los males del país.⁸

El penúltimo canto del *Peregrino*, el undécimo, está dedicado al Brasil. Mármol canta allí las maravillas de la naturaleza. Como Sarmiento, quedó deslumbrado con el trópico y con la Bahía de Guanabara. Su poema se convierte, entonces, en un himno a la desmesura de la creación. Y a la vez, es himno desbordado frente a la contemplación de un paisaje "hiperbólico". A Mármol le atrae el riesgo de la exageración. Tanto, que su creación se sale de los límites de

⁷Citado por Rafael Arrieta en *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Peuser, 1958, p. 232.

⁸Mármol enuncia la necesidad del tiranicidio en *El puñal*, composición publicada en Río de Janeiro en enero de 1844 (y donde le disputa la originalidad de la idea a Rivera Indarte, quien había publicado *Es acción santa matar a Rosas* en diciembre de 1843): lo que las batallas no consiguen debe hacerse por otros medios si el fin lo "santifica". "Grito de desesperación", según Ricardo Rojas (*Historia de la literatura argentina*, tomo VI, Buenos Aires, Kraft, 1960, p. 469); o "aceleración en el desencadenamiento de la lucha contra Rosas que es el deseo generalizado entre los proscritos. Si en el 37 la libertad y el progreso son pacientes, pronto empiezan a evidenciarse síntomas de intranquilidad", de acuerdo con lo que sostiene Nicolás Lucero en *La máquina infernal. Apuntes sobre Rivera Indarte*, Buenos Aires, Filosofía y Letras, UBA, 1992, p. 33.

Mármol es, además, egoísta con el receptor. Como en el caso de *Amalia*, al dejar inconclusa la publicación del folletín en *La Semana*, de Montevideo porque los sucesos que llevarán al triunfo de Urquiza sobre Rosas en Caseros lo obligan a replantearse la manera de escribir los hechos políticos en relación con lo que tenía planeado. La carta que un lector envía defendiendo su derecho a que se le ofrezcan las entregas hasta el final habla de un pacto de género (el del folletín) que Mármol bastardea y viola unilateralmente.

los géneros. La necesidad (o la imposibilidad) de manejar la desmesura sin cambiar de agenciamiento lo lleva, nuevamente, a la postulación de una teoría para su estética. Con respecto al canto XII —pero trasladable absolutamente a toda la composición— había dicho:

"A veces nos extendemos a consideraciones históricas, a otras puramente políticas y que parecen ajenas a la poesía; pero esto proviene de nuestro modo de comprender la época y la misión de sus poetas en América. [...] [L]os poetas americanos tienen más que nadie el deber, triste pero imperioso, de introducir con la música de sus palabras, en el corazón del pueblo, la verdad de las desgracias que éste desconoce, y el ruido de las cadenas que no siente.

Además, no podríamos escribir de otro modo, porque no hay una fibra en nuestro corazón que no esté herida por las espinas de nuestra época" (*Cantos del Peregrino*, Prefacio al canto XII, pp. 348-349).

Extenderse, irse a lo que parece ajeno, cumplir una misión de esclarecimiento, ser un guía. Estos son los deseos de Mármol. Zanzar problemas de estética *pura* (ante la imposibilidad de evitar los desajustes de los géneros) haciendo un uso político de esa estética.

Mármol parece ser consciente de las sospechas que caen sobre las posibilidades de la poesía en una época marcada por la premura de ser efectivos. Pero cuando el género pauta sus límites y medidas exactas, Mármol busca una coartada para encaminar su desvío. Se va del género y anota, prolijo, al pie. Y es en esas notas al pie del *Peregrino* donde está lo más significativo y productivo de su composición.

La nota al pie se le derrama de la medida exacta de los versos, de la búsqueda afanosa de la rima, y cae hacia la prosa. Es otra forma de la fuga. Parecería que, cuando la argumentación política se hace necesaria, la explicitación y la claridad se vuelven imperativos de la creación. Mármol, como integrante de la generación del 37, tiene una misión esclarecedora, y en ese ámbito, la apertura de la prosa le gana la pulseada al límite de la lírica. Mármol no puede abandonar la veta práctica en el desborde de su vena poética. Por eso, en el canto XI anotará en versos los progresos de la política imperial brasileña. Pero, insuficientes, los versos serán reescritos al pie, en prosa, aportando datos, haciendo un análisis político de los factores que contribuyen al proceso civilizatorio brasileño. Y con reparos frente al modo constitucional de la monarquía —"bien sostenido, si no puedo decir bien experimentado" (*Cantos del Peregrino*, p. 393)—

, se sujeta y sugiere —brevemente— un camino de acción política. En versos marca la falta de "brillo militar" en el proceso de liberación brasileño, con un tono de melancólico lamento (el lamento —tibio— acepta lo que parece irrevocable); sin embargo, en nota al pie abandonará el tono contenido para hacer una apuesta al futuro, como un médico que diagnóstica y receta:

"puede que hasta un riego de sangre sea necesario algún día para que el árbol de su civilización dé en última sazón sus frutos exquisitos" (*Cantos del Peregrino*, p. 394).

Enuncia, de todos modos, el límite de un presupuesto constructivo: presentar lo "bello y aplaudible" del Brasil. Pero a pesar del decoro, no se privará de ejercitar la injuria —muy parecida a la de Sarmiento, pero sin el atenuante de estar ofreciendo un testimonio de segunda mano— contra el emperador Pedro II:

"Rey de veinte años, con rosario al seno
y que huye y teme el femenil encanto,
puede la iglesia al fin llamarle *santo*,
pero el pueblo jamás llamarle *bueno*.[...]
Y era bien se educase entre los frailes,
ayer el niño rey, hijo del cielo;
hoy que el tiempo lo llama hijo del suelo,
es mejor que se eduque entre los bailes". (*Cantos del Peregrino*, p. 331)

VI La juventud progresista

Esta injuria va a encontrar su argumento político cuando Mármol haga uso exclusivo de la prosa ensayística para estudiar la situación intelectual de la capital del Imperio: en una serie de artículos titulados *Juventude progressista do Rio de Janeiro* va a proponer un plan de verdadera emancipación para el Brasil. Mármol quiere exportarles a los intelectuales cariocas el impulso liberador, traducido a la manera argentina, para que lo adopten (Francia sigue siendo modelo, pero ya no de manera directa).

No es simple el sistema imperial para los ojos de estos exiliados argentinos. No pueden dejar de reconocer ciertos progresos de un país cuyo desarrollo es producto directo de "su monarquía representativa, la más democrática del mundo". Sin embargo, Sarmiento dejará caer el mayor peso de su condena en el sistema esclavista y Mármol se dedicará a demostrar la

anacronía de un poder absoluto en una América que está encontrando sus formas de realizar la libertad.

Poco se ha hablado de estos ensayos publicados por Mármol en portugués en el *Ostensor Brasileiro*,⁹ y fechados en Río en marzo de 1846. Puesto a analizar el papel de la juventud (sinónimo de progresismo intelectual para la generación del 37) en el Brasil, coincide con lo que Juan María Gutiérrez —el estudioso más sistemático de la literatura brasileña— sostiene en carta a Esteban Echeverría:

"la juventud brasileña hace fuerzas por la independencia de la literatura, pero tienen algo de flojo los ensayos".¹⁰

Ambos denuncian la falta de ideas (rectoras). El movimiento literario necesita el auxilio de todo el movimiento social. A Mármol lo impulsa un deseo que, como un bajo continuo insinuado en el transcurso de las entregas, enuncia finalmente: quiere que los brasileños encuentren un malestar sordo en el pueblo, que existe. La explicación viene por Europa: la revolución americana (y Mármol se afana por incluir en esta América —esencialmente hispanohablante y ex colonia de España— al país de raíz portuguesa) es similar a la francesa, porque tienen por objeto romper con la organización antigua y darse una nueva forma para la constitución de una nación civilizada.

Y aquí Mármol se despacha con el credo grupal de su generación e ilustra con él a la sociedad brasileña. Después de afirmar que la inteligencia debe sustituir a la espada, habla de la misión de la juventud y enuncia los puntos básicos de la revolución intelectual: asociación, propaganda (doctrina, cristianismo, libertad), conciliación, tolerancia, sacrificio individual y fraternidad americana en todo lo relativo a revolución.¹¹

⁹El *Ostensor brasileiro* (1845-1846) es el nombre de un "Jornal literário e pictoreal", publicado por Vicente Pereira de Carvalho Guimaraens y João José Moreira, en Río de Janeiro. La declaración programática de la revista enuncia clara y definitivamente los límites de la materia: "nos impusimos tratar exclusivamente sobre objetos relativos o pertenecientes al Brasil". Las entregas de *Juventude progressista do Rio de Janeiro* aparecen en los números 44 a 48. Ya en Montevideo, Mármol editará una versión en castellano, con algunas modificaciones porque no tiene el original en portugués en su poder y porque se vuelve necesario explicar al lector no brasileño algunas cuestiones (*Examen crítico de la Juventud Progresista del Río Janeyro* [sic], Montevideo, 1847). La versión en portugués se encuentra en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

¹⁰Carta del 7 de agosto de 1844, desde Porto Alegre, *Archivo JMG*, tomo I, p. 282. Gutiérrez es otro de los que pasarán parte de su exilio en el Brasil, aunque en la zona riograndense. Su paso por Río de Janeiro es fugaz, y tiene como propósito salir desde ese puerto hacia Chile. Su epistolario es riquísimo para la reconstrucción del sistema del exilio en el trópico.

¹¹Por supuesto, estas ideas no son originales de Mármol. Son reconocibles en ellas las del *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo* que Echeverría publica por primera vez en *El Inicidador* de Montevideo en enero de 1839 y que reescribe en agosto de 1846. Mármol no filia

Mármol insiste en hermanar la revolución americana con la europea al sostener que el pueblo civilizado americano y el pueblo civilizado europeo son uno solo. Es la hermandad por la civilización la que él plantea. La revolución americana es —debe ser— sólo una: no importa el medio —república o monarquía— por el que ha de conseguirse. Debe obtenerse la libertad civil y política, y la fraternidad debe darse en toda la juventud progresista de América. Insiste este hombre de su época en un llamado al juvenilismo.

Porque, en definitiva, las ideas no tienen patria. Mármol deconstruye los límites que la geografía impone y postula —sarmientino— una sola frontera cultural entre campo y ciudad. Fuera de esa dicotomía, enuncia para América un diseño ideológico:

"pasad los ojos sobre una carta de América y encontraréis, es verdad, los límites accidentales que dividen un territorio de otro; sin embargo, pasad otro golpe de ojos sobre el mapa moral de las ideas, y decidme dónde están los límites bien marcados de los pueblos americanos, especialmente en nuestra América meridional".¹²

Confirma esta postulación, incluso, por medio del rastreo de la penetración del sistema de Rosas en una parte de la sociedad brasileña. Para eso remarca la alianza entre la revolución *farroupilha*¹³ y el rosismo, recoge de diarios brasileños los improperios contra los unitarios que cambian la lengua para expresar el mismo concepto: "asquerosos, selvagens, imundos", y se sorprende con la inscripción de un lema conocido en un árbol del jardín botánico: "Morram os selvagens unitários".

Las ideas no tienen patria; pero sintomáticamente

"cuando vemos en el santuario de la ley brasileña alzarse una frente joven y altanera, y desde la tribuna del pueblo hablando en nombre de la libertad llamar al poder para que baje la cabeza ante la ley, bien —decimos

estas ideas con la cabeza intelectual de la generación del 37 y la enunciación hace aparecer las palabras como propias.

¹²En *Ostensor Brasileiro*, N° 48. Traduzco del original en portugués. Si bien podría citar por la edición de Montevideo, que está en castellano, prefiero mantener las diferencias (a veces menores, pero siempre significativas).

¹³La llamada "Guerra dos Farrapos" se extendió desde 1835 hasta 1845. Comandada por Bento Gonçalves, proclamó la República de Piratinim. Fue un intento de modificación de la forma política y un movimiento separatista de los riograndenses.

nosotros—, es el emigrado argentino que no reconoce otro poder más allá de la ley, ni ley cuyo espíritu no sea la libertad".¹⁴

Las ideas pueden no tener patria, pero parece haber patrias que tienen más ideas.

VII Pedro II y Rosas

En el terreno de la literatura, Mármol intenta rescatar a Domingos José Gonçalves de Magalhães como el primero que importa al Brasil la entonación y la forma del romanticismo. Si, en ocasiones, tanto Mármol como Gutiérrez lo comparan con Echeverría, la analogía no explica más que su calidad de pioneros. Porque frente a la revolución formal y temática que produjeron los textos de Echeverría, los suspiros poéticos *à la page* del brasileño indican sólo un camino para el cambio. Este primer romanticismo tropical es un intento débil. La propia tradición crítica brasileña ve en él la inauguración de un movimiento que sólo profundizará su autonomía y originalidad hacia 1850.¹⁵

Le *faltaría* al Brasil una efervescencia social y política que acompañe y sustente los procesos de cambio literario. Como señala Roberto Schwarz, existe una "disparidad entre la sociedad brasileña, esclavista, y las ideas del liberalismo europeo". Descentradas en relación con el uso europeo, *las ideas están fuera de lugar*; esto es "las ideas liberales no podían ponerse en práctica, siendo al mismo tiempo indescartables". Así, el esclavismo y el "sistema de favor", que hacía de la clase de los hombres libres una clase en rigor dependiente, desafinaban con las ideas liberales europeas que el resto de la América emancipada intentaba sostener como ideología.¹⁶

¹⁴En *Ostensor Brasileiro*, N° 48.

¹⁵En París, en la década del 30, un grupo que incluye también a Manuel de Araújo-Porto Alegre y a Francisco Sales de Torres Homem gesta el primer romanticismo brasileño. Pero la consolidación del movimiento vendrá en la etapa que inaugura Antônio Gonçalves Dias. Aunque su "Canção do exílio" esté fechada en 1843, en Coimbra, se dio a publicación en Río de Janeiro en 1847. Cf. Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, Tomo 2 (1836-1880), Belo Horizonte, Rio de Janeiro, Editora Itatiaia, 1993.

¹⁶Roberto Schwarz, "As idéias fora do lugar", *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos incios do romance brasileiro*, São Paulo, Livraria duas cidades, 1992. (Hay traducción al castellano: "Las ideas fuera de lugar", en Adriana Amante y Florencia Garramuño, *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña*, Buenos Aires, Biblos, 2000, pp. 46 y 56, respectivamente).

Muchos de los escritores del primer romanticismo brasileño tienen cargos en el Imperio. Los románticos argentinos los tendrán con Justo José de Urquiza (o, al menos, el ofrecimiento) cuando ya sean —de hecho— ex románticos. En la Argentina, Rosas es la condición de posibilidad más fuerte para el romanticismo, en la medida en que el sistema rosista permite pensar —desde el punto de vista de los románticos— la producción intelectual como contrapoder.¹⁷ En el Brasil parecería no haber desajuste y oposiciones políticas a la monarquía como motores del movimiento. Por eso, Pedro II es la condición de posibilidad del primer romanticismo brasileño, ya que permite y apoya la emergencia del movimiento intelectual. Inicia —con la creación del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en 1838 y la institución de becas para que los artistas realicen estudios en el exterior, entre otros emprendimientos— un sistema de mecenazgo que se irá ajustando y perfeccionando con el correr del siglo.¹⁸

Recordemos cómo la descalificación de Echeverría de las figuras de escritor adscriptas al sistema del poder (de Rosas) era enunciada, por la ironía, como no literarias, cuestionando de ese modo su calidad.¹⁹ Rosas sería en rigor —para el 37— el verdadero autor (dictador) de todos los escritos rosistas; y sus adeptos escritores, meros escribas de la barbarie. Esta escritura vicaria no coincide con el apoyo del poder a los escritores románticos brasileños. Pero si el primer romanticismo brasileño —en general calmo— no se instituye como un contrapoder, no deja de estar en consonancia, sin embargo, con los aires renovadores importados de Europa. Lo que pretendían era oficializar la reforma estética y obtener la aceptación pública. Incluso en el terreno de las innovaciones estéticas se permiten la convivencia con viejas ideas; y, en el plano de las ideas políticas, oscilan entre la alabanza al monarca —exacerbada en el género de las dedicatorias— y la simpatía por ciertos movimientos revolucionarios y antimonárquicos producidos en varias zonas del país.²⁰

¹⁷Hasta el punto de que, caído Rosas, Mármol casi no podrá volver a escribir literatura.

¹⁸La ayuda económica del emperador fue pacientemente solicitada por los primeros románticos. Pudieron conseguir ese beneficio reclamándole a Pedro II —con argumentos acerca de su trabajo intelectual desinteresado en procura de la consolidación de una idea de patria— los favores que los viajantes extranjeros sí recibían de la corte. Ver Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, São Paulo, Companhia das letras, 1990, pp. 47-48 (sin traducción al español).

¹⁹Cf. Esteban Echeverría, "Literatura mashorquera" y "Cartas a don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Zamora, 1972.

²⁰Cf. Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*. Hay, claro, diferencias entre los románticos respecto de sus relaciones con la monarquía, que merecen ser estudiadas

VIII Brasil, Brasil

¿Qué hacen, entonces, los exiliados argentinos —afincados o de paso— en este país con monarquía y cuyo romanticismo no se enfrenta al sistema de poder? La lista de los que —en los caminos del exilio— estuvieron en tierra tropical reúne representantes de diferentes posiciones políticas y estéticas. El exilio en el Brasil tuvo a Río de Janeiro como centro de importancia, pero también se diseminó por San Pedro, Santa Catarina y Pelotas. No todos los exiliados en el Brasil pertenecen a la generación romántica. Estuvieron, o pasaron por allí —además de Mármol, Gutiérrez y Sarmiento—: Juan Bautista Alberdi, Florencio Varela, Mariquita Sánchez, Juana Manso, José Rivera Indarte, Carlos Tejedor, José María Paz y Bernardino Rivadavia, entre otros.

Es con Florencio Varela que podemos encontrar la síntesis que responda el interrogante. Trasladado al Brasil desde su exilio montevideano por prescripción médica, se dedica allí a estudiar con fruición. En carta a Gutiérrez — que en ese momento estaba todavía en Montevideo—, entre el continuo pedido de libros y la narración de sus hallazgos bibliográficos, anota:

"Poco he cosechado aquí *sobre el Brasil*; pero en cambio, mucho, muy nuevo y muy útil sobre la Revolución de nuestra patria. [...] [T]rabajo diariamente algunas horas con Rivadavia. Este hombre, dotado de prodigiosa memoria, de invariable respeto por la verdad, actor en todos los sucesos notables de la Revolución, posee muchos y muy preciosos documentos que no han de hallarse en otra parte [...]. Me da los documentos, tomo notas de lo que hablamos y a la noche las reduzco a apuntes metodizados. Mucho espero sacar de esto".²¹

La (probable) exageración pone de manifiesto la posibilidad de seguir pensando obstinadamente la patria en el extranjero. O más: la posibilidad de pensarla mejor, de *estudiarla para saberla*. Así, estar afuera es seguir pensando la nación perdida. Perdida porque el exiliado ha sido expulsado y tiene vedada la posibilidad de permanecer dentro de sus límites geográficos. Y perdida también porque la generación del 37 (a la que Varela adhiere en política aunque se le

particularmente. Ver, también, Wilson Martins, *História da inteligência brasileira*, volume II (1794-1855), São Paulo, T. A. Queiroz editor, 1992.

²¹Carta del 1 de mayo de 1842, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 242 (subrayado en el original).

resista en estética) cree que se ha perdido el hilo de Mayo y sus integrantes se arrojan la misión patriótica de retomarlo, en otra clave, por otros medios. Mayo, para ellos, fue la etapa de la espada y la desorganización; ésta debe ser la época de la inteligencia intelectual y la organización. De ahí que en la reunión de Varela y Rivadavia pueda leerse un intento de superar, incluso, las diferencias que separan a los viejos unitarios de los antirrosistas jóvenes.

IX La patria peregrina

La patria los expulsa de sus límites. Desde un punto de vista geográfico, están absolutamente afuera. Pero, desde el punto de vista político, la patria se sale de sus bordes y continúa allí donde la diáspora siga pensándola y obrando sobre ella. Y la diáspora busca la unión política fuera de los límites de la patria, porque la dispersión atenta contra la nación que se piensa en el exilio y desde el exilio.

El Brasil es un lugar de encuentro (posible) para los jóvenes de este destierro: un punto en la cartografía de la fuga. El Brasil no es la Montevideo resistente de la legión argentina. El Brasil no es, tampoco, un terreno político propicio como Chile.

Hay algo que imanta, sin embargo, en el Brasil y —sobre todo— en Río de Janeiro: la belleza tropical. Ya lo vimos con Sarmiento. Impacta a Mármol y no le es indiferente tampoco a Gutiérrez: todos quedan prendados de la naturaleza y no dejan de cantarle en sus producciones literarias.

Sin embargo, pese a las maravillas de la naturaleza que los deslumbra, los exiliados sienten que es preciso reubicarse. Es necesario conjurar la dispersión. Por eso, Mármol le había escrito a Gutiérrez desde Río de Janeiro:

“es necesario ponerse *en movimiento*, para ahogar en el trabajo el recuerdo amargo de nuestras pasadas esperanzas. Pero bien concebirá usted que no es el Brasil el teatro aparente para nosotros y que las Repúblicas del Pacífico nos ofrecen ventajas, tanto materiales como útiles a nuestras tendencias. [...] ¿Qué hace usted en el Río Grande? No. Es preciso moverse”,²²

²²Carta del 27 de julio de 1844, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 280 (subrayado en el original).

Es preciso reubicarse y repensar el desgaste y las pérdidas en la dispersión. Los desterrados han desbordado, por obligación, los límites de su propia nación al ser expulsados; y tratan de reorganizar los límites para el reencuentro, para seguir pensando la patria que perdieron. Pero si la nación se imagina —según Benedict Anderson— como una comunidad política inherentemente liberada, soberana y limitada, ¿qué pasa cuando esa nación está siendo imaginada tanto dentro como fuera de sus límites geográficos?

El peregrinaje del exilio se convierte, entonces, en otra forma de imaginar la nación. Porque el paso del destierro reformula los límites de la comunidad. Por un lado, de la comunidad de la que han sido expulsados por el poder al que se oponen. Y también, porque desbordan los límites geográficos de las naciones que los cobijan intentando reintegrarse, agruparse en puntos que permitan materializar la conciencia de nación propia que transportan en su errancia.²³

Hay, entonces, para los exiliados de la política rosista una *representación peregrina de la comunidad imaginada*. Los exiliados reformulan la nación desde afuera y siguen imaginándola, y trazan rutas de fuga y rutas de encuentro, para seguir el sueño político de la nación que los expulsó fuera de sus límites geográficos. Pero esos límites se reformulan. Y se vuelven políticos al expandirse.

Entonces, por un lado, imaginar desde afuera a la nación. Pero, por otro lado, los que se quedan —incluido Rosas o *sobre todo* Rosas— también expanden los límites de la nación que están imaginando. Porque no pueden dejar de incluir en esa imaginación colectiva el colectivo del exilio, sus itinerarios de destierro y los peregrinos. La comunidad imaginada desde el rosismo no desconoce que, en la ruta chilena, Sarmiento escribe el *Facundo* y que, en la ciudad tropical, Mármol canta su peregrinaje.

La constitución de una nación "civilizada", opuesta al sistema rosista, es el objeto del deseo, la utopía a cuya realización se lanzan los románticos bajo el signo de una paradoja; porque si la utopía de la nación constituida es el *no lugar deseado*, el exilio es el *lugar no deseado* desde el que la enuncian.

²³Cf. Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Para pensar la relación entre el concepto de nación y el de exilio, son importantes los trabajos de Homi Bhabha, "DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation", en Homi Bhabha ed., *Nation and Narration*, London and New York, Routledge, 1991 y en Bhabha, *The Location of Culture*, London and New York, Routledge, 1994; Richard Sennett, "El extranjero", en *Punto de vista* N° 51, Buenos Aires, abril de 1995; y Julia Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1991. Homi Bhabha critica, por diferentes motivos, tanto la posición de Anderson (a quien le dedica una parte considerable de su texto) como la de Kristeva.

X Cartógrafos de las maravillas

En el ensueño de esa utopía, el Brasil se diseña como el país de las maravillas de la naturaleza, y su exuberancia encuentra en los escritos de los proscritos —sumándose o contraponiéndose a la idea del desierto y la pampa— otra configuración del espacio como paisaje estética y políticamente productivo que se imbrica con el *discurso sobre la patria perdida*.

Por otro lado, la visión extranjera de la naturaleza tropical le da realidad al Brasil. Porque los románticos brasileños encuentran allí el "Brasil naturaleza" que están buscando para consolidar un sistema literario y nacional. Pero —sostiene Flora Süssekind— "no hay exactamente un diálogo crítico entre esos primeros autores de ficción brasileños y los relatos de viaje. Sino sobre todo absorción programática, de lo que «sirve» al proyecto de afirmación de una literatura nacional. Y exclusión de cualquier dato que no pudiera ser utilizado ahí de inmediato". Süssekind no incluye, en la consideración del asunto, a los argentinos.²⁴

La nación brasileña también se está pensando en relación con el espacio. Süssekind señala el proyecto romántico de fundar un "Brasil sólo naturaleza", que produce un desajuste en la pretensión de incluir el Brasil original por su naturaleza en asuntos ficcionales que, sin embargo, no trabajan la especificidad nacional y podrían desarrollarse en cualquier otro lugar. Pero dentro de las variaciones de género, la prosa de ficción entre el 30 y el 40, en el Brasil, encuentra una constante en un propósito geográfico: la demarcación de un centro, origen y escena primitiva de descubrimiento. Se pretende la búsqueda de

²⁴Aun sin incluirlos, no los desconoce. La cita es de *O Brasil não é longe daqui*, p. 128 (la traducción es mía). Flora Süssekind ha trabajado particularmente los estudios del crítico brasileño Brito Broca, quien hace mención a los románticos argentinos que pasaron por el Brasil. Le debo a ella el conocimiento del trabajo de Brito Broca y el dato acerca de dichas menciones. Cf. también Flora Süssekind, "Brito Broca e o tema da volta à casa no romantismo", en *Papéis colados*, Rio de Janeiro, Editora UFRJ, 1993; y Brito Broca, *Românticos, pré-românticos, ultra-românticos. Vida literária e romantismo brasileiro*, Org. Alexandre Eulálio, São Paulo, Polis, 1979 (no hay traducción al español).

Por su parte, la relación de la literatura argentina con los textos de los viajeros extranjeros en el Río de la Plata puede ser consultada en Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; y en Claudia Torre, "Buenos Aires, Cartografía punzó", en Cristina Iglesia (comp.), *Letras y divisas*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, y Santiago Arcos, 2004.

un paisaje atemporal, como esencia metahistórica para la consolidación de un estado-nación imperial. Se constituye una imagen precolonial, pintoresca y localista como conjura de los movimientos separatistas que se desarrollaron durante la regencia y que continúan —acentuándose en muchos casos— en los primeros tiempos del segundo reinado. La nación se representa como paisaje y adorno tropical, pero el estado-nación imperial sigue —para su representación— modelos europeos.

En el caso de los exiliados argentinos, lo que intentan es extender políticamente el concepto de nación para que en él entren los que, desterrados, siguen pensándose parte de una patria expulsora que hay que rediseñar. Piensan la patria civilizada desde afuera para conjurar la barbarie de adentro. Cartografían una patria que debe ser reelaborada, pero no quieren una vuelta atrás, hacia un pasado preexistente. Eso, de alguna manera, sería restaurar (como lo hace Rosas). El proyecto de los románticos argentinos no es una vuelta a un origen inmutable. Es el intento de convertir un claro comienzo histórico que están elaborando y constituyendo —en su lucha contra Rosas— en el origen de una nueva patria, surgida de la intelectualización de los males que la afectan para constituir los bienes que la salvarán. Es un proyecto de futuro, buscando en el pasado los errores que hay que subsanar. No hay nostalgia de lo que se perdió, sino dolor por lo que se padece. No hubo, antes de ellos, un estado ideal que deba ser reconstruido o recuperado. Ese estado ideal, más que un modelo anterior o apriorístico, es un modelo contemporáneo de la civilización, o un *desideratum* posible. Mayo, con todo lo que de comienzo histórico puede tener (incluso con la posibilidad de que, en un eventual gesto de deshistorización, pueda devenir origen de la patria), no es sino la muestra de que era parte del proceso para conformar una nación; pero de un proceso incompleto que desembocó en la anarquía. No se trata de volver siquiera a Mayo. Se trata de rescatar el proyecto de Mayo para conducirlo por vías intelectuales. Las ideas — como modelo de constitución de una nación— deben ser puestas en funcionamiento histórico.

XI O estrangeiro, muito romântico

Ambas literaturas están cartografiando sus patrias. Pero allí donde los brasileños intentan, en un gesto fundacional, la postulación de un Brasil sólo

naturaleza, comienzo de nacionalidad que debe —de todos modos— aparentar haber estado siempre allí, los argentinos persiguen la imagen de una civilización asociada a los espacios urbanos que les permita *desfundar* la Argentina sólo naturaleza.

Esas dos modalidades del romanticismo pueden ser pensadas en la actividad intelectual que Mármol desarrolla en Río de Janeiro.

Mármol no es un viajero de paso, sino un huésped que puede y quiere comprender la gramática social y decodificar el sistema que percibe (*Cantos del Peregrino*, p. 389). Pero tal vez sea su calidad de viajero la que le permite insertarse en el campo intelectual brasileño y publicar en órganos de un romanticismo que está pensando en la constitución de una literatura y una identidad nacionales. Mármol le sirve al proyecto romántico brasileño. Mientras el romántico argentino está *ensayando* una teoría política para el país que lo hospeda, ofreciéndole —en las entregas sobre la *Juventude progressista do Rio de Janeiro*— un modelo teórico para desarrollar una acción política de emancipación respecto de la forma monárquica, el movimiento romántico brasileño usa sus escritos según los mandatos de su propia teoría de la constitución de una nación: el exiliado argentino entra como viajero extranjero en las necesidades del movimiento romántico brasileño. De ahí la posibilidad de que publique algunos *Fragmentos da minha carteira de viagem*.²⁵

Si el Brasil busca su origen en el Brasil sólo naturaleza, el argentino maravillado les sirve. Pero si bien la naturaleza tropical y su desborde sirven a un proyecto brasileño de constitución de nación y le permiten también al extranjero pensar en la contraposición de esa naturaleza con el espacio de la propia patria, los argentinos harán un movimiento opuesto al del Imperio. El lugar de la utopía argentina es la asimilación, la neutralización de todo desborde de la naturaleza, que debe ser ordenada inteligentemente por la ciudad civilizada. Es por eso que los exiliados argentinos necesitan rechazar de plano la posibilidad de postular una Argentina sólo naturaleza, porque ésa es la barbarie de los campos, la Argentina bárbara de Rosas.

²⁵También en el *Ostensor Brasileiro*, números 25, 27, 28. En ellos, se explaya sobre la naturaleza tropical —que mira con ojos extranjeros—, para reflexionar acerca del genio americano, que no está a la altura de aquélla; sobre las mujeres y la moral moderna, la poesía, las ideas y el exilio.

Primera parte

Sociabilidad en tránsito

Me gustaría llegar a ti, mi único destino.

Jacques Derrida, *La carta postal*

En Oriente, cuando no hay nada que decirse, se fuma tabaco de rosa juntos, y de tiempo en tiempo se saluda de brazos cruzados sobre el pecho como muestra de amistad; pero en Occidente se tiene la necesidad de hablar todo el día, y el fuego del alma se disipa a menudo en esas conversaciones donde el amor propio está en continuo movimiento para lograr un efecto inmediato y de acuerdo con el gusto del momento y del círculo donde uno se encuentre.

Madame de Staël, *De la Alemania*

Singelo grito:

"O rei está un"

Mas eu desperto porque tudo cala frente ao

fato de que o rei é mais bonito nu.

Caetano Veloso, "O estrangeiro"

1. Correspondencias

I La novela epistolar

"Entre los bostezos que nos causaba la lectura monótona que el profesor don Mariano Guerra nos hacía de Virgilio, un día sacó Cané un libro de su bolsillo, para leerlo por vía de pasatiempo.

— ¿Qué libro es ése? —le pregunté, tomándolo entre mis manos.

— Una novela de amor, que se titula *Julia o la Nueva Eloísa*.

Leí dos o tres renglones de la primera carta y cerré, hechizado, el libro, rogando a Cané que no dejase de traerlo todos los días."¹

Como en el caso de Julie y Saint-Preux, el amor de Juan Bautista Alberdi por Jean-Jacques Rousseau resultó un flechazo. Claro que no fue el único en alimentar su espíritu romántico con la lectura de los textos del escritor ginebrino. Son suficientemente conocidos los ademanes rousseauianos de Sarmiento, particularmente en su concepción de la meritocracia, única condición para intervenir con voz autorizada en cuestiones sociales y políticas.²

Lo cierto es que, como continúa invocando el propio Alberdi, a la lectura de esa novela epistolar le siguieron el *Emilio* y *El contrato social*, textos mencionados más frecuentemente cuando se trata de reconstruir las lecturas que constituyeron las bases del pensamiento de la generación del 37 y de su proyecto político para una nación en ciernes.

Cuando en 1843 Alberdi conozca Europa en un itinerario turístico pautado —como corresponde a la época y a la condición sudamericana del viajero— por la literatura romántica, su peregrinaje incluirá una visita a Clarens, como tributo a la novela de Rousseau. También visitará la casa de Coppet en la que Madame de Staël pasó las largas temporadas del exilio al que la condenara Napoleón Bonaparte. En su obra *De la Alemania*, fundamental para la importación del romanticismo a Francia, la escritora percibe que "las novelas de forma epistolar siempre suponen más sentimientos que hechos; los antiguos jamás hubieran imaginado esta forma para sus ficciones". Interesada por los cambios que se

¹Juan Bautista Alberdi, *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*, en *Autobiografía*, Buenos Aires, Jackson, 1945, pp. 39-40.

²Sylvia Molloy (*Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996) advierte que Alberdi "sentía que en sus cartas podía entusiasmarse hablando libremente de *La Nouvelle Héloïse* y hasta confesar la atracción física que le inspiraba el Rousseau pintado por Fantin-Latour, mientras que en su autobiografía sólo «recuerda» al autor de *El contrato social*", p. 211.

producen, estima que "esta manera de concebir las novelas, sin duda, no es tan poética como la que consiste únicamente en recitados; pero el espíritu humano tiene ahora mucha menos avidez por los acontecimientos, incluso por los mejor combinados, que por las observaciones de lo que pasa en el corazón".³

Mme. de Staël, que está descubriendo la novela moderna, hace esta afirmación a propósito de *Las penas del joven Werther*, el libro que Goethe escribió trece años después del de Rousseau y que se convirtió en modelo de vida y muerte románticas, así como *La nueva Eloísa* había marcado una práctica romántica de la pasión.

En el contexto de una escritura epigonal, no llama la atención que la literatura argentina cuente con las *Cartas a un amigo*, de Esteban Echeverría, a la manera de un *Werther* sudamericano. En ese borrador se perfilan el ámbito y los personajes de *La cautiva*; pero el objetivo del texto es todavía otro. La escritura de las *Cartas a un amigo* aún está comprometida con la manifestación del sentimiento de un personaje estereotipadamente romántico, que pasa revista (como una forma de su puesta en práctica) a los consabidos tópicos que el autor aprendió en su estada europea: la consustanciación del yo con la naturaleza, la melancolía, los quebrantos de salud ligados a la nostalgia, la misantropía del héroe, algún ensueño registrado en clave gótica, la tentación del suicidio. Nada que no haya sido cristalizado por la vertiente wertheriana del romanticismo.⁴

En el caso del argentino, no estamos —como en los modelos europeos— frente a cartas que narren una pasión amorosa: el flechazo, que en los otros textos epistolares inauguraba la colección de misivas, en el de Echeverría la cierra. De todos modos, podemos observar cómo en las *Cartas a un amigo*, igual que en *Werther*, el amigo —en tanto que interlocutor perfecto de una pasión— es el que "construye en torno nuestro la mayor resonancia posible".⁵ En relación con ese "espacio de sonoridad total" que es la amistad entre Werther y Wilhelm, o entre los amigos sin nombre del texto de Echeverría, la carta aparece como sucedáneo de la conversación.

³Madame de Staël, *De l'Allemagne*, Paris, GF-Flammarion, 1968.

⁴Esteban Echeverría. *Cartas a un amigo*, en *Prosa literaria*, Buenos Aires, Estrada, 1944. En el prólogo, Roberto Giusti afirma que las *Cartas* están "fechadas antes de su partida a Europa [octubre de 1825], aunque probablemente [hayan sido escritas] con posterioridad al regreso [julio de 1830]". Con respecto a las influencias, discrepo con Giusti en un punto: si se piensa particularmente en este texto, la de la novela epistolar de Rousseau no es tan directa como la del libro de Goethe.

⁵Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, México, Siglo Veintiuno, 1987, p. 183.

Pero para la consideración de estas cartas ficcionales, podríamos detenernos en aquello que, si bien no puede ser pensado como absolutamente original, constituye de todos modos la marca personal de Echeverría y, por ende, de la estética romántica en la Argentina. Porque precisamente ese texto wertheriano es el apunte, el esbozo de la composición sobre lo propio, de lo que se anuncia como la primera originalidad de la literatura argentina: *La cautiva*.

Las cartas que anticipan el asunto que tratará ese poema nacional todavía parecen dudar entre una opción romántica a la manera de la preceptiva europea y la transmutación de esas formas en una manifestación más americana. Echeverría encuentra espacio y material para adaptarlo a las necesidades del romanticismo: satisface el deber de pintar lo sublime al referir "el relámpago flamígero; el trueno horisonante; ese hervir impetuoso de las olas" (*Cartas a un amigo*, pp. 116-117); y exagera el paseo por el río en una impostada escena de tempestad que, a falta de horizontes más terribles, se anima a jugar con las encrespadas olas del Plata, convertido —por necesidad estética— en un "mar irritado". No obstante lo cual, puede pensarse esa escena como un intento (aun cuando poco diestro) de traducción. Más interesante, por cierto, que la copia sin mediaciones que hace al héroe romántico nacional identificarse —como a Werther— con Ossian; o, en las cartas finales, describir una escena de baile en la que conoce a una bella jovencita de la que queda prendado, como ocurre en el libro de Goethe con Carlota.⁶

II El libro que vendrá

El texto de Echeverría está formado por cartas sin *locus*, lo que le da un tono de ficción universal que podría incluso relacionarse —a su tiempo— con el no lugar del exilio del poeta o del político. Abre con la agonía y muerte de una madre y con la culpa de un hijo de "vida disipada"; y cierra, luego de coquetear con la idea de quitarse la vida, con la imagen materna que insufla en el hijo una moral contraria al suicidio.

⁶Sobre las formas que adquiere el movimiento estético en el país por obra de Echeverría, véase el indispensable artículo de Noé Jitrik, "Soledad y urbanidad. Ensayo sobre la adaptación del romanticismo en la Argentina", en *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

La primera carta, que no está fechada, va dirigida a un amigo que ha viajado; pero luego será el remitente de las cartas quien decida, ya muerta su madre, trasladarse a una estancia: la inmensa llanura verde y solitaria se adecuará al estado de su alma. Tópico que será abonado durante todo el siglo XIX, el paraje se compara a un océano sin límites. Estas soledades le convienen a un espíritu melancólico que empieza a percibir la originalidad americana o, mejor, a construirla:

"Aquí no se ven, como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista y despierta y releva la imaginación" (*Cartas a un amigo*, pp. 90-91).

Empieza a conformarse la idea de la pampa como campo fecundo por su diferencia. Asimilada a la potencia literaria de los paisajes europeos, es en esa planicie inmensa donde muy pronto el propio Echeverría encontrará el material para la aventura romántica (y ya vendrá Sarmiento a contribuir con una explotación política más sistemática del terreno). Pero para ello no habrá que esperar a que Echeverría escriba finalmente *La cautiva*; porque unas pocas cartas más adelante, ese apacible "prado" le mostrará —a través de un nido de chajaes y cuervos— que

"todo parece que conspira en la naturaleza a la destrucción. Los elementos inertes y deletéreos están en guerra continua con la naturaleza animada. Ésta sostiene la lucha, y sucumbe o triunfa momentáneamente. Todos los seres procuran mutuamente su destrucción" (*Cartas a un amigo*, p.99).

En ese clima ya enrarecido, se recorta la historia de María: la campesina "melancólica" que conduce sus ovejas cuando se cruza con el héroe romántico que escribe las cartas. Su tristeza tiene un motivo: el hermano y el novio están en la frontera, amenazada por el indio. La acción de los malones ya se inscribe, en el imaginario de Echeverría, como un capítulo de la historia del mal. Los hombres de María mueren en manos del "enjambre de indios que los sorprendió al amanecer" (p. 110). Como resultado, la joven enloquece. En esa historia que

se expande (o se condensa) en tres de las treinta y tres cartas que forman la colección, está el anticipo de los que vendrán: Brian y María.

En junio de 1837 (meses antes de que se editara *La cautiva*), Marcos Sastre anunciaba en su discurso inaugural del Salón Literario que *un poeta* estaba escribiendo "inspirado por el espectáculo de nuestra naturaleza", lo que hacía de esa producción una creación original e inédita. Y si *Los Consuelos*, de 1834, había inaugurado públicamente la práctica romántica en la Argentina, con *La cautiva* (incluido en las *Rimas*, de 1837) se declara programáticamente —tal como lo *estatuye* la generación del 37— el origen de la literatura nacional.⁷

En *La cautiva* se abre el escenario para la narración de una aventura romántica de la pampa argentina. En lo que va de las *Cartas a un amigo* al poema que relata los infortunios de Brian y María se abandona el yo y la esfera del lamento personal. De las *Cartas*, que no cesan de marcar la melancolía y la tristeza de un espíritu sensible, es posible rescatar algo más: dentro de la soledad típica de los héroes románticos, puede descubrirse la actitud que marcará personalmente a Echeverría:

"Mis relaciones en este pueblo son aún muy escasas [le cuenta a su amigo, desde la ciudad]; la mayor parte de mis antiguos condiscípulos se han [sic] desparramado; he encontrado algunos, pero todos tan infatuados de presunción y de saber, que no me han quedado ganas de volverlos a ver. Tú sabes que no tengo pariente ninguno cercano; así es que paso una vida abstraída y

⁷Esto, claro, según la consideración liberal de la historia de la literatura argentina —heredera, precisamente, de dicha generación—, que ve en lo anterior a la producción de esos jóvenes sólo *antecedentes* de lo que finalmente sería la literatura patria. Si se piensa, de todos modos, en los esfuerzos de los romanticismos por generar de manera consciente y deliberada una identidad nacional, es posible ubicar la declaración del origen dentro de ese contexto conceptual. Por supuesto que la "Oda al Paraná" (1801), de Manuel de Lavardén, aunque escrita todavía durante la colonia, podría servir —por caso— para desmentir esa filiación. Ahora bien: si la "Oda..." pudo —en rigor— haber sido un *comienzo* (ya que empieza a conformar una poesía en torno de la geografía propia de un lugar que se concibe como unidad política), el *origen* de la literatura nacional —y ése es el gesto programático— se ha fijado con la generación del 37. Puede pensarse esta cuestión en relación con lo que Flora Süssekind plantea a propósito de la ficción romántica brasileña: "La obsesión por el origen —entendido como comienzo histórico—, ¿qué puede traer consigo? Líneas dobles, líneas de sombra, mapas y marcos de tierras inundadas y hormigueros, en lugar de la reafirmación de esencias y atemporalidades. Pues demarcar de forma concreta orígenes es simultáneamente historizarlos y descartar posibles solemnidades" (Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui. O narrador, a viagem*, São Paulo, Companhia das Letras, 1990, p. 15; hay traducción al castellano: "De la sensación de no estar del todo", en Amante y Garramuño, *Absurdo Brasil*, p. 23).

solitaria en medio del bullicio de los hombres" (*Cartas a un amigo*, p. 107).⁸

Más allá de que éste sea indudablemente un dato de su biografía, se convierte —sobre todo para lo que nos interesa, que es la literatura— en una posible explicación del lugar en el que el propio poeta quiere ubicarse dentro del ámbito sobre el que ejerció una dirección ideológica fundamental. Tal vez aquí esté la cifra que permita entender el aislamiento en que vivió desde su llegada de Europa en 1830 y su negativa a presidir el Salón y a tornarse más visible en 1837. O que explique, en el exilio desde 1840, su vida retirada en Montevideo, que hacía imposible que sus conmlitones lo convencieran de volver a una participación política más activa, ya abandonada para siempre.

III Género de pasaje

"Victor Hugo es de mi misma opinión: que el sistema de vida romántico es pernicioso, que esos estómagos no tienen irrigación, sino necesidad de tónicos, de buen vino y puchero; pero es preciso que el sistema del romanticismo de estómago vaya envejeciendo. Yo trataré de convencerlo cuando lo vea. Mientras, haga lo posible por estar bueno el martes a la noche y venga a tomar agua de goma aunque sea".

Así se despacha María Josefa Petrona de Todos los Santos Sánchez en un billete que le envía a Alberdi.⁹ Estamos fuera ya de toda ficción y frente a una Mariquita muy lejana de las estampas etéreas de la heroína romántica, pese a que la imaginación del melancólico Echeverría quiso Hermanarla con la protagonista de una novela de Mme. de Staël y la llamó la "Corina del Plata". Muy ligada a los jóvenes intelectuales de la edad de su hijo Juan Thompson, la imagen que ella tiene (o construye) de esa nueva generación no coincide, sin embargo, con el clisé romántico del sentimiento exacerbado: cree que la

⁸El remitente de estas cartas va a la ciudad a su pesar. Su opción es por las soledades del campo, en una versión más afín al romanticismo lakista de origen inglés (en el cual el héroe se relaciona íntimamente con la naturaleza y es eso, precisamente, lo que de algún modo lo define) que a la versión argentina de la dicotomía civilización-barbarie.

⁹El billete no lleva fecha y está incluido en Clara Vilaseca (compilación, prólogo y notas), *Cartas de Mariquita Sánchez*, Buenos Aires, Peuser, 1952, p. 343. Las citas del epistolario de Mariquita se harán de acuerdo con esta edición.

extremada sensibilidad sería, en cambio, un atributo de la generación a la que ella pertenece. Si está de acuerdo con la construcción romántica del compromiso ideológico, enfatizando —con admiración— el papel activo de los coetáneos de su hijo en la práctica política: "No extraño que la nueva generación no sea tan sentimental como nosotros: se cría en una carnicería y no podría vivir tal vez si fuera más sensible" (p.31).

Figura activa del movimiento sociocultural de la Buenos Aires antirrosista, Mariquita Sánchez terminará emigrando a fines de 1838. Si con las cartas de los hombres que han debido partir hacia el exilio podemos asistir a las formas de la organización sistemática de la lucha política, con las de esta mujer podemos recuperar —para todos los epistolarios— la enunciación expresa del temor. Cuando Rosas le pregunta a Mariquita: "¿por qué te vas?", ella responde, directa y franca: "Porque te tengo miedo, Juan Manuel" (p. 14).

Su miedo sintetiza tanto el sentimiento del que huye del poder que lo persigue, como el del que sólo *se siente* perseguido. En torno de ese sentimiento toman forma las narraciones de la fuga, así como se hacen manifiestas las situaciones de precariedad social, personal, económica, o se perciben las estrategias de velación de identidades para no ser descubiertos. Nos enteramos de los modos de circulación clandestina de ideas y de escritos, asistimos a los pedidos de ayuda y socorro y a los lamentos por lo que se ha perdido; pero también podemos ver cómo se evalúan los medios para superar el temor —incluso el terror—, visibles en los proyectos de acción política armada que la lectura de esas cartas permite reconstruir.

Vinculando los secretarios de cartas de amor (ese conjunto de modelos para la escritura) con la novela epistolar, lo que Roger Chartier sostiene bien puede pensarse para toda colección de misivas no ficcionales: "En una forma rudimentaria, el manual epistolar encuentra los elementos constitutivos de la ficción: el desarrollo de una intriga, la instauración de una duración, el esbozo de personajes".¹⁰ Tal vez encuentre, sobre todo, los elementos del relato. Así, el gran relato de la oposición al rosismo (no corresponde, en rigor, decir novela, sino en un sentido muy amplio) no habría que buscarlo en la *Amalia* de José Mármol, sino en la *summa* conformada por epístolas que —de manera

¹⁰Roger Chartier, "Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares", *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993, p. 308. Los secretarios son preceptivas del género: esto es, didácticas sobre el deber ser de la carta, al tiempo que colecciones de modelos; pero, también, suministros de material copiable, plagiable: verdaderos manuales de uso.

fragmentaria, polifónica, errática y hasta fluctuante o contradictoria— terminan conformando una historia, con carga dramática y manejo del *tempo* narrativo, que como en un folletín suspende ciertos estados o revelaciones de un envío a otro.

Los epistolarios se revelarían como la contracara de aquel conjunto de esbozos biográficos escritos por Sarmiento, que fueron publicados póstumamente bajo el título de *Los emigrados*: básicamente una lista de los que debieron exiliarse. Un nombre y una breve pincelada: quién es, qué hizo. De la lectura de esa lista se desprende el verdadero sentido del texto, que es en rigor un rumbo: el del destierro pensado como fenómeno político global; porque los diferentes lugares del exilio —si bien en algunos casos Sarmiento los anota— no constituyen el eje del texto. El exilio como colectivo —y es pertinente recordar aquí la imagen de "provincia semoviente" acuñada por Alberdi— parece unir a los que debieron fugarse, más allá de la diversidad de lugares y de las relaciones efectivas entre ellos. La emigración se globaliza al borrar las diferencias impuestas por las características propias de los países en los que se asilan. Lo que en la política del diccionario concebido por Sarmiento queda afuera —las particulares condiciones del exilio, las relaciones de los desterrados entre sí y con los habitantes de los países que los cobijan, las opiniones sobre la política de las naciones anfitrionas, las peleas y los enfrentamientos ideológicos o domésticos entre los argentinos errantes— puede ser recuperado en la lectura de los epistolarios, menos cuidadosos de las formas gracias al resguardo que implicaría (más adelante se verá el motivo del condicional) la circulación privada.

Los conjuntos de epístolas escritas desde el exilio están atravesados por problemas espaciales: dislocaciones, distancias, viajes, itinerarios urbanos o internacionales, utopías y heterotopías; de manera que podemos pensar el género epistolar como un género de pasaje que, en las fronteras de la patria, recupera por la escritura el lugar simbólico de la reunión. Si el viaje es la educación sentimental de la mirada, el exilio es la politización del horizonte. En el espacio hostil del destierro, las cartas propician la recuperación de un espacio feliz para la construcción de un encuentro. Porque, como propone Heidegger, "una frontera no es aquello donde algo termina; como los griegos reconocieron, el límite es aquello desde donde *algo comienza su presencia*".¹¹

¹¹Martin Heidegger, "Building, dwelling, thinking", *Poetry, Language, Thought*, New York, Harper & Row, 1971, subrayado en el original, p. 154.

En las ciudades donde pasó su destierro —Montevideo o Río de Janeiro— Mariquita Sánchez fue prácticamente una máquina de escribir cartas: escribe en la cama, a la mañana; urgida por la partida de los barcos; escribe corto para dar señales de que está bien; escribe largas cartas para registrar lo que le pasa, pero también lo que piensa respecto de la política. La escritura deja sus marcas en el cuerpo de esa mujer ya madura: se le cansa la vista, le duele la espalda, la letra se le hace ininteligible porque no le dan las manos. Como le ha dicho su íntima amiga Justa Foguet, con la que —por supuesto— se carteaba: "¿Por qué no nació Ud. en el siglo de Luis XIV y marquesa o condesa? ¿Quién citaría las cartas de la Sevigné o de la Maintenon, si hubiera sido Ud. su contemporánea?"¹².

Son de gran interés las denuncias que hace Mariquita acerca de que las cartas que los emigrados envían a Buenos Aires pueden —suelen— ser incautadas y publicadas por la prensa oficial del rosismo.¹³ Por eso, entre las medidas preventivas que los exiliados toman para cuidar a los suyos, podemos observar la de encubrir las identidades de las personas queridas que se mencionan, valiéndose de sobrenombres o seudónimos (en las cartas de Mariquita a su hijo Juan, los nombres de Juan María Gutiérrez —el amigo— y de Carmen Belgrano —la novia— se ocultan como Brian y Miss Wilson; y en las que Juan Andrés Ferrera le envía a Sarmiento, el remitente firmará como Augusto o Adolfo Fisher). Cambios de nombre y selección de interlocutores: también se protege a las amistades escribiéndoles menos, para no comprometerlas.

Mariquita Sánchez afirma:

"Ha llegado el paquete de Buenos Aires y sabemos que todas las cartas de aquí fueron quitadas por la Capitanía del puerto acompañada de la Mazorca. Las mías tuvieron igual suerte. Mi

¹² Fechada el 8 de septiembre de 1844 y citada en nota al pie por Clara Vilaseca, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 132. Así como Madame de Sevigné escribió cartas a su hija, Mariquita Sánchez lo hizo en particular con una de las suyas: Florencia Thompson. (La compilación de cartas de Sevigné se ha constituido en una lectura edificante, como modelo de relación materno-filial).

¹³ Ese acto denunciado no es sino la manifestación concreta de un resquemor frecuentemente asociado al género: que las cartas sean interceptadas. Es lo que plantea Jaques Derrida en su "Envío" teórico-amoroso de *La carta postal*: la posibilidad cierta de que una carta sea interceptada es "insoportable" (Jacques Derrida, *La carte postale: De Socrate à Freud et au-delà*, Paris, Aubie Flammarion, 1980).

familia ha pasado más de ocho días en grande aflicción. Hay en la Gaceta algunas publicadas" (p. 380).¹⁴

La falta de comunicación con Buenos Aires es algo que preocupa a esta mujer en el exilio que tiene a sus hijos y nietos desperdigados por varios puntos del planeta. Pero, desde una mirada ya más política y menos personal, se alarma porque "[l]as gacetas de Buenos Aires nos traen las cartas que se escriben de ésta a los amigos. Ya se falta a la fe pública sin disimulo por ese hombre funesto para nuestra patria" (p.385).

Ésta es una cuestión central. Las cartas personales incautadas son desviadas de su curso natural y se hacen públicas por la prensa. El remitente lee en los periódicos lo que les ha escrito a los suyos. Mariquita da a entender, incluso, que algunas de esas cartas son fraguadas por (¿Antonino?) Reyes, quien —de acuerdo con la misma fuente— se vanagloriaba de generar desunión entre los argentinos.

IV El archivero

Se postula, por lo tanto, una escritura al servicio de Juan Manuel de Rosas; y entonces otro hombre se vuelve imprescindible. Pedro de Angelis, el extranjero que había servido a Bernardino Rivadavia y que supo acomodarse a la época del Restaurador de las Leyes como el más fiel de los escribas, y que fue —entre otras cosas— el editor del *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, periódico trilingüe (español, inglés y francés) creado para promover una imagen positiva de Rosas en el exterior, con el fin de contrarrestar la *mala prensa* de los opositores en el exilio.¹⁵

Rosas tiene la intención de que parezca un periódico editado por un particular y no por el gobierno; pero, de hecho, es él mismo su verdadero director —y hasta, podríamos decir, su autor—, sobre la base de un control permanente de lo que se publica, así como del momento y la forma. Todo debe pasar ante los ojos del Restaurador, quien le enuncia permanentemente al

¹⁴Lo dice en el diario que escribe en Montevideo para que lo lea Echeverría cuando emigre, del que nos ocuparemos en la Cuarta parte de la tesis.

¹⁵Se editaron dos series del *Archivo Americano*: la primera, desde junio de 1843 hasta enero de 1847; la segunda, desde marzo de 1847 hasta diciembre de 1851.

archivero e imprentero del estado, de Angelis, una serie de instrucciones sobre el estilo, el tono, los temas a tratarse y el idioma en que se publicarán.

Esa función de *archivero* o *editor* le será imputada al intelectual napolitano como una injuria por parte de los antirrosistas, en particular por Echeverría en la polémica que entabla con él en 1847 a través de —precisamente— dos largas cartas; en tanto que el propio de Angelis había aprovechado algún artículo del *Archivo Americano* para definirse como "escritor público", de libre opinión, y en cuyo arbitrio estaba la posibilidad de defender al gobierno sin quedar sujeto, por eso, a ser considerado como parte de sus "órganos asalariados".¹⁶

No obstante esa declaración, el sistema del orden rosista termina revelando la forma concreta de redacción del periódico: el gobernador de Buenos Aires había implementado un método de carpetas que circulaban entre su casa y la de su escriba, de acuerdo con lo que reconstruye Ignacio Weiss. Cada asunto debía ocupar una carpeta, de manera que no se mezclara con otros. Cada carpeta podía hacer varios viajes entre una casa y otra, con incansables correcciones o sugerencias. El tono, en general, era perentorio y taxativo, y de Angelis aceptaba presuroso las indicaciones porque "mi primer deber es obedecer" (p. XLI). De ahí que el balance de la relación, en carta a Andrés Lamas del 31 de diciembre de 1856, lo lleve a decir, como quien recupera la memoria de una vieja y dependiente relación amorosa, que

"Del Sr. Rosas y de *son temps* no conservo más que tristes recuerdos. Era tan desconfiado que me obligaba a devolverle hasta las carpetas más insignificantes, dentro de las 24 horas de haberlas recibido. Los enamorados se devuelven sus billetes cuando se pelean; con él no había qué devolver, porque nada se conservaba".¹⁷

Pero todavía en tiempos de sus servicios al Restaurador, bajo el título de "Correspondencia interceptada a los salvajes unitarios", el *Archivo Americano* que de Angelis dirige da a conocer una carta que Florencio Varela envía al General Paz, a quien los antirrosistas han encomendado durante muchos años, infructuosamente, la misión de derrocar a Rosas. Está fechada en Montevideo,

¹⁶*Archivo Americano*, número 30 de la primera serie (1846); citado por Ignacio Weiss, en "Juan Manuel de Rosas-Pedro de Angelis y el *Archivo Americano*", introducción a *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo* (Primera reimpression del texto español conforme a la edición original), dos tomos, Buenos Aires, Americana, 1946.

¹⁷Carta del 31 de diciembre de 1856, citada por Weiss, p. XXV (subrayado en el original).

en marzo de 1845, y en ella se habla sobre la imposibilidad de que los emigrados de Montevideo lo asistan con tropas; de cómo marcha el combate entre las fuerzas de Oribe y las de Rivera en la Banda Oriental; y del posible apoyo de Francia, de Inglaterra y del indeciso Imperio del Brasil para pacificar el Río de la Plata. Varela se encarga de transmitirle los datos, citando como fuente, en muchos casos, la correspondencia que él mismo ha recibido. Se infiere fácilmente lo útil que le resulta al gobierno de Rosas acceder a una pieza como ésta, fundamentalmente por el minucioso informe sobre la situación y sobre la posición en que se encuentra el enemigo.¹⁸

En alguna oportunidad, la interceptación del correo cobra un matiz luctuoso, como cuando el secretario de Picolet, "que llevaba de aquí cartas, que le fueron tomadas, preso él en consecuencia" —cuenta Mariquita Sánchez—, acaba siendo fusilado (p.414). Claro que el incautamiento no es privativo del rosismo; y en esta lucha de partidos, los emigrados en la Banda Oriental hacen lo propio con la correspondencia de Rosas. Por eso, en una carta a su hijo, Mariquita puede referirse a ello como "documentos curiosos" que Juan podrá leer en los diarios.

En carta a Bartolomé Mitre de julio de 1852, Sarmiento es más directo. Coloca en un contexto universal la inviolabilidad de los envíos postales para recordar que la ley "manda cortar la mano al que abre correspondencia, como la pena capital al que asalta al correo". Por lo que sugiere, para el caso de un rosista que ha cometido ese atropello, una pena de alto valor simbólico: "le haría llevar una cintita colorada en la muñeca para indicar el lugar en que la cuchilla de la ley debió ejercer su oficio".¹⁹

A todo eso se agrega el temor de que algunas piezas no lleguen debido al sistema de envío. La circulación insegura o incierta es otra de las zozobras del exilio que Mariquita Sánchez le comenta a su hija Florencia:

"Acabo de recibir tu carta. Siento que la corbata llegará tarde. Es un trabajo la correspondencia porque corre entre los contrabandos y así, se retarda. Esta carta te la dará un excelente joven italiano [...]. Así irá segura y será larga. Con sentimiento he sabido la salida del paquete sin escribirte. No caviles por no tener cartas mías. Las

¹⁸*Archivo Americano*, 19, 21 de junio de 1845.

¹⁹Carta de Sarmiento a Bartolomé Mitre, Yungay, 9 de julio de 1852, en Domingo F. Sarmiento, *Cartas y discursos políticos. Itinerarios de una pasión republicana*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1965, pp. 57-58.

más veces no sé la salida de los paquetes. Julio, ocupado en sus cosas, no se informa y así, ignoro las ocasiones. Casi siempre mando mis cartas a lo de Zumarán y muchas veces las olvidan o corren largo entre las intrigas comerciales" (p.159).

Este fragmento resume todo lo que pasa con el correo en el destierro. Porque la situación no sólo condiciona la extensión y la confidencialidad de las misivas: aquí la correspondencia es asimilada al contrabando. Se relaciona, por lo tanto, con la mercancía; aunque en realidad debería pensarse como un tráfico de ideas, que puede vincularse a los libros que, escritos en el extranjero por los antirrosistas, se filtran y circulan en forma clandestina en Buenos Aires. Es el caso del *Facundo*, del que hay "cincuenta introducidos furtivamente", según el propio Sarmiento le comenta a Juan María Gutiérrez desde Santiago de Chile, en carta de agosto de 1845.²⁰

V Las clasificaciones

La práctica del incautamiento de correspondencia puede relacionarse con el sistema de delación que, de acuerdo con las consideraciones de sus opositores, el sistema rosista establece. La delación sería no sólo un método, sino también un género discursivo del rosismo. En *Amalia*, Mármol monta una escena entre Rosas y Victorica, su jefe de Policía, en la que se comentan los efectos de la frustrada fuga de un pequeño grupo de opositores, con la que la novela abre. Victorica le comunica al Restaurador la identidad de los antirrosistas muertos y se concentran en el que los ha entregado. Rosas, entonces, pregunta:

"— ¿Hizo usted firmar a Merlo la delación?

— Sí, señor; todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

— ¿La trae usted?

— Aquí está —contestó el jefe de policía, sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

²⁰Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. *Epistolario*, Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1981, tomo II, p. 8.

— Léala usted —dijo Rosas."²¹

A esto le sigue la declaración formal del delator, donde se asientan los datos de su filiación y lo que manifiesta ante las autoridades. El escrito recupera, como es habitual en los testimoniales jurídicos, la dicción del informante, por lo que abunda en subordinadas que sostienen el discurso indirecto. La delación como género y los delatores como clases de personas se asocian, en la ficción de Mármol, con María Josefa Ezcurra. Como parte de un sistema político que se apoya en figuras clave de la familia de Rosas, la novela sitúa a la hermana de Encarnación como la carcelera, el perro guardián del gabinete del gobernador, y como la que sostiene y alimenta el sistema de las delaciones. Sus informantes son los criados de las casas unitarias y, en particular, los negros, adeptos incondicionales al Restaurador de las Leyes. Es el manejo estratégico de la información sobre lo privado que será llevado al ámbito de la cosa pública. Por eso Daniel Bello, el héroe de la novela, le hace conservar a su prima Amalia sólo los criados de absoluta confianza y despedir al resto. Daniel explica la conducta de la "clase baja" por medio de una rápida teoría racial que rescata a los mulatos, ya que por "esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas", en lo que imitan a la "gente ilustrada" (p. 18).²²

La novela muestra a María Josefa como la que se hace cargo de ejercer una presión intimidatoria sobre los informantes y de llevar adelante el interrogatorio que le proporcionará al gobierno de su cuñado los datos que necesita. Se trata de que los criados, con sus relatos, le permitan al rosismo acceder al espacio doméstico de los opositores, que —en el contexto del enfrentamiento político— deviene el espacio de las actividades clandestinas, del ocultamiento y de la conjura.²³

Rosas arma sus sistemas. Un cuerpo de hombres a su servicio ejecuta las penas impuestas a sus enemigos. Pero, para actuar, un género los guía: las clasificaciones. Dice Mármol, también en *Amalia*: "Entre los curiosos

²¹José Mármol, *Amalia*, Primera parte, capítulo VI, México, Porrúa, 1999, pp. 46-47.

²²Cf. también, Adolfo Prieto, que encuentra una buena síntesis de este clima de espionaje, en Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1982, pp. 86-87.

²³Ramos Mejía, en su posición fuertemente antirrosista, comentará que "el hogar de puertas abiertas fue una institución fundada por Rosas para vigilar mejor sus pensionistas", control que se vela facilitado por la baja altura de las paredes y cercas. (Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1907, tomo I, p. 353).

documentos inéditos que poseemos hoy, de tiempo de la dictadura, se hallan las famosas *Clasificaciones*, de que tanto se ha hablado, y que comprenden nueve mil cuatrocientos cuarenta y dos individuos; comenzadas en 1835, y concluidas, parece, en 1844" (p. 340). El género está construido de manera bastante elemental. Un nombre, un adjetivo, eventualmente alguna especificación sobre su cargo u ocupación. En el sistema de adjetivación, las palabras "federal" y "unitario" hacen la primera gran divisoria de aguas, hasta ahí —podríamos decir— en cierto modo objetivas. El atributo de federal puede ser modificado por un complemento distintivo, como en el caso de Ciriaco Cuitiño, al que se clasifica como "federal firme y sobresaliente". Los unitarios, por su parte, suelen ser llamados "renegados". Constan también, los indiferentes, los que deben continuar en observación para definir su estatus, y se propone como tarea definir a los que aún son desconocidos.

Pero las listas, como género de la escritura rosista, deben ser analizadas, también, en sus efectos de lectura. Son papeles oficiales que van ordenándose en los archivos de Rosas y que, periódicamente, se leen para el Restaurador. Rosas aparece entonces como el lector modelo de este género. Es el que comprende cabalmente el texto y el único que puede asignarle su sentido pleno. El verdadero sentido del texto lo dictamina el lector Rosas. Sólo él tiene la última palabra si se trata de sopesar el valor de la clasificación. Y sólo él puede dictaminar la legitimidad de los demás lectores. Así, corrector y dictador, le indica a su colaborador: "vaya separando las otras [clasificaciones] para leerlas luego; pero mire, cuando vea *unitarios* en esos papeles, léame *salvajes unitarios*. Tome, Corvalán. Llévelo a María Josefa y dígame que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras" (p. 347). La cuñada está habilitada por Rosas para hacer la selección: segunda lectura que dará paso a la implementación del valor de uso de este género. De la clasificación a la acción hay un sendero de lecturas y sentidos. Se escriben nombres, se les adjudica el adjetivo calificativo, y entran en un sistema de clasificación. Los sentidos van marcando opciones que anclarán en una acción concreta sobre los cuerpos de esos nombres.²⁴

²⁴Hay que saber leer y entender. Por eso, en los Archivos de Policía está escrito: "Hace presente el edecán de su Excelencia, don Pedro Ramos, el modo como se deben entender las clasificaciones de presos y si para ello necesita el Jefe de Policía algunos conocimientos puede tomarlos de las carpetas que su Excelencia tiene en su escritorio sobre una silla bajo un libro en el pasadizo del cuarto de los escribientes sobre la izquierda, y que le serán dados por doña

El género de las clasificaciones no está lejos de la *Relación de los cristianos salvados del cautiverio* que Rosas escribe después de su campaña al desierto de 1833. En apariencia nos encontramos ante el mismo tipo de constitución genérica: un nombre, una descripción. Pero si ambos géneros comparten un gesto, el de la catalogación de personas, los fines se diferencian. Con la relación de cristianos se procura la reinserción de los rescatados en sus lugares de origen, para devolverlos al lugar al que pertenecieron y del que fueron robados por los indios. La civilización restituye a su ámbito lo que la barbarie indígena cambió de lugar. Se busca que vuelvan los cuerpos cuyas señas particulares se anotan para sistematizar los rasgos que posibiliten —lectura mediante— su recuperación.

Con las clasificaciones podría verse el camino contrario. La escritura cristaliza las señas para que los cuerpos encuentren el destino que merecen. Estar clasificado como federal permite salvar el pellejo. La clasificación contraria indica —señala— otro sentido, con variantes: la persecución, la cárcel, el exilio, el degüello.

Por decreto del 20 de marzo de 1836, Rosas afina el sistema de empadronamiento general de la población para determinar sus colocaciones políticas al solicitar la confección de un padrón minucioso. La tarea de sistematización había mostrado algunos desajustes. Y eso que en marzo de 1831 ya había aclarado la manera de proceder para subsanar las desprolijidades cometidas y evitar otras futuras: "Las *relaciones de unitarios y federales* [...] no han llenado el objeto que se tuvo presente al dictar esta medida, porque la inexactitud en unas y la diferente forma en que se hicieron las otras, revelan que no hay arbitrios para llenarlas". Rosas hacía hincapié en la necesidad de diferenciar una lista de otra y completarlas ajustándose a los formularios que remitía a los comisarios y a los jueces de paz de campaña.

"La clasificación de las personas que se relacionen debe hacerse con el pulso y tino que corresponde, a fin de obtener por este medio un conocimiento exacto y para que sirva de reglas al Gobernador que firma, en sus disposiciones sin necesidad de recurrir a informes que no siempre son con la exactitud que se desea. No es preciso comprender en ella los pobres, porque en lo

Manuelita de Rosas y Ezcurra" (citado por Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*, Buenos Aires, Theoria, 1972, p. 227).

general es bien conocida su opinión, por la Santa causa de la Federación. Sólo deben ponerse los que tengan alguna propiedad porque éstos serán los que desempeñen cargos y comisiones si es necesario darles. Los otros están siempre dispuestos para lo que el Gobernador que firma quiera ordenarles. La de unitarios tendrá también las mismas distinciones según el formulario que se acompaña a este objeto".²⁵

Se sabe, no es el recurso en sí el único que marca los sentidos. Un nombre y una serie de características pueden ser escritos y leídos con políticas diferentes. Y los usos cambian. Por eso las diferencias incluso cuando el sujeto de la enunciación es el mismo. Rosas escribiendo la *Relación de cristianos cautivos* y Rosas escribiendo —por propia mano o por delegación— las *Clasificaciones*. Devolver los cautivos a la civilización es el gesto del primero; identificar las adscripciones políticas es la intención del segundo. Si en la relación de cristianos, no había valoración que privilegiara unos nombres por sobre otros, en las clasificaciones habría una suerte de selección de calidades. Rosas organiza, sistematiza, cataloga, asigna sentidos en los motes, distribuye dones y castigos.

Y que el recurso cambia de función en diferentes condiciones de enunciación y contextos, en las que se incluye el cambio de sujeto de la enunciación, lo atestigua el escrito ya mencionado de Sarmiento, *Los emigrados*, esbozos de biografías que el sanjuanino diseñó ya en su vejez. Allí, la cohesión está dada por el destierro y, bajo esa condición común, conviven nombres dispares y atenciones desiguales.²⁶

²⁵En Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, tomo II, pp.247-248. También Sarmiento las menciona en *Facundo*: "Otra creación de aquella época fue el *censo de las opiniones*. Esta es una institución verdaderamente original. Rosas mandó levantar en la ciudad y la campaña por medio de los jueces de paz un registro, en el que se anotó el nombre de cada vecino, clasificándolo de unitario, indiferente, federal o federal neto. En los colegios se encargó a los rectores, y en todas partes se hizo con la más severa escrupulosidad, comprobándolo después y admitiendo los reclamos que la inexactitud podía originar. Estos registros reunidos después en la oficina de Gobierno, han servido para suministrar gargantas a la cuchilla infatigable de la Mazorca durante siete años" (Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, prólogo y notas de Alberto Palcos, Buenos Aires, Ediciones culturales argentinas, 1962, pp. 235-236 [ortografía modernizada]).

²⁶Un dato curioso: Sarmiento se inscribe a sí mismo en tercera persona: "Sarmiento. [...] Autor de muchos libros. Ha ejercido todas las funciones públicas. Su aparición en la escena como escritor en Chile marca una nueva faz en las cuestiones argentinas. Cambia los términos del debate —llamándola lucha de civilización y barbarie— de las campañas contra las ciudades. [...] Consagra su vida a la educación, pues la emigración es un río que marcha. Realiza en el gobierno todo el programa anterior a Caseros y continúa su acción desarrollando y aclimatando principios e ideas liberales" (Domingo F. Sarmiento, *Los emigrados*, en *Obras de*

VI De prontuarios y tiranías

Entre los desterrados, Mariquita Sánchez tiene un privilegio. Para el 20 de septiembre de 1842 ya le había solicitado a su hija una suerte de informe sobre lo que podríamos llamar su prontuario; esto es: quiere saber qué se dice de ella, cómo está su reputación política en Buenos Aires. Por eso le pregunta:

"qué dirías si yo fuera a dar una vuelta. Esta política infernal nos coloca a todos en difícil posición y no hay prudencia que baste, de modo que como tanto han mentido sobre mí, no sé cómo estaré y esto quisiera saber para ver si me resuelvo a irte a ver" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 76, subrayado en el original).

Esto es importante. Porque, en general, los otros exiliados se ilusionan con el regreso; pero no es habitual que planeen viajes ni siquiera fugaces a ningún punto del país (salvo que se esté pensando en alguna incursión militar contra Rosas, pero ésa es otra cuestión). Lo interesante del exilio de Mariquita es que ella hará algunas visitas a su ciudad natal. Su posición es diferente, tal vez por la relación social que mantiene desde hace años con Rosas y su familia. Por lo tanto, su destierro será un constante movimiento que incluirá, en reiteradas ocasiones, temporadas en Buenos Aires.

Y entonces otro temor se agrega ahora, manifestado reiteradamente en sus cartas. Además del miedo a Rosas y a que su correspondencia sea incautada, a Mariquita la asustan los viajes. Paradójica situación para una mujer que se ha visto obligada a moverse de su centro de influencia, teniendo que abandonar la imponente casa de Buenos Aires, sede de su famosa tertulia. Y es fundamentalmente ese miedo a las travesías lo que hace de Europa una permanente posibilidad que acabará siendo, de todos modos, un puro deseo. Porque la "afrancesada" Mariquita Sánchez finalmente no llegará a conocer el Viejo Mundo.

Ese sentimiento puede leerse en una amarga queja: "riesgos ¡ay! y riesgos en viajes" (p.121). No obstante eso, le interesa viajar. O, por lo menos, sabe que es útil hacerlo. Al sentirse lejos, la preocupación por su hija la lleva en

Sarmiento, tomo XIV, p. 396). Este párrafo bien pudo ser agregado por el editor de las *Obras de Sarmiento*, que los tomó "de otros escritos del autor" (p. 360).

varias oportunidades a lamentarse de no poder estar con ella. Y desde Río de Janeiro, en 1846, llegará a afirmar, sobrepuesta, que "[p]ara mí nada es navegar cuando es preciso" (p.135).

Navegar é preciso, viver não é preciso: la tradicional versión lusitana del dicho clásico parece haber hecho carne en esta argentina exiliada en el trópico.²⁷ Por eso no puede ser sólo casualidad que elija esa expresión para referirse al viaje justamente cuando está en el Brasil y ya sabe algo de portugués: el exilio es un campo de experiencias y aprendizajes, a pesar de todo.

Para reunirse con los suyos, para componer la situación económica de la familia, para paliar los sufrimientos de todos, Mariquita propone todo tipo de combinaciones: que Florencia vaya a Río, que ambas se encuentren en Francia, que Albina (otra de sus hijas) vuelva de Barcelona. Pero sus fantasías siempre se cruzan con la sensación del viaje como un padecimiento inmerecido, no deseado e injusto. Ahí es donde se recupera el espesor del exilio, que por momentos parece perderse en la maraña de relatos de la intimidad o de los asuntos familiares. Porque, a diferencia de los epistolarios de los varones, en sus cartas (sobre todo en las que le manda a Florencia), la sombra de la figura de Rosas —*monstruo* protagonista de las misivas de los "publicistas" opositores en el exilio— no es omnipresente. Lo que hace que muchas veces quepa preguntarse qué impide, realmente, que Mariquita Sánchez vuelva a Buenos Aires. Por eso, cuando ella percibe el viaje como injusticia, reaparece la idea clara del destierro y la situación de la pérdida: "Yo, que no he hecho mal ni a un perro, y ser tan desgraciada, y a mi vejez andar huyendo de mi país y sin comodidad. En fin, cuando hablo así me pongo triste y no saco otra cosa. El autor de todas mis penas me mandaría a pasear" (p.125).

En los movimientos a los que se ve forzada por la política, irá descubriendo —entre los sinsabores del destierro y de la melancolía— los placeres del viaje, aunque a un alto costo. "Bien dicen, hija, que no hay como viajar para tener mundo" (p. 130), resignada conclusión que puede insertarse en la tradición del exilio, y en particular de la mujer en el exilio. Y que se entronca con la letanía de una desterrada europea famosa (con la que Mariquita ha sido comparada no siempre de manera atinada); porque Madame de Staël ya había

²⁷Su enunciación latina: "Navigare necesse est, vivere non est".

dicho que "voyager est, quoi qu'on puisse dire, un des plus tristes plaisirs de la vie".²⁸

En marzo de 1845 y con treinta y dos años, Florencia ha quedado viuda, al fallecer Faustino Lezica, lo que motiva uno de los regresos de su madre a Buenos Aires, en donde permanecerá varios meses. Pero como estos encuentros o períodos de convivencia no dejan de ser excepcionales, es en las cartas a su hija donde Mariquita acostumbra verter sus ideas sobre el matrimonio y sobre la situación social y política de las mujeres. En ellas, con el pronombre "nosotras" alude con frecuencia a las mujeres de su clase; pero muchas veces lo usa para referirse a las viudas como su hija y entre las que se cuenta ella misma a pesar de que su segundo marido (con quien se casó luego del fallecimiento de Martín Thompson) vive. Jean-Baptiste Washington de Mendeville ha sido el cónsul de Francia en Buenos Aires y para la fecha está en Quito, también como enviado de su gobierno. De hecho, los esposos están separados; pero conservan el trato familiar a través de la correspondencia.

Las quejas de Mariquita Sánchez sobre Mendeville se hacen manifiestas en cartas desde Río de Janeiro, a comienzos de 1847 (la crudeza con la que habla de su marido puede explicarse por el hecho de que, si bien forman todos una familia, Florencia es hija de Thompson). El tema es el maltrato a las mujeres. Y si en algún momento Mariquita se compadece de las que deben salir a pelearlo todo solas, no deja de reconocer las ventajas de las viudas, debido a que lo que le preocupa fundamentalmente es la dependencia económica que ella misma tiene respecto de su esposo. Durante el período de su exilio en el Brasil necesita del dinero que Mendeville le manda y cuyo envío éste quiere interrumpir; mientras que en la Banda Oriental podría arreglarse mejor con lo que produzca su hijo Julio, que ha instalado un comercio en Montevideo. Es tal su padecimiento que alimenta la fantasía de volver a Buenos Aires, donde no necesitaría "esa pensión que me cuesta lágrimas de sangre" (p.143). Para ello, estaría dispuesta —incluso— a "ponerme moño", en clara alusión a la divisa punzó, signo de adhesión al rosismo.

Esto la coloca entre el padecimiento del exilio político y la tiranía conyugal. Porque, marcado el tono de sus cartas —como ocurre durante largos períodos— más por la cuestión privada y familiar que por la gran política, lo que se vuelve evidente es que la dispersión de la familia encuentra mayor

²⁸Mme. de Staël, *Corinne ou l'Italie*, Libro I, capítulo II.

responsabilidad en Mendeville que en Rosas y su sistema (lo que en rigor es cierto, porque hay hijos por todas partes, pero —sin contar las relaciones de Mariquita con los antirrosistas— el único que tiene militancia política es Juan).

Unos meses más tarde, otra vez en Montevideo, vuelve sobre la cuestión: "¿Que ese ser precioso al que adorabas se convierte en tu verdugo implacable? [...] ¿Puedes emanciparte de esta carga? No. Serías una *bandolera*. Aquí [la sociedad] tiene la más horrenda tiranía, en virtud y contra la cual nadie pelea" (p. 157, subrayado en el original). Así como en 1804 Mariquita Sánchez había defendido su derecho a elegir marido y desafiado a sus padres pidiendo directamente al virrey el permiso para casarse con Martín Thompson, lucha ahora por los derechos económicos de una mujer:

"me dirijo en derechura al gobierno [francés] pidiéndole se me asigne de sus sueldos lo que sea justo. No creo seré desatendida. Veremos. Lo que deseo es ver entre los dos [ella y Mendeville] una barrera sólida levantada, para dejar de rabiar. El gobierno me dará una pensión, nada ya tendré con él que hacer" (p. 157).²⁹

La carta que menciona puede ser leída como una reescritura de aquella por la cual, en el siglo XVI, Isabel de Guevara reclamaba la asignación vitalicia de un *repartimiento* por los servicios que su marido había prestado en la conquista. Mariquita podría encontrar, así, un lugar también en esa tradición y en ese linaje.

El tema de la tiranía del matrimonio le preocupa e insistirá, afirmando que su esposo

"es el segundo volumen de Rivadavia, que hacía vivir a la infeliz de su mujer lavando y planchando, y él comía y bebía en grande y ¿sabes lo que ha dejado?: ochenta mil fuertes en los fondos de Río de Janeiro, sin contar las alhajas y otras cosas, y todo lo deja a sus amigos y no a sus hijos ¿qué tal? Así hará mi alhaja, no lo dudes. ¡Qué hombre tan malo!" (p.163).

Más interesante que lo que le toca a Mendeville (sobre el que hasta aquí Mariquita ha sido muy clara) es, en verdad, la imagen de Bernardino Rivadavia que esta exiliada diseña. Desde una perspectiva netamente femenina, el *presidente* pierde toda la gloria, en franco contraste con el cuadro que arma

²⁹Para escribir la misiva ha debido recurrir a su amigo Echeverría. Se confirma aquello que el propio Mendeville lamentaba: contra lo que podía suponerse, Mariquita no domina el francés.

Florencio Varela en carta a Gutiérrez desde Río de Janeiro, al contarle que todos los días se reúne a estudiar con aquél en la biblioteca, encuentros que — lo vimos— pueden leerse como un símbolo de la unión entre los viejos unitarios y los jóvenes antirrosistas.

Rivadavia, Mendeville: maridos-verdugos. Hay un monstruo más doméstico y cercano que el Restaurador para esta mujer antirrosista.³⁰

VII Entre nos

Es evidente: existen cartas privadas, absolutamente confidenciales. Pero las que se envían desde el exilio también pueden circular, ser divulgadas, compartirse entre amigos o leerse en alguna tertulia. De esa manera, la polémica epistolar sobre el romanticismo que mantienen Juan María Gutiérrez y Florencio Varela es seguida y comentada por Thompson y Pavie (en otras ocasiones, sin embargo, se solicita expresamente discreción, y se reservan — por ejemplo— las opiniones de Varela sobre la pelea entre Echeverría y Gutiérrez). "Como mi tiempo es siempre escaso tengo que repartir mi carta entre V. y el estimable Thompson porque no puedo escribir a ambos separadamente. A bien que si no puede decirse de dos amigos *erunt duo in came una* como se dice de dos esposos, puede sí hablarse a ambos dirigiéndose a uno solo", se lee al comienzo de una carta de Varela a Gutiérrez.³¹ Por lo que no es extraño que sea la falta de tiempo para escribir lo que amplíe la recepción. Si Florencio Varela se ve desbordado por sus ocupaciones profesionales, a Mariquita la consumen las preocupaciones domésticas. No obstante eso, la escasez de tiempo no es un tema menor si se piensa en las dificultades económicas por las que pasan los exiliados y las múltiples tareas en las que se ven inmersos para subsistir, lo que provoca un cierto "desaliño" en el estilo de las cartas, del que nunca olvidan excusarse.

Frente a la disyuntiva entre el ahorro y el despilfarro, Sarmiento plantea un término indecible. Hay unas cartas escritas por él desde Río de Janeiro en el verano de 1846 en cuyos detalles iremos entrando a medida que avancemos

³⁰Reconstruiremos la vida de Rivadavia en Río de Janeiro en la Tercera parte de la tesis.

³¹ Archivo JMG, tomo I, p.186, carta del 21 de agosto de 1835. Para otro abordaje del epistolario de Juan María Gutiérrez, ver Susana Zanetti, *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002.

en el tratamiento de las cuestiones de este trabajo, pero que ahora quisiera recuperar y analizar como serie.

La primera carta está destinada a Bartolomé Mitre y fue escrita el 19 de febrero. Es la carta a un amigo reciente, con el que ha hecho contacto en su paso por Montevideo, hábito con el que los exiliados van compensando tanta desolación. Hace doce días que Sarmiento ha llegado a Río y la carta le sirve básicamente para mantener el contacto, renovando los lazos recién creados y para recomendarle a Vicente López, que parte de Río hacia la Banda Oriental, al tiempo que le permite mandarles saludos a dos altos personajes de la política uruguaya —Melchor Pacheco y Obes y Andrés Lamas— a quienes no ha podido acceder pero con quienes tiene evidentes ganas de congraciarse. En medio de los gestos de cortesía hay una referencia que, a la luz de la carta publicada en los *Viajes por Europa, Africa y América*, va a resultar literariamente y políticamente productiva. Sarmiento exclama: "¡He conocido a don Frutos [Rivera]! Es una lástima que hombres de esta talla tengan todavía porvenir en nuestros países".³²

La última de la serie que me interesa está dirigida a Juan María Gutiérrez: luego de las quejas por el excesivo calor que son de rigor en la correspondencia desde el trópico (y que no faltaban tampoco en la misiva dirigida a Mitre), le cuenta que ha confirmado lo que aquel le había contado sobre la desbordante naturaleza del lugar. Está fechada el 1 de marzo, y Sarmiento está impaciente por seguir viaje a Europa. Con más confianza que la que manifiesta con Mitre, le confiesa a Gutiérrez que "tengo que echarle a Ud. un carajo", porque aún no ha recibido la encomienda de ejemplares del *Facundo* que debían llegar a la corte. Casi fetichista, comenta: "Yo he llegado con uno aquí y como temo que la carretada que fue a Francia esté tirada en algún puerto no he querido desprenderme de él".³³ Agrega otros dos datos importantes: que ha conocido a Mármol, cuyo poema el *Peregrino* lo ha impactado; y que estuvo con el diplomático inglés Hamilton, en cuya casa transcurrirá una de las escenas más interesantes del viaje de Sarmiento, pero que no es aquí donde la cuenta.

³²Domingo F. Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento. Primera serie: tomo I, años 1838-1854*, Córdoba, Poder Ejecutivo de la provincia de Córdoba, 1988, p. 113. Veremos más adelante la productividad de esta carta.

³³Carta de Domingo F. Sarmiento a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 1 de marzo de 1846, en *Archivo JMG*, tomo II, pp. 48-49.

Pero lo más singular de todo es que afirma, con conocida contundencia: "A Piñero no tengo una palabra que decirle desde Río Janeiro, por lo que le encargo que le dé como a Peña mis memorias pues que no los olvido un momento". Esto lo dice el 1 de marzo de 1846. ¿Cómo es que no tiene nada que decirle a quien destina, finalmente, la extensa carta desde Río de Janeiro incluida en la edición de sus *Viajes* de 1849 y que lleva por fecha el 20 de febrero de 1846?

La de los *Viajes* es evidentemente, una carta impostada para la literatura —en el mejor de los sentidos—, que finge haber sido escrita diez días antes de aquella reticencia. Es la carta menos privada, que se extiende en lo que en las otras cartas apenas se menciona como hechos, y que aquí será material de reflexión, descripción pormenorizada, análisis y crítica política, y prosa poética. Poco tiempo después del paso de Sarmiento por Río, Miguel Piñero muere. No sería descabellado conjeturar que éste podría ser el verdadero motivo por el cual le dedica Sarmiento la carta en cuestión, desmintiendo con el homenaje póstumo la aseveración perezosa de la carta a Gutiérrez. Así, más que como un destinatario, el nombre de Piñero (sobrino de Vélez Sársfield, con quien Sarmiento ha iniciado recientemente una amistad inquebrantable) se lee como una dedicatoria.³⁴

Entonces, frente a un aparente despilfarro, que lo lleva a escribir varias cartas, Sarmiento puede ahorrarse lo más jugoso y, economizando energía, se reserva para escribirlo todo en la carta de mayor difusión, la carta pública que configura el grado más perfecto de la acumulación de fuerzas para conseguir efectos, entre propios, pero también entre extraños.

En su paso por Río de Janeiro en 1852, ya como exiliado del urquicismo, se invertirán un poco la proporción y el gesto. Sarmiento escribirá largas y continuas cartas a Mitre, ya amigo entrañable, como también a sus más viejos amigos Antonino Aberastain y José Posse. La extensión puede deberse a la furia de sentirse derrotado (porque el triunfo de Caseros no ha conseguido nada de lo que él postulaba y por eso se detiene en las cuestiones políticas y en la enunciación de principios); y, en un plano más doméstico, al aburrimiento que le produce la estada forzada en Petrópolis adonde debió trasladarse, igual que

³⁴Miguel Piñero muere en Valparaíso el 15 de abril de 1846. Hay otra carta escrita en Río de Janeiro, y fechada el mismo día que la de *Viajes*: es la que le escribe a Esteban Echeverría en relación con *La cautiva*, y que forma una trama interesante con ésta, que analizaremos con detalle en la Cuarta parte de la tesis.

tantos cortesanos, para huir de la fiebre amarilla. En todas las cartas repetirá una escena que lo honra y lo fascina: la de sus conversaciones con el emperador, y no ahorrará autoelogios. En este caso, una de las cartas a Mitre será la que vaya a dar a un libro con características particulares, compuesto como estará a partir de y con misivas dispersas, sobre el que volveremos.

Ahora bien: dentro de la zona común, y de las experiencias compartidas por haberse visto obligados a abandonar el país, y aun formando un frente único contra Rosas, los exiliados argentinos no dejan de establecer sus diferencias. Y si los epistolarios pueden leerse como un entramado familiar es también porque aparecerán allí las discrepancias, los hartazgos, las desilusiones e incluso los chismes o las maledicencias. Por eso, cuando Florencio Varela se dirige afectuosamente a sus coetáneos, ninguno de ellos olvida que también discuten fervorosamente cuestiones estéticas en una contienda que separa a clásicos de románticos; pero el hecho de que él haga de su gusto neoclásico una militancia no lo lleva sin embargo a perderles el respeto ni la estima a los otros, como queda por demás demostrado en la relación que lo une a Gutiérrez. Salvo en el caso de Juan Bautista Alberdi.

Varela se muestra disconforme con el rumbo que sigue la nueva generación. La diferencia no es solamente estética. Su crítica apunta fundamentalmente al joven que escribe —y publica— antes de haber aprendido y estudiado, y deplora "el aire de magisterio" con el que el tucumano pretende imponerse. Y si bien parece estar dando Varela una opinión general, pronto se hará evidente que su enojo es personal y dirigido. De ahí que en la conocida carta en la que le manifiesta a su amigo Gutiérrez sus opiniones respecto del Salón que se ha inaugurado en Buenos Aires en junio de 1837, sea bien explícito en cuanto a un punto: la indignación que le provoca la actitud intelectual del "joven Alberdi".

Varela no es muy optimista. Cree que la inauguración del Salón es un buen intento, pero sin futuro. Encuentra en la heterogeneidad de sus participantes uno de los puntos débiles de la empresa: a su criterio, la participación de Pedro de Angelis no puede ser sincera, sino movida por un deseo de burla y de vanidad; como también le parece extraña la presencia del viejo unitario Vicente López y Planes, que pertenece a la generación con la que la mayoría de los integrantes del Salón quiere romper.

Pero, en el análisis crítico que hace —que es duro—, hay algo que verdaderamente lo enoja. Descarta que sean útiles en algún sentido la presencia

y la acción de Alberdi. Tan molesto se pone que llega a reprender a su amigo Gutiérrez, afectuosa pero firmemente, culpándolo por infatuar a Alberdi en lugar de reencauzarlo.³⁵

Pese a todo, Gutiérrez mantendrá lazos afectivos incondicionales tanto con uno como con el otro. La relación con Florencio sólo se interrumpirá por la muerte de éste, asesinado en Montevideo en 1848. La amistad con Alberdi durará el resto de su vida, expresión que se vuelve literal si tenemos en cuenta que la última carta que Juan María escribe, la noche anterior a su fallecimiento, en febrero de 1878, le está dirigida.³⁶

¿Qué es lo que enoja de Alberdi a varios de los opositores a Rosas? Que haya explicado filosóficamente la "necesidad" de un gobierno fuerte como el del Restaurador de las Leyes, lo que puede leerse clara y expresamente tanto en su discurso inaugural al Salón Literario como en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* que ya había entregado a imprenta para esa fecha. También su aire doctoral, lo que irritará —entre otras tantas cosas— a Sarmiento, como se verá en las cartas de las *Ciento y una*.

Pero hay, sobre todo, un acto que lo marca para siempre, a los ojos de sus coetáneos y compañeros políticos: su defección durante el Sitio de Montevideo. Sarmiento se lo echará en cara; y Alberdi intentará explicar, en términos de derecho, que no burlaba ningún deber yéndose de la plaza sitiada hacia Europa, tal como sucedió.³⁷

Las cartas de Mariquita Sánchez a Florencia se ocupan de la situación que se genera en Montevideo desde febrero de 1843. Junto con la declaración de su miedo, y "aburrida de guerra y política", hace referencia al viaje de su entrañable amigo Juan María Gutiérrez a Italia, decisión que le preocupa porque va sin pasaportes, burlando la interdicción impuesta por el ministro de guerra, Melchor Pacheco y Obes. Gutiérrez no parte solo: sale de la casa de la propia Mariquita una noche de abril junto con su amigo Alberdi; y confundidos entre un grupo de oficiales de marina franceses, logran embarcar rumbo a Génova.

El resquemor que se leía en algunas de las cartas del exilio apuntaba a frenar las disensiones estéticas porque podían derivar en discrepancias

³⁵Alberdi y Varela se conocen muy bien. La relación data de la época en que el tucumano residía en la casa de su amigo Miguel Cané, cuya hermana Justa se casaría con Florencio.

³⁶Cf. Ernesto Morales, *Don Juan María Gutiérrez. El hombre de mayo*, Buenos Aires, Peuser, 1937, p. 211. Gutiérrez muere el 26 de febrero de 1878.

³⁷Volveremos a esta cuestión, con detalle, en la Conclusión.

ideológicas más fuertes. Después del cambio de escenario político que se sintetiza en el cierre del Salón Literario por orden de Rosas, parte de la joven generación había tomado el camino de la lucha armada, que desembocó en la derrota y la muerte de los sublevados del sur de la provincia de Buenos Aires, en 1839. Otros, en cambio, eligieron el destierro. Pero antes hubo intentos de resistencia y organización del combate contra el Restaurador desde la clandestinidad, en particular por la acción de los que en 1838 formaron —una vez disueltas las reuniones en la librería de Sastre— la Asociación de la Joven Generación Argentina. El 8 de julio de ese año, en un brindis presidido por Echeverría, ya líder indiscutido de la generación, juraron fidelidad a las "palabras simbólicas".

Pero las promesas no siempre terminan cumpliéndose, y Luis Domínguez va a lamentarse de ello. La carta que en septiembre de 1843 le remite a Félix Frías desde Montevideo constituye un claro ejemplo de todos los tonos y temas que pueden tocarse en la relación epistolar durante el exilio: análisis político y crónica de los acontecimientos, junto con opiniones e hipótesis sobre estrategias militares; relatos sobre la vida de los amigos y conocidos que pueden incluir algunos juicios (en general confidenciales) sobre sus conductas o una lista de amoríos; y comentarios sobre nuevas producciones escritas (no hay que olvidar que, con mayor o menor talento e incidencia pública, casi todos estos jóvenes son escritores), envíos de dichos escritos y manifestaciones sobre literatura. Escribe Domínguez, con enojo:

"De nuestros amigos, de esos *compañeros de causa y de principios*, que me encargas en tu carta *abrace* en tu nombre, es de lo que más quisiera hablarte. Y como esto no puede hacerse sin hablarte de los sucesos políticos, te hablaré de una y otra [sic] como relacionándolos; tendrá la ventaja mi carta de hacerse así más picante".³⁸

Y al pasar revista a los destinos de Echeverría, Alberdi, Thompson, Gutiérrez, Tejedor, Lafuente y su propio hermano Pepe, le entristece comprobar que sólo este último y el autor del *Dogma Socialista* se han quedado en Montevideo, resistiendo. Los demás han tomado rumbos diversos. Y pese a que incluso la actitud de Echeverría le resulta un poco molesta, y a que da muestras

³⁸Incluida en Gregorio F. Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo III, Buenos Aires, Peuser, 1922, p. 456 (subrayado en el original).

de desaprobar moralmente el alejamiento de los otros (considerando, de todos modos, la posibilidad de que existan razones privadas que justifiquen tal acción), Luis Domínguez subraya que es Alberdi el único que "no tiene disculpa".³⁹

Había muchas esperanzas depositadas en él, que se perfilaba claramente como el guía —el otro guía, cabe aclarar, más visible que el ermitaño Echeverría— de la generación. ¿Los cargos? Fundamentalmente, el haber llamado a las armas al comienzo del sitio de Montevideo, para terminar "enrolándose en la milicia pasiva" y realizando, finalmente, el viaje de placer a Europa. Es una cuestión de honor; y su sentencia se escribe con malicia en la carta de Domínguez:

"Hablando de él, me decía Pacheco el otro día, *que si fuera pintor y quisiera representar la envidia, retrataría a Alberdi*. Y es así, Alberdi aspira por envidia a los rangos de político y de libertador. Y si se le toca de cerca, ni es capaz de dirigir una oficina, no diré un Estado, ni tiene la menor profundidad en ningún género de literatura. En la política, no sabe más que escribir insustanciales aunque tontos artículos de periódicos; en lo segundo, escribir en el sentido del último libro que leyó, articulitos disparatados, pero también bonitos, y que por ser bonitos, extravían el gusto de nuestra juventud a punto bastante serio" (p. 454, subrayado en el original).

VIII Último envío

Previsiblemente, en las cartas los exiliados se empecinan en diferentes temas, de acuerdo con los momentos y las circunstancias. Así, abundan en la cuestión del sitio de Montevideo como materia absorbente a comienzos del año 1843; se refieren a la "esperanza" de que caiga Rosas cuando los aprestos militares parecen estar bien encaminados y apuestan al general Lavalle o al general Paz hasta que se convencen de que nada conseguirán y el desaliento los gana, intermitentemente, según vayan sucediéndose las cosas; o se obstinan en criticar a alguien, como a Alberdi o a Sarmiento:

³⁹Quejándose de la renuencia de Echeverría a participar de manera más activa y de que ya no escribe, arriesga: "Creo que está contento con la fama ya adquirida, y que no le pesa que hoy haya muchos que en poesía luzcan más que él".

Se leen, entonces, prevenciones y consejos varios, porque es necesario —por ejemplo— estar atentos frente a los pedidos que realiza Pedro de Angelis, que es coleccionista y acostumbra no devolver lo que pide prestado, como hizo con las medallas de Florencio Varela.⁴⁰ Y entre muchas de las intimidades que se ventilan hay lugar también para exhibir algunos entusiasmos pasionales, como la que siente Sarmiento por Mariquita Sánchez y que él bien se encarga de difundir por medio de una carta dirigida a "sus amigos de Valparaíso".⁴¹

En la correspondencia se cuentan, también, las muertes que van cargando sobre su memoria los exiliados, con un dolor que sólo puede ser compensado con los nacimientos que los años del destierro van sumando. Hay un caso modelo, aportado por el prolífico matrimonio de Florencio Varela y Justa Cané. Leídas en orden cronológico, las cartas que él le envía a Gutiérrez estarán escandidas por cada nuevo alumbramiento. Ya en su autobiografía Varela enfatizará el denominador común: son hijos que nacen fuera del país (salvo una "carioquita" —como la llamará, festivo, su padre—, que nació cuando Florencio se había trasladado temporariamente al Brasil, los doce restantes nacen en Montevideo).⁴²

En uno de sus imprescindibles artículos sobre epistolarios argentinos, Ana María Barrenechea sostiene:

"La carta es en sí uno de los textos más dinámicos: en la producción, el envío, la recepción real, en su paso de la esfera de lo no-literario a lo literario, de medio a objeto, de objeto a género o a modelización genérica. Pensarla como un don (lo cual depende de las culturas, los lugares, las épocas, las clases sociales) hace olvidar su utilización instrumental (por el Estado y su aparato burocrático para mantener la cohesión política y administrativa, por

⁴⁰Pese a la insistencia en denostar a Pedro de Angelis, la *Colección de obras y documentos* (1836-1837) que el intelectual rosista editaba en la Imprenta del Estado es un trabajo que incluso sus enemigos respetan, aun cuando lo acusen de hacerlo sobre la base del robo de documentos públicos. Sobre la figura de Pedro de Angelis nos extenderemos en la Segunda parte.

⁴¹Carta de Domingo F. Sarmiento a Juan María Gutiérrez, Miguel Piñero, Demetrio Peña y demás amigos de Valparaíso, Montevideo, s/f, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 37.

⁴²Algunos de los asuntos privados que se comentan en los epistolarios de los exiliados durante el gobierno de Rosas, como estas noticias de orden familiar, revelarán —con el tiempo— su índole pública. Porque la circunstancia expuesta abre un tema que incidirá en la política post-Caseros que desemboca en la conformación del Estado hacia la década de 1880: la nacionalidad de los hijos de los exiliados se convierte en un problema tanto legal como político cuando —llegados a la mayoría de edad— comienzan a actuar en la vida pública de la Argentina, como veremos en la Tercera parte de la tesis.

el comercio para organizar su sistema de explotación y ganancia con el intercambio, por los distintos grupos de poder)".⁴³

Pero es posible invertir la dirección de su énfasis para subrayar precisamente el valor de la carta como un don, ya que —como se vio— los epistolarios del exilio no pueden olvidar nunca que forman una trama con las razones de Estado. Y, a partir de la situación concreta del destierro, puede arrojarse nueva luz sobre un subgénero, muy de época, altamente codificado y convencionalizado: el de las cartas de recomendación.

Los viajes que se realizan entre los puntos del destierro vuelven aún más significativo este tipo de misivas. Son cartas con valor de cambio, en las que el portador es el verdadero *sujet* del discurso. El remitente ofrece el don, abriéndole al favorecido la posibilidad de una nueva relación o de acceder a un ámbito social deseado o necesario. Claro que los dones a veces se prodigan y pueden saturar a un portador como Sarmiento, que de todos modos se vanagloria porque Mariquita Sánchez "[m]e ha atosigado de cartas de recomendación". Recibir las, entonces, es una manera de acumular.⁴⁴

Las cartas también se coleccionan. Prueba de ello son los epistolarios que se conservan, gracias a la organización de un destinatario que junta un recibo tras otro, un recibo *con* otro. Conservar, guardar, archivar. Un modelo de ficción, Saint-Preux —el amante de la nueva Eloísa— como el epítome del coleccionista:

"Durante mi viaje, mientras resolvía en mi mente tu última carta, decidí formar una colección con todas las que me has escrito [...]. Aun cuando me las sé todas de memoria, y puedes estar segura de ello, me gozo, sin embargo, en leerlas con asiduidad, aunque sólo sea por volver a contemplar los rasgos trazados por esa querida mano que puede, por sí sola, labrar mi felicidad. Pero el papel se deteriora insensiblemente, y, antes de que esas cartas se estropeen, quiero copiarlas todas en un libro blanco que he preparado al efecto. Es bastante grande; pero pienso en el porvenir y confío que viviré sobradamente para que no haya de ceñirme

⁴³Ana María Barrenechea, "La epístola y su naturaleza genérica", *Dispositio* Vol. XV., N° 39, University of Michigan, 1990, p. 56.

⁴⁴Carta de Domingo F. Sarmiento a Juan María Gutiérrez, Miguel Piñero, Demetrio Peña y demás amigos de Valparaíso, Montevideo, s/f, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 37. Volveremos a esta cuestión en la Segunda parte de la tesis.

sólo a ese volumen. Consagro todas mis noches a esa ocupación placentera, que ejecuto despacio para prolongarla. No me separaré de mi preciosa colección en el resto de mis días; me servirá de manual en el mundo en el que voy a entrar".⁴⁵

Ése es el *summum* del coleccionista de cartas, en los extremos de la pasión amorosa. En los del celo político, podemos ubicar a Juan Manuel de Rosas, que cuenta con la ayuda de amanuenses y copistas para no perder registro de nada de lo que haga a su gobierno.⁴⁶ Otra forma de la acumulación. Pero en los antípodas del coleccionista, encontramos un modo paradójico del derroche que consiste precisamente en destruir para preservar —y conservar— mejor: la quema de cartas para extinguir toda evidencia, extremando las precauciones con el fin de guardar algún secreto que ya no tiene que ver con lo político, como hicieron el joven Juan María Gutiérrez y Mariquita Sánchez, la madre de su amigo.

Todas las cartas enviadas por los desterrados arman una red de contactos afectuosos y políticos. Internacionales. Circulan entre Buenos Aires y Río de Janeiro, para Montevideo desde La Paz o Sucre, desde Santiago de Chile hacia París: la correspondencia es el verdadero *topos* del encuentro.

Entre las epístolas que insisten en marcar el tiempo, volviendo casi tangible una espera que parece interminable, hay que mencionar las del día después (expresión que, obviamente, no pretende ser literal) de la caída del Restaurador de las Leyes en la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852. No siempre marcan el fin del destierro antirrosista (debería decirse que en general no lo hacen, y el caso extremo es el de Alberdi, que excederá esa circunstancia para terminar llevando una vida fuera del país); pero aplauden el fin de la interdicción. Tampoco señalan el fin de la correspondencia, porque con frecuencia el flujo prosigue, preparando el regreso.⁴⁷

Fecha das en torno del 3 de febrero de 1852, transforman en algarabía la ansiedad que venía manifestándose ya desde diciembre. Mariquita Sánchez está inquieta por lo que sucede —o sucederá— en Buenos Aires y por la

⁴⁵Jean-Jacques Rousseau, *Julia o La Nueva Eloisa. Cartas de dos amantes*, París, Garnier, s/f, pp. 273-274.

⁴⁶La abundante epistolografía del período, que incluye tanto las cartas de Rosas como las de los actores políticos durante la época de su gobierno, ha generado algunas obras importantes, como *Historia de la Confederación Argentina y Papeles de Rosas*, de Adolfo Saldías, o *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, de Julio Irazusta.

⁴⁷Nos detendremos en el regreso del exilio en la Conclusión.

seguridad de los suyos. Está tan pendiente que llega a reprender a su hija, porque "[p]areces sonsa que no me dices nada" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.186). Lo interesante es que no le preocupan sólo sus familiares, sino también algunos integrantes de la familia de Rosas: pide noticias sobre la llegada de Lucio V. Mansilla de su viaje por la India; y sobre Agustina, madre de éste y hermana del Restaurador. Pero en particular muestra curiosidad por la hija de Rosas: "¿Qué es de Manuelita? ¿Crearás que pienso mucho en ella? ¿Crearás que la quiero? ¡Pobre joven, que ha pasado por tantas penas!" (pp. 185-186).⁴⁸

Tres son los destinatarios fundamentales a los que Mariquita les habla del fin del gobierno que causó su alejamiento: sus hijos Florencia y Juan, y su nieto Enrique Lezica. En carta a Florencia, luego de explotar de alegría y celebrar la caída del Restaurador, con un renovado fervor patriótico se constituirá en un personaje de la historia nacional, al recordar su consagración al "país, yo, que vi nacer su libertad y pasé por tanto susto con tu pobre padre"; para terminar hermanándose con Vicente López y Planes, el autor de la "Marcha Patriótica", acuñando la futura estampa escolar que quiere ver el estreno del "Himno" en su tertulia, pese a que se trata de una conjetura sin fundamento documental.

La carta a Juan está fechada el 4 de febrero. Invasada por una loca alegría, le cuenta la novedad de la derrota de Rosas aunque con cierto desconocimiento de detalles (no sabe si el gobernador de Buenos Aires ha quedado prisionero o está muerto, por ejemplo). En su agitada narración (que casi le impide sostener el pulso para seguir escribiendo), aparece una forma escueta de narrar la guerra: "Se han batido, Rosas a la cabeza, han peleado, gran mortandad" (p.49). Telegráfica, sintética: estamos, otra vez, frente a una escritura urgente, urgida.

Mariquita se reserva para su nieto el lamento por no haber podido presenciar los festejos de la entrada de Justo José de Urquiza al frente del ejército vencedor. Desea estar ya en Buenos Aires, pero el regreso no puede resolverse de manera automática. Tiene que dejar sus cosas en orden y cerciorarse de que su ciudad natal reúne las condiciones de seguridad indispensables; porque las noticias que de allí recibe, pese al cambio de situación política, no la tranquilizan del todo (a diferencia de Montevideo, donde

⁴⁸Esto ratifica la consideración que habitualmente tienen los antirrosistas para con Manuelita Rosas, a quien —no siempre tan desinteresadamente, sino también como parte de una estrategia de combate— señalan como la víctima principal del sistema de su padre.

la presencia de las tropas brasileñas que colaboraron en el derrocamiento de Rosas garantiza la paz). Su preocupación es fundamentalmente personal:

"en Buenos Aires me dicen que ahora hay casas muy lindas a las que yo no puedo aspirar, y yo prefiero la mía a cualquiera otra, porque, hijo mío, mi prudencia y mi resignación hace pensar que a todo me acomodo, pero no es así. Por mucho que tenga que vivir, no serán diez años. ¿Será posible que no los podré pasar en la casa en que nací y donde he vivido la mayor parte de mi vida? (pp. 280-281).⁴⁹

Mariquita Sánchez debe enfrentarse —aunque el tema ha sido una obsesión durante todo el exilio— con el resultado económico definitivo que han arrojado los años de forzoso alejamiento.

Pero así como cartas, también habrá un libro sobre el después de Caseros: *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud-América*, escrito por Sarmiento a partir de los papeles de su diario de campaña que fueron extraviados y recuperados por su autor (llegaron, incluso, a manos de Rosas)

Esos papeles constituyen la primera entrega de *Campaña*, que se publica en Río de Janeiro en 1852. Si bien el libro trata sobre la avanzada militar que termina derrocando al gobernador de Buenos Aires, en rigor se escribe contra Urquiza. De todos modos, en la carta a Mitre que explica esa primera entrega, Sarmiento refiere su monomanía al ratificar a Rosas como el objeto de todos sus desvelos, porque "para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte e interese" (*Campaña en el Ejército Grande*, p. 71).

Siempre hay cartas. Y la campaña militar (personal) de Sarmiento en la lucha contra Rosas, también se abre y culmina con ellas y en ellas:

"En la noche fui a Palermo, tomé papel de la mesa de Rosas y una de sus plumas, y escribí cuatro palabras a mis amigos de Chile, con esta fecha. *Palermo de San Benito, febrero 4 de 1852*. Era ésta una satisfacción que me debía, y un punto final a aquel alegato de bien probado que había principiado con la carta al general Ramírez, en 1848: «Yo me apresto, General, para entrar en campaña"». Había cumplido la tarea" (*Campaña en el Ejército Grande*, pp. 208-209, subrayado en el original).

⁴⁹Para abril de 1852 ya estará de nuevo en Buenos Aires. Vivirá hasta 1868.

La escritura de esa misiva es la culminación del género: de las cartas y de la afrenta. Ésta es la más emblemática de todas las epístolas del día después, porque se escribe —literalmente— *sobre* la derrota de Rosas por parte de su enemigo más famoso. Sarmiento empieza a ensayar aquí su más acariciado deseo: sustituir a Rosas, ocupando —otra vez al pie de la letra— su lugar.

"Si yo le falto, ¿quién hará lo que yo hago por él?", es la retórica pregunta de Sarmiento (*Campaña en el Ejército Grande*, p. 72). De todos modos, no se trata de una gran pasión amorosa, como la de Saint-Preux y Julie que tenía embelesado a Alberdi. Pero con esa obstinada dedicación personal se aviva la pasión política para darle un cierre provisorio (y promisorio) a una gran novela romántica que tiene un protagonista: Juan Manuel de Rosas, el que marca el destino de todo lo que se escribe.

2. Conversaciones de los emigrados argentinos

I Salón o conversación

"Conversación" fue, en la Francia del siglo XVII, sinónimo de "salón"; y por lo tanto ambos términos se usaban indistintamente para referirse al tipo de reuniones que surgió cuando la socialización se desplazó de la corte a las casas de familia. Si bien no todos los salones realizaban exactamente las mismas actividades y, por consiguiente, en algunos no estaban permitidos los juegos mientras que en otros no faltan las cartas; por encima de cualquier diferencia, la *causerie* era la condición *sine qua non* de esas tertulias.⁵⁰ La concurrencia de escritores, que va ganando cada vez más importancia debido a que proporcionan material para las conversaciones, terminará cambiando la función social de los salones para convertirlos en los espacios más indicados para forjarse una reputación. Al mismo tiempo, fueron un ámbito propicio para la educación mundana, particularmente importante en el caso de las mujeres.

Fue Mme. de Sevigné quien enfatizó en las cartas a su hija la importancia de la conversación (ya no necesariamente como sinónimo estricto de salón) en la difícil tarea de educar a las niñas, como su nieta Pauline:

"A su edad la verdadera moral es la que se aprende en las buenas conversaciones, en las fábulas, en las historias, a través de los ejemplos: creo que con eso basta. Si le dais un poco de vuestro tiempo para charlar con ella, no hay duda de que eso será lo más útil"⁵¹.

El ejemplo más saliente para el caso de mujeres que aprenden —y acaban, incluso, siendo fuente de aprendizaje para los demás— gracias al entorno estimulante del salón es el de Mme. de Staël, que *se inicia* en las reuniones que organizaba su propia madre, Mme. Necker. Mme. de Staël no sólo ha dedicado una vida al ejercicio de la conversación, sino también algunas páginas —a veces tan arbitrarias como sugerentes— a su estudio. Es en *De l'Allemagne* donde

⁵⁰Para el tema de los salones, véanse Karl Mannheim, "El problema de la «intelligentsia»", en *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 1957; y Claude Dulong, "De la conversación a la creación", en *Historia de las mujeres* (Georges Duby y Michelle Perrot, directores), tomo 6: *Del Renacimiento a la Edad Moderna. Discursos y disidencias*, Madrid, Taurus, 1993. Es necesario aclarar que también en Italia se usaba el término "conversación" para referirse a los salones. Para salones y conversación, cf. Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2004.

⁵¹Citado por Dulong, "De la conversación a la creación", p. 36.

subrayará que no son el tema ni las ideas que se comunican o los conocimientos que se vierten los que importan: lo que la fascina verdaderamente es la propia práctica de la conversación. La *performance*, la experiencia misma. Lo que interesa —lo que *le* interesa— de la conversación es

"una cierta manera de actuar unos sobre otros, de provocarse placer recíprocamente y con rapidez, de hablar al paso que se piensa, de disfrutar inmediatamente de sí mismo, de ser aplaudido sin esfuerzo, de expresar su sentimiento con todos los matices por el tono, el gesto, la mirada; en fin: de producir a voluntad una suerte de electricidad que produzca fulgor, descargue a algunos del exceso de su vivacidad, y despierte a otros de una apatía penosa" (Mme. de Staël, p. 102).

A comienzos del siglo XIX y fundamentalmente en torno de la Revolución de Mayo, la moda de las tertulias de conversación también se impone en Buenos Aires, como tantas otras influencias venidas de Francia.⁵² El salón por antonomasia es el de Mariquita Sánchez que, con intermitencias marcadas por los vaivenes de la política criolla, durará más de cincuenta años⁵³ y cuya fama excederá la vida de su anfitriona para convertirse en un símbolo nacional.

Puede considerarse a la conversación como un objeto cultural; esto es: los "objetos" que

"por su forma se sitúan en una línea, uno de cuyos extremos es la máxima abstracción y el otro la máxima palpabilidad: todos son objetos de discurso pero algunos son puramente discursivos —se sitúan en los intersticios del lenguaje— y otros reclaman una mayor presencia de cosa, son prácticas, instituciones e incluso lugares que han adquirido el nombre de una práctica".⁵⁴

Creo que, en el caso de la conversación, estamos frente a una *forma* que reúne todas esas variantes en ella misma. Y si bien no voy a encargarme aquí

⁵²Claro que los salones no son exclusividad de esa nación. Pero en el caso argentino es ésa la fuente en la que más directamente se ha abrevado con el fin de copiar los gestos para estar a la moda tanto en política como en civilidad. Sobre los modos nacionales de ciertas prácticas culturales como la conversación nos detendremos más adelante.

⁵³"Desde antes de 1806 hasta después de 1866", sostiene Pastor Obligado, en "El salón de Madama Mendeville". Pastor Obligado y Víctor Gálvez, *Tradiciones de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, p. 57.

⁵⁴Editorial de SyC, número 4, Buenos Aires, mayo de 1993, p. 4. Es muy probable que esa definición le pertenezca al director de la revista, Noé Jitrik.

de escribir una historia de la vida privada, el tratamiento de la cuestión me llevará a reconstruir la cotidianeidad para indagar algunas prácticas y concepciones de la conversación dado que en ellas se concentran valores sociales, modalidades discursivas y formas estéticas. Al focalizar particularmente la conversación y su relevancia durante la primera mitad del siglo XIX en Buenos Aires y Río de Janeiro, intento reconsiderar a la práctica en sus vinculaciones con lo político, pensando —por un lado— al salón como una institución social y —por otro— analizando la conversación (las diferentes modos de su puesta en ejercicio) en relación con las instituciones políticas de la época.

Es el salón el espacio urbano donde se localiza (o se materializa) de manera privilegiada la conversación. En términos generales, la tertulia: reuniones sociales cargadas de convenciones que deben respetarse para estar a tono. No parecen haber circulado en Buenos Aires manuales de civilidad de factura nacional como los que se conocen para el mundo europeo o incluso para la corte brasileña, lo que no implica la falta de una etiqueta y una preceptiva de comportamiento social, que pueden reconstruirse a través de las cartas, las producciones literarias o los artículos publicados en revistas de la época. Esas normas de civilidad incluyen indicaciones sobre los temas que deben tocarse, así como las formas en las que puede llevarse adelante una conversación. Reglas del buen decir, que abarcan las palabras que deben ser expulsadas tanto como las señales más o menos explícitas por medio de las cuales cada sociedad (y, más precisamente, cada salón) marca los límites del decoro. Los manuales

"publicados ou traduzidos em várias linguas e países, apresentavam estilos e conteúdos muito semelhantes. Escritos de forma clara e didática, dedicavam-se à [...]. Concebidos como guias, , [...] possuíam uma estrutura original que privilegiava uma leitura rápida e objetiva. A consulta era fácil, e podia-se ir direto ao tema selecionado [...].

aclara Lilia Moritz Schwarcz en su estudio sobre Pedro II y la vida cortesana, y agrega que en el Brasil se conocía muy bien el *Código do bom-tom ou Regras da civilidade e de bem viver*, del canónigo J. I. Roquete, publicado en Portugal en 1845; manual que —según Gilberto Freyre, por su parte— no sólo fue muy leído sino también respetado hasta la exageración por los barones y vizcondes

brasileños que hacían que sus hijos siguieran las reglas de la *gramática social* que allí se establecía "para tomarem ar de europeus".⁵⁵

Para el caso argentino, el artículo de costumbres de Juan Bautista Alberdi "Reglas de urbanidad para una visita" resulta una muestra clara de cómo la literatura y la prensa se hacen cargo de estas cuestiones aun cuando lo hagan paródica o satíricamente. Se trata, como se recordará, de una serie de "reglas que no son mías", según aclara el narrador, que instruye de acuerdo con lo que "he visto, lo que se usa, lo que pasa por bello entre gentes que pasan por cultas". La ironía, obviamente, es uno de los procedimientos esenciales de este artículo de costumbres, que intenta mostrar lo "más romántico más fashionable". Entre lo que debe hacerse o evitarse, hay una parte dedicada a la conversación, lo que no causa asombro ya que, entre los manuales de civilidad existen aquellos que reglamentan específicamente el arte de conversar, como el *Code de la conversation — Manuel complet du langage, élégant e poli*, publicado en París, en 1829, por Napoleon Raison Horace. Alberdi denuncia la chatura de las conversaciones, recomendando —siempre con ironía— descartar modos foráneos (como el francés) y conducirse *como se debe*, siguiendo la tradición y cuidándose de cualquier innovación:

"Después de la correspondiente introducción sobre el tiempo, sobre el día y compañía, quédese Ud. callado, sin duda, por lo mismo que tiene mucho que decir, como hacen los sabios. Guárdese Ud. de hablar, si sabe hablar, de literatura, ni de artes, ni de cosas, de intereses generales, que aquí ni se sabe, ni se quiere saber de eso, entre las señoras: eso es bueno para las francesas. ¿Quién las mete a las mujeres a camisa de once varas? Las mujeres no deben saber hablar sino de modas, y de las otras mujeres. Si no tiene Ud. nada que decir contra alguna persona, más bien estese Ud. callado: uno no es loro para estar hablando siempre".⁵⁶

⁵⁵Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador. D. Pedro II, um monarca nos trópicos*, São Paulo, Companhia das Letras, 1999, p. 197; y Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala*, Lisboa, Livros do Brasil, s/d, p. 400. Véase además Jean-Jaques Courtine y Claudine Haroche, en "L'air de la conversation", *Histoire du visage. Exprimer et taire ses émotions. XVI-debut XIX siècle*, Paris, Marseille, 1988, donde se analiza también el género de los tratados de civilidad.

⁵⁶Juan B. Alberdi (Figarillo), "Reglas de urbanidad para una visita", *Recuerdos de viaje y otras páginas*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 100. En varios artículos de *La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, se explicita el código de civilidad y se señala didácticamente (para que se evite) lo que corresponde al "vulgo".

II Los sonidos de Buenos Aires

¿Y de qué se hablaba en los salones de Buenos Aires hasta la caída de Juan Manuel de Rosas? ¿Cuáles habrán sido los sonidos de las conversaciones que se entablaban en las calles y las casas de la ciudad durante la primera mitad del siglo XIX? ¿Qué interdicciones o modas pautaban las conversaciones de la época? ¿Quiénes son los interlocutores que se van eligiendo? Y, fundamentalmente: ¿qué tipo de interrupción provocó en los diálogos familiares, amorosos o políticos el exilio de tantos opositores a su sistema de gobierno?

El voseo ha ganado Buenos Aires, al menos en algunas formas verbales, y la modalidad consiste en "alargar las sílabas finales de los imperativos, y aún el agregarles una letra", diagnostica —censor— el escritor neoclásico Juan Cruz Varela al advertir los cambios sociales y culturales que van produciéndose, particularmente "en las tertulias, en las conversaciones más serias, en los escritos, en la tribuna".⁵⁷

Así, entonces, podríamos ir recuperando los sonidos de esas conversaciones: voseo en el modo imperativo, que es percibido como "error", y que puede sumarse a otras *cacofonías*, como la rehilación del fonema /y/, alófono todavía fluctuante pero que terminará imponiéndose como una marca de identidad, particularmente de los porteños. La descripción de esa forma exótica de pronunciación —percibida como *anómala*— va conformando el sonido ambiente de la ciudad; y era moneda corriente en los actores teatrales, como el caso de aquel

"que al pronunciar *llanto*, *batalla* y otras palabras con *ll* parece que pronuncia un *ch* medio líquido pero prolongado; y que dice

⁵⁷Citado por María Beatriz Fontanella de Weinberg, *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística (1580-1980)*, Buenos Aires, Hachette, 1987, p. 114. Al tomar como material para el análisis del voseo fundamentalmente las cartas de la época, la lingüista destaca la utilidad que tienen, en particular porque la diversidad de formas de relación entre remitentes y destinatarios permite ver los modos de tratamiento entre padres e hijos y viceversa, entre amigos, entre amigas, entre hermanos o esposos. A lo que debe sumarse una prevención no poco importante: la presión culta o normativa, que se manifiesta de manera privilegiada cuando se trata de comunicación escrita, donde la pervivencia del tuteo es marcada, frente al progresivo uso del voseo en el mismo tipo de relaciones de intimidad que se percibe ya en la conversación cotidiana.

chchchanto, batachchcha, etc. No hallamos otro modo de escribir esta pronunciación viciosísima".⁵⁸

Con esto es posible recuperar el sonido, la "máxima palpabilidad" de la práctica social que es la conversación. Y el salón —la *conversación*— de Mariquita Sánchez es de manera particular una construcción cultural cargada de sonidos, ya que la tradición ha querido asociar ese espacio con el estreno del Himno Nacional, a pesar de que no hay documentos que avalen esa estampa. Con el tiempo, las relaciones de Mariquita con los opositores al gobierno rosista y el consiguiente enfrentamiento personal con el Restaurador de las Leyes hará que su salón se llame a silencio, como pocos meses antes había sucedido con aquel salón literario, más público, que se inaugurara en junio de 1837 en la librería de Marcos Sastre.

Porque, como contrapartida a los encuentros en los que se conversa, el silencio acecha. Se desencadena el fin de las reuniones del salón literario a partir de las intervenciones de Esteban Echeverría, que ratifican la línea fuertemente política de ese salón de lectura —en apariencia: *puramente cultural*—. Rosas consigue que se termine con lo que allí se gesta, porque de esas reuniones —de esas conversaciones— podía derivarse una acción concreta en su contra (lo que habla de la perspicacia del Restaurador).⁵⁹ Así, un selecto puñado de concurrentes a la librería de Sastre comienza a realizar, en 1838 y bajo el nombre de Asociación de la Joven Argentina, reuniones clandestinas de conjurados contra el gobierno de Buenos Aires. Son hombres que encuentran otras formas y otras pautas para la conversación que, alejándose de lo mundano, se concentra en otra forma discursiva y, a la vez, en otra práctica: el juramento. Esa modalidad, que es tanto un acto de habla como una instancia —en este caso— contrainstitucional (un contra-poder), es un punto de partida de acción política y —al mismo tiempo— un compromiso sobre el que

⁵⁸Fontanella de Weinberg, *El español bonaerense*, p. 99 (la autora atribuye esta crítica teatral, publicada sin firma en el *Mensajero Argentino* [6-VI-1826], a Juan Cruz Varela). No hay acuerdo entre los lingüistas acerca del modo en que pronunciaba Juan Manuel de Rosas, ya que existirían pruebas tanto para negar la pronunciación rehilada del fonema /y/ como para sostenerla, de acuerdo con las fuentes recogidas por Fontanella de Weinberg. Es probable, de todos modos, que se produzca en el gobernador de Buenos Aires un uso alternado que pone de manifiesto, precisamente, el proceso de cambio.

⁵⁹Es fundamental, para la historia del salón literario y de la formación de la generación del 37, el texto de Félix Weinberg que sirve de introducción a Marcos Sastre, Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, *El salón literario*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

se valorarán moralmente las acciones futuras de los juramentados.⁶⁰ Después de esa experiencia clandestina de mediados de 1838, para muchos opositores vino el exilio.

Paradójicamente, es el silencio el que rige una de las formas de ejercicio de la conversación, como en el caso de la conspiración. Pero en Buenos Aires los opositores ya parecen ir acostumbrándose al silencio en una ciudad que, de acuerdo con los valores negativos que le asignan como espacio hostil, va enmudeciendo: no conviene hablar en las calles; pero tampoco —ya lo hemos visto en "Correspondencias"— en las casas.⁶¹ En el diario que Juan Thompson, juramentado e hijo de Mariquita Sánchez, lleva mientras está escondido en la casa familiar de la calle Empedrado (que ya prácticamente no abre su sala de recibo) llama la atención el registro del silencio que impera en la ciudad (cargado de connotaciones simbólicas, obviamente). En una situación de encierro, naturalmente, el sentido del oído se agudiza, porque es un modo de conexión con el mundo. Y no sólo los rumores entran a la casa (previsiblemente, por boca de quienes sí salían —hermanos, la propia Mariquita tal vez, el servicio doméstico—, de las visitas o de la prensa), también le llega a este hombre *guardado* el sonido urbano que ratifica el peligro que acecha al opositor: "El jesuítico pensamiento que han hecho correr estos días de la unión de los *Unitarios y Federales* está desmentido con el escandaloso grito que dan todas las noches los serenos".⁶² Porque gritaban "¡Viva la Santa Federación, mueran los salvajes unitarios!", antes de dar la hora y el estado del tiempo, los hombres que —de capote y quepis— recorrían las calles de la ciudad entre las diez de la noche y las seis de la mañana, atendiendo las necesidades de la población, buscando un sacerdote para asistir a un moribundo, acompañando mujeres solas, consiguiendo alguna medicina, pero también alertando sobre reuniones y sospechas. Además usaban silbato, por lo que debemos agregar otro sonido a

⁶⁰Como evaluará a su tiempo Luis Domínguez, cuando repase qué ha hecho cada uno de los que habían prestado juramento o estaban comprometidos en la lucha, como vimos en "Correspondencias".

⁶¹Como acertadamente señala Noé Jitrik: frente a discursos públicos totalitarios, la conversación se percibe como "sospechosa y corrosiva" (Noé Jitrik, "No decir nada: la conversación en la cúspide de la comunicación", SyC, número 4, p. 76). Esto se aplica bien al gobierno de Rosas porque, en términos generales, cualquier disidencia puede resultar peligrosa para un poder fuerte.

⁶²Diario de Juan Thompson, en Ricardo Piccirilli, *Juan Thompson. Su forja, su temple, su cuño*, Buenos Aires, Peuser, 1949, p. 204.

las largas noches del escriba.⁶³ De esa casa y de ese encierro saldría Juan Thompson, junto con su madre y algunos hermanos, rumbo al exilio en Montevideo, en diciembre de 1838.⁶⁴

El exilio interrumpe la conversación de quienes, de todos modos, ya se habían llamado a varias formas del silencio. "Bacon dijo que *la conversación no es un camino que conduce a casa, sino un sendero por el que se camina al azar con placer*", cita Mme. de Staël (*De la Alemania*, p. 102). Esto, que no deja de ser una metáfora que da cuenta del goce de perderse en las direcciones sin pautas que se van abriendo con el fluir de la charla, puede ser desmentido si se lo lee literalmente y en relación con el destierro. Porque, por los caminos sin rumbo de la conversación, puede recuperarse lo que se ha perdido: la patria de la que no cesa de hablarse durante los penosos tiempos del exilio. Pero lo más interesante, incluso, es que —a su vez— la propia conversación puede ser pensada como un espacio propio cuya falta se experimenta con melancolía y nostalgia, ya que

"lo que se llama *mal du pays*, esa pena indefinible de la patria, que es independiente de los amigos mismos que se han dejado allí, se aplica particularmente a ese placer de conversar que los franceses no encuentran en ninguna otra parte al mismo nivel que en casa"
(*De la Alemania*, p. 101),

y que los argentinos también pudieron haber experimentado personalmente. ¿Cómo retomar la conversación después del quiebre en las relaciones sociales que provoca el exilio?

⁶³Para más detalles sobre la función de los serenos, ver Ramón Cortés Conde, *Historia de la policía de la ciudad de Buenos Aires*, tomo I, *Biblioteca Policial*, Buenos Aires, Año I, Número 12, 1935, pp. 68-77. Como se entusiasma Ricardo Piccirilli: el de Thompson es el "diario de una conciencia opositora. [...] pensamiento parcial y afiebrado escrito en la alta media noche de la ciudad natal poblada de sombras y de rondines de la federación" (Ricardo Piccirilli, *Juan Thompson*, p. 58). En 1840, el año del terror que llegará a su punto máximo para octubre, Carmen Belgrano (la *prometida* de Juan Thompson) lamenta por carta en qué se ha convertido la ciudad (y el sufrimiento se vuelve mayor porque ha sido encarcelado Juan María Gutiérrez, amigo entrañable de la pareja): "hace cuatro meses que no salgo ni a lo de las gringas así es que la noche que fui a tu casa me pareció otro mundo. No creas hijo [le dice, maternal, a su novio] que digo esto porque hubiera gente en las calles pues has de saber que a las 7 de la noche es lo mismo que si fueran las 12. Es increíble cómo está este pueblo. No hay más que lamentos, y sin esperanza de consuelo" (carta del 29 de febrero de 1840, en Ricardo Piccirilli, *Juan Thompson*, p. 126).

⁶⁴Las entradas del diario de Juan Thompson cubren prolijamente cada día entre el 21 de agosto y el 15 de noviembre de 1838. Trabajo detalladamente ese diario y la situación del encierro de opositores en Buenos Aires en Adriana Amante, *Madre e hijo. El diario de Juan Thompson en Buenos Aires y el de Mariquita Sánchez en Montevideo* (en prensa).

III Interlocuciones

Hay un libro ineludible cuando se trata de pensar las prácticas de la conversación en el exilio: *Conversaciones de los emigrados alemanes*, de Johann W. Goethe. Invasión su patria por los franceses, un grupo de nobles se ve obligado a partir. La baronesa von C. será la guía de esa pequeña sociedad en movimiento y dictará las leyes que regirán el ejercicio de la conversación de ese círculo de expulsados. Se trata de evitar lo que parece imposible: hablar de política, para no enredarse en discusiones acaloradas cuando cada uno pretende imponer su propia opinión.

Porque, si no, la conversación se va de tono y la armonía del grupo se rompe por las controversias. Por eso la baronesa se cree en la necesidad de impartir normas de funcionamiento; y sujeta a ciertos límites del decoro, de la cortesía y de la tolerancia (consideradas, en el texto, como valores), resuelve:

"No puedo modificar las ideas que surgen en cada uno de acuerdo con su manera de pensar [...]; y sería tan insensato como cruel exigir que uno no las exprese. Pero sí puedo esperar de este círculo en el que vivo, que los que tengan las mismas opiniones se reúnan aparte entre sí y conversen agradablemente diciendo el uno aquello que el otro ya piensa".⁶⁵

En un contexto de expulsión (donde hasta ser contradicho por alguien puede vivirse como un nuevo destierro), se recuerda que la sociabilidad es el bien general que debe ser garantizado y protegido. Por lo tanto, la conversación (deseable) se planteará como acuerdo, como pacto, como concordia.⁶⁶

Describiendo un encuentro de *patriotas* en casa del general Juan Lavalle, Mariquita Sánchez se siente reconfortada en medio del padecimiento de su exilio en Montevideo:

"Cuando encuentro una familia que puede figurar y dar influencia, perteneciente a la civilización, mi corazón reposa como cansado de

⁶⁵Johann W. Goethe, *Conversaciones de los emigrados alemanes*, Buenos Aires, Goncourt, 1979, p. 16.

⁶⁶En relación con la melancolía y la nostalgia de la que hablaba Mme. de Staël, podemos agregar la idea de que la conversación misma es una patria; y en ella, como en cualquier patria, hay expulsiones. De las opiniones de la opositora de Napoleón sobre esta concepción de la charla nos ocuparemos más adelante.

los tormentos que ofrece la barbarie. Hay mil pequeños indicios que da la cultura que los distingue la vista acostumbrada rápidamente, y este encuentro es un placer inexplicable para quien lo siente. Yo comparaba *este pequeño grupo de gentes que nos entendíamos sin pena ni esfuerzo*, que nos acariciábamos alternativamente con atenciones, y me recordaba el mulato Eusebio y demás locos. ¡Ah, qué dolor, qué tormento, mi amigo, es la sociedad bruta y áspera para un corazón sensible y acostumbrado largo tiempo a las dulzuras de la refinada cultura! *Una nada sostiene la conversación con amenidad. El corazón respira pensando en un orden de cosas para el futuro*".⁶⁷

Un acuerdo cultural, una forma de pacto de sociedad que se construye como naturalidad casi esencial. Del lado de la civilización, la palabra fluye sin tropiezos y armónicamente. Todo es eufónico; por contraposición al otro bando, poblado de asperezas chillonas. Se trata, otra vez, de la barbarie, que nunca mejor que en esta ocasión puede ser definida como "discurso incorrecto", como señala Julia Kristeva, para agregar que el *logos* no sólo es el idioma de los griegos, sino también el "principio inteligible en el orden de las cosas".⁶⁸ Así, los ataques al sistema rosista parten del supuesto de una cultura europea superior, principio de inteligibilidad vedado a Rosas y sus seguidores. Incluso la cultura europea de Pedro de Angelis, el intelectual del rosismo, es objeto de impugnaciones por su mala pronunciación del español. De Angelis comparte con los bárbaros una pronunciación "torpe", ya en la lengua o en el pensamiento. La conversación entre los dos mundos, por lo tanto, está vedada *a priori*. El bárbaro no puede hablar. Con el bárbaro *no se puede* hablar. No llega a constituirse como interlocutor quien —de acuerdo con la postura de Esteban Echeverría— no tiene ni siquiera una voz propia, autónoma.⁶⁹ Entre *bárbaros y civilizados* no hay afinidad (o, pensada como contrapartida de lo chillón: afinación), que no puede existir —aparentemente— más que entre los del propio bando político. Sin embargo, es en las propias declaraciones de Mariquita Sánchez que vamos

⁶⁷Mariquita Sánchez, Diario para Esteban Echeverría, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.378, subrayado mío.

⁶⁸Julia Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, p. 65.

⁶⁹Echeverría sostiene estas ideas tanto en "Literatura mashorquera" como en la polémica que entabla con de Angelis.

a encontrar que también del lado de la civilización, y en la dura y común condición de desterrados, pueden manifestarse los desacuerdos.

No es inusual que, en sus escritos, los jóvenes del 37 marquen sus profundas discrepancias de táctica y de concepción de la política con la vieja generación unitaria. Y comentando una reunión de emigrados en la que se ve la diferencia de opiniones, Mariquita —que podría ser la madre de muchos de sus compañeros de oposición a Rosas— tampoco oculta el hecho de que los exiliados no conforman un solo bloque ideológico, estableciendo particularmente diferencias de hábitos sociales y personales. Mariquita Sánchez se lamentará del grado al que llega esa desunión. Juana Manso, que a los diecisiete años estaba exiliada con su familia en Montevideo (después pasaría al Brasil), decide juntar dinero —con la colaboración de todas las mujeres del exilio— para confeccionar una bandera argentina, pero las exiliadas no logran ponerse de acuerdo acerca de a cuál de los jefes políticos debe serle entregada. Mariquita se queja por los chismes que se lanzaron sobre Manso y porque "[l]a más pequeña cosa entre nosotros ofrece inconvenientes y manifiesta la desunión y la discordia por más que se quiera ocultar" (Diario para Echeverría, p.388). Es claro que entre los emigrados hay disidencias permanentes y discusiones, diferencias de opiniones, chismes y rumores. A los desajustes que Mariquita no oculta habrá que sumarle la posibilidad de que la política de Rosas busque —por medio de la generación de problemas entre los exiliados— debilitarlos: "Se fomentan las desconfianzas entre la emigración. Se hacen circular mil mentiras. Esto es el verdadero infierno. Los agentes de Rosas trabajan con actividad en todo sentido. Dicen que un tal Suso, seduce a los que puede, que tiene poderes amplios para ofrecer a nombre de Rosas. Que ha hecho proposiciones a Agrelo. Éste lo niega. Se ha escrito a algunos otros para invitarlos a volver a Buenos Aires. Difícil será que confíen en Rosas los que no son sus amigos" (p. 397). Intrigas; ¿pero por qué no negociaciones que Rosas propone a los emigrados?

Inmediatamente después de estar en la de Lavalle, Mariquita se dirige a la casa de otro compatriota y advierte que las cosas son distintas a pesar de que el anfitrión, que la ha considerado siempre una "extravagante", manifiesta un cambio de actitud y —asombrado por las "extrañas conquistas [que] hace la emigración"— se muestra afectuoso con ella. Mariquita también está haciendo un aprendizaje social en el exilio, por eso se solaza en contar que:

"Como estudio el modo de plegarme en todas las sociedades, traté de acomodarme al círculo, y hablar del tiempo y otras pequeñeces,

pero mi amigo Marín, que se va haciendo penetrante, vino a tomarme la mano y llevarme al cuarto de Miguel Irigoyen, donde había una reunión de argentinos. ¡Qué buen rato de abandono, de broma y patriotismo!" (p.378).

Los intereses de esta mujer, que es una de las mejores *interlocutoras* para sus jóvenes amigos interesados en política, en literatura y en filosofía, que están al tanto de lo que se publica en Europa y tratan de darle una *nueva* literatura al país, superan las conversaciones superficiales. Por eso se encontrará más a gusto con ese grupo de emigrados que hablan de lo que a ella realmente le interesa, y que en medio de brindis por la libertad y sinceros deseos por el bien de la patria, pueden recuperar el sentido del humor e ironizar un poco sobre Rosas.⁷⁰

La ambivalencia de los jóvenes frente a los viejos unitarios es permanente y promueve muchos fragmentos teóricos y literarios acerca de la acción que debe llevarse a cabo (y el modo en que debe hacerse) para terminar con Rosas. En el caso de Daniel Bello —el protagonista de *Amalia*—, el panorama se complica más todavía porque él es antirrosista pero también hijo de un viejo federal. De todas maneras, es difícil sustraerse al respeto que les infundían las opiniones de los unitarios:

⁷⁰En la entrada del 27 de abril de 1839 del diario que lleva para Echeverría, como es un "Día de silencio. Ni una mentira para llenar el diario" (p.379), Mariquita se concentra en tomar una especie de revancha casera, hablando mal de quienes serían los autores de cartas que difaman a los emigrados argentinos. Aprovecha la falta de información —respecto de la gran política— y se dedica a las cotidianidades de los chismes y difamaciones menores que, no obstante, son parte de la trama de la política mayor. Esos comentarios se aprovechan como una especie de escape: "sólo para divertir a Ud." La *diversión*, como una especie de digresión respecto del eje central de la gran política, es —por un lado, entonces— un respiro. Por otro lado, es una especie de contracara de las "infamias" que los rosistas están lanzando por medio de la *Gaceta Mercantil*, con la publicación de cartas en las que se dice que los emigrados —entre los que se incluye a la "Madame" o Madama (como se la llama a Mariquita)— sólo se ocupan de frivolidades: se los señala como habitués de cafés y paseos, y asiduos concurrentes a bailes y tertulias. Clara Vilaseca reproduce una carta supuestamente interceptada, en la que se dice: "Los emigrados [...] van gastando sus medicitos en bailes y convites, para dar a entender que están alegres; pero a nadie engañan. Todos saben que el corazón está tan afligido como su bolsillo. [Pese a que no parece tan fácil entusiasmar a los jóvenes emigrados en la lucha] no falta entusiasmo para concurrir a las tertulias y a los bailes. Otra gran prueba de patriotismo es poner una escarapela grande como un repollo al sombrero y hablar mucho en los cafés y en los paseos. Todos están comprometidos a bailar en la Plaza de la Victoria el 25 de mayo. Don Miguel Marín debe romper el baile con Madama. No habrá minuet por ser baile francés, todo será joven (menos los danzantes, por supuesto) como la joven América, valsas y gavotas " (en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 380).

"con el candor característico de su edad, creían los jóvenes que de la boca de aquellos no se desprendía una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, o en literatura, o en ciencia [...]".

De todos modos, se dice más adelante en la novela, "unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto a esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes".⁷¹ El *Dogma socialista*, de algún modo, había definido el nuevo modo de hacer política: es la preceptiva que desoye el consejo de los mayores, interrumpiendo —muchas veces— la comunicación.⁷²

La que se conoce como generación del 37 está formada por niños y por *morituri*. Por un lado *in-fans* (que no hablan), en la imagen muchas veces descalificadora de los viejos unitarios.⁷³ Por otro lado: *morituri*, porque la amenaza de muerte pende permanentemente sobre ellos. Son los que van (los que pueden) morir. Entre una condición y otra están sus acciones y movimientos: la historia que hacen. Cuando, en *Amalia*, Daniel Bello y Buchet de Martigny conversan en Montevideo sobre el plan de acción viable para acabar con el gobierno de Rosas, Daniel debe encontrar un recurso de autorización de su voz ya que, como *in-fans*, no tendría derecho a opinar: "¿Qué podría hacerse? Os lo diré, señor, pero tened entendido que no es de la pobre cabeza de un joven de donde salen las ideas que vais a oír, sino de la situación misma, de los hechos, que hablan siempre con más elocuencia que los hombres" (p. 171). Subterfugio, astucia de la que echa mano Daniel para no enfrentarse de manera directa con un interlocutor al que juzga equivocado y sabe terco. Esta conversación es la que mantiene Daniel Bello con Buchet de Martigny en el viaje clandestino que el protagonista de *Amalia* hace a la Banda Oriental y en el cual, sin preverlo, acaba entrevistándose con Julián de Agüero y Florencio Varela. Es preciso aclarar que Varela, pese a que no es viejo, se asimila a la generación de los padres porque comparte sus gustos estéticos y porque ha ido al exilio junto

⁷¹José Mármol, *Amalia*. Las citas pertenecen a la Tercera parte, capítulo III, pp. 175 y 179, respectivamente.

⁷²Lo que sí perdura, en la mente de estos jóvenes, son los relatos sobre las guerras de Independencia que, transmitidos por los padres (o los abuelos), conforman la reserva de la experiencia que el 37 acepta como legado. Retomaremos esta cuestión en la Cuarta parte.

⁷³Es interesante ver cómo, en la lucha política, el concepto de infantes puede ser usado como una injuria contra los movimientos juvenilistas: en el siglo XX, recuérdese a Perón diciéndoles "imberbes" a los Montoneros, que abandonan inmediatamente la plaza. Los del 37 son "los-mucha-chós-re-for-miiiiiiiiis-tas", algunos de los cuales intentaron poner su trabajo intelectual y político al servicio del personaje carismático.

con la primera camada de emigrados antirrosistas. En este sentido, la cincuentenaria Mariquita funciona de modo inverso a Varela, porque ella comulga con las ideas del salón de Sastre y de la generación del 37, aunque no sea una de sus agentes principales.

Tal vez sea la noción de "civilidad" (en principio, "*civilité: manière honnête, douce, polie, d'agir et de converser ensemble*") la que pueda ayudar a superar las de generación o salón literario cuando éstas no alcancen a dar cuenta de la totalidad del fenómeno de la oposición letrada a Rosas. A pesar de lo cual, Mariquita mostrará sin censura (en cartas o en su diario), las diferencias que se dan entre los antirrosistas o las relaciones afectivas e intelectuales que se establecen entre rosistas y opositores, incluida ella misma, como veremos más adelante. En este sentido, habría que pensar la noción de "civilité" no sólo como "politesse" sino también como "civisme", de acuerdo con lo que afirma Pilar González Bernaldo, siguiendo a Norbert Elias, en su estudio sobre las relaciones entre civilidad y política en la Argentina del siglo XIX. González Bernaldo encuentra en el ámbito local la relación entre dos acepciones de la sociabilidad. Primero, una forma de la sociabilidad pensada en tanto que virtud privada, relacionada con el ámbito privado y vinculada a lo mundano; y una segunda acepción, donde la sociabilidad es una "virtud de moral pública", relacionada con la idea de asociación definida como "aprendizaje de la vida en sociedad". La afirmación es concluyente: "es de la esfera privada que emerge la nueva esfera pública. La civilidad, regla de cortesía en la sociedad de corte, por la valorización de la conversación que ha permitido justamente la emergencia de una esfera pública en el ámbito privado, va a servir de ahora en más a definir las relaciones en esta esfera. En el Río de la Plata, es el discurso de cortesía el que cumple esta dos funciones". Para el caso de la generación del 37, González Bernaldo analiza sus propuestas de asociación y de "sociabilidad" (término que carga con muchas de las características que definen el concepto de "nacionalidad") y la recuperación de una tradición de civilidad tal como funcionaba en el Antiguo Régimen francés: "Es posible constatar que se da un corrimiento semántico entre la noción de civilidad como atributo de una clase y el de civilización como principio de nacionalidad",⁷⁴

⁷⁴Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires 1829-1862*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999, pp. 33, 22. 82 y 156, respectivamente. Para el concepto de civilización, ver también Émile Benveniste, "Civilización. Contribución a la historia de la palabra", en *Problemas de lingüística general*,

IV El arte de la conversación

Mijaíl Bajtín plantea la conversación como un género primario, diferenciándolo de los secundarios, como los literarios o los científicos. Y al distinguir los géneros cotidianos más estandarizados, como los saludos y las felicitaciones, se refiere a "géneros más libres de comunicación discursiva oral: géneros de pláticas sociales de salón acerca de temas cotidianos, sociales, estéticos y otros géneros de conversaciones entre comensales, de pláticas íntimas entre amigos o entre miembros de una familia". La creatividad en el manejo de los géneros depende, claro, del perfecto conocimiento de los mismos. Pero no todos pueden conducirse con brillantez en una conversación social, porque

"Muchas personas que dominan la lengua de una manera formidable, se sienten, sin embargo, totalmente desamparadas en algunas esferas de la comunicación, precisamente por el hecho de que no dominan las formas genéricas prácticas creadas por estas esferas. A menudo una persona que maneja perfectamente el discurso de diferentes esferas de la comunicación cultural [...] se queda, no obstante, callada o participa de una manera muy torpe en una plática de salón. [...] [S]implemente se trata de una inhabilidad para dominar el género de la conversación mundana, que proviene de la ausencia de nociones acerca de la totalidad del enunciado, que ayuden a plasmar su discurso en determinadas formas composicionales y estilísticas rápida y desenfadadamente; una persona así no sabe intervenir a tiempo, no sabe comenzar y terminar correctamente (a pesar de que la estructura de estos géneros es muy simple)".⁷⁵

Este fragmento de Bajtín resume —desde el análisis teórico más agudo— lo que los tratados de civilidad proponían como instrucciones de uso. Y en el

México, Siglo XXI, 1971, tomo 1; y Zygmunt Bauman, "El descubrimiento de la cultura", en *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

⁷⁵Mijaíl Bajtín, "El problema de los géneros discursivos", *Estética de la creación verbal*, México, siglo XXI, 1985, p. 269 y 269-270, respectivamente.

dominio del *arte de la conversación*, pocos ejemplos más famosos que el de — otra vez— Mme. de Staël. Sin embargo, más interesante aún es que su literatura se haya alimentado de esa habilidad; virtud o falla, según cómo y quién lo considere. Porque Sainte-Beuve recupera las críticas que han señalado los defectos provocados por la destreza de la escritora francesa en la conversación. Así, cita una que destaca la habilidad de la *salonnière* para escribir como quien conversa, pero termina siendo terminante al sostener él mismo que "[m]ucho tiempo los escritos de Madame de Staël se resentían de las costumbres de la conversación". Sainte-Beuve admira, de todos modos, la obra de la escritora, aunque lamenta que sea precisamente su manejo de la plática social lo que afecta a sus libros.⁷⁶ Se trata, entonces, de lo conversacional como un estilo o la literatura de una *causeuse*. Y no debemos olvidar, por otro lado, que para Mme. de Staël la conversación de salón era —además— un campo de pruebas para sus composiciones escritas. Porque ella solía leerles a los *habitués* de su salón los fragmentos de lo que había estado escribiendo la noche anterior.

No sólo hay diversas modalidades en la práctica de la conversación de acuerdo con los diferentes grupos sociales, políticos o económicos; como señala Noé Jitrik: hay *modos nacionales* de conversación.⁷⁷ Para nuestro contexto romántico, las ideas de Mme. de Staël sobre el arte de la conversación, vertidas en un sistema de diferenciación entre los alemanes y los franceses (y donde la conversación termina planteándose como una virtud particular de la nación francesa), resultan —en este sentido—de lo más esclarecedoras para el desarrollo de la cuestión. En esa suerte de competencia en la que Staël declara abiertamente su preferencia por el modo francés de la conversación, sostiene que las fórmulas de cortesía, a las cuales el carácter de los alemanes está sujeto y que se manifiestan de modo ampuloso en el propio lenguaje, impiden la "soltura", y entorpecen incluso la rapidez de la réplica, indispensable para que la conversación sea verdaderamente un transcurrir.

Pero es la propia lengua, entendida como expresión social de las costumbres y del espíritu de una nación, la que de todos modos acaba determinando las formas de la conversación. Siguiendo el razonamiento de la

⁷⁶Sainte-Beuve, "Madama de Staël", *Retratos de mujeres*, Buenos Aires, Sophos, 1947, pp. 87-88. Su juicio es contundente: "Acaso, y Chateaubriand lo ha observado en sus juicios sobre ella en la época de su muerte, para hacer sus obras más perfectas habría bastado restarle su talento, la conversación".

⁷⁷Cf. Noé Jitrik, "No decir nada", p. 75.

escritora francesa, es tentador estar de acuerdo con el análisis que indica que una lengua no predecible como el alemán, idioma en el que el comienzo de frases (el orden sintáctico) no permite anticipar de qué modo habrá de terminar (al contrario del francés), vuelve a la conversación una práctica menos rápida, menos ágil. Fundamentalmente, porque veda la posibilidad de interrumpir, uno de los acicates más importantes de la conversación. Interrumpir la conversación adosando a la frase que alguien está diciendo "una expresión aguda" (p. 112). Ése es uno de los recursos más destacados por Staël para producir un efecto, que de eso —finalmente— parece tratarse el arte de la conversación. El *Witz* (palabra alemana que podríamos traducir como "ocurrencia") es "el género preferido de la conversación, de la *sociabilidad*", muy atinado para ser el género de la literatura de un grupo de intelectuales como el de los románticos alemanes, de acuerdo con lo que sostienen Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe.⁷⁸

Por eso, las formas breves se asocian a la conversación. Así, una intervención (el habla de cada uno de los interlocutores que va de interrupción a interrupción) puede ser el espacio entero de un pensamiento condensado que enuncia un problema o una situación para resolverlos en una breve sentencia. En palabras de Gusdorf:

"Las máximas y pensamientos han estado en boga en los siglos XVII y XVIII; [...] Frédéric Schlegel y Novalis, grandes admiradores de Chamfort, le han descubierto al espíritu la función social de la ocurrencia, iluminación en el espacio cerrado del salón; el fragmento romántico se ha originado en relación con el *Witz*, la salida que no busca solamente provocar la risa o la sonrisa, sino que propone un acercamiento indirecto a la verdad, el orden metafísico se ve convocado por la búsqueda de una idea, de una palabra, de un incidente banal".⁷⁹

⁷⁸Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *El absoluto literario. La teoría de la literatura del romanticismo alemán*. Trabajo con la traducción al inglés: *The Literary Absolute*, New York, State University of New York, 1988, p. 53, subrayado en el original. *Esprit*, en francés, o *wit* en inglés están relacionadas con la perspicacia, la agudeza, la sagacidad, la astucia. ¿Por qué no pensar al *Witz* en relación con la constitución posible de una forma breve, como una iluminación o una epifanía; esto es: un hallazgo intelectual, un descubrimiento, porque es "una síntesis no sólo del objeto sino también del sujeto" (p. 53) que se produce en el fluir de una conversación y que realimenta esa misma conversación, constituyendo un acicate para la misma?

⁷⁹Georges Gusdorf, *Le romantisme I. Le savoir romantique*, Paris, Payot, 1993, p. 445.

Y es gracias a la idea de fragmento postulada por el *Athenaeum* que podemos pensar la conversación en relación con un sistema quebrado. Así lo recomponen Nancy y Lacoue-Labarthe:

"el diálogo, como la carta o el aforismo no son ajenos a la fragmentación. Como podrá recordarse, esto es lo que el fragmento 77 del *Athenaeum* estatuye muy claramente: "⁸⁰.

Al definir la réplica, Bajtín dice que el enunciado es una totalidad conclusa. Podemos pensar una posible conexión con el fragmento romántico, porque si bien al fragmento la incompletud le es esencial, también "debe ser completo en sí mismo como un erizo" (p.43). Por eso Maurice Blanchot aclara que el fragmento "no excluye sino que rebasa la totalidad".⁸¹

Es precisamente en *El diálogo inconcluso* donde Blanchot va a abordar teóricamente la cuestión de la interrupción, ya que para el escritor sólo ella garantiza la existencia del diálogo, rompiendo con el discurso loco de una voz que no puede dejar de hablar (sola). Es indispensable, entonces, la "intermitencia", como llama a los turnos de la conversación. Sin interrupción no hay intercambio (con el otro); es, siempre, una cuestión de ritmo. Como sintetiza Noé Jitrik: es el silencio que se produce entre sendas intervenciones lo que genera la escansión que propicia el ritmo; y hace hincapié en que hay una especie de acuerdo en que esa escansión no sólo no puede eludirse sino que, además, debe propiciarse como "la única realidad a la que pueden acceder" ("No decir nada", p. 71).

No sólo una voz que se impone sobre otra. La interrupción puede ser provocada por la indiferencia, como recuerda Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*.⁸² Entre los pactos conversacionales, la escucha es indispensable para que el curso de la conversación sea fluido. Cualquier indicio o sospecha (o temor) de que el otro ha dejado de escuchar provoca la interrupción del flujo. De ahí, obviamente, el ejercicio de la "función fática" del lenguaje para que el otro nos indique y nosotros indiquemos que todavía estamos ahí y aquí, respectivamente.

Entonces, no sólo un sonido más potente que el propio: el silencio que se vuelve indiferencia es otro modo de la interrupción. Blanchot, refiriéndose al

⁸⁰Lacoue-Labarthe y Nancy, *El absoluto literario*, p. 84. Citan, además, el Fragmento crítico 26: "Las novelas son los diálogos socráticos de nuestro tiempo" (p. 88).

⁸¹Maurice Blanchot, *El diálogo inconcluso*, Caracas, Monte Avila, 1993, p. 553.

⁸²Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, p. 183.

mutismo, incorpora la idea de "habla diferida". No habría (dentro, todavía, de las condiciones de posibilidad de una conversación) un silencio cortante porque

"incluso cuando el mutismo es de rechazo, rara vez es abrupto, sino que participa en el discurso, lo modula con sus matices, coopera en la esperanza o la desesperanza de una concordia final. Todavía no es más que un habla diferida, o bien lleva la significación de una diferencia tercamente mantenida" (*El diálogo inconcluso*, p. 136).

Volviendo al caso de los destierros románticos, puede pensarse al propio exilio como una gran interrupción. Y en los intersticios que provoca el exilio, en la interrupción de la conversación entre pares se instalan otras voces: las polémicas que se entablan entre los exiliados y los publicistas oficiales del rosismo, las disputas entre órganos de prensa del país y del extranjero, e incluso los intentos de diálogo con el enemigo. Pero también es necesario recordar cómo las demoras que se producen en el envío de cartas (esa forma mediada de la conversación, como hemos visto) desatan las más terribles pesadillas.⁸³ Si es cierto que el diálogo político entre pares se interrumpe por el exilio, también lo es que de todo hay en ese quiebre, menos ausencia de palabras. Cuando el exiliado puede, de algún modo, conceptualizar el reencuentro con sus pares como habla diferida, se lo nota esperanzado.

Juan María Gutiérrez, que ha reflexionado sobre la conversación tomando a Mme. de Staël como modelo,⁸⁴ considera la "igualdad de derechos" de los que participan de una conversación, la libertad en el "comercio de ideas", la imperiosa necesidad de no acompañar las intervenciones con comentarios y sí de rapidez, evitar el monopolio del yo, la ironía permanente, la frivolidad y la pedantería. Pero fundamentalmente Gutiérrez, que dos años más tarde de la publicación de este artículo, emigrará, primero a la Banda Oriental, después al Brasil, y finalmente a Chile, coincide con la escritora europea en que "cada pueblo tiene sus rasgos característicos que le distinguen de los demás y cada pueblo se señala por las formas que da a su conversación". Entonces, ¿cómo habrán experimentado los exiliados argentinos esos cambios nacionales? ¿De

⁸³Es frecuente que Mariquita Sánchez comente esto en las cartas que le envía a su hija Florencia Thompson.

⁸⁴En un artículo –como el de Alberdi– también publicado en *La Moda*, pero –a diferencia del de Figarillo– en tono serio: Juan María Gutiérrez, "La conversación", en *La Moda. Gaceta Semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, Buenos Aires, N° 17, 10 de marzo de 1838.

qué manera pudieron *traducir* los modos sociales? Creo que el destierro en el Brasil proporciona el más interesante material al respecto, ya que no sólo se trata de un cambio de medio (como podrían ser, por otra parte, los casos de destierro en Chile, la Banda Oriental o Bolivia), sino también de lengua.

V Hablar lenguas

Durante el tiempo en que Mariquita Sánchez proyectó su viaje a Río de Janeiro —dilatándolo, retomándolo, evaluando sus conveniencias— (desde el comienzo del sitio de Montevideo, en febrero de 1843, hasta mediados de 1846, en que finalmente se traslada), ha ido acopiando información sobre la ciudad; y en cartas a su hija Florencia, además, ha ido componiendo una imagen de la misma. Aparte de las razones económicas que la impulsan a instalarse allí, Río se le presenta como el lugar de la tranquilidad, que la ciudad amurallada de Montevideo no le ofrece: "Todo el defecto que le oponen es el calor y la poca sociedad. El calor no me asusta, ni la soledad tampoco" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.123), porque —ha dicho— con misia Pilar Guido se conforma.⁸⁵

En efecto, en Río de Janeiro está la familia del general Tomás Guido, uno de los héroes de la Independencia americana, que ahora sirve a Rosas como su Ministro ante la corte de Pedro II. En las cartas a su hija, Mariquita menciona también a otros conocidos, que están o han estado allí, como Madame Melo, "la de Balcarce", "las dos Trinidad", o Mármol, que ya ha vuelto a Montevideo. De todos ellos recibe informes sobre la vida en la ciudad, donde la esperan: "Mármol ha venido del Janeiro y dice que, cada buque que llega, misia Pilar tiene un chasco, que ella y Madame Melo me desean mucho" (p. 123).⁸⁶ Ya instalada en la capital tropical hacia agosto de 1846, Mariquita Sánchez va a

⁸⁵De alguna manera, esa percepción respecto de la sociedad o el interrogante acerca de si Río es el lugar para los emigrados se plantea siempre en las cartas de los exiliados argentinos, como ya se vio en la Introducción. Y si bien Mariquita tenía una idea previa sobre Río de Janeiro, fruto de los relatos de los amigos que querían convencerla de viajar, el entusiasmo no será duradero ni permanente y, como en el caso de otros exiliados en el trópico, ella también dejará la ciudad tropical.

⁸⁶En la correspondencia, los allegados a Mariquita comentan sus movimientos. Cuando todavía estaba organizando su traslado, no a la ciudad tropical sino a Europa —con una parada obligatoria en Río— también había personas que la esperaban: "Hasta ahora doña Mariquita no ha aparecido y tal vez se vaya desde Montevideo directamente para Francia", dice una carta de Teodoro Vilardebó, desde Río de Janeiro, a Juan María Gutiérrez, que está en Río Grande, fechada en noviembre de 1844 (en *Archivo JMG*, tomo I, p.286).

agregar, entre los residentes, a "las de Vernet", con las que estudia portugués; a los Frias; a Antonio Somellera, que "vive aquí con decencia y gana haciendo retratos. Así ves, que quien tiene una habilidad, tiene un recurso grande en la prosperidad y la desgracia" (p. 133).

La primera impresión *in situ* de Mariquita Sánchez sobre la sociedad brasileña es un tanto apresurada, no sólo en cuanto a lo que ésta tiene para ofrecerle, sino también con relación a cómo ella se siente realmente allí. Es septiembre de 1846. ¿Cuánto hace que Mariquita ha llegado a Río? Muy poco. Un mes; como mucho: casi dos. Pues bien: ya dice hablar portugués. A su favor, esto habla de su deseo y de su capacidad de adaptación que otros hombres (como José Mármol) no tendrán. Y, a diferencia de Sarmiento, que en *Recuerdos de provincia* sostendrá que "me familiaricé con el portugués, que no requiere aprenderse" (algo por demás discutible y un tanto extraño en el caso particular del autodidacta y estudioso Sarmiento),⁸⁷ Mariquita se ha puesto a estudiarlo:

"están contentísimos todos conmigo porque encuentro esto divino, y les hablo en portugués. Si nos oyeras estudiar unas con otras, las de Vernet, te morirías de risa: — ¿La Señora lo ha pasado muito bien? Muito obligada. Madame Mendeville e muito espiritual, muito graciosa. Yo les digo que en cuanto me den un bocadillo de terra, ya me quedo. Hay unas bromas sobre esto: que me van a hacer un palacio en una montaña" (*sic*, p.129).

Claro que aún no domina el idioma y que la incorporación de alguna palabra o expresión, vertida de todos modos en un molde de base española, no la hace todavía hablarlo con propiedad. Pero es verdad que esas risas a las que hace mención dan cuenta de un placer en este intento de adaptarse e integrarse. Y que, para una mujer para quien la tertulia y los salones son parte constitutiva de su función social y de su personalidad, el deseo de aprender la lengua del otro es importante, porque la hará funcionar bien, agradar y ser recibida en el medio en el que querrá moverse: el del salón y la visita social.⁸⁸

⁸⁷Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, p. 222.

⁸⁸Carlos Guido y Spano dominó el idioma a la perfección y en su *Carta Confidencial* se ufana de haber traducido el *Rafael* de Lamartine al portugués: "Era sin duda una novedad el ver a un argentino escribiendo corrientemente en el idioma de Camões" (Carlos Guido y Spano, *Carta confidencial a un amigo que comete la indiscreción de publicarla*, en *Autobiografía*, Buenos Aires, Troquel, 1966, p. 36). José Tomás Guido, por su parte, confirma su propio dominio de la lengua en sus memorias, y como tiene una relación natural con la misma (diez los años vivieron

Hay que tener en cuenta que el portugués de la corte brasileña, al menos en la primera mitad del siglo XIX, respondía todavía a los parámetros gramaticales, sintácticos y fonéticos de Portugal, porque no había pasado tanto tiempo, al fin y al cabo, del traslado a América de João VI y Carlota Joaquina (los abuelos de Pedro II), que huyeron de la invasión napoleónica, en 1809. En esa época, por otro lado, esa lengua comparte cierta base sintáctica con el español, como se comprueba, incluso, al leer los textos de los argentinos que se publicaron en portugués en periódicos del Brasil. No obstante lo cual, es más que previsible que la comunicación oral de los argentinos con sus anfitriones no fuera ni tan fácil ni tan clara, y que no siempre resultara simple decodificar la pronunciación un tanto gutural (que no nasal, como será finalmente el portugués del Brasil) y la elisión de vocales en la emisión oral del *sotaque* lusitano. Y si el francés era la lengua de moda de la corte, eso no decreta su uso exclusivo ni —lo más importante— su completo dominio por parte de los cortesanos. Claro que estaba de moda el francés y, por cierto, el emperador lo hablaba, como terminará hablando otras cinco lenguas; y es más que previsible que sus conversaciones con los rioplatenses se mantuvieran, o en portugués o, en todo caso —gentileza de anfitrión—, en español, que también llegará a dominar (tal vez, precisamente, gracias al intercambio social con diplomáticos y letrados rioplatenses). Con los años, Pedro II será capaz de traducir "a livro aberto latim e inglês; «as que posso falar sem maior dificuldade —grego, facilmente alemão, que posso falar porém mal, como também falo francês desde a minha infância e, desde jovem, italiano e espanhol»".⁸⁹ En el caso de Mariquita, de todas maneras, que se hablara francés en la corte no le garantizaba un buen desempeño social, por razones que se expondrán más adelante. En cuanto a la lengua portuguesa, la exiliada argentina aprende lo que necesita para el protocolo social: presentación, saludo, galanterías. Se trata ahora de ver cómo se conduce, si domina los géneros de cortesía que, "sobre todos los elevados y

los Guido en Río; y José, particularmente, formó parte de la sociedad y de la corte brasileña), no teme hacer alguna broma sobre una ocasión en la que le pidió habitación y comida a una dama "en pésimo portugués" (José Tomás Guido, *Recuerdos del Janeiro*, en *Escritos de José Tomás Guido*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1885, p. 148).

⁸⁹Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, Rio de Janeiro-Brasília, José Olympio editora, 1975, tomo segundo, p. 479. Agradezco a Jussara Menezes Quadros la observación de que debía detenerme a precisar las lenguas que se hablaban en la corte y el modo decimonónico del portugués.

artificiales, poseen un alto grado de estabilidad y obligatoriedad", según Bajtín (*Estética de la creación verbal*, p. 269).

VI Los salones de Madama Mendeville

No se sabe a ciencia cierta qué día llega Mariquita Sánchez a Río de Janeiro, pero sí se puede precisar que hacia agosto de 1846 ya está allí.⁹⁰ Las dos primeras cartas que le manda a Florencia son sumamente optimistas y confirman la ilusión que Mariquita tejió cuando proyectaba irse a Río: "Estoy buena y cada día estoy más contenta de haber hecho esta *hombreada*" (p.128, subrayado mío). Ha encontrado —rápidamente pero por fin— el sosiego que buscaba en vano en la Montevideo sitiada. Confirma la tranquilidad que se vive en Río de Janeiro; y como queda deslumbrada con la sociedad carioca, le interesa transmitirle sus impresiones y descubrimientos a Florencia. En la segunda carta desde Río, del 12 de septiembre de 1846, le cuenta:

"Antes de anoche estuve en el Casino [Fluminense]. Imagínate otro salón igual al nuestro, junto, es decir, doble ancho que el nuestro. Aquí las viviendas son muy anchas en casi todas las casas. Pues, todo en contorno de este salón, otros salones divididos por columnas. Más claro. Como si nuestro patio fuera techado y todas las paredes de las viviendas fueran columnas. Muchos espejos que te repiten. Arañas lindísimas con fanales para que las luces no se corran, luces como el día. Sofás en todo. Mesas de juego en un salón; en otro, cuanto quieras tomar, cuatro muy grandes, de mármol, con horchatas, sangrías, sirop, y no sé qué más. Esto elegantísimo, con criados de librea, que sacan sin cesar the, café, horchata, dulces, helados riquísimos. ¡Al verlos me acordaba de tus hijos!" (p.129).

Mariquita, como usualmente ocurre en las cartas desde el extranjero y no puede dejar de ocurrir en la de los exiliados, traduce. Explica lo que ve y lo compara con lo que conoce y lo que comparte con el interlocutor. Así, aparece el salón de la casa de Mariquita en Buenos Aires como patrón de medida. Hecho

⁹⁰María Sáenz Quesada también fecha en el mes de agosto la llegada a Río, "en sólo tres días llegó Mariquita a la capital del Imperio" (María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p.212).

que no es extraño, claro (es de lo más común comparar con algo familiar). Pero, en esta ocasión —y no casualmente—, cuando se trata de describir un salón de encuentros sociales, Mariquita recupera la memoria de su —emblemático— salón de recibo⁹¹. En la suntuosa casa de Buenos Aires,

"[!]la dueña de aquel salón, en cuya cabeza entraban todas las reminiscencias e imitaciones de los salones del Directorio y del Consulado Francés, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos exquisitos y curiosos de la industria y del arte europeo; porcelanas, grabados, relojes mecánicos con fuentes de agua permanente, figuradas como una combinación de cristales, preciosidades de sobremesa, antojos fugaces, si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto, hasta entonces, sino los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía. Después de eso, banquetes, servicio francés y cuanto la fantasía de una dama rica, entregada a las impresiones y a los estímulos del presente, sin amargas ni perturbadoras previsiones del porvenir, podía reunir en torno de su belleza proverbial, con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que puedan poner alas al cuerpo de una mujer",

reconstruye, con un tono que pasa por el deslumbramiento y la crítica leve, el hijo del autor de la Marcha Patriótica, cuya memoria familiar se enlaza con la de este salón de Mariquita.⁹²

El salón de Mariquita acaba siendo emblemático gracias a un proceso de construcción de la tradición que, hacia fines del siglo XIX, fija la estampa del estreno del Himno Nacional en esa casa de la calle Empedrado, sobre la mezcla de datos en efecto comprobables que dan verosimilitud a un constructo de gran

⁹¹Afirma Pastor Obligado, en "El salón de madama Mendeville": "Era este salón el más concurrido [...]. Fue también el más largo, no sólo por sus trece varas de longitud y seis de ancho, en el que llegaron a bailar sesenta parejas a la vez, sino porque reunió lo más selecto de nuestra sociedad" (p.57). La comparación que hace la argentina con su propio salón no sería, por otra parte, impertinente, a juzgar por lo que un estudioso de los salones del imperio acota: "Um clube como o Casino Fluminense equivalia a um salão; e se não tinha uma dama que o dirigisse, nele expandiram beleza e graça, através de todo o reinado, várias e muitas" (José Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, São Paulo, Livraria Martins ed., 1946, p. 277).

⁹²Vicente Fidel López, citado por Antonio Dellepiane, *Dos patricias ilustres*, Buenos Aires, Coni, 1923, p. 35. Puede encontrarse una descripción detallada de la famosa casa de Mariquita Sánchez en Adriana Amante, *Madre e hijo*.

eficacia cultural pero que carece, sin embargo, de prueba documental: "La escena [del estreno del Himno en casa de Mariquita] es una invención que Subercasseaux elabora sobre la base de las *Tradiciones Argentinas* de Pastor S. Obligado [...]. El artista combina libremente dos tertulias diferentes", la de la lectura del poema con Blas Parera, tarareando *sotto voce*, y otra, en la que se destaca el amor entre San Martín y Remedios de Escalada. A lo que Esteban Buch asegura con contundencia, hay que agregarle —además— que es la prometida de San Martín la mujer que ocupa el lugar central (y lleva la voz cantante) en el cuadro del pintor chileno, lo que pone en escena otra transformación operada por la tradición (decididamente escolar), que no puede ya recordar que, en realidad, Mariquita Sánchez es quien —detrás del piano— toca el arpa, como le corresponde a la Corina del Plata. El propio Buch resalta cómo este proceso de conformación de una imaginaria nacional ubica el estreno del himno en "la intimidad: canto individual de cámara, en la tradición romántica de la música de salón; en los antípodas de su práctica de 1813 y de siempre, donde es norma el canto colectivo en ámbito público".⁹³

Ya vendrán para Mariquita Sánchez las pérdidas económicas producidas por el exilio y por un marido que no colabora, lo que no impedirá que su tocaya, Mariquita Nin, al conocer finalmente el salón, se admire: "Aquí dicen que Marica ha repartido o vendido mucho. Si esto es tan hermoso, no puedo concebir lo fuera más antes, mejor, más rico y suntuoso".⁹⁴ Por eso, no es difícil ver cuán fascinada está con lo que ve en Río de Janeiro. O mejor: algunos estímulos de Río de Janeiro le han permitido recuperar la memoria del placer. Y si pensamos en la situación de carestía de la que tanto se quejaba en las cartas desde Montevideo (situación personal, pero de la ciudad en la que se hospedaba

⁹³Esteban Buch, *O juremos con gloria morir. Historia de una Épica de Estado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, pp. 94-95. El título del cuadro de Pedro Subercasseaux destaca a la salonera: "El Himno Nacional en la sala de María Sánchez de Thompson, donde se cantó por primera vez". Y en este caso nunca más apropiada la comparación con la influencia que ejercía en Europa la nobleza, que era "por definición la clase social cuyas acciones privadas tenían consecuencias públicas para la nación entera", como plantea Joan B. Landes en *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1988, p. 19. En la guerra pública de papeles que se entabla entre rosistas y opositores, la emigrada Mariquita Sánchez lamentará la falta de reparación frente a las "calumnias" que lancen sus enemigos a través de la prensa oficial, entre las que se destaca aquella que la da "por autora del Grito Sagrado, cosa que ni he soñado. Dirán que es mentira cuando lo asegure" (p.382). ¿Podríamos, a partir de esto, pensar que es entonces el propio rosismo el que genera la futura imagen escolar del himno en torno de la figura de Mariquita?

⁹⁴Citado en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 151.

también), podemos entender más el afán por enumerar los comestibles que se sirven a discreción. Igualmente, no es de extrañar la fascinación que le causa el Casino Fluminense de la calle del Passeio Público, que contaba con cinco salones, uno de los cuales permitía el baile de más de una cuadrilla: para cuando la argentina llega a Río, todavía es una novedad el primer baile de inauguración, el 25 de mayo de 1846, con presencia de la pareja imperial.⁹⁵

Mariquita va a seguir observando un poco más, para pasar a hablar de los modos y usos de la sociedad que allí se reúne y del "movimiento perpetuo" del baile. Es que la argentina es testigo de lo que el escritor brasileño Joaquim Manuel de Macedo denominará "mania dançante", que gana la capital del Imperio entre 1840 y 1860, cuando el baile se convierte en el eje de la vida social, como ha estudiado Brito Broca.⁹⁶ Hasta tal punto el baile ocupa el centro de la vida social de la década del 50 que José Maria da Silva Paranhos, futuro Visconde de Rio Branco, alude (con simpatía) al "furor bailante" en varias de sus *Cartas ao amigo ausente*. Y calcula que el dinero que hizo circular el baile imperial de septiembre de 1851 alcanzó el millón (entre fastos, ropa, flores, arreglos).⁹⁷ Comenta Brito Broca que el *schottisch* es "a nova dança que começava a empolgar o Rio de Janeiro em 1851. E como estávamos em guerra —o Brasil lutava contra Rosas, no sul —o cronista observa que os «divertimentos harmônicos e dançantes», longe de se tornarem prejudiciais ao caráter dos militares, despertam-lhes os instintos guerreiros, exaltando-lhes o moral e os tornam apaixonados pela vida ativa e aventureira. Sendo reserva da Guarda Nacional, depois de ouvir os sons da *schottisch*, sente-se capaz de enfrentar a trinta gaúchos do animoso Rosas" (p. 139). El crítico brasileño vuelve sobre la cuestión tratada en las *Cartas ao amigo ausente* en relación con el baile imperial de 1851, año en que "o Brasil se debatia no Sul contra a ditadura de Rosas em Buenos Aires" y que, paradójicamente, "esse ano de guerra, marcava um momento de excepcional euforia na Corte". El estudioso del romanticismo

⁹⁵José Mármol tampoco fue testigo de ese primer baile del 46 porque había regresado a Montevideo en abril. El Casino había sido fundado en 1845, "em continuação da Assembléia Estrangeira" (cf. Calmon, *História de D. Pedro II*, tomo II, p. 427). La gran sala se inauguraría en 1860, y el lujo del Casino Fluminense que deslumbró a la dama argentina se vería empañado por la magnificencia que ganaría a partir de la reforma. Para mayor descripción del Casino Fluminense, cf. Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*.

⁹⁶Cf. Brito Broca, *Românticos, Pré-Românticos, Ultra-Românticos. Vida literária e romantismo brasileiro*, São Paulo, Polis, 1979, p. 138 (ver, particularmente, "O Baile no Romantismo" e "Uma camélia por Oitenta Mil-Réis").

⁹⁷Cf. Brito Broca, *Românticos, Pré-Românticos, Ultra-Românticos*, p. 139.

considera que podía hablarse de una verdadera "belle époque", y enumera los posibles motivos de esa euforia: el Brasil entra en campaña contra el Restaurador de las Leyes con grandes posibilidades de éxito; la guerra se daba a una considerable distancia de Río de Janeiro; pocos parientes o conocidos de los cortesanos debían estar afectados a y por la guerra, ya que el ejército se componía en gran parte de mercenarios extranjeros o de gente de provincia o de clase social baja, por lo cual el reclutamiento no afectaba la vida de la corte. Pero se suma a eso un hecho de mayor peso: la fiebre amarilla disminuye ese año, lo que hace posibles las celebraciones y los festejos: "De 5 a 6 óbitos diários, em março, passava para um apenas, em junho; e dentro em pouco, já se podia dizer que se resumia apenas em alguns casos esporádicos. [...] Silva Paranhos tem o cuidado de observar que já se verificara isso em outras cidades da Europa, depois das calamidades públicas. As sociedades abrem os seus salões e os bailes se sucedem animadíssimos" (p. 201).

Habría una posible objeción a ese clima festivo, dado en una carta de la hermana de Pedro II, Francisca, a Paulo Barbosa (que ocupó la "mordomia da Casa Imperial" entre 1833 y 1846, año en que partió para Europa como diplomático, y desde 1855 hasta 1868, en que muere) sobre la necesidad de que su hermano recupere el boato que se ha perdido porque "[o] mano já não dá mais bailes nem saraus, não viaja mais. Tudo isto é de um efeito péssimo. Então vai aos bailes do Casino, o que é de mau efeito e temo que lhe faça mal ao prestígio". ¿La causa? Las deudas que se han generado por falta de orden, aparentemente. Pedro Calmon comenta, con respecto a esta carta que data el 24 de junio de 1851: "No Paço da Cidade, «o único baile que o Imperador deu» (lembra, nas Memórias, o Conselheiro Albino) foi o de 31 de agosto de 1852. Entre a queixa da mana Chica e a festa há um acontecimento: Caseros!" (Pedro Calmon, tomo II, p. 446). Según Wanderley Pinho (p. 122), que también cita esta carta, la misma data del 24 de junio de 1857, lo que desarma la trama —para nosotros interesante— que urde Calmon.⁹⁸

Ese modo de vida exigía dinero de los que quieran participar de la sociabilidad de la élite, aunque Mariquita accedía gratuitamente, merced a la generosa invitación de la sociedad anfitriona; y pese a la escasez económica en la que se encontraba desde hacía tiempo, pudo formar parte de la sociedad

⁹⁸Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, p. 446; y Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 122, respectivamente.

cortesana.⁹⁹ Y como la vida social de Mariquita se ha vuelto interesante en Río de Janeiro, en una carta a Julio Mendeville (uno de los hijos de su segundo matrimonio), fechada el 28 de octubre de 1846 (el mismo día en que le escribe a Florencia deslumbrada con la sociedad de la corte), si bien le dice que no le mande regalos, le pide lo que ese nivel y ritmo de vida le hacen necesitar:

"Ahora lo que me falta son cosas para más arriba: cosas para los bailes y reuniones más altas. Es preciso una cosa mejor, como gasillas o cosa de seda. Aquí [en Río] un vestido de linda gasilla cuesta 34 patacones, uno de seda moaré 50 o 60, hasta 80, según la calidad. Se usan los colores muy claros: rosa, ante, celeste. Si ahí [en Montevideo] es más barato, cómprame uno como te parezca mejor. Yo te abonaré lo que me digas [...]" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.267).

Habitualmente preocupada por el cuidado de su ropa y de su economía, que extremaba en la grave situación del sitio de Montevideo, pero elegante y coqueta siempre, no es extraño que Mariquita quiera contarle a su hija las formas de vestir de las cariocas, o sus modales. A propósito del calor aturdidor (una referencia obligada en las cartas de los exiliados antirrosistas en el Brasil, que en el caso de Mariquita le hace temer verdaderamente el verano), refiere — entre el recato y la comodidad— que "[a]quí, mucho más viejas que yo usan descote y manga corta. No se va de otro modo en todo lo que es etiqueta. Voy pues como todas, pero ni un hueso se me ve" (p.135).

Pese a sus ambages respecto de la posibilidad, el deseo o la conveniencia de permanecer en el Brasil, Mariquita no puede dejar de ser seducida por los efectos que produce. Al sentirse halagada por la ubicación que obtiene en la sociedad carioca, se deja ganar por la vanidad, que es una de sus características, y vuelve a encandilarse. El deslumbramiento inicial, que aplacaría en la carta siguiente, se afina en la del 28 de octubre, nuevamente seducida por el ambiente cortesano del Nuevo Mundo.¹⁰⁰ Además de sentirse reconocida y bien recibida por la corte carioca, Mariquita se enorgullecerá del reconocimiento que obtiene de sus connacionales: "Aquí soy la *vanidad* de los

⁹⁹"En este baile se paga por cada socio tres patacones mensuales y de entrada, una cantidad; pero a mi me llevan de balde" (en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.129).

¹⁰⁰El encandilamiento de Mariquita en la corte brasileña es la cara opuesta de la impugnación feroz que ha hecho Sarmiento en la carta desde Río fechada unos meses antes (en febrero de 1846) e incluida en sus *Viajes*, que fue citada en la Introducción.

argentinos. Cuando voy al Casino o a las reuniones me encargan: compóngase, déjenos airosos", lanzará en la carta siguiente.¹⁰¹

VII La escenificación del poder

El viajero norteamericano Samuel Green Arnold describe el ceremonial de la corte a propósito de un baile de diciembre de 1847 en el Casino:

"A las 9 entró el Emperador con la emperatriz y su séquito, toda la gente se levantó, saludó y luego los compatriotas se acercaron, hicieron la reverencia y le besaron la mano. Las damas besaron primero la mano de la Emperatriz y después la del Emperador. El saludó a todas y a cada una cuando se acercaron a saludarlo y extendió su mano graciosamente para recibir el homenaje. Después de un momento, la pareja se sentó en dos sillones muy sencillos, sobre una tarima de 5 o 6 pulgadas de alto. Las damas de honor se sentaron debajo de esta plataforma a la izquierda de la Emperatriz y los chambelanes, de pie y a la derecha del Emperador. La música había tocado a la llegada de sus Majestades Brasileñas y el baile se inició con una cuadrilla poco después que terminó el homenaje. El emperador y la Emperatriz bailaron toda la noche [...]".¹⁰²

Los bailes son pomposos, más aún si cuentan con la presencia de la pareja imperial; no obstante lo cual, prima cierta sencillez en el comportamiento social de Pedro II y Teresa Cristina, que los extranjeros no dejan de señalar y que tampoco le pasa inadvertida a la propia Mariquita Sánchez, quien le cuenta a su hija:

"Antes de anoche estuve en el baile del Casino donde fueron el Emperador y la Emperatriz. Desde que vine me han querido presentar, pero una está tan abatida que más bien quiere oscurecerse que brillar; pero nos encontramos tan cerca que fue preciso que supiera quién era yo. Se levantó de su asiento y me

¹⁰¹Carta del 5 de diciembre de 1846 (en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 138, subrayado en el original).

¹⁰²Samuel Green Arnold, *Viaje por América del Sur. 1847-1848*, Buenos Aires, Emecè, 1951, pp. 88-89.

hizo una gran cortesía, con mucha amabilidad. La primera dama de honor es muy amable, y con ella tengo yo entrada, de modo que iré un día a presentar mis respetos a Su Majestad. En este baile no tienen más distinción que una tarima y dos sillas que están, como una canasta, más altas que las otras. Se conducen con la mayor urbanidad, amables y humildes con todos, que dan gusto" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 136).

Mariquita, pese a sus *esplines* (como ella dice), ha asistido al baile: es fácil imaginarla recibiendo a la pareja imperial que, al hacer su entrada, va "respondendo aos cumprimentos e reverências da assistência em alas", en observancia estricta de un ritual protocolar. La entrada del Emperador o de la pareja imperial a un salón parece seguir siempre un mismo modelo: son recibidos y saludados por los invitados que forman en filas, y que han llegado con verdadera anticipación al lugar para esperar, organizadamente, la llegada de Pedro II y su esposa.¹⁰³

Es Norbert Elias —a quien Lilia Moritz Schwarcz obviamente remite en su trabajo sobre Pedro II— quien ha investigado la relación entre la corte y los rituales, reforzando la idea de que la etiqueta no es accidental sino fundamental y constitutiva de los poderes de tipo monárquico. Por eso es muy ilustrativo el modo en que la estudiosa brasileña recurre al cuento infantil de Hans Christian Andersen, "Las nuevas ropas del emperador", para ratificar el "carácter teatral, a dimensão simbólica do poder político", al recuperar la historia en la que primero la corte, más tarde el mismo monarca y luego —fundamentalmente— el pueblo, por sugestión y aparato de poder, ven la magnificencia de las ropas de un emperador que, como *revela* el niño inocente, está desnudo.¹⁰⁴

¹⁰³Cf. Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, pp. 282, 283 y 307. No queda claro por qué finalmente no se dio el encuentro prometido por Mariquita, sobre todo teniendo en cuenta la vanidad de la argentina y la accesibilidad de la emperatriz (naturalmente, una vez que se hubiera conseguido acceder a esta clase de bailes y de reuniones), que solía conversar con las invitadas, como recuerda Francisco Otaviano a propósito del baile inaugural del Casino. Mariquita, pese a la fascinación de la que ya hablamos, era ganada con frecuencia por cierto desgano de estar allí y no dejaba de sentirse, con todo, fuera de lugar o —cuanto menos— en un lugar en el que no deseaba estar (estado habitual de la exiliada, incluso —por supuesto— en Montevideo). Por eso le dice a Florencia que, aunque se siente muy agasajada en Río de Janeiro, "cuanto mi pobre cabeza y corazón permiten, gozo. Tengo mis esplines cuando pienso en mis hijas y en esos ratos lloro, y por las lanas, pues aquí no hay tan lindas ni tan finas ni tan baratas" (p. 129). O: "Pero a pesar de la ópera y las montañas, suspiro por mi tierra y mis amigas" (p. 141).

¹⁰⁴Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do Imperador*, pp. 25-27.

El cariz universalizador y de larga duración del imperio tropical, el aparato inmovible que se apoya en los rituales pueden relacionarse con los movimientos de postulación de un origen único para esa nación brasileña que habría de correr riesgo de desmembrarse, como vimos en la Introducción. Pero no es sólo a los gobiernos de tipo monárquico a los que les cabe ese esfuerzo de imponerse de manera absoluta. Así, la imagen simbólica condensada en "Las nuevas ropas del emperador" de Andersen sirve también para el caso de Juan Manuel de Rosas y la serie de fiestas parroquiales en su honor, esas procesiones públicas que llevaban su figura al púlpito, como sucede con la monarquía, que hace un uso del ritual "de maneira oficial e cotidiana. [ya que] Era por meio do ritual que o rei multiplicava sua imagem, estendia seu poder, impunha sua representação".¹⁰⁵ La versión más crítica de ese ritual asociado al poder rosista la da Mármol en *Amalia*, al referirse a las fiestas parroquiales que se hacen luego de que fuera abortada la conjuración de Maza. Es precisamente el fervor que enfatiza *La Gaceta Mercantil*, órgano oficial de prensa —de cuyas crónicas se sirve la narración— lo que le da pábulo a Mármol para desatar la más feroz crítica al pueblo por su humillación y a la Iglesia por su connivencia con el poder y su actitud genuflexa ante Rosas (como también se hace en *El matadero*, de Echeverría). Mármol no pierde tiempo para sermonear:

"En el estado normal de las sociedades, en toda reunión pública, se trata de poner en competencia la cultura o el talento, la elegancia o el lujo.

En toda reunión pública, o se trata de agradar, o se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales todo era a la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquial era un inmenso certamen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanación del templo seguía la profanación del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaban el ambigú federal [...]",

¹⁰⁵Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do Imperado*, pp. 29-30. La cuestión de la autoridad será retomada en la Conclusión. en relación con las ideas de Richard Sennett, a propósito de las teorías sobre el magnicidio.

comida de honor que se hacía en la iglesia, y que presidía Manuelita Rosas.¹⁰⁶

Con relación al funcionamiento de los rituales del poder rosista, es interesante detenerse en el modo en que la oposición interpretó la reclusión de Rosas al morir su mujer, Encarnación Ezcurra. Es, en ese sentido, el punto cúlmine de la *performance*, si se considera la *puesta en escena del dolor*. Rosas permaneció encerrado en su casa, sin dejarse ver, promoviendo toda serie de especulaciones y versiones —por parte de sus opositores— acerca de su verdadero estado anímico, pero generando en sus seguidores —precisamente eso era lo que se habría buscado— la conmiseración y el acompañamiento en su infinita pena. Ese no hacerse ver era la forma en que el Restaurador mantenía y agrandaba su poder:

"Rosas explotó teatralmente la muerte de su esposa para mostrar su dolor al pueblo y para mantener viva la propaganda política. Los funerales de capitán general que se hicieron a «Heroína de la Federación» excedieron a todo cuanto hubiera podido imaginarse, desde los desfiles militares, descargas, cañonazos y dobles campanas hasta la «retreta a la sordina fúnebre frente al templo de nuestro seráfico Padre San Francisco»",

resume Carlos Ibarguren.¹⁰⁷

En este sentido, la actitud de Rosas ratifica que la etiqueta y, en este caso, específicamente el ceremonial, que implican una forma de distanciamiento, no son solamente instrumentos para marcar la diferencia entre

¹⁰⁶Mármol, *Amalia*, cuarta parte, capítulo 1, pp. 252-253. La relación entre los letrados y el pueblo es particularmente conflictiva en el período rosista, y si la generación del 37 postula teóricamente que hay que ilustrar y educar a las masas (como predica, altisonante, el *Dogma socialista*), la brecha que distancia a los publicistas de la *plebe rosina* resulta, de todos modos, insalvable. Y, más precisamente, podríamos decir que lo que los antirrosistas llaman la "chusma federal" *no compone mundo*, y que, en la práctica, el concepto de pueblo es restringido y no incluye a los estratos económicos y culturales de menores recursos. Un texto más recóndito de esta generación, el diario que Juan Thompson escribió mientras estuvo escondido en la casa familiar, antes del exilio, le dedica momentos de verdadero enojo a la conducta del pueblo. La indiferencia de Buenos Aires frente al horror lo subleva al hijo de Mariquita. En un artículo periodístico sobre unas fiestas en honor a Rosas, lee que «a pesar del agua *ardía el pueblo en un fuego federal*», a lo que él agrega, lapidario: «Pueblo incombustible y tal vez *waterproof*», que ha hecho de la ciudad un serrallo de Constantinopla, o una región de espectros, según Thompson. Y sí: el diario está escandido como una letanía por críticas al automatismo, al letargo, a la insensibilidad o al escarnecimiento de los habitantes de Buenos Aires, útiles a la hora de determinar cuál era la relación entre los letrados y el pueblo". Para la relación entre el letrado y el pueblo, cf. "Educar al pueblo", en Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes*.

¹⁰⁷Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, Carlos y Roberto Nalé editores, 1953, p. 25.

el poderoso y sus súbditos, sino formas de dominio sobre ellos, como analiza Norbert Elias: "Cuanto más distanciado se mantiene un príncipe, tanto más grande será el respeto que su pueblo le muestre".¹⁰⁸ A Juan Thompson, escondido en su casa para esa fecha, le llegarían los ecos de lo que Vicente Fidel López, más *afortunado*, vio —con sus propios ojos— desde el balcón de la casa de un amigo. El silencio de la procesión fúnebre estremece a la ciudad. El viudo, oculto por el dolor o el cálculo, *vicha* —como dice Ramos Mejía que Rosas habría dicho— desde alguna ventana. Y se van sumando, a la orquestada despedida, los dobles de campanas, los cantos religiosos, las cadenas de llanto. Se le tributaron honores de excepción, medida extraordinaria para una argentina, que sólo se repetirá un siglo después. Era usual, por otra parte, que Rosas no se dejara ver, como modo de infundir temor en propios y extraños (o adeptos y enemigos), que cargaban de imaginaria los aledaños de su casa y sede de gobierno, en Bolívar y Moreno, como se ve en *Los misterios del Plata*, de Juana Manso. Especie de panóptico, el "altísimo mirador" que caracterizaba a la casa era, también, la habitación de Rosas. Manso generaliza el temor que ganaba a los transeúntes, que aquietaban el paso y disimulaban el nerviosismo cuando atravesaban la "calle del Restaurador". Aunque pasara poca gente por allí, según la misma versión, "[u]na vez frente a la casa, los transeúntes se quitan respetuosamente el sombrero, como se acostumbra a hacer ante el sagrario!".¹⁰⁹

Por supuesto, entre los rituales del poder suelen ser particularmente importantes los de iniciación, y así es como resulta memorable la asunción del mando de Rosas el 13 de abril de 1835, por segunda vez y con la suma del poder público, hecho suficientemente resonante en función de las gestiones que sus adeptos debieron realizar para (se supone) convencerlo de que aceptara (y, considerando que entre las estrategias de retorno se incluyó también la de salirse del centro, yéndose a realizar una campaña contra los indios con el verdadero fin de alejarse de la escena política de Buenos Aires para mejor manejarla, la carga simbólica aumenta). A lo que se le suma el hecho de que ese gobierno durará casi diecisiete años, lo que visto con la perspectiva que da

¹⁰⁸Norbert Elias, *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1996, p. 160.

¹⁰⁹Juana Manso, *Los misterios del Plata*, Buenos Aires, Biblioteca La Tradición Argentina, 1924, p. 69. Sostiene Edmund Burke: "Aquellos gobiernos despóticos que se basan sobre las pasiones de los hombres, y principalmente sobre la pasión del miedo, resguardan a su jefe todo lo que pueden de la vista pública" (en *A philosophical Enquiry into the Sublime and Beautiful*, London, 1998, p. 103).

la historia y en comparación con los tumultuosos años que lo precedieron, es una forma de inamovilidad en el poder.

Testigo del acto de asunción, el opositor Juan María Gutiérrez le va a hacer a su amigo Pío Tedín una prolija crónica, porque "me encuentro con humor descriptivo: ignoro los secretos resortes de la política actual, y sólo puedo juzgar de las cosas por su exterior". El humor y la ironía puestos en juego ratifican el poder persuasivo que puede alcanzar la escenificación del poder por medio de sus rituales. La interesante descripción de los fastos habla de puertas, ventanas y balcones tapizados con "colchas de damasco rojas y amarillas", sauce, laurel e hinojo en postes o regando el suelo, la pirámide engalanada, un arco triunfal "en cuyo centro había pintada una pira, simbolizando según mis entendederas, el fuego de puro amor que abrigan los buenos federales hacia su libertador y padre". Y lo más importante (porque sólo eso garantiza la *espectacularidad* del acto, que ratifica la eficacia de los rituales públicos del poder): el pueblo que asiste y convalida (ratificando su valor) la puesta en escena:

"En las tres cuadras ya mencionadas no había ventana ni balcón ni azotea que no estuviera cubierta del bello sexo, de manera que parecían los parapetos decorados con caladas rejas de carey, merced a los peinetones. Jamás he visto una función que más despertase la atención pública, jamás he visto mayor concurrencia de gente de todas clases. Pasó la función, sin embargo, con aquel orden que se nota siempre en todas las reuniones de este pueblo *manso y bondadoso*",¹¹⁰

VIII Tomás Guido o la Cenicienta

Declaradamente ritualistas, las ceremonias y celebraciones oficiales de aclamación, consagración y coronación de Pedro II en el Brasil empezaron el 16 y se extendieron hasta el 24 de julio de 1841. Los preparativos incluían manuales de etiqueta que regimentaban el comportamiento de los invitados, quienes —junto con las invitaciones (llamadas "convocações")— recibían

¹¹⁰Carta de Juan María Gutiérrez a Pío Tedín (25 de abril de 1835), en Ernesto Morales (comp.), *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942, pp. 15-16 (subrayado en el original).

normas, reglamentaciones y disposiciones para que —según aclara Lilia Moritz Schwarcz— "como bons atores, se preparassem para a atuação e não cometessem falhas" (*As barbas do imperador*, p. 77).

El 27 de junio, Rosas había nombrado a Tomás Guido como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario para asistir a la ceremonia de coronación del jovencísimo emperador, en reemplazo de Manuel de Sarratea, a quien el mismo gobierno le ha encomendado la misión de ratificar, en París, el tratado entre Francia y Argentina.¹¹¹ Tomás Guido recibió, como los demás invitados, un "folheto impresso na ocasião —*Disposições para a sagração de S. M. o imperador*— [...]. Três programas, e ainda regras para o banquete e disposições gerais, [que] compõem o pequeno volume de dez páginas que foi distribuído pela corte" (*As barbas do imperador*, p. 73). Si existían manuales de civildad para la vida cortesana, era evidente que esas normas de conducta social se regimentarían más prolijamente en relación con el acto oficial más importante de la historia del Imperio del Brasil.¹¹²

Hay una anécdota que circula por carta entre los emigrados antirrosistas, sobre la representación argentina en las fiestas de coronación. Se la cuenta —chismoso— Florencio Varela, que en ese momento residía en Río de Janeiro, a Juan María Gutiérrez:

¹¹¹Tomás Guido llega al Brasil el 12 de julio de 1841, justo para la coronación, acompañado por sus hijos José Tomás y Daniel. El viaje se decidió de manera intempestiva, y el comentario sobre la premura con la que tuvo que salir ocupa parte de los primeros intercambios epistolares entre el general Guido y su esposa, Pilar Spano: "Tú y mis hijos me han sido arrebatados de mis brazos y todo se ha pasado de un modo tan extraño, que todavía no vuelvo en mí. [...] Pilarcita no tiene consuelo de que no la hayas abrazado antes de irte; esto la ha hecho llorar mucho", le dice ella (Pilar Spano a Tomás Guido, Buenos Aires, 9 de julio de 1841). El, por su parte, sostiene que "Todavía no he salido de la agitación en que me puso mi precipitado y repentino viaje" (Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841). (Las cartas están en el Archivo General de la Nación, Fondo Tomás Guido, 2042, Correspondencia particular: 1831-1848). Guido ya había cumplido en el Brasil dos misiones anteriores: como negociador del tratado preliminar de paz por la guerra contra el Imperio en 1828; y como integrante de la comisión que revisaría la Constitución de la Banda Oriental, en marzo de 1830, y que se extendería hasta octubre de 1830 porque el gobierno de Rosas pretendía formar una representación permanente ante la corte, plan que se postergó por razones económicas, de acuerdo con Barreda Laos (cf. Felipe Barreda Laos, *Gral. Tomás Guido. Revelaciones históricas*, Buenos Aires, Linari, 1942, p. 208).

¹¹²Guido le describe y le narra pormenorizadamente a su esposa las ceremonias de coronación y consagración y las fiestas realizadas en honor a Pedro II, y le envía los programas como complementos del relato, que además funcionan —obviamente— como *souvenirs*. También le manda un ejemplar del correo oficial donde se publica el discurso que él mismo hizo al presentarse oficialmente ante Pedro II; y periódicos, como el *Jornal do Comércio* y el *Despertador*, con la crónica del acontecimiento.

"Más para [José Rivera] Indarte, editor del *Nacional*. Sarratea tenía ajustado un carruaje, librea, etc., para los tres días de fiesta de la coronación, en 300.000 reis por cada día —como 180 duros—; recibió orden de marchar a Europa; entonces trató de deshacer su contrato; el dueño del carruaje no quiso; Sarratea y el Cónsul de Buenos Aires *subarrendaron* el carruaje a un particular por 200.000 reis al día obligándose a pagar el exceso al dueño.

Hecho ese convenio y asegurado por un documento, llega Guido la víspera de la entrada del Emperador y hállase sin carruaje. Ve al particular que resiste cedérselo. Guido amenaza que le cederá *por fuerza*; el otro produce su documento del Cónsul de Rosas; entonces hacen una *transacción*; pagan entre Guido y el particular los 200.000 diarios y se sirve del carruaje uno cada día. En efecto Guido apareció el primer día en magnífico tren, de libreas y lacayos; el segundo en una mezquina carretela, desnudo y pobre, y el 3º resucitó como el primero. Esta historieta, que es auténtica, ha dado mucho que reír y censurar en un país donde esas mojigangas tienen gran importancia y se la aviso a Indarte por si quiere hacer de ella un artículo."¹¹³

Ya no se trata de "Las nuevas ropas del emperador", sino de la "Cenicienta", de Charles Perrault.

Según cuenta Lilia Moritz Schwarcz cuando describe pormenorizadamente el manual de civilidad monárquico en relación con la coronación de Pedro II (cuyos fastos incluían las ceremonias de la entrada majestuosa del nuevo emperador en la capital del Imperio, la consagración propiamente dicha, el banquete, el recibimiento de felicitaciones, la gala teatral,

¹¹³Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, desde Río de Janeiro (4 de agosto de 1841), *Archivo JMG*, tomo I, pp. 224-225. En la única referencia que hace Guido a la cuestión en las cartas a su mujer, asocia el problema del carruaje a la falta de disponibilidad de una plaza que se ha visto desbordada de gente y, consecuentemente, de demandas: "Nada se me presentó más insuperable en los dos primeros días que el conseguir un coche lucido con su servicio correspondiente. El dinero venció la dificultad: logré alquilar uno por un mes al precio de 600 \$ fuertes con cuatro caballos alazanes y dos lacayos. Había quien ofreciese por el mismo cien fuertes más. Tal ha sido la afluencia de personajes de todo el Imperio, que solamente obispos hay en la actualidad ocho en la capital, y no hay personaje que no haya tomado carruaje en competencia. Si me quedase en ésta arreglaré de otro modo" (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 21 de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Puede haber sucedido que luego de compartir el carruaje, como cuenta Varela, el asunto se haya resuelto del modo en que Guido le cuenta a su mujer, pero a ella —a la que tantos detalles le da en cartas ciertamente extensas— no le menciona nada de la escena *vergonzosa* que hacen circular los antirrosistas.

los bailes): "Com uma agenda tão carregada, os cofres públicos sofreriam um grande desfalque, mas a demonstração parecia estar acima dos interesses materiais" (*As barbas do imperador*, p. 74). La fastuosidad (desmedida aun para el propio imperio que los organizaba) les imponía a los invitados —por etiqueta— gastos que no siempre eran fáciles de afrontar. Por lo que ahora puede reconsiderarse la anécdota —que no deja de ser graciosa, de todos modos— sobre el carruaje compartido de Guido del que se mofan los antirrosistas: en términos de presupuestos estatales que deben cuidarse y medirse, eso podría relacionarse con cierta discreción y con la voluntad de evitar el despilfarro o un uso no cuidado de las arcas del gobierno argentino, que —de haberse dado— los antirrosistas habrían visto también mal, como puede desprenderse de las críticas a los manejos que hacía Pedro de Angelis con los fondos públicos y las adquisiciones de documentos históricos o medallas. Y, además, la vida en Río de Janeiro era ciertamente cara, lo que preocupaba a Tomás Guido, que en las cartas a su mujer deja constancia de su asombro frente a los altos costos: en general —salvo el calzado— todo cuesta el doble que en Buenos Aires. Las referencias a la economía doméstica que hace, por otra parte, dejan traslucir que el dinero que recibe como representante del gobierno de Rosas no le permite vivir holgadamente, a lo que se suma el tener que afrontar gastos que un cargo de esa jerarquía no puede evitar.¹¹⁴ Esa asignación de dinero, además, no parece contemplar el sostenimiento total de una familia, por lo que tranquiliza a su mujer diciéndole que "[a] pesar de todo, si el gobierno me manda permanente aquí, haré cualquier sacrificio para mantener el decoro de su representante".¹¹⁵

¹¹⁴Se trata del lujo como *conspicuous consumption*, enunciado por Veblen: el consumo para provocar admiración. "Los gastos de prestigio y representación [...] son un instrumento indispensable de la autoafirmación social". O, dicho de otro modo, el sentido más original del "nobleza obliga", que rige la conducta económica de los estamentos altos. Cf. Norbert Elias, *La sociedad cortesana*, pp. 87-88.

¹¹⁵Carta de Tomás Guido a Pilar Guido, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841 (esta carta se escribe durante días, y esos agregados se van fechando). La vida de los Guido que se quedan en Buenos Aires por unos meses más se solventa con la administración de propiedades que la familia posee. Guido le pedirá a Felipe Arana sendos puestos para sus hijos mayores, que han viajado con él: José será secretario de la legación, con un sueldo de 125 pesos fuertes mensuales; y Daniel será "adicto" en un cargo ad-honorem, "porque su sueldo no está comprendido en el presupuesto. Es una gracia de honor, que el Sr. Rosas no ha hecho hasta ahora a ningún otro" (carta del 28 de septiembre de 1841). Mientras tanto, el Gral. Guido ahorra e invierte (y al revés) por si Pilar se decide a viajar a Río, para mantenerla como se debe; aunque en alguna ocasión manifiesta estar preocupado debido a que sostener económicamente dos casas se vuelve difícil, por lo que empieza a juzgar ya no sólo deseable sino también

Al describirle a su mujer (para que participe a la distancia de un acontecimiento político y social americano que hará historia) la vestimenta que ha mandado confeccionar para sus hijos, Tomás Guido ofrece un testimonio valioso sobre la moda elegante que se lució en las fiestas por la coronación. Los muchachos, que fueron en un carruaje diferente al de su padre, llegaron a la gala del 24 de julio en el Palacio con un

"uniforme que se componía de casaca azul, abrochada por delante con botón dorado, bordado de oro en el cuello, [...] un filete de oro en la botamanga, pantalón blanco con galón de oro, florete de puño dorado, vaina y cinturón blanco, sombrero elástico ribeteado a pluma negra, y la escarapela nacional con presilla de oro",¹¹⁶

confeccionado por un sastre y un bordador en la propia Río de Janeiro (muy poco han podido llevarse de Buenos Aires en un viaje resuelto intempestivamente, y es una preocupación de toda la familia que ellos se luzcan y estén a la altura de las circunstancias). El diplomático describe con un esmero que a veces hasta a él mismo le resulta gracioso; pero se detiene en minucias porque sabe que eso le interesa particularmente a su mujer. Sus cartas desde Río son una valiosa contribución a la reconstrucción de la sociedad cortesana, las formas de vestir y los rituales protocolares del Brasil imperial, que si bien la historia social y cultural brasileña ha estudiado en variada bibliografía, puede encontrar en el epistolario de Guido una mirada argentina sobre la sociabilidad cortesana de alguien que no sólo ha tenido el privilegio de ser testigo del acontecimiento sino que, además, describe con agudeza, finura y plasticidad (y que, como no baila –según él mismo manifiesta– puede prestar atención al más mínimo detalle). En este sentido, sus cartas, aunque no tienen ninguna intención literaria, se avienen perfectamente a ciertas modalidades de la literatura cortesana, que "son ante todo memorias, colecciones de cartas, aforismos (máximas), ciertas clases de lírica, esto es, formas literarias que brotan directa o indirectamente de la nunca interrumpida conversación de sociedad y en ella crecen". Son, fundamentalmente, textos morales (en el sentido en que describen las *moeurs*, las costumbres de las personas en sociedad), por lo que exhiben un perfecto dominio del arte de la descripción de los hombres, desarrollado por la

necesario que se reúnan. Trataremos en detalle la economía doméstica en Río de Janeiro, al reconstruir la vida de los exiliados en la Tercera parte de la Tesis.

¹¹⁶Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841 (AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

práctica de la observación de los mismos, actividad fundamental para quienes su existencia dependía de cómo se desarrollaran socialmente y de cómo supieran manipular a los otros, como bien señala Norbert Elias (*La sociedad cortesana*, pp. 143-144).

Cada vez que analiza la situación, Tomás Guido concluye que el alto costo de la vida en la capital del Imperio está asociado a la afluencia de gente para asistir a la coronación. "Não se divertia, pois, com pouco dinheiro no Rio de Janeiro romântico", asegura Brito Broca respecto del baile de septiembre de 1851; aunque —para colocar en su verdadera medida la vida despojada de la corte— evalúa también que "[s]em dúvida, em certos casos, o monarca não gostava de aparato; mas se vivia mesmo com certa modéstia em São Cristóvão, comprazia-se, de quando em quando, em largas exibições de fausto" (*Românticos, Pré-Românticos, Ultra-Românticos*, pp. 139 y 202, respectivamente).

Durante las celebraciones de la coronación, la fiesta más comentada —y que, a juicio de Tomás Guido, resultó más imponente que la del Palacio— fue la que ofreció la Asamblea Extranjera en honor al nuevo Emperador, el 30 de agosto de 1841. Asistieron más de mil personas (el solo defecto que encontró el representante argentino); se extendió desde las seis de la tarde, en que llegaron los primeros invitados, anticipándose —como indicaba el protocolo— en dos horas al Emperador y sus hermanas, quienes fueron recibidos por los concurrentes formando hileras, hasta las cuatro de la mañana (las figuras imperiales, como era también usual, se retiraron pasada la medianoche). Sonó el Himno de la Consagración compuesto por Francisco Manuel, y las cuadrillas y valeses se danzaban al compás de la orquesta que dirigía Milliet. Llegada la hora de la comida, Pedro II se dirigió al salón donde se cenaría, instalado en los jardines, acompañado por su cortejo y por el cuerpo diplomático, del que formaba parte el representante argentino.¹¹⁷

¹¹⁷Si bien Guido le da mucha importancia a este baile y le comenta a Pilar, en varias cartas previas al baile, las expectativas que tienen al respecto, la descripción de la fiesta no es tan exhaustiva como en otros casos. Tomo la mayor parte de los datos sobre este baile de Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, pp. 307-308, que los levanta a su vez de la crónica que sale en el *Jornal do Comércio* del 10 de septiembre de 1841. Lilia Moritz Schwarcz incluye, como ilustración, la primera página del "Programa e instruções relativas ao Baile da Assembléa Estrangeira no dia 30 de agosto de 1841 em festejo do Solemne Acto da Sagração e Coroação de S.M.I. O Senhor dom Pedro II" (*As barbas do imperador*, p. 215).

IX Honores imperiales y republicanos

Hubo también en Buenos Aires reglas explícitas de protocolo, a modo de programa que establecía lo que debía observarse en un baile dado por el Comercio Nacional de Buenos Aires en honor a Manuela Rosas, el 28 de octubre de 1851. ¿Qué estipulaba ese programa? Luego de los vivas y mueras de rigor, se establecía la anticipación con la que la hija del Restaurador sería invitada personalmente; el carácter personal de las invitaciones (divididas por colores según los géneros); cómo sería el recibimiento (para lo cual los invitados deberían llegar con suficiente anticipación respecto de la invitada de honor; cómo se procedería en el baile; cómo debían conducirse los caballeros (que acompañarían a las damas, en dos tandas, al Salón del Ambigú para la comida, cenando ellos después que las mujeres); y por qué calles deberían llegar e irse los carruajes. Salvando las distancias con el programa de coronación de Pedro II, la matriz del género no difiere en relación con el establecimiento de un régimen protocolar de comportamiento social (y oficial). Entre los caballeros allegados a Rosas que son parte activa de la organización y del protocolo de este baile celebrado en el Coliseo, figura Tomás Guido, encargado de brindar por la hija del Restaurador. El general Guido, que como cuerpo diplomático ante la corte del Brasil ha aprendido mucho de *civilidad*, pudo haber inspirado algunas ideas a la comisión organizadora.¹¹⁸

Ya después de Caseros (en una carta muy lisonjera de diciembre de 1854) Carlos Pellegrini alabará la capacidad que tuvo el representante de Rosas para *aprender* —en su largo contacto con el Imperio brasileño— a no dejarse llevar por la pompa exterior, porque "el señor Guido es hombre de altura, y sabe que hay de todo en el mundo; se fija en el fondo, si es bueno, y deja a un lado las exterioridades de cuya insignificancia nadie puede penetrarse mejor que él

¹¹⁸El "Programa del baile dedicado a la Srta. Manuela de Rosas y Ezcurra por el Comercio Nacional de B. A." figura en Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*, pp. 48-50; y E. F. Sánchez Zinny, agrega información en su *Manuelita de Rosas y Ezcurra. Verdad y leyenda de su vida*, Buenos Aires, Imprenta López, 1942, pp. 286-292. El ministro Guido había regresado al país en octubre de 1850, luego de pedir sus pasaportes en protesta por la política del Imperio que, si hasta ese momento se había mantenido públicamente neutral, continuaba —no obstante— sumando actos que hacían evidente la *entente* con los enemigos de Rosas. Los Guido se fueron del Brasil el 2 de octubre de 1850, excepto Carlos, que se quedó, como veremos en la Tercera parte.

que ha vivido en las cortes".¹¹⁹ Virtud que, en rigor de verdad, está más en sintonía con la vida sencilla de Florencio Varela que con el diplomático Tomás Guido, un verdadero *hombre de mundo*. Las jocosas descripciones de los rituales cortesanos, la incomodidad frente al lujo y la etiqueta y la confesada torpeza social que poblaban las cartas de la misión del año 30 en el Brasil del primer reinado¹²⁰ se van modificando frente a las "mojigangas" —como decía Varela (a las que Guido, en cartas a su esposa, se refiere como "menudencias")— del código de civilidad que el diplomático de las cortes ha aprendido a *observar* (en sus múltiples sentidos de aprehender, aprender y acatar), y que culminarán en el brindis en honor a la princesita bonaerense.¹²¹

En el Brasil, no sólo la nobleza, también la diplomacia estaba sujeta al ritual protocolar de la corte imperial, al tiempo que disfrutaba de los beneficios de acceder a la vida cortesana. Como recuerda José Tomás Guido, que sería secretario de la legación que encabezaba su padre, cuando fue coronado Pedro II "llovieron las condecoraciones, ascensos y títulos", alcanzando también a los representantes de las naciones extranjeras, que aceptaron los tentadores honores, "a excepción de los enviados norteamericano y argentino, quienes las rehusaron con agradecimiento".¹²² Hay en este rechazo no sólo un gesto republicano sino también la *exhibición* de ese gesto, que los argentinos que pasen por el Brasil querrán enfatizar a menudo para dejar clara su posición en relación con la forma de gobierno imperial. En ese país, a falta de una nobleza de sangre como la europea, los títulos eran conseguidos por medio de la compra directa, lo que permitía que accedieran a ellos (si bien en diferentes grados) hacendados, comerciantes o profesionales; pero también —debido al interés de Pedro II por el desarrollo de la cultura nacional— les eran otorgados a hombres de letras.

Si bien es cierto, como recuerda orgulloso su hijo, que Tomás Guido no recibió las distinciones que se les dieron a los diplomáticos el día 19 de julio

¹¹⁹En Guido Lavallo, *Papeles de Guido*, La Plata, Sesé, 1947, p. 295.

¹²⁰Cf. Felipe Barreda Laos, *Graf. Tomás Guido*, pp. 209-212 (esas cartas de Tomás Guido a Pilar también se conservan en AGN, Fondo Tomás Guido).

¹²¹Es necesario aclarar (siguiendo a Norbert Elias) que las "nimiedades" son constitutivas en una sociedad regida por la etiqueta y los rituales de representación (*La sociedad cortesana*, p. 127).

¹²²José Tomás Guido, *Recuerdos del Janeiro*, p. 145.

cuando concurrieron a saludar a Pedro II y a sus hermanas,¹²³ el argentino si recibió algunos obsequios de honor y les asignó un valor importante. Los usó políticamente, no por estar pendiente del protocolo imperial —y de la consabida obsecuencia a la que venía asociado—, sino del manejo de las relaciones políticas argentinas, de cuya observancia —y de la obsecuencia a la que habitualmente venía asociada— dependían su carrera, el cumplimiento de sus deseos y su futuro. "Te remito una de las dos medallas de la coronación que me obsequió este ministerio", le dice a su mujer. "La otra la mando al general Rosas. Quisiera haber tenido otra para mandarle a Don Felipe Arana, pero estos caballeros han andado muy económicos. Si tú gustas obsequiarla a Doña Pascuala [Beláustegui, la mujer de Arana] puedes hacerlo. He de procurar alguna otra". Pero seis días después, más directo y resuelto, vuelve al tema de las medallas para exponer lo que se revela finalmente como una estrategia política, que debe aclarar ante su mujer para no dejarla librada al azar de su capricho. Le dice que si le ha entregado ya a la mujer de Arana la medalla que le había enviado a ella, no hay más que hablar. Pero que, si no lo ha hecho, quedan otras dos opciones. La primera: en caso de que Pilar decida conservar su medalla, que le entregue a Pascuala Beláustegui el obsequio que Guido adjunta en ese envío (junto con una carta). La segunda (y es claro que es ésta la que se convierte en mandato, porque el argumento es de peso): que le parece correcto que si él recibió dos medallas, una "vaya al gobernador y otra al ministro", refiriéndose a Rosas y a Arana, respectivamente, "pues para ti tendré otra".¹²⁴

Pero lo más interesante es que, entre la voluntad republicana de Guido y el sistema brasileño de honores, no primó tanto la decisión del argentino de no aceptarlos, como un impedimento protocolar y político de la propia corte, que llevó al Ministro Imperial Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho a enviarle una carta "com o fim de dar-lhe confidencialmente a explicação" del motivo por el cual no fue condecorado con la Grã-Cruz ni elevado en su rango, por no resultar "compatível com a forma de governo adoptado pela nação" de la que Guido

¹²³El mismo Tomás Guido le cuenta esto, por carta, a Pilar Spano (Río de Janeiro, 21 de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Hay diferencias entre la versión inmediata de padre y el recuerdo del hijo, porque el enviado de Rosas dice que no recibieron las condecoraciones ni el representante de Inglaterra ni los de las repúblicas de América, mientras que su hijo se refiere exclusivamente a los ministros norteamericano y argentino.

¹²⁴Cartas de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 18 de agosto y 24 de agosto de 1841 (en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

proviene, por lo cual le pide que le transmita a su gobierno las explicaciones del caso.¹²⁵

Como señala Lilia Moritz Schwarcz: nobles eran los que tenían títulos; pero la corte estaba integrada por los allegados al emperador, tuvieran o no título: "Nesse sentido, se pertencer à corte —à carioca— era um direito relativamente amplo, ser titular, ser nobre era um privilégio de poucos" (*As barbas do imperador*, p. 161). La pertenencia a la corte estaba determinada, sobre todo, por vivir en la propia capital del imperio, en torno de los palacios imperiales; y, dentro de esa corte, ocupaba un lugar destacado (por su participación —en ocasiones, incluso protagónica— en las fiestas oficiales) la diplomacia. Así, Pedro Lamas, el hijo del que será representante de la Banda Oriental en el Brasil, Andrés Lamas, recuerda no sólo que "[u]na fiesta que rara vez perdíamos, en Río de Janeiro, era la de la apertura de las cámaras", con carrozas de oro y cristal, y mantos y cetros imperiales (casi una imaginería típica de cuento infantil europeo, al que se agregan, en este caso, americanas plumas de Tucán), sino también —con la naturalidad que imposita el portador de un privilegio social— que

"[c]on relativa frecuencia lo veíamos al Emperador penetrando en la quinta de mi padre, con la emperatriz al lado, avanzando con su paso lento, acostumbrado, seguido del veador y del camarista de semana, al través del jardín en formación, interesado en la improvisación que se operaba en su antigua colonia que, poco a poco, se transformaba en ciudad; y, en la misma forma, con igual *sans façon* su majestad visitaba las demás propiedades. Avisado —

¹²⁵Carta confidencial del Ministro Imperial Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho a Tomás Guido, Río de Janeiro, 17 de julio de 1841 (en AGN, Fondo Tomás Guido, 2019, Documentación oficial, tomo 13: 1834-1841). En sus *Recuerdos del Janeiro*, José Tomás Guido hace referencia al escrupuloso cumplimiento de la etiqueta y menciona a Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho (que tenía a su cargo las Relaciones Exteriores) y a Paulo Barbosa da Silva, el Mayordomo de la Casa Imperial, como dos personas clave en la organización de la coronación (*Recuerdos del Janeiro*, p. 143). La carta confidencial de Aureliano de Souza suple el reconocimiento nobiliario por la expresión del agradecimiento al enviado de Rosas, por haberlos honrado con su presencia en la coronación y consagración del emperador Pedro II. (Como en el caso de mucha de la documentación oficial de la Legación Argentina, existe una traducción al español de la carta, que se conserva junto con ésta en el AGN. Conjeturo que es la propia representación argentina la que se encarga de traducir los documentos, y no sería extraño que fueran los propios hijos de Guido quienes lo hicieran).

me parece estarlo viendo— mi padre, con su traje ligero y su sombrero de paja salía al encuentro del Emperador [...].¹²⁶

¹²⁶Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, Sceaux, Imprenta Charaire, 1908, p. 56. Esas escenas tenían lugar en Petrópolis, la colonia imperial serrana que creó Pedro II, y sobre cuya formación nos detendremos particularmente más adelante. Pedro Lamas tenía menos de dos años cuando su familia se trasladó al Brasil a fines de 1847, por eso —en varios e interesantes pasajes del libro— hay un modo infantil de la percepción adosado al hecho político o histórico que se recuerda, que —si bien es típico del género memorialista— cobra relevancia en relación con la construcción de la figura de Rosas como un monstruo, como veremos.

3. Mariquita o el Plata

I La francesita parlanchina

En ese contexto cortesano, lo más importante para Mariquita Sánchez, la argentina a la que el exilio le ha hecho perder lujos y colocación social —que intentó seguir manteniendo con esfuerzo en Montevideo, a contrapelo de la difícil situación política y económica— es la posibilidad de recuperar su rango en el Brasil:

"Aquí hago parte de la sociedad del cuerpo diplomático. Aquí hay lujo para el que quiere; pero puedes andar muy sencilla también. A mí me tienen por francesa unos, otros por española, pero lo gracioso es que todos suponen que he estado en Europa por mis maneras. Yo les dejo creer" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.136).

Hay, en este gesto, un movimiento de traducción y desliz del sentido que revalida los malentendidos de toda traducción (en este caso simbólica, social y cultural) al hacerlos efectivos, porque operan sobre lo real produciendo frutos. Al convalidar el equívoco, la exiliada Mariquita contruye su figura como lo que cree ser o lo que cree merecer. Ya William Parish Robertson había captado perfectamente su natural manejo de la conversación, el protocolo y la sociabilidad, dotes de una verdadera anfitriona, pero *a gran escala*:

"Casada doña Mariquita con el cónsul general de Francia, puede inferirse que ejercía gran influencia y gobierno en el elemento extranjero, y seguro estoy de que lord Palmerston, con su reconocido tacto, su talento y *savoir faire* no ha puesto en los negocios de Downing Street más destreza y lucimiento que doña Mariquita con su diplomacia femenina en aquella espléndida mansión de la calle del Empedrado. Desempeñábase —llegado el caso— con la soltura y sencillez de una condesa inglesa, con el ingenio y la vivacidad de una marquesa de Francia o la gracia elegante de una patricia porteña, a punto de que cada uno de estos países la hubiera reclamado para sí, tal era el arte exquisito que ponía para identificarse, de momento, con la nación de sus visitantes.¹²⁷

Para pensar la participación de la familia Guido y de Mariquita Sánchez en la corte brasileña, es útil recordar —por otro lado— que las sociedades

¹²⁷J. P. W. P. Robertson, *Cartas de Sudamérica*, Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 385-386.

cortesanas, habituadas a seguir al príncipe, saben que "su sociedad siempre es la misma, pero el lugar cambia", porque se trasladan con él a la ciudad o a los palacios de las afueras en los que éste pase temporadas; así, es el vínculo social el que "constituye para ellos su auténtica patria" (esto sería aplicable también, por supuesto, a la sociedad de nobles del texto de Goethe). Por supuesto que Mariquita no deja de lamentar la patria perdida, como tampoco lo hace Guido, quien —aunque no sea un exiliado— también extraña. ¿Cómo compensan esa pérdida? Con la recuperación de los vínculos de élite y ratificando la existencia de un *ethos* estamentario que, aunque suela ir vinculado al económico, es bien diferente y se constituye como un fin en sí mismo.¹²⁸

Porque la colocación de Mariquita Sánchez como "parte de la sociedad del cuerpo diplomático", que —según ha manifestado Tomás Guido— "es el primero cerca del Emperador" en las fiestas de gala, refuerza sus antiguos lazos con la familia del Ministro de Rosas ante la corte de Pedro II, para agregar algunas paradojas más a la política argentina, porque revela que hay vínculos sociales, económicos, culturales y afectivos que están por encima de las elecciones políticas.

En una carta, Mariquita hace mención a los problemas que la conducta de José Mármol le trae a Tomás Guido. Desde Río, la exiliada le manda a su hija

"[m]il expresiones de toda la familia de Guido, las más tiernas.

No te puedo decir de los pesares del pobre Guido con las locuras que escribe Mármol.

Le ha sucedido a Guido como a mí con los locos que me rodeaban. Aquí les costará trabajo enredarme, y si viene [sic], no le recibiré, porque *mi boca está cosida con dos hilos: ni una palabra.*

En lo que puedo hablar bien, hablo; en lo que no, callo."¹²⁹

Paradojas de la política argentina —repetimos— que repercuten en *lo que se habla*. Porque las colocaciones sociales o políticas no siempre son tan diáfanas. Así, de alguna manera, Mariquita desdibuja aquí la imagen que ha construido, particularmente en el diario que le escribe a Echeverría o en las cartas a Juan, en las que su preocupación por la generación de su hijo es constante y fuerte: la figura de una mujer que ayuda y colabora con los jóvenes

¹²⁸ Cf. Norbert Elias, *La sociedad cortesana*, pp. 64 y 139, respectivamente.

¹²⁹ Posdata de la carta del 28 de octubre de 1846, desde Río de Janeiro (en *Cartas de Mariquita Sánchez*, pp. 136-137, subrayado mío). Mármol se había ido en abril del 46 a Montevideo.

antirrosistas. Acá manifiesta una posición diferente: como si quisiera desligarse y no tener problemas. Es sintomático que se refiera a ellos (que se supone que son jóvenes exiliados antirrosistas, aunque quizás incluya también a los más maduros) como "los locos que me rodeaban", porque usa el mismo apelativo que el rosismo descarga sobre sus opositores.¹³⁰

Es indudable que su relación con el Ministro Guido es la que le ha abierto a Mariquita el acceso a la corte. Podríamos derivar de allí que tal vez ella sintiera la necesidad —o la conveniencia— de *camuflarse*; porque podría no ser tan conveniente mostrarse como una opositora furiosa del rosismo, no por el rosismo en sí mismo, sino porque ser una opositora acérrima a un régimen de gobierno —aun cuando sea el de Rosas, al que el Brasil mira con ojeriza por su apoyo a la Revolución Farroupilha del sur del país— es algo que puede no agradarle a una sociedad imperial como la brasileña, basada en la subordinación al poder del monarca.

Mariquita aprende rápido y muy bien. Recordemos: no se trataba sólo de *hablar lenguas*, sino de conocer las reglas de un medio social y político. Entonces, podemos asegurar que Río de Janeiro le sirvió para *probar su estirpe*. Por eso, cuando los fastos cariocas sean ya un recuerdo, las propias palabras de Mariquita reforzarán esa idea:

"[Mendeville] Me aconseja de irme a Francia, porque lo que él creía era que la vida de Europa y trato, no me habría de gustar, sobre todo hablando tan mal el francés. Pero después de que me he encontrado tan bien en el Janeiro, ya ve que podría, sin duda, vivir entre gente decente. Estoy por escribirle que la Condesa Waleska

¹³⁰Dice Jorge Myers: "El tercer atributo «unitario» desarrollado por los periodistas del rosismo fue el de alienados radicales, *outsiders* en un sentido absoluto [...]. El discurso del régimen los caracterizaría como una casta de «manfredos», de personajes demoniacos en un sentido byroniano, colaborando en el diseño de esta imagen las referencias a su demencia, a su ferocidad diabólica y a sus coléricas furias. Al igual que en las representaciones clásicas de Catilina y sus secuaces, para la propaganda rosista había un punto donde los motivos de los unitarios excedían toda capacidad de comprensión, y esto se debería a que, en términos concretos y no retóricos, se trataba de alienados mentales. De allí la proliferación por orden expresa del propio Rosas en la correspondencia privada y en los documentos públicos del régimen del epíteto de «loco» o «salvage» [sic] aplicado a los miembros de la oposición" (en *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995, p.56). También podemos hablar aquí —como con respecto a la barbarie definida desde el punto de vista antirrosista— de "discurso incorrecto": el discurso del otro como ininteligible. ¿Cómo dialogar, entonces, en esas condiciones? Pero en la cita de Mariquita, también queda *interrumpida* (en ese caso) la conversación entre participantes del mismo bando.

decía que no podía creer que yo no era francesa la primera vez que estuve con ella" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.163).¹³¹

Llama la atención que esta mujer no maneje bien la lengua. ¿Será porque, teniendo un marido francés, ambos se han vuelto más exigentes, y ese no saber es —en rigor— una exageración de exquisitos? ¿O será que, en efecto, no lo habla bien? ¿Pero cómo puede ser esto si el dominio del francés es más que habitual para los letrados de la época o para las personas con la colocación social de Mariquita? ¿Y ella, precisamente ella, que era culta, instruida, amiga e *interlocutora* de los jóvenes afrancesados, y —sobre todo— la esposa del cónsul francés, no habla el idioma? ¿Ella, a quien Rosas —socarrón— la había *sindicado* como una "francesita parlanchina y coqueta"?¹³² Que no dominaba el francés —o, al menos, no a la perfección—, lo prueba el hecho de que, cuando hace una demanda dirigida al gobierno de Francia para que le otorgue una pensión como esposa de un servidor, le pide a Echeverría que redacte la carta.¹³³

Leída con las prevenciones del caso, es interesante la construcción que hace Pastor Obligado, quien sostiene haber sido testigo de una escena de

¹³¹Mariquita conoce a la condesa en Montevideo, en julio de 1847, cuando el matrimonio Walewski llega, proveniente de Buenos Aires, donde ha estado poco tiempo, ya que la gestión del conde (enviado francés) fracasa por desavenencias con el enviado inglés, lord Howden, que simpatiza con el Restaurador. En Buenos Aires, con la intervención del Dr. Lepper —el médico de Rosas—, Walewska había dado a luz a una niña que murió dos semanas después. Mármol, que le ha escrito una poesía a la condesa, se la envía junto con una esquela que no es sino el resumen del asunto del poema "A la condesa de Walewski en 1847": "Madame, ahora una ligazón os une a los proscritos. Es la fraternidad de las lágrimas. Madame, usted ya no puede olvidar jamás la «tierra argentina», ya que un tierno suspiro ha cesado en Buenos Aires. Vuestros lágrimas y vuestros gemidos de dolor se han perdido en las brumas del Plata salvaje. Pero a vuestras lágrimas se unen las lágrimas de miles de madres argentinas. Pero usted ha podido llorar con los ojos fijos en una tumba, mientras ellas no pueden llorar a sus hijos, en tumba alguna, ni llevarles flores..." (citado en Jorge Zaverucha, *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, pp. 202-203). Toda ocasión es buena para criticar a Rosas y aquí se asocia la muerte de la niña al padecimiento de los desterrados, por culpa de Rosas: hay víctimas inocentes que no pueden escaparle al destino en "esa tierra de infortunio y muerte", donde "hasta las piedras insensibles lloran". En la construcción de Rosas como un monstruo, no es infrecuente que los enemigos políticos le adjudiquen muertes no ligadas a la política al propio Rosas, como veremos en la Cuarta parte.

¹³²En Antonio Dellepiane, *Dos patricias ilustres*, p. 54.

¹³³Es la carta en la que nos detuvimos en "Correspondencias". Juan Thompson sí hablaba bien el francés, porque había pasado un tiempo en Francia, siendo adolescente. En tradición que arma Pastor Obligado, se dice: "mi Juan no podía volver al país, declarado *salvaje unitario*. ¿Qué le parece, señor contralmirante? No siendo francés idioma pampa, ¿le pronuncia muy mal este *salvaje* de ella? — ¡Oh, madama! Salvajes con la ilustración de Mr. Thompson, tan merecidamente reputado hombre de letras, codiciáramos muchos en Francia" (Pastor Obligado, "El salón de madama Mendeville", pp. 64-65).

conversación, en la que el representante de Francia interroga a Mariquita, ya en la vejez, acerca del motivo por el cual ella, "tan amante de todo lo que es francés, y esposa de uno de sus representantes, no ha llegado en sus viajes a Francia". La explicación es el resultado de una serie de escenas o datos parciales, por lo que el compuesto no es del todo exacto, si se coteja cada cosa vertida allí con el epistolario donde se lee lo que esta mujer va anotando momento a momento; pero condensa el modo en que la experiencia tropical que venimos trabajando se decanta para la tradición argentina, que incluye una estampa de Mariquita que no admite —porque Obligado no quiere hacerse cargo de eso— que esta mujer se llevaba mal y estaba separada de hecho de su segundo marido, Mendeville. La versión es la siguiente:

"[...] aunque medrosa para el mar, decidí embarcarme. Hasta Montevideo fui bien, pero al llegar a Río de Janeiro, tan deshecha pamperada azotó la barca de vela que me conducía, que no obstante llamarse La Esperanza, sin ésta quedé de ver más a mis hijas. Pero al fin la espléndida bahía de Río de Janeiro tranquilizó mi espíritu y el mar. Allí no iba tan mal, rodeada de la primera sociedad, en corte que damas y caballeros son tan amables y obsequiosos. Jóvenes como Diego de Alvear, Posadas, Costa, la familia Vernet, Daniel, Carlos y Eduardo Guido, me hicieron con sus atenciones y cuidados olvidar los sufrimientos de la tormenta. Al día siguiente de un baile de corte (todavía mi nieta Florencia guarda el vestido con el cual, del brazo del ministro argentino general Guido, hice *vis-á-vis* al joven emperador), me invitaron para una merienda bajo la cascadiña en Tijuca, donde el marqués de Caxias me ofreció una manzana, que si no fue la de Eva, casi, casi, fue la de mi perdición. Notando en sus rubicundos colores pequeña picadurita, rasqué un poco la corteza. ¡Quién le dice a usted que amanecí con todo el dedo hinchado, hinchazón que al segundo día avanzaba a la mano, y al tercero por todo el brazo, con agudos dolores! Este segundo susto me hizo reflexionar, y me dije: «¿Dónde vas, Mariquita? ¡Vuélvete!». Bien pudiera recaer o sorprenderme grave enfermedad, y en viaje tan largo, acompañada

solo de una sirvienta de confianza, no me decidí a cruzar el océano".¹³⁴

Recordemos lo que le ha dicho a Mariquita su íntima amiga Justa Foguet de Sánchez (ya citado en "Correspondencias") acerca de su estilo, tan afín a las marquesas y condesas de la corte de Luis XIV. No París, sino la corte brasileña; lo más próximo que Mariquita estuvo de la nobleza (y que ella no rechaza como Sarmiento). Pastor Obligado menciona otras analogías para definir a la dama argentina, previsibles —tal vez— pero por demás interesantes: "El general Guido la compara en sus cartas a Madame Récamier, y el poeta Echeverría, oyéndola cantar al arpa sus poesías, en música de Esnaola, la denominaba la Corina del Plata".¹³⁵ Por un lado, Récamier, la anfitriona de uno de los primeros salones parisinos, en el siglo XIX. Por otro, la asimilación de Mariquita al personaje de *Corinne, o l'Italie*, de Mme. de Staël, amiga de Récamier. Es tentador continuar los parangones porque, teniendo en cuenta la probable relación amorosa entre Echeverría y Mariquita Sánchez, al poeta romántico le cae perfectamente el papel del desdichado Oswald.

Y entre estas ficciones de linaje europeo, quiero volver a aquella que —en el imaginario argentino— quiere asimilar sin matices a Mariquita con Mme. de Staël. ¿Qué une a esta argentina exiliada durante el rosismo con la exiliada por orden de Napoleón? Me parece que la remisión directa de una figura a la otra es fruto de una lectura superficial *por el género*. Claro que hay puntos en común: el exilio, o la incidencia cultural de sus respectivos salones en sus entornos sociales. La francesa rechaza a William Pitt el joven para casarse, aunque luego acepta el matrimonio por conveniencia que le pacta el padre con M. Staël. Mariquita se enfrenta al deseo paterno para casarse con quien ama, Martín Thompson, en uno de los gestos más significativos realizados por una mujer a principios de siglo diecinueve en la Argentina. Pero, fundamentalmente, Staël es una escritora, además de una *salonnière*. Mariquita ha dejado cartas y el diario

¹³⁴Pastor Obligado, "El salón de madama Mendeville", pp. 65-66. No es cierto que Mariquita pasara por Río porque iba hacia Europa, algo que sí en algún momento se había planeado, finalmente no se concretó (cf. nota 86 de esta parte). Tampoco (como cierra la escena Obligado, pero cuyo fragmento no citamos) que inmediatamente después de su estada en la capital del Imperio retornara a Buenos Aires, adonde habla ido en varias ocasiones durante su exilio, pero a la que sólo volvería definitivamente desde Montevideo, después del derrocamiento de Rosas. La construcción de Obligado pudo contar, sin duda, con la colaboración de la dama ya anciana, que hacía gala de un excelente dominio del arte de la conversación y que sabe, entonces, cómo captar a su auditorio, aun a costa de la veracidad.

¹³⁵Pastor Obligado, "El salón de madama Mendeville", p. 60.

para Echeverría; pero no sólo no tiene la producción literaria de Mme. de Staël, sino tampoco un *proyecto* literario. Así, mientras que Mme. de Staël es (y se piensa como) una escritora, los escritos que ha dejado Mariquita Sánchez no forman parte de un sistema literario: los *Recuerdos del Buenos Aires virreinal* no bastan, y tampoco son estéticamente tan interesantes como para convertirla en una escritora. Sin embargo, el hecho de que Mariquita no haya tenido un proyecto de escritura no disminuye el valor literario que ciertamente tiene su diario para Echeverría o el que puede encontrarse en sus cartas (el grueso de las que se conservan pertenecen —fundamentalmente— a sus períodos de exilio durante el rosismo).

Hay una escena que marca claramente la situación de Staël como *escritora exiliada*: obligada —por orden de Napoleón— a mantenerse a más de cuarenta leguas de París, se aventura hasta el punto límite (se acerca lo más que puede) con el fin de supervisar las pruebas de impresión de *De l'Allemagne*.¹³⁶ Es una escritora preocupada por su texto. Y si pensamos en la relación entre el poder y la disidencia intelectual, comprobamos que Napoleón estaba tan obsesionado con Mme. de Staël como Rosas con los escritores varones opositores en el exilio —como Sarmiento—, pero no con Mariquita Sánchez.¹³⁷ Es, sin embargo, el propio rosismo quien —tal vez— más ha contribuido a cimentar la fama de Mariquita como una posible escritora —o, al menos, como una "publicista"—, según ella misma constatará —preocupada— en carta a su hija Florencia en 1842: "No te habrás olvidado de lo que decía María Josefa [Ezcurra], que yo escribía [el periódico] [Argentino]: ni lo he leído, cuánto más escribirlo, pero si eso y otras cosas lo creen".¹³⁸ Seguramente la cercanía ideológica y afectiva de Mariquita a los jóvenes escritores de la oposición es la que motiva esta *acusación* (falsa, pero nada descabellada). Más que a Madame de Staël, con quien por cierto comparte algunas funciones, cada

¹³⁶En el verano de 1810. En septiembre, Napoleón da la orden de destruir las pruebas de imprenta del libro. En mayo de 1811, Schlegel logra ponerlas a resguardo en Viena. El libro se publicará finalmente en Londres, en 1813.

¹³⁷Es interesante el modo en que Mariquita considera la figura de Napoleón para buscarle un equivalente en el Plata. A comienzos de su exilio, como queda registrado en el diario que lleva para Echeverría, deposita sus esperanzas en el general Lavalle, "que es ahora nuestro Napoleón" (Diario de Mariquita Sánchez, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.407). Llama la atención, sin embargo, el hecho de que más adelante va a usar la misma comparación pero para referirse a la figura de alguien a quien detesta, y dirá entonces que Frutos Rivera "es un Napoleón, mueve el mundo él solo" (p.422).

¹³⁸En Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 72.

una en su espacio, Mariquita Sánchez se parece —en realidad— a las heroínas de las novelas de la escritora europea y podría ser la protagonista de una que se titulara *Mariquita o el Plata*.¹³⁹

II Los Guido en la corte carioca

A pesar de los lazos estamentarios, hay una gran diferencia entre la exiliada y su íntima amiga Pilar Spano de Guido, la mujer del representante de Rosas ante Pedro II, quien —cuenta Mariquita—

"extrañará mucho si cambia esta vida. No tiene un día que no tenga un paseo, un baile, una comida, teatro. Se pasan una vida muy placentera, el coche en la calle diariamente. No te puedes

¹³⁹Cierto funcionamiento de los títulos en la literatura de los siglos dieciocho y diecinueve resulta muy útil para relacionarlo con la vida de esta exiliada argentina. Analiza Nancy K. Miller: "En la novela de Staël, la imposibilidad de reunir en un solo lugar lo que una mujer desea está dada en el título, *Corina o Italia*. La disyuntiva, o mejor la ambigüedad, ligada a las valencias de la conjunción «o» —que equipara o diferencia— se vuelve más llamativa cuando se la confronta con los títulos feminocéntricos del siglo XVIII: *Julia o La Nueva Eloísa*, *Clarisa o la Historia de una mujer joven*; *Evelina o la historia de la entrada al mundo de una mujer joven*, *María o los errores de la mujer*. En esta tradición, lo que se une al nombre de una mujer funciona como una forma de una redundancia: el nombre de la mujer ocupa el lugar de o es reduplicado por más de lo mismo —una precursora ilustre; cualquier mujer—: María, el «sexo» en general. Pero más importante para nuestros propósitos es que típicamente en estos títulos de ficción, la pregunta por la identidad implícita en el nombre de la mujer (quién es ésta sobre quien será la historia) se narrativiza, por su subtítulo, a través de estructuras temporales ejemplificadas en la trama (cuál es su historia). La extrañeza del nombre de un lugar en el título de una novela hace emerger la posibilidad de una identidad sin trama (ni una historia ni las aventuras) y establece un modelo dialógico para su invención en el juego entre sus términos". (Nancy K. Miller, *Subject to change. Reading feminist writing*, New York, Columbia University, pp. 197-198). La *Amalia* de Mármol no sigue exactamente la tradición dieciochesca ni aprovecha el cambio promovido por la escritora romántica y sólo mantiene el uso del nombre de una mujer como título, aunque para darle espacio, sobre todo, a las aventuras de un varón, verdadero protagonista de la historia: Daniel Bello.

Lili Sosa de Newton recuerda que los hermanos Robertson comparan con Madame de Staël a Melchora Sarratea: "Doña Melchora Sarratea era (con permiso de madame Staël), la Staël de aquella sociedad. [...] El señor [Manuel] Sarratea y su hermana poseían abundante repertorio de anécdotas a cual más agradable y, como conocían a la perfección la sociedad en que actuaban y lo que ocurría a su alrededor, contaban muchas cosas de la manera más aguda y picante; además todos concurrían a su casa con tácita libertad para murmurar sobre los sucesos del día y así no es de extrañar que doña Melchora tuviera siempre a manos llenas una buena serie de hablillas sobre cuestiones públicas y privadas, y que fuera considerada *whiggish* de principios" (Lili Sosa de Newton, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, p. 58; y J. P. y W. P. Robertson, *Cartas de Sudamérica*, pp. 384-385). Recordemos que Guido es enviado al Brasil para desempeñar las funciones de Manuel de Sarratea, trasladado a Francia por Rosas.

hacer una idea de la vida que hace esta familia. Mucho extrañarían en otra parte" (*Cartas de Mariquita Sánchez*, p.131).

Para la familia del diplomático, no existe el padecimiento social ni económico que sufre la desterrada, a pesar del *mezquino* episodio del alquiler del carruaje y del cuidado en la administración de la economía que se hacía manifiesto en las cartas que ya comentamos. Evidentemente, por otro lado, no era tan poca la sociedad, como sostenía Mariquita cuando planificaba su viaje a Río, asegurando que, de todos modos, con Pilar Guido se conformaba: la vida social de los Guido era particularmente interesante, y podía satisfacer no sólo a la sufriente exiliada, sino también a la dama que añoraba el boato de las tertulias de su propia casa de la calle del Empedrado en Buenos Aires.¹⁴⁰

Desde su casamiento con el general argentino en 1818, la chilena Pilar Spano se había habituado —por la interpósita experiencia de su marido— a la socialización que exige —y enseña— la vida diplomática; pero no se resignaba al alejamiento de su hombre, pese a la ubicación social destacada que ella conservaba:

"Todo Buenos Aires se disputaba el honor de visitar a la familia de Guido; hasta personas que nunca lo habían hecho anteriormente. «Si estas cosas pudieran envanecerme, escribe Pilar a Guido, me sentiría orgullosa, porque tengo todo cuanto puede deslumbrar a una mujer; pero tú me faltas, y nada ofrece halago para mí; sólo a tu lado puedo ser feliz»",

lo había piroleado, tal vez temiendo un nuevo alejamiento, como el que impidió que el General Guido viera a su familia durante seis años, en tiempos de la campaña libertadora del Perú.¹⁴¹ Por eso, luego de sondear a Rosas para

¹⁴⁰El nivel de vida de estas mujeres siempre había sido costoso. Es conocido el manejo dispendioso del dinero que hacía Mariquita Sánchez, y es probable que la mujer de Tomás Guido fuera tan gastadora como ella. Cuando el general acababa de ser trasladado al Brasil y Pilar permanecía todavía en Buenos Aires, con el fin de que su marido se luciera lo más posible en las fiestas del imperio, hacía promesas de reducir gastos domésticos y se justificaba con cierta culpa cuando explicaba que la suma del mes anterior era abultada porque "los ordinarios de los sastres, zapateros, sombrereros, me han complicado" (carta de Pilar Guido a Tomás, Buenos Aires, agosto de 1841, sin especificación de día, en AGN, Fondo Tomás Guido 2042). El también ha de haberse sentido culpable en algunas ocasiones y, más permisivo, la ha querido compensar, pidiéndole que dispusiera "sin reserva de cuanto tenga en esa [Buenos Aires] para satisfacer hasta tus caprichos" (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido 2042).

¹⁴¹Felipe Barrera Laos, *Gral. Tomás Guido*, pp. 258-259 (el autor no indica la fecha de la carta —falta de información que caracteriza al libro en general—; es la de agosto de 1841 —sin precisión de día—, que está en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

averiguar cuán larga sería su misión ante la corte —y como el Restaurador escamoteara la respuesta con su acostumbrado aplomo, lo que hacía previsible una misión prolongada—, se decide el viaje a Río de Janeiro, ciudad a la que Pilar llega el 27 de octubre de 1841, y en la que vivirá diez años.¹⁴²

De camino a Río de Janeiro para reunirse con los suyos, Pilar Spano de Guido consideró poco prudente visitar a su amiga del alma, Mariquita Sánchez, desterrada en Montevideo. Como esposa del representante de Rosas, no podía asumir ninguna actitud que pudiera ser considerada por el gobernador de Buenos Aires como una afrenta. La mujer resalta el sacrificio: "¿Creeas tú [le cuenta a la hija de Mariquita por carta] que fuéramos capaces de tanta prudencia? Confieso que yo misma me asombro de este esfuerzo que en nosotras debe llamarse heroísmo".¹⁴³ El propio Guido, sin embargo, no pareció haberse privado de entrar en contacto con la exiliada Mariquita y, en su propio

¹⁴²Julio Irazusta sostiene que las cartas de Pilar a Rosas, por pedido expreso de su marido, buscan saber la duración de la misión en el Brasil porque "Guido parece haber alentado la esperanza de ir a Francia", cosa que no ocurrió (Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Buenos Aires, Albatros, 1947, tomo III: 1840-1843, p. 190). En efecto, en la correspondencia privada con su esposa, Guido se refiere —a poco de su llegada al Brasil— al cambio total de rumbo, que lo lleva a un lugar en el que no había pensado y a la frustración de sus planes de ir a Europa. A Guido lo "desvela" no saber su destino; pero sospecha que se va a quedar en Río de Janeiro porque el Imperio ha enviado a Buenos Aires un ministro que lo represente ante el gobierno de Rosas y "es el uso entre los gobiernos civilizados" retribuir del mismo modo (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Y le pide a su mujer, además, que cultive la relación con Luis Moutinho Alves de Avila (siempre y cuando eso no le caiga mal al gobierno de Rosas) porque así se aseguraría un buen trato de los brasileños para con él mismo. El papel oficial del gobierno brasileño con la confirmación del argentino en su puesto lleva fecha del 14 de octubre de 1841 y está firmado por el Ministro Imperial Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho (AGN, Fondo Tomás Guido, 2019). Es probable que la referencia que Guido hace en carta a Arana acerca de lo sorpresivo de la llegada de Pilar, que arribó "cuando menos la esperaba, pues sus indicaciones sobre viaje habían sido muy vagas, después que dejé a su elección el hacerlo o no" se deba un poco a la estrategia que habían implementado para obtener la información sobre el destino diplomático del general (carta de Tomás Guido a Felipe Arana, Río de Janeiro, 6 de noviembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2059, Correspondencia y apuntes, Legación de Tomás Guido en Río de Janeiro, 1817-1865). Pilar Spano llega con Pilarcita (que siempre iba asociada a su madre en los planes de su traslado) y con Carlos (hecho que menciona el poeta en su *Carta confidencial*, aunque se refiere sólo a él y a su madre). Pese a lo que afirman algunos historiadores (como Pedro Calmon y Felipe Barreda Laos), parecería que Eduardo no fue de la partida en ese mismo viaje, a juzgar por lo que dice una carta enviada por el general Guido a Felipe Arana, al que le agradece las atenciones que tuvieron él y Rosas con su familia en el momento de la partida de Pilar, que "se apareció [en Río de Janeiro] con otros dos de mis niños". Si bien la letra del original no pertenece ni al general Guido ni a Daniel, probablemente sea de José Tomás, que tomó el dictado o escribió en nombre de su padre, y ninguno de ellos podría equivocarse al respecto (cf. carta de Tomás Guido a Felipe Arana, Río de Janeiro, 6 de noviembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2059).

¹⁴³Carta de Pilar Spano de Guido a Florencia Thompson, Río de Janeiro, 8 de noviembre de 1841 (citada en María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, p.187).

paso por Montevideo rumbo a Río en el mes de julio, manifiesta haberle "contestado a la Sra. Mendeville una carta que tenía pendiente. De un momento a otro aguardo alguna de sus cortesías".¹⁴⁴ Vemos, nuevamente, en cuántas circunstancias los lazos afectivos y los estamentarios (con los que suele tramarse el afecto) se imponen por sobre las banderías políticas.

Mariquita siente una sana envidia de la vida de los Guido en la corte (ella, con padecimientos económicos a los que no está acostumbrada y con los suyos dispersos por el mundo por casamientos o exilios). "Nas suas memórias descreve Josefina Neuville os costumes da família [Guido], em banhos de mar na praia paradisíaca [de Copacabana], os rapazes a tocarem flauta pelos caminhos, como gregos, a menina prometendo reproduzir os traços maternos".¹⁴⁵ Veinticinco años después, el mismo Carlos Guido y Spano, en su *Carta confidencial*, recordará la vida en contacto con la naturaleza deslumbrante del trópico y, abonando un lugar común en la descripción de maravillas, lamentará no contar con más talento para pintar lo que lo rodeaba:

"Te puedo asegurar que viví largo tiempo como un mono, sólo en la espesura, alimentándome de fruta. No por carecer de otros regalos; podía encontrarlos en mi casa, en donde había cierto fausto propio de la alta posición de su jefe. A más, andando el tiempo, y rayando ya en juventud, de vuelta de mis excursiones montesinas, frecuentaba yo la mejor sociedad, de que era núcleo principal el salón de mi madre, asistiendo con frecuencia a las tertulias, los bailes, los espectáculos públicos".¹⁴⁶

Los Guido vivían en el número 20 de la Rua Matacavalos, antigua calle de quintas de familias acomodadas, donde el enviado de Rosas se instaló a poco de llegar a Río de Janeiro. La casa, como le cuenta con entusiasmo a su mujer, quedaba "entre la ciudad y el Catete, al pie de la montaña de Santa Teresa, en

¹⁴⁴Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Puerto de Montevideo, 2 (difícil de leer en el original) de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁴⁵Josefina Neuville, *Memória de minha vida*, I, pp. 40-48, citado por Pedro Calmon, *História de Pedro II*, tomo I, p. 372 y tomo II, p. 430. ¿Esa vida como griegos que testimonia Josefina Neuville habría anunciado algunas elecciones estéticas del poeta Carlos Guido y Spano?

¹⁴⁶Carlos Guido y Spano, *Carta confidencial*, pp. 23-24. Sobre la experiencia personal y los lazos intelectuales que creó Carlos Guido en el Brasil me detendré en la Tercera parte, al tratar la situación de los hijos de la generación rosista y antirrosista. Pedro Calmon también hace mención del salón de la casa de Tomás Guido, conducido por su esposa (en *História de D. Pedro II*, tomo segundo, p. 430).

una calle de la vecindad más lucida".¹⁴⁷ Tenía jardín y caballeriza, y alrededor de 16 habitaciones, aparte de los cuartos principales; y desde el escritorio de José Tomás y Daniel se veía uno de los telégrafos que anunciaban la entrada de los paquetes a la ciudad, detalle interesante para quien vive fuera de su patria y espera correspondencia, porque —a pesar de su vocación diplomática y de no ser (como algunos de sus allegados) un exiliado— siente "[e]l continuo recuerdo de mi extranjería en este país".¹⁴⁸

Guido decide conservar la vivienda que había ocupado Manuel de Sarratea, quien lo precedió en el puesto, y logra detener el remate de muebles que iba a realizarse, para tener opción a comprar él mismo aquellos con los que se quedaría. Acomodar la casa de acuerdo con su posición resultó oneroso, demandando siempre el doble de lo que hubiera costado en Buenos Aires. Tomás Guido, que es un hombre de mundo, sabe observar detalles rápida y provechosamente, por lo que le pide a su mujer que —para el final del verano— le mande la alfombra de tripe, previniéndole que si su cuñada (Nieves Spano, la hermana de Pilar) no lo cree conveniente, le diga "que empezando por el Palacio del Emperador, he visto alfombradas de tripe todas las salas de los ministros extranjeros: que ciertos usos se han refinado en la alta clase, y que no es el Janeiro que conoció en 1830, aunque quede todavía mucho de aquella época".¹⁴⁹

III Salas de recibo rioplatenses en Río de Janeiro

El fin de las sucesivas regencias que gobernaban en nombre del pequeño emperador, dado por la declaración de la "maioridade" y finalmente por la coronación de Pedro II, significa un relanzamiento para la actividad social de la ciudad donde reside la corte, a la que el gobernante le va imprimiendo una marca más personal a medida que va haciéndose adulto. Desde 1842 se destaca en Río de Janeiro el salón del marqués de Abrantes, en el barrio de

¹⁴⁷Carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 21 de julio de 1841 (en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

¹⁴⁸Carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841 (en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

¹⁴⁹Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841 (en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

Botafogo, frecuentado por hombres de letras, como el "poeta de salón" Maciel Monteiro ; y, además de los bailes, se organizaban "saraus", que terminaban antes de la medianoche.¹⁵⁰ Las visitas, por otra parte, también formaban parte importante en la agenda social de los cariocas y "mobilizavam toda a família (e mesmo os serviçais escravos)".¹⁵¹ *Baile, noitada, sarau, salão*, días de recibo. Toda familia de cierto nivel económico solía abrir a sus allegados la sala de la casa, donde se jugaba (al *pilha-três*, al *voltarete*, al *gamão*, al ajedrez, al whist, a las prendas, al juego "do amigo ou amiga e do lenço queimado"),¹⁵² se bailaba, se cantaba, se ejecutaba algún instrumento, se recitaban poesías y donde algún *repentista* glosaba un mote. Pero, en el Brasil de mediados del siglo XIX, esta sociabilidad se manifestaba no sólo en el entretenimiento de salón, sino también en el comedor:

"Era nas mesas, nos grandes pratos cheios de gorda carne de porco com feijão preto, de pirão —espécie de pudim oleoso [...]— de canjica, de pães doces, de doces, de bolos e de sobremesas frias, que os brasileiros mostravam sua melhor hospitalidade

¹⁵⁰Cf. Brito Broca, "«Salões» e «salas» do Romantismo", en *Românticos, Pré-Românticos, Ultra-Românticos*, pp. 80-81; y José Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, pp. 116 y 308, que aporta datos a partir de las cartas de la esposa y de la hija del general Callado.

¹⁵¹Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 66. Más acotado y discreto que el traslado de la sociedad cortesana para instalarse donde el príncipe o el rey fijaran su residencia temporaria, el mecanismo es similar. Norbert Elias subraya la facilidad de reinstalarse que tenía la nobleza al contar con un numeroso personal de servicio. Cuando se piensa en argentinos de las élites culturales o económicas del siglo XIX en tránsito por el mundo, hay que pensar siempre que —se los mencione o no en las cartas o en los diarios íntimos— hay criados que se movilizan con ellos; hecho que, a pesar de los esplines del exilio, les permite recomponer el mundo doméstico fuera de la patria, si no con facilidad, al menos con cierta ayuda. Así lo hacen Mariquita, que planea irse a Río con Mariana, una criada suya de Buenos Aires, o la familia Guido. También, claro, contratan nuevo servicio en el lugar de residencia. Tomás Guido escribe: "me he quedado con la negra que servía al Sr. Sarratea, como encargada de cuidar y de aplanchar [sic] la ropa, y con un criado inteligente para los mandados, mientras los míos se imponen del mercado. Desde mañana un nuevo criado se encargará de la cocina" (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 21 de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Le informa también a su mujer que, si el servicio no quisiera embarcarse, puede irse sin criada, porque en Río abundan. De todos modos, en alguna oportunidad dirá que extraña a la cocinera que tienen en Buenos Aires, porque "acá no hallo quien me guise a mi gusto; y tengo que acomodarme a lo que hay. Na María podría regentear una cátedra entre los malditos negros, que aquí se llaman cocineros", dice despectivo (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). La marca de clase se confirma cuando, aun alabando las bondades de la criada que él ha tomado, que es trabajadora y honrada y "ha pertenecido a una casa decente", duda porque "no sé si sería buena para servir a la mano de una señora" (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 12 de octubre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Trataremos la posición de los argentinos frente a la esclavitud en la Tercera parte.

¹⁵²Cf. Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 111.

patriarcal. [...] Em muitas casas, as sobremesas eram preparadas pela própria sinhá-dona que, também com as próprias mãos, servia os pratos.¹⁵³

El salón propiamente dicho —que no la sala de recibo—, en cambio, implicaba (como veremos) ciertas cualidades particulares por parte de su anfitrión o anfitriona. Brito Broca establece la diferencia entre la sala, más íntima y familiar, y el salón, más en consonancia con formas de la vida pública, enfatizando el *requinte* (refinamiento) de los salones literarios de la nobleza brasileña, muchos de cuyos integrantes se habían educado en Europa: "durante o Romantismo a «sala» desempenhou uma função não somente recreativa, como cultural em nossa pequena burguesia".¹⁵⁴ Lilia Moritz, que sigue a Wanderley Pinho, dice que los *salões* y *saraus* fueron no sólo sociales sino políticos y, en este sentido, resultan menos literarios que los franceses, hábito que les viene perfecto a los rioplatenses desterrados o en misión política en el Brasil, ya que está en consonancia con el tipo de preocupaciones que concentran su atención durante el rosismo, como en el caso de Mariquita Sánchez o de José Mármol o de los jóvenes Guido o del propio enviado de Rosas. La vida mundana y refinada de la corte brasileña conforma a tirios y troyanos: a exiliados y a diplomáticos, a rosistas y a antirrosistas. A la familia de Tomás Guido y a la de Andrés Lamas, enemigo de Rosas y agente fundamental

¹⁵³Gilberto Freyre, *Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, Recife, Inst. Joaquim Nabuco de pesquisas sociais, Ministério de Educação e Cultura, 1964, pp. 112-113. Solía entregarse al invitado, además, una casaca liviana de lino o seda, para que usara durante la comida, en lugar de la que traía puesta. El gesto hospitalario al que alude G. Freyre no era privativo del Imperio brasileño, lo que puede comprobarse en las costumbres de la casa de Rosas, donde las negras pasan los platos que sirve Encarnación (cf. Sánchez Zinny, *Manuelita de Rosas y Ezcurra*, p. 58). Hay otra escena argentina en la que es la propia anfitriona la que sirve: en la casa de Mariquita, en Buenos Aires, cuando la familia quería intimidad con los invitados, se servían de una mesa a la que llamaban el "paje mudo", que contaba con una serie de bandejas superpuestas, para evitar la presencia de los criados y los riesgos de delación (sobre lo que se trató en "Correspondencias"). Cuenta un extranjero que ha visitado Palermo: "La costumbre del país es que la señora que se sienta al lado izquierdo del caballero, se hace un deber personal de mantener su plato constantemente servido con manjares, sin permitirle retribuir la cortesía. Tardó algo para que nuestras ideas de urbanidad nos permitiesen someternos a un orden de cosas tan contrario a nuestras ideas de galantería; pero encontrando al fin que era inútil la resistencia, y que se contestaba a nuestras observaciones, *no, señor, no!* es la costumbre del país, nos sometimos a ser provistos por las lindas manos a nuestro alrededor" (en *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, tomo II, primera serie, N° 19, 21 de junio de 1845, pp. 224). Son los *modos nacionales* del protocolo social.

¹⁵⁴Cf. Brito Broca ("«Salões» e «salas» do Romantismo", p.82), quien sigue lo que anota França Júnior en un artículo del 24 de noviembre de 1867 publicado en el *Diário Mercantil* para el tratamiento de algunos salones del siglo XIX.

en la conformación de la alianza con el Brasil para derrotarlo en Caseros; lo que confirma (nuevamente) que —en determinadas circunstancias— es la pertenencia a una élite cultural, económica o social, antes que la ideología política, la que unifica usos y costumbres (aunque a veces no promueva una sociabilidad directa, como en este caso, en el que hasta existió una evidente confrontación personal entre ambos representantes, porque fueron las presiones de Guido sobre Pedro II las que impidieron, durante años, el reconocimiento oficial por parte del gobierno del Brasil de la misión del uruguayo.¹⁵⁵

Pese a que José Tomás no hace ninguna alusión directa al papel de su madre en el salón de la casa de Río de Janeiro (como sí su hermano Carlos), en sus *Recuerdos del Janeiro* quiere dejar constancia, no tanto de los *habitués*, como de los "más notables que sólo vi de paso": Bernardino Rivadavia, el general Pueyrredón, Fructuoso Rivera, y hasta el mismísimo Florencio Varela, que moriría por encargo de Rosas, a quien el padre del memorialista representaba. Cuenta, además, que Juan Bautista Alberdi, "me refería sus impresiones de la Suiza, no menos vivas que las de Rousseau", seguramente ensayando con su narración los efectos que trataría de producir con la

¹⁵⁵A fines de enero de 1848, Guido le comenta a su esposa (que ha salido de Río, de viaje) la aceptación oficial de Lamas como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay, que tuvo lugar el 29 de enero de 1848, acotando que —poco antes de que el emperador partiera hacia Petrópolis— "fue recibido el tal Lamas, entre gallos y medianoche" (Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 30 de enero de 1848, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2019). En 1888, veintidós años después de la muerte del general argentino, Andrés Lamas le traza a Carlos Guido y Spano, en un tono muy respetuoso, un cuadro sobre cómo había sido la relación que lo desunió con su padre: "Durante la residencia del señor General D. Tomás Guido en Río Janeiro, las posiciones diplomáticas que respectivamente ocupábamos no me permitieron cambiar una sola palabra con el ilustre Padre de Ud.; pero cuando en los actos colectivos del Cuerpo Diplomático me encontraba con él, llenaba, silenciosamente, pero sin violencia, los deberes de la cortesía oficial y social, y cuando en el desempeño de mi cargo, a su persona me refería, le guardaba los respetos muy sinceros que me inspiraba un prócer de la independencia sud-americana". Reconocía en él, no sólo a una figura equivalente a San Martín o a Brown, sino también al garante de la independencia uruguaya, como comisario argentino para el cumplimiento del artículo 7º del tratado de Paz con el Brasil de 1828. De acuerdo con el testimonio de Lamas, al trasladarse ya éste a Buenos Aires en 1862, había sido Guido una de las primeras visitas que recibiera, y éste le había manifestado que se alegraba de poder saludar al "joven diplomático que había tenido por adversario" y con quien le habían estado vedadas las relaciones personales en Río de Janeiro (carta de Andrés Lamas a Carlos Guido y Spano, Buenos Aires, 22 de agosto de 1888, en *Papeles de Guido*, pp. 383-385). En el libro que editará en 1908, Pedro Lamas —el hijo de Andrés— será, no irrespetuoso, pero sí más duro con la figura del representante de Rosas, ajustando cuentas —además— en una compulsa entre argentinos y orientales.

publicación de sus impresiones de viaje.¹⁵⁶ Sabemos que Mariquita Sánchez y José Mármol eran habitués (aunque el caso del escritor merece una explicación más larga, que daremos en la Tercera parte), y que Juan María Gutiérrez también estuvo en esa casa alguna vez, no siendo impensable que también la antirrosista Juana Manso, que impulsó a Mármol a trasladarse a Río, haya participado alguna vez de ese salón aunque no simpatizara con el general argentino. Es probable que Sarmiento no haya pasado por allí, porque habría algún registro de ello, como lo hay de sus visitas a la casa de los Lamas.¹⁵⁷

¿Cómo sonaban las voces de esa sala de recibo? Habría, obviamente, sonidos lusitanos, fruto de los vínculos de Guido con la sociedad brasileña, algunos de los cuales los había cosechado en las anteriores misiones, por lo que al llegar en 1841 se alegra de encontrar "entre los ministros de Estado mis antiguas relaciones, el marqués de Paranaguá, y José Clemente Pereyra, que me recibieron con abrazos".¹⁵⁸ También se oirían conversaciones en francés o inglés, debido a las excelentes relaciones que Guido mantenía con muchos enviados europeos, como con Mr. Hamilton, el enviado de la reina de Inglaterra; o a las que juzgaba conveniente mantener, como el caso del ministro de Austria, ya que —al representar al gobierno del tío de Pedro II—podía resultarle un contacto directo con el emperador.

¹⁵⁶Recordemos que el salón era un ámbito privilegiado para probar los efectos que producían los textos que los escritores estuvieran procesando, como lo demuestra el caso de Madame de Staël que se mencionó más arriba.

¹⁵⁷Hay una carta de Juana Paula [tiene que ser Manso] a Mármol, fechada en Río de Janeiro el 25 de julio de 1842. Mármol ya le ha hablado de ir a Río de Janeiro. Le cuenta sobre el Brasil, el Emperador y la política, del casamiento (que se prepara) para Pedro II, de Daniel [¿Guido?] y le habla mal de Tomás Guido. A pesar de que no intimaban, hay indicios de que Juan María Gutiérrez concurrió a alguna reunión en casa de los Guido en Río de Janeiro o, al menos, de que se encontró con él, porque al partir hacia Chile es portador de una carta que el representante de Rosas le envía a Alberdi, a quien sí parece unirle un lazo más estrecho (ya que lo conoce desde Buenos Aires, como le aclarará a Sarmiento cuando polemicen). Por otro lado, el amigo en cuya casa Gutiérrez recibe la correspondencia (y donde probablemente se hospede durante su breve residencia en Río de Janeiro, de paso entre Río Grande do Sul y Santiago de Chile), el médico oriental Teodoro Vilardebó, es habitué de la casa de los Guido, y es posible que por su intermedio —y por el de Mármol— Gutiérrez se haya relacionado con la familia del representante de Rosas). Ya lejos de las luchas entre rosistas y antirrosistas, Gutiérrez sabrá reconocer en Guido, de todos modos, a un patriota honorable, "a pesar de toda distancia y alejamiento" entre ellos. Alberdi fue, en cambio, más categórico al expresarle a Guido, mucho antes de Caseros, sus "sentimientos antiguos de adhesión por Ud.; sentimientos, me permito decirlo, que ninguna alternativa política marchitará" (cartas de Juan María Gutiérrez (3-9-1854) y de Juan Bautista Alberdi (30-5-1845) a Tomás Guido, en *Papeles de Guido*, pp. 282 y 265, respectivamente.

¹⁵⁸Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 21 de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¿Y cómo era, cómo se desenvolvía en los salones el representante argentino ante la corte? A comienzos de su vida pública en Chile, como enviado de confianza del general San Martín, Tomás Guido ya se mostraba muy cortés y aprendiendo —iniciándose en— el trato protocolar. Un extranjero lo describe, en esa época,

"literalmente, [como un] hombre pequeño, grave, cortés y ceremonioso, con una expresión de rostro entre mística y diplomática. Habla con voz muy apagada y ceceando, hace largas pausas, cuidado y prevenido a veces, en tono de misterio y con frecuencia en tono confidencial. En ocasiones parece advertir que se ha descuidado y se detiene en mitad de la frase. Estoy seguro de que podría contar mucho si quisiera y si no tuviera temor en hacerlo".¹⁵⁹

Hacia el final de su vida, ya con una carrera militar, diplomática y política hecha, la figura del general Guido gana en seguridad y Vicente Gil Quesada lo ve como un gran orador, "[d]e palabra fácil, el metal de la voz era claro y armonioso; pronunciaba muy bien los vocablos, no se precipitaba". ¿Guido había aprendido? ¿O es la mirada afectuosa de Quesada la que lo mejora? ¿O acaso la tradición nacional, que está empezando a forjar su olimpo? Si seguimos el testimonio del viajero extranjero, para cuando Guido estuvo en el Brasil —en la década de 1840— es conjeturable (todavía, quizás para siempre) un ceceo también en la pronunciación del portugués; aunque seguramente, en el salón de su casa y en las reuniones protocolares de la corte carioca, ya habría empezado a poner en práctica la amenidad, la gracia y el arte de la galantería y de la conversación, que les resultaría tan atractivo a "las señoras elegantes".¹⁶⁰ Todo lo contrario del discreto Juan María Gutiérrez, que si bien tenía talento para la conversación, y era chispeante y jocosos (aunque siempre sobrio), "[n]o ponía los pies en bailes ni salones": apenas si concurría a las reuniones de Mariquita en su exilio Montevideano, debido a su habitual recato.¹⁶¹

¹⁵⁹Jean Adam Graaner, *Las provincias del Río de la Plata en 1816*, citado en José Luis Busaniche, *Estampas del pasado*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1971, tomo I, pp. 267-268.

¹⁶⁰Victor Gálvez (Vicente Gil Quesada), *Memorias de un viejo*, citado en Busaniche, *Estampas del pasado*, tomo II, pp. 326-327.

¹⁶¹Juan Bautista Alberdi, "Juan María Gutiérrez", en *La Biblioteca*, Buenos Aires, 1996-1998, tomos 3-4, pp. 173 y 178. Será de una de las *soirées* en casa de Mariquita en Montevideo que Alberdi y Gutiérrez lograrán salir para Europa, dejando atrás las *incomodidades* que les ocasionaba a ambos el Sitio Grande. A la reunión habían concurrido oficiales de la marina

Seguramente se hablaba de política en el salón de los Guido en la Rua Matacavalos. Pero eso no satisfaría completamente las necesidades de los contertulios opositores, ya que difícilmente pudiera tomarse ése como el espacio más adecuado para que se entendieran sin esfuerzo los que pertenecían a la misma tradición cultural y económica, pero también ideológica (que es lo que caracteriza a los "círculos" a los que tanto alude Mariquita en cartas a su familia o a amigos, como Alberdi). Podía resultar impertinente lamentarse por la patria perdida en el salón de la Legación argentina, frente al representante de Rosas, hábito natural —y fomentado— en la casa de los Lamas. Pedro Lamas describe la tertulia del "«Club» de caballeros" que se reunía en la Legación oriental, que se armaba

"con los orientales y argentinos, residentes o de paso [...] donde se comentaban las noticias con el interés natural de gentes que veían acercarse el momento de regresar a sus casas «embargadas», de contribuir a la reorganización del país, arruinado, desquiciado después de tan larga y nefasta tiranía".

Son *círculos* que encuentran sus formas masculinas y femeninas, porque también "se congregaba alrededor de mi madre otro [club] de señoras expatriadas, desterradas forzadas o voluntarias, de Montevideo como de Buenos Aires, que habían huido los peligros del sitio como los horrores de la mazorca".¹⁶²

Claro que Mariquita nunca pudo haber concurrido a este salón porque ella se va de Río en marzo de 1847 y los Lamas se instalan allí a fines de ese año; pero el funcionamiento de la legación oriental en Río de Janeiro ("en una casa quinta de la *rua da Pedreira da Gloria*, cerca del *Catete*") puede compararse con el de algunas casas que la propia Mariquita frecuentaba en su exilio Montevideano, en las que se reunían los opositores a Rosas.¹⁶³ Como en los

francesa, entre los que lograron "mezclarse" (p. 179). Es necesario aclarar, por otra parte, que tal vez no sean sólo el retraimiento o las posibles prevenciones respecto del ministro de Rosas ante la corte brasileña lo que le impidió a Gutiérrez participar de las reuniones sociales en el salón de Pilar Guido en Río de Janeiro, sino el hecho de haber permanecido muy poco tiempo en Río, como dijimos.

¹⁶²Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 105-106 y 106, respectivamente.

¹⁶³Al llegar a Río, los Lamas se ubicaron en "una propiedad antigua, situada al borde del mar, sobre un pequeño promontorio, al pie de la Gávea" (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 17), para mudarse finalmente a la casa del Catete. Al "club" de mujeres (término que debe ser entendido en un sentido laxo y no con las restricciones del club inglés, aunque es probable que las reuniones masculinas tuvieran algunos de los rasgos que caracterizan a éste, según lo propuesto por Karl Mannheim, en "El problema de la «intelligentsia»", pp. 197-200) sí concurrió

salones de Europa desde el siglo XVII, en esas reuniones en casa de los Lamas se comparte correspondencia, no tanto amorosa como política,

"pues [los días que llegaban vapores de Montevideo] cada *habitué* traía sus cartas, contribuyendo con sus noticias e impresiones propias a la animación de aquellos patrióticos conciliábulos.

Después de Caseros se deshizo aquella tertulia, no volviéndose a encontrar en la vida muchos de aquellos íntimos, entonces identificados por palpitaciones comunes que se reunían bajo nuestra bandera, en aquella casa, situada en lo alto de donde se divisaba la extensa y maravillosa bahía".¹⁶⁴

Es la lucha común lo que aglutina y propone un objetivo que los mantiene unidos y activos, como lo demuestra el bloqueo estético que padecerá José Mármol tras la caída de Rosas, que marca el fin del proyecto literario del escritor, quien — pese a las promesas— nunca completará la trilogía que *Amalia* iba a formar con *La Agustina* y *Las noches de Palermo*, y se pasará el resto de sus años dándole vueltas a la edición de las poesías ya producidas. La pasión política parece alimentarse con el obstáculo, como la pasión amorosa.

IV Sociabilidad unitaria y sociabilidad federal

Para el caso de la sociabilidad de argentinos u orientales (aun la que se da en el ámbito de la corte brasileña), el salón como institución profundiza el carácter privado que ya había ganado en Europa con la burguesía (por oposición al ámbito de influencia de la corte, en relación con la cual se había generado); y

la viuda de Florencio Varela, "la matrona que todos conocen y respetan, que había llegado a Río, con sus once hijos, después de haber salvado [sic] milagrosamente de un naufragio en las costas de Río Grande. Años más tarde, ya en Buenos Aires, contrajo matrimonio, en segundas nupcias con mi tío el Dr. Andrés Somellera, hermano de mi madre" (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 106, y cf. también p. 240). (Sobre la familia Varela, que ha vivido en el Brasil, trataremos en la Tercera parte). De todos modos, no parece que Mariquita haya simpatizado demasiado con Andrés Lamas (al menos al comienzo de su exilio en Montevideo), a juzgar por los comentarios que hace de él en el diario para Echeverría (cf. *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 395).

¹⁶⁴Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 106-107. En los salones del siglo XVII era usual que las cartas fueran *materia* de conversación, como se ve en el famoso caso de las *Cartas Portuguesas* atribuidas a la pasión de la religiosa Mariana Alcoforado por un caballero. Una de las hipótesis es que Guilleragues, quien pasa por su autor (en un problema teórico interesantísimo sobre la cuestión de la autoría y las literaturas nacionales), haya conocido las *verdaderas* cartas (o similares) porque se leían y sobre ellas se conversaba en los salones.

el de Mariquita Sánchez en Buenos Aires cumplía —con la perfección de la *mimicry* (y con todas las implicancias del desajuste que esto implica)— con las características básicas que le asigna Karl Mannheim al salón clásico burgués.¹⁶⁵ El lugar de reunión es íntimo, y en él desarrolla su influencia la señora de la casa; prima la conversación en este reino del amor platónico hacia la anfitriona, y el papel de las mujeres es prominente. El salón funciona como mediador entre la vida y la literatura; y propicia la difusión y la interacción cultural que, si en la modalidad rioplatense no llega a ser tan importante como cámara de intercambio y mercado de los productos de los escritores independientes de la que habla Mannheim para el caso del Viejo Mundo, también sirve —de todos modos— como "ascensor" social.¹⁶⁶

En el salón se aprenden formas de civilidad. Por eso, guía empeñosa de los hombres de la generación de su hijo, Mariquita no duda en darle indicaciones sobre modos sociales de relación a su amigo Esteban Echeverría. Está particularmente interesada en que éste entre en contacto con Johann Moritz Rugendas, ya que el pintor bávaro, "a quien ha visto usted en casa de Pepita [en Montevideo], habría tenido mucho gusto de conversar con usted, pero como no hay nada más difícil que hacer apartes en nuestra sociedad, porque ignora los placeres de la libertad social, se quedó muy calladito"; cosa que no sucede con ella, que tiene "el placer de hablar con él de todo y me ha contado que ha hecho dos cuadros, tomando sus *Rimas* de usted por objeto".¹⁶⁷

La educación mundana —y probablemente también la sentimental— de Juan María Gutiérrez se desarrolló de la mano de Mariquita Sánchez, ya que —como evoca su entrañable amigo Alberdi—

¹⁶⁵Para el concepto de *mimicry*, cf. Homi Bhabha, "Of mimicry and man: The ambivalence of colonial discourse", *The location of culture*.

¹⁶⁶Karl Mannheim, "El problema de la «intelligentsia»", pp.195-197. Debido a que, en su gran mayoría, los salones eran conducidos por mujeres, parece ser un pacto tácito que debe evitarse el amor-pasión, porque eso podía marcar el fin del cortejo y de la galantería —platónicos— que tienen a la anfitriona como centro, al desalentar la circulación de contertulios. En el caso rioplatense, en relación con el platonismo de las relaciones, hay excepciones (como no faltaron obviamente en los salones de Europa, por otra parte, haciendo de ese principio una postulación más teórica que realista): se suponen sendos romances de Mariquita Sánchez, viuda de Thompson y esposa de Mendeville, con Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría que bien pudieron originarse en esas reuniones.

¹⁶⁷Carta de Mariquita Sánchez a Esteban Echeverría, 19 de abril de 1845. La carta se reproduce completa en María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, p. 204; y parcial(censurada)mente en los libros de Dellepiane y Vilaseca (quien, además, la fecha el 17 de abril), y en Bonifacio del Carril, "«El malón» de Rugendas", en Esteban Echeverría, *La cautiva*, con dibujos de Mauricio Rugendas, Buenos Aires, Emecé, 1966.

"madama de Mendeville ha sido la segunda madre de Gutiérrez en su instrucción intelectual y social. En el espíritu y buen gusto, en la cultura del trato, en sus maneras europeas de buen tono, en su gusto por lo simple, elegante y distinguido, en su amor al progreso de nuestra cultura argentina, eran la madre y el hijo en lo parecidos".

Pero como Gutiérrez "no frecuentaba sus salones, que eran los del mejor tono en Buenos Aires", debido a su carácter reservado, el joven ha tenido el privilegio de la atención personalizada, gracias a la cual obtuvo las herramientas que, en general, sólo la sociabilidad podía dar. Alberdi, que era además músico y ciertamente más aficionado a la diversión, lamentaría incluso que tampoco participara mucho del salón que Mariquita dirigía durante su exilio en Montevideo, que el tucumano recuerda como "el centro del mundo político y diplomático", una "escuela rica de enseñanza para un joven publicista"¹⁶⁸.

Es verdad que, como apunta Jorge Myers, para la modesta vida social de Buenos Aires (y podemos ampliarlo al Río de la Plata) es más pertinente hablar de tertulias, antes que de salones a la usanza francesa.¹⁶⁹ Pero me interesa resaltar el hecho de que, en el deseo de parecerse al modelo europeo, los propios protagonistas (en general, los antirrosistas) hacen uso de la palabra

¹⁶⁸Juan Bautista Alberdi, "Juan María Gutiérrez", pp. 174 y 178, respectivamente. En la Cuarta parte retomaremos una cuestión central: la educación por el exilio, y en ese sentido las reflexiones de Alberdi sobre la cuestión serán fundamentales. Respecto de la importancia que éste le adjudica al salón de Mariquita en Montevideo, hay que decir que pese a que se mantiene la vida social allí ("Decile al Barón, que si te dice dónde compró la cintita morada con que ató el pañuelo, y me mandas dos varas. Con lo que tengo, compondría un bonete bien pero esto no es antojo: mis dos bonetes de cinta están ya sucios porque aquí se recibe todo el día", en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.103-), la escasez económica, los peligros generados por los combates entre los sitiadores y los sitiados y algunos problemas de salud restan ánimo festivo a los comentarios que la exiliada le hace a su hija en la correspondencia. Es probable que, con la distancia temporal (el artículo se escribe en 1878, a raíz de la muerte de Gutiérrez), Alberdi magnifique el esplendor. Sí es cierto, de todos modos, que Mariquita cuida la decoración de su sala de recibo, porque en Montevideo "me visita cuanto hay de notable", como le dice a su hija en diciembre de 1845, al pedirle que le envíe la alfombra de la "salita" de Buenos Aires (carta de Mariquita a Florencia, Montevideo, 19 de diciembre de 1845, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.114). Cristina Iglesia postula una "memoria de menaje" en relación con los pedidos, los cuidados y el recuerdo que Mariquita mantiene, desde el exilio, de los muebles, adornos y objetos de su casa de Buenos Aires (cf. "Contingencias de la intimidad: reconstrucción epistolar de la familia del exilio", en Fernando Devoto y Marta Madero [directores], *Historia de la vida privada en la Argentina, tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 211-212).

¹⁶⁹Jorge Myers, "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la élite porteña, 1800-1860", en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 119.

"salón" para referirse a esos espacios de las casas de la élite porteña en la que tenían lugar las reuniones sociales. Así como en el caso brasileño hay diferencias entre los saraos y los bailes porque, por ejemplo, aquellos terminan mucho antes de la medianoche, es más adecuado reservar —más que el término— el concepto de "salón" para las grandes recepciones, más protocolares, menos domésticas, realizadas en ocasión de fechas o episodios políticos o culturales más significativos, a diferencia de las visitas sociales habituales, para las que se abren las salas de recibo de las casas.¹⁷⁰ En el caso de Mariquita, la fastuosidad de su residencia de la calle Empedrado alimenta el parecido con el modelo europeo, tal como vimos en la descripción de Vicente Fidel López. No resulta desacertada la diferencia que Antonio Dellepiane establece entre diferentes modos de la sociabilidad de la época:

"Si ha habido alguna vez un salón en Buenos Aires, ése fue, seguramente, el de doña María Sánchez. Ninguna dama argentina, ni antes, ni después de Misia Mariquita, reunió, como ella, las calidades necesarias para formar y tener un salón, lo que, como no ignoráis, es algo bien distinto de ofrecer recepciones, más o menos selectas y fastuosas, como en un club, o dar banquetes, más o menos bien servidos, como en un hotel, u organizar partidas de juego, más o menos interesantes o interesadas, como en un casino".¹⁷¹

¹⁷⁰Hecha la salvedad acerca de los conceptos y de los términos "salón" y "tertulia", usaremos durante el presente trabajo la palabra "salón" aun para el ámbito americano, y con la palabra "tertulia" aludiremos a las reuniones sociales en general, incluso a las que tienen lugar en el salón de Mariquita.

¹⁷¹Antonio Dellepiane, *Dos patricias ilustres*, p. 49. En una versión más doméstica que la de Mannheim o de los estudiosos de los salones europeos, Dellepiane da con el tono justo para describir las funciones que deben cumplirse y que se ajustan, en este caso sí perfectamente, a la *salonnière* vernácula: "Hay quienes presumen ser cosa sencilla y fácil tener y dirigir un salón, sin sospechar siquiera los dones infinitos y variados talentos que el cargo demanda. Unid una amabilidad ilimitada y a prueba de desvíos, el arte de conquistar amigos y de conservarlos; de cautivar voluntades y de retenerlas; de calmar vanidades irritadas; de soportar y guardar confidencias. Agregad el don de simpatizar con las penas y contrariedades de los demás; de compartir sus triunfos, interesarse en sus éxitos, convivir sus ilusiones y esperanzas. Agregad, todavía, un ánimo siempre dispuesto a poner los medios y el influjo propios al servicio de los otros; a reconocerles sus virtudes y a perdonarles sus defectos; a derrochar ingenio, en todo instante; para que cada uno de los invitados se encuentre, bajo nuestro techo, cómodo y complacido, dado que, recibir a alguien, como se ha dicho atinadamente, es encargarse de su felicidad mientras se le hospeda" (pp. 49-50). Estas características pueden trasladarse a nuestra otra *salonnière* americana: Pilar Guido. En la Conclusión, retomaremos el problema del exilio en relación con la hospitalidad, que amplía —de algún modo— hacia la nacionalidad el concepto de sociabilidad.

De nuevo: más que la adecuación exacta del término a la forma, es la asimilación de la práctica vernácula al modelo, en la tradición nacional que han ido construyendo los propios contemporáneos de Mariquita Sánchez, lo que nos interesa resaltar. En Buenos Aires, las tertulias propiamente dichas tenían lugar entre las ocho y las doce de la noche y, si se prolongaban, podían terminar a las tres o cuatro de la madrugada. Entre los concurrentes solía haber visitantes extranjeros, muchos de los cuales han dejado registro de los usos y costumbres sociales de la ciudad en sus libros de viaje. Se ejecutaban piezas al clavicordio o al piano, y se cantaba; también se tomaba mate, cebado por las criadas negras.

Pero la *civilité* —o, menos ceremonial, la *politesse*— también se encuentra en la barbarie, *malgré* la civilización. Y no sólo había sociabilidad en las familias antirrosistas, sino también en las adeptas al régimen. En ese sentido, las diferencias de interacción social o los modos de pasar el tiempo libre no difieren significativamente, en principio, salvo por hábitos personales o estamentarios, antes que políticos. Así, en algunas salas de recibo de Buenos Aires se jugaba al tresillo, a la malilla, al chaquete. Lucio V. Mansilla, el sobrino del Restaurador, cuenta que en algunas "casas de fuste (*high-life* ahora)", como la suya propia o la de Tomás Guido, solían entregarse títulos de propiedad como garantía de pago; pero que no se jugaba en la casa de ningún Rozas (lo que no contradice lo anterior, ya que el padre y la madre de Mansilla, aun sin estar separados, no vivían en la misma casa), ni de otros federales como Arana o Anchorena.¹⁷² En relación con la higiene elegante, se sabe que el "costurero" de Agustina Rozas de Mansilla (así llamaba la familia a su "salita de confianza") solía estar sahumado porque su dueña era afecta a los perfumes, pero no era inusual que ocurriera lo mismo con otras salas de recibo porteñas.

Al renombrado salón de Pilar Spano de Guido en Buenos Aires asistía Mariquita Sánchez, antes de exiliarse, pero también la mujer de Felipe Arana (Pascuala Beláustegui) y la misma Manuela Rosas. Tomás Guido, conciente del

¹⁷²Lucio V. Mansilla, *Mis memorias (Infancia-Adolescencia)*, Buenos Aires, Hachette, 1955, p. 148, subrayado en el original. En su estudio sobre el teatro en la época de Rosas, Raúl Castagnino sostiene que la considerada "nueva aristocracia", que llena el teatro de la Victoria luego de que las familias unitarias han abandonado la sociabilidad pública a causa del destierro, el luto o el miedo, no es —como habitualmente se simplifica— un grupo de *parvenus* ni de rascacueros, "puesto que habla familias federales tan antiguas, de tanto prestigio y abolengo, de tanta aristocracia como la que más: tales las de Riglos, Pacheco, Ezcurra, Vera, Dorrego, Achával, Guido, Anchorena, Terrero, etc." (Raúl Castagnino, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas [1830-1852]*, Buenos Aires, Comisión Nacional de cultura, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, 1944, p. 62).

valor y del uso —o del valor de uso— político de la *politesse*, instruiría a su mujer desde Río:

"A pesar de lo que me dices, visita a Manuelita. Esta joven amable, sin apercibirse de la inconstancia de las cosas humanas, la [sic] cuesta salir de la nube de incienso que la cerca; pero es menester no olvidar que debo al Sr. Don Juan Manuel la grata misión en que estoy, a más de los favores con que me ha distinguido siempre; y que esta circunstancia justifica la excepción que te recomiendo. Con cualquiera [sic] otra persona te pediría sostuvieses los derechos de tu posición.

Escribiré a misia Pascuala. Esta excelente señora siempre se ha mostrado conmigo consecuente, y la he visto, con infinita complacencia mía, hacerte distinciones que no has recibido de ninguna otra persona de su círculo",¹⁷³

Las cartas posteriores dejan ver que Pilar ha cumplido con el pedido de su marido, porque les manda por su intermedio saludos a Manuela o a doña Pascuala. Guido se muestra satisfecho de la relación social que su mujer ha aceptado mantener con las mujeres federales y que él alimenta con regalitos que envía desde Río, no demasiado ostentosos porque todo es caro en la ciudad tropical, y que por eso alguna vez deja a criterio de su mujer si hace entrega de la "friolera", sólo en caso de que ella lo considere digno. El mandato de sociabilidad para resguardar las relaciones políticas se resume en la siguiente sentencia, con más de instrucción que de consejo: "Procura cultivar la relación de esas señoras y de las que te han visitado sin haberlo hecho antes".¹⁷⁴ Desde Río de Janeiro, Guido ejerce un cuidadoso control sobre lo que pasa en Buenos Aires y supervisa las acciones de su mujer como si ella fuera — como él de Rosas— su propia representante.

La moda francesa que seguían las damas, por su parte, no era privativa de los unitarios extranjerizantes: la propia Agustina Rozas se destacaba entre las damas porteñas por sus caprichos franceses, de los que tampoco estaba

¹⁷³Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042. La primera parte de la primera frase debe de referirse a la carta de agosto que ella le enviara (y que ya citamos más arriba), donde le dice que tiene todo lo que puede necesitar y halagar, y que es muy visitada y que "Manuelita también se ha portado muy fina".

¹⁷⁴Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042. La justificación que da Carlos Guido y Spano acerca de las actividades de su padre al servicio del gobierno de Rosas será tratada en la Tercera parte.

exenta Pilar Spano, quien —antes de irse a Río de Janeiro— se quejaba de los efectos de la mala relación entre Rosas y Francia porque afectaba su coquetería.¹⁷⁵

Dentro del mismo estamento social, hay una relación social emblemática por lo contrastante: la que la propia Mariquita tiene con la familia del Restaurador —de nuevo: la pertenencia a la élite económica y social, por encima de las banderías políticas—, que constituye el ejemplo más evidente del modo particular en que funcionan la política y la sociabilidad en la Argentina por lo menos hasta mediados del siglo XIX. El punto cúlmine de esos cruces sociales está marcado por el hecho de que Mariquita Sánchez veló la agonía de Encarnación Ezcurra,¹⁷⁶ de cuyos modales la dama de la calle Florida parece estar más lejos que de los del propio Rosas, y de quien se supone que Mariquita ha dicho que "lleva un par de pistolas a la cintura lo mismo que un puñal", prefigurando algunas de las características que Hilario Ascasubi le asignará a su personaje Isidora, la federala y arroyera.¹⁷⁷

¹⁷⁵"Nadie está aquí más bloqueado que las tertulias, y los franceses hacen muy mal de hacerse estos enemigos pues usted sabe que son implacables. En cuanto a mí los maldigo todos los días cuando veo mi toilette desprovisto de todo lo que necesito y mucho más cuando no encuentro en las tiendas nada de gusto para mandar a usted, ni a mi querida Albina, esto no se lo perdonaré jamás" (Carta de Pilar Spano de Guido a Mariquita Sánchez, citada en Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, p. 155). Lucio V. Mansilla recordará el punto de inflexión que significa la intervención anglo-francesa de 1845, que "abrió la navegación de los ríos a cañonazos", permitiendo la venta de moda francesa directamente en los comercios, por lo que ya no era necesario encargar especialmente sombreros o zapatos ingleses o franceses a Atkinson Plows o a Monsieur Caumartin, quien proveía a su madre de "calzado de cabritilla, de seda y raso (el color bronceado y el negro eran sus preferencias), es decir, zapatos con atacado *sin taco*. Las señoras de Buenos Aires caminaban poco, como ahora, olvidando las lindas porteñas que la gordura, por falta de ejercicio, es enemiga de la belleza. Verdad que las veredas eran detestables." (Lucio V. Mansilla, *Mis memorias*, pp. 239-240). Pese al boato de las fiestas imperiales, a Tomás Guido le parecen más elegantes las argentinas, como suele manifestarle un poco zalamero a su esposa. De las damas que asistieron al baile del 30 de agosto en la Asamblea Extranjera, después de reconocerles elegancia y lujo, se burlará: "[l]as viejas se hablan desatado; y como si para ellas hubiese una feria de amor, entraban en bandadas, horribles, como salidas del averno, pero cargadas de brillantes. ¡Qué caricaturas! ¡Qué peinados antidiluvianos!" (Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

¹⁷⁶De acuerdo con el testimonio del marqués de Vins de Payssac, en una carta citada por María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, p. 135.

¹⁷⁷Sobre la asistencia de Mariquita a Encarnación, ver María Sáenz Quesada, *Mujeres de Rosas*, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 97-98 y 108. A propósito de esto, en otra ocasión, nos hemos preguntado: "¿Por qué [...] si se ocupa de la muerte y de los funerales, Thompson no registrarla en su diario la agonía de Encarnación, de la que —se dice— Mariquita fue testigo, porque la asistía justamente la madrugada de su fallecimiento? ¿Otro dato doméstico, o demasiado íntimo, o muy poco opositor, que Juan prefirió —más que eludir— ocultar? De ser cierta esa asistencia, podemos imaginar a Mariquita, ya avanzada la madrugada, volviendo a su

Encarnación Ezcurra no sólo regió la sociabilidad federal desde la casa de Buenos Aires en la que habitaba y que fuera sede de gobierno; también usó ese poder para desencadenar en 1833 la Revolución de los Restauradores, que propició la vuelta de su marido al gobierno con facultades extraordinarias en 1835. Como en cualquier casa de gente acomodada de Buenos Aires, en la de los Rosas recibían invitados, escuchaban música, cantaban y conversaban. No tendrían, por principios ideológicos y apego a los valores morales de la época de la colonia, los modales europeizantes de los salones de los Thompson-Mendeville o de los Guido, pero no carecían de cortesía y hospitalidad.

Manuelita, por su parte, concurría también a los bailes de los barrios del tambor, donde vivían los negros, adeptos al rosismo y cuyo apoyo Rosas se encargaba de retribuir. Su hija, en ese sentido, funcionaba como su embajadora, y solía asistir a los festejos que muchas veces se organizaban en su honor, acompañada de algunas de sus amigas más íntimas. Manuelita podía alternar estas diversiones de negros con la sociedad federal que se reunía en el teatro de la Victoria (ocupando el palco oficial) y que convocaba a un núcleo selecto de personalidades políticas o diplomáticas, entre los que figuraban Felipe Arana, su mujer y sus hijas o los representantes del Brasil, de Bolivia, los Estados Unidos y Holanda; el jefe de policía, Benjamín Victorica; los Anchorena o el Barón Picolet d'Hermillon; familias extranjeras radicadas en Buenos Aires (Mackinlay, Cronwell o Woodgate) y el prestigioso doctor James Lepper, el médico personal de Rosas, pero también de Mariquita Sánchez.¹⁷⁸

casa cargada de muerte y contándole a su hijo oculto todos los detalles que sus nervios le hubieran permitido registrar" (en Adriana Amante, *Madre e hijo*).

¹⁷⁸Cf. Raúl Castagnino, *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, p. 63. En broma —de acuerdo con Vilaseca— y seriamente —según Dellepiane—, en 1849 Mariquita recibiría una propuesta de casamiento del Barón Picolet d'Hermillon, que un tiempo antes había sido uno de los candidatos para Florencia Thompson de Lezica, la hija ya viuda de Mariquita Sánchez. Sea como fuere, el despliegue de la galantería y la invitación amorosa que le llega desde Río de Janeiro hace de la carta una pieza interesante para nuestro trabajo: "Usted no tiene sino una cosa que hacer: es la de venir a pasar tranquilamente sus días en una pequeña casa encantadora que yo voy a conseguir en Botafogo". También es pertinente para nuestro caso la anécdota que recoge Vilaseca acerca del motivo por el cual el barón debió alejarse de Buenos Aires, ya que no es sino una cuestión de buenos modales y de *civilité*: Victorica, el jefe de la policía de Rosas, no le cedió el lugar en una vereda, y Picolet lo arrojó a la calzada; el barón fue declarado persona no grata (la carta está fechada en Río de Janeiro el 18 de abril de 1949 y está escrita en francés, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 67; y Dellepiane, *Dos patricias ilustres*, pp. 94-95).

V El protocolo soy yo

En 1836, Rosas compró los terrenos ubicados al norte de la ciudad, en la zona conocida como Palermo; y en 1838 ya pudo ser ocupada la casa que mandó construir y que su mujer, muerta en octubre de ese año, no llegó a habitar. Así, la anfitriona pasó a ser Manuelita, que abría el salón principal de recibo a viajeros y diplomáticos extranjeros (algunos de los cuales —como lord Howden— la pretendieron), a los federales amigos de su padre, o a los antirrosistas arrepentidos que buscaron —en las tertulias y los paseos a caballo junto a la eximia amazona— lavar un pasado opositor y caer en gracia, con el fin —en ciertos casos— de recuperar los bienes confiscados por el gobierno o de agradecer por el desembargo, como sucedió con el doctor Dalmacio Vélez Sársfield.

Sarmiento, amigo de Vélez Sársfield, se esfuerza por *limpiar* su memoria reduciendo el contacto entre el jurisconsulto y Rosas a lo mínimo (y más decoroso). Así, admite que la presencia de Vélez fue solicitada en Palermo y que, no sin demora pero sin tanto maltrato como sufrieron otros, recibió la solicitud para el desembargo de sus bienes, que estaban —como los de muchos antirrosistas— en manos del gobierno. La estrecha relación de amistad que Vélez mantuvo con Manuelita es prácticamente silenciada por Sarmiento, que dedica parte del pasaje a la reconstrucción de la escena del pedido de solicitudes de desembargo que las familias hacían en Palermo.¹⁷⁹ Siempre preocupado porque Rosas volvía metódico todo instinto de barbarie, Sarmiento también ve en esos pedidos un sistema protocolar bien pautado: al caer la tarde, las familias solicitantes debían concurrir a Palermo "a pie, pues habría sido muestra de orgullo ir en coche". Ninguna hospitalidad era esperable: ni bebida, ni asiento; por lo cual cada grupo se munía de agua, de galletas y

¹⁷⁹La relación de Manuelita y Vélez está más que probada, y es en cartas a su amiga Pepita Gómez que la hija de Rosas lo menciona frecuentando no pocas reuniones sociales en Palermo. Si al irse Manuela al exilio Vélez Sársfield es una de las personas a las que ella les dedica un recuerdo, luego se irritará al saberlo ingrato con la memoria de la relación (al desvincularse de los Rosas y participar activamente en la causa que se abre en contra del Restaurador de las Leyes), aunque con el tiempo volverá a hablar de él sin dolor. De acuerdo con ese mismo epistolario, Vélez Sársfield se valla de otros para escribir las cartas que en una época le mandaba a Manuela para no dejar ninguna prueba de puño y letra que pudiera serle desfavorable luego del cambio político; y se supone que pudo actuar ofendido debido a que finalmente fue reemplazado por Terrero como apoderado de los bienes de Rosas, exiliado en Inglaterra.

"de alfombra, con lo que [las familias] podían estar sentadas como es el uso de las damas españolas en la iglesia, tomado de los árabes. El patio y galpones de Palermo eran una mancha negra de señoras agrupadas, conversando en voz baja, para matar el tiempo. [...] Meses y meses duró la romería, sin alterarse un ápice el ceremonial, habiendo muchas familias, muchísimas, que asistieron meses sin faltar una sola noche".¹⁸⁰

La escena árabe en Palermo recupera el sistema de analogías orientalistas en relación con el mundo *bárbaro*, tan caras al autor del *Facundo* y a la estética romántica, pero ya en una versión más *decontracté* que en el libro sobre Quiroga, como la que se permite él mismo en su viaje al Africa cuando calza su albornoz con verdadero desenfado *dandy*. Por otro lado, la escena es la versión elegante del sistema general de humillación que los opositores le adjudican a Rosas, y que se completa con la versión bestial que Mármol diseña en *Amalia* para la clase de servicio, adepta al régimen, amontonando "negros mulatos" y "pícaros", "indios" y "clase media", "patos", "gallinas" y soldados federales vestidos de rojo punzó, necesitados de hacer algún pedido, a la puerta de la alcoba de su cuñada y *cancerbera* María Josefa Ezcurra, en Buenos Aires.¹⁸¹

Además del exilio, entonces, muchos antirrosistas sufrieron la confiscación de sus bienes; pero, en algunos casos, no sólo por venganza política sino por interferir azarosamente en los planes del Restaurador, como en el caso de José Barros Pazos, que tenía tierras en la zona de Palermo y debió

¹⁸⁰Domingo F. Sarmiento, *Bosquejo de la biografía de D. Dalamacio Vélez Sársfield*, en *Obras completas de Sarmiento, tomo XXVII: Abraham Lincoln, Damacio Vélez Sársfield*, Buenos Aires, Luz del Día, 1952, p. 327.

¹⁸¹Son particularmente interesantes (e inquietantes) las descripciones que la oposición hace de las antesalas del rosismo. A la *plebe rosina* que se desparrama en los zaguanes y las salas de la casa de María Josefa en la imaginación de Mármol, podemos agregarle la silenciosa tensión – tan temida por Manso – que rodea la casa del Restaurador, narrada desde el punto de vista de una opositora, y que inmediatamente se puebla de aquellos a quienes Rosas "recibe como hermanos": "negros, mulatos, pampas y mazorqueros, todo esto entra y sale en tropel" (Juana Manso, *Los misterios del Plata*, pp. 70-71). En el caso de las audiencias de María Josefa, Mármol monta un paródico protocolo, que empieza al ser alguien recibido por "una mulata vieja" y sucia que "hacía las veces de edecán de servicio, de maestro de ceremonias, y de paje de introducción": era "el edecán de aquella emperatriz de un nuevo género, si no es en nosotros una profanación escandalosa el aplicar ese cesáreo nombre a Doña María Josefa" (José Mármol, *Amalia*, parte tercera, capítulo 6, pp. 191-192; y cf. también parte primera, capítulo 9, pp. 63-66).

vendérselas a Rosas para que se llevara adelante el proyecto arquitectónico y paisajístico que éste había ideado.¹⁸²

Palermo comenzó a ser un foco fundamental de la sociabilidad federal y oficial, y ser invitado allí se consideraba un honor. Muchos extranjeros han destacado la hospitalidad de Rosas y su hija. Y los escritos antirrosistas, por su parte, confirman esa hospitalidad, aunque la leen como otra estrategia política del gobernador de Buenos Aires para alcanzar sus objetivos; excepto Sarmiento que no pierde ocasión de destruir a su rival y considera que Rosas es tan ignorante que "[l]o único que [se] le ha ocurrido es hacer en Palermo un gran galpón con hamacas para que se mezan los que alguna vez son invitados a pasar el día. Este es el prodigio de arte para dar a los extranjeros una muestra de las costumbres americanas".¹⁸³

El salón de recibo estaba adornado con cortinas de seda y era iluminado por medio de lámparas de aceite; pero las crónicas de los visitantes abundan, fundamentalmente, en el relato de las excursiones al aire libre, a caballo o en bote, y mencionan la "barca, arrojada por un vendaval, desde el río agitado, y que fue recogida como resto de naufragio. El casco del navío asegurado con cables y postes ha sido convertido en salón", donde se ofrecen bailes.¹⁸⁴ Para

¹⁸²Andrés Allende, *Los orígenes del pueblo de Belgrano*, La Plata, 1958, citado en Bernardo González Arrili, *La tiranía y la libertad. Juicio histórico sobre Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Libera, 1970, p. 220. Como opositor político, José Barros Pazos será encarcelado en 1839 por su relación con la conjuración de Maza. Luego, pasará un tiempo escondido en la casa de su madre, para salir al exilio junto con el Gral. Paz el 3 de abril de 1840.

¹⁸³Domingo F. Sarmiento, "¡Rosas en paz con todo el mundo!", *La Crónica*, 11 de noviembre de 1849, en *Política de Rosas*, Buenos Aires, Jackson, 1945, p. 116. Más adelante nos detendremos no sólo en la descripción del proyecto arquitectónico de Palermo, sino en la lectura política que Sarmiento hace del mismo. La mesa de los Rosas parece haber sido tradicionalmente generosa, empezando por la de su madre, de quien Lucio Victorio Mansilla cuenta que "[e]se pan cotidiano era siempre abundante y suculento. Aunque llegaran de improviso los parientes y amigos que llegaren, siempre sobraba lo suficiente para la numerosa servidumbre de tan larga familia. No había muchos adornos en la mesa, de cuando en cuando algunas flores. [...] El lujo de doña Agustina consistía en la pulcritud del mantel y limpieza de los cubiertos de plata maciza. Nada de fuentes con tapa, todo estaba a la vista; «pocos platos, pero sanos, era su divisa, y que el que quiera repita». Así, solía decir: «Déjame, hija, de comer en casa de Marica (se refería a la célebre misia María Thompson de Mendeville), que allí todo se vuelve tapas lustrosas y cuatro papas a la inglesa, siendo lo único abundante su amabilidad. La quiero mucho; pero más quiero el estómago de Rosas», concluía aludiendo a su marido (Lucio V. Mansilla, *Rosas. Ensayo histórico-psicológico*, Buenos Aires, La cultura popular, 1933, pp. 28-29). De esa prodigalidad, pese a Sarmiento, da fe Samuel Green Arnold, quien sostiene que "larga mesa tendida para veinte o más personas" del comedor de Palermo no era una excepción (Samuel Green Arnold, *Viaje por América del Sur*, p. 166).

¹⁸⁴Xavier Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, en Busaniche, *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 112.

probar la hospitalidad y las buenas costumbres de las reuniones de Palermo, el *Archivo Americano* publica el testimonio de un extranjero que, seducido por la hospitalidad de las bellas mujeres argentinas, describe "el reinado del placer", donde impera Manuelita y gobierna Juan Manuel. Más que el protocolo de una reunión social, las dos cosas que resaltan en esta crónica son, primero, la imagen de Rosas como figura ordenadora, que establece los tiempos, los juegos y los modos de comportamiento, interacción y diversión, con una disciplina muy próxima a la militar; y luego, el extremo paródico del *soberano* encarnado por el loco Eusebio. Así se narra la escena del *juego*:

"Si la reunión al fin se hacía bulliciosa, al instante se restablecía el orden por el Gobernador, que con una campanilla llamaba la atención de los convidados; y pedía que todos los que dudasen de la disciplina del Ejército *se levantasen*, y los que creyesen en ella *permaneciesen sentados*. Por supuesto que no había votos disidentes. El silencio de una de esas pausas fue interrumpido por el Gobernador con una canción patriótica, con su voz de extraordinario primor y armonía. Entonces, con el reloj en la mano, anduvo en derredor de la mesa con dos tocadores de guitarra, pidiendo a todos los individuos presentes que cantasen un verso en cinco minutos, bajo penas y castigos a su arbitrio".¹⁸⁵

Para danzar, los visitantes eran introducidos no tanto por una invitación como por una "orden del Comandante en Jefe de formar y marchar a las salas de baile". Esto es digno de ser señalado porque se trata de un texto que el propio órgano de prensa rosista usa como propaganda de gobierno, por lo que esos gestos de poder son parte de la imagen que el propio régimen elige —voluntaria y programáticamente— difundir.¹⁸⁶

¹⁸⁵Carta de un extranjero a un amigo de Buenos Aires, extractada del periódico *Boston Press and Post* del 14 de junio de 1844. La reunión social que se rememora tuvo lugar en la "Quinta de Palermo" en 1843 (*Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, tomo II, primera serie, N° 19, 21 de junio de 1845, pp. 224-225, los subrayados pertenecen al original).

¹⁸⁶En el mismo *Archivo Americano* se habla publicado una semblanza de Rosas que llama la atención por la feminización que se opera sobre la figura del gobernador de Buenos Aires, como forma de contrarrestar la imagen monstruosa que construye la oposición. La imagen dulcificada del Restaurador sirve, sin embargo, para ratificar que a Rosas, aunque de natural calmo, no le tiembla el pulso: "[Rosas] no ha sacado para su persona ningún beneficio de su despotismo: no tiene ni guardia que lo proteja, ni pompa que lo rodee, ni culpables caprichosos que satisfaga. Trabaja regularmente 14 horas por día: este raro poder de trabajo debe maravillar a un pueblo tan indolente y tan perezoso como lo son todas las poblaciones de la América del Sud. [...] Rosas tiene 45 años, es aún el más diestro y hermoso jinete del Plata. Su estatura es alta, su

El protocolo soy yo, podría haber dicho Rosas; pero eso era tan evidente que se volvía innecesario. El poder absoluto de un *plebeyo* se construye a fuerza de imposición personal, lo que lo diferencia del protocolo organizado de las monarquías, que cuenta con un ceremonial que precede y trasciende a la persona del emperador, aunque se concentre y se destine precisamente a honrar a esa persona. Forma universal y atemporal, el protocolo sólo requiere de Pedro II, por caso, el cumplimiento de su papel, porque la *régie* es supervisada por los mayordomos de la corte y el programa se distribuye con anticipación. En cambio, la afirmación de un poder no hereditario —de forma republicana pero de funcionamiento omnímodo, como el argentino— parece exacerbar los rituales de las monarquías, hasta el punto de que, paradójicamente, es Rosas quien tiene bufones y no la corte americana: son los locos que, como continúa contando el visitante extranjero, se mantenían dentro de los límites del decoro, y entre los que se destaca Eusebio, quien

"[r]ecibió en la cabeza un hachazo, dirigido al Gobernador, y le ha quedado una horrible cicatriz de que se alaba siempre. La demencia se originó de su herida; y el Gobernador ha premiado su fidelidad y valor manteniéndolo convenientemente consigo. Eusebio se imagina Gobernador del Estado, y dice que sólo temporalmente ha confiado el cargo al Gobernador Rosas. Está cubierto de medallas y decoraciones, y no podía tener más dignidad si fuera soberano absoluto".

El republicano Juan Manuel de Rosas se divertía distribuyéndole títulos de nobleza a "Don Eusebio de la Santa Federación", que era —entre tantos otros *cargos honoríficos*— "Majestad en la tierra" y "Conde de la Quinta de Palermo de San Benito".¹⁸⁷

constitución huesosa es formidable. Es rubio como un dinamarqués; y su figura, que respira la bondad y la dulzura, estaría lejos de anunciar el alto justiciero de la América, si en esta tenuidad casi femenil no corriesen algunas líneas enérgicas y vigorosas. En sus relaciones privadas, su carácter es lleno de bondad y de expansión: toma sus diversiones después de muchos días de trabajo, y goza con ellas con el abandono y el ardor de un alumno. Siempre que la necesidad política no ponga ya el cuchillo en manos de Rosas, nadie mejor que él sabe perdonar y olvidar" (en *Archivo Americano*, tomo I, primera serie, Nº 13, 20 de julio de 1844).

¹⁸⁷La protección de Eusebio, a partir de esa anécdota, es una actitud que —pese a cualquier crítica— ennoblece al Restaurador de las Leyes. Cf. José Luis Busaniche, *Estampas del pasado*, tomo I, p. 369. En la misma línea burlona, también Vicente González, colaborador estrechísimo de Rosas, recibió "títulos de nobleza", al ser nombrado como "marqués de la Calavera" y "majestad Caranchísima de la Guardia del Monte" (cf. Angel J. Carranza, *La revolución del 39 en el sud de Buenos Aires*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, p. 128). No era inusual que los opositores vieran en Palermo una "parodia de Versalles", donde "[v]estido, lenguaje, opiniones,

Los visitantes extranjeros charlaban animadamente, sobre todo, con Manuelita; y esperaban ansiosos la aparición de don Juan Manuel, con quien no era tan fácil conversar. El diplomático francés Alfred de Brossard describe a Rosas como alguien que

"[s]e expresa con mucha facilidad y como un hombre perfectamente dueño de su pensamiento y de su palabra. Su estilo *hablado* es muy desigual; tan pronto se sirve de términos escogidos y hasta elegantes, como cae en la trivialidad. Es posible que entre por algo la afectación en esta manera de expresarse. Sus pláticas no son nunca categóricas, sino por el contrario, difusas y complicadas a fuerza de digresiones y frases incidentales. Pero esta prolijidad es, sin duda, premeditada y calculada para desconcertar al interlocutor. En efecto, se hace muy difícil seguir al general Rosas en todos los rodeos de su conversación".¹⁸⁸

¿Y de qué se hablaba en Palermo? Según la fantasía sarmientina, en cierto momento, de él, a propósito de unos artículos que el escritor sanjuanino publicó en Madrid durante su viaje a Europa, y

"que fueron reproducidos en toda América, y con un artículo muy encomiástico en *La Gaceta de Buenos Aires*, que me tendía sus redes, y me hallaba un buen americano, sin nada de salvaje ni asqueroso, porque le habían hecho concebir a Rosas desde París, la esperanza de que yo me plegaría a su sistema de iniquidades. Se hablaba públicamente bien de mí en Buenos Aires, y en la tertulia de la Manuelita, hasta que llegó la *Revista de Ambos Mundos*, que cambió de nuevo en cólera y despecho los elogios que me habían prodigado".¹⁸⁹

todo en ellos [los obsecuentes visitantes de Palermo] es una imposición del amo que los gobierna; y ante Manuela, ante ella, que conoce el origen de cuanto pasa en la República, todos los frequentadores de Palermo no son otra cosa que los títeres de las ideas de su padre" (José Mármol, *Manuela Rosas*, en *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela. Manuela Rosas*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972, pp. 109-110).

¹⁸⁸Alfred de Brossard, *Considérations historiques et politiques sur les Républiques de la Plata dans leurs rapports avec la France et l'Angleterre*, en José Luis Busaniche, *Estampas del pasado*, tomo II, pp.10-11 (Brossard llegó a Buenos Aires con el conde Walewski).

¹⁸⁹Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, p. 270. Como se sabe, el artículo de Charles de Mazade a propósito del *Facundo* que apareció en la *Revue de deux Mondes* el 15 de septiembre de 1846 fue el fruto del empecinamiento que sólo un hombre como Sarmiento, que quería ser reconocido como escritor americano en París, puede sostener. El relato que él mismo hace en

Dentro del sistema de control absoluto que Rosas establecía, sabía muy bien que la sociabilidad propiciaba la delación. Ya hemos visto, en "Correspondencias", las escenas de *Amalia* donde se despliegan las tácticas y estrategias domésticas que sirven a la política pública. Pero no sólo los criados eran peligrosos: algunas visitas podían causar alguna sorpresa, por lo que debían extremarse las precauciones. Y si, además, Rosas contaba con una prensa que se extendía por el mundo con el explícito fin de contrabalancear las duras críticas de los opositores exiliados (la mayoría de ellos, publicistas que buscaban el apoyo de la opinión pública y oficial extranjera), también la sociabilidad era un medio por el cual el Restaurador podía infiltrar sus propios agentes y conseguir información útil sobre los planes que sus enemigos tejían para arremeter contra él. Según denuncia Pedro Lamas, no era inusual que la legación argentina en Río de Janeiro controlara los movimientos de la uruguaya, por lo que comenzaron a tomarse medidas más rigurosas en la circulación de la correspondencia o en las conversaciones familiares que pudieran ser escuchadas por los criados, como en Buenos Aires. Pero lo fundamental del relato de Lamas es la mención de una figura, de fundamental importancia para nuestra investigación porque une sociabilidad y política y extiende el alcance del poder de Rosas a la vida social en Río de Janeiro. Porque "[s]e sabía que el gobierno de Buenos Aires mantenía agentes secretos suyos en Río de Janeiro y en la provincia de Río Grande, encargados de transmitirle informes", espionaje profesional sobre el que el hijo del enviado uruguayo ante la corte se extiende con cierto detalle, para mostrar cómo algunos cedían al soborno y terminaban colaborando con el antirrosismo.¹⁹⁰ Pero había también formas más domésticas del espionaje, como la que intenta llevar adelante Dorotea González.

sus *Viajes* de la humillante espera en la redacción de la revista, resulta –paradójicamente– la confirmación de la epicidad que marca todas las acciones de Sarmiento, movidas por la idea de que cuanto mayor es el costo, más valioso el beneficio, como veremos con más detalle en la Conclusión.

¹⁹⁰Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 119-121 Sin dar sus nombres, Pedro Lamas habla con mucha precisión de un agente secreto de Rosas en Río de Janeiro que había sido sobornado para que se pasara de bando y cuya contribución a las estrategias de guerra de la alianza sería fundamental. Y ese personaje destacado, "un oficial entendido, de relativa ilustración", convenció –por su parte– al "agente que operaba en Porto Alegre" (con zona de injerencia en Río Grande), para que se pasara también de bando. Evidentemente Río Grande era un punto importante, además de la corte, claro, por ser la zona donde se libra la "Guerra dos Farrapos" o "Farroupilha", movimiento independentista del sur brasileño, apoyado por Rosas; y por ser uno de los puntos geográficos (el otro es Río de Janeiro) de mayor concentración de desterrados argentinos. Del exilio en el sur del Brasil me ocuparé en la Cuarta parte.

Doña Dorotea decía ser una emigrada argentina en Montevideo y sostenía haberse relacionado allí con lo más granado de la sociedad oriental y porteña. Consiguio que la familia Lamas le abriera las puertas de su casa porque demostraba tener un verdadero conocimiento de las familias más destacadas, mencionando incluso a las cuñadas del enviado uruguayo y "porque mi madre se hallaba desorientada, sin relaciones, en tierra extranjera, cuanto que esa señora, mostrándose servicial y cariñosa, había logrado, muy pronto, ganarse la simpatía de todo el chicaje", recuerda Pedro Lamas. Al tiempo, llegan noticias de Montevideo, donde una hermana de Telésfora Somellera, la mujer del enviado uruguayo, les refresca la memoria: ya en Montevideo, la simpática y cortés señora era una vieja espía, y el propio Andrés la había encarcelado en alguna oportunidad. Este decide no desenmascarar a la impostora; le sigue — entonces— la corriente para no despertar sospechas en la legación argentina, y hasta para servirse de ella. A partir de ahí, ya

"nosotros, los chiquilines, no encontrábamos *sobres viejos*, como los llamaba Doña Dorotea, en la canasta de papeles del escritorio de mi padre, pues éste los reducía a añicos o los hacía desaparecer del todo. Doña Dorotea los solicitaba pretextando que era *por las figuritas*. Era una precursora, por lo visto, del filatélismo."¹⁹¹

Doña Dorotea era "la *introducida*", interesante término que condensa la actuación del espionaje rosista en el terreno de la sociabilidad mundana. No una invitada, ni siquiera una convidada de piedra, la *introducida* es la contrapartida del exiliado que, despojado de todo, no sabe adónde ir a dar con sus huesos y que tanto lamenta la pérdida de sus círculos, por lo cual —no sin esfuerzos y tantas veces sin éxito— intenta volver a formarlos. La "introducida" es una socializadora profesional, que cuenta con una trayectoria internacional ganada a fuerza de viajes de espionaje entre la ciudad sitiada y Buenos Aires y que llega hasta la sociedad imperial para mostrar que tal vez abrigara todavía alguna esperanza el general José María Paz cuando le escribía a la madre de su amigo Barros Pazos, desde su exilio en Río de Janeiro, que suponía que en Chile "por supuesto que ya no tendrá necesidad de andar hablando en secreto, como nos

¹⁹¹Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 74 y 75-76 (subrayado en el original), respectivamente. Pedro Lamas sostiene que se encontraron transcripciones exactas de alguna conversación entre Dorotea y los Lamas "[e]ntre los partes de Guido hallados en Palermo" (p. 77).

sucedía en años pasados en Buenos Aires" y, por lo visto, también en la corte brasileña.¹⁹²

¹⁹²Carta de José María Paz a María Ignacia de Pazos y Ramallo, Río de Janeiro, 25 de octubre de 1846, en María Celina Barros y Arana, *El doctor José Barros Pazos en la patria y en el exilio (1808-1877)*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1963, p. 42.

Segunda parte

Sociabilidad política

La marquesa no está enamorada; lo que ella postula es una *correspondencia*, es decir una empresa táctica destinada a defender posiciones, a asegurar conquistas.

Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*

—Papá, ¿por qué cuando nos enseñan francés en la escuela no nos enseñan a mover las manos?

—No lo sé. Por cierto que no lo sé. Ésa es, probablemente, una de las razones por las que a la gente le resulta tan difícil aprender idiomas.

Gregory Bateson, *Metálogos*

O barco, meu coração não agüenta
Tanta tormenta
Alegria, meu coração não contenta
O dia, o marco, meu coração
O porto, não

Navegar é preciso
Viver não é preciso

Caetano Veloso, "Os argonautas"

1. El proscrito de la victoria

Cuando los tiempos políticos cambian, con la caída de Rosas, el destierro renueva sus peregrinos y otro exilio comienza. No debe imaginarse, sin embargo, la sola fuga de rosistas derrotados. Entre los que han perdido, se cuenta Domingo F. Sarmiento, quien —pese a haber salido vencedor en su lucha contra el Restaurador de las Leyes— está decepcionado con las nuevas imposiciones políticas y, distanciado de Justo José de Urquiza, vuelve a exiliarse en el mismo barco en el que se marchan los Mansilla. "Como usted lo sospechará", le escribe a un amigo de la infancia, "soy un proscrito de la victoria".¹ Los enemigos políticos comparten un buque y una breve estada en Río de Janeiro, de donde partirán unos hacia Europa y el otro rumbo a Chile. Sarmiento presenta como algo fuera de lo común una escena que lo involucra personalmente, como era su costumbre, aunque —hay que admitirlo— no deja de resultar extraña. Casi se complace en recordar que, como Rosas (y en un tono que bordea una peligrosa identificación sentimental con su eterno enemigo, que se embarcaba en esos días hacia su exilio en Gran Bretaña),

"[...] tuve que [...] asilarme en un buque de guerra: como él contemplar tristemente a Buenos Aires tres días desde las balizas; como él decir adiós a la patria y tomar el camino del extranjero, acompañado para mayor derisión de la fortuna, de su sobrino y de su hermano el general Mancilla, con quienes, embotadas las asperezas del espíritu de partido por el roce diario, asistí a la Opera en palco común en Río de Janeiro, no sin grande estupefacción del Emperador, de la corte y del público, que no acertaban a descifrar aquel enigma viviente, expuesto ante sus

¹Así alude a su situación en carta a Antonino Aberastain, fechada en Petrópolis, el 5 de abril de 1852 (Domingo F. Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, p. 192). Un adepto de Sarmiento le había escrito para comunicarle que se habían impartido "órdenes secretas a todos los puntos de la República para que usted sea fusilado en el acto de pisar el territorio argentino", proporcionándole argumentos que justifican sobradamente su partida y solidarizándose, ya que todos sus "apasionados" han "comprendido la absoluta necesidad en que usted se hallaba de emigrar por segunda vez". (Carta dirigida a Sarmiento, fechada en Buenos Aires el 3 de marzo de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 190. Los compiladores del epistolario no pudieron establecer el nombre del remitente).

ojos, como una lección de las raras vicisitudes de la política argentina"²

Pero, como hemos visto, no era infrecuente el encuentro de rosistas y antirrosistas en el salón de la familia Guido, por ejemplo; lo que obliga a reconsiderar la singularidad de la escena que —aunque paradójica, sin duda— seguramente no fue la primera en que los dos bandos se mostraran en público confraternizando, como hemos visto en relación con Mariquita Sánchez, para no hablar del extremo de esas vinculaciones sociales, como la que unió a José Mármol con Tomás Guido, en la que nos detendremos en la próxima parte de la tesis. Es más que probable que Mariquita, que había frecuentado la Opera, lo hiciera acompañada —precisamente— del representante de Rosas y de su mujer. Además, para completar la trama, cuando Sarmiento y los Mansilla se embarcan rumbo a Río de Janeiro, se detienen —como es de rigor— en Montevideo, donde todavía residía Mariquita Sánchez, quien le cuenta a su nieto Enrique: "Supe que Mansilla estaba a bordo y fue Julio a traerme a Eduarda [la hija del general], pero no estaba. Dales memoria. Uno de estos días les escribiré".³

Pero lo que sí resulta singular es la serie de encuentros de Sarmiento con el emperador del Brasil. Sólo de paso por Río de Janeiro y sin pertenecer al cuerpo diplomático (que tenía un acceso directo y periódico), el sanjuanino participa de reiteradas entrevistas, "muchas de ellas solicitadas" por el propio Pedro II, de acuerdo con lo que desliza Sarmiento con su acostumbrada falsa modestia, ya que "por temor de ser indiscreto, yo economizaba mis visitas" (*Campaña*, p. 65).

II La voluntad discursiva de Sarmiento

²Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande*, p.62. Tulio Halperin Donghi aclara que Sarmiento escribía "Mancilla", con "c", como era originalmente el apellido hasta que Lucio Victorio impuso la forma con "s" (prólogo a *Campaña*, p. 55). En carta a Bartolomé Mitre del 22 de marzo de 1852, desde Petrópolis, comenta también esta escena y adopta una pose, al decirle que Lucio Norberto Mansilla y él "tuvimos ambos la insolencia de presentarnos al público y a la corte en un mismo palco en la ópera, lo que causó una grande sensación. Recordóme el Emperador y se rió mucho del caso" (en Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, p. 191). Halperin Donghi, por otra parte, alude a un plan urdido por Sarmiento y aquel que "se había trocado en su compañero de destierro" para intentar "una nueva cruzada libertadora, esta vez dirigida por el general Mansilla" (p. XLIII).

³Es que ni Eduarda ni Agustina Rozas de Mansilla iban con ellos.

"No es *bavard*", le dice un día el emperador a Sarmiento, en sus ya habituales encuentros, refiriéndose a Frutos Rivera. Sarmiento entiende rápidamente que la réplica no está dirigida a algo que él haya dicho en la conversación que vienen manteniendo y la sorpresa se convierte en vanagloria: "¡Eh, diablo! me dije yo para mi colete, ¡ha leído mis viajes!" (*Campaña*, p. 66).

Sarmiento descubre gratamente que Pedro II es un lector atento de su obra; y resuelve aceptar el desafío de una conversación que, aunque difícil, le resulta muy interesante: "como digno soldado del Ejército Grande, no pestañeé, ni moví músculo al oír silbar esta bala perdida. Más gruesas y más cercanas nos habían pasado a V. y a mí aquellas rojas que V. me mostraba en el Tonelero", le cuenta por carta a su amigo Bartolomé Mitre, compañero de armas y de escritura (*Campaña*, p. 66). La conversación presentada (más que entendida) como un combate es una muestra del humor de Sarmiento, al tiempo que una forma de interesar al destinatario de su misiva en el asunto. Pero también una forma de magnificar la importancia de los temas que se tocan, al volverlos causas fundamentales; coloca al lector frente a una conversación de alto rango, bien en consonancia con la vanidad de su protagonista. El diálogo, sin embargo, no es una conversación de Estado o de política en su sentido más estricto, sino una informal, dentro de lo que permite la investidura del anfitrión, ya que recibe a su invitado "con una indulgencia y atención que a veces le hacía derogar las formalidades de la etiqueta" (*Campaña*, p. 64). Así fueron los varios encuentros fuera de protocolo que Sarmiento tuvo con Pedro II y en los que hablaban sobre cultivo de la seda (tema por el que ambos se interesaban particularmente), planes para la inmigración o literatura.

Sarmiento recupera, por medio de la escritura, los movimientos de aquella "conferencia", que "duró dos horas y media de tertulia de silla a silla y con un abandono afectuoso y cordial de parte del Emperador". Se nota, ya en el diseño espacial del encuentro, la voluntad de remarcar el grado de intimidad alcanzado con un personaje de esa categoría: Sarmiento se ufana de haber conocido al "hombre privado", en contraposición con el hombre de estado que —por exigencias de protocolo, que sigue los lineamientos de etiqueta que había fijado su abuelo, João VI— es reservado, circunspecto y cauteloso.⁴ La diferencia la

⁴Sarmiento, *Campaña*, pp. 66 y 68, respectivamente. Tomás Guido, al describir uno de los bailes del Palacio, le había comentado a Pilar que las hermanas del emperador "no bailaban las valsas con hombres, sino con las más jóvenes de sus damas; y preguntando yo a un palaciego la causa

subraya Sarmiento por medio del testimonio de "los que le conocen [al emperador, que] se sorprenden del abandono con que me ha tratado, y de lo comunicativo y franco que se ha dignado mostrarse conmigo" (*Campaña*, p. 68). Comparado con el cruce de reverencias y las promesas (probablemente más protocolares que efectivas) de futuros encuentros con la emperatriz que alimentaron la vanidad de Mariquita Sánchez (porque Teresa Cristina había manifestado deseos de conocerla), el caso de Sarmiento es —de las dos situaciones de privilegio— ahora sí ciertamente la más singular.

Al referirse a los géneros ceremoniales, Mijail Bajtín considera la poca posibilidad de imponer una marca personal en situaciones donde rige la etiqueta, porque

"la voluntad discursiva se limita por la selección de un género determinado, y tan sólo unos leves matices de entonación expresiva (puede adoptarse un tono más seco o más reverente, más frío o más cálido, introducir una entonación alegre, etc.) pueden reflejar la individualidad del hablante (su entonación discursivo-emocional)" (*Estética de la creación verbal*, p. 269).

Es precisamente contra esto que Sarmiento trabaja. Porque lo que quiere resaltar es su marca personal, su excesiva —y, desde su punto de vista, su exitosísima— voluntad discursiva. Sarmiento encuentra en esta escena de conversación una convalidación más de la imagen de sí que él mismo está afanosamente construyendo desde hace ya por lo menos diez años a través de su obra. Obra que, por otro lado, es material fundamental de esa conversación y en torno de la cual se hacen manifiestos ciertos desacuerdos entre los interlocutores, promoviendo intercambios de opiniones que, si no dejan de realizarse en un clima de altísimo respeto —en cumplimiento de las reglas de la urbanidad y del decoro—, están condimentados —para regocijo de Sarmiento— con "algunas sales".

"No es *bavard*". El emperador ha sido directo. Por lo que Sarmiento admite: "Ahora ya no había subterfugio, y el combate estaba iniciado. Un oficial de guerrilla habría ripostado a esta exposición. Yo me fui para hablarle el lenguaje de su arma de V. sobre la batería que quedaba oculta y que era el

de esta excentricidad, me contestó muy formal que como en la valsa habla *más confianza y contacto*, no parecía conforme con el decoro de las Princesas admitir este roce. Lo que haya de más o menos agradable en esta etiqueta, sería menester preguntarlo en secreto a las interesadas" (Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841, AGN, Fondo Tomás Guido, 2042, subrayado en el original).

punto difícil" (*Campaña*, pp. 66-67). Lo interesante es que todo lo que seguramente se veía reflejado en los rostros de los dialogantes es recuperado por Sarmiento como movimientos de artillería entre dos posibles bandos contendientes. Así, con gracia, Sarmiento va recibiendo las estocadas que le lanza Pedro II cuando también le recrimina suavemente la errada percepción que ha tenido sobre la esclavitud en su primer paso por Río de Janeiro, recogida también en sus *Viajes*. No está fuera de contexto el uso de esos términos de guerra en un libro sobre la campaña militar contra Rosas y, mucho menos que suceda pocas páginas después de que Sarmiento recupere su curriculum de soldado y combatiente y donde explícitamente se vuelve a la clásica figura de las armas y las letras, no como oposición sino como combinatoria necesaria: "Soldado, con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento".⁵ Y si bien es claro que los ecos de la lucha militar contra Rosas siguen sonando en el modo en que Sarmiento conceptualiza durante esta etapa de su vida (particularmente en el texto que, justamente, se dedica a la narración de ese combate), es interesante ver cómo él hace precisamente lo contrario de lo que Gutiérrez —siempre moderado— estipulaba:

"No sea la conversación como una carrera a cuyo término hay afán en llegar. No sea un tiroteo sobre determinado punto de una plaza fortificada: sea más bien como el distraído vagar de muchos en una campiña espaciosa, que se encuentran y alcanzan sin tropezar ni codearse; huyen de lo que les desagrada, y detienen o apresuran el paso a su capricho y regalada voluntad".⁶

Sarmiento se enfrenta, además, a uno de los mayores problemas de una estética realista: cómo puede el discurso indirecto representar escenas de lenguaje, particularmente si se trata de conversaciones. Sarmiento es un escritor del siglo XIX, el mismo siglo de Balzac. Y tanto hay de novelístico en su escritura (en sus ensayos, en sus cartas, en sus hojas de combate), que él también debe hacerse cargo de esa cuestión, por lo que le lanza a Mitre, en una pregunta

⁵Sarmiento, *Campaña*, p. 61. Ya veremos, en la Cuarta parte, cómo Sarmiento emerge en medio del desborde tropical por la recuperación de su curriculum. Ver también nota 12 de esta parte de la tesis.

⁶J. M. Gutiérrez, "La conversación".

cuasi retórica: "¿Cómo le transmitiría en una carta los asuntos variadísimos de aquellas conferencias [...]?" (*Campaña*, p. 65).⁷

Se hace evidente que el emperador bibliófilo es un conocedor de la obra del escritor argentino. Sarmiento, que quería ser leído —comprendido, aprendido— por Rosas, aprovecha esta circunstancia para presentarse, no sólo como un interlocutor de Pedro II, sino como un verdadero maestro; en rigor, como un ideólogo:

"he pasado [con el emperador] horas enteras respondiendo a sus preguntas, explicándole las cosas que los escritos no alcanzan. [...] [M]ás que un Emperador y un simple particular extranjero, parecíamos dos estudiantes, el uno [se refiere a Pedro II] entendido y ávido de conocimientos, el otro [se refiere a él mismo] endurecido en las luchas del pensamiento, profesor en materias de emigración, cultivo de la seda e historia íntima de su país" (*Campaña*, p. 65).

De Sarmiento, Pedro II ha leído el *Facundo*, los *Viajes*, *Argirópolis*, *Educación popular*, y artículos de *Sud-América*; pero, en general —y al propio escritor sanjuanino lo sorprende gratamente— "se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., etc., son nombres familiares a su oído [...]" (*Campaña*, p. 64). Y si Sarmiento contesta largamente las preguntas que los escritos no alcanzan a explicar, la conversación se vuelve un sucedáneo de la literatura, intensificada por el valor narrativo que puede tener lo que se cuenta, como cuando se ponen a hablar de

"aquellos caracteres duros, enérgicos, que he trazado en algunos de mis escritos. *Facundo*, *Navarro*, *Oro*, *Funes*, *Calibar*, *Barcala* le llamaban mucho la atención y me decía: «Por qué no hace V. una colección aparte de estos caracteres, y retoca aquellos que no

⁷Sarmiento, ante el mismo problema que enfrenta el narrador de "Funes el memorioso", de Jorge Luis Borges. La prueba de fuego para ese testimonio escrito sobre el caso de Funes es, según declara el propio narrador, la reproducción de la escena de la conversación que había mantenido una noche con el memorioso, cuando ya habían pasado cincuenta años: "No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Ireneo. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que mis lectores imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche" (Jorge Luis Borges, "Funes el memorioso", *Ficciones*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 488).

están diseñados sino ligeramente? Sería un curioso libro»
(*Campaña*, p. 65).

Para Mme. de Staël, la narración es uno de los "grandes encantos de la conversación".⁸ Y aunque ella, en la puja que establece entre los modos nacionales de conversación de los franceses y de los alemanes, les quita mérito a estos últimos, resulta indudable que las *Conversaciones de los emigrados alemanes*, de Goethe, son un modelo de la conversación como campo favorable para la narración.⁹ La conversación es, entonces, espacio apropiado y propicio para la narración; y también campo de prueba para un libro que vendrá o que puede venir. Sarmiento completa la serie de caracteres originales deteniéndose en muchos que todavía no había escrito. La mirada del extranjero, por otra parte, refuerza el carácter original de lo propio, cosa que a todos los románticos (les ocurre también los brasileños) les sirve particularmente, abocados como están a la formación de una literatura nacional.

⁸Madame de Staël, *De l'Allemagne*, p. 109.

⁹Es claro, de todos modos, que si bien el de Goethe es un libro de narraciones (varios de los integrantes del grupo de nobles expulsados cuenta una historia), no estamos frente a una narración que surge con las desprolijidades de la conversación entendida como un campo en el que no se tiene garantizada la escucha y en cualquier momento alguien puede quedarse con el turno de la intervención y, por lo tanto, estaría habilitado para narrar (mejorar la historia, completarla u optar por otra). No: en el caso de este libro alemán, la narración precisamente escande la conversación: en la charla se anuncia que uno de los interlocutores se convertirá en narrador de una historia, que dura hasta que termina. Por eso hay un modelo de narración que se desestima en el círculo de estos nobles: el de las *Mil y una noches*, ya que se trata de "historias en las que el narrador se ve obligado a excitar la curiosidad, a la que ha despertado descuidadamente, por medio de interrupciones, y en lugar de satisfacer la atención mediante una sucesión razonable de los hechos, [busca] tenerla pendiente con recursos raros y en manera alguna dignos de alabanza" (Goethe, *Conversaciones de los emigrados alemanes*, p. 42). La teoría y preceptiva de la narración continúa cuando se aclara, además, cómo deben ser los personajes y los acontecimientos). Se trata de un rechazo teórico de la interrupción (y del aplazamiento), por lo que en este sentido no resulta difícil darle la razón a Mme. de Staël, que veía en la interrupción —precisamente— uno de los acicates de la conversación entre los franceses. Para Staël, es la propia complacencia (que forma parte de la cortesía, podríamos agregar) de los alemanes la que atenta contra la narración. No ocurre lo mismo en el caso de los franceses, para quienes la rivalidad y los celos son un incentivo para narrar. El punto se dirime en una conclusión contundente: "En Francia, el que habla es un usurpador" (Madame de Staël, *De l'Allemagne*, p.109). O sea: su lugar (y el tiempo de su enunciación) está permanentemente amenazado por alguien que, celoso del brillo social que quien habla consigue, acecha para disputarle el lugar. El interlocutor o el auditorio franceses no tienen la paciencia de los alemanes, quienes —continuando el hilo del razonamiento de Mme. de Staël— no osarían interrumpir el relato ajeno; por lo que no hay desafío en quien cuenta, con la consabida desmejora de las narraciones. El aburrimiento, en ese caso, no se percibe como posibilidad. En el caso francés, en cambio, el que habla no tiene ganados de antemano sus derechos, por lo que deberá mantenerse "a fuerza de triunfos" (p. 109). El problema está en la *buena fe* de los alemanes, que —paradójicamente— se convierte en un obstáculo para la narración.

El hecho de que Pedro II tuviera lectores de diarios y de literatura que le extraían, de cada escrito, los conceptos fundamentales, no invalida el interés que tenía por la producción letrada argentina, dentro de su característica y general avidez por el conocimiento. Detalla Pedro Calmon que el emperador tenía:

"Dois leitores, em 1847: o velho Luís Augusto May, que lhe resumia as gazetas daqui e do Prata [...] e [o visconde de] Taunay, terças e sextas, das 11 da manhã às 3 da tarde, «para o que levava maços de jornais, com extratos feitos». Mas não se limitava ao cotidiano. Transportava «volumes e volumes anotados, pontos de discussão preparados [...]»".¹⁰

Es probable que Pedro II haya leído al menos determinados fragmentos de la obra de Sarmiento de primera mano, sin intermediarios. Tal vez la propuesta de hacer un libro de tipos que se desprenden del *Facundo* se deba a una lectura detenida, personal y meditada (e incluso también probablemente discutida con sus asistentes y asesores), de —como mínimo— el capítulo 2, "Originalidad y caracteres argentinos", de *Vida de Quiroga*. Lo mismo pudo haber ocurrido con la carta desde Río de Janeiro que se incluye en el primer tomo de los *Viajes*. Lo que no significa que la lectura sea tan previa a (e independiente de) la visita del autor; es más que factible que, antes de una audiencia, un asistente del emperador lo pusiera al tanto, leyéndole extractos de lo que el invitado había escrito.

III Conversación y memoria histórica

Entonces, como dijimos, después de Caseros, entre los adeptos a Rosas que emigran, se mezcla uno de sus más lúcidos enemigos: "Así es como un día se le presentó, inopinadamente, a mi padre, en Río, Sarmiento, Don Domingo, en persona, vociferando, increpando, con el verbo cortante, acerado que le era peculiar", recuerda Pedro Lamas.¹¹ El hijo del representante de la Banda Oriental no desmerece lo actuado por Sarmiento en Río de Janeiro; pero si no desconoce su valor, tampoco le concede demasiada exclusividad ni singularidad

¹⁰Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, pp.468-469.

¹¹Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 180.

al papel que el sanjuanino cumplió allí: "Sarmiento durante su estancia en Río oyó a estadistas, pensó, discutió, y concluyó por confiar en el porvenir. Tuvo una entrevista con el Emperador, que era un educacionista apasionado y con el que departió largamente sobre este tema de su predilección" (*Etapas de una gran política*, pp. 185-186).

Claro que esa actuación no podía llamar mucho la atención del propio Andrés Lamas (cuya percepción hereda su hijo), quien —por su rango diplomático y por la fundamental misión que le cupo como encargado de organizar desde el Brasil la ofensiva contra Rosas—, tenía acceso frecuente (y más decisivo) al emperador, al que —ya fuera por su juventud o como fruto de vanidad rioplatense— todos querían instruir.

Pero si Pedro Lamas considera como algo corriente el encuentro del autor del *Facundo* con el emperador (reduciendo a uno solo los varios que el argentino dice haber tenido), en otros pasajes se revela que —a pesar de no considerarla extraordinaria— la conversación entre Sarmiento y Pedro II ha impuesto un modelo. O mejor, no tanto la conversación en sí misma como el modo de registrarla. Porque la escena de conversación que diseña Pedro Lamas entre su padre y el emperador es bien sarmientina, por el tono y por el diseño de una figura sobresaliente. El hijo de Andrés Lamas, que escribe *Etapas de una gran política* en 1908, busca fijar y distribuir los méritos que a los interlocutores rioplatenses del emperador les caben; y en esa pulseada, Sarmiento pierde frente al uruguayo. Pero Pedro Lamas, al momento de escribir su libro, ya ha leído *Campaña en el ejército grande aliado de Sud-América*; y —muy probablemente— también *El Brasil intelectual*, de Martín García Mérou, publicado en 1900, donde esas conversaciones del argentino se recuerdan y se recuperan (al tiempo que se señala que el libro de Sarmiento había dejado de circular, por lo que se vuelve más necesario el rescate). Por eso, alguna influencia ha de haber ejercido *Campaña en el Ejército Grande* sobre el hijo de Andrés Lamas, ya que éste recupera las escenas de conversación del uruguayo con Pedro II recurriendo a estrategias sarmientinas. Si Sarmiento representa su escena como la conversación entre un estudiante y un profesor; al referirse a su padre, Pedro Lamas —tal vez más pío— sostiene que

"mi padre intentaba la catequización de un espíritu elevado, abierto a las ideas nobles y a las concepciones generosas: me refiero al joven Emperador. [...] Este] Acogió, en San Cristóbal, con benevolencia e interés al emisario oriental: no tardó en oír con

placer sus relatos, deseoso de instruirse, de conocer a fondo las cosas, los hombres, las tendencias en pugna, los móviles y aspiraciones de las corrientes contrarias que se chocaban, implacables, ensangrentando el mar y la tierra en las regiones del Sur."¹²

Fue ciertamente decisiva la intervención de Andrés Lamas para conseguir el apoyo del ejército brasileño en la alianza contra Rosas, y sarmientinamente su hijo se concentra por momentos en ese "solo hombre", que cambia con su misión el rumbo de la política rioplatense.¹³ Y aunque el tono grandilocuente y cierto grado de exageración puedan atribuirse al hecho de que sea su hijo quien hace el panegírico, no tuvieron poco mérito las gestiones del enviado uruguayo. En torno de la construcción gloriosa de una figura, se descubre —de todas maneras— que algunos acontecimientos producidos en el Brasil fueron ciertamente importantes en el destino de la Argentina: "En Río de Janeiro, de 1848 a 1851 se elaboran los sucesos que poco más tarde iban a imprimir una nueva orientación a los destinos del Río de la Plata. Se incubaba allí, entonces, una nueva política" (*Etapas de una gran política*, p. 64). Son los años de misión de su padre, claro; pero en este caso los lee menos personalmente, al aludir a que —de no haberse producido la batalla de Caseros— personajes de la importancia de Mitre o de Sarmiento, desterrados, se habrían "perdido para su patria". Y es precisamente *Campaña en el Ejército Grande* el texto a través del cual Pedro Lamas confirma el papel fundamental cumplido por su padre, texto que cita *de memoria*, porque escribe "sin libros y papeles a mi alcance": "«Lamas ha llenado con esta misión el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, a la vez que ha echado las bases de nuestra resurrección política». En la obra citada, Sarmiento dedica numerosas páginas a la misión de mi padre [...]", se ufana (*Etapas de una gran política*, p. 190). La cita es bastante fidedigna de lo que en efecto Sarmiento ha escrito en *Campaña*:

"[En el Brasil] He tenido el gusto de tratar de cerca al señor Lamas, a quien no vi sino una sola vez en Montevideo en 1846; ¡cómo ha

¹²Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 41-42. Otro mecanismo sarmientino (probablemente, también aprendido en *Campaña*, por lo que Pedro Lamas se confirma como un buen lector del texto): al contar cómo se recibe en Río de Janeiro la noticia de la caída de Rosas, Lamas recupera —en una especie de *fluir de la conciencia* que va de su padre a él (como en un indirecto libre)— el *curriculum vitae* del combatiente (p.149). Ver, al respecto, la nota 5 de esta parte de la tesis (la cuestión será retomada en la Cuarta parte).

¹³Cf. Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 42-43.

crecido desde entonces hasta acá! Cuánta prudencia, cuánta habilidad práctica le ha dado esta embajada al Brasil que llena el episodio más glorioso de la defensa de Montevideo, base de nuestra resurrección política. La historia de esta misión es un monumento, y el hombre que, por su intrincada complicación, ha creado un tesoro para nuestros países; y digo para nuestros países, porque sus simpatías, sus estudios, sus afecciones de familia lo hacen argentino en ésta o en la otra orilla del río".¹⁴

En 1846, en carta a Mitre, Sarmiento había lamentado no haberse presentado ante Lamas y Pacheco y Obes en Montevideo por haberlo intimidado la "alta posición" de los uruguayos.¹⁵ La relación sólo se dará en el Brasil, en 1852, cuando se vean cotidianamente durante la estada de Sarmiento en Petrópolis; y pese a que la colocación social de Lamas sigue siendo elevada y a Sarmiento continúa infundiéndole respeto,

"dejando a un lado todas aquellas cuestiones en que su posición oficial le imponía una prudente reserva, nos abandonamos a una eterna transmisión de ideas, de datos [...]. Hemos hablado veinte días desde las once del día a veces hasta las once de la noche, sin que nuestros tesoros de reminiscencias, ideas generales, y vistas y aplicaciones prácticas se agotasen",

dice el argentino, poniendo de manifiesto una nueva cadena de aprendizaje por la conversación.¹⁶

El carácter fundamental que tuvieron las conversaciones entre Andrés Lamas y Pedro II se evidencia en que se las dejó registradas en "un documento, memorandum o como quiera llamársele, en el que mi padre, por insinuación del Emperador, condensó sus conversaciones con el mismo en una época decisiva y memorable" (*Etapas de una gran política*, pp. 109-110). Así, una forma discursiva que hemos visto como de gran productividad en el abordaje de las relaciones en el exilio, ha dado material útil para la construcción de la historia, y se vuelve relevante en la conformación de una memoria histórica nacional. Con el libro de Pedro Lamas, la conversación se muestra claramente como un subgénero de (o apreciado por) los memorialistas. Los testigos de las

¹⁴Sarmiento, *Campaña*, pp. 70-71 (y no es el único pasaje que le dedica a Andrés Lamas).

¹⁵Carta de Sarmiento a Bartolomé Mitre, Río de Janeiro, 19 de febrero de 1846, en Sarmiento, *La correspondencia de Sarmiento*, p. 113.

¹⁶Sarmiento, *Campaña*, p. 260.

conversaciones o los herederos de los relatos orales (infinitamente repetidos en ámbitos familiares o amistosos) conservan la memoria de esas escenas para transformarlas en documentos por medio de su registro escrito.¹⁷ La conversación como género de religamiento en el exilio (en tiempo presente), gana una nueva modulación al incorporar la perspectiva histórica: la conversación como género de la memoria, que se ve en el registro escrito de estas escenas de conversación de antirrosistas en el destierro.

IV 1846: de *causeurs* y *bavards*

La carta a Bartolomé Mitre que Sarmiento le manda desde Río de Janeiro el 13 de abril de 1852 no sólo es el registro de sus conversaciones con el emperador; también es una relectura (como vimos en "Correspondencias"), una *corrección* de la carta que, desde la misma ciudad, le había dirigido a Miguel Piñero en 1846. Porque enmienda allí algunas de las rápidas percepciones que había tenido del Brasil en un paso y una mirada muy rápidos.¹⁸ Aunque sigue siendo crítico del sistema esclavista, Sarmiento considera conveniente suavizar ciertos tonos, en vistas de las relaciones personales que establece con el gobierno extranjero que colaboró en la caída de Rosas y que ya no volverá a considerar —como lo hiciera en 1846— como una parodia tonta de las monarquías europeas. Pero, en relación con la conversación, lo que nos interesa

¹⁷Pedro Lamas explicita: "conviene que explique cómo es que me aventuro a resucitar conversaciones de tanta importancia, de tanta innegable significación histórica. La memoria de mi padre le era muy fiel, y yo le oí contar, muchas veces, sin discrepancias, en el correr de los años, lo que me empeño hoy en reproducir" (*Etapas de una gran política*, p. 254). El general Juan María Paz, por su parte, acostumbraba guardar registro escrito de algunas conversaciones que mantenía con Andrés Lamas, por ejemplo. Es así como se lamenta cuando, necesitado de recurrir al material que esas charlas entregaba, ve que no se ha "tomado el trabajo de redactar las conversaciones" (Juan B. Terán recoge algunos fragmentos de sus diario en los que Paz hace referencia a o trabaja directamente sobre esas charlas, en *José María Paz. 1791-1854*, Buenos Aires, Cabaut, 1936, pp. 289-295). Es evidente que tanto estas escenas como las que recupera Pastor Obligado en relación con Mariquita Sánchez se presentan como una reminiscencia fiel, sin mediaciones, cuando en rigor son construcciones de estampas que fijan sentidos y los lanzan hacia la memoria nacional. (Es hacia el ochenta, en términos generales, que esas conversaciones ingresan a la literatura y la historia argentinas como una modalidad habitual y legítima de conformación de una memoria nacional).

¹⁸"Sin duda, señor, [...] en estos juicios hechos a la ligera, y por la primera impresión de los sentidos, hay mucho que atribuir a la precipitación del viajero (que por ver una sirvienta tuerta, cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos)", se excusó Sarmiento cuando Pedro II le mencionó sus juicios sobre el sistema esclavista (Sarmiento, *Campaña*, p. 67). El tema de la esclavitud será tratado en la Tercera parte.

retomar de aquella primera carta no es justamente la enmienda que hace Sarmiento, sino la que le hace al escritor el emperador del Brasil, al decirle que Frutos Rivera no es un *charlatán*.

Vayamos a febrero de 1846. En la capital del Imperio, Sarmiento accede a la mesa del Encargado de Negocios de Inglaterra ante la corte brasileña.¹⁹ Entre los invitados se encuentran, también, el Encargado de Negocios francés y el general Rivera, expulsado de la presidencia de la Banda Oriental por las fuerzas sitiadoras de Manuel Oribe gracias al apoyo de Rosas desde Buenos Aires. Casi todos los emigrados argentinos *hablan mal* de él, pese a que muchas veces, en su enfrentamiento con el Restaurador de las Leyes, deben favorecerlo.²⁰

Me interesa la escena que Sarmiento describe, dejándonos ver en Rivera un personaje ridículo, que se arroga el protagonismo en los acuerdos para una solución de los problemas del Plata, porque "si no se trata conmigo, todo lo que se haga es nulo; yo soy Montevideo, yo soy todo, ¡la verdad!". Reproducido este exabrupto, Sarmiento se encarga de contar cómo él mismo no pudo contener la risa que contravenía los modos que deben conservarse en una reunión social de este estilo. Sarmiento festeja, en el relato, su actitud: se ha comportado como un niño.

"Habiame quedado estupefacto al oír este lenguaje en boca de un hombre entrado ya en años, estábamos todos con la

¹⁹Hamilton es uno de los representantes extranjeros más mencionados en las cartas que Tomás Guido le manda a Pilar en sus primeros tiempos en Río, porque entabla con él una excelente relación. El representante de Rosas le cuenta a su mujer cómo los Hamilton se instalan en la capital del imperio, cómo buscan casa y, sobre todo, se entusiasma con el baile de gala en honor al recientemente coronado Pedro II que Mr. Hamilton ofreció el 11 de octubre de 1841 en la Asamblea Extranjera, y para el cual la reina de Inglaterra había dado "carta blanca para gastar" (carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

²⁰La relación de los antirrosistas con Frutos Rivera es producto de la necesidad, y la consideración de su figura está ganada por la desconfianza, que va haciéndose más firme y personal. En su diario, Mariquita Sánchez primero dice que los argentinos no se fían de él; después, que los franceses y los argentinos; y terminará diciendo que tampoco ella misma. Y pese a que el aliado del gobernador de Buenos Aires es Manuel Oribe, con quien Frutos Rivera disputa la presidencia de la Banda Oriental, Mariquita ve en este último un "Rosas menos sanguinario" (Diario para Esteban Echeverría, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 376), una "copia" que irá cumpliendo —con el tiempo— las etapas del rosismo y de la política argentina. "Lo creo un hombre con toda la perspicacia de los gauchos y la apariencia del hombre civilizado" (Diario, p. 376), afirma con la certeza de quien ha llegado a esa conclusión por análisis. De la sospecha al desenmascaramiento, Mariquita Sánchez anticipa la imagen de Frutos Rivera que Domingo F. Sarmiento va a plantear lapidariamente en sus *Viajes*. Ella apuesta, como muchos exiliados, a la acción de Juan Lavalle para derrocar a Rosas; y, en la polarización entre el general unitario y su ocasional aliado, la tensión rioplatense entre la civilización y la barbarie encuentra otros ejemplos para alimentar la dicotomía.

circunspección conveniente, y de repente, por una de aquellas súbitas revoluciones de la imaginación muy frecuentes en los niños, yo, el menos condecorado entre tan altos personajes, yo reventé de risa. Fue para peor que me contuviese súbitamente, sacara el pañuelo y afectara limpiarme el sudor; mi confusión misma hizo comprender a todos, y al general, que me le reía en sus hocicos.

En la mesa de Hamilton se hablaba de todo, política, fruslería, incidentes, noticias. En cada cosa Rivera metía su cuchara principiando siempre, «Pues, yo...» y seguía alguna necesidad, y siempre él, actor, héroe, y parte integrante del suceso".²¹

Es oportuno mencionar que José Victorino Lastarria recuerda que en enero de 1841, entre las pocas pertenencias de Sarmiento (ese desterrado argentino que acababa de llegar a Santiago de Chile y que parecía "muy raro"), se incluían unas "entregas del *Diccionario de la Conversación* que el emigrado cargaba consigo como su único tesoro, y que a los pocos días fue nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio para atender a sus necesidades",²² lo que prueba que Sarmiento consumía manuales de civilidad para aprender a comportarse en los salones.

Pero podemos cotejar cómo el *desubicado* de Sarmiento desatiende la etiqueta *punto por punto*, si constatamos que hace precisamente todo lo que se supone que no debe hacerse de acuerdo con lo que establecen los manuales franceses de buenas costumbres cortesanas:

"Se tiver que declarar os seus sentimentos diante de dois rivais, esquive-se e alegue seu escasso talento. Nunca diga do que gosta e do que não gosta, e evite fazer questões. Tente saber, com disfarce, sobre a história das pessoas com quem conversa, mas jamais pergunte diretamente. Nunca reclame com virulência contra

²¹Sarmiento, *Viajes*, p. 69. En la compulsión con Frutos Rivera (y vimos que Sarmiento no era el único argentino en detestarlo), hay una diferencia a favor del argentino menos condecorado: Sarmiento se encarga de remarcar (como hemos visto) que muchas de sus visitas eran solicitadas por el propio emperador, lo que marcaba una diferencia con los que viajaban especialmente a Petrópolis para visitar a Pedro II, como Rivera, que habla "solicitado con infatigable instancia este honor" (Sarmiento, *Campaña*, p. 260).

²²Citado por Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Kraft, 1962, p. 157.

nenhuma questão. Abra mão de suas posições, sempre, e nunca sustente uma discussão, mesmo que tenha certeza de suas convicções".

Es conjeturable que Mariquita, en cambio, haya sido una excelente alumna de buenos modales y es probable que haya cumplido al pie de la letra con todas las reglas del buen tono, tal como se lo señala para el caso de las mujeres: callarse cuando todos se callen, manifestar una alegría moderada, comer lo que le ofrecen, disimular el aburrimiento.²³ Todo eso está en perfecta sintonía con la concepción de Bajtín respecto del poco lugar que queda para la manifestación individual en los casos de protocolo social.²⁴

Entre las derivas de la conversación, en casa de Hamilton, se tocó el tema del casamiento de la hermana de Pedro II, reina de Portugal, por lo que Frutos Rivera relató cómo el propio emperador le había ofrecido la mano de la joven. Luego de unas ironías de algunos comensales, Sarmiento logra "hacer llegar a la *adresse* de Saint-Georges esta palabra: *c'est un bavard*, y nuestra inteligencia quedó en el acto establecida", y así continuaron conversando y divirtiéndose a costillas de Rivera en un aparte, a la hora del café. La desubicación de Sarmiento (comportarse como un niño), en realidad, gana un valor opuesto: el desubicado es el charlatán, el que convierte la conversación en un campo de exhibicionismo y predominio de su yo. No un *causeur*: un *bavard*, el peor insulto que podría recibir un conversador.²⁵

²³Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, pp. 196 y 201, respectivamente.

²⁴Pedro Lamas, que volverá él mismo —ya de adulto— a cumplir misiones políticas en el Brasil, percibirá claramente la rigidez del protocolo, que se mantiene inflexible pese a los cambios que incluso en política las monarquías se habían ido permitiendo. Cuenta que, con el tiempo y los viajes por el mundo, Pedro II sólo aboliría el *beija-mão*, pero conservaría el "rigor protocolario que heredara de sus mayores" y describe el modo fijo en que, aun "el más accesible de los Jefes de Estado", dentro del ceremonial seguía una regla inalterable: "nadie dirige primero la palabra a un soberano, ni inicia con él un tema de conversación" (*Etapas de una gran política*, pp. 282-291).

²⁵Por una cuestión de espacio y de eje, no vamos a tratar aquí la relación entre Sarmiento y Lucio Victorio Mansilla (el *causer*), que tan marcada está por ciertas conversaciones (y malentendidos). Lo que sí queremos recuperar es que, ya muerto Sarmiento, Mansilla corona la complicada relación que los unió con una sentencia lapidaria para un conversador: "no poseía bien ninguna «lengua contacto», como Mansilla sí se vanagloriaba de poseer. Descarta, así, la posibilidad de entablar conversaciones internacionales y de relacionarse con el mundo: un obstáculo para su cosmopolitismo, que marcan la "deficiencia" en su modo de viajar y de conocer (Lucio V. Mansilla, "Sarmiento", en *Retratos y recuerdos*, Buenos Aires, Jackson, s/f, p. 25).

En cuestión de medida, los extremos del conversador (*causeur*) son el charlatán y el silencioso. El que habla de más (muchas veces esa desmesura va asociada a la exageración para derivar directamente en la mentira) es un *bavard*. Claude Dulong anota una versión más

V Cadena de favores

Ya en Francia, será precisamente una carta del caballero de Saint-Georges lo que le sirva a Sarmiento como presentación en las altas esferas de la política. M. Guizot lo mandaría llamar porque este hombre con quien Sarmiento sociabiliza y sintoniza en una comida en Río de Janeiro le sugiere a su gobierno que es el sanjuanino el hombre indicado para consultarlo si buscan interiorizarse de los asuntos del Río de la Plata. La carta resulta, así, la tercera llave para "penetrar en París", no enfatizada por Sarmiento con la misma intensidad que las otras dos —la recomendación oficial del gobierno de Chile y el *Facundo*—, pero no es poco importante.²⁶

Ya hemos visto que hay una relación directa entre el género epistolar y la conversación; pero —para el caso particular de las conversaciones en tertulias o salones— la carta de recomendación es el nexo perfecto. Porque gracias a este subgénero del epistolar, se accede a las reuniones o a los círculos sociales, esto es: se alcanza el espacio más codificado y privilegiado de la conversación. Y son particularmente importantes cuando, por la situación que se genera con el exilio argentino del siglo XIX, se pierden los núcleos de pertenencia y las posibilidades de encuentro social, amistoso y afectivo. De su valor ha hablado Sarmiento en la carta desde Río de 1846:

"Cuando usted viaje, hágase de buenas cartas de introducción al principio; que no hayan de servirle de gran cosa aquellos a quienes va recomendado, sino que por una de tantas puertas abiertas, ha de encontrar su pasaje y su camino a donde quiera Ud. llegar; a más de que la civilidad en todas partes prodiga aquellas

lapidaria, al contar que algunos misóginos de comienzos del siglo XVII habían bautizado con el nombre de "caquetoire" a un tipo de asiento en el que las mujeres se sentaban a cacarear (*caqueter*) (Claude Dulong, "De la conversación a la creación", p. 171). En relación con la vida social que estamos tratando en este capítulo, Juan María Gutiérrez usa el término "tertuliar" ("hermosas muchachas con quienes tertuliar") en carta a su amigo Pío Tedín, del 25 de abril de 1835; y llama "langosta de las tertulias" a los que no saben conducirse de acuerdo con la gramática social (en *La Moda*, artículo citado).

²⁶Sarmiento, *Viajes*, pp. 105-106 y 120.

atenciones que nos muestran que no andamos desconocidos e ignorados en el mundo".²⁷

Las que Sarmiento llevaba a Río de Janeiro propiciaron el encuentro con los encargados de negocios extranjeros con los que compartió la cena que analizamos, y también con "el doctor Sigaud, médico del emperador" que "me puso en contacto con el Dr. Chavannes, promotor de la industria de la seda". No menciona, aunque también la llevaba, la carta de recomendación que Francisco Pico le entregó en Montevideo, pidiéndole a José Mármol que le mostrara la capital del Imperio:

"El portador de la presente será nuestro compatriota Don Domingo Sarmiento, autor de la Biografía de Quiroga. He deseado que trate a Ud. y le he dado esta carta de introducción. En su corta mansión en esta ciudad hemos ligado una amistad estrecha, y se lo recomiendo como a un hermano.

Muéstrele Ud. cuanto haya de notable y él quiera examinar en esa ciudad. Hablarán Uds. de literatura y de patria, y cuando él haya de continuar su viaje para Europa estoy seguro de que será Ud. su amigo, tanto como yo lo soy de Ud., mi querido Pepe."²⁸

En la biobibliografía que traza al final de *Recuerdos de provincia*, Sarmiento aprovechará la entrada dedicada a sus *Viajes por Europa, Africa y América* para hacer una valoración moral del viaje como educación y del viaje como socialización:²⁹

"Los viajes son el complemento de la educación de los hombres, y si el contacto con personajes eminentes eleva el espíritu y

²⁷Este pasaje lo cito por Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, p. 73. Esta edición, que suele tener errores, me resulta en este caso más exacta que la de Archivos, que concluye la frase con un salto sintáctico: "a más de que la civilidad en todas partes pródiga de aquellas atenciones que nos muestran que no andamos desconocidos e ignorados en el mundo"(p. 68 de la edición de Archivos). He abordado teóricamente el tema de las cartas de recomendación como un don en "Correspondencias", que retomo aquí porque —a partir del análisis de la sociabilidad en tránsito— se confirma la fundamental importancia de las cartas de recomendación, por el rédito (político, pero también afectivo) que se obtiene con las relaciones sociales.

²⁸Carta de Francisco Pico a José Mármol (Montevideo, 23 de enero de 1846), en Archivo General de la Nación, Fondo José Mármol 2352: Recortes de periódicos. Discursos. Manuscritos de *Amalia* y otros escritos literarios. 1838-1917 y s/f, documento 7497; y en José Mármol, *Poesías completas*, tomo I: *Cantos del peregrino*, textos y prólogo de Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1946, p. xxiii.

²⁹En la Cuarta parte desarrollaré la relación entre viajes y educación, focalizando particularmente en el viaje del exilio.

perfecciona las ideas, puedo vanagloriarme de haber sido muy feliz en mi excursión, pues que he podido acercarme, no sin haber sido favorablemente introducido, a los hombres más eminentes de la época. A M. Guizot fui presentado por recomendación del gobierno de Chile,³⁰ siendo intermediario el señor Rosales; a M. Thiers, por el agente de Montevideo; al célebre Cobden y al mariscal Bugeaud, en Africa, por M. Lesseps, que ha sido embajador en España y después representante del pueblo en Roma; a Alejandro Dumas, por M. Blanchart y Girardet, pintores célebres; a Gil de Zárate, por el coronel Sesé; a Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, Aribau y otros literatos españoles, por recomendaciones que llevaba de literatos franceses, y por Rivadaneira. Al célebre Barón de Humboldt y a los ministros del rey de Prusia, que me prodigaron mil atenciones en honor al gobierno de Chile, por el Dr. Wappaüs y el jefe de la oficina de estadística, Mr. Dieterice; a Pío IX, por la recomendación de ser sobrino de los obispos de Cuyo, Oro y Sarmiento, habiendo conocido en América al primero; a M. Mérimée, por el pintor Rugendas; a Mme. Tastu, por M. Laserre, a San Martín, por los argentinos que me habían recomendado con encarecimiento a él; a Mr. Mann, en los Estados Unidos, por un senador del Congreso, a quien Mr. Ward, de Valparaíso, dio los más favorables informes; y a cien personas más que sería prolijo enumerar, con quienes he pasado horas enteras tratando de los asuntos más graves, habiendo merecido de todos las más lisonjeras distinciones, y con muchos de ellos gozado de la mayor intimidad".³¹

Se trata de una cadena de favores, o de dones, en general transmitidos a través de cartas. La lista que el viajero confecciona funciona como agradecimiento y exhibición de relaciones, al mismo tiempo. Los amigos, es evidente, son un

³⁰Como acabamos de señalar, en *Viajes Sarmiento* da otra versión de su acceso a Guizot.

³¹Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, pp. 278-179 (la ortografía ha sido modernizada). En Alemania, Sarmiento va a Postdam para conocer al Barón de Humboldt, "el decano de los viajeros", y luego de la visita —como cualquier turista y como cualquier admirador— se compra una vista de Berlín y un retrato del científico, como postales o *souvenirs* (cf. Sarmiento, *Viajes*, pp. 286 y 547).

salvoconducto.³² Por eso, un mes antes de la carta desde Río de Janeiro, todavía en Montevideo, Sarmiento había podido contar que la "señora de Mendeville [...] [m]e ha atosigado de cartas de recomendación".³³

Ya en Río de Janeiro, agobiado por el calor del trópico, y bajo el influjo de la memoria de sofocos más sexuales, Sarmiento le escribirá a su nueva amiga una carta lisonjera, recomendándole al joven Vicente Fidel López, su "compañero de trabajos y de peregrinaciones, [...] muy admirador de Ud."³⁴ Esta carta condensa varios de los puntos que venimos tratando en relación con la situación social que se genera debido al exilio: por un lado, da cuenta de la circulación de argentinos por diferentes países y de sus intentos de acomodarse en alguna parte; por otro, deja ver el arte de la galantería que Sarmiento despliega aquí con cierta *expertise*, aprendida y puesta en práctica en los salones. La carta de recomendación pretende paliar la dispersión de los amigos o compañeros, prodigando contactos que permitan acceder a nuevos círculos sociales, en el extranjero.

Varios estudiosos de los epistolarios han señalado el atrevimiento que tuvo Sarmiento al recomendarle a Mariquita al hijo del autor de la *Marcha Patriótica*, uno de sus más viejos conocidos.³⁵ Esta misiva de Sarmiento confirma el valor de uso que tiene una carta de recomendación, pero también el egocentrismo del remitente, del que se deja clara constancia en un comentario

³²En los apuntes de su viaje por América del Sur, Samuel Greene Arnold también hace referencia a las cartas de recomendación y arma la red de relaciones sociales y de favores: cuando iba a partir de Río de Janeiro, "[f]ui a casa del general Guido, de Mr. Birkhead, de Mr. Reid y a varias otras, todos me dieron numerosas cartas. El general Guido me dio 5: una para el general Oribe, presidente del Uruguay; 1 para el general Ochisas [?] en Corrientes; 2 para los fuertes (Santa Fe y Rosario) sobre el Paraná, y 1 para el general Pinto, comandante general del ejército chileno. Mr. Birkhead me dio 8. El vizconde de Abrantes me dio una para el inspector de aduana de Río Grande y una para el ministro brasileño en Montevideo; también tengo una del *Foreign Office* para el Residente de Río Grande. Me entregaron varias otras, 28 en total. El general Brown me dio una. Todos parecen muy amables." Algunas resultan salvoconductos sociales; otras, políticos. Ya en Buenos Aires, le sirvieron las cartas que Oribe le dio para su pariente Miguel de Riglos; y destaca el trato que le brindaron Pedro de Angelis y su esposa: "Son muy corteses y amables; todos para quienes traje cartas se ofrecieron a ayudarme en obtener peones para mi viaje" (Samuel Greene Arnold, *Viaje por América del Sur*, pp. 96-97, 141, respectivamente).

³³Carta de Sarmiento a Juan María Gutiérrez, Miguel Piñero, Demetrio Peña y demás amigos de Valparaíso, Montevideo, 1846. En *Archivo JMG*, tomo II, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1981, p. 37.

³⁴Carta de Sarmiento a Mariquita Sánchez, Río de Janeiro, 19 de febrero de 1846, en Piccirilli, *Juan Thompson*, p. 15; y Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 363.

³⁵Cf. Piccirilli, *Juan Thompson*, p. 15; y Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 363.

epistolar de la hija de Vicente Fidel López a una nieta de Mariquita Sánchez: su padre dice

"que en efecto él fue el conductor de su carta; pero que ignoraba que Sarmiento hubiese cometido la genialidad de recomendarle a una íntima amiga de sus padres, cuyo trato había frecuentado él mismo con su amigo el Dr. Juan María Gutiérrez, noche a noche, desde 1837, en que comenzaron sus visitas, hasta 1839 en que él y su amigo dejaron a Buenos Aires".³⁶

Sarmiento corteja a Mariquita con la escritura, y sabe qué resortes tocar para agradar: "Mi recomendación no contribuiría en nada a merecerle la grata acogida que dispensa Ud. a todos los que honran las letras argentinas",³⁷ cortesía que ratifica lo que ya tratamos: que Mariquita es una verdadera anfitriona, y su sala de recibo (donde quiera que esté) es un ámbito de contacto intelectual.

VI ¡Honor y gratitud al gran Sarmiento!

Que Sarmiento mediara entre personas que ya se conocen pone en evidencia, por otra parte, su no pertenencia a los círculos sociales de Buenos Aires, ciudad que no conocerá sino hasta el fin de la época rosista, sumando una *desventaja* más a las tantas de las que él mismo se lamenta por haber nacido en San Juan. Pero —es evidente— a Sarmiento le interesa codearse, relacionarse, y encumbrarse. La carrera de los honores, se sabe, es la forma que tiene de paliar lo que el nacimiento en una alejada provincia argentina se empeña en vedarle —o al menos obstaculizarle— como el destino que cree merecer. No será "doctor"; pero sabrá acumular títulos en un *cursus honorum* sin tregua;³⁸ y se sentirá orgulloso de recibir, luego de la batalla de Caseros, los

³⁶Carta de Carmen López a Teodolina Alvear de Lezica, en Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 363. En relación con las cartas de introducción, debemos agregar el hecho de que algunas recomendaciones se hicieran sin conocimiento del propio recomendado, situación que no debió darse en todos los casos, porque —como hemos visto— Sarmiento, por ejemplo, sabía perfectamente quién le abriría las puertas ante cada figura (aunque precisamente de la recomendación de Saint-Georges a Guizot se enterará después, cf. Sarmiento, *Viajes*, pp. 105-106).

³⁷Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 363 y Piccirilli, *Juan Thompson*, p. 15.

³⁸Ya mencionamos este punto, y volveremos a él más adelante.

"diplomas y la condecoración de Oficiales de la Orden militar de la Rosa, que da en el Brasil honores y tratamiento de coronel, como una honra con que el Emperador ha querido que conservemos el recuerdo del combate naval del Tonelero", como le dice a Mitre (junto con quien —además de Wenceslao Paunero— Sarmiento comparte el honor).³⁹ Es tan importante la condecoración que,

"[p]ara mí, la mención honorable del Sr. Vice-Almirante Grenfell, y la condecoración del Emperador, como mi espada, las espuelas de Lavalle y el estandarte tomado al enemigo, son los únicos recuerdos y los únicos trofeos adquiridos. Sin ellos, mi nombre habría sido borrado de las listas del ejército, no obstante que fue el único que por su doble empleo [de soldado y boletínero], no tuvo hora de reposo en la campaña, y se halló en los dos grandes combates que la ilustraron".⁴⁰

Sarmiento se refiere a la condecoración como "una agradable sorpresa" que le tenían preparada: se muestra recibiendo, por merecimiento propio y voluntad de quien lo ofrece, un don.⁴¹ Sin embargo, la versión que da la familia Lamas es un poco menos candorosa:

"Antes de dejar a Río de Janeiro, Sarmiento le manifestó a mi padre el deseo de ser condecorado por el Emperador; intérprete de ese deseo, mi padre obtuvo que se le nombrara comendador de la orden de la Rosa.

El día en que recibió la condecoración había baile en el Casino, con asistencia de Sus Majestades.

Mi padre, que se hallaba en la sala, lo vio llegar a Sarmiento con la encomienda puesta, pero al lado derecho del frac. Le observa que se lleva a la izquierda.

— Es lo mismo, dice, aunque cambiándosela, efectivamente a la izquierda, en medio de la sala, con su peculiar desenvoltura.

³⁹Sarmiento, *Campaña*, p. 63. La "Ordem da Rosa" había sido creada en 1829 por Pedro I en conmemoración de su casamiento. Sarmiento la recibe el día 19 de abril de 1852, según le dice a su amigo José Posse en una carta que le escribe ese mismo día (*Epistolario entre Sarmiento y Posse. 1845-1888*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, tomo I, p. 29) (la medalla se exhibe actualmente en el Museo Sarmiento de Buenos Aires).

⁴⁰Sarmiento, *Campaña*, p. 63.

⁴¹Hace saber —como distraídamente— que, en sus encuentros, el emperador "nada me había dejado traslucir sobre las condecoraciones" (*Campaña*, p. 68).

Era, en todo, el hombre original, pintado por él mismo en «Civilización y barbarie», cuyo rastro luminoso no se borrará, empero, de los anales históricos de su país".⁴²

El comentario del hijo de Andrés Lamas —nada inocente, por cierto— deja al descubierto la importancia que estos honores podían tener aun en espíritus antimonárquicos, tal como se manifestaban insistentemente tanto rosistas como opositores cuando se enfrentaban al sistema político brasileño. Y vemos cómo nuevamente los argentinos hacen un uso político de lo que dicen despreciar. Sacan la condecoración del sistema de origen para hacerlo valer en el sistema propio, donde —sobre todo en la circunstancia de la lucha contra Rosas que se entabla desde el exilio, y en la cual el apoyo y el reconocimiento de las naciones extranjeras es inapreciable— se contabiliza como crédito. La anécdota confirma, además, que Sarmiento no sabe comportarse: o se desubica o no sabe cómo conducirse. A la *cortedad* ("el coágulo que entorpece y caracteriza el momento inicial del viaje de Sarmiento; la ropa corta, especialmente el frac incómodo e imprescindible", que trabaja David Viñas)⁴³, puede sumársele la *gaucherie* en relación con la etiqueta o el protocolo, que se relacionan con algunas de las torpezas de representación con que el ministro de la barbarie, Tomás Guido, dio que reír a los opositores.

Pero hubo, entre los argentinos, quienes no estuvieron dispuestos a que se mofaran de ellos, como Carlos Guido Spano, uno de los hijos del representante de Rosas, que se movía a sus anchas por la ciudad cortesana:

"El único sitio donde no puse los pies fue en el palacio del Emperador. Mi padre quiso presentarme alguna vez; mas para asistir a las recepciones de Su Majestad se necesitaba un uniforme, y la costumbre de los que no le tenían era llevar casaca de terciopelo verde y calzón corto de lo mismo. Resistiendo las

⁴²Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 191-192. Al comentarle a su amigo Bartolomé Mitre el grato contacto que estableció con Andrés Lamas, Sarmiento pinta sus propios modos: "Es muy argentino como usted sabe, y el hábito de una diplomacia laboriosa le ha dado esa *souplesse* y tacto de los hombres y de las cosas que a mí me falta, después de haber servido tantos años de cuña, de púa para horadar el muro de granito que nos tenía separados de nuestra patria. El ha logrado introducir en mi espíritu un poco de calma y casi he desistido de lanzar a quemarropa un brulote que no sería sino el aviso de que abro una nueva campaña para continuar el trabajo comenzado" (Carta a Mitre, Petrópolis, 22 de marzo de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 191).

⁴³David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo veinte, 1974, p. 157.

instancias paternas, declaré terminante no consentiría jamás en presentarme en público vestido de cotorra".⁴⁴

Habitualmente declarado en rebeldía contra el Imperio (como veremos más en profundidad en la parte siguiente), Carlos Guido no fue presentado, como si lo fueron —y más: oficialmente— sus hermanos:

"Ayer he presentado a todo el cuerpo diplomático a Tomás y Daniel, como empleados en la Legación Argentina, y mañana a la tarde me propongo presentarlos al Emperador. Esta ceremonia [ilegible] es un ataque a mi bolsillo, pero sirve de algo a los jóvenes. [José] Tomás es el más interesado en todo esto, pero sin cambiar en un átomo las consabidas propensiones [al desaliño y la informalidad]."

Debemos recordar que la vida en Río de Janeiro era onerosa, a lo que debe agregarse que el deseo o la *obligación* de pertenecer a la corte (y no sólo de vivir en la ciudad en la que residía la corte) exigía, incluso, más que ciertos gastos de representación, una verdadera inversión, como lo prueban los detalles de los costos de los diferentes títulos nobiliarios, pero también todos los gastos administrativos de tramitación y sellado de los papeles oficiales que el imperio imponía para recaudar fondos.⁴⁵

Si Carlos Guido no quería ir vestido de cotorra, es inevitable que nos preguntemos entonces cómo se había presentado Sarmiento a las entrevistas con el emperador. Lilia Moritz Schwarcz comenta el cambio que se produce en la década del 30 en la indumentaria masculina porque "a principal ocupação social na corte eram, agora, as visitas", y se hicieron indispensables cuatro equipos de calzón (los cortos empezaban a ser reemplazados por los largos) y saco: uno negro para misas, entierros y cualquier ocasión solemne; uno azul para hacer visitas; uno color tostado para lucirse en la Rua Direita (la calle de moda de la época que enseguida sería desplazada por la Rua de Ouvidor); y otro "verde com botões amarelos para as cerimônias oficiais", que presumiblemente vistiera Sarmiento para sus entrevistas.⁴⁶

⁴⁴Carlos Guido Spano, *Carta confidencial*, p. 34.

⁴⁵Para una amplia cobertura de esta cuestión, cf. Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, especialmente el capítulo "Como ser nobre no Brasil", y particularmente las pp. 172 y 175.

⁴⁶Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 66. Agregamos: la elección del verde probablemente se deba a que era el color heráldico de los padres de Pedro II.

La elección de la indumentaria es un modo del enfrentamiento ideológico, como queda claro a partir de "El matadero"; pero, también, la elegancia es uno de los atributos de un héroe militar, como se ve en el caso del general Pacheco, el ministro de guerra de la Banda Oriental, quien en su paso por Río de Janeiro, rumbo a Europa, con el fin de proveerse de armas y de —precisamente— ropa para los combatientes, "[s]e mandó hacer en la *rua de Ouvidor* un uniforme de general, muy relumbrón y llamativo, con su respectivo tricornio de plumas azules", y para no opacar el traje flamante, debió reemplazar los cordones de la batalla de Ituzaingó porque los originales ya estaban muy gastados. Al vencer a Rosas, lucirá esa "indumentaria a la francesa [de la que se había provisto] con la que se exhibió tan gallardamente, en Caseros, la división oriental".⁴⁷ La guerra también tiene su moda, cosa que sabía a la perfección Sarmiento, que se jactaba de haber sido

"el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paltó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios. [...] A los seis días de campaña, la silla, la levita y el quepí estaban debidamente respetados. Se han de reír de Ud., me decía uno. —Ríase usted, le contestaba yo; y nadie se ríe, cuando no hay de quién, aunque haya de qué. Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos, seguido al pie de la letra, discutido con Mitre y Paunero, y dispuesto a hacerlo triunfar sobre el chiripá si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos (*Campaña*, p. 141)".

⁴⁷El niño Pedro Lamas recibió como *souvenir* los cordones viejos (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 115-116). Que Pacheco renueve su ropa de etiqueta en el Brasil seguramente se relacione con la carestía que se vive en Montevideo, como vimos en relación con Mariquita. Se confirma, por otra parte, que para los rioplatenses la corte brasileña es un espacio para el ensayo de la etiqueta y el protocolo europeos, antes que un mamarracho o una parodia necia, como había condenado Sarmiento a primera vista.

VII Palermo

En Buenos Aires también se recibía en la residencia del gobernador. A partir de su construcción, la visita a Palermo constituyó una cita obligada para los viajeros extranjeros, y no son pocos los libros de viajes a América del Sur que dedican algunas páginas a la descripción de la residencia de Rosas.

"A media legua de Buenos Aires está la quinta de Palermo que Rosas hizo construir para retirarse durante el verano y gozar de sus sombras idílicas. Rosas ha hecho de Palermo, desde hace algún tiempo, el *arcanum* habitual de sus altas combinaciones políticas, una especie de Versalles o de Saint-James del Río de la Plata. El camino que comunica a Palermo con la ciudad sería en cualquier parte considerado como un excelente camino. En efecto: se halla apisonado como un sendero de parque inglés y alumbrado por la noche con dos líneas de reverberos, como una avenida de los Campos Eliseos."

Es el testimonio de Xavier Marmier.⁴⁸ El acceso, de todos modos, no debía ser tan fácil como él lo describe, porque Samuel Greene Arnold, en pleno verano, aunque la vuelta por el "camino de la ribera" le llevó sólo media hora, debió soportar "el río [que] estaba alto, el viento fuerte y los caminos polvorientos".⁴⁹ Los extranjeros alternan la condena por los errores que se han cometido en el proyecto arquitectónico de Palermo con la celebración de los aciertos; y al no coincidir, muestran que —en algunos casos— la cuestión es sólo de gusto. Pero para Sarmiento que, como se sabe, al entrar triunfante a Buenos Aires, luego de vencer Rosas en Caseros, va a Palermo, su encono le hace escribir una de las más interesantes descripciones de un lugar en el que todo le parece rotundamente condenable:

"Palermo es un monumento de nuestra barbarie y de la tiranía del tirano, tirano consigo mismo, tirano con la naturaleza, tirano con sus semejantes. [...] Palermo está situado en la vega del río; a tres cuadras de la casa al Norte, son ciénagos los terrenos, ciénagos eran los cimientos del edificio. Propúsose corregir el defecto del suelo terraplenándolo, e invirtió un millón y doscientas

⁴⁸Citado por José Luis Busaniche, *Rosas visto por sus contemporáneos*, p. 113.

⁴⁹Samuel Greene Arnold, *Viaje por América del Sur, 1847-1848*, p. 144.

mil carretadas de tierra. Plantó árboles; pero entonces dando en el agua las raíces a medida que alcanzaban a la tierra cenagosa que no había hecho más que ocultar, los árboles se morían y se replantaron en diez años cien mil naranjos para tener mil o pocos más vivos. [...] Quiso cubrir de cascajo fino las avenidas y gustáronle las muestras de conchilla que le trajeron del río. La presión de los carros molió la conchilla, y sus moléculas, como todos saben, son cal viva; de manera que inventó polvo de cal, para cubrir los vestidos, pelo y la barba de los que visitaban Palermo, y una lluvia diaria de cal sobre los naranjos a tanta costa conservados, por lo que fue necesario tener mil quinientos hombres limpiando diariamente una a una las hojas de cada árbol. He aquí el resultado de ignorar el gaucho estúpido las leyes del nivel de las aguas, y la composición química de la conchilla. [...] La casa es del mismo género. Cuando se habla de la habitación del soberbio representante de la Independencia americana, del Jefe del Estado durante veinte años, se supone que algo de monumental o de comfortable, ha debido crearse para su morada. En punto de arquitectura, el aprendiz omnipotente era aún más negado que en jardinería y ornamentación. [...] Así, pues, toda la novedad, toda la ciencia política de Rosas estaba en Palermo visible en muchas chimeneitas ficticias, muchos arquitos, muchos naranjitos, muchos sauces llorones (*Campaña*, pp. 209-210).

Arboles de cementerio, como no deja de aclarar Sarmiento, para hacer no sólo menos meritorio sino también más luctuoso el diseño de paisaje.

Si esa crítica furiosa establece una diferencia de saberes, la que se detiene en el plano de la casa es netamente moralista:

"Omito los detalles de la vida que tal habitación imponía. Manuelita no tenía una pieza donde durmiese una criada cerca de ella: los escribientes y los médicos pasaban los días y las noches sentados en aquellos zaguanes o galpones [...]"(*Campaña*, p. 210).

Es contundente la condena por omisión de asunto, mucho más que si hubiera explicitado los riesgos, que saltan a la vista. En el cuarto de la *niña*, además, uno imagina —por metonimia— el rústico despojo que presenta el cuarto de su padre, pero Samuel Greene Arnold nos devuelve un entorno ciertamente más realista, menos ideológicamente esquemático, al contar que, dentro de la

sencillez, los muebles eran de estilo inglés, que la habitación contaba con la rareza de tener "una buena alfombra" y que los adornos eran de "buen gusto", como él puede reconocer aunque de todos modos haya quedado impactado con la cruda grosería con que Rosas se divierte a expensas de su hija, haciéndole siempre bromas de neto tono incestuoso. El cuarto del padre sí es bien despojado (*Viaje por América del Sur*, p. 164). Pero a ese espacio que Sarmiento describe para connotarlo negativamente el proyecto rosista lo ha planificado como sustento y práctica de una ideología, como explica Fernando Aliata:

"Si se mira la simple planta de la casa, derivada de cierta tipología de la villa del Renacimiento italiano, se ve una notoria diferencia con lo que puede pensarse para la época como residencia gubernamental. No existe en este caso algún tipo de escalonamiento entre el espacio público y el privado del gobernador. La despojada arquitectura de esta quinta suburbana parece estar directamente relacionada con la experiencia política rosista que necesita explícitamente contar con un espacio sin jerarquías para afirmar su artificiosa transparencia. La ausencia de ornamentación, la confusión de roles y funciones en una estructura simple en la que todo se superpone, es lo que lleva a identificar a la casa directamente con el mito de la austeridad republicana."⁵⁰

VIII Lo monstruoso

Para la oposición, Palermo es el espacio de la fiesta del monstruo; y así es como se vuelve el espacio ideal para alimentar el gótico argentino que, aunque no programático hasta el ochenta, comienza a desarrollar claramente

⁵⁰Fernando Aliata, "Cultura urbana y organización del territorio", en *Nueva Historia argentina*, Noemí Goldman (dir. de tomo), *Revolución, república, confederación. 1806-1852*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 241, donde agrega que la misma línea de la sencillez y de lo no fastuoso había seguido Carlo Zucchi un par de décadas antes al proyectar las casas de Tomás Guido, Juan Martín de Pueyrredón o José María Paz. Es en los protocolos del poder, sin embargo, donde vemos reaparecer las marcas cortesanas, hasta el punto de que existen algunos documentos emitidos por "el gobernador de la provincia" en el "*Palacio de San Benito*" (subrayado nuestro) (se trata de un pedido de libros que hace Rosas a la Biblioteca del Estado —sobre lo que volveremos en la Cuarta parte de la tesis— incluido en Enrique Arana (h), *Rosas y la política exterior*, Buenos Aires, Instituto Panamericano de Cultura, 1954, p. 465.

una literatura del horror —gracias a los relatos asociados con los métodos de control del sistema rosista que resaltan el consiguiente padecimiento de sus víctimas— que encuentra en esa quinta la adaptación *plebeya* de los castillos europeos.⁵¹

La literatura antirrosista diseñó el futuro sin Rosas como el espacio deseado (hay un modelo utópico de nación en el programa final del *Facundo*, en la vida comunitaria que proyectan en Barracas Daniel y Eduardo con sus prometidas en *Amalia*, en las propuestas de buen gobierno del *Dogma socialista*) y lo contrasta permanentemente con la configuración de espacios hostiles, como la pampa o la ciudad de Buenos Aires, *ganados* por el gobierno federal. En los relatos opositores, los espacios nacionales están cargados de terror o constituidos precisamente como el terror. Adolfo Saldías, en su *Historia de la Confederación Argentina*, disconforme con José Rivera Indarte, descarga sobre él toda la furia que a veces contiene frente a escritores o publicistas de mayor reconocimiento público:

"[...] Rivera Indarte excede el escándalo; penetra en el hogar doméstico, maltrata la virtud, escarnece la honradez, y revuelca la reputación de las madres y las hijas entre el fango de una cloaca donde fermenta su odio tremendo, su perversión ingénita. Nadie se salva [...]. A Manuela de Rozas, la virtuosa hija de don Juan Manuel, le dedica torpes calumnias [...]. Pero sobre todo, [se ensaña con] la persona de Rozas, hasta en los mismos detalles de la vida privada, desde que nació, y cómo vivió, y lo que hizo o dejó de hacer, y lo que hace en su alcoba y en su lecho, y lo que habría o no habrá hecho si no fuese como lo presenta calculadamente Rivera Indarte, siempre *bajo el aspecto de lo monstruoso-mitológico*; como para que la Europa viese qué especie de dragones producía este país de bárbaros, qué índole y qué inclinaciones salvajes campeaban en la vasta extensión donde

⁵¹Hay algunos cuentos de Juana Manuela Gorriti que, proponiendo otras posibilidades narrativas que las del realismo de las ficciones políticas al estilo de *Amalia*, traman ensoñaciones que intentan plantear o resolver por la ficción el problema político. Claro que esos cuentos, de asunto rosista, se escriben diez años después de la caída de Rosas. Véanse, por ejemplo, "El lucero del manantial", "El guante negro", "La hija del mazorquero", "La novia del muerto" o "Una noche de agonía". En los textos de Gorriti, Rosas puede ser una especie de fantasma (de la política o de la historia).

dominaba ese monstruo y cuán útil les sería a las grandes potencias reducirlo a cañonazos [...]."⁵²

Rivera Indarte, que fue rosista y después un furibundo opositor (irá del "Himno de los Restauradores" a las *Tablas de sangre*) da, por ejemplo, una escalofriante versión sobre la muerte de Encarnación Ezcurra. No sin dejar de adjudicarle una afección a la bebida que agrava su estado de salud, como primera forma de la injuria, cuenta que Rosas se solazaba en ofrecer el cuerpo moribundo de su mujer a los locos que "formaban su corte", diciéndoles: "Acuéstate con Encarnación, si ella quiere, y consuélala un poco". Se asocian, así, al rosismo, la muerte y la lujuria. Pero lo más llamativo es la puesta en escena que Rivera Indarte monta: negándose Rosas a que su mujer se confiese antes de morir, espera a que haya dejado de respirar para hacer traer al sacerdote. Todo está preparado: uno de sus "bufones", instalado con anticipación debajo de la cama de la muerta, se encarga de hacer movimientos para simular que Encarnación, todavía viva, recibe la extremaunción. Rivera Indarte da en la tecla al caracterizar esta pantomima como "escena infernal".⁵³

No se trata aquí de recuperar el referente histórico para desmontar esta versión. Lo más interesante es ver de qué manera disputan —a lo largo de la historia nacional— diferentes representaciones, y cómo se entran. Esas versiones antirrosistas son —ante todo— eficaces; y (además, claro, de ser las versiones de la ideología que dará forma al estado liberal argentino hasta hoy) la eficacia radica en su dramaticidad y en el modo ficcional que ponen en juego. Esto es evidente en los textos literarios. Pero también aparece en la bibliografía histórica que decide —en el fragor de las polémicas ideológicas en torno al rosismo— recoger esas imágenes. Y, en contraposición con la línea reivindicadora de Saldías, los escritos de José María Ramos Mejía funcionarán como el compendio de calamidades rosistas.⁵⁴

⁵²Adolfo Saldías, *Historia de la confederación argentina*, tomo VI: *La coalición y la diplomacia siniestra*, Buenos Aires, Biblos editorial, s/f, pp. 87-88. En la Cuarta parte abordaremos el rosismo como material posible para la literatura europea. El subrayado nos pertenece.

⁵³José Rivera Indarte, "Juan Manuel de Rosas", *Rosas y sus opositores*, Buenos Aires, Jackson, tomo 2, s/f, pp. 158-160.

⁵⁴Ramos Mejía, al criticar la *parcialidad* de la historia de Saldías, que trabaja sobre y a partir de los papeles del propio Rosas, dice que "circula ardiente en su noble sangre la diátesis... ¿cómo la llamaremos? *Rosafilica*, a falta de otro mejor convencimiento. [...] Podrá él decir que yo, a mi vez, lo estoy por la diátesis unitaria. Pero ya lo veremos a su tiempo" (José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, tomo I, p. 17, subrayado en el original).

La habilidad desplegada en la construcción ficcional de esas imágenes hace de hechos nimios o cotidianos, y de hábitos privados, acontecimientos dignos de ser narrados. Y lo narrable se asocia —desde el antirrosismo— a los relatos del horror, del terror, de la perversión, de la sangre, de la lujuria incluso (como vimos); todas —de alguna manera— formas de la *criminalidad*. Se abona la línea del relato de lo monstruoso que tan bien construyen las enconadas páginas de la *Amalia* de Mármol, las diatribas de los gauchos gaceteros antirrosistas del *Paulino Lucero* de Ascasubi o las hipérboles de Sarmiento al pintar la *barbarie* argentina. Y ya se sabe que las versiones de lo monstruoso despiertan más interés que las representaciones immaculadas de una vida ejemplar, que son las que arma el discurso oficial del rosismo sobre la muerte de la Heroína de la Federación.⁵⁵

A Juan Thompson, *guardado* en la casa de la calle Empedrado por temor, le llegan las noticias de las honras fúnebres que se le tributan a la mujer de Rosas, por los periódicos o los comentarios de quienes visitan su casa, entre los que se cuenta el médico personal del gobernador, James Lepper. Encarnación Ezcurra es, para Thompson, una "segunda Inés de Castro, sin su belleza, ni sus virtudes, [que] ha reinado después de muerta".⁵⁶ Asunto ya clásico de la literatura peninsular, la bella Inés de Castro, amante del heredero del trono de Portugal, muere asesinada en 1355 a causa de las intrigas palaciegas que ven en su familia un peligro para la corona. La leyenda cuenta que Pedro, transido de dolor, hace exhumar el cadáver de su amada y, ciñéndole una corona en la cabeza, la nombra reina. A continuación, en honor a la muerta, obliga a sus súbditos a cumplir con el ritual del *beija-mão* sobre el cuerpo putrefacto de la infortunada Inés. Las *filhas do Mondego* lloraron los desdichados amores de Inés, como el pueblo federal a su heroína; y si Encarnación no tuvo un poeta de la talla de Luís Vaz de Camões para cantar su muerte, como se ve, no le faltaron

⁵⁵En relación con la obra sarmientina, Ricardo Piglia ha planteado al monstruo como "el otro puro", la figura más límite del diferente, que es —o marca— también el "límite externo de una cultura" en relación con ciertas figuras espectrales, como la del padre del sanjuanino, o históricas y alucinatorias, como las de Facundo, Rosas o Urquiza. Si el monstruo es el límite externo de una cultura, el enigma es el interno, siendo posible —además— que el monstruo también sea el enigma. (Las ideas de Piglia fueron expuestas en un seminario de doctorado que dictó en el segundo cuatrimestre de 1998 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA).

⁵⁶Diario de Juan Thompson, en Piccirilli, *Juan Thompson*, p.221. El diario de Juan Thompson no tiene de la fiebre romántica sino precisamente la recurrencia de lo sublime, en su sentido burkeano: lo terrorífico, lo horroroso, lo espectral, a lo que acompaña el anatema; el resto está guiado por la medida *aparente* del que se pretende cronista y busca credibilidad. Sobre lo sublime volveremos en la Cuarta parte.

leyendas e interesantes narraciones. Se le rindieron honores de Capitán General a esa mujer argentina con mortaja de seda y puesta entre almohadones de raso, que tuvo su cuerpo "expuesto como el de las reinas". "O caso triste, e digno da memória/ Que do sepulcro os homens desenterra,/ Aconteceu da mísera e mesquinha/ Que depois de ser morta foi Rainha", llora Camões. Encarnación Ezcurra, como Inés de Castro. Que no nos asombre, entonces, si —metonimia de lo simbólico— a la de Palermo se la llamó, en alguna ocasión, la Quinta de las Lágrimas, como la de Coimbra.⁵⁷

La memoria de la abyección de Palermo construida por los opositores perseguirá a la hija de Encarnación: Manuela Rosas. En su propio exilio y en el ajuste afectivo y político que seguirá haciendo con su viejo amigo Vélez Sársfield, lo menciona como testigo de no pocas reuniones sociales en Palermo y como quien podría desmentir —y el tono de la "niña" da muestras de que evidentemente él no lo hace— las versiones horrorosas que circulan sobre las formas de sociabilidad y diversión de su familia:⁵⁸

"Dime Pepita, y pregúntalo al Doctor Vélez de mi parte: ¿Cómo es que muchos de los personajes que figuran en la actualidad se resolvían a frecuentar mi sociedad, bailar y divertirse en ella, sin [mirar/] [causarte] horror «las mutilaciones de las víctimas cuya piel desollada, cuyas orejas curtidas, cuyas cabezas sangrientas servían de adorno en los salones del Reo?». A fe que tú misma veías a Elizalde y muchos otros visitar esos salones noche a noche, y el mismo Doctor Vélez que tantas veces se llamó mi amigo, no me visitaba y es un testigo de esa atroz calumnia?"⁵⁹

⁵⁷Pastor Obligado menciona a Palermo como la "Quinta de las Lágrimas", aunque no trama ninguna relación con el episodio portugués, vinculándola al "árbol del perdón" que había en los jardines de la "mansión de los horrores", "de flores y de llanto", de "suspiros y lamentos" (Pastor Obligado, "Palermo. 1949"). Para mayor realce de la figura de Encarnación: la escuadra brasileña "surta en balizas exteriores" le rindió los honores que se destinan a una heredera de la corona (cf. Antonio Zinny, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987, tomo I, p. 292).

⁵⁸Mármol dice que, en Palermo, "no halla Manuela sino lo más abyecto de la sociedad bonaerense, que viene allí cubierta de lujo y villipendio" (*Manuela Rosas*, p. 109).

⁵⁹Carta de Manuela Rosas a Josefa Gómez (Hampstead, 7 de junio de 1861), en Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, Carlos y Roberto Nalé editores, 1953, p. 90 (los corchetes pertenecen a la edición que cito). Manuela está realmente mortificada porque el juez de primera instancia ha sentenciado a su padre en la causa criminal que en 1857 se le iniciara con cuatro cargos: por asesinatos individuales y en masa, por degüellos en 1840 y 1842 en Buenos Aires, por fusilamientos de prisioneros de guerra y por confiscación (y robo, se agrega) de bienes de los opositores. La cita la toma Manuela del texto mismo de la sentencia, en cuya

Ya veremos, además (en la Cuarta parte), muertes de niños asociadas por la escritura al universo del terror rosista, a propósito de "El matadero" y del diario de Mariquita Sánchez. Pero aquí es necesario enfatizar que la memoria, como se ve en el caso de Manuela, sobrevive al gobierno de Rosas y, claro, al propio Rosas. Los que eran niños durante el gobierno del Restaurador de las Leyes también guardarán la memoria del terror; y algunos, cuando adultos y escritores, hurgarán o impondrán un recuerdo para su literatura. La memoria será contundente, no tanto por la veracidad de la acusación política como por — de nuevo— la eficacia del relato. Vicente Gil Quesada estampará, cuarenta años después, una imagen de octubre de 1840: los niños "en ese mes estábamos en reclusión", aunque no recuerda por qué.

"Tal vez temían que fuésemos asaltados en la calle, que cometiésemos alguna indiscreción con los otros niños o que oyésemos los cuentos tristes de los degüellos. Lo que recuerdo es que no íbamos a la escuela y los muchachos estábamos de vacaciones".⁶⁰

De todos modos, sostiene, "no era posible ni prudente ocultarse"; por lo tanto, salían a remontar barriletes ("pandorgas", dice) en regulares paseos con su padre, que —de este modo— *se hacía ver*. El propio sobrino de Rosas, Lucio Victorio Mansilla, conservará el recuerdo de un terror de infancia (aunque no lo fecha): el de haber visto —con su hermana Eduarda— los cuervos en torno de unos "degollados", por los mataderos de la Recoleta.⁶¹

Pedro Lamas, por su parte, recupera dos imágenes que poblaron su infancia de terrores y que insisten en configurar a Rosas como un monstruo vinculado, de diferentes maneras, a la niñez. "Recuerdo dos láminas, editadas

sección sexta se trata el caso del sacerdote Uladislao Gutiérrez y Camila O'Gorman (*Causa criminal seguida contra el ex-gobernador Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Freeland, 1975, p. 55 —edición facsimilar—). El cargo relacionado con los bienes demuestra que el tema económico no fue menor en el enfrentamiento entre rosistas y antirrosistas (el problema de la pérdida de trabajo de los exiliados y los de manutención diaria serán tratados en la Tercera parte). Poner el foco en eso les permite a los antirrosistas, también, argumentar a favor de la confiscación de los bienes de Rosas en el país. Vélez Sársfield se había presentado como testigo en la causa criminal contra el ex gobernador de Buenos Aires, y ya desde Caseros había hecho claros intentos de evitar quedar muy relacionado con los Rosas, ahora caídos en desgracia.

⁶⁰Victor Gálvez (Vicente Gil Quesada), "La mashorca en Buenos Aires. Una tarde de 1840", en *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 4ª edición aumentada con varios capítulos inéditos, 1889, tomo II, pp. 190-191.

⁶¹Lucio V. Mansilla, *Mis memorias*, pp. 226-227.

en Montevideo, en las que se representaba a Rosas sentado cerca de una mesa, con un vaso de sangre que llevaba a sus labios, rodeado de cabezas cortadas y de otros despojos humanos." Hasta acá, como siempre, el museo o el cuarto del horror, como se pinta en "Isidora la Federala", de Ascasubi, o como lo describirá un heredero de la ideología opositora: Ramos Mejía.⁶² Pero hay una imagen más contundente todavía: "En otra se veían arrojados a la calle los niños de la cuna, devorados por perros hostigados por un hambre feroz". Es más que probable que las imágenes que recuerda Pedro Lamas sean: una, la caricatura de *El Grito Argentino*, que —en una dura sátira política— muestra a un grupo de serenos imperturbables frente al espectáculo de unos perros hambrientos que husmean a los niños expósitos que han sido arrojados a las calles de la ciudad (*El Grito Argentino*, N° 6, 14 de marzo de 1839). La lámina del vaso de sangre bien puede ser la que saliera en el 13 y último número del periódico *Muera Rosas*, del 9 de abril de 1842.⁶³

De nuevo, es en ese tropos, en ese deslizamiento, en ese movimiento tal vez de hipálage o de metonimia, que está la más cruda construcción de Rosas como el monstruo (a veces más estremecedora que cuando se lo hace protagonizar cruentas escenas). El horror es más terrible, más ominoso, cuando se asocia sesgadamente a Rosas con la infancia. Y no sin remarcar (antirrosista como es) que él cree en la autenticidad de los hechos *indescriptibles* que sobre

⁶²La memoria de esta imagen también puede estar vinculada a la de un capítulo de *Amalia*, titulado "Un vaso de sangre". Un ordenanza sostiene en sus manos un vaso con agua para que tome Rosas, enfrascado en las clasificaciones que un secretario lee para él. La lectura se extiende varias páginas de la novela a cuyo término (y luego de la orden de llevárselas a María Josefa para que "vaya entresacando", como vimos en el capítulo 2), Rosas toma el vaso. El sol y los cortinados color punzó tiñeron al vaso de "color de sangre y de fuego". Se trató de un "fenómeno de óptica" que "llevó el terror a la imaginación de los secretarios", provocado por la certeza de la muerte que se avecinaba sobre muchos de los *mal clasificados*, por lo cual "en ese momento bebía sangre; sudaba sangre y respiraba sangre" (*Amalia*, quinta parte, capítulo 3, tomo II, p. 154). Se repite aquí la metáfora que se instaura sobre una ilusión óptica en el paso de Sarmiento por el Río de la Plata: el "enjambre de infusorios microscópicos" es "la sangre [...] de los que allá degüellan" (*Viajes*, pp. 23-24). Se trata, en rigor, de ilusiones óptico-ideológicas, en las que la oposición se regodea, como quien disfruta de su propia obra (porque son su propia obra). Sandra Gasparini se detiene en la escena de *Amalia* y en otras inflexiones del "baño de sangre" y de las alucinaciones vinculadas al terror rosista en "Cuerpos (federalmente) vestidos de sangre. Amalia y Manuela Rosas, de José Mármol", en Cristina Iglesia (comp.), *Letras y divisas*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

⁶³Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 128. Los serenos son una presencia recurrente en las versiones antirrosistas del horror, como vimos en la Primera parte. Las imágenes se reproducen en Juan A. Pradère, *Juan Manuel de Rosas. Su iconografía*, Buenos Aires, J. Mendeský e hijo, 1914.

el sistema de Rosas se difundieran, el propio Pedro Lamas hace explícita la voluntad de construcción del monstruo que mostraba la oposición:

"Comprendí más tarde que esos grabados, que exageraban los hechos producidos, se habían destinado a excitar pasiones, a alimentar un justo horror por la tiranía imperante" (*Etapas de una gran política*, p. 128).

Hay un reconocimiento de la puesta en acción de una estrategia en la *fragua* de la imagen del enemigo Rosas, que se convalida en una escena de conversación que también sucede en Río de Janeiro, pero cuando el Restaurador ya ha sido vencido. Pedro de Angelis visita a los Lamas y se queja de su antiguo protector,⁶⁴ para terminar siendo él mismo el que incentive la imaginaria opositora de lo *monstruoso-mitológico*; porque al recuperar ya no los actos, sino los efectos, contribuye a pintar una imagen *más* horrorosa de Rosas.

"[Pedro de Angelis] Narraba escenas horripilantes de la tiranía, concluyendo por decirle a mi padre: —Mire, Señor Lamas, yo leía todo lo que V.V. escribían en Montevideo sobre los horrores de aquella tiranía. Y agregaba, en su español italianizado:

— Eh bene, eh bene, V.V. se quedaban cortos, muy cortos. Y se reía a mandíbula batiente [ante la perplejidad de Lamas, que le mencionaba:]

— Mis Agresiones, Las Tablas de Sangre...

— Usted, Indarte, como decía, Florencio... todos muy cortos. Y volviéndose taciturno, por un momento agregaba: —No mencionaban V.V., no insistían, o por lo menos como correspondía, aparte de la sangre, que a veces no era lo más cruel, el martirio de las madres, la zozobra mortal de las esposas, las angustias de los inocentes" (*Etapas de una gran política*, pp. 132-133).

IX Petrópolis

En el Brasil hay otro horror, que si en su primera visita de 1846 lo había sublevado, en la del 52 Sarmiento silencia —o tal vez, ni siquiera percibe—,

⁶⁴No es la única vez, como vimos en la Primera parte.

cegado en su alabanza a la fundación de la Petrópolis como otra forma del odio a Rosas. Me refiero al silencio sobre los esclavos usados para su construcción. Pese a la condena del sistema esclavista que él —como todos los argentinos— ha hecho, en relación con Petrópolis a Sarmiento se le ha ocurrido limpiar la imagen del Brasil. Es una necesidad de estrategia política. Y si ya vimos que una de las causas podía ser evitar enfrentamientos con un gobierno que ha ayudado a derrotar al enemigo, ahora podemos agregar que además está dispuesto a echar mano incluso de modelos conflictivos, como el de la monarquía constitucional americana, para ratificar que el peor de los males de este mundo no puede ser otro que el sistema de Rosas. A un europeo la naturaleza tropical del Brasil le proporciona el exotismo necesario donde buscar al hombre natural para pensar mejor al hombre civilizado del Viejo Mundo. Sarmiento, en cambio, aprovecha el tratamiento de la colonia imperial de Petrópolis para reflexionar sobre los modos en que el hombre puede gobernar las fuerzas naturales, exactamente al revés de lo que hizo Rosas.

"Sobre la montaña *Das Orgas* [sic], con un clima dulce en verano, en medio de picos de granito revestidos de vegetación tupida, en las hondonadas que los dividen, y a lo largo de calles terraplenadas en los bajos, o cortadas en los declives, se ha fundado la colonia de Petrópolis, en propiedad del Emperador, que la cedió para este ensayo de colonización. El camino que de Río de Janeiro lleva a Petrópolis es pintoresco y variado, atravesando en vapores la bahía, ascendiendo las montañas en vehículos conducidos por alemanes, por un camino cortado en el flanco, y parapetado por el lado de los precipicios con un balaustre corrido de granito labrado. Esta obra cuesta más de un millón de pesos, con los terraplenes de la población. El Emperador reside en un palacio que aún continúa en construcción, y su residencia sola es un fomento para el progreso de la colonia que, no obstante la escasez de tierra de labor, prospera y se aumenta. Hay seis hoteles, algunos capaces y cómodos, dos capillas, una católica y otra protestante, tres colegios, y una población de dos mil habitantes alemanes y brasileros [sic]."⁶⁵

⁶⁵Sarmiento, *Campaña*, p. 259. En 1842 fue aprobado el plano de la ruta hacia la colonia, cuyo proyecto, ideado por Paulo Barbosa, es de 1843. El 25 de junio se organiza el mapa de la futura Petrópolis. La primera demarcación de terrenos es de 1844 y en 1845 empieza la preparación

En efecto, a los inmigrantes alemanes se les otorgaba el usufructo de la tierra que, de todas maneras, era propiedad del Imperio. Los primeros colonos fueron aquellos que estaban afectados a la construcción de la ruta, primero, y luego del palacio.⁶⁶ Pero lo que el deslumbramiento de Sarmiento no le deja ver es que este emprendimiento también fue posible a expensas del inhumano trabajo de los esclavos que "não entravam na contagem do item «Pessoal», uma vez que pertenciam à própria obra";⁶⁷ o sea, gracias a esa escoria política que él no había dudado en condenar en su carta de Río de Janeiro de 1846 y que sería el golpe más duro lanzado al sistema de Pedro II y cuya contundencia le vino inmediatamente a la memoria en la entrevistas que con él mantuviera en 1852,

del suelo en el que se levantará el Palacio, que comienza a construirse en agosto. Y si bien sólo se terminará en 1856, ya desde 1848 es habitable. Lilia Moritz propone que Petrópolis fue un proyecto motorizado por Paulo Barbosa y Aureliano Coutinho, de gran influencia sobre Pedro II, y que contaron con el ingeniero alemán Federico Koeler, amigo de Barbosa, para llevar adelante el proyecto. Tan relacionado con el proyecto ha estado Paulo Barbosa que un amigo suyo, que le describe la colonia en carta de abril de 1851 (cuando él residía fuera del Brasil) le dice: "Não quero acabar essa carta sem te falar um pouco na tua Petrópolis que para mim também é Paulópolis... Quem via charcos agora só vê belas ruas, com lojas, açougues, magníficos hotéis, o Palácio sobre a colina fazendo uma linda vista [...]" (Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 239). Calmon también habla del deseo de Paulo Barbosa, "a quem seduzia o pensamento de dar à dinastia, *runis beata rerum*, a casa de campo, como a tinham (ar de castelo, e de complemento o jardim) os príncipes da Europa", y "a quem o imperador mimoseia com o título de pai de Petrópolis" (Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, tomo primeiro, pp. 278 y 279, respectivamente, subrayado en el original).

⁶⁶Para Petrópolis contratou Aureliano, em 17 de junho de 1844 [...], o transporte de 600 famílias pela casa de Carlos Deirue, de Dunquerque —que mandou angariá-las em Colônia, sobre o Reno, [...] Eran 1200 católicos e 300 protestantes —refeitos das provações da travessia— que a 7 de agosto requeriam os agrupassem por suas procedências. [...] Entra aí a geografia sentimental —ou fosse (em 1854, primeiro de todos, observou Alencar) «a Alemanha como sobre una carta geográfica». Los colonos —se agrega— se quejaron de las pésimas condiciones del viaje ultramarino (Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, tomo primeiro, p. 280, subrayado en el original). La frase de Alencar recuerda una de Sarmiento, cuando configura la pampa como "la imagen del mar en la tierra, la tierra como en el mapa", aunque las connotaciones son otras (Sarmiento, *Facundo*, p. 27). Recuérdese, por otra parte, que Sarmiento en el mismo *Facundo* ya había dado muestras de la alta consideración que tenía de las colonias alemanas: "Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sud de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior: en la primera las casitas son pintadas; el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado sencillo, pero completo, la vajilla de cobre o estaño reluciente siempre, la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad, a gozar de las comodidades. La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables" (Sarmiento, *Facundo*, p. 32).

⁶⁷Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 234.

sabiendo que debía hacerse cargo de sus ideas, ahora que se encontraban frente a frente.

"Sin duda, señor, [...] en estos juicios hechos a la ligera, y por la primera impresión de los sentidos, hay mucho que atribuir a la precipitación del viajero (que por ver una sirvienta tuerta, cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos); pero en el caso presente hay algo más grave. Los argentinos salimos de nuestro país con las preocupaciones que nos han transmitido los españoles sobre los portugueses, y antes de llegar al Brasil, venimos ya dispuestos a juzgarlo por el lado desfavorable. Es fortuna que hoy se nos haya hecho conocer de una manera tan simpática, que a los que saben apreciarlo les impone el deber de desvanecer en el vulgo las preocupaciones que los desfavorecen y yo me encargo de esta tarea",

se excusa Sarmiento cuando el emperador le menciona sus juicios sobre el sistema esclavista.⁶⁸

Ya lo hemos visto: no siempre Sarmiento ha sido tan bondadoso, como en la celebración del proyecto de Petrópolis, con respecto a la monarquía brasileña, la que comparada con el modelo europeo —aun antes de conocer el Viejo Mundo— le pareció (recordemos) literalmente un "mamarracho". La percepción del desajuste, tan trabajada por la crítica brasileña (como desarrollamos en la "Introducción"), también puede encontrar material en Sarmiento. Es conveniente señalar, además, que pese a las implicancias ideológicas que tenía el deslumbramiento de Sarmiento por Europa (previo a su viaje), que se enuncia de modo contundente en el primer contacto del viajero con una corte (en el paso por Río de Janeiro), el argentino no debió estar tan errado al desmerecer al imperio de América. Porque no sólo el Paço de Boa Vista podía ser poca cosa para un monarca;⁶⁹ tampoco el fastuoso proyecto de Petrópolis con el que

⁶⁸Sarmiento, *Campaña*, p. 67. El tema de la esclavitud será tratado en la Tercera parte. Acá también hay una reescritura de la carta desde Río de 1846 (tema que ya abordamos), pero —en realidad— más que otra versión, es una corrección.

⁶⁹El "Paço de São Cristóvão", en la "Quinta da Boa Vista" —un barrio apartado del centro de Río de Janeiro (en cierto modo comparable a la distancia que separa Palermo del centro de la Buenos Aires de mediados de siglo XIX)—, era la residencia y el lugar de audiencias de Pedro II, quien mantenía el Paço da Cidade como el lugar de las ceremonias del poder. Cuando se construye Petrópolis, el palacio de las sierras alterna con el Paço de São Cristóvão, de acuerdo con la época del año. Para ampliar la información al respecto, cf. Lilia Moritz, "As residências de Pedro", *As barbas do imperador*. O visconde de Taunay sostiene que "São Cristóvão foi sempre

Sarmiento sí quedó deslumbrado parecía ser descomunal, a los ojos de algunos viajeros extranjeros, como Ribeyrolles o el príncipe Paulo Alexandre de Württemberg, para quienes el palacio de Pedro en las sierras era un "triste edificio que satisfaría talvez as exigências de um comerciante abastado, mas não corresponde aos deveres de representação de um grande monarca", como critica el último, un poco desmedido.⁷⁰

Es probable que el encomio de Petrópolis que hace Sarmiento en 1852 sea también una consecuencia de su desencanto con el modelo europeo, que se produce al *descubrir* Estados Unidos; pero lo que seguramente puede afirmarse es que ahora es enfático en el elogio para confrontarlo más duramente al proyecto rosista que condena (aunque ya haya sido derrotado el "tirano", el didactismo de Sarmiento sigue con su prédica, porque Rosas sigue siendo su mayor obsesión y porque eso le permite estar prevenido frente a Urquiza, que — sostiene el escritor— se muestra dispuesto a continuar el sistema del vencido).⁷¹ Y aquí, entonces, no sólo su mayor conocimiento del mundo y del Brasil (para la fecha, Sarmiento es un viajero experimentado y ha visto mundo), sino su claro interés en usarlo como modelo contrapuesto al del que fuera su enemigo es lo que le permite *estilizar* el modelo petropolitano. Y si tomamos en cuenta la relación estrecha que Norbert Elias traza entre el poder monárquico y la "arquitectura portentosa" como "afirmación simbólica del monarca", la crítica de Sarmiento al Palermo de Rosas se inscribe en esta línea, tal vez *malgré lui*, pero de modo ciertamente contundente.⁷² O sea, Sarmiento le reclama al Restaurador su poca científicidad, sí; pero también la falta de fastos, como correspondería a

um paço triste e severo: e a morada, não da alegria, mas do dever sereno e vigilante" (Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 123). Pedro Lamas menciona y describe la vida "privada" en el palacio de São Cristóvão y las recepciones oficiales en el Paço da cidade y cuenta que, después, las recepciones oficiales se realizaron en la "Sala del Trono" de São Cristóvão, donde tenían lugar las "grandes solemnidades y, en un salón adyacente, las recepciones semanales del cuerpo diplomático" (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 45).

⁷⁰En Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, tomo primeiro, p. 290.

⁷¹"Para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte e interese, y es la de Rosas. Éste será mi estudio único, en adelante, como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideración me hubiera detenido, como a las madres, que se conservan para sus hijos. Si yo le falto, ¿quién hará lo que yo hago por él?", porfía Sarmiento en *Campaña*, pp.71-72).

⁷²Sigo en esto caso las ideas de Norbert Elias de acuerdo con Lilia Moritz de Schwarcz, quien analiza el proyecto de Petrópolis a la luz de las consideraciones de aquél sobre los gastos de la corte, viéndolos como lógicos al sistema, pero también atendiendo a los desajustes de presupuesto que —sin embargo— todo sistema político debe planificar e incluso medir (Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, pp. 245 y 27).

un personaje de esa importancia política en América; y el futuro gobernador de San Juan, que blanqueará a la cal personalmente la sede del gobierno provincial, que llegará a presidente de la Nación Argentina sin hacer ostentaciones de etiqueta, exige aquí una arquitectura más monárquica que republicana.

Entre marzo y abril, Sarmiento se aleja de la ciudad de Río de Janeiro y pasa veinte días en la localidad imperial Petrópolis, durante los cuales mantiene las entrevistas con el emperador a las que ya hemos aludido.⁷³ "Mi residencia en Petrópolis ha sido un preservativo contra la fiebre amarilla, un estudio práctico sobre los efectos benéficos de la emigración, y un bálsamo para mi espíritu", resume.⁷⁴ En la estructura rapsódica que tiene *Campaña en el ejército grande*,

⁷³Sarmiento sale de Buenos Aires el 24 de febrero de 1852, en el Prince. Hace una parada en Montevideo, pero al no conseguir embarcarse rumbo a Chile, sigue hacia Río de Janeiro el 1 de marzo. El 18 de mayo, después de un intento de volver a Buenos Aires, se dirige definitivamente a Valparaíso, adonde llega el 10 de junio, para instalarse en su casa Yungay, en las afueras de Santiago (cf. Campobassi, *Sarmiento y su época*, Buenos Aires, Losada, 1975, pp. 370-373, que es muy prolijo con las fechas, aunque hay que acotar que a menudo se basa demasiado prolijamente en *El profeta de la pampa*, de Ricardo Rojas, para organizar los datos y estructurar su biografía de Sarmiento).

Los últimos días de su estada en el Brasil Sarmiento espera el resultado de las tratativas que el gobierno de ese país y el representante uruguayo están haciendo para interceder ante Urquiza con el fin de evitar el rompimiento definitivo con su ex boletínero. Por eso el sanjuanino espera "el paquete de Buenos Aires, trayéndome además cartas de mis correspondientes, que me pongan al corriente de los sucesos y me indiquen la conducta que deba seguir", como le dice a su amigo Aberastain (carta de Sarmiento a Aberastain, Petrópolis, 5 de abril de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 194). Ya desde Chile, reprenderá amistosamente a Mitre: "El 14 de mayo de 1852 tenía pasaporte sacado para Buenos Aires; llega el paquete, no recibo una sola carta, y menos la que esperaba de usted para guiarme. Entonces rompí mi pasaporte y tomé otro en el acto para Chile. Ahora me manda usted la carta que debió mandarme por ese paquete, y la dejó para un vapor brasileiro, que debió salir y no salió. Sea; pero esto no hace más que explicar cómo fue que yo no recibiese cartas, y en virtud de tal silencio me embarcase para Chile. Verá usted, pues, que de la omisión de una carta esperada pueden resultar actos de la vida que van muy lejos" (carta de Sarmiento a Mitre, Santiago de Chile, 1 de octubre de 1852 (en *La correspondencia de Sarmiento*, pp. 214-215). Esto es otra confirmación del inestimable valor de la circulación de las cartas del exilio.

⁷⁴Sarmiento, *Campaña*, pp. 63-64. Pese a las entrevistas asiduas con Pedro II, las largas y diarias conversaciones con Andrés Lamas y el deslumbramiento por el emprendimiento de la ciudad imperial, *alejado del teatro de los acontecimientos*, Sarmiento debe sentir la falta de acción, y a Mitre le dice: "Escribo por aburrimiento, como otro pasaría sus horas en amansarse los bigotes. Así sale ello. Puede ser que a vuelta de vapor les mande una *entrega*, si es que las prensas andan con rapidez aquí, como a mi soplo en Chile" (carta de Sarmiento a Mitre, Petrópolis, 22 de marzo de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 191). *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud-América*, de Sarmiento, libro en el que se narra la campaña que, al mando de Urquiza acaba derrotando a Rosas en la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852, se publicó por partes, habiendo sido editadas en Río de Janeiro las dos primeras, en tanto que la tercera salió ya en Chile. Sarmiento no ha elegido exiliarse en Río de Janeiro y ni siquiera demorarse demasiado allí, adonde llegó en un vapor de bandera brasileña (de hecho, se refiere a su estada en las tierras del imperio brasileño como a una "residencia forzada"). Lo que

Sarmiento volverá doscientas páginas más adelante a la cuestión de la fiebre amarilla, esta vez ligada a la vida social de Petrópolis: "A Petrópolis concurrían las gentes elegantes y los extranjeros que huían como yo de la fiebre amarilla" (*Campaña*, p. 260). Remarco la recurrencia porque la fiebre no es un dato menor para los que residían en ese momento en la ciudad cortesana. Pero la epidemia no sólo debe ser considerada con un sentido netamente práctico, como hace aquí Sarmiento: este problema de higiene pública tiene fundamentales implicancias sociales, políticas y económicas. En su afán por resaltar el proyecto de Petrópolis para echarle en cara a Rosas su endeble y bárbaro Palermo, o bien calla —como vimos en el caso de los esclavos con los que se levantó Petrópolis—, o sólo yuxtapone pero no conecta. La epidemia de fiebre amarilla de 1850 no sólo fue el motor que llevó a la gente (incluida —o sobre todo— la familia imperial) a huir a la montaña para evitar la posibilidad de un contagio más que probable, sino que fue el verdadero motivo de que se le diera el impulso más categórico al proyecto, al reincentivar con verdadero ímpetu el desarrollo de la colonia de alemanes ideada en 1843. Se trató, de algún modo, de una razón externa a la planificación política que después sí se capitalizó políticamente. La participación personal del emperador en el emprendimiento fue mayor, por otra parte, debido a una cuestión personal, ya que la muerte de un hijo suyo, acontecida en la habitual residencia de verano de la familia imperial, alejó a los doloridos padres de la Fazenda de Santa Cruz, como aclara Lilia Moritz. "Ademais, nesse mesmo ano a febre amarela vitimou para valer os habitantes da cidade-corte, levando aqueles que tinham meios a seguir a mesma rota do imperador. Além de oferecer os prazeres da convivência com a Coroa, Petrópolis convertia-se em rota de fuga da febre amarela, em uma espécie de política sanitária da corte".⁷⁵

Extranjeros y elegantes, entonces, siguen a la familia imperial para huir de la fiebre y también porque empieza a ser de buen gusto. Políticos, diplomáticos y

pretendía era, por esa vía, embarcarse a Chile, y a la espera de un buque que se demoraba, debió resguardarse de la fiebre subiendo a la montaña (surgirá, después, la posibilidad de volver a Buenos Aires, como vimos en la nota anterior, pero que terminará finalmente abortando) (cf. carta de Sarmiento a Antonino Aberastain, Petrópolis, 5 de abril de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 192).

⁷⁵Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 235. La epidemia de fiebre se repitió, fuertemente, en 1852, 1853 y 1854 y "foi muito mortífera, principalmente entre estrangeiros" (Gilberto Freyre, *Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, p. 139), así que la prevención de Sarmiento en el 52 fue atinada. Ver en "Conversaciones de los emigrados argentinos", el alivio que se produjo en 1851 por la disminución de las muertes diarias a causa de la fiebre, que se tradujo en una reactivación de la vida social de la corte.

cortesanos en general se alojarán en hoteles hasta que comiencen también ellos a construir sus propias viviendas,⁷⁶ como harán los Lamas. El representante de la Banda Oriental compró, "en tan cómodas y ventajosas condiciones ofrecidas al público [...] un poco apartado del centro del naciente Petrópolis, un lote de tierra, de los de mayor extensión", lleno de árboles y emplazado sobre la colina. En el terreno había una casa antigua que ellos conservaron, aunque edificaron una más moderna para vivienda de la familia. "Todos los años, de noviembre a abril, lo pasábamos en Petrópolis; el resto del tiempo en Río", afirma el hijo de Andrés, que ha recorrido ininidad de veces ese camino pintoresco que alabó Sarmiento por la forma en que el (poder político del) hombre domina las fuerzas de la naturaleza y las pone a su servicio (como vimos en la Introducción) y que tomaba cuatro horas:

"Para llegar a Petrópolis era necesario, primitivamente, cruzar en vapor la inmensa bahía salpicada de islas cubiertas de palmeras hasta llegar, en el fondo, al puerto de la Estrella, donde se tomaba el carruaje, tirado por cuatro mulas, tiro que se cambiaba varias veces antes de llegar a lo más alto de la montaña, por un camino que caracoleaba por sus cuevas agrestes y escarpadas, a ejemplo del Simplón, salvando torrentes que se despeñaban, a la sombra de árboles seculares, con ruido a veces ensordecedor".⁷⁷

Las buenas condiciones de compra para incentivar el adelanto de la ciudad imperial son parte de lo que deslumbró a Sarmiento; y la atención personal de Pedro II, además, se confirma cotidianamente en los frecuentes paseos que realizaba por la zona, deteniéndose a conversar informalmente con los residentes (como vimos en la Primera parte), quienes —por supuesto— eran personas de alta posición política y social. Pero, en ese contexto, no está de más volver a pensar en la epidemia, que a Pedro Lamas lo lleva a afirmar rotundamente: "La fiebre amarilla [...] tuvo la virtud de crear a Petrópolis, la sin par ciudad veraniega" (*Etapas de una gran política*, p. 20). Y es interesante, entonces, la descripción que hace el hijo del representante oriental, porque es menos triunfalista que la de Sarmiento. Lo reiteramos: como Sarmiento está

⁷⁶Cf. Lilia Moritz Schwarcz, *As barbas do imperador*, p. 239.

⁷⁷Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 22-23, 24-25 y 20-21, respectivamente. La "casa quinta" de los Lamas en Petrópolis se venderá —en 1862, cuando se vayan del Brasil— por 48 contos, porque —ya pujante ciudad de veraneo— el valor de la propiedad había aumentado considerablemente (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 222).

empecinado en contraponer el modelo al de Palermo, destaca prácticamente todo el costado netamente positivo del emprendimiento. Y si bien Lamas también celebra el "temperamento adoptado para su fundación", no desconoce que la rapidez del progreso de la futura ciudad, que le permitió dejar pronto de ser la aldea de colonos alemanes que fue originariamente, no le debió poco "al apremiante objeto a que respondía". La explicación que ofrece sobre los motivos de la elección del lugar para huir de la ciudad *añebrada*, son crudamente técnicos: "Se sabía que el flagelo no se internaba más allá de cierto perímetro y, sobre todo, que su microbio no se propagaba pasada cierta altitud" (*Etapas de una gran política*, pp. 22, 21-22. respectivamente). Como vimos, Sarmiento no ocultaba la conexión entre la activa vida de Petrópolis y la fiebre, pero no armaba una red entre epidemia y política brasileñas; esto es: no mira con ojeriza y entonces no echa mano de la enfermedad "real" para vincularla con la política práctica y con el imaginario político, como sí lo hizo (al comienzo de *Campaña*) para el caso de Juan Manuel de Rosas, al considerar su sistema como una forma de la peste. Refiriéndose a lo increíble que resultaba la caída de su enemigo rumiaba:

"¡Parece un sueño!... exclamaban las damas de Buenos Aires quince días después de caído el tirano, en los intervalos de la conversación en que contaban su dicha actual y sus pasadas angustias. ¡Y cierto! que todo es sueño entre nosotros hasta la vida que se salva de la epidemia que asola a aquel país hace veinte años. Reina en estos días la fiebre amarilla en Río Janeiro, y los sobrinos y hermanos de Rosas, con quienes venía yo comiendo en un plato a bordo del *Prince*, temían al desembarcar ser víctimas de sus estragos, echando de menos aquellas playas argentinas, donde ninguna dolencia peculiar al clima le sale al hombre en alguna encrucijada del camino de la vida y lo asesina, como el vómito negro de la Habana o las tercianas de Lima. ¡Ay! que se olvidaban que en la Confederación reinaba, hasta ahora poco, enfermedad endémica, más rápida en sus efectos, más devoradora en sus estragos que el cólera-morbus asiático. Llamose aquella enfermedad *degüello*, y salvar de su diente, era apenas el destierro, régimen que dura por años sin término. [...] No tiene el mal estación fija, y si amaina su fuerza, queda latente en la atmósfera, aconsejando la prudencia precaverse y no hacer

desmanes. Cuando los síntomas de la enfermedad aparecían en el semblante o en los actos de algún vecino, dábale al apestado el nombre de salvaje unitario; y entonces se lo señalaban los unos a los otros, evitando su encuentro, pues que las leyes de la justicia y de la humanidad y hasta las del decoro, cesaban de protegerlo" (*Campaña*, pp. 57-58).

Todas las pestes pueden endilgársele a Rosas. Ironía (o venganza) del destino: cuando sea presidente, Sarmiento tendrá que lidiar políticamente con el flagelo de higiene pública que significará la epidemia de fiebre amarilla de 1871 en Buenos Aires.

2. Letrados y poder

I Escuchar al letrado

Palermo, como el espacio del horror, de la ignorancia. Petrópolis, como el espacio del bienestar y del saber; pero también como el espacio de la conversación, y la posibilidad de colocar allí la utopía de una vinculación estrecha entre el letrado y el poder. Con las imágenes que Sarmiento forja de Petrópolis y de Palermo puede verse de qué manera la literatura de este exilio postula diseños que generan formas de apropiación del espacio (social, económico, político y literario) que permiten indagar, por ejemplo, la relación que Sarmiento establece —y propone— con el poder.

Si recurrimos a la postulación de Edward Said en torno del *being at home in a place*, sería posible ver de qué manera piensan los románticos argentinos que durante su exilio han pasado por el Brasil la pertenencia y la exclusión (inescindiblemente ligadas). A la vez, cómo disputan, negocian o acuerdan el concepto de nación con el rosismo —en tanto sistema expulsor— y con el medio brasileño —en tanto país anfitrión—. Said retoma la afirmación de Erich Auerbach acerca de que "nuestro hogar filológico es la tierra; ya no puede serlo la nación", aclarando que la verdadera dimensión de esa "tierra" para Auerbach es la cultura europea. Auerbach, que escribe su *Mimesis* en Estambul aclaraba que, de no haber sido por la falta de biblioteca durante el exilio, nunca podría haber escrito el libro, porque habría sido imposible leer todo el trabajo que se había hecho sobre los variados temas que él trataba. Entonces: sólo pudo escribir su libro *Mimesis* en el exilio, sin su biblioteca y, precisamente, *gracias a no tenerla*. Sarmiento y los otros exiliados románticos argentinos también escriben sin sus bibliotecas, que han quedado dispersas; pero la diferencia es que siguen escribiendo *a pesar de no tenerlas* (y no *gracias a no tenerlas*); y todavía creen —con Herder— que la humanidad se realiza en la nación, porque no tienen todavía el peso de una nacionalidad consolidada —aun si la pensamos en términos de cultura— como Auerbach, sino que están formando, construyendo, negociando una forma de nación.⁷⁸

Said sugiere un cambio que va del reemplazo de la concepción de lugar en tanto que nación, para formularlo en tanto que cultura. Es en el concepto de cultura donde él va a encontrar las frases "perteneciente a" o "en un lugar" o

⁷⁸Cf. Edward Said, "Introduction: Secular Criticism", *The World, the Text, and the Critic*, Cambridge, Harvard University Press, 1983. La cuestión de las bibliotecas del exilio será abordada en la Cuarta parte.

"*being at home in a place*". Así, desde la literatura y para la literatura, podemos pensar qué es lo que estos fragmentos literarios de Sarmiento sobre Palermo y Petrópolis construyen en relación con los espacios nacionales que ya no podemos dejar de asociar también —pero no reemplazando al espacio— con la cultura.

Sarmiento, que no ha dejado de combatir a Rosas, encuentra en el modelo de Petrópolis algo que excede a la sola percepción de un espacio natural domeñado por la obra de un monarca "civilizado". Sarmiento, que ha resuelto olvidarse por momentos de la condena que le merece la esclavitud para servirse del modelo de la monarquía brasileña como contrapartida en su campaña contra Rosas, encuentra en Palermo algo más que la inhóspita morada del *tirano que ha sistematizado la barbarie*.

A Sarmiento le preocupa particularmente ser leído: la escena más significativa —y claro que no la única— es la de su paciente espera en París, jueves a jueves, con el *Facundo* en el bolsillo, buscando ser leído en la redacción de la *Revue de deux Mondes* porque eso lo consagraría claramente como escritor; a la que podemos agregarle el goce que le produce ser leído en Palermo, como ya mencionamos.⁷⁹ Como el mismo Sarmiento se encarga de señalar, no sólo lo leía el emperador. Al referirse a la consideración que se le tenía en las altas esferas de la política imperial, destaca que

"[I]os agentes brasileros me habían preparado el camino para acercarme con suceso a los ministros, y lo que ellos no hubieran hecho, tenía adelantado la lectura de mis libros, panfletos y periódicos que estaba a la orden del día entre los hombres públicos. Paulino, el ministro director de la política, me dijo: «Mucho tenemos, señor, que aprender en los libros de usted y es una de las felicidades que hemos obtenido por resultado de nuestros esfuerzos haber roto la barrera que separaba dos pueblos destinados a ilustrarse recíprocamente con sus trabajos»".⁸⁰

⁷⁹Cf. Sarmiento, *Viajes*, p. 120-121; y Primera parte de este trabajo, respectivamente.

⁸⁰Carta de Sarmiento a Aberastain, Petrópolis, 5 de abril de 1852, en *La correspondencia de Sarmiento*, p. 193. Sarmiento vuelve a citar las palabras de Paulino en la carta a Mitre (Río de Janeiro, 13 de abril de 1852) que se incluye en *Campaña*. Pero allí, con una leve pero significativa reescritura. Paulino no se habría dirigido a Sarmiento en segunda persona del singular sino del plural, alabando a los escritores argentinos, que "los tienen UU. notabilísimos. Mucho tenemos, señor, que aprender en los libros y escritos de UU.", le dirá, para cerrar con el deseo de que las dos naciones intercambien consejos sobre los negocios públicos (*Campaña*, p.

Podría decirse que Sarmiento encuentra a partir de las operaciones que realiza en esos dos espacios —el de Petrópolis y el de Palermo— el *being at home in a place*, en tanto cultura, y con su sentido agresivo, enunciado por Said. Porque en el imaginario de este exiliado, en sus imaginaciones geográficas de la nación que quiere conformar, se siente *at home in a place* allí donde encuentra una colocación *cómoda* como letrado respecto del poder. La encuentra precisamente en el lugar incómodo del exilio. Así interviene ese espacio del borde, haciéndose lugar por medio de una colocación simbólica, dado que la imposibilidad de regreso a su propia patria y la no radicación en el Brasil le vedan la posibilidad de ubicarse en un espacio material (esa colocación la encuentra en Chile, no sin ambigüedades o dificultades, por otra parte).⁸¹

Pedro II es el opuesto de Rosas. Rosas desoye las propuestas de *buen gobierno* que Sarmiento le propone. Rosas le impide realizar la obra de *buen gobierno* que sólo podrá llevar a cabo en 1868, cuando Sarmiento llegue a la presidencia de la nación y sus ideas liberales encuentren en su propia persona al maestro y al gobernante, al ideólogo y al político práctico, al letrado y al poder.

Es interesante ver, de todos modos, que Rosas no adopta las ideas de Sarmiento, pero tiene en alta consideración la calidad, la eficacia y la potencia de su escritura hasta el punto de enrostrarles a sus colaboradores que *Facundo* es un modelo de prosa de combate, escena cuyo complemento puede encontrarse en la fantasía sarmientina de que querían convocarlo para colaborar con el sistema, que ya hemos visto.⁸²

Urquiza, en cambio, hará lo contrario, de acuerdo con la queja del boletín del Ejército Aliado. Simulará no haber leído, pero le sugerirá adoptar ideas que Sarmiento ya ha difundido en sus publicaciones:

64). En el texto más público (el de *Campaña*), Sarmiento se equipara con otros, mientras que en el privado (la carta a Aberastain), se vanagloria solo.

⁸¹No es el Brasil como lugar físico (que sigue siendo incómodo para los exiliados argentinos); sino el Brasil como colocación deseada del letrado en relación con el poder lo que resalta.

⁸²Cuenta Adolfo Saldías, en la *Historia de la Confederación Argentina*: "Sarmiento se valió de algunas personas que de Chile venían a la República Argentina para hacer circular su *Facundo*; y él mismo me ha referido que Rosas, recorriendo un ejemplar, les declara a sus íntimos: «Pero, señores, a ustedes les consta cómo ha pasado esto: es una impostura de Sarmiento». Y lo tengo por allegados de Rosas que, como alguno no le diese al libro mayor importancia, Rosas hablale respondido de mal talante: «El libro del loco Sarmiento es de lo mejor que se ha escrito contra mí: así es como se ataca, señor; así es como se ataca: ya verá usted cómo nadie me defiende tan bien, señor»" (citado en nota al pie en la edición de *Facundo* con prólogo de Noé Jitrik y notas de Nora Dottori y Susana Zanetti, Buenos Aires, Biblioteca Ayacucho-Hyspamérica, 1986, p. 19).

"lo que más me sorprendió en el General [Urquiza] es que, pasada aquella simple narración de hechos con que me introduje, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt, o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: «si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc.»".

Finalmente, Sarmiento hallará la síntesis del desencanto:

"He dicho de mis conferencias con el Emperador lo más notable, siéndolo sobre todo la indulgencia con que siempre me acogió, haciéndome comparar no pocas veces aquella afectación, cuando más no fuere, de interés con que se dignaba escucharme, y pedirme mi opinión en ciertos puntos prácticos, como colonización, etc., y aquella petulancia aturdida con que el general Urquiza esquivó oírme en cosas que a haberlas examinado con detención le habrían ahorrado, si no todos, la mitad de los errores que lo precipitaron".⁸³

Sarmiento construye con la figura de Urquiza la del envidioso de lo intelectual; y son precisamente los conocimientos del letrado que se le puso al servicio los que, paradójicamente, lo alejan de él, porque Urquiza y su entorno desean evitar que se crea que es el escritor el que lo inspira. Comparado con Rosas, Urquiza es un enemigo degradado. Urquiza no es sino la continuación (des)mejorada de Rosas. Urquiza es la continuación de Rosas por otros medios.⁸⁴

II Relación (deseada) entre el letrado y el poder

⁸³Sarmiento, *Campaña*, pp. 109 y 260, respectivamente. A Aberastian, en la carta desde Petrópolis, Sarmiento le dice sin reservas que Urquiza y su gente le tienen "celos por la popularidad de mi nombre como escritor, y nuestra llegada a Buenos Aires no era como para disiparlos" (*La correspondencia de Sarmiento*, p. 193).

⁸⁴Es obvio que fue en Chile donde Sarmiento logró la conjunción perfecta para la relación entre el poder y el letrado con "don Manuel Montt, que oye sin sorpresa mis novelas, con gusto muchas veces, tocándolas con la vara de su sentido práctico, para hacerlas evaporarse con una palabra, cuando las ve mecerse en el aire" (*Recuerdos de provincia*, p. 252).

Es bien cierto que a Pedro II le gustaban los encuentros *tête a tête* con "las gentes de letras, brasileiros o extraños", como acredita Sarmiento. Y si propiciaba el encuentro con los extranjeros, interesándose en sus producciones e incentivándolos, es fácil imaginarse cuánto aprovecharon esta "manifestaciones de su inteligencia cultivada con esmero" (*Campaña*, p. 68) los escritores y artistas nacionales, que lograron que la atención del emperador a las artes y los artistas se tomara como un asunto de Estado. Y si de sus intereses intelectuales hay pruebas abundantes (algunas de las cuales ya hemos visto), es imprescindible no desconocer que —protegidos por el Estado— los artistas brasileños le aportarán al Imperio, a cambio, el material artístico e intelectual que las necesidades del estado están solicitando. Por lo tanto, la atención personalizada de Pedro II a los hombres de letras de su propia nación no se redujo a un acto meramente personal, sino que adquirió la importancia de los asuntos de política nacional, programados y con fines específicos. Es la necesidad de mantener la unidad de un imperio (al que amenaza constantemente la posibilidad de desmembrarse) y la necesidad de poner la cultura al servicio de una necesidad política la que lleva a Pedro II a incentivar, fomentar y proteger el desarrollo del arte nacional, instaurando entre el poder y sus artistas una relación de mecenazgo a través de un sistema de favor.⁸⁵

Estamos (como vimos en la Introducción) frente a un romanticismo políticamente calmo. De formación liberal, la aceptación del sistema de favor envuelve a los artistas y escritores, inicialmente, en una dualidad política, que irá desembocando paulatinamente —como sostiene Antonio Candido— en la creencia de que la monarquía es "fruto da livre escolha do povo".⁸⁶ En principio, la monarquía era vista como "condición de orden y paz", consideración a la cual algunos de los argentinos también sucumbieron, ya no en relación con el poder absoluto de un monarca sino de un gobernador. Son conocidas las *concesiones* al poder de Rosas que Alberdi hace en su discurso inaugural del salón literario, ratificado en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, que luego ninguna excusa podrá borrar ante los ojos de quienes, compañeros de lucha antirrosista, se *jactaron* de no haberle hecho nunca ninguna reverencia.⁸⁷ Rosas (tal vez

⁸⁵Ya tratamos esta cuestión, con Roberto Schwarz, en la Introducción. Al respecto, cf. también Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, p. 66.

⁸⁶Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, tomo 2, p. 44.

⁸⁷Dijo Alberdi: "La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dio movimiento; que la filosofía nos designe ahora la ruta en que debe operarse este movimiento.

menos astuto, en este sentido, que Pedro II) rechazó insistentemente todas las propuestas más o menos explícitas que el grupo de jóvenes ilustrados le hizo para ponerse al servicio de la política del gobierno, como ideólogos de un dogma político nuevo, que completara con la inteligencia la obra de conformación de una nación y que le diera una constitución. Tal vez el mayor fracaso fue el de Alberdi, porque su gesto fue el más evidente. Los primeros encuentros en el salón literario, que reunieron a propios y extraños, son parte de los coqueteos y de las posibles circulaciones entre los jóvenes antirrosistas y algunos partidarios del régimen; pero mostrarán luego la imposibilidad de cualquier asociación al acentuarse el carácter refractario del núcleo esencial de los participantes del salón con las lecturas política y económica que realiza Echeverría entre octubre y noviembre del 37, que le confirman además a Rosas las sospechas que nunca desechó acerca del verdadero propósito de esa reunión de jóvenes. El cierre de *La Moda* (el semanario de Alberdi que contaba con otro *pararrayos*: el hijo del edecán de Rosas era el editor responsable), callando que el verdadero motivo es la imposición del gobierno, la clausura de salón y el desmantelamiento de la librería de Sastre; y la formación de la clandestina Asociación de la Joven Argentina señalan un límite a esos coqueteos entre los jóvenes intelectuales y el poder, excepto en lo que respecta a Alberdi, que diez años después volverá a insistir, como veremos en la Cuarta parte.⁸⁸ Y si para la época de la primera edición del *Dogma socialista* (publicado en *El Iniciador* de Montevideo en enero

Por fortuna de nuestra patria, nosotros no somos los primeros en sentir esta exigencia; y no venimos más que a imitar el ejemplo dado ya en la política, por el hombre grande que preside nuestros destinos públicos. Ya esta grande capacidad de intuición, por una habitud virtual del genio, había adivinado lo que nuestra razón trabaja hoy por comprender y formular: había ensayado de imprimir a la política una dirección completamente nacional; de suerte que toda nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra sociabilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en las manos de este hombre extraordinario" (Juan B. Alberdi, "Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano", en Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, *El salón literario* [estudio preliminar de Félix Weinberg], Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 132). En el *Fragmento preliminar*, que ya había sido entregado a imprenta para la fecha de inauguración del salón, sostiene que "[nuestra situación actual] [e]s normal, y basta: es porque es, y porque no puede no ser. Llegará tal vez un día en que no sea como es, y entonces sería tal vez tan natural como hoy. El señor Rosas, considerado filosóficamente, no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. Es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo. [...] Así, si el despotismo pudiese tener lugar entre nosotros, no sería el despotismo de un hombre, sino el despotismo de un pueblo [...]" (Juan B. Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, Buenos Aires, Biblos, 1984, p. 145).

⁸⁸Ya hemos remitido al ineludible estudio de Félix Weinberg sobre el salón del 37, fundamental para conocer cómo funcionó.

de 1839), pese al enfrentamiento ya rotundo entre las facciones, todavía es pensable la posibilidad de alguna alianza, para su reedición (ampliada) de 1846 ya los caminos eran absolutamente irreconciliables, como se confirma en la polémica que de Angelis y Echeverría mantuvieron a propósito del libro y en el hecho de que ya todos los opositores están en el exilio.⁸⁹

En el caso brasileño, es necesario señalar que no todos los primeros románticos brasileños mantuvieron la misma atadura respecto del poder, aunque es evidente que con el tiempo y la intensificación del favor, van pasando de un reclamo y la consecuente aceptación inicial del apoyo que les brinda el emperador a "preito e reverência pura e simples à sua pessoa".⁹⁰ El vasallaje y la obsecuencia, en el caso argentino, llegará a su extremo no tanto con los escritores de ficción o con los poetas más renombrados, como en el caso brasileño, sino con los *escribas* que Rosas tendrá a su servicio, entre los que se destacan Pedro de Angelis, con una fidelidad que empieza siendo un ofrecimiento de servicios a cambio de quedar al amparo del poder para terminar convirtiéndose en el transcriptor (y defensor público) de la doctrina; y José Rivera Indarte que, de la activa reverencia inicial (y de la gestación de dos himnos indispensables para la instalación de un ceremonial federal) pasará al bando enemigo cargado de odio contra sus antiguos compañeros de bando político. Lo interesante de este último caso se da, además, porque la actitud reverencial de Rivera Indarte buscará reiteradas veces otras figuras ante las cuales prosternarse, como veremos más adelante.⁹¹

El caso brasileño más representativo es el de Manuel José de Araújo Porto Alegre, discípulo de Jean Baptiste Debret, quien había llegado al Brasil en un plan organizado por el gobierno para fundar la Academia de Bellas Artes de

⁸⁹Dice Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*, que funciona como introducción a la edición del *Dogma socialista* de 1846: "Si Rosas no fuera tan ignorante y tuviese un ápice de patriotismo en el alma, si hubiese comprendido su posición, habría en aquella época dado un puntapié a toda esa hedionda canalla de infames especuladores y de imbéciles beatos que lo rodea; habría llamado y patrocinado a la juventud, y puéstose a trabajar con ella en la obra de la organización nacional, o al menos en la de la provincia de Buenos Aires, que en concepto nuestro era sencillísima; porque no es tan difícil como se cree la política para los jóvenes, sobre todo, inteligentes. ¿No se han visto hábiles para la nuestra hasta los gauchos y los pulperos?" (Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, en *Dogma socialista, y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Estrada, 1956, p. 38).

⁹⁰Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, tomo 2, p. 44. Francisco de Sales Torres Homem —Timandro— fue el más radical y por lo tanto el más refractario a servir al sistema, pero terminará aproximándose a él, de todos modos.

⁹¹En la Tercera parte de la tesis nos detendremos también en algunos casos de letrados que volvieron del exilio y se integraron al círculo rosista.

Río de Janeiro. Araújo se va a ir a Europa con su maestro cuando éste se vuelva, y si le vaticina un gran futuro a la escuela que se había fundado, justificará su deseo de viajar con el argumento de que "por toda parte há uma sede de instrução que só se pode saciar nas próprias fontes da ciência. Por isso é que se vê hoje a juventude correr para as praias do oceano, solicitar o exílio como um favor, enfrentar as tempestades para atingir o solo da França e, voltando ao trabalho com novo ardor, consultar dia e noite os preciosos tesouros que vossa hospitalidade oferece a todas as nações do globo."⁹²

"*Solicitar el exilio como un favor*", subrayamos, porque ése es el punto clave para analizar, contextualizar y, por lo tanto, entender la situación de estos brasileños: ¿cuál es la relación que establecen con el poder y cuál es la naturaleza de sus temporadas en tierra extranjera? El uso del término "exilio" es, en rigor, exagerado; porque no son expulsados en el sentido estricto del término.

Si se puede ver, en el caso de Araújo, de qué manera la pérdida de un prometido apoyo oficial a su carrera artística influye en su decisión de apurar el viaje a Europa y de seguir a su maestro, Debret, que vuelve a Francia; lo que volvería pertinente el término, al menos en principio. Pedro I, satisfecho con un cuadro de la familia imperial que el joven pintor estaba haciendo, le había sugerido llevarlo a Italia una vez terminado, como regalo a los familiares de su mujer, sugiriéndole quedarse estudiando allí. La abdicación de Pedro I, el 7 de abril de 1831, imposibilitó el apoyo, lo que llevó a Araújo a buscar otros medios de acceder a Europa. Así, la situación de inestabilidad política que se genera con la abdicación le permite a Araújo concebir su viaje como político; sin embargo, no deja de ser un viaje ya planificado o —como mínimo— deseado de antemano. Si el exilio es un favor, deja de ser exilio: ninguna expulsión verdadera se agradece. Con la ayuda económica de dos figuras políticas de su país (formas sustitutas del apoyo oficial, de alguna manera), Manuel de Araújo Porto Alegre consigue pasaje gratuito y una cierta cantidad de dinero, y parte el 25 de julio con carta del senador Antônio Carlos para el consejero José Joaquim

⁹²Araújo Porto Alegre, en Jean Baptiste Debret, *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*, São Paulo, Livraria Martins, 1949, 2 v., tradução de Sérgio Milliet p.107. Debret vivió en el Brasil entre 1816 y 1831: llega en una misión encargada por João VI y se va cuando abdica Pedro I, llevándose a Europa a su discípulo Araújo Porto Alegre. Su *Voyage pittoresque et historique au Brésil* se publica entre 1834 y 1839, en tres volúmenes. En 1837 recibe una pensión del gobierno brasileño en reconocimiento por sus servicios; y en 1839 es nombrado socio del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño.

da Rocha, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Brasil en Francia, adonde llega en octubre de 1831.⁹³

"*Solicitar el exilio como un favor.*" Será el propio Araújo Porto Alegre el que permita desmentir esa primera consideración del viaje como un exilio, lo que recoloca a los brasileños en París en una situación que condice más ajustadamente con las condiciones históricas que marcaron su viaje. En su autobiografía, Araújo Porto-Alegre narra acerca de sí mismo:

"Dias depois de sua chegada a [sic] Paris, informa Porto-Alegre, em outubro de 1831, estando no «Boulevard des Capucines» a ver umas estampas, sentiu uma forte pancada no ombro, olhou e ficou atônito vendo D. Pedro [I] a rir-se para ele!

— *O que faz aqui, Sr. Araújo, pois também emigrou?*

— *Não senhor, lhe respondeu o artista; vim estudar a minha arte, e vim com Mr. Debret. [...]*

O artista foi no dia seguinte visitar o Sr. D. Pedro I, que o recebeu alegremente e o apresentou a Sra. D. Maria, rainha de Portugal.

Dias antes da partida do Sr. D. Pedro I, foi despedir-se dele e de seus amigos o artista, e o ex-Imperador lhe disse o seguinte:

— Parto, e a Europa saberá do meu destino. Se for feliz, e se você quiser ir procurar-me, vá, porque encontrará um amigo. As últimas circunstâncias da minha vida me têm feito conhecer a fundo os homens; se eu os conhecesse como os conheço hoje não teria abandonado meus filhos.

E as lágrimas lhe vieram aos olhos.

E o artista também chorou e disse:

— Ah! Senhor, quem diria, naquele dia em que vi Vossa Magestade no Corcovado, que esta cena se passaria em Paris?!

Quis beijar-lhe as mãos, mas D. Pedro não consentiu.⁹⁴

⁹³Condoídos da sua posição e cientes do seu bom comportamento, José Bonifácio de Andrada e Silva e Evaristo Ferreira da Veiga, houve do primeiro uma carta para o almirante Grivel, que lhe deu passagem gratuita a bordo do navio de guerra «Durance», e do segundo a quantia de 400\$000, por uma subscrição que este fizera, os quais recebeu da mão do sr. João Pedro da Veiga, irmão do deputado Evaristo. Com este pequeno recurso partiu para a Europa, em companhia de seu mestre e amigo [...]" (Paranhos Antunes, *O pintor do romantismo. Vida e obra de Manoel de Araújo Porto-Alegre*, Rio de Janeiro, Zélio Valverde, 1943, p.48, que lo toma de la autobiografía del propio Araújo).

⁹⁴Paranhos Antunes, *O pintor do romantismo*, p.63 (subrayado nuestro).

Estimo que el abandono del Brasil (y de su heredero, el futuro Pedro II) por parte de Pedro I para resolver el problema de la legitimidad de su derecho al trono portugués por sobre la ambición de su hermano Miguel, provoca en esa nación americana una situación de inestabilidad importante (Araújo habla, incluso, de "anarquía") que lleva a varios jóvenes con inclinaciones artísticas (escritores o pintores) a elegir un lugar más seguro y tranquilo para desarrollarse, lo que —a la vez— les permite hacer su viaje de aprendizaje europeo, rito de iniciación inevitable —y deseado— por cualquier joven americano con apetitos culturales. Aprovechan ese viaje para practicar, además, un simulacro de exilio político que, si bien estrictamente no lo es porque no han sido expulsados de su patria, les funciona perfectamente en un nivel simbólico porque, de hecho, la situación en el Brasil es ambigua y complicada. El Imperio brasileño queda a la espera de la resolución de los hechos que están dándose en la antigua metrópoli (y que, pese a la independencia, pueden traer funestas consecuencias para la nueva nación americana), situación agravada por la larga espera que se inicia hasta que el niño emperador del Brasil, Pedro II, que tiene cinco años, alcance la mayoría de edad, de modo que pueda gobernar en persona y no por medio de la regencia que su padre, al alejarse, deja organizada.

Así, los brasileños construyen un entorno muy de época, al trabajar la idea de exilio en la misma dirección que los europeos, como João Baptista de Almeida Garrett, el poeta romántico portugués, que sí es un exiliado político y del que Araújo se hiciera amigo. Necesitan forzar la situación para que ciertas tendencias del romanticismo se les ajuste de manera más precisa y los justifique y los autorice a plantear una *saudade* de la propia tierra configurada como política; y para que puedan, así, quejarse de las injusticias de la madre patria y militar desde afuera por la formación de una nación nueva.⁹⁵

Lo cierto es que Manuel de Araújo Porto Alegre, Domingos Gonçalves de Magalhães y Francisco de Sales Torres Homem, figuras centrales del primer

⁹⁵Flora Süssekind recupera la asimilación que Gonçalves de Magalhães practica entre poeta y peregrino "que vai cantando sem esperança de recompensa" y al que "só o amor mesmo da poesia e da pátria o inspira", como afirma el líder del movimiento en su "Discurso sobre a história da literatura no Brasil". Y la crítica brasileña concluye: "*O escritor parece reclamar para si e seus pares mecenato semelhante ao atribuído a alguns desses viajantes, como os da Missão Francesa, que recebiam pensões, ou reconhecimento e consideração social como os de que gozavam em geral tais estudiosos e exploradores perante a corte e a sociedade brasileira à época*" (Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, p. 47, subrayado en el original).

romanticismo romántico brasileiro, pasan unos años en Europa. En 1833, siguiendo la ruta de su amigo Araújo Porto Alegre, el poeta Gonçalves de Magalhães también se va a París, a realizar su viaje de aprendizaje. No hay alejamiento forzoso de la patria. No hay motivos políticos que lo obliguen a abandonar el Brasil. Cumplirá, como gran parte de los jóvenes intelectuales americanos, con el ritual del viaje a Europa. Buen aprendiz de viajero, no ahorrará asignaturas obligatorias: Francia, pero también Suiza e Italia. El centro de la acción intelectual será, de todos modos, París. ¿De qué viven? En algún momento, y a su turno, Gonçalves de Magalhães o Torres Homem serán nombrados agregados a la legación en Francia; al tiempo que Araújo, aunque las cámaras no le aprobarán el subsidio que había solicitado, será favorecido por algún consejero hasta que finalmente (en 1835) recibirá el apoyo oficial y seguirá viajando. Entre problemas de dinero y camaradería para compartir las ayudas oficiales, los amigos publicarán en París, en 1836, la primera revista del romanticismo brasileiro: *Nitheroy*.⁹⁶

Araújo Porto Alegre, que será el pintor y arquitecto que comande la ornamentación y los fastos para la coronación de Pedro II, y que inmediatamente será nombrado Pintor de la Cámara Imperial, por lo que también decorará el Palacio de Petrópolis, y que se "atribuía especialmente o início da cor local nativista",⁹⁷ sintetiza así su relación con su protector oficial:

"Tenho servido ao Imperador, ao Governo e ao meu país com lealdade e desinteresses, e do Imperador não tenho queixa. Tenho sofrido por ser leal e por ser amigo. Ainda não postulei uma só graça do Governo: até hoje tenho cumprido ordens, e até sacrificado o meu bem-estar geral."⁹⁸

⁹⁶Na companhia de seus amigos Magalhães e Conselheiro Francisco de Sales Torres Homem, continua a auto-biografia, muito lucrou o nosso artista, porque do contato de duas tão altas inteligências há sempre que ganhar. Com eles se associou na publicação que fizeram de uma revista científica, literária e artística, intitulada «Niterói», da qual saíram dois números somente, por se haverem retirado da Legação estes dois moços, preferindo tudo a suportarem o carácter sombrio, trêfego e versátil do Conselheiro Moutinho, chefe da Legação de França." (Paranhos Antunes, *O pintor do romantismo*, p. 87). Nos detendremos en algunas de las propuestas que se hacen desde las páginas de *Nitheroy* en la Tercera parte.

⁹⁷Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, tomo 2, p. 332.

⁹⁸Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, p.61. En *Literatura e sociedade*, Candido sintetiza: "Houve [...] um mecenato por meio da prebenda e do favor imperial, que vinculavam as letras e os literatos à administração e à política, e que se legitimava na medida em que o Estado reconhecia, desta forma (confirmando-o junto ao público), o papel cívico e construtivo que o escritor atribuía a si próprio como justificativa da sua atividade. [...] Muitos dos nossos maiores escritores —inclusive Gonçalves Dias e Machado de Assis— foram homens ajustados à

III El caso argentino

Como un "escritor público" se define, en su caso, Pedro de Angelis, en un artículo que anticipa la polémica con Esteban Echeverría y donde se aborda el tema de la moral de quienes cumplen funciones intelectuales. En octubre de 1846, el *Archivo Americano* le servirá a de Angelis para explicar, con fundamento, que los escritores públicos

"[I]bires en sus opiniones como ciudadanos, y en estado de expresarlas como publicistas, sostienen lo que creen más justo, impugnan lo que consideran peligroso, y se adhieren voluntariamente al partido que profesa sus mismos principios y que aspira al mismo triunfo [...] y se consagran a la defensa de los intereses comunes, cumpliendo con la obligación de reunir sus esfuerzos para ilustrar la conciencia pública, y secundar [sic] las medidas que se tomen para asegurar el triunfo de una buena causa. Su recompensa es el aprecio de sus compatriotas".⁹⁹

Esta fundamentación teórica de la función del letrado al servicio de un poder busca ejemplos universales que avalen su postura en los universitarios de Jena, Berlín o Bonn que se alistaron tras una idea (cuando se trató de evitar la intervención extranjera al mando de Napoleón), sin necesidad de recurrir a "órganos estipendiados".

Los cargos contra de Angelis señalan su servilismo respecto de Rosas, que se combina con su supuesta falta de criterio, ya que acata las ideas que el poderoso le impone (es el escritor italiano el principal agente de lo que Echeverría llama "prensa mashorquera", que se escribe al ritmo y en el tono de lo que dicta el Restaurador)¹⁰⁰; y —como si esto no bastara— lo acusan de

superestrutura administrativa. A condição de escritor funcionou muitas vezes como justificativa de prebenda ou de sinecura; e para o público, como reconhecimento do direito a ambas, —num Estado patrimonialista como o era o nosso" (Antonio Candido, *Literatura e sociedade. Estudos de teoria e história literária*, São Paulo, Queros, 2000, pp. 83-84).

⁹⁹Pedro de Angelis, *Archivo Americano* N° 30, 25 de octubre de 1846, citado en Weiss, "Juan Manuel de Rosas-Pedro de Angelis y el *Archivo Americano*", en *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, tomo I, p. LVI.

¹⁰⁰Cf. Esteban Echeverría, "Literatura mashorquera", *Obras completas*, tomo V, Buenos Aires, Casavalle, 1870-1874. La intervención de Rosas puede certificarse con los propios papeles de de Angelis. En uno de los intercambios frecuentes con Rosas, le escribe: "propongo [...] en la

activar su pluma, antes que al servicio de una causa, movido por el dinero, lo que le permitiría cambiar de ideas cada vez que fuera necesario, en función exclusiva de sus intereses económicos.

Como hemos visto, no es inusual que el mundo árabe les proporcione a los opositores analogías para explicar el mundo rosista, lo que ocurre también en el caso de su escriba principal. Así, de un poema orientalista del irlandés Thomas Moore, Echeverría tomará la figura de Fadladeen, chamberlán del harén, que era "entendido en todas las materias" y cuya

"conducta política y sus opiniones se fundaban en este renglón de Sadi: «Si el príncipe a mediodía dijere que es de noche, asegúradle que ya veis la luna y las estrellas». [...] En efecto, señor Editor, Ud. no es gran Nazir, porque en Buenos Aires no hay harem sino Mazorca; pero en cambio, Ud. ocupa el puesto de Archivero mayor y de periodista en jefe del Gran Sultán Rosas; Ud. es ducho como Fadladeen en toda cosa; en cuanto a manejo y opiniones políticas sigue la máxima de Sadi, y su celo por el sistema americano y la Federación, puntos capitales de la religión mazorquera, es tan fervoroso o quizás más que el de Fadladeen".

Así lo ataca Echeverría a don Pedro de Angelis en la primera de las cartas que forman parte de la polémica que ambos mantienen en 1847, y que puede alimentarse de la literatura universal tanto como de las bajezas más pedestres, como cuando el autor de *La cautiva* opina sobre el uso que puede dársele al periódico trilingüe que su contrincante redacta, porque "falta saber si leerán por esos mundos su papel difamador y si no harán con él lo que hacía el *héroe del desierto* con las misivas de su *querida Encarnación*, cuando vivía como el tigre entre los pajonales de la pampa".¹⁰¹ Está en juego el papel político del letrado como "publicista", y en este sentido, las definiciones que le lanza el enemigo operan — por contraste— como una forma de la autodefinition, que a Echeverría le preocupa particularmente cuando se trata de pensar su lugar en el proyecto de

primera página sustituir la palabra «esclarecido» por la de «benemérito» porque quisiera evitar en los artículos cualquier indicio de la intervención de V. E., para llenar los deseos y las órdenes de V. E.; y la voz esclarecido la tienen generalmente como una prueba de su intervención" (citado por Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas*, p. 229).

¹⁰¹Esteban Echeverría, "Cartas a don Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*", en *Dogma socialista y otras páginas políticas*, p. 186.

la generación antirrosista, como volverá a sucederle en relación con Rivera Indarte.¹⁰²

Este último, por su parte, en su enfrentamiento personal con de Angelis, le hace decir al letrado italiano: "Escribo porque me pagan: mañana, si ustedes me pagan, escribiré en favor de ustedes del mismo modo".¹⁰³ Rivera Indarte no debe haber estado tan lejos de la verdad, a juzgar por las propias manifestaciones de de Angelis, hechas en privado, cuando buscaba protectores en otras tierras para poder irse de "este maldito país en el que he vegetado once años", como escribe en 1838.¹⁰⁴ La extranjería del napolitano es un punto más sobre el que cargan sus enemigos para desacreditarlo o directamente defenestrarlo; lo que se vuelve interesante si consideramos el hecho de que los argentinos, dispersos por el mundo, sufrirán muchas veces los embates de los nacionales en los países en que se hospedan, poniendo en duda la legitimidad de su intervención en la esfera pública.¹⁰⁵ Pero —a la vez— es esa misma extranjería la que parece permitirle a de Angelis cambiar el rumbo de sus servicios y ofrecerlo en otras direcciones, —otras naciones— como ya lo había hecho en la Argentina.

Cuando de Angelis da explicaciones sobre su relación con Rosas, oscila entre la argumentación política y la queja maliciosa. En el artículo de 1846 alude a la "conformidad de las miras y del lenguaje" (admitiéndola, al enunciarla), para señalar que no debe "alegarse como una prueba de la dependencia de los escritores públicos a la administración que sostienen", y la atribuye, no a la sumisión a un *dictador*, sino a la defensa de valores compartidos cuando hay bienes supremos que se ven amenazados. Pero en otras ocasiones recurre a alguna analogía simple, de pasmoso pragmatismo, como la que le ofrece a

¹⁰²Echeverría se encarga de dejar sentado que él es de los personajes más destacados (o el más destacado) de la escena pública, y suele señalarlo tanto en cartas privadas como en aquellas por medio de las cuales polemiza, como en las que le dirige a de Angelis (en este caso, alude a propia su fama en el Río de la Plata mientras tacha al napolitano de desconocido, y recuerda haber sido alabado por el propio contendiente cuando la aparición de *Los Consuelos*, libro que lo convertía a Echeverría el único representante del romanticismo argentino —pp. 108 y 203—). (La polémica de Echeverría con Rivera Indarte se trata más adelante).

¹⁰³Rivera Indarte, "Pedro de Angelis", *Rosas y sus opositores*, tomo 1, p. 244.

¹⁰⁴Carta de Pedro de Angelis al conde de Wallenstein, cónsul ruso ante la corte brasileña (Buenos Aires, 16 de marzo de 1838), en Jaime Cortesão, "Introdução" a *Jesuitas e bandeirantes no Guairá (1549-1640)*, Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1951, p. 23; y en Raúl Antelo, *Algaravia. Discursos de nação*, Florianópolis, Editora da UFSC, 1988, p. 77, sobre el cual nos detendremos inmediatamente.

¹⁰⁵Trataremos específicamente este problema en la Conclusión.

Andrés Lamas después de Caseros, reconociendo que el estipendio no había sido una cuestión menor en la relación que lo había unido al Restaurador (como era lógico que sucediera en relación con los publicistas del período, enfrentados a la falta de trabajo cuando, como en el propio caso del napolitano, son expatriados). Recuerda el hijo del representante uruguayo que de Angelis "explicaba su situación diciendo que se había considerado, hallándose en tierra extranjera, como un zapatero al que se encargan zapatos y que, naturalmente, debía hacerlos al gusto y a la medida del consumidor",¹⁰⁶ tal como le contaba mientras tomaban mate, en Río de Janeiro, después de la caída del sistema que había defendido, sostenido y constituido con su escritura. Pero Rosas "no compensó mis servicios", porque era tacaño, ingrato y miserable, se explaya Pedro de Angelis, para sumar otro baldón a la lista interminable. Los Lamas, antirrosistas con quienes el napolitano terminó intimando, acaban dando una justificación al modo de relación que el letrado napolitano mantenía —en general— con el poder:

"se iba [de la casa de los Lamas en Río], para volver, en efecto, [al otro día] hasta que dio la espalda a la América donde dejó el rastro de su talento, como de su mercenarismo del que, si no hacía gala tampoco se defendía, persuadido de que la pluma es el instrumento de trabajo del que se puede hacer uso, como de cualquier otro, sin escrúpulos ni reticencias, con tal que produzca, que asegure el pan cotidiano".¹⁰⁷

Y en los antípodas del *mercenario* está el *mecenas*: no aquel que recibe dinero por poner sus talentos al servicio del que paga sino el que paga para sostener económicamente al protegido y permitirle así el desarrollo de sus talentos. Como se sabe, la relación de mecenazgo nunca resulta gratuita para quien recibe el don, y el de los agradecimientos es el género más transitado por quienes han usufructuado de algún sistema de favores (y el más leve).¹⁰⁸

¹⁰⁶Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 132.

¹⁰⁷Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 135. Ser o no un asalariado al servicio de un poder será otro punto con derivaciones teóricas importantes, que también abordaremos en la Conclusión, porque es una de las imputaciones que Sarmiento le va a enrostrar a Alberdi en la polémica, y plantea —de manera más determinante aún— la situación de exilio.

¹⁰⁸"El mecenazgo es el cuidado del escritor por una persona o una institución que lo protegen, pero que esperan de él en reciprocidad la satisfacción de la necesidad cultural. Las relaciones entre cliente y patrón tienen relación con las de vasallo-soberano" (Robert Escarpit, *Sociología de la literatura*, Barcelona, oikos-tau, 1971, p. 45).

Cuando Sarmiento, al final de *Recuerdos de provincia*, se refiere al ministro chileno Manuel Montt, "mi arrimo antes, mi amigo hoy", es categórico: "Su encuentro en el camino de mi vida ha sido para mí una nueva faz dada a mi existencia; y si ella hubiese de arribar a un término noble, deberíalo a su apoyo prestado oportunamente". El apoyo de Montt a Sarmiento puede verse como una forma —más moderna— del mecenazgo, que los argentinos aceptaron y que los conecta con el modo de relación que vincula a los letrados brasileños con su emperador, no menos dependiente aunque se practique bajo una forma republicana. Un sistema republicano de favores, no otra cosa hace posible el productivo viaje de Sarmiento al Viejo Continente, o —como propone David Viñas— el de Juan Bautista Alberdi, a quien se lo ve "rindiendo cuentas", ya que su versión utilitaria de Europa "está destinada a quienes le han pagado el viaje: él tiene que demostrar que ha cumplido con lo pactado a quienes dirigen *El Mercurio* y a los intereses de los que el diario es vocero". Sarmiento es quien podrá dividir la zona privada de la pública —agrega Viñas— al escribir "un libro oficial dedicado a la pedagogía y otro cotidiano y divertido en forma de cartas para un grupo de amigos".¹⁰⁹

Llama la atención que de Angelis use el término "mecenas" para aludir a los mártires del 37 con cuyos nombres Echeverría abre la *Ojeada retrospectiva*: "Basta leer los nombres inscriptos en las primeras páginas de esta rapsodia para descubrir su tendencia. No son los de las columnas del orden, de los defensores de las leyes, de los protectores de los derechos del pueblo: a ninguno de estos beneméritos hijos de la Patria menciona el autor del pretendido *Dogma Socialista* entre sus Mecenas".¹¹⁰ Y si hay una disputa por el sentido del matirologio que se juega en la lista de nombres a los que les cabe el concepto, de acuerdo con el lugar ideológico de la enunciación, es muy tentador leer un *lapsus* del escriba del rosismo que allí donde debió pensar en una línea horizontal de relaciones, entre militantes de un mismo bando, trazó una vinculación vertical inapropiada para la relación. Y si en el Brasil el mecenazgo es un privilegio buscado, este uso que hace de Angelis de la palabra nos recuerda que, en la Argentina, el mecenazgo puede ser una forma de la degradación.

¹⁰⁹David Viñas, "El viaje a Europa", en *De Sarmiento a Cortázar*, pp. 148-149 (subrayado en el original).

¹¹⁰Nota de Pedro de Angelis sobre el *Dogma socialista*, en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 368.

IV Pedro de Angelis, el *bribón*

Raúl Antelo se detiene —en el primer acercamiento teórico sobre los contactos entre los letrados argentinos y brasileños durante la primera mitad del siglo diecinueve— en la correspondencia entre Pedro de Angelis y el conde Wallenstein, cónsul general de Rusia en Río de Janeiro, que contribuye a entender la posición intelectual del napolitano en América.

"Logo nas primeiras cartas [el primer intercambio es de diciembre de 1837], percebe-se um certo açodamento em colocar produção no mercado externo, sobre todo a sua *Historia de las expediciones mandadas contra los establecimientos del Río de la Plata en 1806 y 1807*, passaporte para sua ambicionada entrada no Instituto Histórico e Geográfico, associação que no Brasil define a institucionalização do saber histórico como saber cívico. De Angelis, acostumado à proteção oficial, irrita-se pela falta de resposta do Instituto; é inadmisível —diz ele— «ne pas repondre a un homme de lettres que sollicite la protection d'un gouvernement». Lamenta, pois, ter dilapidado seu capital dinerário e simbólico numa busca incomprendida e não correspondida."¹¹¹

La historia de las relaciones entre el Brasil y de Angelis así comienzan, para ofrecer más tarde algunas otras situaciones delicadas que ensombrecen (aún más, si eso es posible) la figura del colaborador de Rosas tal como la conciben sus detractores. Se lo acusa a de Angelis, entre tantas otras cosas, de haber intentado contrabandear al Brasil un monetario del que no era dueño y,

¹¹¹Raúl Antelo, *Algaravia*, p. 77 (Antelo, a su vez, toma la caracterización del IHGB de Flora Süssekind, "Se o sei todavía [Varnhagen e a narrativa]", *Anais do Congresso da Associação Brasileira de Literatura Comparada*, Porto Alegre, 1988, v. 1). Josefa Sabor atribuye la desembozada sinceridad y crudeza con que Pedro de Angelis se refiere a sus deseos de alejarse de Buenos Aires y a lo que piensa de Rosas a la certeza que tenía de que sus cartas no serían interceptadas (Josefa Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995, p. 71). Pero que ese riesgo existía lo señala Jaime Cortesão al analizar esta correspondencia y notar algunos largos períodos de silencio (que coinciden con el terror rosista del año 40) o algunos temas que inexplicablemente se callan en alguna misiva para retomarse en cartas siguientes con naturalidad y alguna vez desde las afueras de la ciudad. Las cartas que se conservan van del 4 de diciembre de 1837 al 30 de junio de 1841. El portador de esta última carta de la colección fue Tomás Guido, que iba al Brasil para la coronación de Pedro II y a quien de Angelis *recomienda*, ya que —le dice a su corresponsal— es "un des hommes les plus distingués de ce pays" (Jaime Cortesão, "Introdução", p. 32).

finalmente, de haber vendido al gobierno imperial su biblioteca, formada a través del saqueo de papeles históricos y documentales que eran propiedad del Estado.

Cuando se exilie en Río de Janeiro, ya caído su protector, Pedro de Angelis transportará aquello que los proscriptos de la generación del 37 debieron ir dejando a su paso por la ruta del destierro: su biblioteca. El archivero cargará con sus libros y evidenciará otro sistema —y otra forma de apropiación— de la literatura argentina.¹¹² Mucho se ha hablado, en las cartas de los exiliados, de la manera en que de Angelis formó su biblioteca y su colección de medallas. La venta de la biblioteca al Brasil, con papeles oficiales que pertenecerían a la nación argentina, es un punto de discusión, debate y puja entre los bandos, que intentan tomar posición en torno de la naturaleza del hecho, esto es: si se trató de un acto legítimo o de la comisión de un delito.

Desde el principio Florencio Varela se interesa por la publicación de la *Colección de Obras y documentos* que anuncia el Archivero del Estado, y le pide a su amigo Juan María Gutiérrez que lo suscriba:

"Ese de Angelis, dotado de tanta capacidad cuanta es la perversidad de su carácter, ha hecho llegar a mis manos no sé por mano de quién el Prospecto de la Colección de obras y documentos inéditos relativos a la Historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. El Editor puede, en mi sentir, hacer una publicación importantísima porque tiene abundantes

¹¹²La intervención de Andrés Lamas fue fundamental en la venta de la biblioteca al Imperio. Para mayores detalles sobre la cuestión: cf. Cortesão, "Introdução"; y Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*.

La biblioteca de de Angelis, vendida al Imperio del Brasil —y robada a la nación argentina, según sus detractores— pondrá a la literatura argentina en una encrucijada. Recordemos a Benjamin que, en su discurso sobre la bibliomanía, especificaba (entre otros) dos modos posibles de hacerse de una biblioteca. "El más glorioso es escribirlos uno mismo"; y "el más astuto es el préstamo con, como corolario, la no devolución". Entre la gloria y la astucia, la conformación de bibliotecas (o, mejor, enciclopedias —porque abarcamos así no sólo los libros que se poseen sino los que se han leído—) es índice de la forma en que se constituye una literatura nacional, que debemos seguir pensando. Dice Eduardo Grüner: "Uno se sentiría tentado de repetir, con Althusser, que puesto que no hay lecturas inocentes, deberíamos empezar por confesar de qué lecturas somos culpables". O —agreguemos—: ¿de qué libros somos culpables?: ¿de los de la gloria o de los de la astucia? Cf. Walter Benjamin, "Desembalo mi biblioteca (Discurso sobre la bibliomanía)", *Punto de Vista*, año IX, N° 26, Bs. As., abril de 1986; y Eduardo Grüner, "Foucault: una política de la interpretación", en Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, El cielo por asalto, p. 16).

materiales, de los que algunos debe a mi necia condescendencia y a mi fácil credulidad".¹¹³

Pese a las diferencias ideológicas abismales entre los antirrosistas y de Angelis, ningún opositor al gobierno desconoció la importancia de los *Documentos* que él editaba (al margen de la opinión negativa que —como vemos— tenían respecto de los medios de agenciarse los materiales); y, desde el exilio, era usual que pidieran el envío de las entregas.¹¹⁴

Lo que sí sucede es que las quejas respecto del método de adquisición de los originales cobran mayor relevancia cuando se las lee en relación con el afán coleccionista que Varela y Gutiérrez compartían (entre sí y con el archivero del Estado), ya que los dos opositores están abocados a la tarea de darle forma y sustancia a la memoria de la patria, y se postulan como custodios de su patrimonio:

"Me revuelve la máquina lo que Ud. me dice de las rapiñas de ese de Angelis. Esos documentos que vende son propiedad nacional de nuestra desventurada patria. El mal italiano cumple el texto de su alto compatriota: «Degli stolti la spoglia divide». Pero, en fin, vea Ud. si ese ilustrado Vilardebó salva siquiera esos monumentos de nuestra historia y de nuestra geografía de caer en manos que los lleven a donde no podamos consultarlos jamás. Desde ahora me doy por admitido a examinar esos papeles si los adquiere D. Teodoro",

comenta Varela desde Río de Janeiro.¹¹⁵

¹¹³Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, carta del 31 de octubre de 1835, desde Montevideo, en *Archivo JMG*, tomo I, p.190.

¹¹⁴Cf. *Archivo JMG*, tomo I, pp. 190, 191, 194, 197. Las excepciones la constituyen José Rivera Indarte y Esteban Echeverría. El primero —en un duro enfrentamiento personal con su antiguo compañero de ruta— no le reconoce absolutamente ningún mérito: dice que la mayor parte del material editado no es relevante, que deja de lado verdaderos tesoros con el fin de lucrar con ellos, que los tomos son indigestos, insoportables; al tiempo que le reclama la falta de mapas, que atribuye a la incapacidad del compilador, por lo que —concluye— ningún conocimiento geográfico puede adquirirse en la lectura (cf. Rivera Indarte, "Pedro de Angelis", en *Rosas y sus opositores*, pp. 246-247). Igual postura mantuvo Echeverría, que consideró a la colección como "fárrago en infolios" (Echeverría, "Cartas a don Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*", en *Dogma socialista, y otras páginas políticas*, p. 199).

¹¹⁵Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 22 de septiembre [1842], en *Archivo JMG*, tomo I, p. 250). La frase podría traducirse como "De los estúpidos los despojos reparte". Vilardebó vivía, todavía, en Montevideo; se va a Río de Janeiro hacia junio de 1844. En algunos casos, el saqueo se toma como algo más personal (aunque, a la luz del papel de custodios de la memoria patria que se arrojan los dos amigos antirrosistas, no deja de ser un ultraje a la nación): "Recibí el catálogo de medallas de Angelis; 36 de ellas fueron mías; el villano

Son ciertamente difíciles las condiciones del exilio y es grande el esfuerzo que estos hombres ilustrados hacen para mantenerse activos intelectualmente, por lo que la circulación de material bibliográfico es intensa; y el pedido de búsquedas o la comunicación de hallazgos, frecuente. La red de circulación de bienes culturales entre pares del exilio argentino trama una red solidaria, que entra en colisión con otros métodos o comportamientos, como los de De Angelis, que horrorizaron a propios y extraños:

"Al anuncio de su empresa [...] todos los literatos de Buenos Aires le abrieron sus bibliotecas; los archivos privados y públicos se le pusieron de manifiesto. Angelis así pudo conocer todos los mineros que había de saquear, y comenzó a formar una valiosa colección, ya haciendo contratos de compra que no ha cumplido, ya tomando prestado lo que no ha devuelto, ya ofreciendo ejemplares de su obra a cambio de manuscritos, a los que también ha faltado, ya haciendo robar manuscritos preciosos con criados y niños; pero sobre todo, saqueando con audacia y atrevimiento los archivos de la desgraciada Buenos Aires, y haciendo robar los de las provincias del interior",

se descarga Rivera Indarte¹¹⁶. La acción expoliadora de Pedro de Angelis sería, entonces, una forma (elevada a problema nacional) de burlar la confianza de las relaciones. Allí donde parecía que no se jugaba el egoísmo por cuestiones de banderías políticas, permitiendo el intercambio de bienes simbólicos de alto valor para la historia de la patria, de Angelis traiciona, e impide tal vez la única confraternidad nacional posible por encima de la lucha entre bandos.¹¹⁷

Hubo un caso resonante, que concentró por un tiempo la atención de rosistas y antirrosistas: el intento del arquitecto Carlo Zucchi de contrabandear un *monetario* que pertenecía a de Angelis haciéndolo ingresar a Río de Janeiro. Para desmentir la especie, el *Archivo Americano* incluyó cartas del propio

me las pidió y se las di; no hallará quien le pague lo que pide. Sin embargo no deja la colección de ser curiosa por más que carezca del valor que da el tiempo a esa clase de objetos", dice en otra oportunidad el mismo Varela (carta a Gutiérrez, Río de Janeiro, 24 de mayo de 1842, en *Archivo JMG*, tomo I, p.246). La bibliofilia de Varela y Gutiérrez, en particular, será tratada en la Cuarta parte, en relación con las bibliotecas de los exiliados.

¹¹⁶Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*, tomo 1, p. 249.

¹¹⁷ También se lo acusa de lucrar con las pertenencias de las víctimas de la mazorca, como el reloj del asesinado Félix Tiola que lucía o los muebles de Montes de Oca que usaba y exhibía en su casa, comprados a muy bajo precio a entregadores y mazorqueros (Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*, tomo 1, p. 243).

imputado como forma de descargo. El caso Zucchi puede considerarse un problema internacional y un aporte interesante acerca del nivel al que podían llegar, ya no las polémicas sino —lisa y llanamente— el cruce de insultos. Enfurecido, Zucchi se defiende de los ataques que le hace Rivera Indarte en *El Nacional* con el aporte de documentos originales de la aduana brasileña que certifican oficialmente el despacho legal de los bienes; pero también con un desafío que termina impartiendo una amenaza que es una forma de la maldición:

"Lo que pudiera extrañarse es que hasta ahora no haya habido, entre tantos que Ud. ha atrocemente injuriado, uno que le haya rompido [sic] el alma... Si no lo han hecho es porque desean verle ahorcado, para que su fin corresponda a toda su vida, y la sociedad quede vengada y libre de un bribón que la ha contaminado con sus palabras y sus obras".¹¹⁸

V Rivera Indarte, el *traidor*

De Angelis y Rivera Indarte están unidos por un odio personal que los envuelve en una discusión sin cuartel, que llevan adelante principalmente desde las páginas de los periódicos que redactan. Alternan —durante la época de Rosas— en el protagonismo de dos de los papeles más deshonorosos: el del ladrón y el del obsecuente. A las imputaciones que hace Rivera Indarte que hemos citado debemos contraponerle las de de Angelis; porque es mutua la acusación de ladrones, y en el cruce se juegan —además de una disputa moral— la capacidad de argumentación y el dominio del arte de injuriar que tiene cada uno. Para el rosismo, Rivera Indarte

"[n]o fue [...] perseguido por los artículos que escribió contra el General Rosas: no se le coartó la libertad del pensamiento. Estuvo

¹¹⁸La carta de Carlo Zucchi, fechada en Río de Janeiro, el 15 de agosto de 1843, se incluye en *Archivo Americano*, Nº 9, 30 de noviembre de 1843, tomo I, p. 138. Florencio Varela (que estuvo interesado en la compra del monetario) confirma la existencia de papeles, pero la atribuye a que, como "[q]uiso entrarle por contrabando —a fuer de buen italiano—", fue descubierto en su intento de pasarlo ilegalmente, le confiscaron el mueble en que las traía y debió pagar los derechos de aduana (carta de Varela a Gutiérrez, Río de Janeiro, 1 de noviembre de 1842, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 253). En *Rosas y sus opositores*, Rivera Indarte también comenta la llegada de Zucchi a Río, hacia octubre-noviembre de 1842 (p. 250). El monetario, también por intermedio de Andrés Lamas, será comprado por el Emperador Pedro II, en mayo de 1855 (cf. Jaime Cortesão, "Introdução", p. 35).

en la cárcel por falsario, fue expulsado del Colegio por sacrilego, fue sorprendido en la Biblioteca, y borrado de la matrícula de la Universidad, por ladrón, y por último, fue arrojado del país como un malhechor. De todos estos crímenes se hizo culpable en su temprana edad de diez y siete años, estando todavía bajo la férula de sus maestros, y bajo la tutela de sus padres. La mano de Dios había impreso en su frente el sello de la reprobación, y un Lavater hubiera leído en sus facciones la perversidad de su alma",

enumera el *Archivo Americano*, a modo de prontuario.¹¹⁹ La *pendiente del crimen* de Rivera Indarte habría empezado a los diez años, con el robo de la corona de la virgen del templo de la Merced. Es el propio Rivera Indarte el que admite algunos pecados de juventud al desacreditar al "degollador Rosas" por el uso que hace en su contra de hechos anteriores a la etapa pública de su vida. Aunque es verdad que de registrar sus fechorías también se encargará —en 1896— su antiguo compañero de colegio, el antirrosista Vicente Fidel López, en su *Autobiografía*, avalando en cierta forma las acusaciones que le hiciera el gobierno en su momento. Es interesante ver cómo los "chismes de escuela" (como desestima el punto el propio Rivera Indarte), cuando se recuperan con la ventaja de conocer el final de la historia, pueden condensar —como si estuvieran anticipándolos— los rasgos más salientes de un personaje complejo. Ya en el colegio, se lo veía a Rivera Indarte

"vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de calumnias e insultos a profesores y estudiantes. Tendría entonces 16 o 18 años. Cuando los injuriados lo pillaban, lo molían a palos y moquetes; y cuando huía, lo corríamos en tropel. Hubo vez que, no pudiendo escapar, se metió en la playa con el agua a la rodilla; mientras que de lo seco lo lapidábamos [...]. Desde entonces este Rivera Indarte —un canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y humilde en apariencia, como un ratón cuya cueva nadie sabía— tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse".¹²⁰

¹¹⁹*Archivo Americano*, Nº 20, 31 de julio de 1843, tomo II, p. 343.

¹²⁰Vicente Fidel López, *Autobiografía*, en *Evocaciones históricas*, Buenos Aires, Secretaría de cultura de la Nación, 1994, p. 23. Vicente F. López remite a Saldías, cuya semblanza de Rivera Indarte considera exacta. Es lógico que Saldías, inscripto en una línea de recuperación del rosismo, dedique varias páginas a este personaje que abjuró del federalismo, y es notorio cómo la figura de Rivera Indarte incluso lo saca un poco del tono calmo que el historiador

Exagerado o no, el encono de Pedro de Angelis contra Rivera Indarte es lógico: disputaron, cuando ambos eran rosistas, el mismo lugar en relación con el Restaurador. Después, la defección de Rivera Indarte le dio a de Angelis una coartada lícita para descargar su furia contra el *traidor*. Y si el propio Rivera Indarte recordaba que Pedro de Angelis había cambiado su traje europeo por el poncho para acercarse a Rosas, y lo llamaba "cambia-colores" y "vil camaleón",¹²¹ él mismo había mostrado su alta capacidad de acomodarse a diferentes circunstancias, pasando de componer el *Himno de los restauradores* o el *Himno federal* a ser el redactor, desde el exilio, de las páginas de *El Nacional*, que descargaban su odio contra el partido que había abandonado.

El *Himno de los Restauradores* (con letra de Rivera Indarte y música de Esteban Massini) celebra la asunción de Rosas con la suma del poder público, en abril de 1835. Canto a Rosas, en el que se mencionan muertos de la federación, se registra la posibilidad del tiranicidio (lo que aquí es temor y riesgo, luego de la defección será deseo y programa) y se asusta al enemigo, en una arenga festiva para encender a los propios.¹²² Nada que salga de lo habitual en el encomio, que vuelve a practicar seis años después para dedicárselo a Pedro II. La composición se titulará "A S. M. D. Pedro II Imperador, por J. Rivera Indarte, argentino". El Brasil le dará, entonces, la oportunidad de mostrar otra posibilidad de adaptación: porque, después de haber celebrado al republicano gobernador de Buenos Aires puede pasar a cantarle loas al emperador Pedro II, con motivo de su coronación, en 1841.¹²³ En ese poema historiza la relación de la Argentina con el Imperio, al tiempo que recuerda la historia del Brasil: va de la guerra que acabara en Ituzaingó, en los tiempos de Pedro I (a quien alaba por haber independizado a la nación tanto como por haber decidido irse a Portugal a recuperar la corona para los suyos), al principito huérfano que sería coronado como César, auspiciándole un gobierno benévolo y benéfico, no guerrero, que recuperará el brillo de la monarquía, ya tan desprestigiada ante los hombres. Un

habitualmente mantiene (cf. Adolfo Saldías, "La prensa propagandista del Plata [1843-1844]", en *Historia de la Confederación Argentina*, tomo VI: *La coalición y la diplomacia siniestra*).

¹²¹Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*, pp. 242-244.

¹²²Ver el texto en Antonio Zinny, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, I, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987, pp. 277-279.

¹²³Más adelante buscará, ya intencionalmente, que el imperio brasileño recele de Rosas, generando el temor de una (nueva) guerra posible, desatada por el gobernador de Buenos Aires. Cuando esté exiliado en Río de Janeiro escribirá *La intervención en la guerra actual del Río de la Plata* (1845).

detalle destacable: recupera para el Brasil (en un gesto que emparenta la composición con la *Marcha Patriótica* de Vicente López y Planes) la tradición de los "monarcas indios", cuyo influjo funciona también como una bendición.¹²⁴

En la *América Poética*, donde se incluyen algunas de las composiciones de Rivera Indarte, Gutiérrez lo justifica:

"Al coronarse el actual Emperador del Brasil D. Pedro II, le dedicó Indarte un canto, no para adularle, sino para dirigirle elevados consejos, atreviéndose a pedirle la emancipación de los hombres negros, esclavos en sus dominios:

Rompe la vil cadena
que a esa raza embrutece:
toda opresión condena
el que a Dios obedece;
Porque en la Cruz del Gólgota
al expirar el hijo:
"Selle mi sangre, dijo,
del hombre la igualdad".

Habiéndosele dicho (según su biógrafo) que un poeta republicano se degradaba cantando a un monarca, contestó: «El poeta filósofo acepta la inspiración, ya venga del solio o se levante de la cabaña, en el rey y en el mendigo considera a la humanidad, y sin pretender cambio en las formas exteriores que le dan la fortuna o las leyes, sólo a ella tributa el fruto de su musa».¹²⁵

Gutiérrez —con quien codirigió *El Tirteo* (fugaz periódico antirrosista editado en Montevideo en 1841)— quiere imponer la imagen de Rivera Indarte, no como el obsecuente ni el adulón, sino como el consejero del rey.¹²⁶

¹²⁴A. S. M. D. Pedro II Imperador, por J. Rivera Indarte, argentino. MDCCCXLI. El ejemplar que consultamos pertenece a la Colección Teresa Cristina María de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

¹²⁵Juan María Gutiérrez, *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo*, Valparaiso, Imprenta del Mercurio, 1846. La cita que hace Gutiérrez pertenece a la biografía de Rivera Indarte que escribe Bartolomé Mitre, como el propio autor de la *América poética* lo aclara en nota al pie. Cf. Bartolomé Mitre, *Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte*, en *Poesías de José Rivera Indarte con una biografía del autor, escrita por el coronel de artillería D. Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1853, p. LXXVIII. La cita que hace Gutiérrez difiere levemente en su enunciación, pero mantiene los conceptos.

¹²⁶En consonancia con la definición que da Pedro de Angelis de sí mismo como escritor público, Bartolomé Mitre le aplica la misma categoría a su biografiado, aprovechando para señalar la

Pese a la evidente facilidad para cambiar de posición que revela Rivera Indarte, debe decirse que las loas a Pedro II hacen sistema, de todas maneras, con las ideas monárquicas que en varias oportunidades ha manifestado el publicista. Así como en el delito, se lo acusa a Rivera Indarte de haber sido precoz también en sus tendencias monárquicas, que lo habrían llevado —a los diez años— a vivir a España y no a la Patria, pese a los intentos de sus compañeros para hacerle cambiar de parecer a golpes de puños. A éstos, les "parecía que el muchacho, que tenía el valor para vitorear a España, *era capaz de cometer los más horrosos delitos del mundo*", por lo que se habrían confabulado para acusarlo del robo de la corona de la virgen del templo de la Merced, primer cargo que recibiera en su vida, calumnia que intentó poner en evidencia un defensor, y que de Angelis cree versión genuina y no infundios.¹²⁷

El espíritu monárquico de Rivera Indarte (es digno de notarse que, en su biografía, la defensa de la monarquía se imbrica desde el comienzo con el crimen) no deja de ocasionar problemas o posiciones contradictorias en quienes se ocupan de su figura, ya que para algunos de los antirrosistas del período que se pronunciaron sobre el Brasil, el apoyo a la forma monárquica en una América que ya se ha decidido por la forma republicana es una opción política, si no tan grave, al menos igualmente condenable que la del sistema esclavista.¹²⁸

Por lo demás, tanto la declaración de la *maioridade* como la coronación y consagración de Pedro II pusieron en movimiento los homenajes poéticos de sus connacionales, que incluyó —por supuesto— a letrados brasileños que estaban

situación desventajosa en la que se halla el escritor público en "los nacientes estados de Sud América, [donde] la prensa no es un correctivo de los actos de los gobernantes, no es el eco de la opinión, no inicia ni dirige las cuestiones vitales en la administración interior del Estado". El papel del "escritor político" (el otro sintagma que le aplica) está limitado a las circunstancias y a las necesidades de la hora, que limitan las posibilidades de desarrollar verdaderamente las ideas. De Rivera Indarte dice: "Su rol fue esencialmente militante, y sus escritos llevaban el sello de los boletines sahumados por la pólvora del combate. Una pluma era su espada; una hoja de papel su baluarte; las palabras eran sus proyectiles"; y, para coronar su función, murió combatiendo con la escritura (Bartolomé Mitre, *Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte*, pp. XXXIII y XXXV).

¹²⁷Cf. "Pruebas irrefragables de los crímenes de Rivera Indarte", en *Archivo Americano*, N° 20, 31 de julio de 1845, tomo II, p. 340 (el subrayado pertenece al original). Adolfo Saldías le atribuye una postura de "sumisión y vasallaje" en relación con España, que puede leerse en *Voto de América*, y que generó una polémica con Alberdi (cf. Adolfo Saldías, *Historia de la confederación argentina*, tomo VI: *La coalición y la diplomacia siniestra*, pp. 57 y 60).

¹²⁸Véanse, en la Introducción, las referencias de Mármol a la cuestión de la monarquía. Para la cuestión de la esclavitud, véase el capítulo 4.

en el exterior.¹²⁹ Así, Antônio Gonçalves Dias, por ejemplo, desde Coimbra (adonde ha ido voluntariamente a estudiar), celebra la declaración de la mayoría de edad de Pedro II junto con otros jóvenes brasileños y portugueses. El prólogo del folleto titulado "O dia 3 de maio de 1841 em Coimbra", aunque lleva las iniciales de João Duarte Lisboa Serra (comprovinciano de Gonçalves Dias), resume bien las endechas de estos jóvenes brasileños que *posan* de exiliados cuando en la mayoría de los casos —como hemos visto— sólo son viajeros voluntarios. La *saudade* que se siente "quando uma causa qualquer vos tiver arrancado do seio da vossa familia tão querida; quando longe, bem longe do vosso Pais natal virdes correr os dias da vossa juventude" ya anuncia la "Canção do exílio" que dos años más tarde va a escribir Gonçalves Dias, quien —a su regreso al Brasil— se hará amigo íntimo de Carlos Guido Spano, el hijo del enviado rosista.

José Rivera Indarte, que sí es un exiliado político, escribe para Pedro II, en 1841:

"Hoy de lejano clima
no de ambición movido
que acaso nunca imprima,
errante y dolorido
mi planta en tus arenas;
en tu genial concierto,
cual eco de desierto
sonará mi canción".

Para la fecha, Rivera Indarte ya había residido unos meses en Río de Janeiro, donde durante unos meses de 1839 fue empleado de la Legación oriental, al regreso de su periplo por Estados Unidos. Por eso llama la atención que no haga mención a que *ya ha pasado*, errante, por tierras del Imperio. Por lo tanto, el declarado desinterés se enturbia tal vez con lo que sólo es una licencia poética. De todos modos, profético *às avessas*, podría decirse, lo que sí no parece sospechar Rivera Indarte es que encontrará la muerte en tierra tropical. El ex rosista, que había escapado del pontón al que se lo había confinado, que había viajado por Estados Unidos, que desde 1839 vivió y combatió en y desde Montevideo, pasó a Río de Janeiro en 1844 con el fin de reponerse de la salud,

¹²⁹Es "literatura de cortesão, sem dúvida", podemos decir con Wilson Martins, *História da inteligência brasileira*, volume II (1794-1855), São Paulo, T. A. Queiroz, 1992, p. 251.

para morir finalmente —el 19 de agosto de 1845— en la ciudad del Destierro, en Santa Catarina, de una afección pulmonar.¹³⁰

Mientras que los comentarios de los antirrosistas sobre Rivera Indarte oscilarán entre la malicia y el encono, pero culminarán en el borramiento del pasado federal condenable y en la capitalización de su obra o de su militancia para la causa propia; para el rosismo, el antiguo adepto se irá convirtiendo en una figura execrable.¹³¹ Eso sí, tal vez por las características del blanco al que apuntan, lo interesante es que los comentarios sobre Rivera Indarte siempre son malvadamente divertidos, y tanto la injuria como el insulto que le dirigen son bajos, pero astutos. Haciéndose el inocente, Rivera Indarte cree no encontrar razones para que el rosismo lo defenestre y se pregunta con impostado candor:

"¿Cómo es que el *British Packet* y la *Gaceta Mercantil* han registrado repetidas veces con elogio nuestro nombre? ¿Cómo es que los principales del partido de Rosas tenían relación con nosotros, nos proponían para empleos, nos escribían cartas tan lisonjeras como las que poseemos? [...] ¿Cómo no veía esos pecados, que ahora advierte que son de tanta magnitud? ¡Porque creía que le pertenecíamos! ¡Hoy lo combatimos y le parecemos demonios, aunque ayer nos proclamó ángeles!"¹³²

Aquel que escribiera el *Himno federal*, alabando al Restaurador, terminará hablando del "degollador Rosas" y criticando el sistema rosista de difamación que señala a sus enemigos como "*salvajes, asesinos, traidores, ladrones*" (*Rosas y sus opositores*, tomo 1, p. 225 [sub. en el original]).

En la disputa por los honores o las infamias, Rivera Indarte y Pedro de Angelis medirán fuerzas en cada rubro y buscarán convalidar sus méritos, contrastándolos con los deméritos del otro. Dirá Rivera Indarte:

¹³⁰Cf. Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Los proscriptos*, pp. 490-491. De Río pasa a Santa Catarina, porque tampoco en la capital del Imperio se reponía. En el sur del Brasil vivían varios desterrados argentinos que acompañaron el cuerpo de Rivera Indarte al cementerio. Sobre la muerte en el exilio nos detendremos en la Tercera parte.

¹³¹Nicolás Lucero, en *La máquina infernal*, trabaja la figura del traidor en relación con Rivera Indarte.

¹³²Rivera Indarte, "D. José Rivera Indarte", *Rosas y sus opositores*, tomo 1, pp. 224-225. Entre las burlas más duras que se descargaban sobre él, muchas se referían a su homosexualidad. Ramos Mejía, que es más explícito que Saldías al respecto, diagnostica: "Tras la apatía de sus carnes rabricundas y flojas, habla un alma de invertido repleta de odios al otro sexo", o: "Lo menos que le decía Mariño a Rivera Indarte era «uranista» e «incestuoso»" (*Ramos Mejía, Rosas y su tiempo*, tomo I, pp. 28 y 46).

"Pedro Angelis, en su titulado *Archivo Americano o espíritu de la prensa del mundo*, pregunta los títulos que tenemos para hacer parte del nuevo *Instituto Histórico* de esta capital [Montevideo]. [...] Son muy pocos, porque en ese nombramiento, no solicitado por nosotros, ha habido mucha bondad de parte del Gobierno Nacional; pero esos muy pocos títulos que poseemos son verdaderos y no falsificados como los que ha hecho valer Pedro de Angelis para escatimar una docena de títulos a las Academias europeas [...]" (*Rosas y sus opositores*, tomo 1, p. 226).

Pese al desencanto de Pedro de Angelis sobre el escaso eco que recibe del Brasil, que comentamos a propósito del intercambio epistolar con el conde de Wallenstein, por su intermedio conseguiría el nombramiento como "socio correspondiente" del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, en octubre de 1839. Y si al principio de Angelis va a aparentar desinterés (tal vez como reprendiendo a su mediador por la demora), después pedirá nuevamente la intercesión de su corresponsal para que el Instituto le envíe el diploma de rigor.¹³³

El Brasil le comprará a de Angelis, además, la colección de manuscritos, en una gestión que se acelera entre 1853 y 1854 pero que cuenta con un antecedente asombrosamente temprano. Todavía con Rosas en el poder, en 1846, el Archivero del Estado ya había hecho tratativas que el gobierno brasileño mantuvo en secreto y que desoyó, no porque al emperador no le interesara el material bibliográfico, sino porque la compra podía traer consecuencias peligrosas para las relaciones entre los dos estados.¹³⁴

Pedro de Angelis había intentado, incluso, desde antes, ponerse al servicio del gobierno imperial para conseguir lo que quería: salir de Buenos Aires pero con empleo. Es digno de mención que, entre los antecedentes que presenta a modo de *curriculum*, el mayor valor que esgrime es la experiencia americana que ha ganado con sus años y su trabajo en la Argentina, que ofrece ahora para aplicarla en el Brasil: "Doce años de residencia en este país, me han puesto en condiciones de aplicar las ideas que he traído de Europa a las

¹³³Cf. Jaime Cortesão, "Introdução", pp. 31-32.

¹³⁴El *affaire* se comenta en el texto de Jaime Cortesão, donde se reproducen algunos documentos. La venta finalmente también contará con algunas gestiones de Andrés Bello. Entre los integrantes de la comisión oficial que revisa el valor de los documentos a ser comprados, figura Antônio Gonçalves Dias.

circunstancias locales de las nuevas sociedades americanas".¹³⁵ De Angelis se propone como un experto, en sus modalidades de ideólogo y traductor (en su sentido más abarcador).

Algo consiguió, porque hay pruebas de que ha servido como agente secreto al Brasil, nación que intentó por todos los medios evitar que viajara a Río de Janeiro en diciembre de 1853, como finalmente hizo. Al día siguiente de su llegada, Pedro de Angelis se presenta en el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, invitado —como miembro que era— a la sesión aniversario de la institución, con presencia de la pareja imperial, honor que corona unos cuantos años de insistente reclamo. En ese contexto, hay una nueva escena de protocolo que muestra la *cortedad* del ambiente argentino, de donde viene el viajero, en relación con los fastos de la corte:

"Yo había llegado como un paisano; y tuve que vestirme, como pude, tomando ropa hecha en las tiendas. La reunión era bastante numerosa y escogida. No creo que había [sic] muchos sabios pero abundaban los caballeros. Casi no había casaca que no fuese adornada de cruces y estrellas".

Recuperamos, así, la *gaucherie* de Sarmiento para el napolitano del rosismo,¹³⁶ que ahora se venga de sus detractores cuando se jacta de su posición, en una actitud desafiante tras la aparente modestia: "Yo, ladrón, bandido, miserable, mazorquero, extrañaba estas demostraciones de aprecio y estaba por decir a los que me trataban de *Excelencia*: — «Vous vous trompez, Messieurs!»; o como dice Dn. Pascuale: —*lo son quel tale*."¹³⁷

¹³⁵Carta de Pedro de Angelis al conde de Wallenstein, Buenos Aires, 20 de junio de 1838, en Jaime Cortesão, "Introdução", p. 26 (el original está en francés).

¹³⁶Al divisar la costa francesa, Sarmiento se había sentido "apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en París (Viajes, p. 86).

¹³⁷Carta de Pedro de Angelis a su amigo Florentino Castellanos, Río de Janeiro, 21 de diciembre de 1853 (en Jaime Cortesão, "Introdução", p. 98). Jaime Cortesão ve en estos honores un interés específico: "de Angelis, por mais que afete o contrário, não podia deixar de presentir que se buscava esconder com o estrépito das homenagens públicas ao sábio os calados serviços do agente político" (Jaime Cortesão, "Introdução", p. 40). *De la navigation de l'Amazone*, que Pedro de Angelis editará en Montevideo en 1854 está dedicada a Pedro II (a quien llama "un Príncipe sabio, liberal y esclarecido"), en otro acto de servilismo del napolitano, comparable con las actitudes de vasallaje cortesano de Rivera Indarte.

3. Amistad intelectual

I La democracia noble del talento

El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño se fundó en 1838, siguiendo el modelo y la sugerencia del Instituto Histórico de Francia, del cual Gonçalves de Magalhães, Araújo Porto Alegre y Torres Homem eran miembros. Ellos habían establecido una estrecha relación intelectual con el Secretario Perpetuo, Eug. de Monglave, quien en 1836 había celebrado la aparición de la revista *Nitheroy* (que los brasileños editaron en París) en una lectura del Instituto Histórico que se publica luego en el segundo número de la revista.¹³⁸ El IHGB comienza a funcionar dentro de la Sociedad Auxiliadora de la Industria Nacional; y sus fundadores, el canónico Januário da Cunha Barbosa y el Mariscal Raimundo José da Cunha Matos, proponen en el documento inaugural que

"em uma monarquia constitucional, onde o mérito e os talentos devem abrir as portas aos empregos, e em que a maior soma de luzes deve formar o maior grau de felicidade pública, são as letras de uma absoluta e indispensável necessidade, principalmente aquelas que, versando sobre a história e geografia do País, devem ministrar grandes auxílios à pública administração e ao esclarecimento de todos os brasileiros".¹³⁹

Es interesante observar cómo, en una sociedad noble, se propone una meritocracia. Ello no quita, por supuesto, que no se valorara (y cuánto) la posición social en relación con el sistema de títulos nobiliarios que —hay que aclararlo de todos modos— no era hereditaria. Lo que sí se da en el caso de la monarquía constitucional brasileña es que muchos de los nuevos nobles obtendrán sus títulos no por dedicarse a la explotación de la tierra o a las armas, sino por ser destacados pintores, poetas o historiadores y por gracia del emperador, "[a] ponto de ter sido ele, paradoxalmente, um dos pioneiros dessa transformação, segundo a qual a velha nobreza colonial, nobreza de senhores agrários —os nossos homens de solar—, tende a ceder seu posto a esta outra,

¹³⁸Eug. de Monglave, "Relatório feito ao Instituto Histórico", en *Nitheroy. Revista Brasiliense*, N° 2, Paris, 1836.

¹³⁹El documento que sienta las bases de la fundación del IHGB está firmado por el canónico Januário da Cunha Barbosa y el Mariscal Raimundo José da Cunha Matos, y fechado en Rio de Janeiro el 16 de agosto de 1838. El IHGB estaría integrado por "25 sócios efectivos, residentes na Corte, e de número ilimitado de honorários e correspondentes, que residam aqui ou nas províncias" (reproducido en Antônio Soares Amora, *A literatura brasileira. Volume II: O Romantismo [1833-1838/ 1878-1881]*, São Paulo, Cultrix, 1969, pp. 110-111).

sobretudo cidadina, que é a do talento e a das letras", como sintetiza Sérgio Buarque de Hollanda. Claro que esa nobleza del talento irá incorporando actitudes que conservarán "el teor esencialmente aristocrático de nossa sociedade tradicional" —como también aclara el historiador brasileño—, que se mantendrá en el siglo XX y que postula la existencia de un talento de nacimiento, que se diferencia de la dedicación y el esfuerzo por adquirir conocimientos, más emparentados con los oficios, y *por lo tanto* —siguiendo esa línea— más monótonos y *degradantes*.¹⁴⁰

Una hipótesis comparable a la que sostiene —para una sociedad republicana y en particular para el caso de Sarmiento— el historiador argentino Tulio Halperin Donghi, cuando aclara que —pese a lo que parece— "el sentido general del libro [*Recuerdos de provincia*] rechaza esta imagen de la aristocracia del talento: la que Sarmiento nos presenta en una obra cuyo resumen está dado por un árbol genealógico no puede sino ser hereditaria".¹⁴¹

¿Cuál es la postura de Sarmiento? Podemos seguir uno de tantos ejemplos posibles para abordar el punto. Entre mayo y junio de 1842, en Chile, el escritor argentino polemiza con Andrés Bello ("un quídam") y un discípulo de éste, José Núñez ("otro quídam").¹⁴² El estudioso venezolano se muestra alarmado por el mal uso de la lengua castellana por parte de los que se han iniciado en lenguas extranjeras, que ya no toman más como modelo los textos de literatura en español: el idioma, por lo tanto, se degrada. Sarmiento, en respuesta, explica el movimiento social que involucra a las lenguas y opina que la literatura en lengua castellana no provee ideas modernas. Casi como si estuviera hablando del exilio político, el argentino echa mano de una metáfora para hablar de las carencias de la lengua española: "en todo, sin excluir un ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a *mendigar a las puertas del extranjero* las luces que nos niega nuestro propio idioma".¹⁴³ Las acusaciones de Bello y Núñez están dirigidas —fundamentalmente— a los

¹⁴⁰Sérgio Buarque de Hollanda, *Ralzes do Brasil*, São Paulo, Companhia das letras, 1995, p. 164.

¹⁴¹Tulio Halperin Donghi, "Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria", en *Sur*, N° 341 (especial sobre Sarmiento), Buenos Aires, 1977, p. 127.

¹⁴²"Quidam": pronombre indefinido: cierto, alguno. Un fulano, alguien, cualquiera, un sujeto, un *qula*.

¹⁴³Domingo F. Sarmiento, "Contestación a un quídam" (*El Mercurio*, 19-5-1842), en *Polémica literaria*, Buenos Aires, Cartago, 1955, p.53 (subrayado nuestro). Hay que hacer renacer el español con producción nueva, es la propuesta; y no sujetarse a las restricciones de las gramáticas que impiden el desarrollo de algo vivo como la lengua.

jóvenes (argentinos) modernos (románticos), y las quejas se refieren a las incorrecciones en el uso del idioma y al estilo afectado. Al salir al encuentro, Sarmiento le hace frente a una posición aristocrática y explica, con gesto desafiante:

"nos presentamos nosotros y arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans façon* ante un público ilustrado, les dirán que es un advenedizo, salido de la oscuridad de una provincia, un verdadero *quidam*, que no ha obtenido los honores del colegio, ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. A cada uno según sus obras, ésta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática" (*Polémica literaria*, pp. 59-60, subrayado en el original).

Es el mismo espíritu que guiaba a los jóvenes de la Asociación de la Joven Argentina, que ya lo habían enunciado como parte de la doctrina en las palabras simbólicas, apelando a la misma sentencia saintsimoniana: "El problema de la igualdad social está entrañado en este principio: «A cada hombre, según su capacidad; a cada hombre, según sus obras»".¹⁴⁴ Aparece, así, una nobleza democrática del patriotismo y del talento (como diría Sarmiento) que, de todas maneras, no iguala a los letrados con "las masas", a las que hay que ilustrar para "elevarlas a la igualdad", como proponen los hombres del 37 en un concepto un tanto oximorónico (*Dogma Socialista*, p. 121).

"Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra", afirma el sanjuanino.¹⁴⁵ Hay, claro, una idea rousseauiana de los derechos sociales; e, incluso, del derecho a escribir una autobiografía, y Sarmiento se habilita a sí mismo como el ginebrino, que no pertenecía ni al clero, ni a la nobleza, ni a las armas. "¿Con qué derecho puede

¹⁴⁴Esteban Echeverría, *Dogma socialista, y otras páginas políticas*, p. 122.

¹⁴⁵Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, p.201.

reclamar la atención sobre sí mismo?"¹⁴⁶ Con el que le dan sus propias obras: lo que ese hombre ha hecho, construido o conseguido por sus propios medios y capacidades. El mérito es el valor. Por lo tanto, lo que importa no es la aristocracia de cuna, sino la *meritocracia*: el gobierno (en el sentido amplio de la conducción y conformación de la *res pública*) de los que valen por lo que han hecho y por lo que —precisamente por ello— pueden hacer por la patria. La "noble virtud de la pobreza" es otro de los valores que el sanjuanino construye —para su familia y para sí mismo—, con dedicación y esmero, en cada oportunidad que se le presenta, como se ve claramente en el capítulo "La historia de mi madre", de *Recuerdos de provincia*, de 1850, pero que había empezado a esgrimir fundamentalmente desde *Mi defensa*, de 1843. Sin embargo —dirá Halperin Donghi—, entre *Mi defensa* y *Recuerdos* media la revolución del 48 en Francia, que vuelve sospechosa la pobreza; lo que llama a Sarmiento a la prudencia y justifica el linaje que se construye en *Recuerdos*. Para el año 50 ya no era un advenedizo, el sanjuanino tenía una carrera intelectual: "El hijo de sus obras se ha transformado en el heredero de una nobleza democrática, pero no por eso menos encarnada en un linaje".¹⁴⁷

II Instituto Histórico y Geográfico Brasileño y Salón literario: proyectos y constitución

Volviendo al Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, es importante señalar que el emprendimiento acaba consiguiendo el apoyo de Pedro II, que ya había sido nombrado su "protector", por lo que termina asociándose su figura a la imagen de la entidad. En 1839 el emperador cede una sala del Palacio Imperial de la ciudad para que allí sesione el IHGB. La participación personal de Pedro II irá aumentando con el tiempo; y para la fecha en que se le rinde honor a Pedro de Angelis, era efectivamente activa.¹⁴⁸ El IHGB será un espacio fundamental para la conformación de una imagen nacional a través de la

¹⁴⁶Cf. Jean Starobinski, *La transparence et l'obstacle*, Paris, Gallimard, 1971, p. 221.

¹⁴⁷Halperin Donghi, "Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria", p. 122.

¹⁴⁸Lilia Moritz agrega cifras concretas: Pedro II presidió "um total de 506 sessões —de dezembro de 1849 até 7 de novembro de 1889—, só se ausentando em caso de viagem. Tal fato torna-se ainda mais relevante se comparado à pouca participação do monarca na Câmara: lá só aparecia no começo e no final do ano, para abrir e fechar os trabalhos" (en *As barbas do imperador*, p. 127).

memoria y del desarrollo de la historia y de la geografía del país, que junto con otros emprendimientos literarios, artísticos o culturales en general ayudarán al imperio a generar el *Brasil sólo naturaleza* y cohesionado que lo hará singular frente al mundo y dominable para su gobierno.

La formación del IHGB y la de la Asociación de la Joven Argentina (agrupación clandestina de la que participaba una selecta minoría desprendida del conjunto que había actuado públicamente en el proyecto del salón literario) se dio contemporáneamente y hace evidente el modo en que dos procesos políticos y culturales estaban articulándose y cómo tanto los intelectuales como los poderes respectivos estaban decidiendo sus posiciones.

Como dijimos: en el Brasil se incentiva el desarrollo de las letras por medio del sistema de favor —al que termina plegándose gustosa la mayoría de los artistas y letrados—, con el fin de crear programáticamente una cultura nacional con un programa diseñado y controlado por el poder. En la Argentina, los límites de las acciones político-culturales que emprenden los jóvenes reunidos en el salón quedan claros cuando Rosas *sugiere* su cierre. A diferencia del IHGB, el Salón es una entidad contraria al deseo de Rosas y, por lo tanto, no contará nunca con su anuencia ni con su protección (aunque al comienzo lo deje funcionar), límite que se hará visible en el hecho de que esa organización literaria se transformará en una asociación decididamente política, y clandestina, que no tendrá demasiado futuro.¹⁴⁹ Y si en las reuniones del IHGB, muchas veces se discutían temas de *cultura nacional* propuestos por el propio emperador, las dos lecturas que da Echeverría en el Salón, meses después de su inauguración, le definen a Rosas el rumbo que están tomando los jóvenes letrados, como hemos visto. Es el disertante, en este caso, el que se pregunta, planteando con eso un problema de fundamental relevancia:

¹⁴⁹Ya tratamos esta cuestión en la Primera parte de la tesis. El Salón Literario comunicará la interrupción de las suscripciones el 10 de enero de 1838, a través de un anuncio publicado en el *Diario de la Tarde*. El paso siguiente fue la decisión de rematar la biblioteca. Todo el detalle de este proceso puede seguirse en Félix Weinberg, "Estudio preliminar" a *El salón literario*.

En 1843 se crea el Instituto Histórico de Montevideo, del que Rivera Indarte forma parte. En 1856, ya sin Rosas, se creará el Instituto Histórico y Geográfico de Buenos Aires, a instancias de Bartolomé Mitre, que será su presidente e invitará a Pedro de Angelis a sumarse al proyecto como miembro fundador. De Angelis aceptará el convite y concurrirá a la sesión inaugural haciendo una excepción en su voluntario retiro de la vida pública, como le cuenta por carta a Tomás Guido, quien, junto con José Mármol, también será nombrado miembro del Instituto (cf. carta de Pedro de Angelis a Tomás Guido, fechada en Buenos Aires el 18 de junio de 1856, en Enrique Arana (h), *Rosas y la política exterior*, pp. 538-539).

"¿A qué objeto deberán encaminarse nuestras investigaciones? ¿En qué límites circunscribirse? En una palabra, ¿qué cuestiones deben ventilarse en este lugar? Hemos, llenos de ardor y esperanza, emprendido la marcha; pero ¿a dónde vamos? ¿Por qué camino y con qué mira? He aquí, en concepto mío, lo que importa averiguar antes de emprender la tarea".¹⁵⁰

Tanto el Salón Literario (e incluso la Asociación de la Joven Argentina, pero con otra modalidad) como el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño reglamentan su funcionamiento. El IHGB se organiza con autoridades y establece la regularidad de las reuniones y la composición de sus socios, con el fin de "que especialmente se ocupe da história e geografia do Brasil", para lo cual se encargará de "coligir e metodizar os documentos".¹⁵¹ En el salón que funciona en la librería de Marcos Sastre, por su parte, se anuncia que

"habrá cada semana dos o más reuniones en que se leerá todo trabajo literario importante que sea presentado con este objeto, sea traducción o composición original; y cada uno de los concurrentes podrá hacer libremente las observaciones que le ocurran en pro o en contra de las ideas enunciadas. El carácter de estas reuniones debe ser el de la franqueza, la cordialidad y la satisfacción",

como se aclara, entre otras disposiciones que regulan las condiciones de suscripción, la concurrencia de invitados o la impresión de obras que se consideran de interés.¹⁵²

Cuando Karl Mannheim da las características de los cafés o de los clubes (que conservan muchos rasgos de aquéllos) se refiere a su influencia en la política y a su papel como vía de democratización, y los describe como ámbitos de opiniones compartidas y de funcionamiento reglamentado. Así, a pesar de su nombre, el modo de funcionamiento del Salón Literario de la librería de Marcos Sastre lo acerca más a los cafés que a la tertulia de Mariquita Sánchez, que sí tiene actividades y formas de proceder más próximos a los del salón.¹⁵³ Los

¹⁵⁰Esteban Echeverría, "Primera lectura", en Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, *El salón literario*, p. 153.

¹⁵¹En Antônio Soares Amora, *A literatura brasileira. Volume II: O Romantismo*, p. 110.

¹⁵²Citado en Félix Weinberg, "Estudio preliminar" a Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, *El salón literario*, pp. 54-55.

¹⁵³Según Mannheim, las tertulias de los cafés de fines del S. XVIII y comienzos del XIX "constituyen las asociaciones más libres de la historia occidental" (Karl Mannheim, "El problema de la «intelligentsia»", en *Ensayos de sociología de la cultura*, pp. 198-200).

discursos que se pronuncian en la librería de Sastre también están más en sintonía con las actividades de los cafés o de los clubes que con los intercambios orales de conversaciones menos pautadas (aunque carguen con todas las imposiciones del código de civilidad) que se dan en los salones propiamente dichos. Y si, en efecto, el Salón Literario de Buenos Aires sigue la tradición del siglo XVII, que considera al salón como un espacio de pedagogía y como caja de resonancia de autores, cubriendo lo que la universidad (o las políticas universitarias) vedan, el del 37 es un salón sin mujeres, que era la característica más singular de una institución como ésta, volviendo imposible algo usual (y fundamental) de los salones: la enseñanza de la galantería, que — sin dudas— debe haber cumplido muy bien el de Mariquita Sánchez, anfitriona codiciada por varios extranjeros y seducida por algunos nacionales, como Echeverría o Gutiérrez.

Por su parte, Felipe Senillosa, que a pesar de ser un adherente al salón quiere dejar las cosas claras (y fundamentalmente que no se tomen como colectivas ideas que sólo le pertenecen a algún integrante en particular), se encarga de decir que el Salón Literario "a pesar de su título algo pomposo" no es "en la realidad más que un Gabinete de lectura";¹⁵⁴ lo que —por otra parte— sus mismos integrantes, no sólo no niegan, sino que también enuncian, aunque terminen perfilando el establecimiento con miras más amplias. Por eso no es desacertada la impugnación que hace Pedro de Angelis a estos jóvenes, ya que no se engaña respecto de la naturaleza de la asociación, con lo que demuestra que ha entendido bien "el potencial político" (la expresión es de Mannheim),¹⁵⁵ de confraternizaciones como las del café o el club:

"El plantel de este club de revoltosos se componía de unos cuantos estudiantes de derecho, inquietos, presumidos, holgazanes, y muy aficionados a la literatura romántica. Sin más nociones que las que se adquieren en el aula, y solamente por haber leído las novelas

Félix Weinberg menciona a Mariquita como una de las participantes del Salón Literario, pero nunca hemos visto material como para pensar que su papel en él (en sus reuniones propiamente dichas) sea de relevancia; como sí se hace evidente en la relación que establece con muchos asiduos concurrentes y suscriptores del mismo (cf. Félix Weinberg, "Estudio preliminar" a *El salón literario*, p. 47).

¹⁵⁴Felipe Senillosa, "Un juicio sobre el salón", en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 302. Lo más interesante es que Senillosa intenta separarse aquí justamente de las ideas de algunos de los miembros que le imponen su sello al establecimiento.

¹⁵⁵Karl Mannheim, "El problema de la «intelligentsia»", en *Ensayos de sociología de la cultura*, pp. 198-199.

de Hugo y los dramas de Dumas, se consideraban capaces de dar una nueva dirección a las ideas, a las costumbres, y hasta a los destinos de su patria. Con aquel tono dogmático, tan propio de la ignorancia, abordaban las cuestiones más arduas de la organización social, y las resolvían en el sentido más opuesto a la razón, porque lo que más anhelaban era apartarse de las sendas conocidas".¹⁵⁶

Juventud, romanticismo, innovación, deseos de reforma, espíritu de grupo, comunión de ideas. Es la sociabilidad, pero ahora vista desde los vínculos intelectuales y políticos, que no descarta los banquetes de juramentados, en medio de los cuales se hacen las propuestas (y las apuestas) ideológicas más fuertes o —según sus detractores— se hilvana alguna que otra idea desgajada produciendo "discursos de sobremesa", por lo que la misión patriótica de la joven generación gana, en la fantasía del poder rosista, alguna similitud con una bacanal de beodos.¹⁵⁷

¹⁵⁶Nota de Pedro de Angelis sobre el *Dogma socialista*, en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, pp. 371-372. Para mayor mal del gobierno, este "club de revoltosos", había contado con "clubs secundarios" (sic) en otras provincias. La idea del salón como club puede confirmarse también con las palabras de un adherente como Vicente Fidel López, cuando recuerda el modo en que a Sastre se le ocurrió "la idea de reunir su negocio de librería a la de un Salón o club de discusión, de conversación y de lectura" con aproximadamente cincuenta socios (subrayado en el original). Había, también, asistentes, como Vicente López y Planes, a quien Rosas manda reconvenir por parecerle que él no debía dejarse seducir por esos muchachos; o como el propio Pedro de Angelis, que participó de las reuniones iniciales. Pese a los proyectos y declaraciones de principios o programas declarados, Vicente Fidel López saca en limpio que "en el salón se produjo poco, se leyó mucho, se conversó más" (Vicente F. López, *Autobiografía*, pp. 38-39). Pilar González Bernaldo perfila al Salón Literario en relación con el gabinete de lectura y, si bien no manifiesta exactamente las mismas ideas que yo, también da características específicas para definirlo en relación con, pero diferente al salón (Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine*, pp. 90-92). Para las asociaciones literarias que antecedieron o precedieron al salón literario, véanse el mismo texto de González Bernaldo de Quirós; Ricardo Rojas, "Primeras asociaciones literarias", en *Historia de la literatura argentina. Los proscriptos*, 1960; y Adolfo Saldías (que se detiene en la Asociación de la Joven Argentina), "La iniciativa orgánica de 1837", en *Historia de la confederación argentina*. Tomo IV: *Los aliados contra Rosas*. Con respecto a la historia misma y detallada y fundamentada del salón, sigue siendo imprescindible el trabajo de Félix Weinberg, como ya dijimos. Hay nuevos abordajes a las ideas compartidas por este grupo de letrados, como los de Jorge Myers, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación*; y "«Aquel nadie vive de las bellas letras». Literatura e ideas desde el Salón Literario a la Organización Nacional", en Julio Schwartzman (dir. del volumen), *La lucha de los lenguajes*, en *Historia Crítica de la literatura argentina* (director: Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, 2003.

¹⁵⁷Pedro de Angelis hace referencia al juramento y al banquete del 8 y 9 de julio de 1838, en los que se sella el pacto político-ideológico de los letrados antirrosistas cuya doctrina se leerá en el

III Amicitia

Que el hombre no es sólo un animal político sino también un animal familiar ha propuesto Aristóteles, para explicar que la familia es una forma de la amistad, convirtiéndose así en cuna de la organización política y de justicia. Y agrega que el acuerdo, por su parte, es la amistad de los ciudadanos compañeros; por lo tanto, no hay amistad en relación con el estado, sino asociación, como sostiene en la *Ética eudemia*.

"Se cree, en efecto, que los amigos están de acuerdo y que los que concuerdan son amigos. Pero la concordia basada en el sentimiento amoroso no se extiende a todo, sino a los actos de las personas concordes y a las cosas que tienden a la vida en común [...]. Entre los buenos existe la armonía [...]. Hay, pues, concordia cuando la elección es la misma tanto en lo que concierne al mandar como al obedecer, cada uno no escogiéndose a sí mismo, sino ambos escogiendo a la misma persona. En suma, la concordia es la amistad política."¹⁵⁸

En la Argentina de la primera mitad del siglo XIX,

"Rosas, por medio de una bárbara y tenaz persecución, había aproximado en el destierro y puesto en la necesidad de reconciliarse a los patriotas de todos los partidos. Un sentimiento común les hizo olvidar sus opiniones y resentimientos pasados: en unos el odio a Rosas, en otros el amor a la Patria. Pero ese vínculo no era sobrado fuerte para anudar de un modo indisoluble voluntades tan disconformes; no era una creencia común capaz de producir fe común, concentración de poder y acuerdo simultáneo

Dogma (Pedro de Angelis sobre el *Dogma socialista*, en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 371).

¹⁵⁸Cf. Aristóteles, *Ética eudemia*, libro VII, 1242a, pp. 517-519 y VII, 1241a, pp. 514-515, respectivamente, en *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1995. Jacques Derrida sugiere: "Por un lado, la amistad parece ser esencialmente ajena o impropia para la *res publica*, por lo tanto no podría fundar una política. Pero, por otro lado, como se sabe, de Platón a Montaigne, de Aristóteles a Kant, de Cicerón a Hegel, los *grandes discursos canónicos o filosóficos* sobre la amistad (pero mi interrogación se dirige precisamente al canon filosófico en este territorio) han vinculado explícitamente la amistad a la virtud y a la justicia, a la razón moral y a la razón política" (trabajo con la edición en inglés: Jaques Derrida, "The politics of friendship", *The Journal of Philosophy*, pp. 641-642).

de acción. Por el menor contraste ese sentimiento se relajaba y aflojaba el vínculo de la unión; el amor propio ofendido, las aspiraciones personales, la divergencia de pareceres sobre la situación producían entre ellos el desacuerdo, luego la dislocación, luego la impotencia y los desastres."¹⁵⁹

De este modo explica Esteban Echeverría, en términos generales (y tal vez más teóricos), lo que Mariquita Sánchez deducía a partir de su experiencia personal en las reuniones de emigrados en Montevideo que vimos en la Primera parte; y el cuadro de situación nos permite volver a pensar, incluso, cómo habrán sido algunas de las reuniones en casa de los Lamas o de los Guido, en Río de Janeiro.

Echeverría escribe, en su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, la historia de los hombres que, mancomunados frente a un sistema de gobierno al que se oponen aunque con diferencias, vienen trabajando en la formación de la nación (sin Rosas). Se ocupa de mencionar y destacar las obras que han hecho; y hace su mayor apuesta cuando columbra el valor que para la patria tendrán las acciones en las que esos hombres están involucrados para la fecha: les asigna un lugar destacadísimo a Sarmiento (cree en la fundamental importancia del *Facundo*, aunque considera un defecto que sea una obra "poco dogmática";¹⁶⁰ y vaticina grandes provechos del viaje a Europa que está realizando), a Félix Frías, a Juan B. Alberdi, a Vicente Fidel López, a su amigo Juan María Gutiérrez y a Bartolomé Mitre, como también a Carlos Tejedor, Demetrio Peña o Luis Domínguez.

Son ellos los compañeros de ruta en la lucha ideológica: "Nos es grato observar que todos los jóvenes que se han distinguido en la prensa chilena y boliviana, excepto el señor Sarmiento que se incorporó después, son miembros de la Asociación formada en Buenos Aires el año 37" (*Ojeada retrospectiva*, p. 55). El orgullo hecho público por Echeverría (que, pese a la discreta tercera persona que adopta en la *Ojeada retrospectiva*, no deja de colocarse claramente en un papel rector) debe ser leído también en relación con algunas opiniones

¹⁵⁹Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 51.

¹⁶⁰Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 57. Tal vez Echeverría sea muy exigente en la demanda que le hace acá a Sarmiento, que puede deberse al deseo de marcar su diferencia con él o su superioridad, señalándole un defecto a su obra. Es evidente que los dos capítulos finales del *Facundo* ("Gobierno unitario", pero sobre todo "Presente y porvenir"), para la economía discursiva del texto, resultan bastante dogmáticos.

más mezquinas, que recuperan —nuevamente— las diferencias, no sólo entre los compañeros de una empresa común, sino entre los que —bien próximos— comulgan con el mismo credo. Refiriéndose al lapidario artículo que Pedro de Angelis le dedica al *Dogma socialista* que ya citamos, Echeverría dice, en carta privada a su entrañable amigo Juan María Gutiérrez: "El Archivero me trata en él con un comedimiento extraño y como no acostumbra hacerlo con ninguno de los escritores antagonistas. A quien estropea y chafa malamente es a mis compañeros de la Asociación, lo que entre nos, no deja de tener visos de justicia con respecto a la mayor parte de ellos."¹⁶¹ En esto Echeverría piensa lo mismo que unos años antes —e involucrándolo también al poeta mismo—, lamentaba Luis Domínguez en carta Félix Frías, como vimos en la Primera parte.¹⁶²

La lista de compañeros de militancia se completa con los nombres de aquellos escritores que "aunque no profesan nuestra doctrina, se han distinguido por su devoción a la patria y por su perseverancia en la lucha contra Rosas" (*Ojeada retrospectiva*, p. 62). No es tan extraño que Echeverría mencione, entonces, a Florencio Varela, cuya diferencia con los jóvenes románticos es

¹⁶¹Carta de Esteban Echeverría a Juan María Gutiérrez, fechada en Montevideo, el 24 de junio de 1847 (en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 428).

¹⁶²A diferencia de Domínguez, que descarga toda su furia contra Alberdi, Echeverría (que le manda a éste un ejemplar de la polémica con el letrado rosista) no sólo no parece incluir al tucumano en ese desencanto, sino que ha dedicado un párrafo de su *Ojeada retrospectiva* a justificarlo: "Existen [...] prevenciones en el Río de la Plata contra el señor Alberdi. Ha cometido, dicen, errores: ¿quién no ha errado entre nosotros? ¿pueden los que le acusan parangonarse con él como escritores, ni mostrar una frente sin mancha cual la suya?" (Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 60). En carta desde Valparaíso del 26 de abril de 1848, Alberdi —feliz de tener noticias del "*Lamartine del Río de la Plata*" después de un año— le dirá: "[m]e complazco en ver que Ud. y yo somos los mismos de antes en ideas políticas (en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 430).

Si bien Echeverría lo menciona, a Luis Domínguez sólo le dedica un parco y breve párrafo que tal vez refleje —a la fecha— una disconformidad mutua. Cuando Echeverría explica, hacia el final de la *Ojeada retrospectiva*, por qué él ha mantenido un "largo silencio, que nos importa poco interpreten como quieran los que gustan meterse en el foro interno" (p. 84), puede estar refiriéndose a los que, aunque comulguen con sus ideas, no están de acuerdo con su retiro de la vida política activa. Salvo por el *Dogma socialista* (por demás relevante, decisiva y contundente intervención de un intelectual en el campo de la política), es verdad que Echeverría se mantuvo retirado en su exilio de Montevideo y no le resultaba grato desviarse del ambicioso proyecto literario que lo fue absorbiendo con los años, el de la escritura de *El Ángel Caído*: "El diablo es que la política a cada paso me interrumpe, me desvía de la región poética y me lleva a revolcarme con todos en la pocilga de los intereses, de las pasiones y de las miserias comunes", le confiesa a Gutiérrez (Carta de Echeverría a Gutiérrez, 24 de junio de 1847, en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 428). A contrapelo de sus compañeros de generación, que encuentran en la política el verdadero motor de la creación estética (el extremo es José Mármol que, caldo Rosas, no podrá volver a escribir), el deseo de Echeverría anticipa en las letras argentinas del siglo XIX la autonomización de la literatura respecto de la política.

manifiesta, lo que une a este coetáneo con la generación unitaria propiamente dicha, ya que se muestra demasiado respetuoso de la estética neoclásica, que cuenta a su hermano Juan Cruz como el más destacado de sus poetas. Las relaciones fraternales entre varios de los muchachos reformistas y el director del *Comercio del Plata* (y viceversa) son abundantes (excepto con Alberdi, de quien lo distancia un encono persistente), pese a las discrepancias estéticas que se dirimen con firmeza, pero también con buen humor y cariño, en el intercambio epistolar con su íntimo Gutiérrez.

Un poco más llamativo es que figure en este seleccionado el nombre de José Rivera Indarte, sobre quien los antirrosistas descargan más burla que furia, exactamente a la inversa de lo que les ocurre a los federales con el ex compañero, a quien —como vimos— consideran un traidor. En este caso, Echeverría celebra rotundamente su figura (que lo haya hecho Juan Thompson se entiende más, por los lazos que unían al ex rosista con su familia: Rivera Indarte era el ahijado de Mariquita, pero esto no implicaba ninguna obligación para Echeverría, quien —de todos modos— se refiere a él con un bien resumido elogio):

"El malogrado don José Rivera Indarte hizo con constancia indomable cinco años la guerra al tirano de su patria. Sólo la muerte pudo arrancar de su mano la enérgica pluma con que *El Nacional* acusaba ante el mundo al exterminador de los argentinos. La Europa lo oyó, aunque tarde, cuando caía exánime bajo el peso de las fatigas, como al pie de sus banderas el valiente soldado".¹⁶³

Desconcierta la contundencia de la imagen positiva si se tiene en cuenta la polémica en la que se habían trabado Echeverría y Rivera Indarte, que empezó siendo tan vana como vanidosa (se recriminaban ambos no reconocer públicamente los méritos de las composiciones que cada uno había presentado en las Fiestas Mayas de 1844 en Montevideo) y que terminó con un Echeverría dispuesto a afirmar su papel de verdadero iniciador del nuevo movimiento intelectual del Plata y a dejar clara su posición respecto de la lucha activa contra Rosas por las armas o por la prensa. Entre las cosas que se reprochan se cuenta, en contra de Echeverría, su poca participación política activa de los

¹⁶³Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 63. En 1842, Juan Thompson le había prologado a Rivera Indarte su poema *La batalla de Caa-guazú*.

últimos tiempos; en contra de Rivera Indarte, su pasado federal.¹⁶⁴ Para volver más picante el intercambio de desafíos, Rivera Indarte —que es nueve años menor que Echeverría— le echa en cara que actúe como un "viejo" (cuando se suponía que era uno de los representantes de la joven generación) y que arroje contra él las mismas calumnias que la *Gaceta Mercantil*. Saliendo al cruce, Echeverría saca a relucir su propia trayectoria de adelantado;¹⁶⁵ y explica con firmeza su decisión de no dar batalla como soldado porque considera que carece de fuerza para ello, agregando —además— que desestima el combate por los periódicos "porque hace mucho tiempo tengo la presunción íntima que [sic] la prensa nada puede, nada vale en la guerra contra Rosas; y que el plomo y las lanzas sólo podrán dar la solución de la cuestión".¹⁶⁶ Para poner paños fríos a la cuestión (que ocupó espacio en la prensa y en cartas privadas), Juan María Gutiérrez —siempre contemporizador— le aconseja a Echeverría, en un plano personal, no pelearse con Rivera Indarte porque "es un mal enemigo, no olvida nunca"; y en el plano de la lucha política contra el adversario común, le enuncia la recomendación como una ley general: "no deben batirse a sangre los que se encuentran en unas mismas filas".¹⁶⁷

Volviendo a la *Ojeada retrospectiva*, lo que sí resulta sorprendente —al menos a simple vista— es que José Mármol figure junto con los que "no profesan nuestra doctrina", pero son igualmente antirrosistas. Mármol era bastante más joven que Echeverría y tal vez no haya sido tan intenso el contacto entre ambos en el 37; pero eso no bastaría como explicación. Echeverría —de todos modos— le da crédito a *Cantos del Peregrino* guiado sólo por comentarios, ya que es evidente (y no lo oculta) que no lo ha leído. Es posible arriesgar la hipótesis de que Mármol les produzca a algunos cierta desconfianza: ¿no había conseguido salir de prisión por sus contactos con Salomón?, ¿no

¹⁶⁴A esas diferencias seguramente aludía Echeverría en la cita de la p. 62 de la *Ojeada retrospectiva* que mencionamos más arriba.

¹⁶⁵A Echeverría le preocupa particularmente dejar sentado que él es un personaje destacado de la escena pública, y suele señalarlo tanto en cartas privadas como en aquellas por medio de las cuales polemiza, como sucede también en las que le dirige a Pedro de Angelis (cf. Esteban Echeverría, "Cartas a don Pedro de Angelis", p. 188).

¹⁶⁶Alberto Palcos, *Echeverría y la democracia argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1941, p. 183. Echeverría está visiblemente desencantado y sostiene que ya no cree en "la prensa como poder revolucionario" (p. 184).

¹⁶⁷Carta de Gutiérrez a Echeverría, Porto Alegre, 7 de agosto de 1844, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 281. Para el momento de la escritura de la *Ojeada retrospectiva* se habían aplacado los ánimos: Rivera Indarte ya estaba muerto. La polémica (que se produce en mayo y junio de 1844) puede seguirse en Palcos, *Echeverría y la democracia argentina*, pp. 162-189.

tenía vinculaciones muy estrechas con la familia del representante de Rosas ante la corte de Pedro II?, ¿sería, entonces, un doble agente?¹⁶⁸

¿La amistad de su querido Gutiérrez con Mármol no le resultaba a Echeverría garantía suficiente? "Hemos sido hermanos de destierro, de desgracias, de ideas, de *afecciones muchas veces y muchas veces de bolsa*". Con estas palabras concluye Mármol la breve autobiografía que le envía a Gutiérrez desde Río de Janeiro.¹⁶⁹ La reflexión condensa la idea de comunidad tal como ha sido concebida por los románticos y que Georges Gusdorf caracteriza perfectamente:

"«[...] La comunidad es el fundamento del estilo romántico de pensar, de vivir, de actuar y de crear espiritualmente. La expresión directa de esta actividad del espíritu es la conversación, y su forma más elevada, el diálogo. La carta, forma mediada del intercambio de pensamientos, debía adquirir una significación particular». Medio de comunicación [...], lugar de encuentro entre el remitente y el destinatario; según Novalis, «toda verdadera carta es poética por naturaleza», medio de aproximación al conocimiento día a día, diario íntimo de a dos, o de a más [...]"¹⁷⁰

¹⁶⁸Sobre esta ambigua (o, cuanto menos, complicada) posición de Mármol, nos detendremos en la Tercera parte. Dice Mariano de Vedia y Mitre a propósito del autor del *Peregrino*: "el preso político [...] estaba a merced de los caprichos del déspota. El jefe de policía o los edecanes Mariño o Corvalán decidían de su suerte. También podía hacerlo con incuestionable eficacia el presidente de la Sociedad Restauradora, don Julián González Salomón. El protagonista de la novela de Mármol, *Amalia*, cultiva la relación de aquél para tener quien lo defendiera en caso de que fuera denunciado como enemigo del Restaurador. En una carta en que él expresa sus sentimientos federales, le ofrece escribirle como otras veces los discursos incendiarios con que el falso presidente inflamaba el ánimo de sus compañeros de la Mazorca. *El caso es que Mármol salió de su prisión por empeños del propio Salomón que, según es tradicional, le debía algunos servicios de carácter «literario»*" (en diario *La Nación*, jueves 6 de diciembre de 1917, 5º entrega, subrayado nuestro).

¹⁶⁹Se la pide Juan María Gutiérrez para la *América Poética* que está organizando, sobre la que hablaremos en la Cuarta parte. Carta de José Mármol a Gutiérrez, Río de Janeiro, 26 de marzo de 1846, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 53 (subrayado en el original).

¹⁷⁰Georges Gusdorf, *Le romantisme*, tomo I, p. 448 (la primera cita que toma Gusdorf le pertenece a Richard Samuel). Como en los salones del siglo XVII, en el exilio antirrosista era habitual que las cartas fueran, además, *materia* de conversación, como vimos en la Primera parte. La idea de comunidad incluye la creación colectiva o la circulación común de ideas en textos de unos o de otros, *desideratum* que se impusieron los argentinos en un comienzo, pero que fue revelándose impostado con el correr de los años, como veremos en la Conclusión. Para más detalles sobre cómo funcionan estas ideas en el romanticismo alemán, ver Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *El Absoluto literario*. Es útil conectar esta idea de comunidad romántica con la configuración que hace Barthes de la amistad, a la que también hicimos referencia en la Primera parte.

El salón literario (o sus ramificaciones, no necesariamente orgánicas) ha sido un espacio de relaciones afectivas fuertes y de aprendizaje, conseguido por el contacto con los pares. Es, no la comunidad heredada en filiación (esta línea descendente es la que ponen en crisis los jóvenes reformistas que no quieren ser federales como su época pero tampoco unitarios como sus padres y que, para asombro de propios y extraños, buscan una tercera posición, con la formación de un partido nuevo), sino la comunidad elegida, ensamblada —si pensamos con Edward Said— por afiliación horizontal y no por una genealogía descendente.¹⁷¹ Los participantes del salón literario hacen hincapié en que es de los pares de quienes se aprende, aun cuando alguno de esos pares sean — como dice Vicente F. López respecto de Echeverría— "bastante mayor que yo, y no había tenido ocasión de tratarle antes". Tal vez Alberdi condense del mejor modo esta afiliación, enunciando una tríada fundamental para el 37: Gutiérrez y Echeverría "[e]jercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales".¹⁷²

IV La Sociedad popular y la Mazorca

Dice Sarmiento en *Campaña*: "Bastaba que el entrecejo de algún bárbaro se frunciere para hacer rodar la cabeza del que piensa, como no piensan los que no se tomaron nunca el trabajo de coordinar dos ideas. ¡Ah! ¡a veces han caído quinientas cabezas en un día y a veces una sola que valía por ciento de aquellas!" (p. 58). En esta, que es una forma más de enunciar la dicotomía

¹⁷¹Cf. Edward Said, "Introduction: secular criticism".

Entre las quejas que los jóvenes intercambiaban con relación a la generación anterior, que no los representaba, es interesante la que le escribe Gutiérrez a su amigo Florencio Varela, en los intercambios epistolares sobre los discursos vertidos en la inauguración del salón: "Amigo, en cuanto a los discursos, estoy con la opinión de usted y creo que al mío hace usted más honor del que se merece: aquí los viejos me odian desde que las tales líneas aparecieron. Nuestros viejos *sont des bien drôles des gens*. Nadie según ellos puede abrir los labios si no ha encanecido; si no ha sido canónigo, fiscal del Estado, ministro o representante. También está mal con que se imprima: no, señor, se deben *gustar* las luces en la conversación, en la tertulia de malilla, en el café; pero para el pueblo nada; esto es cómodo porque la publicación suele evaporar la reputación de saber que con admiración de ellos mismos, persigue a ciertos hombres. [...] estoy tan disgustado sin saber por qué, que doblo la hoja para cuando nos encontremos y podamos conversar cuatro o cinco días sin respirar ni escupir" (en Ernesto Morales [compilador], *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, pp. 22-23, subrayado en el original).

¹⁷²Vicente F. López, *Autobiografía*, p. 39, y Juan Bautista Alberdi, *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*, p. 51, respectivamente.

civilización-barbarie, se vuelve gráfica la brecha inzanjable entre letrados antirrosistas y federales.

Si habíamos trabajado una de las posibles definiciones de barbarie como discurso impropio (con los *bárbaros* no parecía posible entenderse), es necesario aclarar que los federales también sostienen la imposibilidad de entender a (ya ni siquiera de entenderse con) los jóvenes románticos: "nadie entendía su jerigonza" es la afirmación que resume el enojo que les producía a los rosistas el uso de una nueva forma de expresión,¹⁷³ y no dejan de parodiar ese léxico *extranjerizante* en sus escritos, que les llama la atención porque va asociado —paradójicamente, para el rosismo— con una pretendida búsqueda de la originalidad nacional en el desierto. Por eso, irónicos, proponen la necesidad de traducir lo que se piensa "a la lengua *Pampa*, por ser la más nacional que tenemos; de modo que pueda presentarse como un ser *particular y propio*, que participe del *esencialismo* de la *invención*, aun cuando todo él no valga un comino".¹⁷⁴

La sociabilidad política federal se canalizaba por medio de la Sociedad Popular Restauradora presidida por Julián González Salomón, un pulpero. Su

¹⁷³Pedro de Angelis, artículo sobre el *Dogma Socialista*, p. 371.

¹⁷⁴"Una crítica periodística al salón", en Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición de Alberto Palcos, p. 299 (subrayados, en el original). Éstas son alusiones a la presentación, en la inauguración del salón literario, del poema *La Cautiva*, de Echeverría, del que Gutiérrez lee tres cantos y que saldrá, incluido en el libro *Rimas*, en septiembre de ese mismo 1837. Había sido anunciado en el discurso del dueño del Salón: "Un poeta, inspirado por el espectáculo de nuestra naturaleza, prepara poemas, en que toda entera se refleja. Tomando por fondo de sus cuadros nuestras extensas llanuras, busca en ellas y canta nuestros hombres libres, poéticos, esforzados; no conocidos hasta ahora a pesar del interés que presentan al literato y al artista, en nada inferior al que nos ofrecen los árabes y sus desiertos. Poema enteramente original, sólo debido a la inspiración de las bellezas de nuestro suelo" (Marcos Sastre, "Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la nación argentina", en Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, *El salón literario*, p. 121). Queremos señalar que esta analogía con lo oriental que se propone para la conformación de una originalidad argentina se anticipa al *Facundo* de Sarmiento. De todos modos, no es la de Sastre, tampoco, la primera vez: ya la había usado Theodore Pavie en su artículo "Les indiens de la pampa" (publicado en la *Revue de deux mondes*, el 15 de enero de 1835), para comparar no al gaucho sino al indio con el árabe, como informa Carlos Altamirano en "El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*" "Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 101. (Es extraño que un federal ironice tanto con la lengua pampa cuando Rosas, como uno de los frutos de su campaña al desierto, ha escrito un diccionario de lengua pampa).

Sobre lo inentendible que puede resultar el otro en estas relaciones entre bandos, es particularmente provechosa la propuesta de Raúl Antelo, cuyo texto *Algaravía* abre explicando, precisamente, el sentido del término del título, que une —en las diferentes acepciones e inflexiones léxicas— las ideas de extranjería, lengua árabe (desde la mirada occidental, ininteligible) y exilio (Cf. Antelo, *Algaravía*, p. 9).

brazo armado era la mazorca, integrada por personas provenientes del cuerpo de policías de la ciudad, dirigidos por Ciriaco Cuitiño, que contaba con la colaboración del jefe de serenos, Nicolás Mariño. La Sociedad Popular se crea para imponer la línea rosista en los desacuerdos entre federales, a comienzos de los años 30 y deviene luego custodia del sistema del Restaurador de las Leyes, una asociación a la que era sumamente difícil acceder, lo que se lograba por méritos que se hubieran forjado en la lucha activa a favor de la federación y no por una mera adhesión de palabra, para impedir —de alguna manera— que se cobijaran en su inmunidad los opositores miedosos por medio de una simple declaración de (nuevos) principios.¹⁷⁵ La mazorca condensa todas las formas de lo *monstruoso*, porque es la que pone en práctica la persecución de los que no adhieren al sistema federal, por lo que —en el furor del enfrentamiento— los opositores deciden llamarla "más-horca" como una forma de la injuria que denuncia los métodos y la crueldad de las acciones que caracterizaban a la organización, para usarse —extendida— también como impugnación de las actividades intelectuales del rosismo, que produce "literatura mashorquera". Es por demás conocido el mote con que Echeverría descalifica toda producción intelectual vinculada al sistema rosista y que —en su furia polémica e insultante—, no sólo le arroja a Pedro de Angelis, sino también al desertor de la causa federal, Rivera Indarte: "*mashorquero de la literatura*", en este caso.¹⁷⁶ Pese a que con Rivera Indarte terminará uniéndolo la memoria de una lucha común, Echeverría vinculó para siempre los dos destinos que consideró deshonorosos, y los equiparó punto por punto: "igual cinismo y venalidad; igual charla y vaciedad de doctrina; igual presunción de saber y suficiencia; igual incapacidad para concebir lo bello, lo grande y lo noble [...]. Fueron ambos amigos un tiempo, y no debieron nunca reñir; porque *son las dos llagas cancerosas de la prensa, los verdaderos mashorqueros de la literatura del Plata* [...]" ("Tercera carta de Echeverría a Rivera Indarte", p. 182, subrayado nuestro).

Jocoso, Gutiérrez le había contado a su amigo Pío Tedín:

"Esta sociedad [popular] que comúnmente se llama de la Mazorca tiene por objeto el introducir por el flanco de la retaguardia del enemigo unitario el sabroso fruto de que ha tomado nombre, así es

¹⁷⁵Para más detalles sobre la naturaleza y la composición de la Sociedad Popular, cf. John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981, pp. 206-209.

¹⁷⁶Echeverría, "Tercera carta de Echeverría a Rivera Indarte", en Palcos, *Echeverría y la democracia argentina*, p. 189 (subrayado en el original).

que toda aquella gente que recela este fracaso ha dado en usar el pantalón muy ajustado, disfrazando con el nombre de moda una prevención muy puesta en orden y razón".¹⁷⁷

Entre tantos desentendimientos y desafíos, no es infrecuente que en las caracterizaciones del grupo (o de los enemigos en general) se recurra al humor o la ironía, como se ve en este caso, o se apele decididamente a la escatología para hablar de "la terrible Mazorca, cuerpo de policía entusiasta, federal, que tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y aguarrás a los descontentos, primero, y después, no bastando este tratamiento flogístico, degollar a aquellos que se les indique", como la caracteriza —en tono campechano— Sarmiento.¹⁷⁸

Aunque había sido precisamente Rivera Indarte, cuando rosista, el que inventara el término "mazorca", con la consecuente amenaza de sodomización, los federales se defienden.¹⁷⁹ Es Pedro de Angelis el que sale al cruce de las versiones que, desde la prensa opositora en el exilio, desparrama por el mundo la leyenda negra de la Mazorca, que *sólo* es

"una porción de ciudadanos, sumisos a las leyes, adictos al Gobierno; amantes de su país, que en los días de peligro se reúnen a la voz de las autoridades subalternas por disposición superior, y sin misterio, abandonando sus negocios, separándose de sus familias, con ánimo deliberado y tranquilo, pasan los días y las noches en asiduas y patrióticas tareas, alternando con los encargados del buen orden, y no rehusando ningún servicio que se les exija para contener a los perturbadores".

De Angelis se empecina en declarar que el nombre de Mazorca aplicado a la Sociedad Popular Restauradora es una falacia de los enemigos, y explica —con

¹⁷⁷Carta de Juan María Gutiérrez a Pío Tedín, Buenos Aires, 25 de abril de 1835, en Ernesto Morales (compilador), *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, p. 16. La amenaza de sodomización de los unitarios tiene su escena clásica en "El matadero", con el cajetilla de frac como víctima; y ha sido tratada en varias ocasiones por la crítica literaria (cf. David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, y Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas*, Rosario, Beatriz Viterbo).

¹⁷⁸Sarmiento, *Facundo*, pp. 207. Para otras referencias escatológicas, recordemos la flatulencia de los habitantes de Buenos Aires en "El matadero" de Echeverría, por la ingesta de porotos motivada por la abstinencia de carne.

¹⁷⁹El término aparece en su composición "Viva la mazorca": "Aqueste marlo que miras/ de rubia chala vestido/ en los infiernos ha hundido/ a la unitaria facción./ Y así con gran devoción/ dirás para tu coleteo/ sálvame de aqueste aprieto/ ¡Oh, Santa Federación!/ Y tendrás cuidado/ al tiempo de andar/ de ver si este santo/ te va por detrás" (en *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo III, p. III-278).

la pulsión *traductora* que los caracteriza a él y al *Archivo Americano* que dirige— que en nada se parece ni al club de los jacobinos franceses ni a los comuneros españoles, ya que la agrupación no es un club político ni una logia: "si lo fuera no habría subsistido un instante bajo el gobierno del General Rosas, tan opuesto a esta clase de asociaciones", porque no quiere que "se introduzca en el país el espíritu de secta, que sólo fomentan los gobiernos débiles o facciosos".¹⁸⁰

Cruelles o no, pacíficos o enaltecidos, los federales encuentran —como los unitarios de los salones, las asociaciones y la fraternidad— diferentes formas de reunión entre pares. Y a pesar de lo que los antirrosistas se empeñan en negarles concientemente a los enemigos, la "brutalidad" (y no sólo la "afabilidad") también es una forma de la sociabilidad, como recuerda Pilar González Bernaldo;¹⁸¹ y como lo demuestran las tías que se meten el sebo en las tetas y los matarifes que premian el valor de Matasiete, como "degollador de unitarios" con el matambre en "El matadero" mismo.¹⁸²

Aristóteles desmonta una creencia (que tendrán también los antirrosistas), la de que los "malos" no pueden estar de acuerdo, ya que —propone— existe un tipo de amistad

"según la cual, incluso los malos concuerdan, cuando eligen y desean las mismas cosas. Pero deben desear lo mismo, de manera que ambos puedan poseer lo que desean, pues si el objeto del deseo es tal que no es posible que pertenezca a ambos, se pelearán; en cambio, los que están de acuerdo no se pelean. Hay, pues, concordia cuando la elección es la misma tanto en lo que concierne al mandar como al obedecer, cada uno no escogiéndose a sí mismo, sino ambos escogiendo a la misma persona. En suma, la concordia es la amistad política."¹⁸³

¹⁸⁰*Archivo Americano*, N° 6, 31 de agosto de 1843.

¹⁸¹Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine*, p. 22.

¹⁸²La puja a cuchilladas por una tripa gorda entre cuatro jóvenes, paralela a la lucha entre perros flacos peleando por un hígado embarrado se ve como el "[s]imulacro en pequeño [...] del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales" ("El matadero", p. 318).

¹⁸³Aristóteles, *Ética eudemia*, libro VII, 1241a, pp. 514-515, en *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1995. Cuando caracteriza al enemigo como grupo, Echeverría adjudica la ventaja de Rosas al "poder compacto, centralizado por el terror, y por la fe en su estrella que tienen sus sostenedores" (*Ojeada retrospectiva*, p. 52), a cuyo nexo aludió irónicamente —en páginas anteriores— como la "comunidad de los creyentes" (p. 41, subrayado en el original).

En su autobiografía, Alberdi recapitula, haciendo alusión al lema del salón literario: *Abiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis* (Abandonemos, pues, para siempre las obras de las tinieblas, y empuñemos las armas de la luz):

"Las armas de la luz no estaban de moda bajo el gobierno de ese tiempo; y el brillante *club literario* tuvo que rendirlas ante la brutal majestad de otro *club de rebenque*, formado para impedir todo *club de libertad*. La única forma en que la libertad de asociación podía existir fue la que asumió la *Mazorca*. Para azotar a los liberales era lícito asociarse, y para estudiar la libertad, la asociación era un crimen de traición a la patria. El *Salón Literario* estaba condenado a desaparecer, porque era público".¹⁸⁴

V Los argonautas

Al emerger del ensueño tropical que lo confunde, y poco antes de recuperar su yo a través de un *curriculum itinerante* como si fuera un *cursus honorum*, ya derrotado su enemigo, Sarmiento cae en la cuenta de que todavía no habían pasado seis meses desde que se embarcara en Chile, junto con Bartolomé Mitre, Wenceslao Paunero, el coronel Aquino y tres compañeros más, para ponerse a las órdenes de Urquiza. Eran

"los argonautas de la *Médicis*, circunnavegando en pos también de un vellocino de oro, guardado por un Dragón espantable; y el gran mágico Alexander que nos escuchaba, decía lleno de estupefacción: «¿Pero qué países son esos donde cuantos se nombran han muerto o en los combates o degollados?». Y, en efecto, el sacrificado coronel Aquino, que nos refería historias de vivaque, no acertaba a nombrar compañero, amigo, enemigo, que no estuviese ya sepultado" (*Campaña*, p. 58).

¹⁸⁴Alberdi, *Mi vida privada*, p. 53 (son nuestros los subrayados de los sintagmas formados con la palabra club). Rivera Indarte da también su versión de las relaciones de filiación de los bandos, al decir "que todos los que estaban con Rosas eran hermanos en delito, y que todos (extranjeros, etc.) los que estaban contra Rosas eran hermanos de una misma fe" (en Saldías, *La coalición y la diplomacia siniestra*, p. 46).

En el recuento de Sarmiento, el recuerdo de tantos argonautas muertos se lee —como usualmente en él, pese a sus esfuerzos por socializar los méritos y los sufrimientos— en clave personal y enmarañado en una escena de ensueño que remata en una aparición fantasmal, con toques góticos, al recordar al desgraciado Aquino, que también fuera degollado (en el libro sobre la campaña para derrotar a Rosas se está escribiendo una ficción que cuenta cómo una patria se hace sobre la base de sufrimientos).

Seis años antes, Echeverría le daba forma a un panteón patrio, puesto a la cabeza del estudio del movimiento intelectual —todavía en el medio de la lucha contra el gobernador de Buenos Aires— como dedicatoria, historia y modelo para el futuro: "A Avellaneda, Alvarez, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Berón de Astrada, y en su nombre a todos los mártires de la Patria. ¡Mártires sublimes!". La patria ganaba su santuario.¹⁸⁵

Por metonimia, donde la imagen que se construye de los que se honran se pretende en el fondo para uno mismo, cada uno a su manera va diseñando su propia figura pública ante la posteridad: Sarmiento (que entrará triunfante en Buenos Aires en febrero de 1852), como el *héroe*; Echeverría (que morirá en 1851 sin ver derrotado a su enemigo), como el *mártir*. Ambas funciones son estampas que resultan indispensables para el cuadro romántico nacional.

Es necesario remarcar que la lista de mártires que encabeza la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37* no coincide con o, mejor, no se ajusta a la lista de los participantes del Salón o de los integrantes de la clandestina Joven Argentina, con lo que se refuerza la relación estrecha que los jóvenes antirrosistas establecían entre la militancia intelectual y la armada. La historia de ese movimiento intelectual, aparentemente reconstruida pero en rigor establecida por Echeverría, es fechada por él —casi un lapsus— en junio de 1837 (fecha del Salón) cuando en rigor está instaurando su comienzo (y estableciéndolo como origen) con la asociación clandestina de la Joven Argentina que se forma al año siguiente y no con las reuniones en la librería de Marcos Sastre, a cuya inauguración no concurrió y cuya dirección — que se le había ofrecido— no aceptó, como sí aceptó ponerse a la cabeza del

¹⁸⁵Hay, voluntariamente, una asociación semiótico-léxica entre la militancia y el credo en los escritos doctrinarios del 37, particularmente en el *Dogma socialista*, que permite pensar que se adoptan formas cuasi-religiosas en la gesta de la formación nacional: así, el "movimiento socialista" del que Echeverría dice querer dar cuenta porque no ha sido advertido, ya que le ha faltado patria donde poner en práctica sus ideas, "ha tenido sus apóstoles y sus mártires" (Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 81).

grupo de conjurados del 38. Y es interesante tener en cuenta, además, que si bien —como vimos— Echeverría se detiene en el *Facundo* e incluso menciona, en nota al pie, que Sarmiento había señalado antes que él alguna cuestión,¹⁸⁶ no tiene en cuenta (no lo trae a colación, no lo reconoce como antecedente) el fundamental último capítulo del texto, que ya propone la trama de una historia del movimiento intelectual en el Plata al escribir una breve historia de los letrados argentinos.¹⁸⁷

Esa es la *caterva* que lee Pedro de Angelis. Allí donde los propios actores del 37 se creían (se estilizaban) apóstoles, mártires, argonautas, la astucia de la polémica política los encuentra (o los prefiere, o los provoca al considerarlos) no únicamente "inmundos salvajes unitarios", como en los documentos oficiales, sino también "genios díscolos",¹⁸⁸ "degradados traidores", "furiosos demagogos", "hombres prostituidos u obcecados", "ímpios", "revoltosos", "inquietos", "presumidos", "holgazanes", "reformadores", "románticos", "miserables". Pero la mayor transformación, la más contundente en cuanto a los efectos político-legales que eso implicaba, la sufrieron los "argonautas" que vagaban fuera de la patria¹⁸⁹ cuando el peso de la ley del poder al que se oponían cayó sobre ellos bajo la forma de un dictamen moral enunciado por el escriba del rosismo: "todos los que él [Echeverría] apellida *Mártires sublimes* [...] no son otra cosa que «criminales famosos»".¹⁹⁰

¹⁸⁶Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 52.

¹⁸⁷El verdadero panteón artístico-literario, de todos modos, queda fijado en los *Viajes* de Sarmiento, quien —con el desenfado que lo caracteriza— selecciona, firme, a los iniciadores de una "literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho que como aquellos antiguos hicsos en el Egipto, hase apoderado del gobierno de un pueblo culto": "Echeverría describiendo las escenas de la pampa; Hidalgo imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del Cantor, ¡qué diablos! por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, y Rugendas, pintando con verdad las costumbres americanas" (Sarmiento, *Viajes*, p. 51). Es interesante ver que, entre los nombres fundadores de esa *literatura*, Sarmiento incluye a un viajero extranjero (y pintor) como Rugendas, lo que da muestras de cómo el siglo XIX aprovechaba la visión del otro sobre lo propio como material para la conformación de una cultura nacional.

¹⁸⁸"Genio díscolo" suena, en boca de de Angelis, tan simbólicamente pleonástico como el "gaucho malo" de Sarmiento.

¹⁸⁹Si había argonautas que *vagaban* (término que usa Echeverría en la *Ojeada retrospectiva* (p. 79) fuera de la patria, también habla —según hacía creer el rosismo— "ánimas en pena de los unitarios sacrificados en la batalla de Chascomús", creencia alimentada por el gobierno como otra forma de ejercicio de la autoridad (cf. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, tomo II, p. 138).

¹⁹⁰Pedro de Angelis, artículo sobre el *Dogma Socialista*, p. 375.

Tercera parte

Muerte y vida en el destierro

Lose something every day. Accept the fluster
of lost door keys, the hour badly spent.
The art of losing isn't hard to master.

Then practice losing farther, losing faster:
places, and names, and where it was you meant
to travel. None of these will bring disaster. [...]

I lost two cities, lovely ones. And vaster,
some realms I owned, two rivers, a continent.
I miss them, but it wasn't a disaster.

Elizabeth Bishop, "One art"

1. Exiliados ilustres

I Los muertos de la gloria

El escritor romántico João Baptista da Silva Leitão de Almeida Garrett, quien en sus viajes de exilio conoce los sinsabores provocados por la ingratitud de la patria, trabaja la figura del desterrado, del expulsado de la patria. Garrett reúne a tres poetas para conformar esa figura: al escritor principal de la patria lusitana: Luís Vaz de Camões; a su principal heredero en el sentimiento de amor por la patria: Filinto Elycio; y al propio Garrett, que retoma las líneas de esos escritores procurando inaugurar una nueva forma de escribir en Portugal pero siguiendo sus huellas.

El libro *Camões*, publicado por Almeida Garrett en 1825, en su exilio parisino, funciona como epítome del problema del escritor exiliado. Escritura inaugural, porque es ésa la primera vez —según subraya el mismo Garrett— en que un texto literario portugués se vuelve tema de otro, como sucede en este caso con *Os lusíadas*. Pero también es una escritura límite para quien, desilusionado de su patria, anuncia en ese mismo texto el fin de su escritura poética. Y, en ese contexto, el sepulcro de Camões, a la vez, le permite a Almeida Garrett reclamar públicamente una reparación simbólica por el mal que la patria le hizo al poeta. Garrett está buscando un lugar para la memoria nacional, para conjurar la desidia del gobierno. Buscando ese lugar para la patria, propone la conformación de un "Poets' Corner". Que el Mosteiro dos Jerónimos "imite" a la Westminster Abbey, más precisamente: que sea la Westminster Abbey portuguesa. De ese modo, por otro lado, Garrett muestra que el viaje de exilio es una forma de aprendizaje, que le permite incorporar experiencias ajenas que pueden ser traducidas (o, mejor aún, en el sentido en que Garrett emplea ese término, como veremos más adelante: ser imitadas).

Por su parte, el sepulcro de Filinto Elycio en París da cuenta de la desidia de la patria y reúne como en un rito a los nuevos exiliados liberales portugueses. Filinto Elycio es el nombre arcádico que adoptó el sacerdote Francisco Manuel do Nascimento, que sufre un largo exilio desde 1778 hasta 1819, año en que muere en París, para ser enterrado en el cementerio de Père Lachaise, en una discreta sepultura, donde sus restos permanecerán hasta su repatriación, que ocurre sólo en 1842.

En su *Bosquejo da história da poesia e lingua portuguesa*, Garrett sostiene que

"em quanto Bocage e seus discípulos tiranizavam a poesia e estragavam o gosto, Francisco Manuel, único *representante* da grande escola de Garção, gemia no exílio, e de lá com os olhos fitos na pátria se preparava para lutar contra a enorme hydra, cujas inúmeras cabeças eram o galicismo, a ignorância, a vaidade, todos os outros vícios que iam devorando a literatura nacional. [...] Nenhum poeta desde Camões havia feito tantos serviços á língua portuguesa: só por si Francisco Manuel valeu uma academia, e fez mais que ela; muita gente abriu os olhos, e adquiriu amor a seu tão rico e belo, quanto desprezado idioma [...].¹

Almeida Garrett atribuye una de sus propias obras —*Dona Branca*— a "F.E." Esa falsa atribución a Filinto, como gesto, se integra en un proyecto mayor: el de constituir un linaje donde Garrett puede destacar su propia intervención —nueva y original— como escritor romántico.

El mismo hecho de proponer a la obra como póstuma puede ser leído como una forma de la pervivencia de Filinto y de su herencia. Como si Filinto continuara escribiendo por la pluma de sus herederos, que decidieron que la mejor manera de continuarlo sería innovando en esa misma línea. Es, digamos, *la recuperación de la línea evolutiva* de Filinto Elysio por parte de los románticos portugueses (a la que se sumarán, como veremos, los románticos brasileños).

La consideración de la figura de Filinto no ahorra críticas a su estilo, pero rescata al poeta en su aspecto más histórico, más político, más portugués: el más romántico. Lo vuelve el *exilado-mor*, el guía de la nueva generación liberal que está inaugurando un nuevo rumbo para la patria y para su literatura. La tumba de Filinto en París se convierte en el espacio simbólico de una nueva forma de la patria: la patria en el exilio, la patria de los expulsados que continúan haciendo política y literatura nacionales portuguesas en tierras extranjeras.

Es de ahí, de esa tumba que los gobernantes portugueses ni toman en cuenta ni cuidan, de ese espacio simbólico de la patria, de ese más allá de la vida, que surge la apropiación cultural (la intervención) más extrema que hace la

¹Almeida Garrett, *Bosquejo da história da poesia e língua portuguesa*, que se publica por primera vez en el primer volumen de *Parnaso lusitano ou poesias selectas dos auctores portugueses antigos e modernos, ilustradas con notas. Precedido de uma história abreviada da língua e poesia portuguesa*, 1826-1827, 5 volumes, Paris, 1826. Trabajamos también con la edición de C. Guimaraens, *Escreptos diversos do V. de Almeida Garrett*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1877, pp. 115-116. Sobre el *Bosquejo* en particular nos detendremos en la Cuarta parte.

estética del romanticismo liberal. La atribución falsa de un autor deviene auténtico posicionamiento político: la literatura es una forma cierta de intervención política en la propia patria. El poema "La Gloire", que el poeta francés Lamartine le dedica a "À un poète exilé", que no es otro que Filinto Elysio, lo confirma:

"Que t'importe, après tout, que cet ordre barbare
T'enchaîne loin des bords qui furent ton berceau?
Que t'importe en quel lieu le destin te prépare
Un glorieux tombeau?//
Ni l'exil, ni les fers de ces tyrans du Tage
N'enchaîneront ta gloire aux bords où tu mourras;
Lisbonne la réclame, et voilà l'héritage
Que tu lui laisseras.²

II La sepultura de Filinto Elysio

En su poema "A Sepultura de Filinto Elysio", el poeta romántico brasileño Domingos Gonçalves de Magalhães busca —herencia directa de los portugueses en el exilio— las huellas del exiliado epónimo. Porque, si bien Camões (a quien tanto Magalhães como los escritores liberales portugueses veneran) es *el* modelo, tuvo al menos el consuelo de morir en la patria, algo que le fue vedado al escritor de la arcadia lusitana.

Magalhães abreva en las afinidades electivas de los escritores portugueses liberales exiliados y hace suya la herencia de Filinto. No es novedosa esta apropiación, como no lo es tampoco la conexión con el autor de *Os Lusíadas*. Tampoco innova Gonçalves de Magalhães al referirse a Portugal como una patria ingrata: "E o que fizeste, oh Lisia?! Chamaram-te madrasta, e mãe tyranna".³ Ya Garrett, a quien él —en principio— no alude, lo ha hecho; y

²Las citadas son dos estrofas de "La Gloire", poema incluido en *Meditations Poétiques*.

³D. J. G. de Magalhães, "A sepultura de Filinto Elysio, no cemitério do Père La Chaise", *Suspiros poéticos e saudades*, Rio de Janeiro-Paris, João Pedro da Veiga - Dauvin et Fontaine 1836. Trabajamos con esa primera y con la segunda edición: D. J. G. de Magalhães, *Suspiros poéticos e saudades*, Rio de Janeiro-Paris, Morizot, 1859, para no perder las diferencias; pero elegimos, para ser respetuosos con la versión que se conocía para la época que nuestro trabajo aborda, citar según la primera. El poema ocupa las pp. 117-125 de la primera y 122-131 de la segunda edición.

Magalhães no lo desconoce. Lo interesante es que, pese a que en un artículo que unos años después publicará en *Nitheroy* (la poesía está fechada: París, 28 de septiembre de 1834), silencia sus nexos con Portugal, en la construcción de una tradición literaria para su patria, el poeta brasileño no rechaza su ligazón con el tronco central de la cultura lusitana. Aunque muy reciente, la independencia del Brasil le permite pensar a su patria como un par de la antigua metrópoli y pide que la nueva nación no imite la crueldad de su "antigua Hermana".

Volviendo al poema: si el sepulcro de Filinto es meta del peregrinaje y centro simbólico de reunión para los escritores portugueses *vinistas* exiliados, que el movimiento del poema de Gonçalves de Magalhães sea peripatético revela, de alguna manera, una percepción formal que denota cierta fineza de estilo. El poema se hace andando. El poeta deambula por el cementerio de Père Lachaise en procura de la tumba —difícil de encontrar— del escritor portugués, para "sobre ela chorar, gravar meu nome". El poeta es todo ojos (empieza a caer la noche y no la encuentra) y escritura. Gonçalves de Magalhães se presenta como un "ausente" de su patria, un novel escritor que quiere inscribirse en el linaje de Filinto. Y en esa inscripción, recorta además la recepción de su escritura: la que quiere dejar su marca personal inscribiendo su nombre en esa piedra que "[m]al indica que teve um epitáfio" ("apenas" lo indica, tan lisa está por el paso del tiempo), y la del poema que —es el deseo— "possa o tempo guardar estes, que escrevo,/ versos, até que algum Luso aqui chegue".⁴

El verdadero peso de este homenaje solitario cobra sentido al insertarse en una recepción que pueda decodificar la importancia del movimiento. Esta categoría de "luso" manifiesta de qué manera el primer romanticismo brasileño no puede —o no quiere, a pesar de algunas declaraciones políticas más extremas— desembarazarse de la línea cultural heredada por y con la lengua. Esa categoría abarca aquí, muy claramente, tanto la cultura lusitana del viejo como del nuevo mundo. Porque, en rigor, si leída en relación con las constantes quejas acerca de lo poco conocida que es la lengua portuguesa en el resto del mundo (léase fundamentalmente Europa, claro), Magalhães —conciente de los límites— termina, sin embargo, avalando esa tradición que a menudo le pesará como una carga.

⁴La versión de 1859 da dos versos mejor ajustados: "Possa o tempo guardar estes, que escrevo,/ Tristes versos, até que um Luso os leia".

"Oh Filinto! oh Filinto!
Onde estás?... Escutemos...
Aqui nem mesmo os echos me respondem.
Oh meu Filinto, é esta a vez terceira,
Que incansável te busco.
De um em um tenho lido os epitáfios
Destas fúnebres campas;
O teu só não encontro.//
Onde é que a ingratição da injusta Pátria,
Dessa Pátria que honraste
Co' os teus divinos carnes,
Cavou-te a humilde sepultura? — Onde?
Dela ausente, proscripto, na miséria,
Como Camões viveste;
Saudoso, e só por ela suspirando,
Monumentos ergueste à glória sua;
E surda sempre foi a teus gemidos;
Como Camões morreste na indigência!
Mas ele ao menos expirou na Pátria;
Terra da Pátria lhe cobriu seus ossos;
E tu? —Nem ela sabe onde repousas!//
[...]

Ah não desesperemos;
Mais um esforço. —Enfim, é ela, é ela!
Nem sequer um cipreste, um mirto a cobre!
Já lisa a pedra pelo pé do tempo
Mal indica que teve um epitáfio.
Ingrata Pátria! Ingrata!
O tempo ao menos, carcomendo a pedra,
Tua vergonha oculta ao estrangeiro".

Gonçalves de Magalhães había publicado *Suspiros poéticos e saudades* en 1836, en París, poco antes de que el primer número de *Nitheroy* fuera lanzado. Si en el "Ensaio sobre a história da literatura do Brasil" (incluido en el primer número de la revista) el borramiento del nombre de Almeida Garrett es elocuente, la lectura de la colección de poesías nos permite reponer los lazos con Portugal que allí Magalhães traza de manera bastante ostensible.

Es probable que, para el año 1836, el desencadenamiento de la crisis portuguesa, en la que la legitimidad del poder de Pedro IV de Portugal (quien fuera Pedro I del Brasil) estaba en juego, hiciera temer en el Brasil una consecuencia fatal para su adquirida independencia que, mal que les pesara a los propios brasileños, todavía dependía de las astucias políticas de Pedro de Bragança, padre del jovencísimo emperador del Brasil. Tal vez ésa sea la causa del cambio de actitud entre el poema de 1834 y el ensayo publicado en *Nitheroy* precisamente en ese año 1836, que lleva incluso a Torres-Homem a decir —en su nota bibliográfica sobre *Suspiros poéticos e saudades* incluida en el segundo volumen de la revista— que

"[h]á alguns anos, bem difíceis eram as circunstâncias do Brasil, e da sua mocidade; mas do próprio excesso dos males a esperança renascia; o presente era então sem alegrias, mas contava-se sobre um melhor futuro. O estado atual pesa sem esperanças como una maça de ferro sobre todos os bons espíritos; tanto é ele pouco unissono com as coisas, que se vão arrastando a nossos olhos. Desgraçada mocidade! Desgraçado Brasil!".⁵

III El Filinto argentino

El movimiento que encabeza Domingos José Gonçalves de Magalhães fue considerado por algunos críticos brasileños como "primer romanticismo" y por otros como "prerromanticismo" o como el pasaje necesario entre las manifestaciones prerrománticas (que ejemplifican a partir de los trabajos sobre la literatura brasileña realizados por el portugués Almeida Garrett) y la definición de los principios de un movimiento romántico que encontraría su desarrollo pleno, autónomo y maduro hacia los años de 1850, a partir de la obra de Antônio Gonçalves Dias y de José de Alencar. Según Otto Maria Carpeaux, se trata de "poetas e escritores que, depois de terem lançado os fundamentos do romantismo, se arrependeram, voltando aos modelos clássicos". Ellos no

⁵F. S. Torres-Homem, nota bibliográfica sobre *Suspiros poéticos e saudades*, en *Nitheroy*, N° 2, p.255. En la edición corregida y aumentada de los *Suspiros poéticos*, de 1859, se incluye esa nota de Torres-Homem, pero se omite el "Desgraçado Brasil!"; por lo que el texto termina en "Desgraçada mocidade!".

abonarían la inflexión opositora y "até revolucionária" del romanticismo, sino incluso en algunos casos el romanticismo "trivial", aquel que sigue la moda ya esclerosada de la renovación estética para satisfacer al público.⁶

Así, suele asignársele a este primer romanticismo (prefiero esta clasificación a la de prerromanticismo, porque los escritores son efectivamente románticos) un valor histórico superior al literario. Si bien puede abonarse esta hipótesis, sustentada por críticos tan importantes como Antonio Candido, me parece interesante el estudio de ese movimiento porque en su desarrollo se encuentran las claves de constitución de una literatura y una crítica literaria nacionales, lo que permite —a su vez— reconsiderar el valor cultural de esa producción.⁷

Candido ha descrito con agudeza crítica el tono —y el valor literario— de los *Suspiros poéticos e saudades* como lamentos de un "menino manhoso longe da mãe".⁸ Es bien cierto que Magalhães no es un poeta particularmente interesante, pero pese a su poca originalidad formal, el papel que cumplen estos poemas en la historia literaria de su país habla de un cambio en el modo de percepción nacional.

En el prólogo, es el propio poeta quien habla de esta colección de poesías como de un *ensayo*. Podríamos precisar: Magalhães ensaya aquí las temáticas y los modos de experimentación de la naturaleza de los románticos europeos. La grandiosidad de los paisajes; la comunión entre el poeta y el entorno natural, que es vivido como una religación con el creador del universo; el sufrimiento, los cementerios, la contemplación de las ruinas; la soledad del que se ha alejado de su tierra, la melancolía, la *saudade*; el sentimiento de la patria, el peregrinaje:

"É um Livro de Poesias escritas segundo as impressões dos lugares; ora sentado entre as ruínas da antiga Roma, meditando sobre a sorte dos impérios; ora no cimo dos Alpes, a imaginação

⁶Otto Maria Carpeaux, *Pequena bibliografia crítica da literatura brasileira*, Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Cultura, 1955, p. 73. Para un tratamiento de la cuestión de las diferentes versiones de periodización, véase Afrânio Coutinho, "O movimento romântico", en *A literatura no Brasil*. Volume 2: O Romantismo, Editora Sul Americana, Rio de Janeiro, 1969. Allí recoge las periodizaciones y criterios de Silvio Romero, Ronald de Carvalho y Otto Maria Carpeaux y ofrece un detallado listado de escritores por periodos y grupos.

⁷Entre los que trataron, con diferentes objetivos y recortes, este primer romanticismo brasileño podemos mencionar a Silvio Romero, Afrânio Coutinho, Brito Broca, Antonio Candido, Luiz Costa Lima, Flora Süssekind, Raúl Antelo.

⁸Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, tomo 2, p. 52. Candido considera al patriotismo de Gonçalves de Magalhães como un sentimentalismo egotista.

vagando no infinito como um átomo no espaço; ora na gótica catedral, admirando a grandeza de Deus, e os prodígios do Cristianismo; ora entre os ciprestes que espalham sua sombra sobre túmulos; ora enfim refletindo sobre a sorte da Pátria, sobre as paixões dos homens, sobre a nada da vida. São poesias de um peregrino, variadas como as cenas da Natureza, diversas como as fases da vida, mas que se harmonizam pela unidade do pensamento, e se ligam como os anéis de uma cadeia [...]"

afirma el propio Magalhães como inventariando el universo romántico.⁹

Entre los tópicos del romanticismo se cuentan las ruinas, ese producto de la acción de la naturaleza sobre la arquitectura que los hombres habían levantado, como —en este caso— las sepulturas; así como también tienen un lugar destacado los cementerios en particular, dentro de lo que René de Chateaubriand llamó una "poética de los muertos".¹⁰ No resulta difícil notar de qué modo se potencia el cuadro romántico si se le suma el padecimiento de aquel poeta exiliado que, como Ovidio, muere lejos de su tierra. La composición de Gonçalves de Magalhães entra en una serie universal que encuentra sus diferentes modulaciones en el romanticismo de cada nación. Por eso, mucha es la afinidad que puede encontrarse en el canto de otro peregrino —esta vez argentino— que se lamenta por otro poeta muerto en el exilio:

"Pobre al fin, desterrado
De su patria querida
El poeta Argentino
Dijo adiós a la lira,
Dijo adiós al vivir;
¡Triste destino el suyo!
En diez años, un día
No respirar las auras
De la natal orilla,
¡No verla ni al morir!",

como escribe Esteban Echeverría, quien se filia —junto con el resto de su generación— con el poeta neoclásico Juan Cruz Varela.

⁹"Advertência" a *Suspiros poéticos e saudades*, p.12.

¹⁰René de Chateaubriand, *Génie du christianisme*, Paris, Garnier-Flammarion, 1966, p. 40. Ver también Georges Simmel, "Las ruinas", en *Filosofía de la coquetería y otros ensayos*, Madrid, Revista de Occidente, 1924.

Esta filiación es altamente significativa. Porque Echeverría es el que lleva adelante el proyecto lírico más sistemático y empeñoso de la generación del 37, colectivo del cual es el mentor, más allá de su poesía y muchas veces —y a su pesar— no precisamente por su poesía, sino por su obra más doctrinaria (como las lecturas del salón, el *Dogma* o las polémicas político-intelectuales). Es en el poema dedicado a Juan Cruz Varela, además, que Echeverría reparte los roles que le permite definir un campo equilibrado, sin disputas, donde ambos —él y su antecesor— entren perfectamente: al atribuirle al neoclásico la suerte de que le tocara ser el poeta de la revolución (de Mayo) que a él, por edad, le fue vedado, dejándole la ingrata tarea de ser el poeta del antirrosismo.

Echeverría es el poeta romántico por excelencia, pero antes (en el tiempo y en el concepto), no sólo de su exilio, sino de su militancia antirrosista. Aun cuando, como se vuelve evidente, en su poesía previa al destierro ya empiecen a funcionar estéticamente las tradiciones líricas de la figura del poeta exiliado (como puede verse en *Los consuelos* y en las *Rimas*, o incluso en *Peregrinaje de Gualpo*). Y si (como vimos en la Introducción) Sarmiento encuentra y le dará a Mármol en Río de Janeiro el título del poeta peregrino, Juan Cruz Varela —"el poeta desterrado", como lo llama Juan María Gutiérrez, su biógrafo— es, sin embargo, una de las imágenes más sufrientes, que da pábulo al temor más profundo del exiliado: el de morir en tierra extranjera, que en palabras del propio Mármol se expresaría así:

"¡Oh, mar! si en la tierra proscripto me aguarda
sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
subleva tus ondas, allí está mi patria,
mis miembros helados arrójale tú.//
Mas ¡eh! ¿no habrá un día, justicia del cielo,
que puedas ¡oh, madre! tus hijos mirar?
¿También un sepulcro proscripto tendremos
que pedir a extraños, cual hoy un hogar?".¹¹

Juan Cruz Varela es el Filinto Elysio de los argentinos. Murió en la Banda Oriental el 23 de enero de 1839; y, como en el caso del poeta portugués, pese a las diferencias estéticas que lo separan de los jóvenes románticos, éstos celebran su figura cívica y comparten con él un mismo sufrimiento: el de haber

¹¹José Mármol, *Cantos del peregrino*, canto tercero, texto del manuscrito de 1849, vv. 695-702, p. 167.

sido expulsados de su patria. El germen de estética romántica que su biógrafo cree ver en las composiciones del último período ratifica a Juan Cruz Varela como el Filinto argentino, con el cual los románticos se filian, de acuerdo con la trama que urde el propio Gutiérrez:

"Si la vida no le hubiera andado tan corta, tendríamos el placer de estudiar en la marcha de su genio un nuevo período literario, y a la cabeza de Echeverría y de Mármol hubiera estigmatizado la tiranía y el obscurantismo en versos intachables por la forma, graves y severos por la inspiración".¹²

En ese sentido es que Gutiérrez puede trazar la continuidad más fuerte entre la Arcadia y el romanticismo argentinos, al considerar al autor de *Los Consuelos* como el continuador de Varela:

"Echeverría mismo, ese divino quejumbroso sucesor de Varela en el puesto de honor del Parnaso argentino, no le aventaja en sombría tristeza, ni en resignación filosófica como autor de los sáficos *El poeta enfermo* si se ponen en parangón con los de [*La muerte del poeta*, publicados en el periódico] *El Iniciador*" (*Estudio sobre Juan Cruz Varela*, p. 484).

¹²Juan María Gutiérrez, *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino Don Juan Cruz Varela*, en Juan María Gutiérrez, *Los poetas de la Revolución*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1941), p. 487. En las próximas remisiones, mencionaremos al texto como *Estudio sobre Juan Cruz Varela*.

De la poesía amorosa de Juan Cruz Varela, representada de manera sólida por el poema *La Elvira*, Gutiérrez dice lo que también sostendrá de "El Matadero" de Echeverría (no los conecta, pero la idea es la misma): "Es un cuadro copiado del natural, verdadero, en el que la imaginación ha creado poco, y en el que el arte sólo se manifiesta en el estilo" (p. 167, el subrayado es nuestro). Esto, para el crítico, es un valor. Varela es romántico *avant la lettre*, lo que Gutiérrez registra como un valor. El emparentamiento se ve reforzado porque, a continuación, Gutiérrez arriesga: "Puede decirse que el poema *Elvira* es romántico en el fondo, y de la escuela clásica por el traje con que están vestidos los afectos, por la simetría de las partes, por la naturaleza de las imágenes y por la corrección general de los pormenores" (p. 167). Es en ese nudo central, más cercano a la pulsión de una inspiración sin correcciones, en el que para Gutiérrez radica el verdadero valor de la poesía –o, mejor, de un poeta– donde encuentra el espacio más propicio para rescatar plenamente a Varela. No obstante lo cual –aclara más adelante–, no tenía (no podía tener) una inclinación natural hacia "el arte verdaderamente humano", como denomina el crítico al romanticismo que se abre con Chateaubriand (a quien considera "el primero que estableció en sus *Mártires* la diferencia entre el amor pagano y el que inspira la mujer igualada al hombre en condición por la ley de amor" (p. 170). Varela era iluminista en su ideología y, consecuentemente, neoclásico en sus gustos; por lo tanto, la *reforma* de Chateaubriand no lo afectó particularmente.

La publicación de esta composición de Varela en el periódico de la emigración romántica en Montevideo de algún modo rubrica, para Gutiérrez, ese pase de antorcha.¹³

Juan Cruz Varela como Filinto: es el poeta desterrado al que los exiliados jóvenes recuperan como guía y como condensación simbólica, y del que aceptan una legado cívico que incluyen en su programa. Es la imagen doliente del poeta olvidado por su patria. A su frágil salud se le sumaron la falta de recursos económicos y la muerte de una hija de doce años, todo lo cual intensificó el ya por sí intenso padecimiento del exilio. Por eso, Gutiérrez tomó como misión (patriótica) hacer lo que le correspondía a la posteridad: "levantarle una estatua y disimular bajo coronas de mirto y laureles póstumos, las cicatrices de las espinas contemporáneas", como reza la frase final del texto que le dedicará al poeta neoclásico en 1871.¹⁴

¹³Es interesante el señalamiento de esa continuidad; que no es usual, sobre todo si se piensa que la enuncia alguien que ha formado parte de la generación que buscó programáticamente diferenciarse de la anterior, formada por unitarios y/o neoclásicos. Este abordaje sintoniza – anticipándose– con el abordaje que hace Antonio Candido en su *Formação da literatura brasileira*, donde piensa el sistema literario que estudia a partir de la idea de continuidad. Más que puntos de quiebre o cortes, Candido lee "unidades profundas" entre movimientos tradicionalmente contrapuestos, como la Arcadia y el Romanticismo (cf. Florencia Garramuño y Adriana Amante, "Partir de Candido", en Raúl Antelo [org.], *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2001).

¹⁴Juan María Gutiérrez, *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino Don Juan Cruz Varela*, p. 511. En 1871 (pero con una primera publicación –interrumpida– en 1864) aparece el *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, que saldrá por entregas en la *Revista del Río de la Plata*, en varios números de 1871, 1872 y 1876. Compuesto por treinta y dos partes, el libro contiene la tan difundida "Ojeada histórica sobre el teatro de Buenos Aires desde su origen hasta la aparición de las tragedias Dido y Argia", y fue reeditado en 1918 con un estudio de Miguel Cané, bajo el título de *Juan Cruz Varela. Su vida. Sus obras. Su época*. En nuestro caso, trabajamos con la edición titulada *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino Don Juan de la Cruz Varela* que se incluye en Juan María Gutiérrez, *Los poetas de la Revolución*. Si la literatura y la crítica literaria nacionales se constituyen de manera programática (y autoconsciente) durante la primera mitad del siglo XIX en torno de la obra de Esteban Echeverría y en tiempos de Juan Manuel de Rosas, la mayor parte de la producción de Juan María Gutiérrez –el crítico–, en cambio, es muy posterior a esa época: se desarrolla durante las décadas de 1860 y 1870. No tanto cronológica como históricamente más cerca de la organización del Estado nacional que de la batalla de Caseros, esos trabajos –de todos modos– continúan las ideas que bullían al calor de los años de lucha antirrosista y de la misión que se habían arrogado los jóvenes de la generación del 37. Gutiérrez reelabora el material recogido y se encarga de los asuntos o de los autores que había comenzado a estudiar en las décadas de 1830 y 1840, cuando la conformación de una cultura nacional se había transformado en una necesidad impostergable. En suma: todo lo que el 37 propone en relación con la conformación de una crítica y una historia de la literatura nacional termina sistematizándose sólo veinte años después. En lo fundamental, se mantuvo fiel a varias de las causas estéticas y políticas (a menudo imbricadas) que había enarbolado durante la militancia antirrosista. Así, el credo romántico de la generación que

Al compararlo con Filinto Elysis, no negamos —por supuesto— la analogía más evidente: "Varela será el Virgilio de las generaciones remotas", como dirá entusiasmado, en 1871 (p. 395), el mismo Gutiérrez que en 1838 no juzgaba necesario leer al poeta latino y, menos —como había comenzado a hacer Juan Cruz Varela— traducirlo. "En castellano nada hay que se asemeje a Virgilio y —si no me ciega la amistad— Juan Cruz está haciendo lo único que hasta ahora merecerá leerse en esa línea", lo reprendía Florencio Varela a su amigo Gutiérrez, en tiempos de romanticismo.¹⁵ Esa traducción no sólo ratifica la identificación entre el poeta argentino y el autor de la *Eneida*, sino que será parte fundamental del material sobre el que el propio Gutiérrez desarrolle una interesante teoría de la traducción.¹⁶

buscaba en Francia o Inglaterra lo que España no podía legarles se lee, en su enunciación más prolija y teóricamente argumentativa, en la obra de Gutiérrez. Y, en ese caso, habrá de tenerse en cuenta no sólo la obra que sale de su propia pluma, sino también los artículos estéticos de Echeverría que —gracias a la labor archivista y editora de Gutiérrez— se conservaron y se dieron a difusión (nos referimos a los artículos que Gutiérrez incluye en el tomo V de las *Obras Completas* de Esteban Echeverría, "tomados directamente de los primeros borradores del autor" [*Obras completas de D. Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Imprenta y librería de Mayo, 1870-1874, tomo V]; cf. Adriana Amante, "La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez", en Julio Schwartzman [comp.], *La lucha de los lenguajes*, volumen II de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2003).

¹⁵Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 26 de julio de 1838, en *Archivo JMG*, tomo I, pp. 210-211. Las cartas privadas que intercambiaron Florencio Varela y Juan María Gutiérrez condensan sin medias tintas las posiciones polarizadas de la polémica entre clásicos y románticos. Y si —como sostiene José Enrique Rodó—, para cuando Gutiérrez llegó a Chile, en 1848, ya se habían acallado las impetuosas controversias que tuvieron a Sarmiento y a Vicente Fidel López en un mismo bando contra la prensa local, y además al crítico "ni la naturaleza de su espíritu ni la índole de sus ideas le movían a participar apasionadamente en aquellas guerras de pluma", el fervor del que de todos modos no estuvo ajeno durante las discusiones del año 30 se conserva en ese archivo epistolar (José Enrique Rodó, "Juan María Gutiérrez y su época", en *La tradición intelectual argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 52). Treinta años después, en el libro de Gutiérrez sobre Juan Cruz Varela, podemos ver de qué manera (y ya pasado el furor romántico de la época antirrosista) el crítico sigue juzgando o indagando la poesía del poeta neoclásico con los ojos del romanticismo. Algunos de los desaciertos, digamos, de la poesía de Varela se los adjudica Gutiérrez a la escuela a la que éste adscribía. Cuando hace el análisis de una poesía amorosa, sostiene que "el poeta supo contenerse en los límites que traspasa el romance de Echeverría, titulado *Recuerdos*. Varela era capaz, como el mejor, de pintar los estremecimientos y desnudeces de la carne; pero habría creído cometer un pecado contra la moralidad del arte yendo más allá de los ejemplos dados por su maestro, el casto Virgilio" (pp. 165-166). Gutiérrez plantea, así, al decoro (o al pudor) como mandato estético antes que moral, y al criticar la sujeción de Varela al arcadismo, de algún modo lo libera de responsabilidades personales.

¹⁶Abordaremos esa teoría de la traducción de Gutiérrez en la Cuarta parte. En cuanto a la publicación de los fragmentos de Virgilio que tradujo Juan Cruz Varela, todavía en 1887, Sarmiento le pedirá por carta a Luis Varela, uno de los hijos de Florencio, todos los papeles que se supone que están en su poder, para "reimprimir los versos latinos de su tío Juan Cruz con la *Eneida* de su amigo Vélez" y que "busque si hay más versos publicados de la *Eneida*, y cualesquiera papeles relativos", para hacer una encuadernación de lujo (carta de Sarmiento a

IV Morir en tierra ajena

Es otra exiliada modélica, Madame de Staël, la que permite recuperar la conexión entre las tumbas de la gloria política o literaria, en la poética de los muertos que estamos sistematizando para el romanticismo americano:

"Las multitudes de extranjeros que han venido a honrar la memoria de Virgilio han escrito sus nombres sobre las paredes que rodean la urna. Esos oscuros nombres son irritantes; parecen estar allí sólo para perturbar la pacífica idea de soledad que del lugar emana. Sólo Petrarca era digno de dejar una marca permanente de su visita a la tumba de Virgilio".¹⁷

Se trata de los itinerarios de culto romántico como experiencias colectivas que recuerdan las experiencias religiosas. No es que los exiliados argentinos hayan visitado la tumba de Juan Cruz Varela en peregrinación, como en el caso de los portugueses o los brasileños que van a París y buscan la sepultura del poeta de la Arcadia lusitana. Pero los epitafios literarios que Gutiérrez recoge en el libro sobre el Filinto argentino funcionan como visitas simbólicas a la tumba del poeta también muerto en el exilio. Son los que escriben Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y José Rivera Indarte, y a los que se suma la carta personal que Florencio le enviara a Gutiérrez sobre la muerte de su hermano. Alberdi, encendido, lamenta —y condensa— la penosa circunstancia:

"Morir en tierra ajena la víspera de pisar la tierra paterna, padecer diez años por la Libertad y morir el día antes de abrazarla,¹⁸ ¡oh!

Luis Varela, Buenos Aires, 30 de junio de 1887, en Sarmiento, *Facundo*, edición de Alberto Palcos, p. 465). Virgilio desvelaba a Juan Cruz, como puede comprobarse al leer un intercambio epistolar que el poeta argentino tiene con Bernardino Rivadavia durante el exilio, desde diferentes puntos de la Banda Oriental, pocos meses antes de que sean expulsados hacia Santa Catarina. Transido de dolor por la reciente pérdida de su hija Corina, de doce años, el poeta da cuenta del abatimiento que suma más fragilidad a su siempre preocupante estado de salud; pero pasada esta introducción, es interesante observar cómo la carta se dedica a una preocupación constante del poeta: Virgilio y los problemas teóricos que plantea su traducción, unidos a las dificultades personales de Varela que interrumpen permanentemente su trabajo (cf. "Carta inédita de don Juan C. Varela al Sr. Don Bernardino Rivadavia sobre la manera de traducir los poetas latinos y especialmente a Virgilio, Hervidero, 29 de abril de 1836, en *Revista del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1872, tomo III).

¹⁷Madame de Staël, *Corinne ou l'Italie*, libro XIII, capítulo III.

¹⁸Esto no es sino uno de las tantas vanas esperanzas que los antirrosistas alimentaron durante el largo exilio hasta la avanzada final y definitiva sobre Rosas que comienza a fines de 1851. En

esto es atroz, esto es morir mil veces, es morir como ha muerto *Juan C. Varela*. [...] Poeta que las amarguras de la peregrinación han hecho desertar la vida, descansa en paz en la mansión de la eterna armonía, en tanto que tus compatriotas escriben con pluma de oro, en los anales de la Patria, tu nombre, inmortal como la memoria de los acontecimientos con que tu musa le ha sabido asociar por toda la eternidad en la historia americana" (*Estudio sobre Juan Cruz Varela*, pp. 491-492, subrayado en el original).

Claro que Juan Cruz Varela, por cierto, no será el único antirrosista muerto en el destierro.¹⁹ Recordemos que Esteban Echeverría morirá también en Montevideo, el 19 de enero de 1851, y que Florencio Varela sería asesinado allí el 20 de marzo de 1848. Tres años antes, los exiliados románticos habían lamentado con el mismo dolor otra muerte en tierra extranjera, la de José Rivera Indarte, que también había escrito en memoria del poeta neoclásico:

"En lecho de dolor yace tendido
El vate ilustre y de la Patria ausente,
La horrenda esclavitud, las penas siente,
No el dejar este mundo aborrecido:
Cien guerreros de nombre esclarecido,
Cercan su estancia en ademán doliente,
Y el noble moribundo alzó la frente,
Diciendo con acento dolorido:
«Cara esperanza de la Patria mía,
Dichosos más que yo! con fuerte brazo
La coyunda romped que la mancilla;
Y daréis muerta ya la tiranía,
A mis hijas asilo en su regazo,

este caso, la esperanza era la expedición de Lavalle, según el propio Gutiérrez aclara en nota al pie (Juan María Gutiérrez, *Estudio sobre Juan Cruz Varela*, p. 492).

¹⁹La hija de Juan Cruz que le sobrevive, Hersilia, se casará con Miguel de Irigoyen, quien también pasó por el Brasil. En carta de Gutiérrez a Alberdi del 6 de agosto de 1845, desde Valparaiso, ya se intuye la muerte del yerno del poeta, que otras cartas también anunciaban (cf. Ernesto Morales, *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, p.56), hasta que Varela lamenta: "Hemos sufrido la pérdida de Irigoyen, que deja una viuda joven y dos hijos" (carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 13 de noviembre de 1845, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 32). La tisis hace estragos y todos temen que les toque, porque ha acabado incluso con gente robusta y fuerte.

A mí una tumba en la Argentina orilla».²⁰

Rivera Indarte muere el 19 de agosto de 1845 en la ciudad de Nossa Senhora do Desterro, en Santa Catarina, adonde había llegado en noviembre de 1836 el primer contingente de emigrados argentinos en tierra brasileña entre los que se contaba Juan Cruz Varela y cuyo nombre, tan apropiado para la situación en la que se hallaban, no dejaron de comentar en sus cartas. Velando la muerte del ex rosista estaban el ex sacerdote Julián Segundo de Agüero; su médico, el Dr. Montes de Oca; y Julián Paz —el hermano del general—, en cuya casa murió y quien tuvo a su cargo una ingrata pero altamente simbólica tarea, la de dejar su sepulcro "bien señalado para cuando llegue el momento de trasladar sus restos a Buenos Aires, como lo pidió y se lo prometí".²¹ Sus pares le prometen:

"Descansa en paz malogrado Indarte! Tus restos serán trasladados a tu patria cuando caiga el tirano que la ensangrienta. Oh, él caerá, y entonces volverá triunfante del destierro ese puñado de cenizas proscriptas a las cuales Rosas cierra las puertas de la tierra natal! Él caerá, y aunque muerto, tú descansarás en esa patria que tanto amaste, y ya que no te veamos trabajar en su regeneración, podremos al menos ir a llorar sobre tu sepultura!" (p. xxxi).

Indarte muere tísico. Varela, asesinado. Echeverría, también tísico, pero además aislado de todo el mundo, melancólico. Todos rondan la pobreza; y uno alcanza la locura: Enrique Lafuente, quien había sido escriba de confianza del entorno de Rosas, y aportando la información que obtenía de primera mano había participado activamente en la conjuración de Maza de 1839, por lo que también debió ir al exilio. Junto con Carlos Tejedor, vivió en Montevideo, intentó sobrevivir en San Francisco de Paula —en el sur del Brasil—, probó suerte en Bahía, y padeció —junto con Mármol— la zozobras de la embarcación "Rumena", que había partido de Río de Janeiro con rumbo a Chile, adonde no pudo arribar, viéndose obligada a volver al puerto de salida. Después se fue a California, empleado por una casa de comercio inglesa, y allí enloqueció, por lo que su amigo Tejedor fue a buscarlo. Ya instalado en Copiapó —Chile—, y a

²⁰José Rivera Indarte, "A la memoria del poeta Juan Cruz Varela", *Poesías de José Rivera Indarte*, pp. 34-35.

²¹Carta de Julián Paz a Santiago Vázquez, ministro de la Banda Oriental, amigo y protector del publicista muerto, citada en Bartolomé Mitre, "Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte", p. xxvii.

pesar del cuidado (o la vigilancia) de sus amigos, se pegó un tiro en la cabeza detrás del cementerio, y fue enterrado por la noche. Tenía 33 años.²²

V El ideario de la oposición

En una carta del año 29 que Juan Cruz Varela le envía —ya desde su exilio en Montevideo— a Tomás Guido, vamos a encontrar bien expresados los principios de los hombres que van al destierro durante el primer gobierno de Rosas. La misiva pretende aclarar la posible relación entre los emigrados argentinos y el movimiento sedicioso de un cuerpo de ejército oriental. Es una "carta confidencial", que manifiesta abiertamente su deseo de ser respetuosa y de aclarar el punto.²³ A la vez, y para contribuir a ello, el remitente se encarga (es parte evidente de la estrategia del emigrado Varela) de enfatizar las miserias del exilio, en las que se incluyen (y hay sendos párrafos dedicados a ello) las infamias que recaerían sobre los desterrados, la miseria económica a la que se ven arrojados, el desvalidamiento afectivo en el que quedan esos hombres pero también los familiares de esos hombres, que permanecen en Buenos Aires.

La posición es clara: no militar contra el gobierno de Buenos Aires desde afuera de la patria: *no militar en contra desde afuera*. Juan Cruz Varela va a plantear esto desde un principio moral. Y va a manifestar, también, que mucho menos autorizados se sienten a inmiscuirse en los asuntos del país en el que se han hospedado:

"profesamos un principio del que nada es capaz de apartarnos: si en su propio país puede un hombre de bien oponerse a la autoridad cuando la cree arbitraria y funesta, en una tierra extraña no es permitido atacar a las autoridades de su patria cualesquiera que sean los resentimientos y las opiniones; si lo primero es acaso

²²Seguimos, para la reconstrucción de la vida y muerte de Tejedor, a Angel Carranza, *Bosquejo histórico acerca del doctor Carlos Tejedor y la conjuración de 1839*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1879, pp. 76-102. En Gregorio F. Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, Buenos Aires, Peuser, 1921, tomo segundo, pueden leerse algunas de las cartas de 1839 de Lafuente a Félix Frías, con valiosa y reservadísima información sobre la intimidad de Rosas, que él conoce porque —como secretario del Restaurador— pasa temporadas en Palermo y se convierte en espectador de las formas de sociabilidad del círculo rosista más estrecho.

²³No olvidemos que Tomás Guido, uno de los héroes de la Independencia, está vinculado a Rosas pero mantiene y mantendrá buenas relaciones con muchos antirrosistas, quienes respetan sus pasadas glorias, por lo que no terminan de entender su postura afin al Restaurador.

plausible, lo segundo indudablemente tiene algo de traidor. Así fue que constantemente hemos resistido a multiplicadas invitaciones que de ésa y en ésta se nos han hecho a efecto de que redactásemos en esta plaza un periódico en cuyos gastos no tendríamos que pensar. Nuestras ideas no nos permitían escribir sobre la marcha que llevan los negocios en Buenos Aires; pero la delicadeza del patriotismo tampoco permite atacar de lejos a las autoridades de la patria, ni lamentarse de las miserias propias arrojados a los pies del extranjero. Mucho menos podíamos ocuparnos de la política de este país".²⁴

Se pone en juego una idea de patriotismo, y la traición es la figura que se aplicaría bien a quien infrinja ese principio que los unitarios postulan.

Esto, que de alguna manera seguirá siendo un núcleo de feroz discusión aún en la polémica que mantendrán Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, en 1853 (evaluando lo realizado en la época signada por la lucha contra Rosas), nos permite —por ahora, al concentrarnos en los albores de la primera emigración y de la emigración romántica— precisar las diferencias de criterios que van a marcar las acciones de las dos generaciones. Ésta es una de las diferencias que en los años próximos producirán fricciones entre los jóvenes y los viejos exiliados. Porque —se sabe— si bien los Varela (particularmente Florencio) están más cerca, no por edad pero sí por afinidades estéticas, a los viejos unitarios (mal llamados unitarios, dice Juan Cruz, como también dirán los jóvenes del 37), esto vuelve clara otra de las diferencias entre el primero y el segundo exilios. El mismo Juan Cruz Varela no mantendrá más tarde tan extrema posición, pero los principios enunciados en la carta a Guido sirven para calibrar las divergencias —generacionales, pero definitivamente ideológicas— que existían dentro del bando opositor. Porque si la idea de la militancia por la prensa es rechazada de plano por Juan Cruz Varela, porque ésa es una forma de la traición, la actividad periodística que emprenderán como un deber los jóvenes románticos —e incluso el joven Florencio Varela— encarnará la posición contraria. En la polémica del 53, Sarmiento y Alberdi pondrán sobre la mesa (para discutirlos y enrostrárselos) los ambages y los puntos grises de esos antiguos antípodas.

²⁴Juan Cruz Varela a Tomás Guido, Montevideo, 28 de diciembre de 1829, en *Archivo JMG*, tomo I, pp.152-153.

La carta de Juan Cruz a Guido es lo suficientemente explícita en su deseo de recalcar esa postura de la primera emigración antirrosista. De ahí que, ya en el cierre, se ratifique la idea:

"los argentinos que residimos hoy en Montevideo tenemos positivo interés en que las actuales autoridades de nuestra patria, cualquiera que sea la distancia a que de ellas nos ponen la persecución y las opiniones, sepan que nuestra conducta fuera de Buenos Aires es una conducta digna, propia de los hombres de bien y dirigida por un patriotismo sincero".

Esta posición de Juan Cruz Varela, las reticencias del general Lavalle a aliarse a los extranjeros en la lucha contra Rosas y la postura estética clasicista o reticente frente al romanticismo que tiene Florencia Varela, constituyen las diferencias más notorias con los jóvenes que comienzan a ir al exilio al final de la década del treinta. Los jóvenes del nuevo exilio sí combatirán a Rosas desde el extranjero y por la prensa, se aliarán a los franceses y serán románticos. Florencio Varela manifestará su desacuerdo con la intervención extranjera, al referirse al bloqueo francés:

"Conociéndome Ud. bien no debió dudar de mi opinión en la cuestión francesa; y no tengo partido en cuestiones nacionales; el extranjero armado contra mi país, nunca tiene razón para mí. Antes de llegar a los hechos, es permitido en mi opinión discutir libremente, opinar también en favor de las pretensiones del extranjero cuando sean justas (lo que en el caso no es muy claro) pero llegando al punto en que estamos, por el país siempre y de todos modos, ahí ya no hay opinión: la patria antes de todo. Aquí he peleado mucho por eso; mucho más porque doy la razón a Rosas en la cuestión de la milicia *como principio general*, pero veo que Rosas ha hecho degenerar la cuestión atribuyendo el bloqueo a los unitarios. ¡Es lo que faltaba! ¡No importa! Una injusticia más y se acabó".²⁵

²⁵Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 20 de abril de 1838, *Archivo JMG*, tomo I, p. 207 (subrayado en el original). En una carta de 1839, Florencio Varela se ve prácticamente obligado a ser explícito con Gutiérrez respecto de los temores –a su criterio, infundados– que éste tiene con respecto a los "unitarios". Dice que los hombres de 1828 (esa fecha funciona como epítome del partido unitario, ya que remite al año del asesinato de Dorrego por parte de Lavalle) están arrepentidos y que no quieren reinstaurar un sistema que el pueblo ha terminado no eligiendo. Pero sí que "aspiran a destruir un poder que ningún sistema, ninguna idea

VI Desterrados del exilio

Hay, en el lamento de los viejos unitarios, un tono de resignación que se quiere abnegada forma de enfrentar las vicisitudes del destino. Juan Cruz Varela se queja, en la carta a Guido, de las calumnias que manchan la reputación de los exiliados, lanzadas tanto desde la prensa argentina como desde la oriental. La queja acerca de la infamia y de las calumnias que, en medio de las diferencias políticas, padecen los desterrados será una constante en los epistolarios de la oposición. Como parte de la disputa y de las estrategias políticas, los antirrosistas tampoco se privarán del recurso. Pero en esa carta de Varela se percibe también algo que se va a poner claramente de manifiesto en el diario de Mariquita Sánchez a Echeverría: que no siempre es cómoda la situación de los argentinos en Montevideo, porque la política de la Banda Oriental también los va a envolver en sus circunstancias, y no siempre en casos necesariamente vinculados a la política argentina. Varela lamenta (pero también denuncia) que se involucre a los emigrados argentinos en el apoyo a la sublevación de un cuerpo de caballería que habría tenido la intención de atentar contra el gobierno de Montevideo. Las críticas se dirigen principalmente a Obes.

¿Cuál era el riesgo de quedar implicado en asuntos uruguayos? Ser desterrado. Nuevamente. Es decir, ser desterrado del país anfitrión. Y de hecho hubo varias ocasiones de doble exilio, que duplican la condena de la expulsión. Forzados a dejar la Argentina, varios de los antirrosistas tuvieron que abandonar también los países en los que se habían instalado. En algunas oportunidades esto se vinculó —como se horroriza Enrique Lafuente en carta a Frías— a la

representa, para someterse después a la voluntad de la mayoría. Ésta es, querido, la verdad, la pura verdad y esto lo que significan aquí las palabras *no hay unitarios ni federales*" (Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 4 de junio de 1839, *Archivo JMG*, tomo I, p.212); y si el hombre que —en ese momento— reúne todo el apoyo necesario para batirse sobre Rosas es Lavalle, eso "viene también por la suprema necesidad de las cosas", en acuerdo tácito entre "[t]odos los emigrados de acción, todos, todos, incluso los enemigos de 1828" (p.212). Pero, evidentemente, la cuestión generacional es fuerte, porque Florencio Varela llega a aclarar, respecto de la juventud, que "el principal empeño debe ser apartarla de cabezas excéntricas, de hombres incapaces, dominados por una insensata ambición de mostrarse, que se dan ellos mismos despachos de representantes de la juventud, y creen haber hecho todo cuando ponen en su estandarte el lema: *Guerra a los viejos*" (p.213). Es interesante —por otra parte— observar que los lemas guerreros o de confrontación no se limitan a la disputa de Rosas con sus opositores.

ambición de poder de Rosas, que lo llevaba a querer imponer su criterio *internacionalmente*:

"¡Qué perverso, amigo! Este hombre ha mamado sin duda la leche de alguna tigra. Pretende el derecho, como necesario a la Nación, de pedir lo que a él se le antoje clasificar de criminales en todas partes y arrancar al infeliz patriota que peregrina huyendo de sus feroces garras del seno de la hospitalidad!"²⁶

Pero en general, y sobre todo, la expulsión se debió a las estrechas relaciones que Rosas mantenía con —por ejemplo— Manuel Oribe, en la Banda Oriental. Eso fue lo que motivó que algunos argentinos tuvieran que salir rumbo al Brasil. En el fundamental capítulo "Gobierno unitario" de *Facundo*, Sarmiento hará explícito que

"[a] la otra orilla del Plata, también hay una desmembración del virreinato: la República Oriental. Allí Rosas halla medios de establecer su influencia con el gobierno de Oribe, y si no obtiene que no lo ataque la prensa, consigue al menos que el pacífico Rivadavia, los Agüero, Varelas y otros unitarios de nota sean expulsados del territorio Oriental. Desde entonces, la influencia de Rosas se encarna más y más en aquella República, hasta que al fin, el ex presidente Oribe se constituye en general de Rosas, y los emigrados argentinos se confunden con los nacionales, en la resistencia que oponen a esta conquista disfrazada con nombres especiosos".²⁷

Los destierros a Santa Catarina promovidos por Oribe en agosto de 1836 son la solución que se encuentra una vez abortada la conspiración de unitarios argentinos que pretendían llevar a F. Rivera a la presidencia de la Banda Oriental, de la que participaron Rivadavia, Agüero, los hermanos Varela y

²⁶Enrique Lafuente a Félix Frías, Buenos Aires, abril de 1839, en Gregorio Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo segundo, p. 457.

²⁷Sarmiento, *Facundo*, p. 248. Lo que Sarmiento termina denunciando, en ese párrafo, es la ambición que tendría Rosas de "reconstrucción del antiguo Virreinato" (p. 249). La descripción de la forma en que los argentinos se ven envueltos en la situación es descripta más cándidamente por Juan Cruz Varela que por Sarmiento, quien enfatiza la voluntaria vinculación de los argentinos a los asuntos orientales, tan estrechamente ligados a la política argentina. A su turno, Sarmiento también tendrá problemas en Chile, pero sus amigos del gobierno trasandino encontrarán la forma de sacarlo del ojo del huracán mandándolo a cumplir una misión pedagógica en Europa, para calmar los ánimos luego de la publicación en Santiago de su *Facundo*.

Valentín Alsina. Será el propio Rivera el que agenciará los medios que permitan, a fines de 1838, el retorno de Rivadavia a la Banda Oriental, por medios costeados por el erario público de esa nación. El decreto de Oribe produjo el sufrimiento extremo (si cabe) del desterrado: el del doble destierro; esto es, ser expulsado nuevamente, esta vez de la tierra anfitriona.

Desde la ciudad de Nossa Senhora do Desterro, "y que aquí más que nunca conveni unt rebus", el padecimiento se intensifica porque

"[s]i estuviéramos en la luna, no nos encontraríamos más separados de este mundo, que lo que lo estamos en realidad [...] porque esta isla no pertenece a este mundo, o lo que es lo mismo, no tiene con él relación alguna. ¡Qué destino tan agradable! ¡Qué clima tan apacible! ¡Qué abundancia! se entiende de todo género de bichos, empezando por los mosquitos, y acabando por las víboras. ¡Qué amabilidad en estas gentes! Qué mujeres tan feas, tan matreras, tan chúcaras, y tan...! Por Dios santo, que era imposible haber elegido un destino que incitara más a ahorcarse, o a morirse de aburrimiento",

dice Julián Segundo de Agüero, poco cortés con la tierra que cobija a esta "colonia de aporreados injustamente por la suerte", como llama al grupo de argentinos que debieron emigrar a Santa Catarina, y a los que hay que tenerles un "bocadiño de lástima".²⁸

Dos afecciones motivadas por el exilio en esa ciudad pobre del Brasil destaca Julián Segundo de Agüero en sus cartas. Una: lo que bien podría considerarse el *mal du pays*, un padecimiento del espíritu que puede conducir a la muerte, situación en la que se encuentra Juan Cruz Varela hasta que, después de ocho meses de doble destierro, consigue licencia para regresar a Montevideo, afortunadamente para su salud, que Agüero temía empeorara gravemente si se prolongaba la situación:

²⁸Cartas de Julián Segundo de Agüero a Florencio Varela, Santa Catalina (sic), 7 de enero de 1837, 28 de noviembre de 1836 y 20 de agosto de 1837, en Gregorio Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo segundo, pp. 165-166, 162 y 172, respectivamente. También dirá: "Si supiera Ud. lo que son las catalinetas, había de tener más compasión de estos pobres desterrados. Aunque un diablo cargase con todas ellas, nada tendríamos que extrañar, porque para nosotros son como si no existieran" (p. 165). No son infrecuentes las referencias al trato con el otro sexo y al sexo mismo en algunas cartas de los exiliados, como en las del mismo Agüero, que hasta 1835 fuera sacerdote: hace graciosas referencias a los cuidados que tendrían que tener con Juan Cruz para que el reencuentro con su mujer no afecte su salud: "que no le haga perder en dos días lo que ha ganado en ocho meses de abstinencia" (p. 172).

"Su gran mal está en el espíritu: no puede Ud. formarse idea de su abatimiento: no habla sino maldiciendo, y llora con frecuencia como una criatura. Su estado es tal mi amigo que si no consiguen ustedes que vuelva a ésa, y esto muy pronto, él va a sucumbir muy luego".²⁹

Lo que mitiga las penas del destierro es la sociabilidad afectiva. Por eso, ya no se trata tanto de devolver a Juan Cruz Varela al espacio perdido de la patria argentina, sino de devolverlo a la patria del destierro, a la comunidad familiar y amistosa de Montevideo, para contener su irrefrenable melancolía. Recordemos el tesón de Mariquita por mantener los círculos íntimos aun en la dispersión forzosa, o el lamento cuando eso se vuelve imposible. A tal extremo es importante la sociabilidad de los afectos (nacionales), que es Madame de Staël la que plantea a la propia conversación como un espacio propio cuya falta se experimenta con melancolía y nostalgia, ya que

"lo que se llama *mal du pays*, esa pena indefinible de la patria, que es independiente de los amigos mismos que se han dejado allí, se aplica particularmente a ese placer de conversar que los franceses no encuentran en ninguna otra parte al mismo nivel que en casa",

como sostiene en su análisis de los modos de conversación francés o alemán.³⁰

Cuando aborda el estudio de la "nostalgia", Jean Starobinski recupera la novedad que se produce cuando aquello que los exiliados habían sufrido desde siempre empieza a tratarse científicamente. Es en 1688 que la *Heimweth* empieza a analizarse como una enfermedad, con padecimientos no sólo anímicos sino también físicos que sienten —como los que extrañan al objeto de su amor— los que están lejos de su entorno habitual. A fines del siglo XVIII, incluso, se llega a creer que la nostalgia podía ser una enfermedad mortal, idea que persistiría todavía en el XIX, en Balzac o Baudelaire, según comprueba Starobinski.³¹

²⁹Carta de Julián Segundo de Agüero a Florencio Varela, Santa Catalina (sic), 19 de febrero de 1837, en Gregorio Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo segundo, p. 167. La debilidad física de Juan Cruz es previa a esta situación, y no es infrecuente que en las cartas de sus amigos o allegados haya comentarios sobre su estado, cosa que se repite en las de Agüero a Florencio, primero alegrándose de cuánto se había repuesto durante los dos meses en el Brasil para lamentar después cómo desmejora estrepitosamente.

³⁰Madame de Staël, *De l'Allemagne*, p. 101.

³¹Cf. Jean Starobinski, "Le concept de nostalgie", *Diogène*, N° 54, Revue internationale des sciences humaines (Revue trimestrelle publiée sous les auspices du conseil international de la

Para el caso argentino, el sentimiento está relacionado con el intento de recuperar el espacio perdido, pero no el pasado ni el presente; a los antirrosistas los sostiene el deseo de recuperar la patria perdida en tanto espacio, pero transformada por su proyecto político, ya sin Rosas en el poder. Se sabe: una de las coordenadas que rigen la nostalgia es la espacial, la otra es la temporal; y ese tiempo involucra el pasado de la vida posible en tierra natal, el duro presente del exilio y la promesa de un futuro que reponga las circunstancias de ese pasado perdido. Pero los opositores a Rosas quieren recuperar el espacio perdido (porque se han visto forzados a irse de él, y porque Rosas lo ha ocupado, lo ha tomado) para proveerlo con una forma de nación que — consideran— nunca se ha dado todavía, que no existe ni existió, y que sólo existirá si el proyecto que ellos están formulando desde el destierro triunfa. Su nostalgia es un *amor repatriandi*, pero agregándole a esa patria lo que ellos sueñan, piensan, escriben, y que creen que esa patria nunca tuvo.

Y

"[n]o es sólo Juan Cruz el estropeado: lo están todos los de la Colonia con muy pocas excepciones [...], yo mismo, que soy de los más fuertes, estoy sufriendo unas constipaciones que empiezan a darme cuidado, porque me dicen que en este país son de consecuencia. Hoy mismo me siento tan incomodado, que escribo ésta con dificultad",

dice refiriéndose a un padecimiento menos etéreo que la nostalgia, pero igualmente molesto. Ya más repuesto, Río de Janeiro será para Agüero, si no la tierra de la felicidad, al menos el alivio para esa "vida puramente animal" que dice llevar en esa ciudad del Destierro, que sólo alimenta en sus residentes el fastidio provocado por el aburrimiento, al no ofrecer nada interesante para hacer.³²

Hacia Río de Janeiro terminará yendo también Bernardino Rivadavia en marzo de 1839, otro de los "pobres diablos" que había sido expulsado, primero de Buenos Aires (en 1834) por presiones de los federales (con una activa intervención de Encarnación Ezcurra sobre el gobernador Viamonte); y luego, de

philosophie et des sciences humaines et avec l'aide de l'UNESCO) N° 54, Gallimard, avril-juin 1966.

³²Cartas de Julián Segundo de Agüero a Florencio Varela, Santa Catalina (sic), 13 de marzo de 1837, y Río de Janeiro, 26 de septiembre de 1838, en Gregorio Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo segundo, pp. 169 y 173, respectivamente.

Montevideo, por decreto de Oribe para congraciarse con Rosas, medida que sin embargo éste consideró debilidad:

"Es pues triste que después de haber sido pillados con el cuerpo del delito a Rivadavia, Agüero, Gallardo, Alsina y demás facinerosos, se haya contentado con prenderlos (y esto forzado por el reclamo de la opinión pública), dándoles después pasaporte para Santa Catalina, de donde continuarán intrigando con su logia, y haciéndonos cuantos males puedan. Mas cómo ha de ser: todos los hombres no somos de un mismo temple ni cortados por una misma tijera".³³

Unidos en el exilio, a Rivadavia y Juan Cruz Varela los vinculaba ya un verdadero afecto, fruto de lo que puede considerarse una de las más representativas relaciones entre el letrado y el poder en la Argentina. Fue en la casa de Rivadavia, uno de los salones más prestigiosos de la Buenos Aires de la década del 20, donde se leyó por primera vez la tragedia *Dido*, a mediados de 1823, lectura que se repitió en el mismo lugar, ante un público más numeroso, pero igualmente selecto:

"Aquel espectáculo era nuevo en el país. Un poeta llamando la atención de los gobernantes; ministros de Estado que ocupaban las horas de la malilla y del tresillo en escuchar los versos de una tragedia, dieron materia, de seguro, a los chistosos de la escuela satírica de Castañeda; pero [...] [l]a prensa periódica no sólo vio en este proceder del gran ministro [de Gobierno y Relaciones Exteriores, Bernardino Rivadavia] un acto de justicia, sino uno de los más felices pasos que hasta entonces había dado en el camino abierto de la revolución, considerándolo como enmienda palpable del desdén mal intencionado con que las autoridades coloniales miraron el adelanto intelectual de los ingeniosos hijos de este suelo",

³³Carta de Juan Manuel de Rosas a Pedro Molina, fechada el 19 de octubre de 1836, citado por Enrique Barba, "El primer gobierno de Rosas. Gobierno de Balcarce, Viamonte y Maza", en Ricardo Levene (director), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, volumen VII: *Rosas y su época*, Buenos Aires, El Ateneo, 1951, p. 149. Lo que Rosas considera privilegio, para Rivadavia resulta un cruel padecimiento: "La hostilidad de nuestro Destino es implacable, cuando ni podemos escribirnos unas pocas líneas sin que domine lo desagradable, si evitamos lo odioso o degradante" (carta de Rivadavia a Florencio Varela, Santa Catarina, 28 de noviembre de 1836, en Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, Buenos Aires, Peuser, 1943, p. 410).

según exalta la situación la memoria de Juan María Gutiérrez.³⁴ En el libro sobre el poeta neoclásico, Gutiérrez explica el modo en que la poesía de Juan Cruz funcionó como una de las fuentes de difusión y promoción del ideario rivadaviano (se refiere expresamente a las poesías publicadas en el periódico "oficial" *El Centinela*). Ya no se trata, como en la poesía de la revolución, de una *póiesis*-actora del drama nacional. Se trata de otra instancia política de la patria, que exige —del mismo modo— otra forma de acción a la literatura: "el arte al servicio del pensamiento de los hombres de estado, dando a la literatura un empleo serio y una dirección nueva" (p. 366). En ese horizonte, Gutiérrez recorta a Varela como el intelectual orgánico de ese proyecto: "El pensamiento de la reforma de Rivadavia transpira en cada verso de don Juan Cruz Varela: éste es el verdadero y más íntimo expositor de aquella" (p. 371); y al analizar los valores del poeta, no encuentra en Hispanoamérica ningún escritor de tanto mérito al servicio de la formación de las nuevas repúblicas. Al destacar la labor reformista del ministerio de Rivadavia (ministro del gobernador Martín Rodríguez), destaca también el papel del periódico *El Centinela* en la lucha contra la Iglesia o cualquier otra rémora de la colonia. Pero como está hablando de "un periódico que puede llamarse oficial" (p. 397) y Gutiérrez ha sido crítico —como toda su generación— de la *prensa oficial* de un régimen al que se oponían, de algún modo se ve en la obligación de explicar su postura respecto de ese tipo de prensa. Y separa el caso de *El Centinela* como una excepción ya que —sostiene— "[n]o es ésta la suerte que generalmente cabe a las producciones de la prensa consagrada a sostener las ideas gubernativas; por el contrario, casi siempre se presentan éstas con colores que desagradan a los caracteres independientes y a los hombres celosos de sus libertades" (p. 398). Claro que la excepción se señala porque, aun con todas las críticas que tiene para hacerle a la generación rivadaviana, comulga con su ideario.³⁵

Gutiérrez reconoce, de todos modos, que la poética de Varela no era la más adecuada para llegar al pueblo, por lo que Juan Cruz "no debió gozar de

³⁴Juan María Gutiérrez, *Estudio Juan Cruz Varela*, p. 185.

³⁵La categoría de "escritor público" (que Gutiérrez usa para referirse a la redacción del periódico *El Patriota* por parte de Juan Cruz Varela, por encargo de su amigo el oriental Santiago Vázquez, durante su exilio en Montevideo, ver p. 475) puede ponerse a la par de la de "publicista". La de "escritor público" da cuenta de una pluma al servicio de causas políticas (pero, en la mirada admirativa de Gutiérrez hacia Juan Cruz, siempre nacionales y morales) desempeñadas con honor y conciencia del bien público y en su defensa. Ver, para contrastar, las argumentaciones de de Angelis en torno de esta función, en la Segunda parte.

grande popularidad". Aquí se pone en escena otra relación fundamental que se conjuga con la que establecen (o intentan establecer) los intelectuales con el poder, y es la que establecen los intelectuales con el pueblo.³⁶ Que no es una cuestión menor, y que está inescindiblemente ligada a la otra, si la otra pretende tener efectos sobre la *real politik*. Este fue el problema, también, que debieron enfrentar (o, mejor, que no pudieron resolver) los jóvenes antirrosistas de la generación del 37. Los intentos de ponerse al servicio del poder se vieron frustrados. (¿No era ése, de algún modo, el objetivo que perseguía finalmente Echeverría, más discretamente que Alberdi, que dio muestras más firmes —y también obsecuentes— de querer ponerse y poner a los otros intelectuales al servicio de ese gobierno fuerte de Juan Manuel de Rosas, que había sacado al país de la anarquía en la que se había desembocado porque la revolución no había profundizado la independencia respecto de España y de la se había podido o se podía salir gracias —precisamente— a la fortaleza de ese poder?)

Para sintetizar: en el libro sobre Juan Cruz Varela, Gutiérrez se pregunta:

"¿Tiene o no influencia en la economía social la palabra rimada del poeta? ¿Es éste iniciador, o simple trompeta sonora³⁷ de lo que todos creen ser bueno y conveniente en un momento dado? ¿Bajo qué forma se presenta más atractivo el verso ante la razón y las pasiones públicas? etc.

Cualquiera que fuere el sentido en que se conteste a estas preguntas, tantas veces repetidas, ha de convenirse en que el lenguaje empleado por el poeta debe ser inteligible para aquellos con quienes habla, y que la entonación, la idea, la imagen, deben armonizarse con el grado de su cultura" (pp. 412-413).

Pero esto era precisamente lo que les criticaba el lechuguino a los jóvenes románticos, y que a ellos los alteraba tanto: no se les podía entender esa jerigonza compuesta de neologismos y galicismos.

³⁶En otra parte del libro sobre Juan Cruz Varela, Gutiérrez va a encontrar una forma de enunciación para el problema: "Su poesía fue social; pero no fue popular" (pp. 416-417). Juan María Gutiérrez recurre a una pequeña historia de la gauchesca para resolver el planteo y la escisión que percibe en la poesía culta del neoclasicismo. Trabajé esta cuestión en Adriana Amante, "La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez".

³⁷Imposible que no resuene aquí el eco de la crítica de Echeverría, el amigo de Gutiérrez, a Pedro de Angelis, el intelectual del rosismo, en su texto "Literatura mashorquera", que también echa mano de una analogía sonora (la de un órgano de viento, que tiene un único organista que es Rosas), pero para trabajar una función intelectual ventrílocua. Cf. Esteban Echeverría, "Literatura mashorquera".

VII Rivadavia en Río de Janeiro

En contraste con las selectas y comentadas tertulias del apogeo político y cultural en Buenos Aires, la vida que llevará Bernardino Rivadavia en Río de Janeiro será muy poco sociable. Recuerda Pedro Lamas:

"Se alojó, al pasar por Río, permaneciendo algún tiempo allí, en una casita estrecha, enjuta, de altos situada en el largo (plazoleta) da Ajuda, que mi padre me mostró más de una vez, cuando cruzábamos por ella:

—Allí vivía Rivadavia, me decía.

Y una vez me contó lo siguiente:

Pasaban por Río, para seguir a Europa, algunos argentinos de nombre. Inquirieron dónde vivía Rivadavia y golpearon a su puerta. Un sirviente ocurrió:

—Desearíamos saludar al Señor Rivadavia, dijeron; agregando: somos compatriotas suyos.

Y aguardaron en la puerta, al pie de la escalera, angosta, de madera, mientras subía, con el recado, el fámulo despacioso. Pero antes de terminar éste la ascensión, Rivadavia, que sin duda había oído la misiva, se asomó en lo alto y, sin mirar siquiera a los visitantes le dijo al sirviente, con su voz gruesa y firme, con marcada intención:

—Diles a esos señores que Bernardino Rivadavia no está en casa para los argentinos.

El General San Martín [...] solía hacer lo propio en Brunoy, donde vivió, en Francia, sus últimos años, coincidiendo en sus amarguras con el «sapo del diluvio» y, con ellos, tantos otros..."³⁸.

³⁸Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, pp. 40-41. Según Ricardo Piccirilli, consta en los archivos oficiales de Río de Janeiro que Rivadavia había llegado a esa ciudad el 20 de marzo de 1839, acompañado por Juana del Pino, su hijo Martín y un esclavo. Fijó su primera residencia en la rua São Pedro 34 (Cf. Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, p. 331). Rivadavia dice haber llegado el 26 de febrero, en carta a su apoderado José Rodríguez, desde Río de Janeiro, 6 de marzo de 1839 (cf. AGN, Fondo Bernardino Rivadavia, 190). Parecería haberse deslizado un error en el recuerdo de Lamas, porque Brunoy no es donde vivía sino adonde se trasladarán los restos del general, ya que su yerno tenía allí una propiedad, cf. Juan María Gutiérrez, *Bosquejo*

En los itinerarios de viaje de los románticos argentinos hay muchos rituales que cumplir, como ver y deambular por los lugares sobre los que se ha leído (que, como veremos en la Cuarta parte, nadie mejor que Alberdi ha seguido al pie de la letra) o visitar connacionales dispersos en el mundo (las visitas, o mejor, su narración podría ser considerada un subgénero de la errancia o del viaje).

No por haberse opuesto al gobernador de Buenos Aires —como les hubiera gustado a los detractores—, pero es sobre todo San Martín el argentino que, a los ojos de los exiliados antirrosistas, condensa en su figura y en su destierro toda la ingratitud de la patria para con sus hijos.

"Hago viajesitos a todos los alrededores célebres, y a Mainville, donde estudio el arte de cultivar la seda",

comenta Sarmiento al promediar la carta a Aberastain que fecha en París:

"A una legua de Mainville, no lejos de la margen del Sena, vive olvidado don José de San Martín, el primero y el más noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven".³⁹

Allí, el silencioso héroe recibía cordial y modestamente a los sudamericanos que querían saludarlo o conocerlo. "Grand-Bourg era la casa de Cincinato", afirma Gutiérrez en su *Bosquejo biográfico del General D. José de San Martín* (p. 92), para destacar la hospitalidad del libertador de América; pero en realidad, San Martín no solía mostrarse tan dispuesto como cuando recibió a Sarmiento, gracias —de acuerdo con lo que éste cuenta— a la cadena de recomendaciones que le habían abierto las puertas de su morada.

Juan Bautista Alberdi también tuvo el honor de ser recibido por San Martín, al que visitó en Gran Bourg invitado por el marido de Merceditas, en

biográfico del General D. José de San Martín, en *Estudios histórico-literarios*, Buenos Aires, Estrada, 1949, p. 93.

³⁹Sarmiento, *Viajes*, p. 118. Aunque San Martín es el exiliado por antonomasia de la patria, y aunque sus restos permanecerán en Francia, no es él el Filinto argentino, sino el poeta Varela, ya que la dimensión estética que trabajamos en relación con el escritor neoclásico no se aplica al caso del libertador. Todavía en 1863, Gutiérrez dirá del Libertador: "La tierra extranjera no debe pesar por más tiempo sobre las cenizas del ilustre argentino. Buenos Aires tiene derecho al corazón del gran hombre, que le fue legado por él mismo. Es una reliquia de gloria, de la cual emanarán las virtudes de humanidad, de heroísmo, de amor puro a la Patria, que deben formar la atmósfera moral de un pueblo republicano que aspira a ser grande por el ejercicio de la libertad" (Juan María Gutiérrez, *Bosquejo biográfico del General D. José de San Martín*, p. 94).

1843.⁴⁰ Como también visitará, a su turno, al exiliado Rosas en Inglaterra, en tiempos del juicio que se le realizaría *in absentia* en Buenos Aires, en 1857.⁴¹ Frente a Alberdi, Rosas "[r]ecordó que él no había echado a Rivadavia, ni hubiera rehusado recibirlo. Fue bajo Viamonte, según dijo, el destierro de aquel", refiriéndose evidentemente de manera parcial a la situación del ex primer presidente, ya que eso explica cómo en 1834, recién llegado de Europa, las autoridades le impiden a Rivadavia permanecer en Buenos Aires, pero no alcanza para explicar el derrotero que incluirá después —bajo el propio gobierno del Restaurador de las Leyes—, además de la Banda Oriental, el sur del Brasil, Río de Janeiro y Cádiz, donde muere en 1845.⁴²

Otra suerte había corrido Alberdi cuando intentó visitar a Rivadavia en Río de Janeiro, ciudad en la que éste último residió entre 1839 y 1844:

"Dos veces he buscado a Rivadavia, le he dejado tarjeta; no he podido verle; la última vez estaba enfermo. Su casa en la calle de San Diego 17, está en el *campo de Santa Ana*; dos negrillos, casi salvajes, sucios, forman toda su familia. La casita es pequeña, oscura, triste. Todos los compatriotas me aseguran que este hombre está en un estado tal de susceptibilidad, que le hace intratable. Casi ninguno de ellos le visita y todos le quieren."⁴³

Para el mes de enero de 1844, en que intenta visitarlo Alberdi, Rivadavia ya había perdido a su esposa y pocos meses después partiría a España.

⁴⁰También Florencio Varela visitó a San Martín (cf. Leoncio Giannelo, *Florencio Varela*, Buenos Aires, Kraft, 1948, pp. 376-377; y José Pacífico Otero, *Historia del libertador Don José de San Martín, tomo cuarto: ostracismo y apoteosis. 1822-1850*, Buenos Aires, Sopena, 1945, pp. 367-373).

⁴¹Manifiesta Alberdi que "[p]rocesado [Rosas] sin discernimiento ni derecho, quise protestar contra eso tratándole", en "Rosas (en el destierro)", texto fechado en Londres, en octubre de 1857, en Juan Bautista Alberdi, *Autobiografía*, p. 250. La serie de los visitantes de Rosas se recupera por el texto de Busaniche, *Rosas visto por sus contemporáneos*: Lucio V. Mansilla, Nicolás y Juan Anchorena, el poeta español Ventura de la Vega, el escritor chileno Vicente Pérez Rosales o el peruano Salustio Cobo. También lo visitaron Ernesto y Vicente Gil Quesada. Las visitas de argentinos (y otros americanos) a la *farm* de Southampton invertirán el sentido de los registros de viajeros extranjeros sobre la quinta de Palermo (la entrevista de Alberdi tiene lugar —sin embargo— en la ciudad de Londres, donde Rosas estaba de paso para hacer su descargo: la escena corona su propia relación con el ex gobernador de Buenos Aires, que tanto criticaran los demás antirrosistas).

⁴²Se le adjudica a Encarnación Ezcurra el armado de una manifestación de poder federal que amedrentó, a fuerza de balas, a personajes del gobierno de Viamonte, lo que apuró la salida de Rivadavia hacia Colonia.

⁴³Juan Bautista Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, en *Obras escogidas*, tomo VI: *Memorias e impresiones de viaje*, Buenos Aires, Luz del día, 1953, p. 210.

En mejores épocas —septiembre de 1841—, Tomás de Iriarte lo había visitado en su residencia de Botafogo (la zona "favorita de los extranjeros"), una "quinta bien cultivada y que le sirve de gran recreo" donde vivía con su esposa e hijos.⁴⁴ Si pudieron ser mejores las condiciones en que lo encontró todavía Iriarte, comparadas con las que se infieren de los comentarios que hace Alberdi dos años después, eso no significa que fueran ideales: el ex jefe de Estado Mayor del ejército de Lavalle lo vio convaleciente de una apoplejía, y sumamente cambiado: delgado, calvo y balbuciente, según sus propias palabras. El entorno, de todas maneras, parece ciertamente idílico, si nos detenemos en la descripción que hace el visitante de la "perspectiva mágica" que ofrece la bahía, del carácter pictórico de la vista y de lo agreste de la vegetación.

"Al separarme del señor Rivadavia nos volvimos a abrazar, y en ese momento le dije: «¡Que este abrazo se repita pronto en Buenos Aires!». Me contestó con un tono de solemnidad: «¡A Buenos Aires, ni mis cenizas volverán!»."⁴⁵

Con ese tono solemne cierra la escena Iriarte, que había recorrido el camino a Botafogo en el carruaje del ministro uruguayo Francisco Magariños, acompañado por un comerciante portugués en cuya casa se hospedaba y por Florencio Varela.⁴⁶

⁴⁴Tomás de Iriarte, *Memorias. Historia trágica de la expedición libertadora de Juan Lavalle*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1949, pp. 330-331. Ya en Colonia, adonde se exilia cuando, vuelto de Europa, se impide su permanencia en Buenos Aires, Rivadavia se instala como colono agricultor, tarea para la cual posela vastos conocimientos y una importante colección de plantas y semillas. En 1832, en París, había traducido el *Arte de criar los gusanos de seda*, industria que le interesaba particularmente y que quería introducir y desarrollar en América. Debemos señalar que la misma afición compartían Sarmiento y Pedro II, y que entre los temas de conversación entre estos últimos, el del cultivo de la seda era uno de los que más les interesaban.

⁴⁵Tomás de Iriarte, *Memorias. Historia trágica de la expedición libertadora de Juan Lavalle*, p. 331. Rivadavia morirá en Cádiz el 2 de septiembre de 1845 y sus cenizas serían repatriadas sólo en 1857.

⁴⁶En Río de Janeiro, a Iriarte le ocurre algo desconcertante pero no del todo extraño para la vida de un exiliado: "Todos cuantos conocidos iba sucesivamente encontrando, se quedaban absortos al verme, me imaginaban muerto, y la idea de que tan cruel incertidumbre habría atormentado a mi esposa e hijos, no cesaba de atribular mi espíritu" (p. 327). Que su esposa y sus hijos lo creyeran muerto agudizó la melancolía de Iriarte, que sólo encontraba calma al imaginarse reunido con los suyos como para desmentir rotundamente esa nefasta creencia. Así, después de un mes de preocupación, logra embarcarse rumbo a Montevideo. Iriarte no puede concentrarse en las vistas de Río de Janeiro; y si en los primeros registros de su diario ofrece descripciones interesantes, una conclusión sobre el temperamento impondrá el tono y el límite: "Estoy melancólico y apenas salgo de mi habitación: he perdido la disposición de ver los objetos más curiosos de la ciudad". No le interesa el baile de la Asamblea Extranjera que, como vimos, convoca a lo más granado de la sociedad carioca, ya que "las diversiones atormentan mi

Este último fue, sin lugar a dudas, el más afortunado de los argentinos que en Río de Janeiro intentaron aproximarse a Rivadavia. Como vimos en la Introducción, Varela entabla con el líder unitario una relación intelectual provechosa que Rivadavia alimenta, no sólo con su saber y sus conocimientos, sino también con documentos o textos originales, como la *Autobiografía* de Belgrano, material más que precioso para un coleccionista y bibliófilo como es el joven antirrosista. Por eso su entusiasmo con la relación —de la que espera muy buenos resultados— está ligado ciertamente al fruto que pueden dar esos "papeles útiles" que Rivadavia le entrega, como una especie de legado patrio que Varela se muestra dispuesto a aprovechar.

"Entre otras adquisiciones he hecho la de algunas notas muy curiosas relativas a la Revolución de Alzaga en 1812 y a la causa contra el mismo en 1809, con gran parte de los borradores de su defensa. También me ha dado Rivadavia —aunque aún no la traje a casa— su traducción completa de los dos primeros tomos de Azara, es decir, de los *Viajes a la América meridional*, que publicó Walkenaer y que los buenos españoles no publicaron aún en el idioma del autor. Tal vez, mi buen amigo, seamos nosotros quienes hagamos primero esa publicación. [...] Rivadavia tradujo a Azara en París."

En efecto: lo hizo en 1833. En las frecuentes disquisiciones sobre libros y ediciones que se dan en el intercambio epistolar entre Varela y Gutiérrez, éste sugerirá que ya existe una edición española de ese texto de Azara, lo que Varela descarta con datos concretos, para subrayar que, de lo contrario, además, "la traducción de Rivadavia no tendría la importancia que de otro modo tiene y que él emprendió cierto, como hoy lo está, de que no existe el libro en español".⁴⁷ Para la fecha, el deseo de montar una imprenta como sostén de una familia de exiliados ya estaba en los cálculos de Varela, pero aún no eran más que un proyecto que se postergaba; aunque será finalmente el *Comercio del Plata* el

espíritu" (p. 341). Un poco de sosiego llega con Pico (probablemente Francisco) quien, proveniente de Montevideo, le informa que el 15 de septiembre su mujer supo que él estaba vivo al recibir una de sus cartas enviadas desde Valparaíso.

⁴⁷Cartas de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez desde Río de Janeiro del 26 de abril de 1842 y del 20 de junio de 1842, en *Archivo JMG*, tomo I, pp. 243-244 y 248, respectivamente.

que dé a conocer la traducción de Rivadavia, a pocos meses de la muerte de éste.⁴⁸

VIII Los maridos-verdugo

Unos meses antes, en diciembre de 1841, Varela le había escrito a Gutiérrez lo siguiente:

"Interrumpió mi retiro y mis lecturas, el 14 de éste, un suceso tristísimo. Rivadavia perdió casi repentinamente a su mujer, señora de carácter elevado, de espíritu superior, de corazón bien formado, hija de un virrey español y fautora eficaz de las miras de su marido en los primeros días de la Revolución de nuestra patria. La situación de este hombre, quebrantado, pobre, monumento casi derruido de nuestras glorias no militares es realmente terrible; ahora se ve casi solo en el mundo; procuro verle cuanta vez puedo, distraerle; gusta mucho de conversar; es un archivo de nuestras cosas; le distraigo haciéndole hablar y aprendo mucho en lo que habla.

Corrí con el entierro de la señora; la sepultamos en un templo de un convento de frailes de Sn. Antonio, notable por la situación que ocupa y por cuatro magníficas losas sepulcrales que tiene en su presbiterio, cuyos blasones y armaduras en altos relieves manifiestan gran antigüedad, lo que confirma el hallarse las inscripciones completamente ilegibles, tanto que en tres visitas que les he hecho no he logrado ni aun lavando y raspando las lozas, leer nada ni hallar fecha alguna.

Allí depositamos la señora, acompañados de *18 personas*, que todas hablan español y no pude dejar de llorar aun en medio de los ridículos solecismos de aquellos estúpidos frailes que veían

⁴⁸Rivadavia tradujo al español la traducción al francés de Walkenaer. Cf. Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, p. 310. Sobre las vicisitudes de los papeles de Rivadavia y de Florencio Varela, y sobre el afán coleccionista de algunos de estos letrados, nos detendremos en la Cuarta parte.

descubierta en el ataúd una mujer y cantaban en el responso *lux perpetua luceat eis* y así lo demás."⁴⁹

Repasemos la lista de varias de las parejas más importantes que han pasado por el escenario tropical, algunas de las cuales ya nos han ocupado (sobre otras nos detendremos más adelante): Tomás Guido y Pilar Spano, Bernardino Rivadavia y Juana del Pino, Justa Cané y Florencio Varela, Margarita Weild y José María Paz. En todas las relaciones maritales se pone en evidencia la injerencia que tenían los asuntos políticos en la vida privada (algunos cuentos de Juana Manuela Gorriti trabajan las circunstancias más extremas: la de amoríos entre jóvenes de diferentes bandos políticos). Como dos modalidades extremas de esas parejas itinerantes que mencionamos, podemos considerar especialmente el caso del matrimonio Rosas, anclado en la provincia de Buenos Aires para que una sociedad amoroso-política excelentemente montada regente el país con la mayor eficacia; y el de una viuda casada en segundas nupcias y separada de hecho, como Mariquita Sánchez.

Hay una conocida carta de Mariquita a Rosas que vincula la ideología al matrimonio. Hace referencia a la relación entre Rosas y Encarnación para plantear una trama: ante el recelo del gobernador de Buenos Aires debido a que ella está casada con el cónsul francés, se ve obligada a aclarar algunos puntos:

"No quiero dejarte en la duda de si te ha escrito una francesa o una americana. Te diré que desde que estoy unida a un francés, he servido a mi país con más celo y entusiasmo, y lo haré siempre del mismo modo a no ser que se ponga en oposición de la Francia, pues, en tal caso, seré francesa, porque mi marido es francés y está al servicio de su nación. Tú, que pones en el *cepo* a Encarnación, debes aprobarme, tanto más cuanto no sólo sigo tu doctrina, sino las reglas del honor y del deber. ¿Qué harías si Encarnación se te hiciera unitaria? Yo sé lo que harías. Así, mi

⁴⁹Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez desde Río de Janeiro, 22 de diciembre de 1841, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 235 (subrayado en el original). Aunque —como la esposa de Guido— Juana Pino de Rivadavia no siempre había acompañado a su marido en las misiones que cumpliera fuera del país, sí lo siguió al exilio, en Colonia y Río de Janeiro. A mediados de 1841 sufre la quebradura de una pierna, lo que la obliga a guardar cama. Para la misma época, la mala salud de su marido los lleva a mudarse a una casa de campo, que supongo que debe ser la quinta de Botafogo en la que los visita Tomás de Iriarte. Los restos de la mujer de Rivadavia se perdieron con la renovación del convento, de acuerdo con lo que informa Ricardo Piccirilli, en *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, p. 339.

amigo, en tu mano está que yo sea americana o francesa. Te quiero como a un hermano y sentiría que me declararas la guerra".⁵⁰

Fuerte en sus decisiones, Mariquita ha sabido desafiar a Rosas.

Con respecto a los matrimonios, hay —ciertamente— relaciones peligrosas que la experiencia de Mariquita le permite advertir para beneficiar a una de las personas que más quiere, su hija Florencia. Una carta desde Río de Janeiro del 5 de octubre de 1846, que está escrita un poco en clave (recordemos aquí lo que ya hemos expuesto acerca de la incautación de correspondencia) aborda un tema: el de los pretendientes de Florencia Thompson, la joven viuda de Lezica. En ella, Mariquita se pronuncia acerca de las pretensiones de Gervasio Rozas, el hermano de Juan Manuel, que le lleva negocios a Mariquita) y el B. (que debe ser el Barón de Picolet). Mariquita se inclina por Gervasio. Pero lo que nos interesa aquí no es la cuestión familiar de un posible candidato para Florencia, sino la *lectura* de la familia Rosas que hace la exiliada. Porque escribe su interpretación de lo que podría considerarse el *clan* Rosas y de la colocación y la relación entre géneros. Porque —sostiene— los hombres son rudos con las mujeres, cosa que a Mariquita —claro— le preocupa. Aunque no parece querer dejarse arrastrar por rumores, quiere hablarle a su hija con "franqueza" y no puede evitar atar algunos cabos. Menciona una especie de *fatum* que les toca a todas las esposas de los hombres de esa familia: todas mueren del mismo mal. Esto resulta interesante porque en los textos que mencionan el asunto nunca dicen de manera clara de qué murió Encarnación. Sí se sabe —porque en eso los relatos son insistentes— que fue de una

⁵⁰Carta citada por Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 14. "Las cartas suelen revelar el itinerario de un hombre (ya sean públicas o privadas) y las privadas permiten, en general, descubrir una intimidad manifestada más libremente", sostiene Ana María Barrenechea en el prólogo a Ana María Barrenechea y colaboradores, *Epistolario inédito Sarmiento-Frlas*, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1997, p. XVI. Y, como vemos, también revelan los itinerarios de una mujer (como en el caso de Mariquita Sánchez) y de las mujeres de los exiliados, a partir de los cuales pueden reconstruirse las situaciones familiares y domésticas de la vida privada en los lugares del exilio, como estamos viendo. "Yo, como soy el Quijote con polleras y calzones, no pierdo nunca de vista esta sublime máxima que haría yo escribir, como Rosas el *muera* [sic] los *unitarios*. Yo haría escribir a tu prójimo como a ti mismo, y siempre por este camino sin deslizarme" (Carta de Mariquita a su hijo Juan, Montevideo, 8 de mayo de 1840, p.45). Mariquita reescribe a Rosas, enmienda a Rosas: tratando de cambiar el lema del que la oposición quiere librarse. Hay, como también se percibía en el intercambio de billetes entre el Restaurador y la dama patricia, una sobreescritura (un sobreescrito, un sobre escrito). Hay aquí, en esta sobreescritura que es —también— un palimpsesto de los deseos de la política, una compensación por sustitución.

enfermedad muy cruenta. El dato se lo da Mariquita a su hija para que funcione como una advertencia: "he reparado que los hombres de esa familia han tenido a sus mujeres enfermas de una misma enfermedad: temo sea en la sangre. No sé. *La querida del sujeto, también tuvo el mismo mal*".⁵¹

En marzo de 1845 y con treinta y dos años, al fallecer Faustino Lezica, Florencia había quedado viuda; lo que motiva uno de los regresos de su madre a Buenos Aires, en donde permanecerá varios meses. Pero como estos encuentros o períodos de convivencia no dejan de ser excepcionales, es en las cartas a su hija donde Mariquita acostumbra verter sus ideas sobre el matrimonio y sobre la situación social y política de las mujeres. En ellas, con el pronombre "nosotras" alude con frecuencia a las mujeres de su clase; pero muchas veces lo usa para referirse a las viudas como su hija y entre las que se cuenta ella misma a pesar de que su segundo marido (con quien se casó luego del fallecimiento de Martín Thompson) vive. Jean-Baptiste Washington de Mendeville, que ha sido el cónsul de Francia en Buenos Aires, para la fecha está en Quito, también como enviado de su gobierno. De hecho, los esposos están separados; pero mantienen el contacto familiar a través de la correspondencia.

Las quejas de Mariquita Sánchez sobre Mendeville se hacen manifiestas en cartas desde Río de Janeiro, a comienzos de 1847 (la crudeza con la que habla de su marido puede explicarse por el hecho de que, si bien forman todos una familia, Florencia es hija de Thompson). El tema es el maltrato a las mujeres. Y si en algún momento Mariquita se compadece de las que deben salir a pelearlo todo solas, no deja de reconocer las ventajas de las viudas, debido a que lo que le preocupa fundamentalmente es la dependencia económica que ella misma tiene respecto de su marido. Durante el período de su exilio en el Brasil necesita del dinero que Mendeville le manda y cuyo envío éste quiere interrumpir; mientras que en la Banda Oriental podría arreglarse mejor con lo que produjera su hijo Julio, que ha instalado un comercio en Montevideo. Es tal su padecimiento que alimenta la fantasía de volver a Buenos Aires, donde no necesitaría "esa pensión que me cuesta lágrimas de sangre". Para ello, estaría dispuesta —incluso— a "ponerme moño", en clara alusión a la divisa punzó, signo de adhesión al rosismo.⁵²

⁵¹Carta de Mariquita a Florencia, Río de Janeiro, 5 de octubre de 1846, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.134, subrayado en el original.

⁵²Cf. carta de Mariquita a Florencia, Río de Janeiro, 18 de febrero de 1847, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 144. Llegará a decir: "¡Qué suerte la nuestra! ¡Y el verdugo que

Esto la coloca entre el padecimiento del exilio político y la tiranía conyugal. Porque, marcado el tono de sus cartas —como ocurre durante largos periodos— más por la cuestión privada y familiar que por la gran política, lo que se vuelve evidente es que la dispersión de la familia encuentra mayor responsabilidad en Mendeville que en Rosas y su sistema (lo que en rigor es cierto, porque hay hijos por todas partes, pero —sin contar las relaciones de Mariquita con los antirrosistas— el único que tiene militancia política es Juan).

Unos meses más tarde, otra vez en Montevideo, vuelve sobre la cuestión: "¿Que ese ser precioso al que adorabas se convierte en tu verdugo implacable? [...] ¿Puedes emanciparte de esta carga? No. Serías una *bandolera*. Aquí [la sociedad] tiene la más horrenda tiranía, en virtud y contra la cual nadie pelea".⁵³ Así como en 1804 Mariquita Sánchez había defendido su derecho a elegir marido y desafiado a sus padres pidiendo directamente al virrey el permiso para casarse con Martín Thompson, lucha ahora por los derechos económicos de una mujer:

"me dirijo en derechura al gobierno [francés] pidiéndole se me asigne de sus sueldos lo que sea justo. No creo seré desatendida. Veremos. Lo que deseo es ver entre los dos [ella y su esposo] una barrera sólida levantada, para dejar de rabiar. El gobierno me dará una pensión, nada ya tendré con él que hacer".⁵⁴

nos ha hecho desgraciadas a todas estará en su palacio de Quito, muy contento! Te digo que mi paciencia para este hombre se ha concluido, porque sufro mucho por él" (carta de Mariquita a Florencia desde Montevideo, 6 de octubre de 1847, p.167). La relación con Mendeville, de todos modos, va y viene. En una carta de enero de 1851 que Mariquita le escribe a su amigo Juan Bautista Alberdi desde Buenos Aires (es una de sus estadas más largas en la ciudad durante el gobierno de Rosas), le comenta su fantasía de irse a Chile —donde está exiliado el autor del *Fragmento preliminar*—, porque "[a]hora está Mendeville en disponibilidad. ¡Qué suerte sería para mí que lo nombraran ahí! Al momento volaba" (p.345). Esta es la única mención a Chile como un destino posible del exilio de Mariquita, algo que contrasta de manera notoria con los planes que se tejen en las cartas de Juan María Gutiérrez y su grupo de amigos varones exiliados.

⁵³Carta de Mariquita a Florencia, s/f, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 157, subrayado en el original.

⁵⁴Carta de Mariquita a Florencia, s/f, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.157. Para escribir la carta (en francés) ha debido recurrir a su amigo Echeverría, lo que confirma aquello que el propio Mandeville lamentaba, pese a las apariencias: Mariquita no domina el francés. "[T]engo que abusar de su bondad para pedirle un favor; tengo que dirigir una solicitud al ministerio de Francia sobre un asunto que no puedo confiar sino a un amigo íntimo [...]. No veo sino usted a quien dirigirme para que la haga a mi gusto. Es una cosa para usted muy sencilla pero es preciso que yo le dé los materiales" (carta de Mariquita a Echeverría, fechada el 7 de mayo de 1847, en Montevideo, citada por María Sáenz Quesada, en *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, p.225).

La carta que menciona puede ser leída como una reescritura de aquella por la cual, en el siglo XVI, Isabel de Guevara reclamaba la asignación vitalicia de un *repartimiento* por los servicios que su marido había prestado en la conquista. Así, Mariquita podría encontrar un lugar también en esa tradición y en ese linaje.

El tema de la tiranía del matrimonio le preocupa e insistirá, afirmando que Mendeville

"es el segundo volumen de Rivadavia, que hacía vivir a la infeliz de su mujer lavando y planchando, y él comía y bebía en grande y ¿sabes lo que ha dejado?: ochenta mil fuertes en los fondos de Río de Janeiro, sin contar las alhajas y otras cosas, y todo lo deja a sus amigos y no a sus hijos ¿qué tal? Así hará mi alhaja, no lo dudes. ¡Qué hombre tan malo!".⁵⁵

Más interesante que lo que le toca a Mendeville (sobre el que hasta aquí Mariquita ha sido muy clara) es, en verdad, la imagen de Bernardino Rivadavia que esta exiliada diseña. Desde una perspectiva netamente femenina, el *presidente* pierde toda la gloria, en franco contraste con el cuadro que arma Florencio Varela desde Río de Janeiro, con esos encuentros en la biblioteca que pueden leerse como un símbolo de la unión entre los viejos unitarios y los jóvenes antirrosistas. El comentario —indignado— de Mariquita puede resumirse de la siguiente manera: Rivadavia ha explotado a su mujer⁵⁶ y ha desviado su herencia a los amigos, en vez de asistir a sus hijos.⁵⁷

⁵⁵Carta de Mariquita a Florencia, 4 de septiembre de 1847, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 163.

⁵⁶Otro contraste puede establecerse con el elogio que le reserva Gutiérrez en su texto sobre Rivadavia a la creación de la Sociedad de Beneficencia, institución dirigida por mujeres, entre las que se contaba Juana Pino, aunque sin figurar en la comisión, y de la que Mariquita Sánchez fuera secretaria para salir en medio de un cruce de acusaciones con la presidenta. Los hombres que vieron abatido a Rivadavia por la muerte de "mi Juanita", guardan la memoria del alto concepto en que habría tenido a las mujeres: "Pero su pensamiento original, y más fecundo fue el de apoderarse, a favor del bien público, de las hermosas cualidades del corazón femenino. Sabía el señor Rivadavia —son palabras suyas— que la naturaleza al dar a la mujer distintos destinos y medios de prestar servicios, dio también a su corazón y a su espíritu calidades que no posee el hombre, quien, por más que se esfuerce en perfeccionar las suyas se alejará de la civilización si no asocia a sus ideas y sentimientos la mitad preciosa de su especie" (Juan María Gutiérrez, *Biografía de D. Bernardino Rivadavia*, en *Estudios históricos y literarios*, p. 144).

⁵⁷Rivadavia había legado sus bienes (entre los que contaba tanto sus posesiones como lo que "se me debe en Montevideo y Buenos Aires") a sus tres hijos, con dos los cuales había tenido una relación complicada (Joaquín, incluso, se había pasado a las filas del rosismo); con Martín, en cambio, había compartido las zozobras del exilio. Había incluido también en su testamento a dos sobrinas o hijas adoptivas, legándoles acciones de la Deuda Pública de Río de Janeiro.

Rivadavia, Mendeville: maridos-verdugos. Hay un monstruo más doméstico y cercano que Rosas para esta mujer antirrosista.

IX Emigrados

A contrapelo de la demoledora opinión de Mariquita Sánchez —que queríamos recuperar—, la figura de Rivadavia es central para la redefinición de la política y de la cultura y del rol del intelectual que realiza la generación del 37. Y lo sigue siendo ya pasada la época: en tiempos de reorganización nacional, será uno de los personajes elegidos para configurar la "galería de hombres célebres del país".⁵⁸

Proscrito y errante, el malhumor constante de Rivadavia es a menudo justificado por quienes simpatizan con él, que lo explican por la injusticia de su condena.⁵⁹ Juana Manso suma su voz a la celebración de la figura, cuando

Pero, viendo cómo Clara y Gertrudis Michelena comenzaban a repartirse algunas de sus pertenencias antes de verlo morir, declaró nula esa cesión. No consta, en la información que aporta Piccirilli, que haya hecho algo semejante con sus hijos, como se desprende de Vicente Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1978, cf. Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, pp. 349-351).

⁵⁸La *Galería de celebridades argentinas* se publica en 1857. La primera edición de la biografía de Rivadavia escrita por Gutiérrez se realiza en *El orden*, cuando se repatrian los restos. Ese mismo año de 1857 se vuelve a publicar en la *Galería de celebridades argentinas*, entre los que figuran San Martín, Belgrano, el Almirante Brown, el dean Funes, Mariano Moreno, Florencio Varela, Lavalle, Manuel José García (entre los escribas, están Sarmiento y Mitre). Como antecedente de ese movimiento de procerización que se da en la *Galería de celebridades*, propongo el martirologio con el que se abre la *Ojeada retrospectiva* de Echeverría. En este proceso de configurar a personajes histórico-políticos como próceres, Gutiérrez es uno de los hacedores más activos. Ver también su libro *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*, de 1860, donde vuelve a incluir la biografía de Rivadavia.

⁵⁹En el extremo de su enojo con la tierra que lo vio nacer y con la que lo cobijó, para finalmente —ambas— expulsarlo, Rivadavia lanzó una expresa maldición, que es —antes que el reverso del temor del exiliado de morir en tierra extranjera, como aparenta—, su forma más extremista: decidió, por testamento, que sus restos no descansaran ni en Buenos Aires ni en Montevideo (cf. Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*). Dice Sarmiento en *Los emigrados*: "Murió en la miseria en España, y en su testamento, como Scipión, prohibió que volvieran sus cenizas al seno de la patria. La generación que, tras de cruel ostracismo y sangrienta lucha, consiguió implantar la tradición de Rivadavia, hizo a sus restos cumplida reparación de los agravios de otra, trayéndolos a la patria y honrando la memoria del más excelso argentino" (*Los emigrados*, pp. 392-393). La opinión de Rivadavia se contrapone a lo que —en general— pensaban los que se exiliaron en la Banda Oriental: "La ciudad de Montevideo debió ser una mansión agradable para los argentinos que buscaban hospitalidad en su seno", asegura Gutiérrez, refiriéndose a la primera pléyade de exiliados, pero trasladable a muchos de los de la segunda (Cf. Gutiérrez, *Estudio sobre Juan Cruz Varela*, p. 472). Los límites de esa hospitalidad los veremos en la Conclusión.

recuerda las dos visitas que "aquel pobre anciano mártir" hizo a su casa de Río de Janeiro y, en particular, a su cuarto de estudio, donde "examinó mis libros, mis papeles", casi una bendición para la joven que sería escritora.⁶⁰

Es casi inevitable la relación que puede establecerse entre Rivadavia y San Martín, ambos muertos en el exilio, porque con ellos puede incorporarse otra situación para sumar a los exilios que venimos trabajando: la del ostracismo político.⁶¹ La idea de ostracismo cierra el *Bosquejo biográfico del General D. José de San Martín*, de Gutiérrez, un texto cuya parte final habla extensamente de la situación del exiliado en su retiro de Grand-Bourg, gracias al "asilo que le prestaba una tierra extranjera" (p. 92).⁶²

Recuérdese que el ostracismo fue un principio establecido por Solón en Atenas con el fin de evitar los riesgos de una encarnizada o sangrienta oposición que podía suscitarse entre dos líderes políticos de peso y que se consideraba, más que una medida punitiva, una acción protectora, una especie de gracia que se le concedía a una de los dos figuras que el pueblo, por votación, decidía y prefería que saliera de escena y, consecuentemente, de su ciudad natal.⁶³ En ese sistema de polarización entre alternativas, el alejamiento de Rivera u Oribe del gobierno de la Banda Oriental ilustra más ajustadamente ese significado original del término que los casos aislados que no disputan o ya no disputan el espacio más alto del poder, como Rivadavia o San Martín. Pero, fuera de la postulación de alternativas políticas, el término "ostracismo" es aplicable a figuras lo suficientemente singulares y determinantes de la política de una nación (o, mejor, de la polarización política de una nación), pertinentes en los casos de hombres de Estado como Rivadavia, o militares que han tenido alguna

⁶⁰Juana Paula Manso, *Recuerdos del Janeiro*, en María Velasco y Arias, *Juana Paula Manso. Vida y acción*, Buenos Aires, 1937, p. 371.

⁶¹De hecho, Ricardo Piccirilli establece la relación, por ejemplo (cf. *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, p. 301).

⁶²No es casual que, en ese mismo contexto de hospitalidad que recibe el héroe americano silencioso, se resalte la del propio exiliado para con los visitantes, que ya hemos tratado. El *Bosquejo biográfico* cierra con una comparación entre las figuras del argentino y la de Simón Bolívar, también conectados por la misma situación: "Ambos, al fin, son víctimas del ostracismo" (p. 95). En relación con el otro héroe americano, no dice Gutiérrez lo que plantea Sarmiento en el primer capítulo del *Facundo*, donde apuesta a que se escriba –todavía– la historia de Bolívar, no como un militar europeo sino como un producto americano. Gutiérrez polariza tanto los caracteres de ambos libertadores (se ve a un Bolívar ambicioso, personalista, ególatra, "exasperado", desmesurado, e incluso delirante, frente a un San Martín mesurado, justo, humilde), que su parangón se convierte prácticamente en un juicio moral a favor del argentino.

⁶³Cf. Paul Tabori, *The Anatomy of Exile. A semantic and historical study*, London, Harrap London, 1972, pp. 45-53.

misión libertadora de capital importancia como ocurre fundamentalmente en el caso de San Martín o, para la facción antirrosista, con el general José María Paz (que oscila entre el exilio y el ostracismo: se apresta desde afuera a marchar sobre la patria para combatir a Rosas, y se retira; se interesa, y dice que ya no debe ser él quien actúe).⁶⁴

A propósito de Rivadavia, Gutiérrez dirá:

"El viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos a nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos en los caminos del destierro, en el pavimento de las cárceles, en la sombra triste a donde les confinó la injusticia ajena a los propios desengaños" (*Biografía de Don Bernardino Rivadavia*, p. 100).

Esta línea será una constante en la labor de conservar la memoria de la patria que había emprendido Juan María Gutiérrez. Todo puede verse concentrado en los balances que realiza, cumpliendo con la tarea de sistematización de la historia de la literatura nacional (trabajada en el cruce entre política y literatura) que se ha impuesto: al analizar la dimensión política del destierro, con la interdicción para participar de la escena pública de la propia nación, o al abordar el martirologio, las almas en pena, como cuando recuerda al poeta Echeverría, su amigo muerto:

"Hay desgracias en la vida del hombre que contribuyen a su gloria: la adversidad es motivo de prueba para los ánimos bien templados, y la lejanía de los negocios públicos, la no participación inmediata en la administración y gobierno de la sociedad, el extrañamiento mismo de la patria, proporcionan a las inteligencias fecundas ocasión para concentrarse y para producir frutos sazonados. Esta es, con frecuencia, la historia de las emigraciones políticas. Esos mártires de las esperanzas burladas, cuyos huesos no vuelven al seno de la tierra natal, forman la mejor corona de gloria para la patria, y la gratitud de la posteridad les concede la única recompensa a qua aspiraron en vida. Estas perspectivas lisonjeras

⁶⁴Aunque el propio Gutiérrez emplee, a propósito de Juan Cruz Varela, la palabra "ostracismo" (pp. 451, 461 y 463), y sea tentador pensarla en relación con el alejamiento y aislamiento (ermitaño, casi) de Echeverría, que se resiste a participar —salvo contadas excepciones— por la prensa en los asuntos políticos del Río de la Plata, obstinándose en continuar exclusivamente con su proyecto lírico (que, a esa altura, no parece resultar compatible con la lucha política), nos parece más indicado reservar el término para los personajes que se ajustan más a la figura del estadista.

que se abren más allá de la tumba eran el miraje de los desiertos que Echeverría atravesaba enfermo, menesteroso y extranjero en la vida."⁶⁵

El exilio es una derrota. Un camino que emprende el cuerpo para conservar la materialidad de su ideología. Es también la marca de un derrotado en una batalla o una guerra y el canto amargo de su pena. El exilio es el itinerario del cuerpo de una ideología que se traslada para salvarse y salvarla. Estado de pasaje, el exilio es un territorio móvil que se constituye en la fuga. Es la necesidad de encontrar, si no un estado ideal, al menos un estado mejor: un estar mejor. Juan Bautista Alberdi traza, en su *Autobiografía*, las coordenadas que permitirían leer ese estado de pasaje del exilio:

"Toda mi vida se ha pasado en esa provincia flotante de la República Argentina, que se ha llamado su *emigración política*, y que se ha compuesto de los argentinos que dejaron el suelo de su país tiranizado, para estudiar y servir la causa de su libertad desde el extranjero. Casi toda nuestra literatura liberal se ha producido en el suelo móvil de esa provincia nómada: *El Peregrino*, *El Facundo*, *El Ángel Caído*, *El Avellaneda*, los *Himnos a Mayo*, la *América Poética*, los periódicos históricos memorables de la última época, y hasta las leyes fundamentales, que hoy rigen la República Argentina, se han producido en esa provincia semoviente y nómada del pueblo argentino que se ha llamado su *emigración liberal*."⁶⁶

La diáspora se lee en clave de división política: hay una "provincia" en fuga, "flotante, semoviente, nómada". Hay, en principio, la posibilidad de un anclaje que permite leer —aunque precaria— la certeza de algún lugar. Como desprendimiento de la nación, la emigración no es sino una parte a la deriva de un cuerpo mayor, de un estado más cierto. Pero la emigración ancla,

⁶⁵Juan María Gutiérrez, *Breves apuntamientos biográficos y críticos sobre Don Esteban Echeverría*, de 1864, que vuelve a publicarse en 1868 como *Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría*. En 1874, con el título de *Noticias biográficas de Esteban Echeverría*, reaparece en la *Revista del Río de la Plata*, y con el agregado del "don" al nombre del poeta, en las *Obras Completas*. Aquí trabajamos con la versión incluida en Juan María Gutiérrez, *La literatura de mayo y otras páginas críticas*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1979, p. 120. Sobre el proceso de escrituras, publicaciones fragmentarias o interrumpidas, reescrituras y reediciones que hace Gutiérrez, ver Adriana Amante, "La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez".

⁶⁶Juan Bautista Alberdi, *Autobiografía*, pp. 60-61.

territorializa, por ahora, si no en la fijeza de una geografía política estable, al menos en un lugar posible, pero no por eso menos fluctuante: la literatura, argentina que se produjo en los caminos del destierro: ese "fruto sazonado", generado por "inteligencias fecundas".

X La historia de un bajel perdido

Dice Jorge Luis Borges, en "El evangelio según Marcos": "los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota".⁶⁷

Tomemos las matrices borgeanas como asuntos de relato, fuera —claro— de cualquier religión concreta. Proporcionan la narración del sufrimiento y también —y ya sin las resonancias exclusivamente cristianas sino culturales, universales— de la pasión (en tanto que sufrimiento y en tanto que deseo). Lo que Borges plantea es que, al fin y al cabo, sólo hay dos historias que se cuentan: la historia de una errancia cuya versión modelo (en Occidente) es *La Odisea*, con las peripecias por las que pasa Ulises; y la del máximo sufrimiento al que se somete un hombre para salvar a la humanidad, que es la pasión (el padecimiento), cuya versión modélica (seguimos hablando de Occidente) es la crucifixión de Cristo. El resto, variantes y versiones de lo mismo.

La experiencia de exilio de José Mármol, que inspiró un texto literario de un desterrado que rodea los bordes de su patria en un barco sin poder tocar sus costas, sintetiza (cruzando de modo interesante) estas dos matrices narrativas occidentales. La historia de un bajel perdido (un barco: el *Fénix* de los *Cantos del Peregrino*, que recuerdan a la nave *Rumena*, en la que Mármol casi naufraga). Y la historia de una pasión: persecución, exilio, éxodo, padecimiento, condena, errancia. La pregunta era si habría salvación.

¿Qué encontramos al respecto en el Brasil?

Hay una tradición brasileña del viaje. Recordemos el verso de Horacio, en su traducción al portugués: "Navegar é preciso, viver não é preciso", que se hereda de la cultura lusitana y sus navegantes. Y hay una tradición brasileña del

⁶⁷Jorge Luis Borges, "El evangelio según Marcos", *El informe de Brodie, Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, p. 1070.

"fuera de lugar": la de ser (o sentirse) "desterrados en nuestra propia tierra", punto central en la reflexión crítica de los brasileños sobre su propia configuración cultural, en una serie cuyos principales emergentes en el siglo XX son Sérgio Buarque de Hollanda, Roberto Schwarz y Flora Süssekind. Ese *desajuste*, particularmente productivo en la cultura brasileña, se formula en complejas y muchas veces contrapuestas variantes: "dislocación", "fuera de lugar", "inadecuación", "adaptación", "desconcierto" o "sensación de no estar del todo".⁶⁸

Las coordenadas universales de la errancia y del sufrimiento encontrarán su anclaje brasileño en la tradición de canciones de exilio que inaugura el poeta romántico Antônio Gonçalves Dias, precisamente con su "Canção do exílio", fechada en Coimbra en julio de 1843 y publicada cuatro años después, y que se traduce, a partir de ahí, del portugués al portugués, hasta la actualidad:

"Minha terra tem palmeiras,
onde canta o sabiá;
as aves, que aqui gorjeiam,
não gorjeiam como lá".⁶⁹

⁶⁸Cf. Adriana Amante y Florencia Garramuño, Introducción a *Absurdo Brasil*.

⁶⁹Antônio Gonçalves Dias, "Canção do exílio", *Poemas de Gonçalves Dias*, Rio de Janeiro, Ediouro, 1996, p. 19. Beth Brait da la lista de las canciones de exilio que se sucederían a partir de ésta: Casimiro de Abreu ("Canção do exílio"), Sousândrade ("Harpa XLV"), Carlos Drummond de Andrade ("Europa, França e Bahia" y "Nova canção do exílio"), Oswald de Andrade ("Canto do regresso à Pátria"), Cassiano Ricardo ("Ainda irei a Portugal"), Murilo Mendes ("Canção do exílio"), Gilberto Gil y Torquato Neto ("Marginália II") (en *Gonçalves Dias*, serie Literatura comentada, São Paulo, Abril educação, 1982, p. 11). Podríamos agregar a esta lista "Asa branca", canción de Luiz Gonzaga y Humberto Teixeira, escrita en 1947, en la más que melancólica versión de Caetano Veloso (incluida en su disco del exilio londinense), para retomar el padecimiento universal. La canción dice "Eu perguntei a Deus do céu/ Por que tamanha judiação?". "Judiar" significa: "tratar como, antigamente, se tratavam os judeus; escarnecer, maltratar. Fazer judiaria, fazer sofrer, atormentar. Judiaria: grande porção de judeus, bairro destinado aos judeus; ato de judiar; maus-tratos, apoquentação" (de Aurélio Buarque de Holanda Ferreira, *Novo Dicionário Aurélio da Língua Portuguesa*, Rio de Janeiro, Editora Nova Fronteira, 1986). Es la mayor aflicción en la tradición del padecimiento judío, que retomaremos en la Cuarta parte de la tesis. Para un abordaje interesante de la tradición brasileña de canciones de exilio en relación con la literatura europea, véase Flora Süssekind, "Brito Broca e o tema da volta à casa no romantismo", *Papéis colados*, Rio de Janeiro, Editora UFRJ, 1993, sobre el que volveremos también en la Cuarta parte.)

Veinticinco años después, el sufrimiento y el viaje suman otra inflexión estética: en 1868, el poeta bahiano Antônio de Castro Alves escribe "O Navio negreiro. Tragédia no mar", que pasa a la tradición como el gran poema abolicionista. Se trata de un navío vergonzoso, cargado de miserias, porque transporta hombres, mujeres y niños africanos, para comercializarlos como esclavos. Es un texto de denuncia, que clama a los cielos para que le expliquen tanto horror. El escenario es el mar y, en su primera parte, todo se cifra en una repetición anafórica: "«Stamos em pleno mar», con una nave cuyo rumbo de desconoce ("quem sabe o rumo se é tão grande o espaço?"). Pero en la parte que se conoce como la verdadera "tragedia en el mar", el escenario

"Parte al exilio aquel al que la patria se le deniega" es una de las posibles traducciones para una sentencia de Publilius. Al tomar esta máxima como condensadora de las implicancias del exilio y buscar las derivas del término latino "exsilium" a lo largo de la historia, Robert Edwards marca dos modos básicos asociados al concepto: uno, voluntario; y otro, forzoso. No es que para el primer caso se trate, en un sentido pleno, de una elección, sino más bien, que abarca los casos donde no existe una condena legal de expulsión. Así, ciertas formas de la errancia, como la peregrinación, entrarían en la primera modalidad. "Profugus voluntate, exul necessitate", cita Edwards a un comentarista de Virgilio, para completar que en el medioevo el sentido del término se expande más allá de la diferenciación entre lo forzoso y lo voluntario, para incluir la idea de devastación y ruina, asimilando al exiliado los conceptos de "wanderer, pilgrim or outlaw".⁷⁰ En efecto: errantes, peregrinos y fuera de la ley: así es como se sentían los argentinos antirrosistas que *vagaban* fuera de la patria (y no hemos tomado la palabra al azar, ya que es un término que ellos mismos suelen usar en sus textos).⁷¹ La idea del *vagamundo* en el imaginario del exilio argentino, que se construye en los textos producidos en esa circunstancia, se transforma rápidamente en *vagabundo* para derivar —cuando las estrategias de enunciación o de construcción de una figura de escritor lo reclaman—, incluso, en un *mendigo*. Por eso es fundamental —para nuestro contexto— la incorporación del concepto de "wanderer", cuya estética política está lejos de la "beatitud del alma" del *flâneur* que, de todos modos, en ocasiones algunos de

—sin dejar de estar en pleno mar (¿cómo olvidarlo, por otra parte?)— es la cubierta, el "tombadilho", con sonidos de cadenas, azotes, "homens negros como a noite", "negras mulheres, suspendendo às tetas/ magras crianças. cujas bocas pretas/ rega o sangue das mães" (cf. Castro Alves, serie Literatura comentada, São Paulo, Abril educação, 1980, pp. 58-64). En una trama que se continúa en el siglo XX, para la época de la primera guerra mundial, Lasar Segal, el artista lituano que se convertirá en un pintor brasileño fundamental, pinta su "Navío de emigrantes" (óleo sobre tela, 1939-1941), que se incorpora perfectamente tanto a la tradición luso-brasileña del viaje como a la denuncia humanista que condenaba la esclavitud. El cuadro vuelve a recordarnos que la tempestad no es la única tragedia que puede narrarse en el mar, como ya lo había demostrado Homero con la historia de Ulises o como vimos con Castro Alves. También, como lo estamos viendo, puede narrarse la emigración, el exilio. Es decir, en términos generales: la *errancia*. El tema de la esclavitud lo trataremos más adelante.

⁷⁰Cf. Robert Edwards, "Exile, Self, and Society", en María Inés Lagos-Pope, *Exile in literature*, London-Ontario, Associated University Press, 1988.

⁷¹Echeverría, como sugerimos en la Segunda parte, nota 189, hablaba de los que *vagaban*, proscriptos. En es *Acción santa matar a Rosas*, Rivera Indarte se refiere a los "enjambres de emigrados, que huyendo de su puñal, vagan en Bolivia, Perú, Chile, Brasil y República Oriental" (en José Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*, 1945, p. 124).

estos errantes argentinos practicaron, como Sarmiento en —no podía ser de otro modo— París.⁷²

El personaje que mejor encarna la condición de errante es Carlos, el peregrino del poema de Mármol, un joven de veinticinco años:

"¡Él! ¡El proscrito trovador del Plata
que conducido por la suerte ingrata,
cinco años ha que vaga con la vida
sin Patria, sin hogar y sin querida!"⁷³

Será en el canto quinto donde explicita la tradición literaria en la que se inscribe: Homero, Virgilio, Byron, Chateaubriand, incluyendo en ella a otros argentinos cuya "suerte ingrata/ por diferentes mares os conduce/ en igual tiempo, con igual desgracia", como Florencio Varela, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez.⁷⁴

La influencia del *Childe-Harold*, de Byron, en el *Peregrino* es ciertamente la más evidente y directa, como veremos en la Cuarta parte de la tesis. Pero no es la única: ya había sido convocado Chateaubriand en nota al pie del canto cuarto, con una cita que anticipaba lo que el propio poema de Mármol desarrollaría en el canto quinto. Pero es obvio que el modelo al que se subsumen todas las otras variaciones del tema es, inevitablemente, la historia de un hombre que surca los mares en un bajel perdido, en busca de su isla natal:

"Todas las concepciones de la mente
son grandes en el mar y son cristianas.
Las más ricas creaciones de los genios
son debidas a él. Byron es nada
despojado de Harold y necesita
surcar los mares de la Europa y Asia

⁷²Cf. Sarmiento, *Viajes*, p. 99-100. A partir de estas reflexiones teóricas, y a contrapelo de la mirada fáctica que propusimos en la Segunda parte de la tesis, podemos aceptar que el que han impostado los brasileños no deja de ser un exilio, porque —posado o no— es una forma de la errancia.

⁷³Mármol, *Cantos del peregrino*, canto primero, manuscrito de 1849, vv. 15-18, p. 66.

⁷⁴Mármol, *Cantos del Peregrino*, canto quinto, manuscrito de 1849, vv. 196-198, p. 236. En nota al pie, Mármol se pone preciso y autobiográfico y especifica que él se embarcó el 17 de febrero de 1843 y que unos días antes lo había hecho Alberdi; y que en marzo Gutiérrez y en abril Varela también estarían retornando desde Europa hacia Montevideo (*Cantos del Peregrino*, nota IV al canto quinto, p. 385). La nota al pie no hace sino recuperar una serie de derrotas marítimas que traza los vínculos de una hermandad de exiliados: ¡Cuántos otros como él sobre los mares/ al mismo tiempo su infortunio cantan! (*Cantos del Peregrino*, canto quinto, manuscrito de 1849, vv. 193-194, p. 236).

para crear sus seres inmortales
entre los brazos de las ondas bravas.
La voz de Chateaubriand se olvidaría,
puede ser, sin sus *Mártires* ni *Atala*,
y solo los cantó después que dijo:
¡adiós! del mar a su adorada Francia,
y las olas atlánticas mojaron
de ese cóndor francés las blancas alas.//
Es grande Ulises por el mar vagando;
y el latino cantor su Eneas lanza
al valladar inmenso de los mares,
de tierra en tierra mendigando patria".⁷⁵

XI Triste Polonia

La idea del exiliado asociada a la mendicidad no es original de los argentinos.⁷⁶ Pero hay un atisbo de sistema en la remisión a ella, por parte del mencionado texto de Mármol; y en Sarmiento, que se pregunta retóricamente en la "Introducción" del *Facundo*:

"¿Acaso la civilización y la libertad son débiles hoy en el mundo, porque la Italia gima bajo el peso de todos los despotismos, porque la Polonia ande *errante sobre la tierra mendigando un poco de pan y un poco de libertad?*"⁷⁷

Y no era la primera vez que usaba la expresión o que remitía al caso testigo — para la época— de una diáspora de la que formaban parte muchos intelectuales. Cuatro años antes, en el artículo "El emigrado", Sarmiento ya había hecho referencia a la situación de la "desdichada Polonia" para afiliar el destierro argentino a una hermandad de los sufrientes del mundo:

⁷⁵Mármol, *Cantos del Peregrino*, canto quinto, manuscrito de 1849, vv. 119-136, p. 234, subrayado en el original.

⁷⁶Dante, como exiliado, ya se había considerado "un extraño, casi un mendigo, dejando a la vista, contra mi voluntad el golpe de la fortuna que a menudo se carga injustamente en la cuenta del que es golpeado" (citado por Robert Edwards, "Exile, Self, and Society", p. 29).

⁷⁷Sarmiento, *Facundo*, p. 13 (subrayado nuestro).

"¡Polonia! Triste Polonia, yo te saludo desde el hogar extraño que me presta asilo. Nosotros, sí, solamente nosotros sabemos sentir tus angustias, porque la desgracia aguza la facultad de sentir las desgracias ajenas; porque la desgracia simpatiza con la desgracia. *Como tus hijos que mendigan hospitalidad en las puertas de las naciones europeas, así vagamos nosotros, sin patria, sin asilo, sin posar tranquilos nuestra vagabunda planta, por la vasta extensión de América que circunda nuestra patria desdichada [...]. ¡El destierro! ¡Ah! ¿Quién de vosotros conoce lo que tiene de despiadado esta desapacible palabra? ¿Habéis, por desgracia, andado vagando prófugos y sin amigos en tierra extraña? ¿Quién sino el que a su pesar se aleja de la patria, donde queda la casa de sus padres y la escena de sus recuerdos, sabe sentir la insipidez del pan extraño, y la desazón de la mesa en cuyo derredor no se sientan la madre y los hermanos?"*⁷⁸

El encuentro con el otro —el extraño que hospeda y cobija— es lo que equilibra la errancia, como sostiene Julia Kristeva, que recuerda que el encuentro de otredades en el periplo del exilio suele comenzar con un banquete, como forma ritual de la hospitalidad, en el que se ofrece pan, sal y vino: "el banquete de la hospitalidad, milagro de la carne y del pensamiento, es la utopía de los extranjeros: el banquete, cosmopolitismo de un momento, fraternidad de comensales que liman y olvidan sus diferencias, se halla fuera del tiempo".⁷⁹

En la cadena de dones que se arma entre los argentinos en el exilio son fundamentalmente los connacionales los que brindan la bienvenida y de los que se espera el más caluroso recibimiento, porque es la sociabilidad entre

⁷⁸Domingo F. Sarmiento, "El emigrado" (*Mercurio*, de Valparaíso, 17 de marzo de 1841), en *Obras completas de Domingo Faustino Sarmiento*, I, *Artículos críticos y literarios (1841-1842)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Matanza, 2001, p. 14 (el subrayado es nuestro). Imposible no pensar en el canto de Atalá que hacía oír sus lamentos, mientras su canoa se deslizaba suave y silenciosamente por las aguas, repitiendo como en letanía: "¡Felices los que nunca vieron el humo de los hogares extranjeros y que nunca se sentaron sino en los festines de sus padres! (Chateaubriand, *Atalá*, en *Atalá-René*, Lisboa, 1972, p.38). Es probable que en 1846, en sus *flâneries* por París, Sarmiento experimentara la multitud de extranjeros (la camada de intelectuales polacos desplazados en la década del 30, los emigrados italianos y los marineros griegos de los 40) que se mezclaron con los estudiantes universitarios franceses, hervidero que propició y anunció la revolución del 48 (cf. Sennett, "El extranjero", en *Punto de Vista*, número 51, Buenos Aires, abril de 1995, p. 40).

⁷⁹Julia Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, p. 20.

desterrados lo que mitiga la angustia provocada por la lejanía de las familias.⁸⁰ Los amigos de Mariquita esperaban ansiosos, barco a barco, su llegada a Río de Janeiro. Gutiérrez quiere como a un hermano a Varela; o a Mármol, a quien le escribe desde Valparaíso, envidiando sanamente la recomposición del círculo: "He sabido muy recientemente que nuestra amiga M. de Mendeville está en R. Janeiro: invítela [en] mi nombre y asegúrele que la [sic] conservo mi respeto [original deteriorado] [y] mi estimación antigua. ¡Qué fortuna la de Ud. poder pasar [original deteriorado] en su amenísima sociedad!"⁸¹

Entre los rituales de llegada también se cuentan, además de las cartas de presentación escritas por otros (como hemos visto), las personales que recomponen las antiguas relaciones, que se van renovando con los nuevos destinos y circunstancias. En el destierro se armaron relaciones afectivas políticas e intelectuales, y algunas que reunían todas esas condiciones. Al mismo nivel que el que se generó entre Florencio Varela y Bernardino Rivadavia, podemos colocar el vínculo que establecieron, también en Río de Janeiro, Andrés Lamas y el general José María Paz. Lamas, como enviado uruguayo ante la corte de Pedro II para solicitar la colaboración en la lucha contra Rosas, se presenta invocando a su cuñado, que llegó al Brasil en 1846 acompañando precisamente a Paz en su destierro:

"Mi estimado amigo y Señor:

[Antonio] Somellera instruirá a Ud. del carácter con que he llegado a esta corte, del vivísimo deseo que tenía de adelantarme a saludarlo y de la grande estimación en que conservo la memoria de los servicios que Ud. ha hecho a mi país y de las consideraciones con que me favoreció personalmente. El dirá a Ud. también que sólo mi mal estado de salud me priva de hacerlo personalmente."⁸²

¿En qué es comparable la relación de Paz y Lamas con la de Rivadavia y Varela? Una coincidencia fundamental los conecta y, de manera sustancial, también los separa: si Varela fue un custodio cuidadoso de los papeles que le iba cediendo Rivadavia (cuyo destino final veremos en la Cuarta parte), Lamas

⁸⁰Del recibimiento por parte de las naciones que hospedan nos ocuparemos en la Conclusión.

⁸¹Carta de Juan María Gutiérrez a José Mármol, Valparaíso, 18 de diciembre de 1845, en AGN, Fondo José Mármol, 2350, Correspondencia. 182901853 y s/f.

⁸²Carta de Andrés Lamas al general Paz, Río de Janeiro, 6 de diciembre de 1847, AGN, Fondo General Paz, 119.

parece haber sido un poco más negligente con los papeles escritos por Paz acerca del sitio de Montevideo, que nunca devolvió y que todavía están perdidos.⁸³

Consta en los diarios de Paz que le cedió al uruguayo algunos cuadernos de sus memorias en enero de 1852, en vísperas de partir el general hacia el Río de la Plata, cosa que se comprueba porque —al fallecer Lamas— los papeles quedan en la testamentaria de éste.⁸⁴ Paz registraba todo. Era tal su compulsión al registro que, no sólo incita a sus hijos a llevar sus propios diarios personales, sino que apunta las conversaciones que mantiene con Andrés Lamas, como fuente de información útil.⁸⁵

Lamas no es —claro— un exiliado, sino un expatriado, alguien que está fuera de su patria, pero no como condena sino como misión política. Y si, como vimos, ante la corte su posición no diferirá de la del enviado del rosismo, en la figura que él y los suyos le construyen se marca una diferencia —ideológica— que lo emparenta con los desterrados, que arrastran en su periplo el sufrimiento por estar lejos de la tierra natal. Al comienzo, y por la celosa y eficaz acción de Tomás Guido, la representación de Lamas no fue considerada oficial, lo que —sumado a la situación de la ciudad sitiada a la que representa— acercaba su situación a un exilio. Pero para definir su condición, la palabra que más responde no es, en rigor, "exilio", sino —repetimos— "expatriación". Es el propio Pedro Lamas el que aplica el término a su padre: "No era ya el jefe de Policía, el ministro de la Defensa frente a la bahía bloqueada, delante de las trincheras desprovistas tantas veces hasta de pólvora [...]; era el *emisario expatriado* a quien Florencio Varela escribía ocho días antes de que Cabrera partiera cobardemente su corazón con su daga homicida: «Lamas, Ud. es nuestra última esperanza»".⁸⁶

⁸³Abordaremos el tema de las pérdidas románticas en la Cuarta parte.

⁸⁴Cf. Juan B. Terán, *José María Paz*, 1936, p. 291 y 110; y carta de Pedro Lamas a Ireneo Rebollo, yerno de Paz, 10 de octubre de 1892, en José María Paz, *Memorias póstumas. Primera parte. Campañas de la Independencia*, Buenos Aires, Albatros, 1945, p. 316.

⁸⁵Cf. Juan B. Terán, *José María Paz*, p. 140 y pp. 289-295.

⁸⁶Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 27 (subrayado nuestro). El memorialista agrega que esa carta, en rigor, se convierte en una "misiva de ultratumba", porque al recibirla su padre, Florencio Varela —su remitente— ya había sido asesinado en Montevideo. Otra vez lo luctuoso y el sufrimiento de la expatriación y de la lucha política: "Pequeñuelo entonces, sin penetración ni malicia, me he dado cuenta más tarde del porqué de aquellas noches que mi padre pasaba en vela, paseándose como alma en pena por la extensa casa, sumida en una semioscuridad" (pp. 28-29). Hay que recordar, no obstante, que Andrés Lamas, siendo muy joven, fue uno de los que, expulsados por el decreto de Oribe, formó parte de los desterrados al Brasil.

Hay un espacio y una intervención simbólica sobre ese espacio, que condensa muy bien la situación de la expatriación (o sea: de los que están, literalmente, fuera de la patria), y resulta emblemática. El hijo recuerda la "casa quinta de la rua da Pedreira da Glória, cerca del Catete", a la que se accedía por una larga escalera de granito que permitía alcanzar la altura en la que estaba emplazada la vivienda de la familia de Lamas, que se convertiría —cuando se lo reconociera oficialmente— en la legación oriental. Fue entonces que colocaron un mástil donde flameaba una inmensa bandera de su patria, igual al que tenían en Petrópolis, que también se alcanzaba a ver desde lejos. Las marcas de la nacionalidad se refuerzan:

"Abajo, sobre la puerta de entrada, al pie de la escalera de granito se ostenta el escudo de la República. *Gracias a la ficción de la extraterritorialidad*, está allí, se halla allí un pedazo de la soberanía de la patria de Artigas, de los Treinta y Tres, de la nación de las Piedras, de la Florida, de Ituzaingó, de Montevideo, del 43; palpita allí el alma nacional [...]"⁸⁷

La patria peregrina, como vimos en la Introducción, se sale de sus bordes. Desde la terraza en la que flameaba, rodeada de flores, la bandera "se divisaba toda la espléndida bahía [de Guanabara], con sus islas, fortalezas y contrafuertes; grandes árboles daban sombra a esa terraza, perfumada por los jazmines, las rosas y claveles que abundaban a su alrededor. Por la noche era un sitio encantador, sobre todo cuando brillaba la luna, permitiendo gozar el panorama en toda su majestuosa amplitud. Lage, Santa Cruz, San Juan, Villegañón, otras tantas fortalezas, islas la primera y la última, destacaban de entre las sombras sus moles de granito. Allá, en la entrada de la bahía, como un gigante de centinela, el Pan de Azúcar y, de otro lado, a la izquierda, sobre la superficie de las aguas una línea de puntos luminosos: la ciudad de Nictheroy, capital de la provincia de Río de Janeiro" (*Etapas de una gran política*, pp. 35-36).

La bandera y la legación oriental en la capital del Imperio se recortan *en* —al tiempo que se imponen *sobre*— el paisaje tropical:

⁸⁷Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 88 (subrayado nuestro). La oficialización de la misión es el triunfo previo a la batalla definitiva y se hace visible casi como un desafío.

"Mi tío el Doctor Andrés Somellera, que le sirvió, en un tiempo, de secretario a mi padre, en aquella época le decía a éste, desde Montevideo, en el párrafo de una carta que encontré, después de su muerte, entre sus papeles íntimos: «desde el buque, al salir de la bahía, reconocí el sitio en que quedaban V.V. por la bandera que flameaba...»" (p. 36).

Desde la legación sobre la bahía y viceversa, se constituye una vista panorámica (que permite el imperio de la visión sobre la belleza de esa tierra extranjera) donde la política se inscribe en y sobreescribe la naturaleza. El asta-bandera de la casa de los Lamas es un mojón reconocible (trinchera simbólica de la patria fuera de la patria), asimilable a la torre alrededor de la cual se organiza la mirada del extranjero para no perderse en las vistas parciales de la ciudad y desde donde puede obtener una "mirada totalizadora" del espacio que le es ajeno, como comenta Georges van den Abbeele a propósito del *grand tour* de Montesquieu por Italia. Al detenerse en las implicancias del hábito de Montesquieu, que lo llevaba a subir al punto más alto de la ciudad a la que arribaba, señala van den Abbeele la necesidad posterior que se le generaba de bajar de la torre "para ver menos con el fin de ver más". Y si la torre orienta al viajero ofreciéndole un sentido —funcionando de algún modo como el *oikós*, el hogar que organiza (y disminuyendo los riesgos que implican la salida de la casa)—,⁸⁸ esa función simbólica cobra mayor relevancia si la pensamos en relación con la visión del argentino Somellera —un verdadero exiliado antirrosista— sobre la casa de Lamas, el esposo uruguayo de su hermana Telésfora, en Río de Janeiro.

Pero hay un *plus* en esa mirada de Somellera que es, en este caso, no la del que llega (sobre la que abundan los textos de viajeros) sino la del que se va, del que se aleja del lugar (lo que podríamos considerar otro subgénero de la literatura de viajes).⁸⁹ Abbeele, siguiendo los pasos del viajero, percibe que

⁸⁸Georges Van Den Abbeele, *Travel as metaphor. From Montaigne to Rousseau*, Minneapolis, University of Minnesota, 1992, pp. 67-68.

⁸⁹Sobre las entradas y salidas de Río de Janeiro nos detendremos en la Cuarta parte. Enviado desde Montevideo a Europa para intentar el apoyo del gobierno inglés, Florencio Varela —con el pesar que siente no sólo un desterrado sino quien poco soporta separarse de su familia— escribe en su diario: "Los que han dejado la patria, la esposa, los hijos, la madre venerada, los hermanos, las afecciones todas que ligan al hombre a la tierra que habita, comprenderán fácilmente cómo el corazón se oprime y se anuda la garganta, cuando se ve desde la nave, ir desapareciendo poco a poco la tierra primero, los árboles después, confundiéndose gradualmente con el agua, como lagos y paisajes, hasta que las torres suspendidas en el aire,

"[n]i la combinada visión del conjunto completo y de las partes es suficiente, sin embargo. Algo excede esta totalidad, algo que Montesquieu llama «ideas», y que él necesita fijar antes de partir de la ciudad viéndola nuevamente desde la ventajosa posición inicial de la torre."

No pretendemos aplicar de modo directo las vistas del viajero europeo al desterrado rioplatense, pero —aun viendo que las direcciones de las miradas no coinciden exactamente en un caso y en otro— en el paisaje político que se diseña en el texto de Pedro Lamas, podemos observar cómo se opera, también, esa fijación de ideas

"a través de la repetición de la mirada inicial, la cual sobreimpone el nuevo material de ideas sobre la topografía previamente explorada. Estas ideas, por lo tanto, se fijan al paisaje en una operación que recuerda la *memoria* de la antigua retórica, una práctica que —como ya hemos visto— se encuentra enraizada en una proyección del lenguaje como topografía".⁹⁰

desaparecen por fin; y un horizonte uniforme y monótono reemplaza todos los objetos" (en Florencio Varela, *Autobiografía de D. Florencio Varela*, Montevideo, Imprenta del "Comercio del Plata", 1848, p. 23). El concepto de patria, en este caso, se extiende naturalmente al de patria adoptiva del exilio, que no es nuevo en Varela. Ya en el 42, desde Río de Janeiro, lamentó no poder participar de la celebración del 25 de mayo que debió tener lugar entre los emigrados de Montevideo, porque "[u]stedes, a lo menos, se hallaban bajo el cielo de la patria y donde podían ser comprendidos. Yo, en un país donde se ignora —literalmente es así— qué suceso recuerda el 25 de Mayo". En este sentido, Varela considera a los brasileños indiferentes y fríos (carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 20 de junio de 1842, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 247. Sarmiento, en *Viajes*, dirá que la ignorancia de los brasileños por esa "cosa que se llama República Argentina" es afectada (p. 67).

⁹⁰Van Den Abbeele, *Travel as metaphor*, p. 68. Richard Lamb, el protagonista de *The Purple Land* (1885), de William Henry Hudson, realizará al pie de la letra esos movimientos, con las dos vistas desde el cerro de Montevideo que abren y cierran el texto. Algo de esto es vinculable a la concepción de la pampa por parte de Sarmiento. De hecho, creemos que sólo en un plano teórico pueden separarse dos acciones que son interdependientes: la de ver el terreno y la de sobreimprimirle las ideas; porque esos dos tiempos que se marcan en el ejemplo de Montesquieu podrían darse, en otras circunstancias, como dos instancias de una sola vista. De alguna manera, las ideas que creen explicar el terreno y que quieren ser explicadas por el terreno, en rigor, *trazan el terreno*, como sucede —y puede hacerse aquí una vinculación— tanto en Montesquieu como en Sarmiento. Y en ese sentido, otras dos afirmaciones de Van Den Abbeele relacionan los procedimientos. La primera dice: "Cambiar el gobierno es cambiar el mapa, y cambiar el mapa es cambiar el gobierno. La geografía es política y la política es geográfica" (p. 77). La otra refiere que la vista de un lugar sobre el que se van a fijar ideas no tiene por qué ser física, como lo demuestra el hecho de que, como Sarmiento con la pampa, "Montaigne nunca visitó la América que describe, ni Montesquieu Persia ni Rousseau Oceanía" (p. xxx).

La de Somellera es la mirada de un exiliado (que no deja de ser un viajero) que sobreimprime sobre el espacio extraño la memoria del hogar del cual el errante ha salido (y el espacio ya familiar de Río remite al de la tierra natal). Y en el rediseño permanente de las geografías nacionales a las que obliga la expatriación antirrosista, en la confraternidad de luchas y de causas que se trama por la estrechísima relación que mantienen las dos naciones que bordean el Río de la Plata, otra imagen emblemática diseña los nuevos mapas —transnacionales— de la política, uniendo Montevideo, Buenos Aires y Río de Janeiro:

"Ansiábamos, mis hermanos y yo por conocer la histórica ciudad [de Buenos Aires] por haber imperado en ella durante más de veinte años la tiranía que cayera en Caseros, hecho de cuyos festejos patrióticos y familiares participamos nosotros, cuando niños, en aquella terraza que ya tuve oportunidad de describir, de la legación oriental en Río, desde donde, colocada en lo alto de una colina, como se hallaba, se divisaba la maravillosa bahía, sembrada de islas, rodeada de montañas que arrancaban del Pan de Azúcar, que alzaba su mole granítica al borde mismo del mar" (p. 244).

Ésa era la legación oriental de la rua Pedreira da Glória, espacio hospitalario (a la vez lugar y no lugar, como las heterotopías planteadas por Foucault)⁹¹, en donde "se alojaron, sucesivamente, tantos compatriotas y argentinos, emigrados o transeúntes", como se ufana Pedro Lamas, introduciendo una categoría que él aplica a los que, ciertamente, sin ser desterrados, pasaron por el Brasil; pero que nosotros podemos trasladar a aquellos que —como Sarmiento o Alberdi—, aunque igualmente en la peregrinación del exilio, sólo han estado de paso por tierra tropical. Porque ser *transeúnte* es, de todos modos, también una de las modalidades de la

⁹¹Foucault define las heterotopías como los "lugares reales —lugares que sí existen y que se han constituido en el momento mismo de la fundación de la sociedad— que son algo así como contra-sitios, una especie de utopía efectivamente ejecutada en la cual los sitios reales, todos los otros sitios reales que pueden encontrarse dentro de la cultura, son simultáneamente representados, cuestionados e invertidos. Lugares de este tipo están fuera de todos los lugares, aun cuando pueda ser posible indicar su ubicación en la realidad" (Michel Foucault, "Of Other Spaces", *Diacritics*. Ithaca, Cornell University, Spring 1986). Hay un valor positivo asignado por la sociedad a las heterotopías de crisis (las de los espacios prohibidos o sagrados reservados para los individuos en situación de pasaje de un estado a otro, como los adolescentes o los recién casados), a las de la ilusión (como el burdel) o las de compensación (como las colonias jesuitas). La legación oriental en Río podría ser vista como una heterotopía de compensación.

expatriación. Estar en tránsito, *betwix and between*: a medias, ni lo uno ni lo otro. Porque hubo desterrados que fueron, de todas maneras, transeúntes que todavía estaban en busca del (o en camino al) lugar en el que se fijarían. Porque los viajeros, como los expatriados, son sujetos en tránsito, o sea: *wanderers*.⁹²

⁹²Frente a la nación que se imagina fuera de sus bordes, lo que materializaba los límites geopolíticos estrictos eran los pasaportes que se exigían para traspasar las fronteras legalmente. De ahí el afán de parte de los que debían emigrar por obtener sus pasaportes, porque eso garantizaba una salida menos peligrosa. Alberdi y Gutiérrez salen sin ellos de la ciudad sitiada de Montevideo.

2. Familias errantes

I Familias y exilio

Echeverría diferencia netamente entre "salir de su país por satisfacer un deseo" y "salir de su país violentamente, sin quererlo, sin haberlo pensado", en una de las varias hojas sueltas que su albacea recupera para las *Obras completas*. "No hay cosa más triste que emigrar".⁹³ El tono es de una melancolía sombría, más en sintonía con Madame de Staël (y con su amiga Mariquita) que con la claridad política que enuncia en la *Ojeada retrospectiva* al manifestar que decidió retirarse a los Talas "porque creía que emigrar es inutilizarse para su país".⁹⁴ Y acaba rotundamente luctuoso: "La emigración es la muerte". Sabiendo el final de Echeverría en Montevideo antes de la caída de Rosas, no podemos dejar de leer la frase como un presagio.

En esas formas de salir de la tierra natal, sin embargo, Echeverría (que experimentaría ambas) percibe el núcleo del hogar, la familia y los amigos como el espacio común sobre el que se recortan los dos movimientos y que —a pesar de las diferencias— permite determinar la verdadera dimensión del viaje. Porque el que se va voluntariamente también siente la falta, la ausencia del espacio familiar, circunstancia que —cuando desterrado— se convierte en "un verdadero suplicio, un tormento".

Georges Van Den Abbeele sostiene que todo viaje postula riesgos; pero también la posibilidad de ganancias, de lo contrario no habría incentivos para hacerlo, saliéndose —como es condición— del espacio al que se pertenece. Pero el juego de pérdidas y ganancias que implica el viaje sólo puede ser estimado en función de algo que permanece inmodificado, que es el hogar, "un punto fijo de referencia". Ese espacio fijo e inmodificable es el que permite conceptualizar el viaje en "términos de puntos de partida y de destino y de la (espacial y temporal) distancia entre ellos". Eso es lo que mensura y mesura al viaje, poniéndole límites. El *oikós*, el hogar, concluye Van Den Abbeele "es la verdadera antítesis del viaje"; pero el concepto adviene cuando ya se lo ha

⁹³Esteban Echeverría, "Emigrar por fuerza", *Prosa literaria*, Buenos Aires, Estrada, 1971, pp. 204-205.

⁹⁴Inmediatamente antes de esta afirmación, Echeverría escribe un párrafo que bien podría ser leído como una síntesis —cruda— de los elementos principales de su ficción "El matadero" que, para la fecha, ya debía tener escrito. "La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable", concluye, luego de hacer mención a los puñales de la mazorca, "la jauría de perros carniceros", el control del uso de la divisa, el luto por Encarnación Ezcurra y la prohibición del bigote (Esteban Echeverría, *Ojeada retrospectiva*, p. 38).

dejado atrás, por lo tanto: el hogar existe a partir de que se lo ha perdido. De todos modos —se sabe—, cuando uno regresa, paradójicamente, este espacio-concepto inmodificable ya no es (no puede ser) el mismo.⁹⁵ Esa dimensión del viaje en relación con un *oikós* se hace gráfica en el texto de Echeverría cuando éste menciona, como la esperanza que mueve al viaje, la "perspectiva lejana" que "alienta y estimula" y compensa lo que "dejamos atrás". Y si la inseguridad se asocia al viaje como la amenaza de pérdida irreparable y eso es cierto para el viaje voluntario (como lo grafican las tempestades, por ejemplo), nunca más apropiado que en relación con el viaje del exilio, porque en el sentimiento del desterrado, el viaje del exilio sólo parece implicar pérdida (insoportable, terrible). Recordemos que el destierro era la pena máxima para los griegos, más terrible que la muerte. Cuánto más terrible sería, como ya hemos visto, la muerte en el exilio.⁹⁶

"Si la vida es un viaje que hacemos los pobres humanos sobre esta tierra de lágrimas, nadie con más propiedad que nosotros lo puede decir y probar. Desde que uniste tu suerte con la mía no podemos decir que hemos pasado un día de reposo. En nuestro país todo ha sido trabajo, en el extranjero la más cruel incertidumbre. En tan penosa situación sea nuestro consuelo la más perfecta resignación, y como vos dices [sic] tan cristianamente, abandonémonos a la voluntad divina",

le dice a su esposa quien, como Rivadavia, también enviudará en Río de Janeiro, en el exilio, de la mujer con la que se había casado en prisión.⁹⁷ Familia itinerante la de José María Paz, que fue a la zaga del general y de las circunstancias de la política. Así, el exilio, la política y la vida doméstica se entraman, trasladando el centro del hogar e intentando recomponerlo en cada movimiento.

⁹⁵Van Den Abbeele, *Travel as metaphor*, pp. xvii-xx.

⁹⁶En Echeverría vemos cómo el registro de las pérdidas y ganancias, como postula Van Den Abbeele, se deja leer en la consideración del exilio como algo no útil, término que también usó Sarmiento cuando, preocupado por la misión política que debía cumplir la literatura, se quejaba de los poetas argentinos, que contaban sílabas en vez de patacones (cf. Sarmiento, *Viajes*, pp. 49-50). También es posible pensar en las ganancias que todo viaje, *incluso* el del exilio, podría implicar, como haremos en la Cuarta parte.

⁹⁷Carta de José María Paz a su esposa, Margarita Weild, desde Brasil, 6 de octubre de 1844 (en Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, tomo tercero, pp. 30-31). Margarita, con quien se había casado el 31 de marzo de 1835 (los dos primeros hijos nacen en prisión), muere el 5 de junio de 1848, días después del nacimiento de su octavo hijo.

"El general Paz había permanecido en Río Janeiro cinco años, dando el ejemplo de la resignación en la desgracia, de la pureza de costumbres que debe caracterizar al patriota, y de la dignidad humilde del hombre público. Rodeado de su familia, no habiendo perdido su esposa sino en este último año [1848], el General vivía oscuro en Río Janeiro por modestia, por pobreza y por gusto. Había comprado uno o dos negros, seis vacas americanas y una inglesa del Cabo de Buena Esperanza, que producía veinte y seis botellas de leche diarias, y con la de todas, cuidadas por un negro y el otro sirviéndole de doméstico, mantenía a su familia con una mediocridad humilde. Tenía además un bodegón de miniestras, mal situado, peor administrado, que concluyó al fin por llevárselo el diablo. En la rua de San Clemente, cerca del Jardín Botánico, a casi una legua del centro de la ciudad, a la puerta de aquel descuadrado bodegón, veíase casi todos los domingos un magnífico coche, con cuatro lacayos de gran librea, y con las armas de la embajada Oriental apostado todo el día. Era el Enviado Plenipotenciario de la República Oriental que con el general Pacheco y Obes, y algunos argentinos, venían a comerle al general Paz sus malos porotos con fariña, y honrar así las virtudes austeras del invicto General y del desgraciado jefe político (Sarmiento, *Campaña*, p. 251)."

¿Cómo sobrevivía el general Paz? Un anónimo donante le hacía llegar una suma de dinero, mes a mes y por correo, que Paz —pese a sus reparos, pero por consejo de sus amigos— termina aceptando. Sarmiento coquetea con el discurso indirecto libre para plantear la hipótesis:

"¿Quién le mandaba esta suma? ¿Quién podía mandarla? Y una terrible sospecha pesó sobre su conciencia. ¿Será el Emperador? ¿Puedo sin desdoro, aceptar el don, si realmente viene de sus manos?... Hasta hoy no se ha podido traslucir nada; pero el Emperador ha hecho muchas de éstas en su vida, y la suposición no tendría nada de gratuito (p. 252)."

Así se mantenía este viudo de prole numerosa.

Cuando, aportando a la galería de hombres célebres de la Argentina su biografía de Bernardino Rivadavia, Juan María Gutiérrez abre el texto con una disquisición acerca del olvido que cae sobre los prohombres, echa mano a

algunos conceptos que —en el contexto de nuestro trabajo— sintetizan la complicada trama nacional que se urdió entre luchas políticas y exilios. Compara a los pueblos con las familias que deben, como los hombres, buscar en tiempos de conflicto la iluminación de los muertos para que conduzcan las acciones de los vivos, porque "el ciudadano es un hombre, y el pueblo es la colección de las familias, y la patria el hogar de una sociedad entera". La memoria nacional debe reconstruir las huellas perdidas en un largo camino de proscripciones y olvidos: "El viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos a nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos en los caminos del destierro, en el pavimento de las cárceles, en la sombra triste a donde les confinó la injusticia ajena a los propios desengaños".⁹⁸

Y es el destierro de los Varela el que sintetiza, más que otros casos, lo colectivo de la pena del exilio. Porque si los exiliados podrían ser considerados un núcleo cuasi-familiar en fuga, en este caso estamos ante una verdadera familia de sangre, pequeña constelación en la que entran, en rigor, varias familias, encabezadas por los hermanos Juan Cruz y Florencio, que tienen mujer e hijos, a los que se suman Rufino, Jacobo, Toribio, lo que multiplica los movimientos por los espacios del exilio y los viajes en torno de la tierra natal, incluyendo situaciones de dobles destierros, casamientos por poder, numerosos nacimientos, penosas separaciones, enfermedades, muertes y hasta un asesinato.

A raíz de los conflictos políticos en los que muchos argentinos se encontraban envueltos en la Banda Oriental, como vimos, Juan Cruz Varela le había manifestado a Tomás Guido (en la carta de 1829 a la que ya nos referimos), que

"[p]or mi parte protesto a Ud. que, si tuviera recursos, sacaría de Buenos Aires a mi desgraciada familia y me refugiaría con ella en otro país que no fuese éste [la Banda Oriental]. Me es imposible hacerlo y no hay otro remedio que sufrir. Sin la generosidad del Sr. Berro y su familia en Montevideo los Varelas [sic] pedirían limosna aquí; y por lo que respecta a Buenos Aires, mi fortuna consistía en mis pocos muebles y en mis libros y ya ha recibido órdenes mi

⁹⁸Juan María Gutiérrez, *Biografía de D. Bernardino Rivadavia*, pp. 99 y 100.

esposa de venderlos por lo que den, para comer.⁹⁹ ¡Sin duda gana mucho ese país con tener separados de su familia a cuatro jóvenes, único sostén de una madre anciana y honradísima, de muchas hermanas, de una esposa joven y de criaturas tiernas! El rigorismo con que fuimos expulsados sin permitirsenos siquiera el descender de a bordo a visitar a nuestros deudos nos ha persuadido que ni debemos reclamar ni podemos nada esperar. ¡Ojalá que nuestro país no encuentre más dificultades para progresar que las que pueda nuestra presencia oponer!"¹⁰⁰

El relato es ciertamente lacrimógeno y forma parte de una evidente estrategia de seducción frente al interlocutor. Pero también sintetiza la condición del exilio y las penas, particularmente por mano de quien —a su muerte, luego de una penosa enfermedad, pobre y fuera de la patria, como vimos— será una especie de mártir del destierro, cuyo nombre se convertirá en símbolo de las miserias a las que conduciría la *injusticia* política.

Si los Varela no han sido los únicos emigrados con dificultades económicas, sí es verdad que en su caso éstas se potencian porque eran muchos, tenían menos patrimonio que Mariquita, por ejemplo, y porque los problemas de salud de Juan Cruz o de Florencio no fueron un asunto menor. Por eso este último intentaba ver de qué modo podía garantizar la economía doméstica del grupo. Para el invierno de 1835, la idea de lo que sería un periódico y una imprenta estaba en germen, porque:

"[e]l estado político de nuestra desgraciada patria me presenta cada vez más distante el tiempo en que yo y los míos podamos regresar a ella y me persuade a que debo resignarme a pasar en Montevideo algunos años. Este convencimiento trae consigo la necesidad de pensar en establecer algún negocio que aumente nuestros medios de subsistencia y dé ocupación a todos los miembros de nuestra familia."

⁹⁹Esta declaración de bienes la recupera Gutiérrez en su libro sobre Juan Cruz Varela (cf. p. 506).

¹⁰⁰Juan Cruz Varela a Tomás Guido, Montevideo, 28 de diciembre de 1829, en *Archivo JMG*, tomo I, p.153. En su libro sobre él, dirá Gutiérrez: "Don Juan Cruz Varela fue del número de aquellos desterrados, habiendo abandonado a Buenos Aires el 12 de agosto de 1829, estableciéndose desde entonces en Montevideo con toda su familia: madre, hermanos de ambos sexos, su esposa e hijas" (*Estudio sobre Juan Cruz Varela*, p.472).

Florencio desempeña su profesión de abogado exitosamente; pero el exceso de trabajo y sus múltiples ocupaciones políticas en algún momento le hacen perder clientes y su salud no siempre será buena. No se queja de la marcha de sus negocios, pero considera que no le deja resto para "formar un capital mío". Por eso ha creído que, convocando amigos inversionistas, lo más beneficioso sería el "establecimiento de una imprenta en esta Capital". El proyecto es claro, y la ambición para la fecha bien puede salir bien parada por la repercusión política y cultural que tendría la empresa.

"Un diario, redactado por nosotros, bajo nuestro nombre, que se ocupe lo menos posible en la política interior y abunde en noticias domésticas y extranjeras, en conocimientos mercantiles, en datos estadísticos, en producciones literarias, etc. La publicación por semestres o anualmente de alguna coleccioncilla de piezas literarias, no tan mala como la *Volkameria*; la de algunas otras cosillas que puedan salir del *homo literario* de sus amigos de U., y por último la impresión de todo cuanto otros quieran dar a luz, incluso *les billes d'entérrement*, creemos que podrán producirnos algo y sostener el establecimiento; mucho más cuando en sus principios tendremos la ventaja de no tener que subsistir de sus productos."¹⁰¹

Nació el *Comercio del Plata*, cuyo primer número sale en octubre de 1845.¹⁰²

II La vida en Río

Entre los problemas del exilio (políticos, sociales, emocionales, económicos) no son menores las afecciones de salud, que en algunos casos, como el de Juan Cruz Varela, son crónicas; y en otros, como el de su hermano Florencio, por momentos exigen mayor cuidado (tiene problemas en el pulmón: no puede alzar un brazo, escupe sangre), lo que lo lleva a buscar nuevos aires en Río de Janeiro. Sale de Montevideo el 31 de mayo de 1841 y, después de un

¹⁰¹Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 21 de agosto de 1835, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 187.

¹⁰²La empresa era ciertamente familiar, porque también participaron de ella Luis Domínguez, casado con Ana, la hermana de Justa Cané, la mujer de Florencio, así como el otro hermano de ésta: Miguel Cané y Juan Nepomuceno Madero, el viudo de Paula, hermana de los Varela.

viaje un tanto accidentado, llega a la capital del Imperio el 14 de junio de 1841 con su mujer, Justa Cané, y sus hijos, excepto el más pequeño, lactante, que permanece al lado de su nodriza, que no podía seguirlos. Para ese momento, Florencio Varela había tenido siete hijos, una de los cuales ya había muerto. La lectura de las cartas del exilio permitirá seguir, no sólo el desarrollo de la política sino, también, el aumento de la familia del desterrado, prolífica en este caso. Florencio va informando a sus amigos el nacimiento de cada hijo, que incluirá — frutos de los itinerarios que se van diseñando— el de una "carioquita". Pero será en la prolija enumeración de nacimientos que hace en su *Autobiografía* donde se perciba nítidamente que los niños nacen todos fuera de la patria de sus padres.

Esta es la generación de niños que, como vimos en la Segunda parte, tendrán recuerdos infantiles ligados a los terrores de la mazorca y serán sujetos en tránsito que merodearán las puertas de la patria, que en muy contadas ocasiones franquearán, como no podían hacerlo sus padres.¹⁰³ Siendo niño, a Héctor Varela (uno de los hijos de Florencio nacidos en el exilio)

"lo disfrazaron de guardiamarina inglés, lo embarcaron en una corbeta de Su Majestad, y con la complicidad del capitán y un nombre supuesto, Edward Gibson, pasó a Buenos Aires a visitar a su bisabuela, doña Bernabela Andrade. Aquí las mujeres lo cubrieron de besos, mimos y regalos, comió cuanto quiso, paseó por la ciudad con su cómico atuendo (contestaba a todo moviendo la cabeza, pues se suponía que no hablase [sic] castellano, e inglés no hablaba), y visitando el diorama de la calle de la Piedad él y el señor Lara se llevaron tremendo susto cuando el mazorquero Parra se acercó a echar unos párrafos. También cabalgó hasta Palermo con Manuel Láinez y vio de lejos la casa de Rosas. «Me espanto de sólo pensar que este niño haya podido estar cerca de ese monstruo», comentó su padre en Montevideo, ya el peligro pasado y Hecorcito a salvo. Sin embargo, en Palermo no se ignoraba que el hijo de Florencio Varela había viajado a Buenos Aires".¹⁰⁴

¹⁰³En "Correspondencias" vimos que las visitas de Mariquita a Buenos Aires constitulan una rara excepción.

¹⁰⁴Héctor Viacava, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", en *Todo es Historia*, 222, Buenos Aires, octubre de 1985, p. 9.

Al llegar a Río de Janeiro, los Varela se alojan en una posada.¹⁰⁵ Residirán luego en el Catete, donde nacerá la "brasilerita". Cuenta Florencio: "Vivo en un lindísimo arrabal de la ciudad, ocupado por pura gente pudiente, cuerpo diplomático, etc., pero vivo en él porque no hallé casa *barata* en otra parte, y *barata* va derecho al cuento del dinero",¹⁰⁶ que es realmente un problema, por eso la vida de los Varela en Río termina ajustándose —ciñéndose— a las imposibilidades. Así, la distancia que hay hasta el centro de la ciudad vuelve impracticable —salvo ocasionalmente— la caminata, de media hora y al rayo del sol; salir después de almorzar reduce considerablemente el tiempo en el centro; y salir sin comer implica otro desembolso de dinero, que Varela no puede afrontar, como tampoco puede pagar ya no sólo el carruaje particular sino tampoco el ómnibus. A las limitaciones de salud, que lo obligan a mantener un ritmo tranquilo de actividades, se le suman entonces las dificultades económicas, por lo que

"[r]esulta, pues, que no puedo ir a la ciudad con frecuencia ni en horas debidas, por consiguiente que no puedo ver todo lo que esta Capital ofrece de expectable y digno de examen, y por última consecuencia que no puedo dar a mis cartas para mis amigos el interés que esas relaciones le darían. Procuro vencer estos inconvenientes sin gastar dinero, cosa no muy fácil; y, vencidos, cartas habrá que no se leerán en un día. En cambio aprovecho

¹⁰⁵En carta de Justa Cané desde Río de Janeiro, que acompaña la de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez del 16 de junio de 1841, se describe la *apretada* situación inicial: "Nos ha dado muchísimo gusto la carta y como Ud. me da cuenta del acomodo de mi antigua casa, yo le daré a Ud. de la mía nueva. Tengo un cuarto del tamaño del de abuelita; en él hay una cama grande, cuatro catres, un comodita, un estante, dos mesas y además de todo esto mis cinco judas de muchachos, Gerónima y su hija Rita, Florencio y yo. Y todo esto duerme junto y hacen [sic] tres días que no salen los muchachos ni yo de este cuarto; los muchachos me vuelven loca, pero mi Florencio está muy bueno y yo estoy muy contenta" (*Archivo JMG*, tomo I, pp. 222-223). Al llegar a Montevideo, en mayo de 1840, Gutiérrez se había alojado en casa de los Varela.

¹⁰⁶Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en *Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Tomo I, p. 225 (subrayado en el original). "O Catete «bairro da tafularia, do casquilhismo, do bom-tom, da elegância, do espírito, da aristocracia —o faubourg Saint-Germain do Rio de Janeiro», como qualificava um cronista da época—" (crónica citada en José Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, cap. V). Comparación usual en la época, Sarmiento también la registra (y aparece, por ejemplo, en José Maria da Silva Paranhos, *Cartas ao amigo ausente*, Rio de Janeiro, Ministério de Relações exteriores- Instituto Rio Branco, 1953, p. 19).

cuanto puedo los días en leer y estudiar los materiales que traje [...]".¹⁰⁷

Y si Florencio Varela se contrae al estudio (en su casa, en la de Rivadavia o en la Biblioteca de Río), su hijo mayor, que está por cumplir diez años, a partir de mayo de 1842 será enviado al colegio del Sr. Stolz, donde vivirá durante la semana. Su padre le hace aprender francés, inglés, aritmética y geografía, pero —pensando indudablemente en el rédito más práctico de algunas disciplinas— quiere demorarle "todavía" el latín y la historia.¹⁰⁸

El caso de los Lamas es distinto. Como pertenecer tiene sus privilegios, Pedro Lamas tiene recuerdos muy directos del emperador, quien fiel a su costumbre también visitaba las escuelas importantes, donde se aparecía para examinar personalmente a los niños. El hijo del enviado oriental, que asistía al colegio Kopke, cuenta que Pedro II "se presentaba, inopinadamente, casi todas las semanas; se sentaba al lado del profesor, en cualquiera de las clases, indistintamente, y tomaba lección a varios alumnos; muchas veces me tocó que me examinara, aunque entonces cursaba las primeras letras [...]" (*Etapas de una gran política*, p. 55).

¹⁰⁷Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 226.

¹⁰⁸La preocupación de estos padres por sus hijos los lleva, en general, a desear un futuro más cercano a las profesiones liberales que a las letras, por eso tratan de inclinarlos hacia las disciplinas de mayor *utilidad*. Tomás Guido, por ejemplo, no incentivará la afición de su hijo Carlos a la poesía, y le imaginará un futuro ligado al comercio, como a José Tomás lo destina a la diplomacia. Casi un año antes de su entrada en la escuela, lo veremos a Héctor Varela enamorándose —en Río de Janeiro— de la hija del general Callado e, inspirado, escribiéndole un poema que su padre le comenta, orgulloso y divertido, a Gutiérrez (cf. carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 30 de agosto de 1841, p. 227). El "archicharlatán" de Héctor, como lo llama su padre, ya anunciaba la mezcla de seductor y caprichoso que marcaría el (criticado y a la vez cautivante) temperamento que tendría de adulto. A juzgar por las memorias, el niño era de cuidado. El mismo se regocija narrando sus travesuras de colegial y la oportunidad en que le vacía el gallinero al ermitaño de Rivadavia (cf. Viacava, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", p. 9). Por eso la ida de un Héctor todavía niño a Europa, acompañando a su padre, bien puede entrar en la serie de los viajes de formación, y tal vez también de corrección, como veremos con los jóvenes de la familia Guido. Padre e hijo comparten, en el caso de los Varela, un viaje de iniciación que, pese a las obligaciones, la premura, la misión política que termina fracasando y la falta de presupuesto que impiden que el viaje dé el provecho que Florencio siempre había soñado al pensarse en Europa, dio frutos en el rápido aprendizaje que éste hizo en su periplo por las ciudades fabriles de Inglaterra, que tanto lo fascinaron y le enseñaron (cf. Gianello, *Florencio Varela*, p. 340), reverso exacto de lo que —en relación con este último punto— le ocurrió a Sarmiento.

La educación en el Brasil muestra, a los ojos de los argentinos, un excelente nivel, del que se admiran.¹⁰⁹ Por eso, cuando Tomás Guido le pide a su esposa que no descuide la educación de Pilarcita, le sugiere:

"Ya es tiempo de que aprenda el piano y algún idioma extranjero. Sobre todo que sepa escribir bien y contar.

En cuanto a la educación de las niñas, esto aventaja mucho a nuestro país. Hay colegios nacionales y extranjeros perfectamente montados, donde las niñas adelantan en instrucción y en moral".¹¹⁰

Por su parte, Florencio Varela visita —en ocasión de la entrega de premios que se realiza anualmente— el prestigioso Imperial Colégio de Pedro II de Río de Janeiro, cuya reinauguración se produce en 1838 —el mismo año que se funda el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro—, con el patrocinio del emperador, sobre las bases de una institución cuya historia se remonta a 1733.¹¹¹ Allí — cuenta el visitante— "se enseñan idiomas, muertos y vivos, con perfección, geografía, en todas sus relaciones, incluso las superiores, filosofía, bellas letras, historia y bellas artes. Aún no puedo hablar de sus estatutos ni métodos; me han prometido imponerme de ellos a fondo".¹¹²

En febrero de 1841 se establece en el Colegio de Pedro II un nuevo plan de estudios que regirá hasta 1855, y que es el que está vigente, entonces, para la fecha en que Varela reside en Río. El plan abarca siete años y, entre las materias inevitables como gramática portuguesa, latín, francés, dibujo, inglés, música e historia, figura el alemán, que deben estudiar los alumnos desde el cuarto año. La lista de profesores con los que fue contando es ciertamente

¹⁰⁹Para Lilia Moritz, fuera del Colégio de Pedro II, la enseñanza en el Brasil era demasiado libresca, anticientífica y poco abarcadora; así como el número de escuelas primarias, escasas, realidad que parecía no percibir el emperador, concentrado como estaba con su colegio más dilecto (*As barbas do Imperador*, p. 151). Y Flora Süssekind recuerda que, al visitar el Brasil en 1850 y 1851, el naturalista Hermann Burmeister señala la superficialidad de la enseñanza, incluyendo en la crítica al Colégio de Pedro II (*O Brasil não é longe daqui*, p. 86).

¹¹⁰Carta de Tomás Guido a Pilar, Río de Janeiro, 25 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042. En otra carta, refiriéndose a la educación de Carlos y Eduardo, lamentará que no estén en los excelentes colegios de Río (Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). Mariquita Sánchez también alabará la pedagogía brasileña, al soñar con que su hija Florencia se traslade con los niños a Río, donde hay muchos y muy buenos maestros (cf. carta de Mariquita a Florencia, desde Río de Janeiro, 5 de octubre de 1846, en Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, p. 135).

¹¹¹La reinauguración del colegio, que iniciará su fase más prestigiosa, es fruto de la gestión del ministro Bernardo Pereira de Vasconcelos.

¹¹²Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 22 de diciembre de 1841, en *Archivo JMG*, tomo I, pp. 235-236.

prestigiosa y muestra la excelencia de la institución, ya que —por ejemplo— Domingos Gonçalves de Magalhães fue profesor de Filosofía o Antônio Gonçalves Dias enseñó Latin e Historia del Brasil, lo mismo que Joaquim Manuel de Macedo; y en Dibujo, ya en el mismo año de la reinauguración, se había nombrado a Manuel de Araújo Porto Alegre.¹¹³

"El edificio es hermoso pero infinitamente inferior al nuestro", acota entre nostálgico y mezquino Florencio Varela. No obstante esa restricción, reconoce la importancia del Colegio, aunque no ahorra alguna crítica mordaz y graciosa al discurso pronunciado por el profesor de latin y retórica, "obra suya, *longus, latus*, pero no *profundus*, lleno de cuanto lugar común puede ensartar *un mauvais rethéur*, con citas de los persas y de los griegos, para probar que es bueno estudiar en el Brasil". Pero la ironía y el sentido crítico con el que observaba el acto no le impidieron, de todas formas, emocionarse hasta las lágrimas durante la entrega de los premios "pensando en los padres de aquellos jóvenes y en lo que he visto otros días en nuestra patria".¹¹⁴ Ya Sarmiento, en la arenga final del *Facundo* se preguntaba, como quien junta fuerzas:

"¿Ha perseguido Rosas la educación pública y hostilizado y cerrado los colegios, la Universidad y expulsado a los jesuitas?

No importa: centenares de alumnos argentinos cuentan en su seno los colegios de Francia, Chile, Brasil, Norteamérica, Inglaterra y aun España. Ellos volverán luego a realizar en su patria las instituciones que ven brillar en todos esos Estados libres; y pondrán su hombro para derrocar al tirano semibárbaro".¹¹⁵

Y si son por demás conocidas las investigaciones pedagógicas que realizó Sarmiento tanto en Europa como en Estados Unidos (para lo que el gobierno de Chile le encomendó precisamente que viajara), debemos recordar que hizo también "una inspección detenida" de algunas escuelas de Río de Janeiro en

¹¹³Sigo, en la memoriosa y puntillosa descripción del Colégio Pedro II, a Joaquim Manuel de Macedo, *Um passeio pela cidade do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro-Belo Horizonte, Garnier, 1991, pp. 145-180.

¹¹⁴Hasta 1854 se entregaban tres premios y dos menciones de honor durante la colación de grados del Colegio de Pedro II. Lo premiados recibían "livros clássicos ricamente encadernados, e recebendo o aluno merecedor do primeiro prêmio uma coroa de louro e café com que o Imperador lhe cingia a fronte" (Macedo, *Um passeio pela cidade do Rio de Janeiro*, p. 177).

¹¹⁵Sarmiento, *Facundo*, p. 267.

compañía —y por gentil mediación ante las autoridades— del médico uruguayo Vilardebó, uno de los habitués de la casa de Tomás Guido.¹¹⁶

III Los hijos del exilio como problema nacional

Los nacimientos de los hijos de Varela, casi todos en Montevideo, plantean —provocan— una cuestión interesante que tendrá evidentes efectos políticos hacia la década de 1880, en torno de la conformación del Estado argentino: el de la nacionalidad de los hijos de exiliados, que aflorará como problema legal y político cuando ellos sean la generación adulta y dirigente y actúen en la escena pública, como se pone en evidencia cuando —en un enfrentamiento de bandos políticos— se intenta vedar el acceso de Héctor Varela al Congreso alegando su "extranjería".

Según Enrique Popolizio, a Héctor Varela no lo aceptan como diputado porque no es argentino, habiendo nacido —como ocurrió, y como éste se ve obligado a aclarar— durante el exilio de su padre. Pero Carlos Pellegrini sostiene que lo que lo ha convertido en extranjero es, fundamentalmente, el hecho de haber aceptado y ocupado cargos oficiales en la Banda Oriental. Finalmente, no lo nombran, pero Lucio V. Mansilla consigue que se le den los mismos derechos que a un ciudadano.¹¹⁷

La contrapartida a ese estado de marginación se puede ver en la protección que los hijos del asesinado Varela —considerado como un "mártir de la libertad"— obtuvieron del gobierno de Buenos Aires en 1853, que se hizo cargo de su educación y que les transfirió la imprenta oficial en la que Héctor y Mariano comenzaron a editar *La Tribuna* (había sido estrecha la relación del porteño Valentín Alsina con Florencio).¹¹⁸ Parte de este favoritismo y otras

¹¹⁶Cf. Sarmiento, *Viajes*, p. 70.

¹¹⁷Cf. Enrique Popolizio, *Vida de Lucio V. Mansilla*, Buenos Aires, Pomaire, 1985, pp.183-188. Tanto en el viaje de Héctor a Buenos Aires como en este caso, se pone en juego un problema de nacionalidades: primero lo disfrazan de inglesito y lo hacen callar su español, luego no lo aceptan como diputado argentino por no haber nacido aquí. Una escena parece la anticipación de la otra. Agreguemos, a propósito, que un hijo de José Barros Pazos nace en Chile el 3 de febrero de 1852, convirtiéndose tal vez en la manifestación más simbólica del problema que planteamos (María Celina Barros y Arana, *El doctor José Barros Pazos en la patria y en el exilio*, p. 160).

¹¹⁸Sigo en estos datos a Héctor Viacava, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", pp. 12 y 16. Sobre la figura de Valentín Alsina nos detendremos en la Conclusión.

deudas políticas son las que deben haberse cobrado sus detractores al no aceptar a Héctor como diputado. La imagen altamente simbólica de los hijos de Varela como los huérfanos de la patria fue forjada por los admiradores de su padre, quienes les legaron a esos parias un futuro más promisorio, que reivindicaría por la memoria a todos "los que figuran en el martirologio de la libertad":

"los hijos del infortunado Varela aliviarán el recuerdo fúnebre de su alma, con la perspectiva risueña de aquella patria cuya desgracia le fue tan cara. De aquella patria que levantará también monumentos a su memoria, y arrojará el nombre de su asesino a la execración de sus generaciones futuras".¹¹⁹

La ley argentina había debatido desde los orígenes de la nación cuáles eran las definiciones de ciudadanía y de nacionalidad, que no sólo estaban asociadas desde el comienzo, sino que —además— el concepto de nacionalidad estaba determinado desde el derecho electoral, hasta que —en 1860, en una enmienda y fijación del asunto en la Constitución Nacional impulsada por la comisión que encabezaba Bartolomé Mitre— se llegó a la conclusión de que, aunque la "ciudadanía es sinónimo de nacionalidad; luego el ciudadano no es el elector, el que goza de los derechos políticos; sino el argentino, el individuo nativo o nacionalizado que goza de los derechos civiles". Cuando primaba el punto de vista electoral para la definición del carácter de ciudadano, ni las mujeres ni los menores eran contemplados. Y si se debatió durante años el modo más conveniente de generar ciudadanos en un país de población escasa (y en un principio, para propiciar la inmigración se les concedían derechos preferenciales a los extranjeros respecto de los nacionales), se terminó considerando que no convenía adoptar tanto el principio de *jus soli* como el de *jus sanguinis*, como se había creído al principio y como se había hecho durante muchos años. Porque, así como eso permitía que los hijos de argentinos que nacían en el extranjero pudieran ser considerados argentinos (salvo que prefirieran adoptar la nacionalidad del país en el que habían nacido), favoreciendo una política de aumento de "nuestros ciudadanos", también daba pie a los demás países a pedir a la Argentina que aplicara la reciprocidad sobre los hijos de sus nativos nacidos en suelo argentino permitiéndoles, así, adoptar

¹¹⁹Así termina el texto de José Mármol, "Asesinato del S. Dr. D. Florencio Varela, redactor del «Comercio del Plata», en Montevideo", en *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela. Manuela Rosas*, p. 98-99.

la nacionalidad de sus padres, con la consecuente desventaja de que, en un país que está fomentando la inmigración, "si los hijos de extranjeros no fuesen argentinos, caerían todas las cargas sobre los pocos argentinos". De ese modo, la reforma de 1860 a la Constitución de 1853 adopta el principio de la "ciudadanía natural", que significa "nacionalidad determinada por el hecho de nacer en el territorio de la República".

En la Constitución de 1826, los hijos de argentinos nacidos fuera del territorio nacional eran considerados "legales" (en contraposición con los "naturales"), opción de la que podían usufructuar también los "extranjeros casados con argentinas, si profesasen alguna ciencia, arte o industria o poseyeren algún capital o propiedad raíz, residiesen en el país y se inscribieren en el registro cívico", y los extranjeros de mérito que hubieran hecho servicios notables a la Argentina;¹²⁰ situación interesante la primera, si tenemos en cuenta que otro de los problemas legales que se les planteaba en su condición a los exiliados era el de refrendar sus matrimonios en el país anfitrión.¹²¹ Cuando Varela se destierra definitivamente a Montevideo, deja en Buenos Aires a su prometida de dieciséis años, y es cobijado —junto con sus hermanos— por la familia Berro. Fue Miguel Berro quien viajó especialmente a la ciudad que Varela no podía pisar, con un poder, para depositar a Justa Cané. El Arzobispado autoriza el enlace, no sin "haberle prevenido a la contrayente que no proceda en modo alguno a cohabitar con su esposo Dn. Florencio, sin que éste verifique previamente su consentimiento ante legítimo párroco".¹²²

Y con el problema de la nacionalidad de los hijos puede vincularse el de las esposas. Un caso destacable es el de Mariquita Sánchez, visible en la carta a Rosas que ya citamos (en "Exiliados ilustres"), donde —por debajo del valor netamente político de sus palabras— deja ver las imposiciones legales que marcan las alianzas matrimoniales. En las memorias de Pedro Lamas se

¹²⁰Sigo, en estos datos, a Juan A. González Calderón, "Ciudadanía y nacionalización", en *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, tomo II, Buenos Aires, 1916. No fueron pocas, en épocas de Rosas, las disquisiciones sobre la nacionalidad, a propósito de reclamos y conflictos con Francia, como puede leerse en Adolfo Saldías, *Historia de la confederación argentina*, tomo IV: *Los aliados contra Rosas*, pp. 60-70.

¹²¹Otra cuestión que aflora es la de la habilitación en el extranjero de los títulos profesionales (Sarmiento y Alberdi harán de esto uno de los puntos más picantes de su polémica, en un fuego cruzado sobre sus méritos o deméritos; y, en Montevideo, a Florencio Varela le refrendan el título ahorrándole el examen [cf. Florencio Varela, *Autobiografía de D. Florencio Varela*, p. 4]). Abordaremos la situación profesional de los emigrados en la Cuarta parte.

¹²²El matrimonio se celebra en septiembre de 1831 (ver los documentos en Leoncio Gianello, *Florencio Varela*, pp. 499-503). Florencio Varela resume el asunto en su *Autobiografía*, p. 132.

explicitan esas obligaciones legales que impone el matrimonio también en la Banda Oriental, a través del caso de la mujer de Andrés Lamas, Telésfora Somellera, hija de Pedro Somellera y hermana de Andrés y Antonio Somellera. "Mi madre era porteña de nacimiento, pero además de corresponderle la nacionalidad de su marido, había recibido el fuego del bautismo en la ciudad sitiada, tomando parte activa, durante los días de mayor angustia, en los trabajos de los centros donde la mujer se dedicaba a confortar a los que caían o a socorrer a sus huérfanos y viudas" (p. 248).

Pedro Lamas da por hecho que a una mujer le corresponda la nacionalidad de su marido.¹²³ Pero lo interesante, además, es que incorpora al concepto de nacionalidad el aporte que significa haber luchado por la causa de esa nacionalidad, lo que hace de la patria esa causa antes que el terreno en el que se ha nacido, posición que a estas situaciones de peregrinaje les resulta útil, aunque tenga más valor moral o político que legal. Y podría pensarse la postura, ya no sólo en sentido retrospectivo (a quién se sirvió en el pasado) sino también proyectivo, y aquí los hijos del exilio como Orion se hubieran visto beneficiados, ya que podrían haber elegido a quién servir cuando adultos.¹²⁴

¹²³Hacia 1880, en algunas causas jurídicas todavía se argumentaba con afirmaciones de este tipo: "la mujer casada no tiene otro domicilio o nacionalidad que la de su marido mientras el matrimonio exista" (p. 12), llegando en algunos casos a recordarse que "la mujer casada tiene el mismo domicilio que su esposo, incluso cuando ella reside en otro lugar con su permiso", de acuerdo con el Código Civil. Estamos frente a "la regla general de que la mujer seguía la condición civil de su marido en todos los aspectos", como sostiene Kif Adams en un artículo que se ocupa de varios casos tratados en la Suprema Corte argentina a fines del siglo XIX y principios del XX y donde analiza la situación de *expatriación legal* que se le imponía a la mujer al subordinarla en asuntos de domicilio y nacionalidad a su marido y –aún más– al *status* de su marido, por lo que, en ese sentido, la mujer podía ser, "a la vez, argentina y no argentina". Bajo la aparente concesión de libertad, para que la mujer decidiera voluntariamente casarse con un extranjero, "en realidad, la ley –y no la elección de la mujer– la expatriaba". La Corte, previendo las consecuencias internacionales de sus fallos, aclara que la pérdida de nacionalidad es más una cuestión de "propósitos jurisdiccionales y sólo dentro de los límites territoriales de la Argentina misma", pero no real. Kif Augustine-Adams, "She Consents Implicitly: Women's Citizenship, Marriage, and Liberal Political Theory in Late-Nineteenth- and Early-Twentieth-Century Argentina", en *Journal of Women History*, Vol. 13 N° 4, *Women and the State*, Bloomington, Indiana University Press, Winter 2002 (el original está en inglés). No dejemos de pensar en el caso de Mariquita Sánchez.

¹²⁴En el *Dogma socialista*, Echeverría habla manifestado –en una posición de las más extremas en la lucha ideológica entre rosistas y antirrosistas– que "[l]os esclavos, o los hombres sometidos al poder absoluto, no tienen patria; porque la patria no se vincula en la tierra natal, sino en el libre ejercicio y pleno goce de los derechos del ciudadano. [...] [S]ólo el ciudadano tiene patria" (p. 104). En otro registro, pero vinculable, puede recordarse una sentencia escrita en el periódico *La Moda*, altamente significativa en épocas de lucha política y exilios: "la musa sin patria es *guacha*" ("Literatura", *La Moda*, número 2, 18 de noviembre de 1837).

Pero la sumisión de las mujeres a sus maridos implicaba, más que una sujeción legal, el imperio del hombre sobre la vida completa de sus esposas.¹²⁵ La dependencia intelectual era, en el caso de mujeres como Pilar Spano, Telésfora Somellera o Justa Cané, más intensa por estar casadas con varones letrados de actuación pública y de evidentes cualidades intelectuales. Las exiliadas agregan a su situación de dependencia, los padecimientos propios del destierro, que vuelven más complicado el cumplimiento de las obligaciones domésticas, ya que cargan a menudo con una prole numerosa (que iba naciendo en situaciones ciertamente incómodas —como los hijos mayores de Margarita Weild y Paz, en prisión— o inciertas —como durante la temporada carioca de Florencio Varela, donde Justa Cané da a luz a una niña que moriría antes de los dos años del mismo mal que otra de sus hermanitas—. Estas mujeres deben asumir también la pobreza y, como en el caso de esta última, la viudez por asesinato del marido, lo que vuelve más comprensible el tono sufriente y extremadamente dependiente de la siguiente carta. Agradeciéndole a José Mármol el haber escrito el folleto *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela*, Justa Cané le cuenta:

"[...] Desde que estoy en este destierro no ceso de pedir a mis hermanos que publiquen ese proceso, que hagan lo que Ud. ha hecho ahora por mi Florencio pero la voz de una pobre mujer no es a veces atendida porque creen que siempre habla el corazón y nunca la razón.¹²⁶

Muchísimo he llorado, me he afligido; me han dado accidentes, he sufrido horriblemente al leer su escrito de Ud. Sor. Mármol; pero cómo se lo he agradecido! Ud. Sor. ha comprendido tan bien todo ha puesto Ud. tan en evidencia el crimen de Oribe que nadie puede desconocerlo. Ud. que sabe pintar todo con esa imaginación de fuego que el cielo ha dotado a Ud. y que en todo lo que Ud. escribe

¹²⁵En su diario de viaje a Europa, el día del primer aniversario de casados que pasa lejos de su mujer, Varela recuerda que —aunque jovencísima (él le llevaba diez años)—, "su buen juicio aventajaba mucho a su edad y suplía las faltas de la imperfecta educación que recibe generalmente el sexo [sic] en nuestros países" (Florencio Varela, *Extractos de un diario de viaje a Europa*, en *Autobiografía*, p. 26).

¹²⁶Mármol es claro: "Lo único que sus amigos pueden hacer es legar a la posteridad su juicio sobre ese acontecimiento y, con la sangre de la víctima, salpicar la frente del asesino" (*Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela*, p. 48).

se conoce el autor del *Peregrino*, de ese Peregrino que mi Florencio me leía con tanto entusiasmo.¹²⁷

Me ha afligido muchísimo que Ud. haya preferido otra imprenta a la del Comercio. Le aseguro a Ud. Sor. que si yo hubiera estado en Montevideo ese escrito de Ud. lo hubieran publicado en la imprenta que tanto costó a mi Florencio y que hubiera deseado que al lado de su nombre de Ud. estuviera *costeado por la familia de Varela*.¹²⁸

Siento muchísimo no tener aquí los libros de mi Florencio para mandarle a Ud. uno de los que él prefería más en las lecturas que me hacía cuando quedábamos en nuestro cuarto después de hacer dormir nuestros hijitos que él con tanto interés y entusiasmo leía a su Justa que tenía tanto empeño en ilustrar mi espíritu y en que yo comprendiese todo como él comprendía.

La carta está fechada en Santa Catarina, hacia donde parte la viuda con sus niños, acompañados por el fiel Luis Domínguez —amigo entrañable del muerto y cuñado de Justa, ya que está casado con Ana Cané—, y donde permanece

¹²⁷Florencio Varela publica, el 28 de agosto de 1846, en el *Comercio del Plata*, un artículo sobre el canto XII de los *Cantos del Peregrino* (cf. Florencio Varela, *Rosas y su gobierno. Escritos políticos, económicos y literarios*, Buenos Aires, Freeland, 1975, pp. 203-210). Allí celebra el valor literario de una composición que trata, desde la lírica, "las mismas escenas por que diariamente atravesamos; con la diferencia sola de que, en vez de leerlas en el severo lenguaje oficial, o en el estilo descarnado y mal pulido de la prensa diaria, las vemos en cuadros movedizos, ricos de colorido, de verdad y de inspiración" (p. 204). A Varela lo preocupa la repercusión que pueda tener el libro, en un ámbito donde los posibles lectores están tan absorbidos por la política diaria; por eso resalta que los *Cantos del Peregrino* reúnen poesía y política. La celebración del poema por parte de Varela, que filia a su autor con Byron (aunque no lo iguale), parece ser sincera, como lo prueba la emoción que gana a aquel cuando escucha una lectura hecha por Mármol, que vio "en sus ojos el rocío del alma que se llama lágrimas" (en José Mármol, *Cantos del peregrino*, nota 5 al manuscrito de 1849, p. 401). Mármol se envanece de pensar que no es sólo la identificación inevitable que el crítico exiliado siente por las desgracias del peregrino Carlos, sino el efecto estético de su composición lo que lo conmovía también. Así, permite recuperar la idea de que estos letrados exiliados no perdían de vista el artificio literario aun cuando tan tramado estaba con sus historias de vida.

¹²⁸Luis Domínguez, que edita en 1848 en Montevideo, por la "Imprenta del Comercio del Plata" (antes que el libro de Mármol), la *Auto-biografía de D. Florencio Varela* (reuniendo fragmentos de sus *Memorias privadas* que —según Leoncio Gianello— debieron ser bastante voluminosas [cf. pp. 305, 313, 314, 489-493], y un perfil del escritor asesinado), informa que "[e]l producto íntegro de esta publicación será entregado a la Señora Viuda del Dr. Varela". Domínguez le pide a Mármol, que avise en su diario (*El Conservador*) que se pone a la venta el texto. Le informa que la edición es cara y, como quiere que la viuda obtenga alguna ganancia, pide que ningún periódico reproduzca nada de él (Carta de Luis Domínguez a José Mármol, 6 de diciembre, sin indicación de lugar ni año, en AGN, Fondo José Mármol, 2350).

aproximadamente diez meses.¹²⁹ Después, peregrina, infeliz, desgraciada, "con sus once hijos, después de haber salvado milagrosamente de un naufragio en las costas de Río Grande", la verá llegar a Río de Janeiro Pedro Lamas, quien acabará convirtiéndose en su sobrino, porque "[a]ños más tarde, ya en Buenos Aires, contrajo matrimonio, en segundas nupcias con mi tío el Dr. Andrés Somellera, hermano de mi madre".¹³⁰

IV Exilio y aledaños

¹²⁹Carta de Justa Cané a José Mármol, desde Santa Catarina, 10 de abril, sin año, en AGN, Fondo José Mármol, 2350 (subrayados, del original). El libro de Mármol sobre el asesinato de Varela se publicó en 1849. Sobre las bibliotecas de los exiliados, nos detendremos más adelante. Sobre Luis Domínguez, cf. Ernesto J. A. Maeder, *La obra histórica de Luis L. Domínguez, en Nordeste. Revista de la Facultad de Humanidades*, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, diciembre de 1961.

¹³⁰Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 106. El matrimonio Varela había tenido trece hijos, pero dos niñas hablan muerto antes de cumplir dos años como consecuencia de la misma enfermedad, el sarampión. Luis Domínguez, en uno de los perfiles que escribe sobre su cuñado, dice que —al ser asesinado— Varela dejaba diez chicos y a la mujer embarazada (Luis Domínguez, biografía de Florencio Varela para la *Galería de celebridades argentinas*, en Florencio Varela, *Rosas y su gobierno*, p. 22). Para algunos de los hijos se repite la experiencia de vida en el Brasil, pero ahora sin su padre, en peores condiciones. La economía de la familia siempre había sido apretada, y en ese sentido, las cartas de Florencio a Justa desde Europa son la contracara de las que el general Guido le enviaba a Pilar: entre los arreglos que Varela hacía para cubrir los gastos familiares, le dejaba instrucciones precisas a su mujer sobre cómo cuidar la economía doméstica aunque él daba por sentado que ella no las necesitaba, de todos modos. Y, aunque se sentía un poco culpable por dejar a los suyos en una ciudad sitiada y en condiciones no muy favorables, a lo que se sumaba que la retribución que él recibía por el cumplimiento de su misión también era escasísima, le impuso un dulce mandato: "Economiza mucho, que mucho hemos de necesitar a mi llegada", tanto que si bien le pedía que le escribiera, le recomendaba: "pero procura de reducir el tamaño del papel escribiendo renglones cruzados porque los portes en Londres son carísimos" (Instrucciones de Florencio Varela a su esposa, citadas por Leoncio Gianello, *Florencio Varela*, pp. 300-301). Para ayudar a la viuda y a los huérfanos de Varela, se realizó en Montevideo una colecta por suscripción. Del monto acumulado, una parte se destinaría a formar un capital que diera intereses. Otra parte de la suma, se entregaría directamente a Justa "para los gastos de viaje y su establecimiento en el país extranjero a que se dirige" (José Mármol, *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela*, p. 95). No en la misma proporción, pero así como Florencio Varela acumula hijos en la proscripción, Luis Domínguez acumula pérdidas de embarazos de su mujer, desgracia que lamenta en las cartas. "Volví de Corrientes mejor de salud; pero está visto que el clima de Montevideo no me sienta. Anita está muy buena y siempre con su costumbre de perder las oportunidades de ser madre", le comenta Domínguez a Gutiérrez, en carta del 29 de septiembre de 1846, desde Montevideo, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 73. Son por lo menos cuatro los embarazos perdidos (cf. *Archivo JMG*, tomo II, p. 81). Los Domínguez tendrían, finalmente, muchos hijos (cf. Ernesto J. A. Maeder, *La obra histórica de Luis L. Domínguez*, pp. 120 y 124).

Ya lo dijimos: la situación de los enviados ante la corte imperial compartía, en determinadas circunstancias, algunas de las características de la vida en el exilio. Los Lamas, luego de la batalla de Caseros, permanecen en el Brasil porque Andrés sigue representando al Estado Oriental. Por eso, cuando Pedro vuelve a Montevideo, después de vivir en Río durante catorce años, se emociona al ver el Cerro: "Esa emoción, en nosotros, los chicos, era bien natural; habíamos respirado siempre el culto de la patria ausente, lejano, y esa patria la teníamos enfrente, la tocábamos, puede decirse, por primera vez" (p. 228).¹³¹ Con el tiempo, sin embargo, la zozobra del destierro o de los destinos a los que, aun sin mediar la expulsión, podía conducir la política de estos países del Río de la Plata puede transformarse en valor. Y lo que en algún caso podría interpretarse o sufrirse como desarraigo o pérdida de la patria también puede convertirse, más tarde o finalmente, en una positividad, como el

"curioso cosmopolitismo, bajo cierto aspecto, de mi vida, que se ha deslizado entre mi país, el Brasil, la Argentina y la Europa, circunstancia que ha contribuido, sin duda, a habilitarme — válgame la pretensión— a considerar desapasionadamente, con cierta o relativa ecuanimidad y altura (esto último en el sentido de quien ve desde lo alto, lejos de la atmósfera que sugestiona y contamina) los hombres y los acontecimientos de la América atlántica meridional" (pp. 248-249).

Pero, de nuevo: si bien el caso de los hijos de Lamas o de Guido (aunque de signo político opuesto) es, claramente, el de los hijos de diplomáticos, la maraña de la política del Río de la Plata, que vuelve obligatorios algunos alejamientos —vistos como imperiosamente necesarios para ciertas causas *patrióticas* (Lamas y Guido tienen sendas misiones, claras y específicas, en Río de Janeiro)—, empareja algunas circunstancias. Y así como las familias de diplomáticos pueden padecer algunos de los problemas del destierro, ciertos exiliados pueden verse envueltos en situaciones de neto corte diplomático, compartiendo con ese estamento social algunos hábitos o situaciones.

El caso más claro es el de Florencio Varela. Estando en Río de Janeiro, a mediados de 1841, aunque —como vimos— era poco afecto a las menudencias de protocolo y no se dejaba seducir por el boato de la diplomacia, Varela deseó ser nombrado cónsul para garantizarse un medio de vida en una ciudad en la

¹³¹Varios de los siete hijos de Andrés Lamas nacieron en el Brasil.

que forzosamente debía residir, y además —también obligatoriamente— en apretadas condiciones económicas.¹³²

Cuando el gobierno de la ciudad sitiada de Montevideo decide enviar un comisionado a Europa, no son pocos los motivos que llevan a elegir a Florencio Varela, quien de hecho había mostrado —según él mismo se jacta en sus *Memorias*— su capacidad para manejar las Relaciones Exteriores sin cartera, por delegación de su amigo Santiago Vázquez (amigo y protector, también, de Rivera Indarte). Varela conocía, entonces, de política internacional; era políglota y sabía desempeñarse muy bien; era respetado, ilustrado, estudioso, hábil e inteligente. Así es que, a mediados de 1843, parte al Viejo Mundo, aunque en misión secreta, ya que el nombramiento público de un argentino podría haber sido tomado por los propios uruguayos como una ofensa.¹³³ En el viaje —eso sí— no comparte con la diplomacia las comodidades económicas que suelen ir asociadas a la función y al rango.

Un año después, pese a las diferencias que tenían, el general José María Paz fantasea con tenerlo a Varela como representante cerca de Pedro II. La sugerencia se la hace por medio de Salvador María del Carril, allegado de Florencio, quien le habla —en 1844— de la imperiosa necesidad de contar con un argentino en Río de Janeiro para actuar de modo firme a favor de la causa antirrosista:

"Necesitamos un hombre que ame y promueva la causa de la legalidad en el Brasil, como la causa de la civilización en la República Argentina y en el E. O. [Estado Oriental] y tenga en igual aversión al gauchaje brutal sea pardejuno, farrapo o pampa. Necesitamos un hombre laborioso inmensamente, que ilustre y corteje, un fascinador conocido que se enrosque en el tronco podrido de Vasconcelos".

¹³²¿No podría ser yo Cónsul general de esa República aquí?", le pregunta desde Río a su amigo Gutiérrez, que está en Montevideo, cuando se entera de la muerte del portugués europeo que ocupaba ese cargo. El problema es que Varela sólo puede hacer gestiones discretas, por intermedio de sus amigos (como el propio Gutiérrez, que se pone en acción), porque Magariños, el representante uruguayo, a quien lo une una relación estrecha, ha hecho gestiones en favor de su hijo (cf. carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, 24 de agosto de 1841, en *Archivo JMG*, tomo I, pp. 227 [y ver, también, pp. 228, 233]).

¹³³En Río de Janeiro, a José Tomás Guido, que era secretario de la Legación Argentina encabezada por su padre, le ofrecen el Consulado General de Chile (en cuya capital naciera el 1 de octubre de 1818), pero el gobierno argentino —obviamente— lo considera incompatible con el cargo que desempeña (cf. José Tomás Guido, *Recuerdos del Janeiro*, p. 159).

Pero como pertenecer a la corte —ya lo hemos visto con Tomás Guido— tiene su precio, hay dos "obstáculos" importantes que deben resolverse, y para los que del Carril aporta soluciones: la necesidad de dinero para que Florencio Varela se trasladara al Brasil con toda su familia podía ser cubierta por el aporte de los emigrados argentinos, e incluso por gestiones ante el gobierno de la plaza sitiada de Montevideo; y la falta de un "título que te establezca un carácter para la agencia de los negocios de que te encargarías", podía subsanarse consiguiendo uno, ya que —como propone Paz— "[l]legando a Corrientes puedo hacerle dar un nombramiento por aquel Gobierno que creo será suficiente para hacerlo alternar en la corte con los diplomatas, bastante será para introducirlo y hacerlo mirar con atención".¹³⁴

De las seducciones y de las presiones que un diplomático podía ejercer sobre un gobierno, y particularmente sobre la corte brasileña, el general Paz llegó a saber demasiado. Al llegar al Brasil en abril de 1847 (país del que se iría en enero de 1852), Paz hubiera preferido instalarse en San Francisco de Paula o en Santa Catarina, donde encontraba el ambiente más propicio, gracias al numeroso grupo de emigrados argentinos que residía allí.¹³⁵ "Sin embargo, las reclamaciones del señor Guido, ministro de Rosas en la corte del Brasil, arrancaron a este Gobierno una intimación irrevocable para que el general Paz pasase a residir en Río de Janeiro, *sin poderse alejar ni un paso para el sur*".¹³⁶

Muchos letrados antirrosistas no entienden por qué Tomás Guido sirvió al gobierno rosista. La bibliografía más hagiográfica sobre su figura, cuando a la

¹³⁴Carta de Salvador María del Carril a Florencio Varela, Río Grande, 2 de noviembre de 1844, en Gregorio Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, tomo tercero, pp. 381-382.

¹³⁵Angel Carranza da la lista de familias que se habían instalado en el sur del Brasil (cf. Angel Carranza, *Bosquejo histórico acerca del doctor Carlos Tejedor*, pp. 79-80). La mayoría de los que se instalaron en el sur se dedicó al comercio. Juan María Gutiérrez, que también residió en la provincia de Río Grande do Sul, se recorta por sobre el resto por la dedicada labor intelectual que hizo en relación con los asuntos brasileños, más importante aún si se piensa en la verdadera marginalidad de su destino, ya que sólo pasó en la capital del imperio unos tres meses, camino a Chile (llega a Río de Janeiro el 8 de enero de 1845, donde espera barco para ir a Valparaíso, adonde arriba el 6 de mayo de 1845). En la Cuarta parte nos ocuparemos más de su vida en el Brasil. El general Paz se va de Río de Janeiro en enero de 1852, rumbo a la Banda Oriental, donde permanece hasta sumarse, en Buenos Aires, a los episodios de septiembre de 1852 (cf. Juan B. Terán, *José María Paz*, pp. 146-149).

¹³⁶José Luis Bustamante, en "Complemento" a Gral. José María Paz, *Memorias póstumas: Campaña contra Rosas*, volumen 3, p. 278 (subrayado en el original). Esto ratifica lo que comentáramos al final de la Primera parte, sobre el alcance del poder y del control rosista en el exterior sobre los argentinos exiliados. El sur del Brasil es un hervidero político, como veremos en la Cuarta parte (cf. José María Rosa, *La calda de Rosas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958, pp. 67-85).

vez es una bibliografía antirrosista, suele justificar la colaboración de Guido al amparo de los intereses nacionales, siempre *superiores*, y tienden a considerar la misión diplomática del general de los ejércitos libertadores americanos al Brasil como una forma disfrazada de exilio, con el fin de alejarse del foco conflictivo que resulta la Buenos Aires de Rosas.¹³⁷

En sus memorias, Carlos Guido Spano abrirá una verdadera digresión en referencia al envío de su padre como representante a la coronación de Pedro II para justificar el apoyo al gobierno del Restaurador de las Leyes por parte del amigo de San Martín, que desde Río de Janeiro,

"llamaba a todos los suyos a su lado, queriendo apartarnos del foco ardiente de las pasiones, de que era entonces Buenos Aires la encendida hornaza. Él, como los Generales San Martín, Alvear, Soler, Brown, como los López, los Moreno, los Sáenz Peña, y tantos otros patricios eminentes de América, no veían en la dictadura sino el fruto acerbo de las facciones que anarquizaron el país, y aunque la aborrecían según su conciencia y sus principios, prefirieron seguir la lógica de los acontecimientos con la esperanza de poder dominarlos o templar sus efectos, a ponerles una resistencia impotente, afiliándose a los antagonistas que cegados del encono, llegaron hasta la enormidad de acogerse a la protección del extranjero poderoso, en abierta hostilidad con la República".¹³⁸

A Carlos Guido le genera incomodidad la colaboración de su padre, héroe de la independencia, con el gobierno de Rosas; y no es ésta la única página que dedica a reivindicar su memoria. Según Adolfo Prieto, en la Argentina posterior a Caseros, Carlos "Guido queda a mitad de camino" entre la condena atenuada al rosismo y la aceptación de "algunas migajas de los amos de la victoria", y explica —siguiendo a Julio Irazusta— su humorismo, su torre de marfil y sus gestos aristocratizantes como modos de fuga de la política.¹³⁹

¹³⁷Ver, por ejemplo, Felipe Barreda Laos, *General Tomás Guido* (p. 258), quien se detiene en algunos momentos clave de la relación entre ambos, como aquella diferencia en torno de la asunción del gobierno con la suma del poder público por parte de Rosas con la que Guido no estaba de acuerdo, aunque sí le pareciera legítima su reelección, por lo que se apartó de la vida pública (pp. 241, 251-252).

¹³⁸Carlos Guido Spano, *Carta confidencial*, p. 21-22.

¹³⁹Julio Irazusta considera a Guido atrapado en la "disyuntiva" de defender la política exterior del rosismo y su repudio a Rosas (cf. Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*,

Pero tal vez sea Tomás Guido el personaje que mejor encarna, de todas maneras, la conciliación nacional que se buscó, en la época de la unificación nacional, en las camadas sociales y políticas ilustradas, entre antiguos opositores. No sólo las amistades forjadas, como en el caso de Gutiérrez, sino en general las relaciones de respeto de los ex antirrosistas con Guido es la muestra más representativa de los cambios. Es a través de un acérrimo adversario de su padre, Andrés Lamas, que Carlos Guido obtiene una muestra incluso internacional de lo que Tomás Guido podía producir en el oponente, con la cita de unas palabras de Paulino Soares de Souza, que conserva un firme recuerdo de las cualidades del representante del Restaurador como caballero, más honrosas si se tienen en cuenta "las miras y la obcecación del General Rosas", que más de una vez rechazó "abiertamente los acuerdos conciliatorios o los temperamentos a que su Ministro era inclinado, y contrariándolo hasta en las formas acres o imperativas de que revestía sus pretensiones. Esto era tan visible para nosotros como lo fue para V. E.", le dice el brasileño al uruguayo.¹⁴⁰

Tomás Guido y Florencio Varela también habían sido adversarios, figuras centrales como eran de un enconado enfrentamiento político. *O Americano* —el periódico que Tomás Guido dirigía en Río de Janeiro sin firma y financiado por Rosas— había atribuido a los orientales riveristas, supuestamente enfrentados a los argentinos emigrados, el asesinato del publicista en 1848, en medio de las fuertes acusaciones que se cruzaban entre bandos y a contrapelo de la versión antirrosista, que incriminaba a Oribe. Sin embargo, al repatriarse los restos del *mártir de la libertad* en abril de 1852, José Tomás Guido pronuncia una de las oraciones fúnebres; y cuando muere Guido en 1866, Héctor Varela hace lo propio.¹⁴¹ En un escrito titulado *Los hombres de Rosas y D. Bernardo de*

Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1968, pp. 115 y 119). Para más datos sobre la cuestión, ver también Carlos Alberto Loprete, *Carlos Guido Spano*, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, pp. 145-149; y Beatriz Sarlo, *Guido y Spano*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, pp. 18-21. Sarlo recupera, de todas maneras, el contacto activo de Carlos Guido con la cosa pública: "Por lo menos durante tres décadas vivió al día y enlazado comprometidamente con el quehacer político" (p. 21).

¹⁴⁰Citado en carta de Andrés Lamas a Carlos Guido Spano, fechada en Buenos Aires el 22 de agosto de 1888, en *Papeles de Guido*, pp. 384-385 (ya mencionamos, en la Primera parte, nota 155, la *conciliación* entre Lamas y Guido). En la carta de Pellegrini a Tomás Guido, de diciembre de 1854, que también mencionamos en la Primera parte, el remitente considera que Guido "pudo servir a su país bajo la administración de un sangriento déspota, para hacer ésta menos desastrosa" (en *Papeles de Guido*, p. 297).

¹⁴¹En sus *Recuerdos del Janeiro*, José Tomás Guido comenta que —entre las relaciones que saludó en casa de sus padres en Río— "[f]ui también presentado al malogrado porteño Florencio

Irigoyen, Héctor Varela se encargaría de explicar que era imprescindible diferenciar "entre Cuitiño y Lorenzo Torres", porque no cree beneficioso

"confundir, por supuesto, a los hombres de bien con los malvados, que aún llevan en sus manos las manchas de sangre de las víctimas que inolaron en medio de aquella bacanal repugnante de la barbarie. [...] Pero ¿cuáles eran los *hombres de Rosas*? ¿Acaso única y exclusivamente los que le habían servido con el puñal y con la *verga* en la mano, asesinando hombres, y pegando moños con brea a las señoras? [...] Por *hombres de Rosas* hemos tenido siempre en nuestro partido, tanto en las playas del destierro como en el hogar de la Patria, a los que le sirvieron; a los que estuvieron a su lado; a los que, con fe, por convicción íntima, o sin fe, por miedo cerval, le ayudaron a sostenerse en el poder durante veinte años. Esos hombres constituían un partido, puesto que tenían una bandera, un credo político, una aspiración, una tendencia fija, y altamente proclamada".¹⁴²

Así, Héctor Varela abogará por la "rehabilitación de los *hombres de Rosas* que, sin estar manchados, quisiesen trabajar" por la nación, y no por la de los mazorqueros, a los que sí creía un deber condenar al "ostracismo perpetuo como hombres públicos; porque sería una monstruosidad sin nombre y sin ejemplo que las víctimas se hallasen en las mismas posiciones al lado de sus verdugos". Es eso lo que ve mal, y no lo que un murmullo sordo durante un debate electoral de 1858 repite: "Un hijo de Florencio Varela no puede proponernos *un Rosín*".¹⁴³ Al margen de las posiciones y mutaciones políticas que los hombres de la política post-Caseros adoptaban —y en este sentido Héctor Varela no era inocente—, lo que quiero traer a la escena son las pervivencias del enfrentamiento entre rosistas y antirrosistas en el horizonte político de la Argentina que ya se había dado una Constitución.¹⁴⁴

Varela" (p. 146). Por su parte, compartirían Héctor Varela y Carlos Guido una relación fraternal con la misma persona: Lucio Victorio Mansilla, el sobrino del Restaurador.

¹⁴²Héctor Varela, *Los hombres de Rosas y D. Bernardo de Irigoyen*, en Enrique Arana, *Cinco estudios sobre Rosas. Quesada, Arana, Varela, Lamas, Lascano*, Buenos Aires, Instituto Panamericano de Cultura, 1954, pp. 229, 231, 232 (subrayado en el original).

¹⁴³Ambas citas son de Héctor Varela, *Los hombres de Rosas y D. Bernardo de Irigoyen*, p. 236 (subrayados en el original).

¹⁴⁴Héctor Varela tiene sus preferencias y sus enconos. Por eso defiende la causa de Bernardo de Irigoyen, pero se obstina en desprestigiar a Emilio Castro, Vélez Sársfield o Montes de Oca, que "volvieron del destierro antes que la tiranía concluyese, aceptaron puestos de ésta, y como

V Los Guido: el viaje a la Europa de la Revolución

De chicos, la vida de los hijos de Tomás Guido fue, ciertamente, más fácil que la de los de Florencio Varela. El gesto aristocratizante que los críticos le asignan a la obra de Carlos Guido Spano es una característica que debió fijarse, si no antes, al menos en su adolescencia, a partir de la comodidad de la vida cortesana en Río de Janeiro.

Si sus hermanos hicieron un verdadero aprendizaje protocolar, Carlos Guido —beneficiado por el adelantazgo de los mayores— es, sin dudas, el que más altas relaciones intelectuales cosechó y el que, al convertirse en escritor, capitalizó literariamente la experiencia brasileña. Sus intereses parecían muy alejados de los políticos, salvo por algunas experiencias de las que se vanaglorió, y que han sido ya comentadas, como la escapada a Buenos Aires ante la amenaza extranjera.¹⁴⁵ Cuando, en su autobiografía, se detiene en las circunstancias que lo llevaron a permanecer en Río luego de que su padre —en octubre de 1850— pidiera sus pasaportes y la familia partiera de la corte, suena enigmático o escondedor: "Yo no debía acompañarle", sostiene; explicando que, por gentileza de sus padres, para protegerlo y/o porque tiene una exitosa colocación en el mundo intelectual carioca, se queda. Hasta que

"un caso imprevisto vino a torcer el curso de aquella mi vida soñada. Sucedió que el mejor día recibí la orden comunicada por la policía, invocando el mandato del Gobierno, de salir del Imperio. De buenas a primeras me encontré desterrado. La cosa era extraña, y más que extraña, absurda. ¿Cuál era mi delito, mi infracción a las leyes? (*Carta confidencial*, p. 37)".

Lo que Carlos Guido calla confirma que su no intromisión en asuntos públicos era relativa: a su padre le conviene su permanencia, para oficiar de espía de Juan Manuel de Rosas una vez retirado su representante oficial. Al comentar la organización de la alianza internacional contra Rosas que se venía armando firmemente por gestiones de Lamas en el Brasil, José María Rosa se detiene en los cuidados que el ministro de Negocios Extranjeros, Paulino Soares

el último, se vistieron de *pallazo* [sic] para divertir a Manuelita, *jugando a la sortija*" (*Los hombres de Rosas y D. Bernardo de Irigoyen*, pp. 236-237, subrayado en el original).

¹⁴⁵Fueron comentadas por Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, pp. 116-117.

de Souza debía tener para evitar que se filtrara información a la Argentina a través de los espías del Restaurador. El enviado de Rosas ya se había retirado de la corte,

"[p]ero había dejado montada la oficina de informaciones y de propaganda de la Confederación Argentina en el Brasil. [...] Al frente del servicio (que comprendía la oficina de informaciones, la confección de un diario brasileño *O Americano*, la compra de armas e implementos y la distribución de artículos y dinero a los periódicos opositores) que el general Guido había montado dejó a su hijo Carlos Guido y Spano".

Las actividades secretas del promisorio hombre de letras fueron descubiertas a mediados del 51.¹⁴⁶ Sus intereses políticos, de todos modos, no dejaban de tramarse con los intelectuales, ya que llevó a Antônio Gonçalves Dias a colaborar con el periódico de su padre, acercando al rosismo lo que sus opositores se empeñaban en negarle: plumas verdaderamente talentosas.¹⁴⁷

No es extraño, entonces, que los diez años de vida en la ciudad tropical lo hayan llevado a considerar la deportación como un *destierro*: al fin y al cabo era la tierra en la que la familia Guido había posado su "nidada".¹⁴⁸ Las

¹⁴⁶José María Rosa, *El pronunciamiento de Urquiza*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1977, p. 60. Antonio Somellera, desde Río, le comenta por carta a Mármol el viaje de Carlos Guido. Es 12 de septiembre y le informa que en dos días el muchacho parte "para Europa: dicen que va de Adido [sic] a la Legación de Rosas en París. ¿No cree Ud. que poco ha de durarle el empleo?" (carta de Antonio Somellera a José Mármol, Río de Janeiro, 12 de septiembre de 1851, en AGN, Fondo José Mármol, 2350). El optimismo respecto de la caída de Rosas, que es —como vimos— una constante, en este caso sí resulta anticipatorio. Pedro Calmon cita a José Maria da Silva Paranhos que, en sus *Cartas ao amigo ausente*, hace referencia a la reaparición del periódico *O Americano* (9 de marzo de 1851), cuya salida se había suspendido al ausentarse Tomás Guido y a la intimación que recibe Carlos Guido por parte del gobierno para irse del Brasil "ou seja por prova que o governo imperial tivesse de algum procedimento irregular desse moço, ou simplesmente porque a voz pública lhe atribui ingerência nos artigos que ultimamente têm aparecido na imprensa, sustentando todas as insolências e pífidas exigências de Rosas [...]" (en Pedro Calmon, *História de D. Pedro II*, tomo primeiro, p. 389). Raúl Antelo, por su parte, aclara que "[a] última fase de *O Americano* caracteriza-se pelo abolicionismo, o que custou a expulsão de seu diretor. O tom endurece a partir dos números de 1851 [...]. Guido y Spano carregou nas diatribes liberalizantes, escrevendo que o Brasil era fraco com os fortes e forte com os fracos, quando, a rigor, a palavra de ordem deveria ser Americanos com Americanos. A punição imperial não se fez esperar e Guido foi expulso" (en *Algaravia*, pp. 119-120).

¹⁴⁷Dice Calmon: "É que em junho de 1850 o poeta dos *Primeiros Cantos* se afastou dos sócios; amigo de Guido y Spano e colaborador do *Americano*, rompeu com a política, que lhe fechou a redação; foi consolar-se desses revesses na comissão magra às capitais do Norte (en *História de D. Pedro II*, tomo segundo, p. 487).

¹⁴⁸Había llegado con su madre en octubre de 1841, y no en 1840 como en general sus biógrafos anotan. Tenía ahora 24 años.

disposiciones del jefe de Policía desviaron a Carlos Guido de su destino brasileño, impidiendo que acabara *comiendo bananas* hasta el hartazgo, "rodeado de infinidad de mulatitos", y tal vez hasta "*fazendeiro* acaudalado" y luciendo el verde imperial que había rechazado vestir, como dice corrigiendo un poco —pero en la misma veta— sus iniciales autorretratos que lo pintan como buen salvaje en "agrestes soledades", al superponerle el mito de la edad de oro, pero mezclado con *preguiça* brasileña.¹⁴⁹

El desterrado del trópico se va a Europa; y siguiendo la tradición de sus pares brasileños, visita Portugal, ruta inexplorada por los viajeros rioplatenses. El relato de este viaje está traspasado de admiración por el pasado lusitano, con sus navegantes aventureros que iban descubriendo la ruta del Oriente, el imperio de Camões y el edén byroniano.¹⁵⁰ No menciona Carlos Guido a Filinto Elysio, pero es conjeturable que en su visita al Père Lachaise se haya detenido ante la tumba del poeta, como debió aprender de los brasileños, y que haya cumplido con el ritual romántico, que por cierto no le era ajeno, ya que "[d]onde quiera que voy visito siempre la casa de los muertos [...] y dedico un recuerdo piadoso a mis hermanos desconocidos que no existen, y muchos de los cuales vagaron cual yo, quizá, a merced de un oscuro destino, hasta sumergirse en la noche profunda" (*Carta confidencial*, p. 57).

Pero no era la primera visita al viejo continente. Ya había estado allí en 1848, enviado por su familia para acudir en ayuda de su hermano Daniel, que estaba estudiando medicina en Francia. Envidiable experiencia la de los que pudieron estar en el escenario mismo de los acontecimientos que sacudieron los tronos europeos en el 48 y que, infelizmente, Sarmiento sólo llegaría a intuir, anticipación de la que se vanagloria en el prólogo a la edición de su relato de viaje por Europa. Después de un viaje de dos años y cuatro meses, Sarmiento estará de regreso en Chile el 24 de febrero de 1848, el mismo día que se proclama la República en Francia y que Marx y Engels publican —

¹⁴⁹Carlos Guido, *Carta confidencial*, pp. 39 y 25. Esta expulsión es la contracara de la hospitalidad que la tierra brasileña supo brindarle y que Guido celebra algunas páginas antes (analizaremos la hospitalidad y la hostilidad, siguiendo a Jacques Derrida, en la Conclusión). Por contraste, entonces, Carlos Guido se ve en la necesidad de explicar cómo sus recuerdos de vida son tanto más dulces que sus opiniones sobre la política del Brasil para con las repúblicas que la rodean.

¹⁵⁰Sobre la influencia de Camões en los argentinos y el concepto de "edén", nos detendremos en la Cuarta parte.

anónimamente— el *Manifiesto comunista*.¹⁵¹ El profeta de la pampa lo era también de la Europa y para ello alega pruebas, para concluir —enternecedor visionario *a posteriori*—:

"La revolución europea de 1848, que tan honda huella dejará en las páginas de la historia, hallome ya de regreso a Chile; pero los amigos en cuya presencia escribo, y personajes muy altamente colocados, pudieron oírme, desde el momento de mi arribo, no sin visibles muestras de incredulidad, la narración alarmante de lo que había visto; y sin vaticinar una próxima e inminente catástrofe, que nadie pudo prever, anunciar la crisis, como violenta, y juzgar imposible la continuación del orden de cosas y de instituciones que yo había dejado en toda su fuerza. [...] *Asistía, pues, sin saberlo, al último día de un mundo que se iba, y veía sistemas y principios, hombres y cosas que debían bien pronto ceder su lugar a una de aquellas grandes síntesis que hacen estallar la energía del sentimiento moral del hombre, de largo tiempo comprimida por la presión de fuerzas físicas, de preocupaciones e intereses; propendiendo a nivelar sus instituciones a la altura misma a que ha llegado la conciencia que tienen del derecho y de la justicia*".¹⁵²

Sarmiento había "escuchado rumores sordos, que los mismos que habitaban el país no alcanzaban a percibir". Resultaron más sonoros para el dichoso Carlos Guido, quien cuenta cómo: "poniendo el oído a los rumores del siglo [...] me lancé en febril actividad a la calle":

"Mezcleme al movimiento general, peroré en los corrillos, estuve en la asonada, subí a la tribuna tambaleante, en las salas ahumadas de los clubs subalternos establecidos en las callejuelas de la inmensa ciudad, fraternicé, en fin con la *santa canalla*. En todas partes proclamé la república, llegando a merecer frenéticos aplausos de los carboneros, los enjalbegadores, los zapateros de

¹⁵¹Cf. Eric Hobsbawm, *The age of Capital. 1848-1875*, New York, Vintage Books, pp. 9-10. Sarmiento había salido de Valparaíso el 28 de octubre de 1845 y desembarcado en su primer punto europeo el 6 de mayo de 1846.

¹⁵²Sarmiento, "Advertencia" a *Viajes*, pp. 5-6 (subrayado nuestro).

viejo y demás gente menuda, ante quienes ensayaba mis armas oratorias [...]".¹⁵³

Rápido para capitalizar las experiencias de viaje como el propio Sarmiento, Guido también tiene gestos hiperbólicos y osa decir: "Todo lo vi, todo lo anduve" (*Carta confidencial*, p. 31). Y aunque ahora como aguafiestas, otra visión argentina *a posteriori* lanza su vaticinio sobre Europa: confesando que nunca se dejó seducir completamente por las barricadas que arrasaban con todo, a Carlos Guido Spano le pareció intuir el fin de estos tiempos de revolución por la restauración monárquica.

Todo esto le ocurrió luego de una tragedia familiar. Ni bien desembarcó en Francia se enteró de la muerte de su hermano Daniel, quien sí alcanzó, de todos modos, a registrar en una carta las sensaciones que le producía el clima revolucionario de Europa al calor mismo de los acontecimientos, por lo que ese registro tiene una vibración documental extra si se lo mide con la pose que adopta el cincuentenario Carlos en su autobiografía.

Más cauto, Daniel Guido narraba casi siempre en tercera aquello que lo tenía, obviamente, más como testigo que como protagonista. La carta es del 30 de marzo de 1848 y está dirigida a su padre:

"Tres días han bastado para derribar la dinastía de Orleans en 1848 como habían bastado tres días en 1830 a derribar a los Borbones. Parece que es ése el tiempo necesario e indispensable para que un pueblo destruya un trono. [...] Entre todos [los que se abocaron a la tarea de organizar la nación] se distingue Lamartine. Lamartine es un hombre completo: un grande hombre. El poeta sentimental se había ya hecho conocer en la tribuna como orador elocuente, se había ya señalado por la liberalidad de sus principios, y acaba de mostrar que es tan fuerte hombre de Estado, como orador y poeta".

Ese debió, sin duda, ser el modelo también del afiebrado Carlos, que tradujo *al portugués* el *Rafael* de Lamartine. El poeta galo, que era el nuevo encargado de

¹⁵³Carlos Guido, *Carta confidencial*, p. 29-30 (subrayado en el original). En el Archivo General de la Nación, Fondo Tomás Guido, 2042, se conserva la carta de despedida que Carlos le escribe a su padre al embarcarse para Europa. Tiene fecha del 24 de agosto de 1848. Si, como sostiene Richard Sennett ("El extranjero", p. 40), la revolución llega a su fin el 27 de junio de 1848, cuando las tropas arrasan París, ¿cómo se conjuga el furor testimonial de Carlos Guido con la fecha incompatible? Claro que deben seguir los movimientos insurreccionales y la lucha; pero ya no ha de ser el mismo fervor.

Negocios extranjeros de la República, fue —según José María Rosa— "la voz más serena alzada en el Parlamento francés en defensa de la Confederación Argentina".¹⁵⁴ Daniel quiere compartir con su padre la belleza estética del manifiesto que el encargado de los Negocios extranjeros de la Francia republicana había escrito, y que él considera una "obra jefe":

"Un mes hace nomás que la Francia es republicana y ya su aspecto, su influencia poderosa ha revolucionado la Europa toda y los pueblos se despiertan y tiemblan los monarcas. [...]

[...] Los comunistas arrojan el terror en todos los espíritus. No hay un solo soldado en París. Todo el pueblo está armado, y fuerte del triunfo que acaba de obtener toma una actitud amenazante y pretende dictar la ley sobre la Francia entera. No se puede prever lo que va a suceder el día que va a seguir, y reina en todos la incertidumbre del porvenir y el temor de ver renacer un 89."¹⁵⁵

Para fines de 1851, la restauración se avecina. Carlos Guido vuelve a ser testigo del cambio, desterrado del Brasil y en (segundo) viaje por Europa. Olvidando sus reticencias del 48, afirma: "Me desgañité viviendo a la República, execrando al usurpador y sus esbirros" (*Carta confidencial*, p. 56).

Pero Carlos Guido, que confiesa un "invencible aborrecimiento al despotismo" (p. 58) que vuelve a imperar en el panorama francés, y que se había manifestado y habría de manifestarse antimonárquico en reiteradas ocasiones, había reconocido a su llegada al Brasil luego de la experiencia de las barricadas del 48, de todas maneras, las bondades de la monarquía constitucional brasileña:

¹⁵⁴José María Rosa, *La caída de Rosas*, p. 146.

¹⁵⁵La carta cierra con un relato más doméstico, pero tramado con la situación general. Daniel ha tenido que pedirle prestado dinero a Sarratea, el representante de Rosas en París, que lo había sido en Río de Janeiro y a quien Guido reemplazó precisamente cuando se necesitó el cambio de destino de aquél. "No hay dinero en circulación", comenta Daniel. Situación que se agrava en el caso de los extranjeros como él, que no sabe cómo se va a arreglar (Carta de Daniel Guido a su padre, marzo 30, sin referencia de lugar de emisión ni indicación de año, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2059, Correspondencia y apuntes, Legación de Tomás Guido en RJ. 1817-1865). José María Rosa acota que fue Sarratea el primero en saludar a Lamartine en el Hotel de Ville reconociendo la nueva República, y que el poeta hace que se le rindan honores al grito de "*¡Vive la République Argentine! ¡Vive le Président Rosas!*" (José María Rosa, *La caída de Rosas*, p. 146, subrayado en el original). Sobre la experiencia de la revolución del 48 desde una visión desplazada o extranjera, ver Sennett, "El extranjero". El otro hijo de Guido, José Tomás, recibe en Río de Janeiro, durante un baile, la noticia de la proclamación de la República, por boca del Ministro Bernardo de Vasconcelos (cf. José Tomás Guido, *Recuerdos del Janeiro*, p. 160).

"Vengo de una antigua sociedad convulsionada, a un gran centro de la joven América, donde al amparo de una constitución dictada por varones ilustres, esparcen sus beneficios el comercio, la libertad y la paz. [...] Gobernado el Imperio bajo la influencia de un Príncipe que ha sido comparado a Vespasiano y Marco Aurelio, goza como ninguna otra región del continente las ventajas de las instituciones libres, practicadas por un pueblo inteligente y de indole apacible, cuyos negocios se confían a dignos magistrados" (*Carta confidencial*, p. 32).

El antimonárquico es ganado aquí por el cortesano que supo disfrutar de los placeres de pertenecer a una élite desde los trece años.

Pese al privilegio que de todos modos significa ser testigo de la agitada escena europea, hacia el final del 51 otros aires de cambio político lo atraen más; y cuando se entera de la caída de Rosas, Carlos Guido Spano emprende el regreso a su Buenos Aires natal.

VI El Emilio sudamericano o la educación social de los hijos

Cuando partieron Daniel y José Tomás Guido acompañando a su padre a Río de Janeiro, el objetivo era hacer de la experiencia un aprendizaje de vida para los muchachos, iniciándolos en el mundo adulto del trabajo al servicio de la Legación Argentina. Pero la corte agrega un aditamento atrayente y la experiencia se vuelve una verdadera iniciación mundana.

En general no era Daniel la preocupación de sus padres sino el mayor, José Tomás. Ya desde el principio la madre manifiesta su preocupación por el "desaliño" de su primogénito. El descuido del joven ocupa ciertamente muchas páginas (y de las más interesantes) en la correspondencia entre sus padres. Tomás le había advertido a su hijo que

"veníamos a un país extranjero, a donde él entraba por primera vez —que por mi posición, él tendría que alternar con la más alta sociedad, y que no quería yo cargar con la penosa nota de que sus maneras, sus costumbres, si no eran buenas, o la

descompostura de su traje se atribuyese a un descuido mío en su educación".¹⁵⁶

La condición es cuidarse o volver a Buenos Aires. "Escuchó [José] Tomás en silencio esta admonición, y después le previne se cortase las uñas, que no habían probado tijera, ni navaja hacían [sic] lo menos dos años". El tarambana no le hizo caso y, al bajar a tierra, conservaba sus uñas intactas: "Se me arrebató entonces de tal manera la sangre, que se aumentó mi fiebre hasta postrarme", se encoleriza el padre.¹⁵⁷

La primera gran presentación pública de los jóvenes tendría lugar en el baile del Palacio del 24 de julio (dentro de los festejos por la coronación). Pese a todo el descuido, parece ser José Tomás el más entusiasmado con los efectos sociales que puede producir su presencia en las cortes. Y una escena le da la razón. El representante argentino y sus hijos van en sendos coches. Al llegar, Guido advierte que su hijo mayor, que está entrando al Palacio, tiene el florete sin vaina, que se le había caído, y que —afortunadamente para el respeto por el protocolo social que observa el padre— un guardia había recogido. Ya repuestos del episodio, da comienzo el baile y los hijos del enviado de Rosas se lanzan a la pista:

"los caballeros bailaban con la espada puesta y el sombrero bajo el brazo. Una y otra cosa incomodaban a [José] Tomás; dejó la espada y el sombrero a un lado, tomó una inglesa y echó el cuerpo al aire a bailar una valsa entre las parejas en que bailaban las Princesas. ¡Tan persuadido estaba él de su elegancia! Lo cierto es que este despilfarro en un momento en que yo me ocupaba en hablar con dos de los ministros, tuvo inmediatamente imitadores que soltaron también espada y sombrero. ¿Pueden conciliarse

¹⁵⁶Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841 (AGN, Fondo Tomás Guido, 2042).

¹⁵⁷Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042. Tomás Guido cae enfermo al llegar a Brasil, como le había contado a Pilar en carta anterior: "En la mañana del día de nuestro arribo me acometió una fiebre, que casi me postró. Sentía frío de invierno bajo un sol abrasador"; y, más científico, adjudica la indisposición a alguna ingesta realizada en el viaje, aunque admite que siempre lo ha debilitado la navegación (Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 21 de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042). No son infrecuentes las indisposiciones luego de un viaje, como puede verse en las cartas. También le sucede a Andrés Lamas al llegar a Río de Janeiro (Carta a Paz, Río de Janeiro, 6 de diciembre de 1847, en AGN, Fondo General Paz, 119) o a José Mármol al llegar de Río a Montevideo (cf. carta de José Mármol a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 27 de agosto de 1846, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 69).

tales extremos en un individuo? Es ciertamente Tomás una mezcla de docilidad y terquedad, de presunción y desaliño, de talento y de imbecilidad, que lo hacen un ente incomprendible".¹⁵⁸

¿Cómo no confundirlo a Carlos con el ejemplo de su hermano mayor? El futuro poeta, que todavía estaba en Buenos Aires, había recibido de su padre una carta escrita a bordo, en la que le recomendaba aplicación, ya que "por ella han obtenido los dos mayores venir conmigo para empezar a hacerse mundo".¹⁵⁹

Al llegar, los Guido se habían instalado en el lujoso Hotel Pharoux aunque, debido a su estado de salud, el enviado de Rosas pasa dos días en casa del cónsul argentino. Los jóvenes se lanzan a conocer la ciudad, que se presenta particularmente engalanada, ya que todo está dispuesto para la coronación y consagración de Pedro. Río de Janeiro desborda de gente y agitación. Con el correr de los meses, los argentinos recuperan algunos hábitos nacionales, como el del mate, promovido por un envío de la deliciosa yerba que les hace Pilar, y que economizan para que les dure, porque en el Brasil la que "se halla no es tan buena".¹⁶⁰

Mientras, se suceden los paseos por la ciudad: la Isla de Paquetá, la cascada de Tijuca. Si va solo, Tomás Guido prefiere ir armado, por eso le pide a Pilar que le mande dos pistolas de bolsillo, ya que las que llevó consigo no resultan muy portátiles. Al Jardín Botánico fueron los tres porque el padre quería que conocieran "uno de los más hermosos establecimientos de este país".¹⁶¹ En efecto, el Jardín Botánico del Imperio es un modelo, y Sarmiento se detiene durante varias páginas en su libro de viajes para hacer una elogiosa e informada descripción del lugar que visitó junto con el pintor Johann Moritz Rugendas, gracias a los datos proporcionados por un *cicerone* perfecto, como lo fue el naturalista alemán que lo dirigía, König. El emperador pretendía aclimatar en ese Jardín situado detrás del Corcovado la mayor cantidad de plantas del mundo, manifestando una afición por la botánica que debió de heredar de su madre, la emperatriz Leopoldina. Pese a las críticas de algún diputado brasileño que lo

¹⁵⁸Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 7 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁵⁹Tomás Guido a Pilar Spano, Puerto de Montevideo, ¿2? de julio de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁶⁰Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁶¹Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 10 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

considerada suntuario, Sarmiento veía en el Jardín un ejemplo de emprendimiento para (contra) América y su rutina, su incuria y su pereza.¹⁶²

Los Guido conocen y disfrutan del entorno natural, que no deja de deslumbrar a ningún argentino que se pasee por allí; pero lo más importante es la red de contactos en la que representante de Rosas deposita las mayores esperanzas en relación con el porvenir de sus hijos:

"Yo he introducido a ambos en relaciones suficientes para poder concurrir a una sociedad distinta cada día, en que hallen franqueza, niñas y piano; y dentro de un mes, espero que les sobrarán conexiones: así pueden emplear sus ocios con agrado, cosa que en este país no es muy fácil a un extranjero. Me parece que ambos están muy contentos, no obstante que los hago trabajar un poco. Nada les falta".¹⁶³

Daniel, de todos modos, es el más presentable y el mejor dispuesto. José Tomás, en cambio, conserva la tendencia a la reclusión y la apatía que sólo abandona por los bailes.¹⁶⁴ La rutina de los primeros meses comienza a las seis y media o siete para el padre y un poco más tarde para los hijos. Trabajan de diez de la mañana a cuatro de la tarde, hora de comer, luego de lo cual suelen hacer paseos o visitas hasta las diez de la noche. Ya en casa, dedican una hora y media a alguna lectura "instructiva" y Daniel toca el piano.¹⁶⁵ La convivencia con sus hijos le ha permitido al general Guido realizar él mismo un aprendizaje importante para su vida íntima y familiar, ya que descubrió características de los muchachos que sólo la observación diaria y constante le dejó ver. Eso se ve reforzado por un natural sentido de la observación que posee este hombre de

¹⁶²Cf. Sarmiento, *Viajes*, pp. 62-64. Sarmiento hace este paseo "el primer día de carnaval, a fin de escaparnos de la granizada de globillos de cera llenos de agua de olor con que de todas las ventanas asaltan, empapan y aturden al indefenso transeúnte" (p. 63). Recordemos que Rosas, por medio de un decreto del 22 de febrero de 1844, había prohibido el carnaval en Buenos Aires por la violencia de su festejo y no era menos violento en la corte, donde hacia finales de la década de 1850 terminará siendo prohibido y reemplazado por bailes. A la violencia de las aguas que se arrojaban debió sumarse, para muchos extranjeros, la que les producía la mezcla social y la abundancia de negros semidesnudos en plena diversión callejera (cf. Gilberto Freyre, *Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, p. 128-129). Fuera de esa mención de Sarmiento de la fiesta popular, no abundan las referencias de argentinos al "entrudo", término portugués que nombra al antecedente del moderno carnaval.

¹⁶³Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁶⁴El general Guido les compra caballos, sobre todo para que José Tomás salga.

¹⁶⁵Cf. carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

mundo, y sus comentarios se vuelven más interesantes gracias a la finura y la plasticidad de sus descripciones. Daniel está felizmente libre de las "extravagancias" que exhibe su hermano mayor, y se muestra sociable, artístico y muy europeo en sus ideas. José Tomás es más religioso y desinteresado, y aunque buen chico como su hermano, se muestra constante en la "repugnancia estoica al desaliño, a las leyes de la alta sociedad, a las conexiones finas y cultas, y a toda condición que le [sic] prive de la libertad de maneras y de sus propensiones".¹⁶⁶

VII El caso Mármol, entre Guido y Rosas

Pero José Tomás Guido no debe haber aprendido tan mal: el ejemplo de diplomacia y discreción de su padre debe habersele filtrado por algún lado y los años que siguieron para el secretario de la legación argentina debieron ser provechosos, ya que supo conducirse como se debía en una circunstancia determinante.

En agosto de 1847, en carta desde Montevideo, José Mármol le escribe que habría un "vacío inllenable" si no le dedicara uno de los *Cantos del Peregrino* "a alguna persona que lleve el nombre de Guido" y que lo eligió a él para dedicarle el cuarto, *don* que el hijo del enviado rosista en la corte rechaza.¹⁶⁷ Medio año después, Mármol acusa recibo de la respuesta que le da José Tomás Guido en carta del 21 de enero de 1848, donde éste "se niega a aceptar la dedicatoria privada que hice a Ud. del canto 4º del «Peregrino», por no poder envolverse en secreto entre los enemigos del gobierno a quien sirve", menos en momento de graves conflictos. Por lo que le pide que se quede tranquilo, que por el recuerdo de su amistad le garantiza "que ya está en mi poder esa carta, y que nadie será sabedor de ella". Mármol es enfático:

"No tenga Ud. temor. Esa carta, que pudiera convertirse en la sentencia de muerte de su persona [...] no servirá para que pierda Ud. ni siquiera la estimación de

José Mármol".

¹⁶⁶Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁶⁷Carta de José Mármol a José Tomás Guido, Montevideo, agosto de 1847, en AGN, Fondo José Mármol, 2350.

La misiva es clara, contundente y directa. El tono no es frío pero sí un poco formal y, pese a lo que Mármol declara, se lo nota fastidiado —ciertamente— por el rechazo.¹⁶⁸

Cuando escriba sus memorias, y Mármol ya esté muerto, José Tomás recordará el episodio de un modo más beneficioso para su propia imagen y, callando su rechazo, sólo anotará la discreción de su amigo, que había dejado en blanco el lugar de la dedicatoria para no comprometerlo. Agregará, si, una proeza personal al comentar que él había ayudado a su amigo poeta "a refugiarse en 1840, corriendo él mismo riesgosas aventuras por su causa".¹⁶⁹

Para esa fecha —octubre de 1840— los Guido todavía están en Buenos Aires y Mármol se refugia en casa de una tía hasta que consigue pasaportes y se va al exilio, el 17 de noviembre. No es improbable que sea la familia Guido la que, por su acceso al poder, consiguiera sacarlo del país.¹⁷⁰ Porque tampoco es improbable, según comentan algunos historiadores que siguen fuentes cercanas al rosismo, que José Mármol sea un hijo natural del general de la independencia. Arturo Jauretche recoge el testimonio de Bernardo de Irigoyen —cuya familia había servido al rosismo— para demostrar, a falta de pruebas, cómo las relaciones políticas de Tomás Guido protegieron a Mármol en Buenos Aires y de qué modo —años después— Felipe Arana (con suma discreción, por intermedio de su cuñado) comunica al representante de Rosas en Río de Janeiro que tiene "una persona de su confianza que le está pasando al gobierno brasileño copia de la documentación argentina" y también cómo con la mayor cautela Guido lo envía a Montevideo.¹⁷¹ La única razón de esas acciones sería que —como parecía ser de público conocimiento para los contemporáneos— Mármol fuera su hijo natural, hipótesis que explica la falta de información sobre la infancia del

¹⁶⁸Carta de José Mármol a José Tomás Guido, Montevideo, 20 de febrero de 1848. El original que se conserva en el Archivo General de la Nación, Fondo José Mármol, 2350 (de una página) tiene algunas tachaduras y correcciones. Podría tratarse del borrador. De una carta enviada, o no. Si fuera la carta original (y enviada), la desprolijidad podría estar indicando lo molesto que se sentía Mármol en contestar y lo urgido que estaba por acabar con la cuestión.

¹⁶⁹José Tomás Guido, *Recuerdos del Janeiro*, p. 151.

¹⁷⁰Antonio Zinny afirma que "[e]n octubre de 1840, Mármol fue transportado de noche por [José Tomás] Guido y por el cónsul americano Slade a la casa de este último, donde estuvo asilado, hasta que pasó a Montevideo. En agradecimiento a Guido le escribió unos versos muy ingeniosos llenos de chispa sobre el café, de que éste gustaba como bebida favorita" (en *Estudios biográficos*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 250).

¹⁷¹En *Tercera parte de las polémicas de Jauretche. Libros y alpargatas «civilizados o bárbaros»*, Introducción y comentarios de Norberto Galasso, Buenos Aires, Los Nacionales, 1983, p. 11.

escritor y los confusos, borrosos y escasos datos sobre su nacimiento e infancia.¹⁷²

En noviembre de 1851, el Brasil decidió comprar la pluma de Mármol para que publicara en *La semana*, de Montevideo, artículos "favorables a *nossa causa*". Paulino Soares de Souza lo pone en aviso a Honório Hermeto Carneiro Leão, el enviado brasileño en la Banda Oriental que ha resuelto contratarlo, de la filiación del escriba, frente a los cual éste se muestra sorprendido: "¿Mármol *filho* de Guido? ¡Quién lo hubiese dicho!".¹⁷³

En su libro sobre la caída del Restaurador, José María Rosa aporta otros datos, en tono crítico para con Mármol, al señalar que —pese a su oposición a Rosas— acepta un sueldo de su gobierno cuando trabaja en la Legación de Río y que al ser expulsado de allí se le agudizó la furia contra el Restaurador.

"El general Guido protegió a Mármol hasta donde la prudencia lo permitiría. Parece cierto que entre 1841 y 1844 le hacía llegar una mensualidad a Montevideo para subvenir sus necesidades. En 1844 Mármol se presenta en la Legación argentina de Río; el general lo recoge y lo emplea en trabajos de escribiente. Tal vez no sirviera en ellos, o tal vez fuera comprometedor dejarle acceso a documentos reservados",

por lo que lo envía nuevamente a Montevideo y deja de pasarle dinero.¹⁷⁴

¹⁷²A esta escasez de datos se refieren todos los estudiosos de Mármol, aunque la mayoría lo hace sin aludir siquiera veladamente a la posible paternidad de Guido.

¹⁷³Citado en Jauretche, *Libros y alpargatas*, p. 13, donde se dice que esta información está en el Archivo Itamaraty y que le fue brindada por José María Rosa. Ver, también, José María Rosa, *La caída de Rosas*, p. 525. El primer artículo de Mármol aparece en el número 32 de *La Semana*, el 15 de diciembre de 1851 y trata —como indica su título— sobre la "Cuestión del Brasil en el Río de la Plata. Su derecho a intervenir militarmente. El Brasil no lleva la guerra a la República Argentina. Nuestras relaciones futuras con el Imperio."

¹⁷⁴José María Rosa, *La caída de Rosas*, p. 528. En una carta de 1854 (durante el destierro en Montevideo, al que lo condenó el gobierno de Buenos Aires por orden del 29 de diciembre de 1852 [Cf. Barreda Laos, *Gral. Tomás Guido*, p. 298-308]), José Mármol le dirá al general una frase que, contextualizada con estos datos familiares, cobra mayor significado: "Nadie en el mundo conoce a Ud. mejor que yo" (Carta de José Mármol a Tomás Guido, Buenos Aires, 8 de septiembre de 1854, en *Papeles de Guido*, p. 284). También puede cobrar más significación el modo en que Mármol se despacha contra los argentinos del Brasil, en carta desde Río de Janeiro a Juan María Gutiérrez, que está en Pelotas, localidad de Rio Grande do Sul: "Los argentinos que llegan a este país, la mayor parte se van a pedirle perdón a Rosas; y de los que quedan todavía, maldito si le respondo a Ud. de otro que de mí mismo, que no se habrán de ir más hoy o más mañana. Hay mucho vulgo, amigo mío" (carta del 27 de julio de 1844, en *Archivo JMG*, tomo I, p. 281). En este marco, algunos biógrafos le harían bordear el incesto a Mármol al señalar a Pilarcita como el motivo de acercamiento del poeta a la familia Guido.

La relación de Mármol con los Guido es realmente familiar. Y si el enviado de Rosas acoge al desterrado y lo pone a trabajar en la Legación no son pocos los dolores de cabeza que le acarrea —como comentaba Mariquita— al filtrar información confidencial a la prensa de Montevideo. Pudo ser ése el motivo por el cual Mármol se fue de Río en abril de 1846, segunda partida ya ahora sí definitiva, pero no hacia Chile como pretendió en la primera (en febrero de 1844), sino hacia la más próxima ciudad de Montevideo.

Cuando —en la carta desde Río de sus *Viajes*— Sarmiento denuncia la red de control de Rosas en el Brasil, comenta que Tomás Guido había "arrancádole" al Brasil un tratado que se mantenía secreto "por el cual la policía brasileña se encargaba de hacer el oficio poco honroso de carcelera de los emigrados argentinos", y agrega que el asunto se conoció porque alguien se había robado el documento y lo había dado a conocer en Montevideo.¹⁷⁵ ¿Habrá sido Mármol? Es posible.

Y si la relación familiar pudiera ser confirmada por ciertos hábitos compartidos, el desaliño de José Tomás no desentonaría con los descuidos que le habría adjudicado Juan Bautista Alberdi a Mármol, prometiendo este último no compartir nunca más la habitación con nadie, como lo había hecho con el autor del *Peregrino* ese enero de 1844, en el Hotel de Europa, en Río de Janeiro. En su diario, el día 19, Alberdi anota, muy probablemente refiriéndose al poeta:

"Vivo con... atormentado, incómodo, y todo por mi indulgencia y tontería de mujer pública. ¿No he hecho ya mil juramentos de no vivir jamás en comunidad con nadie? ¿No es esta odiosa comunidad el semillero de todas las desavenencias y rencillas? [...] Hoy he faltado a un almuerzo a que fui convidado por el general Guido. Ignoro lo que resultará: venga lo que viniere. Yo no doblaré jamás mi altivez digna. Yo debía ver en el almuerzo a..., a quien no hablo desde ayer. El tiene ascendiente en la casa; si su gesto se pegaba al de los otros, yo habría sufrido, me habría retirado ofendido, no habría vuelto. Detesto las casas en que un cualquiera monopoliza la opinión íntima y doméstica sobre los que frecuentan en ellas. Es preciso estar bien con semejantes gentes, para ser mirado con estima por las personas de la casa, que ellos manejan

¹⁷⁵Sarmiento, *Viajes*, p. 68. Si bien Sarmiento celebra al peregrino y su poema —como vimos en la Introducción—, lo ubica a Mármol "al lado de Guido, el solícito servidor de Rosas" (p. 70).

por el chisme y la cábala, como los frailes: según las impresiones de su humor y voluntad".¹⁷⁶

Con Mármol se disculparía Alberdi al partir para Chile, adonde llegará sano y salvo, por haber decidido salir antes y no esperar que zarpara la Rumena como lo haría el autor del *Peregrino*, por desgracia. Alberdi se deja acompañar para que lo despidan — pese a las airadas manifestaciones de su diario— por un hijo de Guido y por Mármol, a quien —en carta del 6 de febrero escrita a bordo— le agradecerá un envío que parece ser dinero (¿las arcas de papá Guido darían para todo?), resaltando su generosidad y prometiendo esperarlo en el puerto, asegurándole que eran lágrimas las que tenía en los ojos cuando se separaron, y devolviéndole las disculpas:

"¡Ud. me pide perdón por sus rarezas! Pero soy yo, buen muchacho, el que debe pedirselo, porque yo he sido el majadero, el viejo, el incómodo. ¡Qué diablos! Todo eso es doméstico, mezquino. Lo que queda, ¿qué es? Los recuerdos por los bellos rasgos".¹⁷⁷

Toda la relación tiene algo de intensidad pasional, sobre la que no podríamos aportar más datos que alguna conjetura. Las relaciones de los argentinos expatriados no resultaban fáciles, por lo visto, y debían fluctuar al ritmo de los entusiasmos y los desencantos, pero tal vez no sólo de los de la política. Así, no

¹⁷⁶Juan Bautista Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, pp. 215-216. Muchos años más tarde, alabando la elegancia de Juan María Gutiérrez, Alberdi dirá que "[h]asta dormía con gracia, lo contrario de Mármol, que cuando dormía, con él dormían el pudor y la poesía" (en "Juan María Gutiérrez", *La Biblioteca*, p. 183). En el Brasil, Alberdi está realmente ofuscado: considera al mes pasado allí como el más *tonto* de su vida. Y comenta que, en el mismo día, se malenquista con Rivadavia y con Guido, los dos representantes antagónicos de la política argentina residentes en Río de Janeiro, porque cada uno de ellos creará que él está con el otro. Creo que eso representa el modo en que se ha juzgado siempre su colocación política. Alberdi acepta lo que puedan sentir Guido o Rivadavia porque "tal es la suerte de los que no se subyugan a una persona o a un principio exclusivo, sea de interés público o privado" (p. 216). En la polémica con Sarmiento (de la que nos ocuparemos más detenidamente en la Conclusión), al rebatirle Alberdi sus acusaciones, explicará que nunca habla tenido contactos con Arana, como sí los había tenido con Tomás Guido, a quien "tengo el honor de conocerle desde Buenos Aires; a la vuelta de Europa recibí en Janeiro atenciones de su parte, y en Chile, algunas cartas ajenas a la política" (Juan Bautista Alberdi, *Complicidad de la prensa en la guerras civiles de la República Argentina, Obras escogidas. Tomo VII*, Buenos Aires, Editorial Luz del día, 1954, pp. 123-124). Si es cierto que Mármol era poco poético en sus hábitos más domésticos y si es hijo de Guido, cabría preguntarse qué factura le estarían pasando sus desaliñados descendientes al refinado general.

¹⁷⁷Carta de Juan Bautista Alberdi a José Mármol, 6 de febrero de 1844, a bordo del Benjamín Hort, citada por Rafael Alberto Arrieta, en el prólogo a José Mármol, *Poesías completas*, tomo I, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1946, pp. xviii-xix. (Arrieta decodificó una caligrafía ciertamente imposible, como puede verse en el original que se conserva en el AGN, Fondo José Mármol, 2350).

resulta extraño que en 1842, varios años antes de todo el *affaire* de la Legación argentina en Río Janeiro, Mármol pudiera de todas maneras recibir una carta de su amiga Juana Manso hablando mal de los Guido, con quienes ella se cruza, exiliada como está en la misma ciudad en la que éstos viven:

"No ha muchos días que encontré a Daniel en una casa de refresco; lo que Ud. me dice a respecto de este joven me ha hecho justificar en la opinión que tengo formada de los moros que han bajado el cuello al dogal Rocín. «El que no es buen patriota no es ni buen hijo ni buen amigo»; el que es amigo de Rosas es tan infame como el tirano, es un miserable; no insulto a Daniel; lo mismo pienso de todos los rocines en general.

[José] Tomás Guido es la criatura más baja que Dios echó al mundo, una noche le he oído hablar sobre Rosas y le juro que si yo hubiera sido hombre, le hubiera costado muy cara su adhesión a el [sic] tal manequin [leo eso] de filosofía; ahora va a casarse con una niña, porque ella tiene unos cuantos contos de rei; sé detalles muy curiosos sobre este particular, que ponen a Tomás en un pobre lugar; encomiéndole discreción".¹⁷⁸

Las mujeres, como hemos visto también con Mariquita para el caso de Rivadavia, muestran mayor franqueza que los varones y combinan muy bien la lectura de las acciones públicas y privadas al examinar los valores de los prohombres. Y creen, como lo dirá la propia Manso en una de sus novelas, que la observación del modo en que viven las personas, sus hábitos domésticos, y no las fisonomías, "es el medio infalible de llegar al conocimiento moral de los individuos".¹⁷⁹

¹⁷⁸Carta de Juana Manso a José Mármol, Río de Janeiro, 25 de julio de 1842, AGN, Fondo Tomás Guido, 2350.

¹⁷⁹Juana Manso, *La familia del comendador*, Buenos Aires, Imprenta de J. A. Bernheim, 1854, p. 57. Mármol, en una carta anterior a la de Manso (fecha en Montevideo el 26 de mayo de 1842), había lamentado que Daniel Guido fuera "el único [joven] que había creído amigo mío, y que a pesar de haberse convertido en un ingrato, lo amo entrañablemente. He pasado junto a él los más bellos días de mi vida, y los más amargos también; creía que en nuestras almas había una afinidad de sentimientos que ni el tiempo ni la distancia extinguiría. Pero de repente se ha olvidado de mí, y hace seis meses que no contesta a mis cartas. Quizás lo ha convencido la sociedad que un amigo desgraciado es un peso del que es preciso deshacerse; y ha buscado otro más feliz. ¡Cómo ha de ser! Yo no le escribiré una palabra, pero sabré quererlo" (citada en María Velasco y Arias, *Juana Paula Manso*, pp. 209-210).

3. El Oriente de América

I Excursus

Si en julio de 1844, Mármol le había sugerido a Gutiérrez Chile como lugar más conveniente que el Brasil para seguir desde el extranjero la lucha contra Rosas, y no muchos meses después sería tajante al decirle que se iría de Río "aunque sea huido" porque "ya no puedo; me ahogo si estoy más aquí";¹⁸⁰ a partir de lo que conjeturamos como expulsión *familiar*, no dejará de desear volver a la maravillosa ciudad de Río de Janeiro, considerando intolerable la vida en la sitiada Montevideo, donde "[t]odos los que estamos aquí somos hombres al aire o al agua, porque o nos cuelga Rosas o nos vamos a viajar; no hay medio".¹⁸¹ Pero no pudo retornar. A las probables reticencias *paternas* se sumó la orden del Comandante de la Estación Naval Brasileña en el Río de la Plata para que ningún barco del Imperio condujera a Mármol de nuevo a la ciudad de sus sueños. ¿El motivo? La imagen desfavorable que había diseñado de Pedro II en el canto XI del *Peregrino*.¹⁸²

Obligado a quedarse en Montevideo, "purgatorio de los vivos", Mármol extraña "ese paraíso terrenal donde sólo se piensa en divertirse" al que ahora quiere volver, como le dice a José Tomás Guido, porque "¡Ay, mi amigo, qué aburrido estoy de la democracia, a pesar de las peroraciones de Echeverría y de la revolución de Mayo!".¹⁸³ Con gesto cortesano, seguramente extrañaba ahora el hábito de concurrir todos los días, a las seis de la tarde, al Paseo Público, que no sólo no interrumpía por nada sino que podía llevarlo a terminar una carta porque se le hacía la hora.¹⁸⁴

El Paseo Público había sido mejorado en 1841 y, así, había ganado en imponencia el magnífico balcón que daba al mar, en una vista contorneada por árboles frutales. Los otros lados del predio estaban rodeados por un muro y se

¹⁸⁰Carta de José Mármol a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 13 de septiembre de 1845, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 11.

¹⁸¹Carta de José Mármol a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 27 de agosto de 1846, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 68.

¹⁸²Esto desencadena en el escritor una interesante reflexión sobre la lectura de la literatura de viajes: "¿Qué afán no tendrían los Almirantes franceses o ingleses si hubieran de estar leyendo las obras de los viajeros para permitirles o negarles pasaje en los paquetes de sus respectivas naciones?" (Mármol, *Cantos de Peregrino*, notas al canto XI en la edición de 1889, p. 394).

¹⁸³Carta de José Mármol a José Tomás Guido, Montevideo, agosto de 1847, en AGN, Fondo José Mármol, 2350. Arrieta sostiene que dice "Echeverría" (en prólogo a José Mármol, *Poesías completas*, p. xxxiv); a mí el nombre me resultó ilegible en el original.

¹⁸⁴Carta de José Mármol a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 13 de septiembre de 1845, en *Archivo JMG*, tomo II, p. 11.

accedía al Paseo por un elegante portón.¹⁸⁵ Cuenta Tomás de Iriarte, que lo conoció ese mismo año:

"El paseo público es delicioso, y sin embargo poco o nada concurrido: contiene gran variedad de árboles frutales, plantas y flores indígenas de los trópicos; las calles están cerradas con verjas de hierro en toda su extensión: tiene dos obeliscos en piedra, y enterrado con una fuente también en piedra bien trabajada. Desde este paraje, único descubierto, se goza la deliciosa vista de la bahía, islas, playa grande, y la cordillera majestuosa que está a su espalda; Pan de Azúcar y la entrada al puerto. Las olas del mar baten sobre este frente: los otros tres están cerrados por un muro de piedra".¹⁸⁶

Según las crónicas, eran los extranjeros los que se sentían más a gusto con el Paseo,¹⁸⁷ ya que los brasileños fueron dejando de frecuentarlo, asqueados como se sentían del "mau hálito dos «tigres» que durante todo o reinado de Pedro II rugiam por aquelas praias e junto daquele terraço magnifico", como expresa metafóricamente Wanderley Pinho aludiendo a los olores que provenían de las *pipas* o barriles que llamaban "tigres",¹⁸⁸ que cargaban basura y excrementos humanos y que los esclavos transportaban sobre sus cabezas hasta la playa, los ríos o los matos, después de las diez de la

¹⁸⁵Wanderley Pinho cita, del *Jornal do Comércio* del 9 de julio de 1841; "Sr. Redator, Permitame lembrar aos Snrs. diretores da iluminação do Passeio Público a conveniência (senão indispensável necessidade) de mandarem abrir uma porta temporária no muro ali, para que o povo possa ter uma para entrar e outra para sair, afim de assim se evitarem os desaguisados, apertões, sufocações e desordens que tiveram lugar a vez passada quando ali houve luminárias e só uma porta para o serviço público. *Um do povo*" (en *Salões e damas do segundo reinado*, pp. 329-330).

¹⁸⁶Tomás de Iriarte, *Memorias*, pp. 329-330.

¹⁸⁷"Le Vayer, diplomata francês que nos visitou em 1844, achava o Passeio Público um lugar maravilhoso — «à noite ali permanecer ao luar era agradabilíssimo. E sobretudo cismar-se no seu famoso terraço, contemplando o mar e tendo em torno de si a folhagem sombria de bambus, mangueiras e bananeiras projetada sobre o céu estrelado»" (Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 252). Hacia mediados de la década del 30, por su parte, la calle más elegante y de moda era la Rua Direita, pero luego se va dando un cambio en los hábitos sociales, que incluyen paseos a la tarde por las avenidas, por lo que "o acanhado das ruas, o odor do esgoto, o serviço urbano dos escravos, o cheiro de maresia, tudo contribuía para a decadência do local" (Lília Moritz, *As barbas do Imperador*, p. 106); así se explica el cambio de preferencias de la Rua Direita a la de Ouvidor. Las calles por las que se paseaba la sociedad carioca para mostrarse eran consideradas salones al aire libre (Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 256).

¹⁸⁸Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 252.

noche, como reconstruye Gilberto Freyre.¹⁸⁹ Recién llegado, Florencio Varela se quejaría:

"Por ahora me disgusta el calor, que me quema, mientras la gente del país usa capote porque es invierno; y el que ninguna casa tiene letrinas, aunque en mis cortas investigaciones he averiguado de cierto que los habitantes no están exentos de necesidades para que son precisas aquellas oficinas".¹⁹⁰

A juzgar por el testimonio de Juan Bautista Alberdi, la policía cuidaba la higiene de la ciudad de un modo que llamaba la atención, porque se preocupaba por multar a los que arrojaran cáscaras de fruta en las calles pero "no se repara en que se derrame un barril de... en la más pintada calle de Río. Se puede aplicar a este país el refrán *a nadie le huele...*".¹⁹¹ Pero aunque los argentinos no lo crean así, a los brasileños también les molesta el olor de la ciudad que los antirrosistas en tránsito no dejan de recordar.¹⁹²

No faltaba mucho para que fueran llegando los primeros servicios públicos de distribución de agua y de saneamiento, que deslumbraron —junto con el boato de la corte— a Mariquita Sánchez, porque la cuestión del *confort* está asociada a la incomodidad que genera el calor —referencia obligada de los exiliados que pasan por Brasil—, que aturde de tal modo que impide moverse. Los privilegiados son aquellos que residen en

"hermosísimos palacios en el campo: esos viven con delicias, porque el país se presta. Sólo con decirte esto te harás una idea. En cualquiera de estas casas tienes una o dos fuentes con chorros de agua más rica y más clara, sin parar. Te bañas, bebes, lavan con aguas abundantes; los jardines, siempre verdes, siempre llenos de flores. Para los que han tomado sus medidas para vivir

¹⁸⁹Cf. Gilberto Freyre, *Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, p. 137. Es el estudio de Gilberto Freyre el primero que permite recuperar algo que no solía ser abordado para el análisis de la vida social en América Latina: el olor urbano.

¹⁹⁰Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Río de Janeiro, 16 de junio de 1841, *Archivo JMG*, tomo I, p. 220. Resalta, a continuación, eso sí, el "extremado aseo" con que los sirven en la posada en la que al principio se aloja con su familia; porque, como compensa G. Freyre: faltaba de higiene pública, pero era un hábito la higiene personal (*Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, p. 136-139). Hasta 1860 fue habitual seguir los dictados de la moda europea, a despecho de los calores del trópico.

¹⁹¹Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, p. 218.

¹⁹²También Iriarte se quejará del olor insoportable que contrasta con el lujo que ostenta la Rua de Ouvidor (*Memorias*, p. 327).

con agrado, es delicioso. El tiempo que he vivido en el Hotel, he vivido bien; pero mientras arreglo mi pobre casa, sufro. ¡En el Hotel tomaba un baño con toda comodidad! Tienes sobre la tina, dos llaves: de agua fría y de agua caliente. Entre personas como nosotras, esto es impagable. En la misma tina, si quieres más frío o más caliente, lo tomas; pero esto es a cuatro reales plata, y agregado a otras cosas, era preciso pensar. En mi casa vivo con menos, no hay duda. Siempre puedo economizar".¹⁹³

Con las diferencias que pueden generarse con el transcurso de los años (cinco en este caso), en algo coinciden Mariquita Sánchez y Florencio Varela en relación con Río de Janeiro, al margen del calor: es en lo beneficioso que resulta para la salud de ambos el clima tropical. Al publicista lo repone de una afección pulmonar severa. Y Mariquita, ya de vuelta en Montevideo, valorará —entre las cosas que le dejó ese viaje— la recuperación de fuerzas, el mejor color, la mejora general de su salud. Lo más marcado: se le pone bien el pelo, que fuera el centro de su somatización por los padecimientos durante el año 40.¹⁹⁴

Debían ser benéficos los paseos a caballo. Por eso Tomás Guido le compra uno a José Tomás, para que salga de su encierro; y él mismo, como también lo hará José Mármol, disfrutará de sus paseos ecuestres por la ciudad, a los que no fue ajeno Florencio Varela, que le pidió a Gutiérrez, ya en la primera carta, que le enviara su silla de montar con todos sus arreos. Es a su mujer que Guido le aconseja que lleve, cuando viaje para allá, su silla de montar,

¹⁹³Carta de Mariquita Sánchez a Florencia Thompson, [Río de Janeiro] 5 de diciembre de 1846, sin mención de lugar, en Clara Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, pp. 137-138. Cuando preparaba su viaje al Imperio, la promesa de una vida económicamente más relajada y sobre todo sin la escasez que se sufría en la sitiada Montevideo cautivó a Mariquita, quien descubrió luego —de todos modos— que Río de Janeiro, aunque seguramente ya no tan cara como en épocas de la coronación, no era tampoco una ciudad barata. Ya en Buenos Aires, Mariquita imitará la novedosa distribución del agua que vio en Río e instalará un sistema análogo en su casa, según testimonio de su amiga Mariquita Nin (cf. *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.151). Este es otro aprendizaje de la exiliada: la incorporación de la idea del *comfort* (asociado a la higiene), que se suma a los aprendizajes que comentaremos en la Cuarta parte.

¹⁹⁴No es infrecuente que, en el exilio montevidiano, Mariquita se queje de la salud. En ocasiones, son las violencias de la política las que hacen síntoma en su cuerpo: "Te aseguro que mi cabeza es un volcán. Así, sobre todas mis penas iré con peluca, porque tengo tales dolores de cabeza que se me cae el pelo a mechones" (carta de Mariquita a Juan Thompson, Montevideo, 31 de marzo de 1840, en *Cartas de Mariquita Sánchez*, p.42). No será la única (ni la última) vez que Mariquita manifieste su agotamiento. Por otro lado, respecto de las bondades del clima, Wanderley Pinho comenta que los tísicos solían "ir de Buenos Aires u otros lugares del mundo a Río de Janeiro, como a un *refugium peccatorum*" (de una crónica de 1862 de la *Revista Popular*, citada en *Salões e damas do segundo reinado*, p. 258).

ya que en Río son carísimas. Y le acota una modalidad del lugar: "Pocas brasileñas andan a caballo; pero esto depende del singularísimo sistema que siguen, y de que ignoran hasta el modo de disfrutar de las bellezas de su propio país".¹⁹⁵

"Se ha escrito algo y se ha hablado mucho sobre la clausura en que viven las brasileñas", confirma —rotundamente— José Mármol en una de las notas al pie del canto dedicado al Brasil en el *Peregrino*. Pero lo que Mármol quiere desmentir es la serie de interpretaciones falsas que se han hecho al respecto, para dar el verdadero —y ciertamente simple— motivo del retraimiento: "La brasileña se presenta pocas veces en los paseos públicos o en las calles de la ciudad. ¿Luego, sus maridos las encierran? No; luego, ellas son las hijas bien disciplinadas de su clima; este es el verdadero *luego*."¹⁹⁶ Permanece, así, en la penumbra de su cuarto, vestida livianamente, cuidando su piel del sol. Tampoco saldrá al atardecer, ocupada como está en hacerse la *toilette* para el baile de rigor.

El tono de la nota deja ver las *saudades* que el autor del poema todavía sentirá por largo tiempo respecto de la sociedad femenina de la corte. Y conocedor del ámbito, aprovechará la nota para discurrir apretadamente sobre lo que lo diferencia a él mismo de otros. Mármol ha sido un viajero huésped, residente, y no un viajero de paso que "desde las ventanas de un hotel y en veinte días de residencia han juzgado y sentenciado la mujer brasileña sin más datos que su ausencia de las calles y celosías de sus balcones. Los que hablan solamente, no hacen sino repetir lo que han leído con algo más que agregan de su derecho irresponsable".¹⁹⁷ Mármol puede comprender la gramática social y decodificar los usos y costumbres, con la autoridad que le dan su conocimiento

¹⁹⁵Carta de Tomás Guido a Pilar Spano, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1841, en AGN, Fondo Tomás Guido, 2042.

¹⁹⁶Mármol, nota V al canto XI de *Cantos del Peregrino*, que está fechada (la nota) en Montevideo, noviembre de 1846 (pp. 389-390, subrayado en el original). Mármol, tal vez pudoroso o insensible a los malos olores, no menciona el olor de los tigres como otro de los motivos que llevan a la sociedad a no andar por la calle: "Todos preferem espiar das janelas ou da porta, quando não se deixam ficar num salão abafado entre o piano e os candelabros" (cita de C. Ribeyrolles, *Brasil Pitoresco*, en Wanderley Pinho, *Salões e damas do segundo reinado*, p. 329).

¹⁹⁷Mármol, *Cantos del Peregrino*, p. 389. Alberdi se referirá también al encierro de las brasileñas, por imposición de los maridos, que resultan verdaderos déspotas, según su conclusión, fruto de su escaso mes en Río de Janeiro (*Impresiones y recuerdos*, p. 211); e Iriarte —en otra también corta temporada en la ciudad— podrá describir a la mujer brasileña gracias a lo que "he podido observar mirando por casualidad a los balcones y a los coches al paso" (Tomás de Iriarte, *Memorias*, p. 332), porque apenas si se las ve en las calles.

de la herencia portuguesa —que da por sentado también en su lector que, si instruido, no necesita de mayores explicaciones—, la observación y la experimentación propia del modo en que se comportan las brasileñas con propios y extranjeros, y su frecuente presencia en tertulias.¹⁹⁸

Parecería que Mármol pudiera —y quiere imponer la imagen de que puede— comprender el funcionamiento social y decodificar los signos, como quien descifra un idioma extranjero al que le ha encontrado la clave (algo que hará algunas veces en las notas al pie). Este extranjero se ha tomado el tiempo de observar y deducir; y demuestra —además— que conoce bien el protocolo de la sociedad carioca, por lo que las notas van a servir también de guía para otros, instruyendo —como lo hacen— al lector. Estas notas al pie son, en muchos aspectos, una especie de *gramática social* sobre cómo conducirse y cómo interpretar las señales de manera correcta si se quiere ser recibido y participar de las reuniones sociales, que no deja de funcionar como una instrucción de uso.

La nota al pie resulta, en este caso, literalmente un *excursus*. Porque el viajero puede rodear y salirse de la trilla marcada por las guías. Este sujeto en tránsito no se aposta en la fijeza de la ventana de un hotel: *anda* la ciudad, observa las celosías cerradas, pero penetra (ha sido y está habilitado para ingresar) en las casas. La nota al pie en Mármol funciona, entonces, como un verdadero *excursus*, y cumple prácticamente con todas las acepciones del término, manifestándose así como un recorrido, una excursión, una entrada en el campo del otro (que incluso alguna vez es el enemigo), y también una irrupción, una digresión y un rodeo. Perfectos modos de traducción de la escritura que le conviene a un sujeto en tránsito que —en concordancia con esto— echará mano de justificativos para transformar en recursos estéticos lo que no es sino imposición de las circunstancias, produciendo una escritura también en tránsito, que sabe de desprolijidades, repeticiones y acumulaciones tanto como de enunciaciones sin pompa, al correr de la pluma. Eso hace (y dice

¹⁹⁸Para la fecha (1846) no es el de Tomás Guido el caso de un viajero de paso, ya que lleva cinco intensos años inmerso en la sociedad brasileña; pero sí se le ajustaba bien el modo a los dos meses de llegar, en septiembre de 1841. Entre los funcionamientos sociales que ha decodificado Mármol está el modo como ingresa un extranjero a una casa de familia, por la intermediación de "una carta respetable de recomendación"; que si bien franquea el acceso, no garantiza la permanencia, que tendrá que conseguir el propio aspirante a través de su educación, sus acciones, su moral (Mármol, *Cantos del Peregrino*, p. 390). Sobre el tipo de viajero que es Mármol, volveremos a ocuparnos en la Cuarta parte.

que lo hace) también Sarmiento, particularmente en el *Facundo*. En el caso de Mármol, la nota al pie de la lírica es parte de esa escritura en tránsito, que se sale del itinerario del poema para poder anotar lo que de otro modo se escaparía y que la avidez de viajero no quiere, no puede desperdiciar, perdiéndolo.¹⁹⁹

II Orientalismo americano

No parece desacertado lo que dice Mármol de la mujer brasileña, ya que —con un fino poder de observación— llegó a percibir lo que los estudiosos del siglo XIX confirman: la melancolía o "especie de suave reconcentración" de esas féminas, que habían hecho un arte de la timidez que manifestaban frente a un extraño, lo que constituía uno de sus mayores atractivos.

En el propio poema, Mármol les dedica varias y exaltadas estrofas del Canto XI. Exultante por la contemplación de las bellezas brasileñas, el yo poético se muestra extasiado y celebra sus formas, le canta a su "voluptuosa armonía" y adivina el perfil de los senos tras las muselinas y los encajes que velan las fuentes de esa voluptuosidad, que la mirada del poeta adivina —de todos modos— en toda su "redondez". La descripción es deudora del exotismo orientalista al que ha recurrido todo el romanticismo europeo en general. Así, estas seductoras "mujeres de tez morena" y brillantes ojos negros se apantallan con displicente coquetería, *maliciosa* dejadez y "abanicos de la India":

"Mujeres así, en el mundo,
al extraño que las mira,
si ellas dicen: «brasilianas»
él las presume odaliscas
que del Oriente escapadas,
llenas de encanto y de vida,
corrieron al nuevo mundo

¹⁹⁹Tomo las (felices) expresiones de "sujeto en tránsito" y "escritura en tránsito" de Flora Süssekind, aunque no sigo al pie de la letra sus conceptos (cf. Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, pp. 122 y 144-145). La crítica brasileña también postula un narrador en tránsito, que produce el pasaje de los cronistas de los años 30 a la ficción brasileña ya más definida de los años 50 (p. 159). Para otra consideración del *excursus*, ver Van Den Abbeele, a propósito de un desvío muy interesante del diario de Jean-Jacques Rousseau (Van Den Abbeele, *Travel as metaphor*, pp. 133-134), que se vincula a la definición de *relation de voyage* (pp.xx-xxi —y cf. nota 71 de la Cuarta parte—).

tras su libertad querida,
dejando entre los serrallos
cadenas y cachemiras,
mas trayendo su belleza,
su amor y su poesía."

La orientalización de las mujeres se realiza en la edición del poema de 1889, y si la versión del manuscrito de 1849 ya dejaba adivinar cierto entorno muelle, ojos cautivantes y velos que cubrían formas que convidaban al deleite, Mármol todavía estaba buscando el tono, y la analogía no terminaba de fraguarse. Esa primera versión es un poco más cruda en el diseño de los cuerpos y la lascivia se dice más claramente.²⁰⁰ Lo más significativo, en este caso, es el silencio de esas mujeres que habitan una zona de "ardiente clima", que contrasta con la elocuencia de sus miradas. Y que la perezosa displicencia con que se echan sobre sus hamacas o divanes esté rodeada de esclavos que "sumisos las abanicán".

Los ambages de Mármol se notan. Es evidente que, en la nota al pie, la mujer en que pensaba era la blanca mujer de origen portugués que él frecuentó en la corte. Y sus instrucciones de uso —la gramática social que decodifica y ofrece al neófito— no parecen contemplar ningún orientalismo, que es lo que sí despliega en el poema. Así, por exigencias de la lírica, el universo orientalista es convocado por necesidad estética, pero puede dejarse de lado cuando de instruir se trata. En el poema, a primera vista, se tiene la sensación de que la africanidad ha sido obturada: lo más notorio es que entre la versión de 1849 y la de 1889 desaparecen los esclavos que abanicán. Y aunque las mujeres celebradas no son las negras o las mulatas (es conjeturable un deseo funcionando metonímicamente, de todos modos), y si bien lo níveo del seno de las mujeres es resaltado, no pasan inadvertidos el color moreno de la piel y la negra brillantez de los ojos y de los cabellos ondulados. Son esclavas del harén en el trópico americano. Y si no fue éste el fragmento que eligió Sarmiento para celebrar el *Peregrino* de Mármol (Sarmiento se refería a los pasajes donde se

²⁰⁰El fragmento sobre las mujeres brasileñas como orientales está en Mármol, *Cantos del peregrino*, pp. 154-155 (texto del manuscrito de 1849) y pp. 324-326 (texto de la edición de 1889). El poema busca ser más sutil con la reescritura y pasa de "que alto y derramado el seno,/ sus dos esferas partidas,/ medio veladas apenas/ con el aliento palpitan" (p.154) a "Ancho y derramado el seno,/ late contando que abriga/ un manantial de deseos/ en voluptuosa armonía;/ y en él, veladas por nubes/ de encajes y muselinas,/ dos ondas de un mar de leche,/ si no se ven, se adivinan" (p. 325).

describe el Trópico), con él se confirma, magnificando el acierto de la conexión, que es verdad que fragmentos del poema "debieran andar entre *Les Orientales*", de Victor Hugo.²⁰¹

Porque no es Sarmiento el único que todo lo ha leído; y Mármol aporta una imagen orientalista al romanticismo argentino, ya no en relación con la pampa —para encontrar la clave con que descifrar el enigma de la patria—, sino en la línea de los viajes, de la ida hacia los otros, como hacen Delacroix, Chateaubriand, Volney, Lamartine o Byron, y como el propio autor del *Facundo* en Argelia, aunque allí él no deje de aprovechar para confirmar todas sus intuiciones librescas sobre el desierto y la pampa o La Rioja y Palestina.²⁰² El romanticismo argentino ha asumido la actitud del orientalista cultivado de la que habla Edward Said, que acumula la experiencia del que lo precede, al que ha leído. Así, Oriente es permanentemente, más que escrito, reescrito; y —agregamos— más leído que efectivamente transitado, porque no es necesario haber pisado Oriente para ser orientalista, ya que Oriente es más una idea —literaria— que un lugar:

"En el sistema de conocimiento sobre Oriente, Oriente es menos un lugar que un *topos*, un conjunto de referencias, un cúmulo de características, que parece tener su origen en una cita, o en un fragmento de texto, o en una cita del trabajo de alguien sobre Oriente, o algún trozo de imaginación previa, o una amalgama de todo eso".²⁰³

Las *orientales americanas* de Mármol son más lúbricas que la pícara árabe con la que coquetea al paso Sarmiento en el norte de Africa, y uno puede

²⁰¹Hemos observado que los fragmentos sobre los trópicos y sobre las mujeres como orientales están bastante contiguos en el manuscrito de 1849, ubicados ambos en el canto III de esa versión. En la de 1889, esa descripción del trópico quedará en ese canto y se completará con un mayor desarrollo sobre el Brasil en general en el XI, hacia donde Mármol llevará el fragmento sobre las mujeres, aunque reescrito. Para otros (mayores y laboriosísimos) detalles sobre las diferencias entre las versiones, ver la edición de Burlando de Meyer. Juan Bautista Alberdi trasladará la imagen negativa que tiene del Brasil al tipo de mujer brasileña, y sin señales de haberse dejado seducir prácticamente por ninguna (porque a las dos que recupera las describe como un antropólogo a su objeto de estudio), dirá que la brasileña es "negra, pequeña, flaca, mal configurada, sin gracia" (*Impresiones y recuerdos*, p. 211). Iriarte será (sólo) un poco más abierto y elogiará con reparos: "El bello sexo de Río Janeiro no es del todo desagradable en su apariencia: el color es generalmente oscuro, pero se ven muy buenas caras, y los ojos son comúnmente negros y expresivos" (*Memorias*, p. 332).

²⁰²Sarmiento se detiene a describir un grupo de mujeres árabes y, como Echeverría cuando cita a Byron en *La cautiva*, habla de la universalidad del dolor de una madre (*Viajes*, p. 193).

²⁰³Edward Said, *Orientalism*, New York, Vintage, 1994, p. 177.

reconocerlas en las marroquíes que pintó Delacroix, al tiempo que anticipan la más sistemática asociación entre Oriente y el sexo que hará Flaubert, de lo que Said considera un *clisé oriental*: harenes, princesas, esclavos, velos, chicas y muchachos danzando.²⁰⁴

Mármol celebra, con la brasileña, la mujer nueva, tropical. Aunque esa mujer es fruto de su clima, da un tipo original: la mujer americana. Por eso pide el poema, de manera explícita:

"Que los rayos del genio de la Europa
penetren la tiniebla americana,
mas la mujer que nazca brasiliana
no la toquen jamás.//
Cuando ella sus costumbres aniquile,
cuando se haga europea, en ese día
para siempre perdió su poesía
el sello original".²⁰⁵

Frente a las pretensiones permanentes de europeización que manifiestan los antirrosistas en sus escritos, al Brasil se lo presenta como el paraíso americano que —de todos modos— habría que mantener virgen; o como el paraíso que, en su virginidad, puede encontrar la potencia para un desarrollo civilizado. Los consejos de los escritores europeos que oye la primera generación romántica brasileña —de abreviar en la naturaleza propia de su país para encontrar allí el material con que conformar una literatura nacional— son marca constante en las producciones sobre romanticismo o sobre literatura realizados por el portugués Almeida Garrett o por el francés Ferdinand Denis, para mencionar sólo dos casos particularmente representativos. En su *Bosquejo da lingua portuguesa*, el escritor portugués lamentaba que la educación europea

²⁰⁴Cf. Said, *Orientalism*, p. 190. Al volverse imposible, por mandato islámico, pintar a las mujeres, que debían cubrir sus rostros de velos, Delacroix buscó modelos en las prostitutas y las marroquíes judías, a las que describió como las "Perlas del Edén" (cf. Robert Upstone, *Sketchbooks of the Romantics. A unique insight into the minds of the leading painters of the Romantic age*, London, Tiger Books International, 1993, p. 118). José Tomás Guido recordará así a las brasileñas: "La tez morena de las brasileiras daba mayor relieve a sus diamantes, y si fuese más joven, o si mi imaginación conservase la temperatura de los trópicos, hablaría no poco de las magníficas trenzas, de los ojos de gacela, y aún de las largas pestañas que sombreaban como un velo de pudor, las miradas de las hijas de América" (*Recuerdos del Janeiro*, p. 144).

²⁰⁵Mármol, *Cantos del peregrino*, Canto XI, vv.577-580, p.326. Estas estrofas y las ocho que le siguen son las que lo obligan a Mármol al *excursus* de la nota al pie sobre la gramática social que comentamos más arriba. La nueva mujer está encarnada, en la primera versión (la de 1849) por las brasileñas y las habaneras.

les hubiera silenciado a los brasileños el "espíritu nacional" y que lo que produjeran adoleciera, en consecuencia, de cierta afectación: "quisera eu que em vez de nos debuxar no Brasil cenas da Arcádia, quadros inteiramente europeus, pintasse os seus paineis como as cores do país onde os situou. Oh! e quanto não perdeu a poesia nesse fatal erro!", de no poner a sus heroínas entre *sabiás* y palmeras.²⁰⁶

Tal vez para el propio romanticismo portugués el espacio brasileño se presente como una apertura; porque quizás para Portugal (nación con tanta tradición de navegantes y descubridores) el Oriente ya no sea una novedad en la que depositar el exotismo a que es tan afecto el movimiento romántico y encuentre en la tropical tierra brasileña los modos de alentar un lugar otro respecto de Europa que sea literariamente interesante. Si pensamos en la producción garrettiana, sus intentos (fallidos) de escribir novelas de tema brasileño podrían entrar en una (hipotética) serie;²⁰⁷ sin que desconozcamos, de todos modos, que en su propio *Camões*, los *Lusíadas* —revisitados— le proporcionan una buena dosis de orientalismo propiamente dicho, en las senda del viaje de Camões o Vasco da Gama.

Como España para Delacroix —a la que descubre en el viaje que también incluye el norte de África—, Portugal mismo puede ser el Oriente, a los ojos de un argentino que incorpora a ese país a la ruta del viaje a Europa siguiendo un modelo brasileño y no como un viajero argentino. Como decía Said en relación con el sistema de conocimiento sobre Oriente, "el peregrinaje es, después de todo, una forma de la copia" (p. 177). Por eso, extasiado, en 1879 Carlos Guido vuelve a mirar como lo hubiera hecho un romántico, un brasileño y un joven, no sólo la tumba de algún poeta exiliado en el cementerio de Père Lachaise, sino también una geografía imaginaria:

"Cantando el recitado de Hernani *compiase il mio destin fatale*,
aporté a las orillas del Tajo. Con aria y todo se me alegró el
corazón al surcar aquellas aguas consagradas por tantos hechos
memorables. Amo al viejo Portugal y me entusiasma su pasado.

²⁰⁶ Almeida Garrett, *Bosquejo da história da poesia e língua portuguesa*, pp. 103-104. Para F. Denis, cf. Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, y Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, pp. 24 y 55.

²⁰⁷ Komurahy. *História brasileira* (escrita en 1828) y *Helena* (escrita en 1853). Cf. Brito Broca, "Um romance brasileiro de Almeida Garrett", en *Horas de leitura*, Campinas, Unicamp, 1992; Carlos de Assis Pereira, *Garrett e o Brasil*, separata da revista *Ocidente*, Lisboa, 1958; y Ofelia Paiva Montero, *A formação de Almeida Garrett. Experiencia e criação*, Coimbra, 1971, 2 vol.

Parecíame ver desfilar delante de mí las naves atrevidas, que guiadas por Bartolomé Díaz, Vasco da Gama, Pedro Alvarez Cabral, Santiago Figueira, *Neptunia proles*, desplegar sus velas, camino de las Indias en dirección a los remotos mares [...]. Ya en el puerto de Lisboa, un marinero saltando a bordo me ofreció *huma fragata* para llevarme a tierra. ¡Y qué tierra, si vieras! Con sólo mirarla sales recitando de memoria los Lusíadas. Aquello ni es Europa ni es Africa. Hay allí, dicen, la cultura de Bizancio y el abandono y la molicie de las ciudades marroquies" (*Carta confidencial*, pp. 39-41, subrayados en el original).

Y para describir a su amada Río de Janeiro, todavía en 1879 no dejará de pedir los tonos enérgicos de los pintores venecianos o la brillantez de las imágenes de la poesía oriental; pero —sobre todo— Guido Spano dará la fórmula orientalista más sintética al referirse a la originalidad que le encuentra a "la ilustrada, la bella capital del Brasil, reclinada como una sultana entre sus bosques siempre verdes, llena de gracia oriental y de esplendor americano".²⁰⁸

Por un lado, el romanticismo busca las formas y los materiales propios de cada nación. Por otro, se fascina con las formas otras que (la literatura de) los viajes al mundo árabe o a América abren. Y cuando Europa le pide al Brasil que busque lo propio (palmeras, *sabiás*, calor aturdidor), encuentra ella misma un material exótico interesante para su propia producción estética, gesto que puede leerse como una forma de prolongación de su visión exótica o de su gusto exótico sobre América (lo que entraría en la fascinación por y el consumo de los mundos otros).

"Oriente es una forma de liberación, un lugar de original oportunidad".²⁰⁹ El exotismo, por su parte, es un deseo de "dépaysement", una "salida fuera de su propia cultura para reencontrar otros pueblos", en sus vetas facilistas llenas de clisés, o con la voluntad de conocer verdaderamente al otro.²¹⁰ Los argentinos, en general (y en ese sentido el ejemplo del orientalismo de

²⁰⁸Carlos Guido, *Carta confidencial*, pp. 24 y 32, respectivamente. Guido Spano no deja de describir Río en clave neohelenista, más acorde con su estética lírica; pero estas rememoraciones de época parecen no poder desprenderse de la estética contemporánea al tiempo que recuerda el escritor, y aportan otra línea a un estilo ecléctico como el que muestra la *Carta confidencial*.

²⁰⁹Edward Said, *Orientalism*, p. 167.

²¹⁰Marie-Claude Chaudonneret, Alain Daguerre de Hureaux, Stéphane Guégan, Sarga Moussa, Jean-Claude Yon, *L'ABCdaire du Romantisme français*, Paris, Flammarion, 1995, p. 58.

Sarmiento es paradigmático), abonarán una línea más tramada con la política, como la de Byron; no porque sean similares las peripecias de sus biografías, sino por la constante lectura política que hacen de su Oriente, evidente en las críticas y comentarios permanentes sobre las diferencias que ven en el Brasil, tanto gubernamentales como sociales. A eso podemos sumarle otra deuda: como en las *Cartas Persas*, de Montesquieu, más que un espacio en el que desarrollar ideas sobre el otro *para* el otro, el brasileño es un espacio donde desarrollar ideas sobre lo propio. Así, son como esos viajeros que —siguiendo a Van Den Abbeele— "volvían a casa para contribuir a formular las respuestas políticas y culturales de sus países al descubrimiento de vastas nuevas tierras, pueblos y culturas más allá de los confines de Europa" (*Travel as metaphor*, p. xxx).

El orientalismo es una de las formas del exotismo, en general. Esto es: del interés por lo que pasa más allá del lugar desde el que se enuncia. Que no siempre está tan distante de la propia tierra. Es el caso del viaje a Italia, considerado como un subgénero del viaje en la literatura europea, que combina lo exótico con lo familiar y constituye un punto fundamental en el peregrinaje de los jóvenes en formación.²¹¹ De ese modo, entonces, muchos países (muchas literaturas de muchos países) tendrán que buscar no muy lejos su material exótico. Puede ser Italia, para un romántico alemán, o el Brasil para un romántico argentino. El Brasil, en América (o para el escritor americano), puede cumplir la misma función que Italia para Europa o que España para Delacroix o que Portugal para Byron, porque —parafraseando a Georges Van Den Abbeele—: el Brasil se convirtió en "el otro interno del continente."²¹²

III La esclavitud

²¹¹Van Den Abbeele, *Travel as metaphor*, pp. xxix-xxx, y Flora Süssekind, *O Brasil não é longe daqui*, p. 122.

²¹²"The continent's internal other". Van Den Abbeele, *Travel as metaphor*, pp. xix, xxx. Y, en ese sentido, tampoco es necesario que el conocimiento de ese lugar sea ni experimentado, ni real, ni siquiera correcto. Como escribió Byron en una de las páginas de un ejemplar de *Corinne*, de la escritora enemiga de Napoleón: "Yo conocí bien a Madame de Staël; mejor de lo que ella conoció Italia, pero apenas si pensé que un día yo debía *pensar con sus pensamientos*. Ella está algunas veces en lo cierto y a menudo equivocada sobre Italia e Inglaterra; pero casi siempre es verdadera retratando el corazón" (en Allan Massie, *Byron's Travels*, London, Sidgwick & Jackson, 1988, subrayado en el original).

"Para los que vienen de las Repúblicas del Plata, la diferencia es chocante, nuestros países preñados aún de la vieja aristocracia española: cada general es un duque, cada presidente es un rey y cada ministro un ladrón (estos últimos son hermanos en todos los puntos del globo) y todo esto grita igualdad de clases y humildad; aquí es donde verdaderamente existe la democracia en toda su fuerza y aquí es donde ha llegado a chocarme realmente porque no tengo el valor necesario para andar del bracero con un mulato; cosa general aquí; esta clase vive sumamente honrada y feliz; tienen facultad de abrazar todas las carreras públicas; civiles y eclesiásticas; cosa que allá aún no se ve; luego de eso, aquí hay una verdadera libertad; y el emperador no es sino un cero; el poder supremo lo tiene el Senado; y los responsables de la marcha gubernativa son los ministros, quienes dan estrecha cuenta de su conducta administrativa. Es verdad que el hombre en todas partes es el mismo y malgré esta bella organización política, se dan sus golpes de autoridad, como ahora que se suspendió la cámara de diputados; pero esto sin más consecuencias que la deportación de algunos revolucionarios."

Juana Manso le escribe a Mármol esta carta. Quiere seducirlo para que pase de Montevideo a Río de Janeiro, ciudad que supone que al escritor le va encantar, como ya sabemos que finalmente ocurrirá.²¹³

Carta Persa de una escritora americana,²¹⁴ el viaje de Juana Manso al Brasil abre una perspectiva más original e insospechada de lo que permiten ver, —que ya es mucho e interesante— los textos de los publicistas varones. Al describir las costumbres de los otros, reflexiona sobre la organización política rioplatense y da cuenta de una diferencia que la sorprenderá hasta el punto de convertirla en materia narrativa (ya no sólo en objeto de comentarios o manifestaciones políticas en textos de corte periodístico). El tema que le produce el mayor desconcierto frente a la otredad le permitirá a Manso escribir la primera (y única) novela de tema netamente brasileño escrita por un argentino: aunque

²¹³Carta de Juana Paula Manso a José Mármol, Río de Janeiro, 25 de julio de 1842, en AGN, Fondo José Mármol, 2350.

²¹⁴A partir del viaje de los argentinos al Brasil podemos revertir el tono de impugnación de la baronesa de *Conversaciones de los emigrados alemanes*, de Goethe, para proponer: "¿Acaso Nápoles, Palermo y Esmirna son los únicos lugares en los que puede ocurrir algo interesante?" (p. 60). No, ciertamente no: también pasan cosas interesantes en el Brasil.

aparente ocuparse del amor como tantas otras novelas, la esclavitud será el verdadero tema (de denuncia, además) de *La familia del comendador*, escrita en Río de Janeiro, pero publicada por primera vez en Buenos Aires en 1854.

Había ciertas expectativas depositadas en esta jovencita que había emigrado con su familia, primero a Montevideo y luego a Río de Janeiro, donde en 1844 se casaría con Francisco de Saá Noronha, músico portugués que obtiene un rápido reconocimiento público en la corte.²¹⁵ Florencio Varela se lo había comentado a Gutiérrez desde Río de Janeiro: "Juana Manso merece atención; me sorprende y puede dar mucho. Temo que se extravíe antes".²¹⁶ A juzgar por la obra que desarrolló en su larga residencia en el Brasil, y que continuaría no sin incomodidades en la Argentina como escritora, publicista y educadora, es evidente que la joven seguiría un rumbo definido.

En enero de 1852 se puso a la cabeza de una empresa editorial digna de memoria, no sólo para la literatura argentina sino para la brasileña, al lanzar en Río de Janeiro el primer número del periódico *O Jornal das Senhoras. Modas, literatura, belas artes, teatros e crítica*. El editorial abre haciéndose cargo de (y, a la vez, haciendo hincapié en) que es una mujer la redactora en jefe del periódico, fenómeno inusual, factible en Europa pero impensable en América: "Ora pois, uma senhora à testa da redação de um jornal! que bicho de sete cabeças será?". A lo que ella misma contesta, con una declaración de intenciones: "uma americana que, se não possui talentos, pelo menos tem a vontade e o desejo de propagar a ilustração, e cooperar com todas as suas forças para o melhoramento social e para a emancipação moral da mulher".²¹⁷

Pero antes de detenernos en la ficción de esta americana, sería interesante recoger algunas de las impresiones de los viajeros que, como Sarmiento, Iriarte o Alberdi dejaron un panorama de la sociedad esclavista, porque así será posible ver los contrastes.

Alberdi va a adelantar, aunque con gesto de censura, la hipótesis que hará famoso a Gilberto Freyre: es la cercanía, la cohabitación de negros y blancos en la casa lo que produce la mezcla incontenible entre las razas: "El

²¹⁵Tendrán dos hijas y, luego de una infidelidad del violinista que se sumaba a los habituales maltratos, se separarán (cf. María Velasco y Arias, *Juana Paula Manso*).

²¹⁶Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, carta desde Río de Janeiro, 7 de octubre de 1841 (en *Archivo JMG*, tomo I, p. 230).

²¹⁷*O Jornal das senhoras. Modas, literatura, belas artes, teatros e crítica*, Río de Janeiro, tomo I, quinta feira, 1 de janeiro de 1852.

general X me ha hecho notar que el Brasil no podrá reformarse sino construyendo sus casas de nuevo, esto es, de modo que las dos razas queden separadas. Pero que por el actual sistema, los negros, en vez de aprender de los blancos, son ellos que les imponen, o mejor, les contagian sus fáciles hábitos de holganza y barbarie". *Casa grande e senzala, sobrados y mocambos*. El argentino reprocha duramente lo que de todos modos era evidente incluso para su posición censora: no se trataba de una situación que generara el negro, sino precisamente su amo, que lo usaba "alternativamente de instrumento de deleite y goce carnal, y de asesinato y trabajos de bestia" (*Impresiones y recuerdos*, pp. 211 y 210, respectivamente).²¹⁸

La denuncia es clara, y la comparte también Sarmiento: es la dirigencia política y económica brasileña la responsable del "crimen" de la esclavitud. Ese crimen *se compensa y se desagravia*, para Sarmiento, con la corrosión que la convivencia de negros y blancos produce en la moral familiar del amo, cuando no por medio de las enfermedades africanas que —se preocupa Alberdi— suelen afectar los genitales. En los trópicos, "lo que no alcanza a ser bello es monstruoso y repugnante: mariposas doradas o sabandijas espantables", dice Sarmiento para aludir metafóricamente a las deformidades humanas (*Viajes*, p. 58). La venganza más perfecta de la raza sometida contra la explotadora está encarnada en la figura del mulato, que Sarmiento trazará con los rasgos de un heroísmo americano (como el que le dispensará a un personaje como Barcala), *predispuesto a ennoblecerse*, porque su cuerpo es negro pero su cabeza blanca; y que Alberdi no podrá dejar de ver animalizado y sobre el que —despectivo, y echando mano a otro refrán— dirá que "Aunque la mona, etc.", imagen de *macaco* reiterada, que se aviene con otra idea sobre la que el futuro autor de las *Bases* insiste, y es la de la comicidad circense que le despiertan —en Río de Janeiro— desde el palacio imperial hasta los transportes. Los mulatos no son los negros, pero a Alberdi igualmente lo subleva verlos ricos, acompañados de un séquito de esclavos propios, clérigos, o recibiendo su diploma de médicos de manos de Pedro II. Tomás de Iriarte percibe perfectamente que "forman una clase separada" y, como profesionales, registra el caso del médico del propio emperador (*Memorias*, p. 337).²¹⁹

²¹⁸Juan Bautista Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, pp. 211 y 210, respectivamente.

²¹⁹Tomás de Iriarte, *Memorias*, p. 337.

La vista de la ciudad llena de negros es, junto con la de la Bahía de Guanabara, la imagen más escrita por los argentinos que visitan Río; y conforma, si no un subgénero, por lo menos un *topos* obligatorio de sus textos de viaje. Los tonos cambian de acuerdo con el escriba. Sarmiento, lúcido, ve la "deformidad" de la esclavitud: "Larga recua de negros encorvados bajo el peso de la carga", "bestia[s] en dos pies" que se mueven a latigazos (*Viajes*, p. 58). Mal vestidos, cuando animales de carga, engalanados e impecables si acompañan a la familia blanca a una visita o al teatro, pero siempre abundantes: en esa pujante y bella ciudad de estrechas calles empedradas llenas de lujo y riqueza, la amenaza negra se levanta en el horizonte futuro de su historia. Río de Janeiro podrá convertirse en otra trágica Santo Domingo, posibilidad sólo morigerada por la mezcla producida por los vínculos de sangre y la igualdad de que gozan los negros libres, el clientelismo de los grandes propietarios y el orden monárquico, dice Iriarte, que anticipa, así —por su parte— la hipótesis que desarrollará, cien años después y como una positividad productiva, Antonio Candido sobre la dialéctica del orden y del desorden. En el Brasil,

"están actualmente en acción todos los elementos de orden; pero los de desorden, ruina y confusión que pueden desarrollarse, son numerosos y se comprenden fácilmente por el espíritu menos observador del extranjero que visita este vasto país",

opina —no cándidamente— Tomás de Iriarte.²²⁰

Los argentinos ofrecen un panorama visual, olfativo, y también sonoro del Brasil, porque los negros de las calles cariocas hablan en alguna lengua africana, pero sobre todo cantan lastimosos cantos para paliar el sufrimiento de

²²⁰Tomás de Iriarte, *Memorias*, p. 337-339. Al hacer un análisis de *Memorias de un sargento de milicias*, de Manuel Antônio de Almeida (libro publicado en folletín entre 1852 y 1853, y en forma de libro en 1854 y 1855), Antonio Candido encuentra una dialéctica entre el polo del orden y del desorden a partir del funcionamiento de los personajes y de los papeles que ellos cumplen en el universo del texto y de la sociedad brasileña del siglo XIX. Candido descubre allí una clave del funcionamiento de la cultura brasileña en general, que marca incluso a la actualidad. Junto con Florencia Garramuño hemos trabajado el modo en que "el dinamismo que caracterizaría al sentimiento de los contrarios de Antonio Candido" permite repensar la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie. Y es dable, entonces, adoptando el punto de vista del crítico brasileño, "recuperar, así, la conjunción mal leída del título del *Facundo*: civilización y barbarie, en lugar de civilización o barbarie. Para Candido, la conjunción copulativa *combina*; y era precisamente ese *peligroso* juego de combinaciones entre civilización y barbarie lo que desvelaba a Sarmiento". Cf. Florencia Garramuño y Adriana Amante, Prólogo a *Absurdo Brasil*, Buenos Aires, Biblos, 2000, donde se incluye la traducción del artículo de Candido en cuestión: "Dialéctica del malandrán" (p. 10 —subrayados en el original— y pp. 79-107, respectivamente). También abordamos la cuestión en Florencia Garramuño y Adriana Amante, "Partir de Candido".

la opresión. Pero no será en Alberdi, el fino músico de *La Moda* y las tertulias bonaerenses, que encontraremos un oído atento a las voces del pueblo brasileño. Detestará el falsete que oye en misas imperiales o se burlará de la profusión de instrumentos que suenan en la Rua de Ouvidor, donde se hospeda, en pleno centro de la ciudad. Evidenciando pocas cualidades proféticas, afirmará, entre tanto enojo: "En cuando a la aptitud de este país para la música, yo no la veo todavía" (*Impresiones y recuerdos*, p. 214).

Es Sarmiento, que acabará hipoacúsico, en cambio, el que agudísimo percibe tal vez no tanto al otro —como parece— sino a sí mismo, y lo que dice del lastimero canto del negro en el Brasil hace perfecto sistema con el determinismo del medio que marca a los tipos nacionales del suelo argentino que propuso en su *Facundo*; y así, la carta desde Río de Janeiro funciona, también, como la exploración del otro que permite —en rigor— pensar lo propio:

"El negro canta, y sus nervios se robustecen y cobran alientos, cuando habían tocado ya el último término posible de la acción humana. [...] ¡No!, los artistas de la ópera no me han mostrado sentir la música como una negra a quien requebraba, sin duda en canto mandinga o cafre, un negro que la detenía en la calle. Su boca, sus ojos, sus nervios todos, seguían por segundos las modulaciones monótonas del tentador, como si cada nota de aquéllas se asentase visiblemente en su fisonomía, animada hasta la exaltación y el delirio. [...] ¿Nos vendrá por ventura la música del sol como los colores? ¿Por qué brilla en Italia y va disminuyendo en armonías a medida que se avanza hacia el norte hasta las playas de Inglaterra? Hay en la naturaleza tropical melodías inapercibibles para nuestros oídos, pero que conmueven las fibras de los aborígenes. Oyen ellos susurrar la vegetación al desenvolverse, y en los palmeros donde sólo escuchamos nosotros murmullos del viento, distinguen los africanos cantos melodiosos, ritmos que se asemejan a los suyos. La armonía y la belleza, ¿por qué no han de ser cuerpos imponderables también, como el magnetismo y la electricidad que sólo necesitan un estimulante para producirse?"²²¹

²²¹Sarmiento, *Viajes*, pp. 59-60. En este pasaje, Sarmiento también se refiere a los cantos de los remeros esclavos, como en un anticipo de "O Navio negreiro", que comentamos en la nota 69 de esta parte.

Frente al *cantor tropical*, Tomás Guido, el enviado del rosismo, también tendrá la sutileza de percibir alguna analogía argentina; y, orientalista *às avessas*, le escribirá una carta a Pilar, desde una hacienda en el interior, adonde ha ido a recobrar fuerzas solo. Describiéndole una escena social rural, le dirá que apareció un negro que comenzó a templar su instrumento

"y después de un largo prelude con su correspondiente picicato, entonó el negro no sé qué villancico en *la misma voz de nuestros gauchos*; y con gritos tan descomunales que se le oía a dos cuadras. [...] [Y] las inflexiones de la voz eran tales, como jamás había oído, ni sé si le llamaría canto o plañido, pero era una armonía singular, enteramente nueva a mis oídos",

que lo subyugaba aunque de sus versos no entendiera palabra.²²²

El encanto que una mirada estetizante como la del escritor Sarmiento o la del mundano Guido podía encontrar en algunas manifestaciones de los negros no suaviza el peso de la condena al sistema. "La *esclavatura* es como los pañales de la industria", dice Sarmiento (*Viajes*, p. 58, subrayado en el original). Eso es lo que resume la condena política que los argentinos le hacen al Brasil esclavista. Que desarrollarán, con el tiempo, con más detalle, como Juan Bautista Alberdi o Carlos Guido, aplicada a su política en general, y que en 1844 ya se veía nítidamente en el primero: crítico implacable de la monarquía brasileña, sin prestarle atención a las por otros celebradas bondades del sistema constitucional del Imperio, repudiará su "aparato" a favor de las costumbres republicanas argentinas. Y, en sintonía con su postura ambivalente respecto del poder rosista, pero también disgustado como nadie con el Brasil (al que claramente detesta), fragua una imagen negativa del país tropical, que ya no le servirá de modelo y al que considerará inferior en incontables aspectos respecto de la Argentina.²²³

IV La condena por la literatura: *La familia del comendador*

²²²Tomás Guido a Pilar Spano, desde la Hacienda de March, 15 de diciembre de 1845, AGN, Fondo Tomás Guido, 2042 (subrayado en el original). Atendiendo a la relación entre los cantos y los espacios en los que se originan, Juan María Gutiérrez presta atención bastante tempranamente a las manifestaciones de la gauchesca, y dirá que el cielito huele a campo, asunto que abordé en Adriana Amante, "La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez".

²²³En Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, pp. 212-213.

Aunque más cortesana que algunos de sus pares varones,²²⁴ Manso será igual decididamente crítica con respecto a la esclavitud, venciendo tal vez la incomodidad que le provocaba inicialmente el espectáculo de la democracia racial, hasta llegar a condenar por la literatura ese sistema inhumano.

La novela de Juana Manso cuenta las desgracias que va provocando la ambición desmedida de una familia de hacendados encabezados aparentemente por el Comendador Gabriel das Neves pero, en realidad, regidos por su madre, la inflexible doña María das Neves, que encuentra una aliada perfecta para el desarrollo de sus negocios familiares en su nuera, doña Carolina. El matrimonio tiene tres hijos —Pedro, Gabriela y Mariquita— y los destinos matrimoniales de los dos primeros en sus manos y a disposición de la abuela. Los infortunios familiares se desencadenan cuando, por propuesta de la matriarca, traman el casamiento de la adolescente Gabriela con su tío don Juan, hermano del Comendador e hijo de Doña María, para que el dinero de la familia tenga una circulación endogámica.²²⁵ La locura de ese tío había sido la primera tragedia familiar que los años acallaron y que vuelve a la superficie, como conflicto, a partir de la malhadada idea del enlace. Esa es la superficie del asunto de la novela, típico enredo del siglo XIX como podría serlo en una novela argentina. Pero *La familia del comendador* desarrolla, con gran detalle y atención, el verdadero drama que se agita en la vida y en la decadencia moral de esta familia: el sistema esclavista que rige en (y a) la sociedad brasileña de la época.

Manso denuncia, prolija y ordenadamente, cada atrocidad. Así, no puede dejar de condenar, desde el principio, que el blanco se arrogue derechos

²²⁴El número del 14 de marzo de 1852 del periódico de Manso está dedicado a Teresa Cristina, la emperatriz, en ocasión de su cumpleaños. La dedicatoria está firmada por "Suas súbditas dedicadas, as redatoras do *Jornal das Senhoras*" y se incluye la partitura de un Himno en su honor, compuesto por Noronha. En el número del 21 de marzo se cuenta la visita que Juana Manso hace a la Quinta de Boa Vista para entregarle en mano a la emperatriz el número homenaje; y la escritora confiesa que, llevada por su naturaleza nerviosa, se fue de protocolo sin quererlo y miró a la emperatriz cara a cara. Salta la diferencia entre este gesto genuflexo (con o sin protocolo, la situación le resulta a Manso un honor personal) y su primera impresión de 1842 (menos involucrada como estaba en el juego de una sociedad monárquica y con cierta mirada de novelista romántica —o entre la ironía y el candor—), cuando —al comentar que estaba arreglándose el casamiento del emperador con una noble europea— le había dicho a su amigo Mármol: "éste es un matrimonio de muñecos; Dn. Pedro tiene 17 años y la novia 15... en fin es la edad del amor. Dios los haga felices" (carta de Juana Manso a José Mármol, Río de Janeiro, 25 de julio de 1842, en AGN, Fondo José Mármol, 2350).

²²⁵La descripción del personaje de Gabriela está en sintonía con la fisonomía que describiera José Mármol para las mujeres brasileñas, particularmente en el dejo melancólico de su sonrisa.

sexuales sobre sus esclavos, con lo que domina así no sólo a sus negras o mulatas sino también a su propia mujer, a la que le ofrece, con cierta regularidad, el fruto de sus "pasatiempos", manifiesto en una prole en aumento. No es Manso sino Sarmiento el que había señalado, además, la responsabilidad no exclusiva del hombre, al mencionar algún "desliz" de la dama blanca con sus esclavos (*Viajes*, p. 58).

Mulatas muertas a azotes, animalización de los esclavos, condiciones infrahumanas de vida y de trabajo, tanto en el ingenio de Macacú como en la Quinta de Botafogo o en la casa de la Rua Direita, en pleno centro de la ciudad; y la pérdida tan absoluta de derechos, que apenas "y sólo entre sí, al oído uno del otro, pueden murmurar de sus dolores, de sus martirios".²²⁶ Era una actividad cotidiana zurrar algunos negros díscolos o negras que se demoraran en sus costuras o dulces, y hasta les resultaba necesario muchas veces ponerles grillos para mejor sujetarlos. Y, cuando una situación excepcional como la indisposición de Maria das Neves obligaba a franquear la puerta a algún extraño —médico o sacerdote—, los esclavos eran llevados escondidos al hospital, o liberados para disimular. Didáctica y ejemplarizadora, la novela explica: "Hay diversos castigos en los países de esclavatura; pero el de las mucamas casi siempre en los pequeños delitos se circunscribe a los palmetazos" (p. 89), que pueden llegar a hacer que las manos revienten de hinchazón y de sangre. Pero el orgullo o, mejor, la dignidad de un esclavo lo hace aguantar hasta el final, porque "cuando un negro se obstina y se obceca, podrán matarlo, es valiente para el dolor, y es indiferente a las promesas; sólo el cariño impera en su corazón y doma su naturaleza irritada" (p. 89), como le sucedió a Alina, de la que no podían obtener ni a palos información sobre el paradero de su amita cuando —contrariada en sus deseos de casarse con Ernesto y no con su tío— Gabriela decide fugarse, en un plan que trama precisamente con la ayuda de su esclava.²²⁷ En la despedida se abrazan y "allí no había esclava ni ama, ni blanca ni negra, había dos mujeres afligidas, cuyos corazones nivelaba el dolor y la amistad" (p. 73).²²⁸

²²⁶Juana Paula Manso de Noronha, *La familia del comendador. Novela original*, Buenos Aires, Imprenta de J. A. Bernheim, 1854, p. 29.

²²⁷Bien embebida de la forma de sociabilidad carioca que vimos en la Primera parte, Manso hace que Gabriela conozca a su enamorado, Ernesto de Souza, hijo de un portugués no adinerado pero decente, en el último baile en el casino con presencia imperial de la temporada, ya que con el aumento del calor, Pedro II y familia se trasladaban a Petrópolis.

²²⁸Util a la diégesis de una novela romántica, Gabriela decide pedir refugio en el Convento de Santa Teresa, muy cerca del cual había vivido la familia de Tomás Guido. Ese "sepulcro vivo" (p.

El sufrimiento del azotado es compartido, usualmente, por los otros esclavos, que —sufrientes y callados— entienden en el castigo al otro una advertencia para sí mismos. Y si los tormentos que impone el blanco muchas veces cesan o se evitan, no es para ahorrarles el dolor sino para cuidar ese cuerpo que, como un bien económico, debe ser preservado.²²⁹

La esclava Alina muere. Y es lo horroroso del suplicio y de la muerte lo que lleva a don Juan a recuperar la razón por memoria del tormento que él mismo había sufrido por mano de su madre cuando, vuelto de Europa, le anuncia su deseo de casarse con una muchacha protestante inglesa. La posibilidad de que entrara a la familia una "hereje" despertó la furia de doña María. Su hijo ya había manifestado también sus planes humanitarios de reforma en el trato hacia los esclavos, para acabar con los "tristes cuadros de la esclavitud" (p. 18), memoria de la infancia que se le despertó al volver a su tierra. Todos los planes se desbarataron con la zurra que mandó darle su madre, "con el mismo vergajo con que se azotaban los esclavos", hasta "cuando los esclavos todos de rodillas, hubieron implorado piedad para su joven amo" (p. 20), y hasta que éste perdió el juicio.

El loco queda al cuidado de la mulata Camila, que lo adora; y termina acostándose con su esclava, como no se habría permitido hacerlo de estar en sus cabales. Sus hijos, Mauricio y Emilia, fueron bautizados como esclavos y no reconocidos como hijos del amito, no obstante lo cual —más tarde— serían

74) en torno del cual Manso, que era protestante, descarga sus firmes críticas a la iglesia católica le aporta la dosis de gótico que parece necesitar su novela. Y le permite abogar por un tipo de mujer de vida activa, en contraposición con "el ingenuo egoísmo de la vida monacal" que embota su entendimiento y no permite ver "cuánto mayor es el mérito de la mujer que pagando su tributo a la naturaleza, perpetúa su raza, trabaja de sol a sol, para ayudar a su compañero, sufre mil privaciones; y vierte más lágrimas sobre la cuna de sus hijos, que oraciones puede rezar una monja durante su vida entera" (p. 108).

²²⁹Precio de esclavos sanos y de "bonita figura": 1:300, 1:600; 1:800. Se conservan, entre los papeles de Guido del Archivo General de la Nación, algunos recibos de ventas de esclavos (Fondo Tomás Guido, 2020). Pedro Lamas recuerda cómo su padre daba asilo a esclavos fugados que alegaban ser uruguayos y que declan haber sido tomados cautivos en incursiones de traficantes en la frontera del Río Grande (de ambos lados de la misma) y vendidos al Brasil. Luego de interrogarlos para que dieran pruebas de que en efecto eran orientales, "los alojaba en casa, esto es los albergaba en las cocheras y caballerizas, de que no se servía, que hacían parte de la finca en que residíamos" e iniciaba duras negociaciones con el gobierno, que consideraba a los negros como "cosas" y no como hombres, y que tenía que terminar compensando económicamente a los dueños de los fugados, quienes eran enviados —por gestiones del representante uruguayo— a su tierra natal (Pedro Lamas, *Etapas de una gran política*, p. 96-98). *Sobrados e mocambos* de refugiados orientales.

educados en colegios de la corte y el varón, incluso, sería enviado a Francia para estudiar medicina (como mandara Tomás Guido a su hijo Daniel).

El tono irónico que usualmente los antirrosistas emplean para referirse al rosismo, como hace la propia Manso en *Los misterios del Plata*, acá lo usa la escritora para criticar al sistema esclavista. Así se manifiesta, a propósito de la queja de Doña María, molesta por los problemas con que interrumpen los esclavos la felicidad de sus amos:

"principió una larga y suscinta relación de las desgracias, disgustos y amarguras, causadas por los negros a los blancos, por los esclavos al opresor! palabras fueron que tenemos por bien suprimir, pero que en resumen probaban con evidencia, que las víctimas no son los negros, arrancados a su país, a sus afecciones y a su libertad, cargados de cadenas amontonados a la fuerza en buques nauseabundos y después vendidos como cualquier objeto de mercancía o como animales: a señores que los compran para vivir del sudor de su esclavo, como se compra un buey para arar, un caballo para montarlo etc. etc. Pero los insolentes negros no se someten a la superioridad de los blancos sino a fuerza de castigos horribles, y ahí está el busilis, y la lidia del blanco en enseñar al negro ciertos puntos del derecho natural que sólo se explican a garrotazos; por consecuencia, las víctimas son los blancos que oprimen y verdugos son los oprimidos. Es una lógica asaz sencilla!" (pp. 39-40).²³⁰

El límite de Manso no es la esclavitud, como hemos visto, sino la raza. Toda su dedicación por condenar el sistema de oprobio no le alcanza como para resolverle el problema que le genera —pese a su evidente humanismo— la diferencia de color. Es en el personaje de Mauricio, el primogénito del loco y la mulata Camila, donde la narración deposita sus mayores imposibilidades. Y el propio discurso traiciona las manifestaciones bienpensantes. Al describir al

²³⁰La cantidad de esclavos al servicio de una familia era grande, ya que en 1849 se calculaba que había en Río de Janeiro "110 mil escravos para 250 mil habitantes" (Lilia Moritz, *As barbas do imperador*, p. 103). La cantidad asombró a Alberdi, quien enfático anotaba en su diario que "en las casas de familia no se ven uno ni dos esclavos. Se ven centenares" para satisfacer los más insignificantes deseos de los amos, como levantarles un pañuelo que se ha caído al piso (Alberdi, *Impresiones y recuerdos*, p. 213). La cifra de Alberdi era fruto de una sensación con cierto fundamento, pero debe ser corregida, ya que —según Gilberto Freyre— "[e]n casa urbana de clase alta [...] o número de escravos, em média, era de 15 a 20" (*Vida social no Brasil nos meados do século XIX*, p. 101). No debió ser infrecuente la cifra de Alberdi en el campo.

joven, se dice que "difícil era clasificarlo de mulato, porque ninguna de sus facciones lo traicionaba" (sic), "y sólo sus manos podían atestiguar su origen; en torno de sus uñas pulidas y color de rosa, había un círculo negro, un filete indeleble de la raza africana". Y, aunque mulato, "sus instintos delicados lo hacían huir de las mujeres de color" (p. 98). La cabeza —como le gustaba también a Sarmiento— era blanca, y tendía al *ennoblecimiento* por su inteligencia y su educación europea. La novela no dejará de mostrarse ambivalente al respecto y, volverá sobre sus pasos para afirmar, pese a todo, que no era la raza lo que "le pesaba" a Mauricio, sino la esclavitud y sus consecuencias inmorales, evidentes en el amancebamiento de su madre con su padre, más grave que otros sufrimientos universales como "la tienda del judío vagabundo" o "la cabaña del plantador en el medio del desierto" (p. 105).

La cercanía de la muerte transforma a doña María, la matriarca, quien —conciente del mal que ha hecho— reconoce a la familia de su hijo Juan como legítima, y solicita a los padres de Gabriela que la dejen elegir libremente. Lo más importante: por su testamento, que funciona como una expiación de pecados, "dejaba libres muchos esclavos, particularmente aquellos que más habían sufrido, acompañándoles la libertad de pequeños legados" (pp. 167-168).²³¹

Será en efecto el mulato (de nuevo: como quería Sarmiento), el que vengará el oprobio infringido sobre "su tostada madre".²³² Mauricio "dio la libertad a todos los esclavos que le tocaron en suerte, y les dio campo donde hacer sus chozas y plantaciones, vendió los ingenios y redujo todo su capital a dinero" (p. 168), en lo que tal vez la novela esté dando cuenta de algunos cambios, o anticipando algunos funcionamientos económicos futuros. Pero el límite de la raza vuelve, no sólo para los personajes malos transformados en tolerantes, sino también para la narración, que —aunque con cierta ironía— no deja de justificarlo. Mauricio desposará a Mariquita, la menor de los das Neves, y la pareja partirá de viaje, acompañados por el comendador y su mujer.

"Es que está muy de moda hoy el viajar, y ni a bordo, ni en esas populosas capitales europeas van a preguntar a un extranjero, ¿quién sois?"

²³¹La novela es, como acostumbra la ficción argentina del momento, maniquea. Los personajes malos son maltratadores a ultranza; y los buenos, comprensivos y humanitarios.

²³²Sarmiento, *Viajes*, p. 59.

¿Sois blanco o sois negro? Ni se pueden temer hablillas; por eso abrigamos la esperanza de que Mariquita haya sido tan feliz como sus hermanos" (p. 173).

Las propuestas de matrimonios mixtos como *fundacionales* para la nación brasileña será una constante en las novelas de lo que se conoce como segunda generación romántica y que cuenta con *O Guarani* e *Iracema*, de José de Alencar, como modelos.²³³ Eso sí, la mezcla que la literatura se permite es entre blancos e indios, de más fácil asimilación ideológica para una sociedad a la que le quedan todavía varias décadas de explotación económica esclavista y muchas más aún de sujeción cultural a sus mecanismos. En ese sentido, la novela de la argentina Juana Manso, pese a sus límites, puede estar haciendo punta.²³⁴

V Geografías sentimentales del exiliado

La familia del comendador se adentra en una problemática ajena al sufrimiento del exiliado argentino y no parece caberle —sobre todo si la comparamos con *Los misterios del Plata*, la otra novela de Manso— ninguna filtración autobiográfica o autorreferencial, que —en los textos del antirrosismo errante en general— es, más que una recurrencia o un género, un programa. Pero, en ese universo ficcional de esclavistas brasileños, la narración encuentra —con todo— lugar para la irrupción de la primera persona. Amén de la obviedad de que es seguramente la ya larga experiencia brasileña de la autora la que le permite abordar con desenvoltura un tema tan *nacional*, hay otras experiencias que se filtran en los sentimientos que les asigna a los personajes y que se hacen evidentes por medio de un recurso que podemos vincular al discurso indirecto libre, en este caso, no de la narración en relación con la voz de un personaje sino en relación con la autora. Así, la narración, aludiendo a los años en que don Juan pasó en Europa, adonde había ido a estudiar, alejado de su familia y de su

²³³Para un abordaje de las novelas de fundación, cf. Silvína Carrizo, *Fronteiras da imaginação. Os românticos brasileiros: mestiçagem e nação*, Niterói-Rio de Janeiro, Editora da Universidade Federal Fluminense, 2001.

²³⁴Para la época en que Manso escribe la novela se había interrumpido el tráfico por presiones de Inglaterra (Ley Eusébio de Queirós, de 1850), pero no se había abolido la esclavitud, a lo que se llegará en 1888 con la Ley Aurea.

tierra y adonde debía volver ahora, alejándose de su enamorada inglesa, sostiene:

"¡Uno de los dolores más acerbos que puede herir el corazón humano es la separación de los que ama! Romper las dulces hábitos de una existencia tranquila, para interponer en medio de los dos, mares inmensos, gentes y pueblos extraños!

El tiempo sigue imperturbable su curso, los días, las horas, los meses, los años se suceden; entretanto esos rostros amigos que nos rodeaban están velados por el denso crespón de la ausencia (p. 14)."

Evidente resulta también, en este sentido, la perspectiva de viajero que la narración adopta en varias oportunidades, particularmente cuando se detiene a describir el paisaje, vinculable a la mirada extrañada que Manso parece dejar allí como un residuo extranjero.

Pero, volviendo a lo que en los varones es práctica, Manso —por el contrario— insiste (como quien desarrolla una teoría estética al respecto) en la no confusión entre la persona del escritor y su obra, como lo pone de manifiesto en una ocasión reveladora. En el segundo número de *O Jornal das Senhoras* (abandonando ya el género editorial típico de cualquier presentación de periódico del siglo XIX al que recurrió en el primero), Manso se mostrará más personal y escribirá un artículo titulado "Quem sou eu e os meus propósitos". Lo más interesante es que no sucumbirá, afortunadamente, a las tentaciones del autobiografismo tan a la mano para cualquier exiliado argentino antirrosista que deambula por el mundo; y con cierta malévolamente ironía y mordacidad descartará cualquier gesto sentimental y recuperará la memoria de "um tempo em que fui romântica da quinta essência", cosa que ya no es más porque —dice— después de mucho llorar terminó riéndose. Se presenta como "uma mulher escritora; de mais a mais redigindo um Jornal". Pero no mucho más que eso avanzará en el autorretrato, porque sostiene —y aquí viene la argumentación teórica— que "os poetas e a pintura devem sempre ver-se de longe" para seguir alimentando la imagen que nuestra fantasía se ha formado de ellos, opinión que avala con una digresión maliciosa:

"Lembro-me sempre, que eu era uma apaixonada até o frenesi, das poesias de um Estevan Echeverría, a quem Alexandre Dumas chamou «Lamartine americano», esse moço cujas rimas doces e sonoras penetravam como uma música melodiosa até o fundo do

meu coração, imaginava-o eu, pálido e formoso, meio homem meio arcanjo; e sobre tudo o que eu estava mais certa de encontrar nele eram os olhos grandes azuis, de olhar profundo e sereno.

Ai! desgraçada!

Um dia apresentaram-me Echeverria!

Era moreno, bexigoso, feio, e tinha olhos pequenos e vesgos!

Eu dei um grito involuntário, e exclamei: Pois este!... é Echeverria!!!

Este!, segundo a entonação da minha voz, era o mesmo que dizer: este monstro! [...]

Nunca mais li as rimas de Echeverria",²³⁵

La voz de esta mujer que proclama separar lo autobiográfico de la producción estética, y que declara —de todas maneras, como por las dudas— no ser bizca ni tener la cara marcada de viruelas, irrumpirá palmariamente en *La familia del comendador*, a propósito de un comentario sobre la "salida o la entrada de la barra del Janeiro" y su pintoresquismo:

"nunca olvidaremos la primera vez que cruzamos esa deliciosa barra en nuestro primer viaje en 1842.

Esas montañas colosales, vestidas de eterna vegetación, formando grupos caprichosos, esas casillas blancas y pintorescas diseminadas en sus faldas y en sus cimas, y ese cielo tropical tan bello y azulado, nunca podremos olvidarlo!... Hay perdidos mil pensamientos de ausente en las cimas de esos montes; hay mil recuerdos queridos al corazón de una de las páginas más bellas de la vida, diseminados entre esos paisajes deliciosos, grabados en la corteza de las enormes jacas, o de las frondosas y aromáticas mangueras...

Siempre que hable de ti, Brasil, lo haré con entusiasmo, porque has sido por muchos años mi patria adoptiva, y estás ligado a mi corazón y a mi pensamiento, por un altar y dos tumbas!...

El altar en que ligué mi destino, al destino de otro, las tumbas de mi anciano padre muerto en la emigración y la de mi primer hijo, muerto antes de nacer!" (p. 128).

²³⁵En *O Jornal das senhoras*, Rio de Janeiro, tomo I, domingos 11 de janeiro de 1852.

Son las tumbas de la gloria de una exiliada: de la escritora *argentino-brasileña* Juana Manso.²³⁶ Si pensamos esta espacialización del sentimiento de la desterrada, encontramos en las sepulturas queridas otra forma del *oikós* del que habla Van Den Abbeele. Así, la página donde Manso irrumpe con todo el dolor de su propia pérdida de desterrada en el asunto novelesco que narra otra tragedia de la humanidad como lo es la esclavitud, está en sintonía con lo que plantea Jacques Derrida, cuando reflexiona acerca del nexo entre la extranjería y la muerte. O mejor, del lugar donde reposan los muertos. Porque

"las «personas desplazadas», los exiliados, los deportados, los expulsados, los desarraigados, los nómades tienen en común dos suspiros, dos nostalgias: sus muertos y su lengua. *Por una parte*, quisieran volver, al menos en peregrinaje, a los lugares donde sus muertos enterrados tienen su última morada (la última morada de los suyos sitúa aquí el *ethos*, la habitación de referencia para definir el propio-hogar, la ciudad o el país donde los padres, el padre, la madre, los abuelos reposan con un reposo que es el lugar de inmovilidad desde el cual calibrar todos los viajes y todos los alejamientos). *Por otra parte*, los exiliados, los deportados, los expulsados, los desarraigados, los apátridas, los nómades anómicos, los extranjeros absolutos, siguen a menudo reconociendo la lengua, la lengua llamada materna, como su última patria, incluso su última morada".²³⁷

Es la inversión, o mejor el complemento de la propuesta de Van Den Abbeele. Hay otro *oikós*, que reconfigura el sentido del viaje. ¿Cómo se recompondrá, entonces, la cartografía personal de los exiliados argentinos o de sus afectos que han dejado una tumba en el Brasil? A Manso, las coordenadas de la geografía política se le mezclan con las del sentimiento y se le desbaratan los órdenes del nacimiento para instaurarle otros nuevos, provocados por el exilio. Y en esos vaivenes o cambios de perspectiva, publicará su novela brasileña —*La familia del comendador*— en español, como retornando a casa después del gesto inicial de publicar su novela argentina —*Los misterios del*

²³⁶Obviamente, para la crítica brasileña, la obra periodística de Manso, que incluye la producción ficcional que su periódico publicaba, se estudia como parte de la literatura de ese país. Cf., por ejemplo, Marlyse Meyer, *O folhetim. Uma história*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.

²³⁷Jacques Derrida y Anne Dufourmantelle, *La hospitalidad*, Buenos Aires, de la Flor, 2000, p. 91 (subrayado en el original).

Plata— en portugués, que es también ahora su *oikós*. Y en esa oscilación y esa duplicación de hogares, podemos incluir también las vacilaciones de su castellano, ya para siempre desprolijo pero fecundamente contaminado por la lengua de Luis Vaz de Camões.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas